

LAS HERMAFRODITAS DEL SIGLO XXI: DE OBJETOS DEL DISCURSO A SUJETOS POLÍTICOS

Soliloquios corporales y nuevos enunciados sobre la intersexualidad



Mer Gómez

eman ta zabal zazu



Universidad
del País Vasco

Euskal Herriko
Unibertsitatea

LAS HERMAFRODITAS DEL SIGLO XXI: DE OBJETOS DEL DISCURSO A SUJETOS POLÍTICOS

Soliloquios corporales y nuevos enunciados sobre la intersexualidad

Autora: María Gómez Sánchez (Mer Gómez)

Directora: Jone M. Hernández García

Programa de Doctorado de Estudios Feministas y de Género

Donostia, 2023

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN [p. 9]

Presentación / Preguntas de investigación / Objetivos / Estructura

CUERPO Y PROCESO METODOLÓGICO [p. 15]

El punto de partida [p. 15]

1. Objetivos metodológicos [p. 16]

2. Yo, doctoranda y activista, durante el proceso metodológico [p. 20]

2.1 Comienzos y dificultades. Asumir los límites y tomar decisiones [p. 20]

2.2 Volver a la tierra: diario de una autobiografía [p. 21]

2.3 De cómo se ha ido nutriendo la investigación de mi práctica como activista (y al revés)

[p. 26]

3. Muestreo: ¡el llamamiento a las intersex! [p. 28]

3.1 Primera fase [p. 29]

3.2 Segunda fase [p. 30]

3.3 Perfil de la muestra [p. 30]

3.4 Última fase [p. 33]

3.5 Conformación del grupo de trabajo [p. 34]

4. Modos de hacer trabajo de campo en tiempos de incertidumbre [p. 36]

4.1 ¿Mensajes de voz a través de WhatsApp? [p. 36]

4.2 Herramienta metodológica: nacimiento de los soliloquios corporales [p. 37]

4.2.1 ¿Cómo nace esta propuesta y en qué otras herramientas metodológicas está inspirada?

[p. 38]

4.3 Instrucciones y recomendaciones para elaborar los soliloquios corporales [p. 40]

4.4 Cronograma: categorías de análisis [p. 41]

4.5 Plan de trabajo [p. 43]

5. Presentación de las personas intersex participantes [p. 43]

5.1 Nombre o pseudónimo: ¿cómo te gustaría aparecer en este proyecto? [p. 45]

5.2 Motivos: ¿por qué has decidido colaborar? [p. 48]

5.3 Nombre del grupo: «hermafroditas a caballo» [p. 52]

6. Yo frente a los soliloquios corporales de las otras intersex [p. 54]

6.1 Algunas impresiones del uso de la herramienta metodológica [p. 54]

6.2 Vulnerabilidades y aprendizajes personales [p. 55]

BLOQUE 0. HITOS [p. 59]

1. Tres hitos: despatologización, desarmarización y acuerpamiento [p. 60]
 - A. Soliloquios de un diagnóstico. Procesos de despatologización [p. 61]
 - B. Soliloquios de un proceso de desarmarización. Alzando la voz y rompiendo tabúes [p. 70]
 - Soliloquios de una (auto)desarmarización [p. 71]
 - Soliloquios de una desarmarización ante las otras endosex [p. 77]
 - C. Soliloquios de un proceso de acuerpamiento. Encontrándonos y colectivizándonos [p. 85]
- A modo de conclusión. Bloque I [p. 94]

BLOQUE I. INTERSEXUALIDAD: MITOS, DIFERENCIA SEXUAL Y DIAGNÓSTICOS [p. 101]

1. De los relatos griegos y romanos antiguos a la figura del hermafrodita moderno [p. 102]
 - 1.1 Prodigios y monstruos [p. 105]
2. Nacimiento de la diferencia sexual. Desde el s. XVIII hasta mediados del s. XX [p. 117]
 - 2.1 De uno todo-poderoso a dos radicalmente opuestos [p. 117]
 - 2.2 Mutantes sexuales entre dos sexos [p. 120]
3. Nace la clínica y da a luz a los estados intersexuales [p. 124]
 - 3.1 Diagnósticos, protocolos y heteronormatividad [p. 134]
4. Biomedicina contemporánea: muchas sombras y algunas luces [p. 140]
 - 4.1 La “todopoderosa” medicina [p. 141]
 - 4.2 Procesos asistenciales: entre grietas y aperturas [p. 144]
 - 4.3 La clínica: una zona de contacto “ambigua” [p. 145]
- A. Soliloquios corporales: el posicionamiento de las HAC ante las prácticas biomédicas [151]
- A modo de conclusión [p. 165]

BLOQUE II. INTERSEXUALIDAD: UN JAQUE AL BINARISMO SEXUAL [p. 171]

1. Situándonos: la categoría género en la investigación feminista [p. 174]
2. Cuestionando las dicotomías: de binarismos inquebrantables a barbarismos queer [p. 176]
 - 2.1 Simone De Beauvoir. Llegar a ser mujer [p. 177]
- A. Soliloquios corporales: sexo y género [p. 180]
 - 2.2 Gayle Rubin. El sistema sexo-género [p. 188]
- B. Soliloquios corporales: hablemos de deseo, de cuerpos deseables [p. 195]
 - 2.3 Monique Wittig. Las lesbianas no somos mujeres [p. 209]
- C. Soliloquios corporales: ¿las intersex somos mujeres? [p. 214]
 - 2.4 Judith Butler. La esencia femenina en disputa [p. 224]
- D. Soliloquios corporales y construcciones sexuales binarias [p. 232]

2.5 Donna Haraway. El cyborg y las hienas [p. 240]
E. Soliloquios corporales y otras terceras cosas [p. 242]
3. Teoría y barbarismos queer. Sujeto[s], rareza[s], cruce[s] [p. 249]
A modo de conclusión. Bloque II [p. 256]
BLOQUE III. INTERSEXUALIDAD: SUJETO POLÍTICO Y DE DERECHOS [p. 265]
Apartado I. Un sujeto intersex y feminista [p. 266]
A. Soliloquios corporales: ¿somos las HAC feministas? [p. 267]
1.1 Feminismos interseccionales y (trans)fronterizos [p. 274]
B. Soliloquios corporales: los privilegios, y la falta de ellos [p. 277]
1.2 Desplazamientos y fricciones en el feminismo español [p. 286]
1.2.1 Cuerpos que aparecen: ¿alianzas o tensiones? [p. 288]
C. Soliloquios corporales: lo TERF y lo queer [p. 296]
1.3 Del sujeto mujer homogéneo a la interseccionalidad del transfeminismo [p. 304]
Apartado II. Sobre el derecho de las hermafroditas [p. 308]
2.1 Una aproximación a los avances internacionales [p. 309]
2.2 Textos legislativos aprobados [p. 312]
2.3 El consentimiento informado [p. 314]
2.4 Una aproximación a la legislación española vigente sobre intersexualidades [p. 316]
2.4.1 Sobre el derecho de las hermafroditas del siglo XXI [p. 319]
D. Soliloquios corporales: a la conquista de nuestros derechos [p. 325]
Apartado III. La intersexualidad en red [p. 331]
3.1 Pasos y logros del Activismo Intersex Internacional [p. 332]
3.2 Florecimiento del asociacionismo intersex español [p. 336]
3.2.1 ¿Cuándo se nombró, por primera vez, a la letra i? [p. 336]
3.2.2 Asociaciones, organizaciones y grupos intersex [p. 338]
3.3 Activistas profesionales y proyectos por la visibilidad intersex [p. 345]
E. Soliloquios corporales: el compromiso con las otras [p. 347]
A modo de conclusión. Bloque III [p. 356]
A MODO DE CIERRE [p. 365]
AGRADECIMIENTOS [p. 377]
BIBLIOGRAFÍA [p. 379]

INTRODUCCIÓN

Presentación

Esta investigación se entrega como tesis doctoral del programa de doctorado en Estudios Feministas y de Género de la Universidad del País Vasco (2018-2022). De acuerdo a lo señalado en el título, el principal objetivo sería incorporar al debate académico dos elementos. El primero, un nuevo sujeto de estudio que aspira a convertirse en sujeto político: las personas intersex. El segundo, nuevos enunciados, significados y discursos que re-elaboran y deconstruyen el objeto de estudio intersexualidad.

intersexualidad(es): se dice que una persona es intersex¹, o intersexual, cuando nace con características sexuales –cromosomas, hormonas, gónadas, o genitales– que no encajan en la definición típica binaria de cuerpos masculinos o femeninos.

Las intersexualidades son variaciones, múltiples y diversas, que tienen que ver con la anatomía sexual de las personas y que no cumplen –por tanto, cuestionan– la idea socio-cultural binaria de que solo existen dos tipos de cuerpos con características estrictas y rígidas. Los cuerpos intersex, por la flexibilidad y fluidez en sus características, son ininteligibles para el sistema binario y heterosexual establecido. De hecho, representan un jaque a ese sistema. Por eso, se han tenido que nombrar como otro tipo de cuerpo fuera de la norma (masculina o femenina). Y son, precisamente, las experiencias de discriminación que han vivido las personas que han nacido con un cuerpo no normativo, las que han hecho que hoy se reclame la intersexualidad como identidad política. Aún así, la forma de entender la intersexualidad y, por tanto, el significado cultural que ha recaído sobre las personas con cuerpos intersexuales, ha ido variando a lo largo de la historia.

En esta tesis he contado con la participación de diez mujeres intersex –yo soy una de ellas– que han sido el principal sujeto de estudio. Para incluir los testimonios he propuesto una técnica metodológica a la que he denominado “soliloquios corporales” y he decidido poner un nombre al

1

Intersex: a lo largo de la tesis voy a priorizar en la utilización del concepto “intersex” (en inglés), en vez de “intersexual” (en castellano), por una cuestión política. Es el término que se reivindica por parte del activismo intersex internacional.

grupo, creado de manera colectiva, “hermafroditas a caballo” (HAC). También, he tenido que buscar una vía o técnica apropiada, “audios de Whats App”, para recoger los soliloquios corporales de una muestra que, por primera vez, dejaba de ser objeto del discurso y aparecía como sujeto de investigación.

Una vez conformado el grupo, he necesitado identificar los hitos comunes, acontecimientos trascendentales, que han hecho posible que las HAC, ahora en posición de sujetos, incorporen al debate científico la experiencia corporal vivida. A los tres hitos identificados los he denominado procesos de “despatologización”, “desarmarización” y “acuerpamiento”. Este apartado muestra el proceso de conformación de un sujeto intersex y de una identidad colectiva que aspira a ser política².

Por eso, también, ha sido necesario recurrir a la historia, para elaborar una revisión crítica al modo en el que se ha construido la intersexualidad como objeto de estudio. Fundamentalmente desde la Biomedicina (intersexualidad como patología) pero también, más recientemente, desde los Estudios Feministas y de Género (intersexualidad como posibilidad y parte de la diversidad corporal). Así como, desde los movimientos socio-políticos como el feminismo, el colectivo LGTBI+, y la comunidad intersex en su trabajo por convertirse en sujeto de derechos.

La tesis, por tanto, plantea un proceso colectivo de de-construcción y re-elaboración de un objeto de estudio que aspira a convertirse en político y lo hace a través de soliloquios corporales individuales como lugares de enunciación. Es decir, se busca “politizar” la intersexualidad como identidad colectiva incorporando al debate a un sujeto político, en construcción, con capacidad de acción y lucha por el cambio social.

Las contribuciones realizadas, en este trabajo colaborativo, buscan enriquecer el debate científico contemporáneo y favorecer la proliferación de nuevos marcos teóricos, metodológicos y epistemológicos. A su vez, al contar con mujeres intersex como productoras de conocimiento se pretende generar nuevos imaginarios culturales sobre la construcción-deconstrucción de los cuerpos que inviten a la des-esencialización de las categorías sexuales binarias.

Este trabajo comienza en el año 2018. Momento en el cual un pequeño grupo de activistas

² Entiéndase política como visible, pública, con capacidad de acción y enunciación, que tiene el objetivo de transformar el orden social para que las personas intersex dejen de estar excluidas y marginadas.

intersex, dentro del Estado español, comienza a fraguarse y las acciones de visibilidad se multiplican. Algunas de las demandas principales son denunciar las discriminaciones sufridas y poner fin a la vulneración de derechos (como los de autonomía e integridad corporal). Pero, también, transformar el orden social. Esta tesis es un altavoz más de un importante proceso de subjetivación que está teniendo lugar en el Estado Español y que necesita ser narrado.

Preguntas de investigación

En esta tesis me planteo las siguientes preguntas de investigación: *¿Qué discursos y marcos científicos han construido el objeto de estudio intersexualidad? ¿Cómo ha influido este objeto de estudio a las vivencias de las HAC? ¿Cuáles han sido los acontecimientos trascendentales que han hecho posible que de objetos del discurso, como grupo subalterno, pasen a ser sujetos de investigación y a construir una identidad colectiva? ¿A través de que herramientas, técnicas, y prácticas metodológicas están generando nuevos enunciados sobre la intersexualidad? ¿Qué objetivos persigue un sujeto político intersex?*

Objetivos

El objetivo general es:

Incorporar al debate académico los enunciados de un sujeto intersex, que empieza a construir una identidad política colectiva, a través de un ejercicio de re-elaboración y de-construcción del objeto de estudio intersexualidad.

Los objetivos específicos son:

1. Recoger los testimonios de diez mujeres intersex adaptando la metodología, las prácticas de investigación y el trabajo de campo a las condiciones generadas por el COVID-19
2. Identificar los hitos, los acontecimientos trascendentales en las trayectorias de vida de estas personas, que han posibilitado su transformación de ser “objetos” estudiados a convertirse en “sujetos” de estudio que aspiran a articularse como una nueva subjetividad política
3. Generar nuevos enunciados sobre la intersexualidad, a través de la incorporación de los soliloquios corporales, a modo de diálogo crítico con los discursos y marcos que la han construido como objeto de estudio. Para ello, trataré de:

3.1 Analizar los procesos, elementos y agentes implicados en el confinamiento de los

cuerpos intersexuales al campo de los protocolos clínicos, las prácticas estéticas y las técnicas endocrinológicas para hacerlos encajar en el modelo dicotómico occidental

3.2 Examinar, desde los Estudios Feministas y de Género, los discursos y marcos sobre la construcción de los cuerpos sexuados, el sistema sexo/género y las categorías sexuales binarias para observar cómo han sido interpeladas las intersexualidades

3.3 Dar cuenta de la conformación del sujeto político intersex dentro de: a) los debates identitarios que están produciéndose en el movimiento feminista; b) los textos legislativos; c) los grupos y redes que conforman la comunidad intersex y las prácticas de sensibilización generadas

Estructura

Teniendo en cuenta los objetivos propuestos, en esta tesis la estructura a seguir será la siguiente:

Primero, en el apartado al que he llamado “Cuerpo y proceso metodológico”, voy a situarme en la tesis y elaborar una autobiografía, después narraré cómo ha sido el proceso de trabajo de campo y la elección de técnicas y prácticas metodológicas adecuadas para incorporar a un sujeto intersex.

En el segundo apartado, titulado “Hitos: de objetos del discurso a politizar la intersexualidad como sujetos”, voy a centrarme en exponer cómo las HAC se convierten de objetos a sujetos de estudio y comienzan a construir la intersexualidad como una identidad política tras experimentar tres hitos o acontecimientos esenciales para ello. A su vez, estos hitos han puesto sobre la mesa los temas y marcos con los que se va a dialogar en los siguientes bloques.

Para continuar, he decidido dividir la tesis en tres bloques, uno por cada marco: a) la biomedicina; b) los estudios feministas y de género; c) la incidencia política en el campo legislativo y los movimientos socio-políticos intersex y feminista. A este apartado, con los tres bloques, lo he titulado: “De-construyendo y re-elaborando el objeto de estudio intersexualidad a través de los soliloquios corporales de las HAC”.

En el primero, “La intersexualidad: mitos, diferencia sexual y diagnósticos”, recogeré y analizaré cuáles son los discursos que han ido creando el objeto de estudio intersexual a lo largo de la historia. Primero, haré una breve genealogía exponiendo los relatos griegos y romanos, pasando por el

nacimiento de la diferencia sexual hasta la actualidad del siglo XXI. Asimismo, en la parte de los soliloquios corporales, me centraré en observar de qué formas está influyendo la irrupción y despatologización de los agentes políticos intersex.

En el segundo, “La intersexualidad: un jaque al binarismo sexual”, el objetivo es iniciar una búsqueda de espacios discursivos habitables para las personas intersex. Pero, también, generar nuevos enunciados a partir de nuestras contribuciones. En concreto, ahondaré en el sexo, en los sexos; en los cuerpos sexuados y en los cuerpos que cuesta sexuar. También, me detendré en la categoría género. A su vez, analizaré qué es eso a lo que llamamos sexualidad y cómo se relacionan los cuerpos intersex con el deseo. Junto a las HAC, he decidido poner en cuestión los dualismos: hembra/macho; mujer/hombre; femenino/masculino. No para confirmar que existen ni tampoco para negarlos, nuestra misión es preguntarnos por ellos

En el tercero, “La intersexualidad: sujetos políticos y de derechos”, mi propósito es poner de manifiesto como la comunidad intersex se va constituyendo como sujeto político en diferentes espacios de enunciación, y a través de distintas prácticas colectivas que buscan una transformación social. Lo he dividido en tres apartados: el movimiento feminista, el campo legislativo y el asociacionismo intersex.

Por último, “A modo de cierre”, voy a tratar de detallar qué pretendo aportar con las propuestas teóricas y metodológicas llevadas a cabo en esta tesis y hacia dónde queremos dirigirnos las HAC y, en general, la comunidad intersex.

CUERPO Y PROCESO METODOLÓGICO

El punto de partida

La propuesta de querer elaborar una tesis que incluyese narrativas intersex empieza a gestarse en 2016, mientras realizo un máster de “Estudios de Paz, Conflictos y Desarrollo” en la Universitat Jaume I de Castellón. Allí me encuentro con la intersexualidad como objeto de estudio de un ensayo científico de la asignatura “Estudios de Género y Paz”. Eso me lleva a iniciar la búsqueda de personas de mi colectividad y a escribir mi primer trabajo final de master (TFM). En este primer contacto con un proyecto de investigación, además de elaborar una revisión bibliográfica sobre el estado de la cuestión intersexual, incluí y analicé los testimonios de dos personas intersex adultas. Durante esa etapa, además, nace Lola. La protagonista de mi primer proyecto escénico y el pseudónimo que dará paso a mi desarmarización intersex, íntima y política, como Mer Gómez.

Tras estos acontecimientos, me trasladé a la Universidad del País Vasco y cursé el Master de Estudios Feministas y de Género (2017/2018) con el objetivo de continuar investigando y entrar en el programa de doctorado. En septiembre de 2018, defendí mi segundo TFM en el que opté por incluir conversaciones entre tres madres con sus tres hijas para analizar cómo había influido el diagnóstico a nivel individual, en la relación entre ellas y en la unidad familiar. Un paso más para seguir cuestionando los discursos hegemónicos sobre el objeto de estudio intersexual, la cultura médica de diagnosticar e intervenir a los cuerpos no binarios y evidenciar las consecuencias que provocan ambos aspectos en las personas intersex y sus familias.

Me interesaba seguir profundizando en las intersexualidades y en hacerlo desde planteamientos epistemológicos-metodológicos feministas que me permitieran poner en el centro los «saberes situados» (Haraway, 1991) y la «política de la localización» (Rich, 1986) con el objetivo de «habitar la investigación» (Esteban, 2004). Desde este lugar era posible cuestionar los parámetros clásicos de la tradición positivista, como la neutralidad y la objetividad, para visibilizar otros lugares de enunciación a la hora de producir conocimiento. La academia, por tanto, podía convertirse en un espacio de sensibilización pero también de intervención directa, de creación de redes y de transformación en la práctica. Un lugar desde el que pensar nuestras corporalidades intersex más allá de la medicalización.

En el mes de octubre de 2018, doy comienzo a esta tesis con el objetivo de reunir a un grupo de personas intersex, de mujeres intersex, para recoger (como sujetos encarnados) los discursos sobre el objeto de estudio intersexual y generar así nuevos enunciados sobre las intersexualidades, los cuerpos y/o el binarismo sexual. Pero, también, con el propósito de completar la investigación exponiéndome en primera persona, ubicada en un lugar/espacio inundado por la fuerza del recuerdo y la memoria. Inspirándome en el trabajo de Teresa del Valle (1995) sobre la «autobiografía» o en las contribuciones de Jone M. Hernández (1999) a las metodologías desde lo «auto».

Admito que en 2016, cuando comenzó mi andadura, no hubiese sido posible llevar a cabo este ejercicio de exposición personal. Yo misma, durante ese tiempo, he sido testigo y he formado parte de una especie de primavera intersex que se ha ido produciendo en el último lustro dentro del Estado Español. Una pequeña revolución que, poco a poco, ha ido fraguándose y que nos ha ido possibilitando dar la cara tanto en nuestros círculos privados como en la esfera pública. En mi opinión, impulsada por un nuevo auge que empezaba a vivir el feminismo en las calles, la movilización por los derechos humanos de la comunidad LGTBI+ y el apoyo entre distintos colectivos socio-políticos de movimientos de izquierdas. Desde la comunidad intersex observábamos de cerca como las demandas de estos agentes políticos estaban empezando a calar en los discursos públicos. También, gracias a la creación de nuevos partidos, como Podemos, que nació en 2014 fruto de las movilizaciones sociales del 15M en el año 2011.

El contexto sociocultural nos estaba abriendo la puerta. Parecía un momento propicio para que nuestros cuerpos intersex apareciesen en la escena pública a reivindicar su existencia y a poner sobre la mesa las vivencias de discriminación sufridas por los aparatos clínicos y socio-culturales.

1. Objetivos metodológicos

Este trabajo, por tanto, se ha centrado en recoger los testimonios de distintos sujetos intersex para analizar cómo se relacionan con su corporalidad dentro de un régimen heteronormativo de cuerpos sexuados y categorías sexuales binarias. ¿Cómo han influido los imaginarios sobre el sexo, el género, o el deseo sobre la materialidad de nuestras corporalidades intersex que han sido oprimidas por serlo? ¿Cómo nos hemos relacionado, mientras crecíamos siendo socializadas en la feminidad, con los demás cuerpos endosex y, en este caso, con el arquetipo mujer? Siempre, como

decía Michel Foucault (1992), pensando en el cuerpo como un agente y como el lugar desde el que llevar a cabo cualquier revolución.

Para hacerlo, he optado por la utilización de metodologías feministas cualitativas, con la finalidad de acercarnos a las vivencias subjetivas de los diferentes agentes. He apostado por ello porque: a) soy consciente del compromiso social y de la implicación que este tipo de metodologías tienen con el estudio de los cuerpos; b) estoy convencida de que facilitan la inclusión de las experiencias de las mujeres intersex a la investigación; c) al pertenecer a un colectivo invisibilizado, son las vías más adecuadas actualmente para que las voces se hagan presentes y adquieran protagonismo. Una de las referencias en el campo de las metodologías feministas y los estudios del cuerpo desde la antropología es Mari Luz Esteban (2016). Según Esteban:

«En las últimas décadas se han producido en el ámbito de las ciencias sociales innovaciones teóricas y metodológicas que han puesto al cuerpo en el centro del análisis de los procesos sociales y culturales y lo han convertido en objeto pero también en sujeto de investigación. (...) Este marco teórico-conceptual está permitiendo lecturas complejas y alternativas de la experiencia múltiple, abierta y cambiante de eso que denominamos ser mujer, ser hombre, o lo que sea que seamos, que requieren de una visión relacional, performativa y dinámica del género» (2016: 134).

Por lo tanto, para mí, como investigadora pero también como parte del colectivo que estudio, trabajar desde lo corporal es fundamental por diferentes motivos.

En primer lugar, entiendo los cuerpos como sujetos de la cultura y como un sujeto encarnado que produce lo cultural. Que las corporalidades intersex tengan la oportunidad de reivindicarse como sujetos transitorios y mostrar «sus vidas, sus cuerpos, en movimiento», nos permitirá «subrayar las interrelaciones, las tensiones, entre las acciones (entendidas como corporales), las ideologías y los contextos múltiples en los que se desenvuelven» (Esteban, 2016: 142).

En segundo lugar, tanto yo como las personas participantes hemos vivido nuestros procesos desde nuestros cuerpos y por tenerlos. Unas corporalidades que, por el hecho de tener características sexuales que no encajan dentro del sistema binario de cuerpos masculinos o femeninos, recibieron un diagnóstico y una serie de protocolos para encajar su apariencia en un arquetipo social. A partir de entonces, nuestros procesos emocionales, sensitivos y físicos han sido causa y efecto de esa situación. Analizar nuestras acciones poniendo nuestras trayectorias sobre la mesa posibilitaría «reformular las definiciones sociales y autodefiniciones sobre el género» (Esteban,

2016: 135) para tratar de flexibilizar así un sistema binario sexo/género que es el centro de múltiples discriminaciones, incluidas las de las personas intersex. Es más, la existencia de nuestras corporalidades demostraría que no solo el género sino también el sexo y la sexualidad son construcciones socio-culturales. Según Esteban, cuando hacemos esa revisión crítica –poniendo el cuerpo en el centro del análisis– es cuando «se establecen las condiciones para reforzar al máximo el proyecto feminista por antonomasia: la tarea antideterminista y antiesencialista» (2016: 135).

En tercer lugar, todas las (mujeres) intersex participantes hemos vivido una crisis de identidad debido a que nuestros cuerpos no cumplían con los estándares habituales de feminidad –vaginas o clítoris de tamaños no estándares, cuerpos no reproductivos ni menstruantes, o ausencia de vello púbico en vulva y axilas–. Estas crisis han sido significativas y constituyen un elemento en común en nuestras narrativas corporales. Por eso, nos hemos propuesto hacer el ejercicio de reflexionar aquí sobre ello. En este sentido, dirá Esteban «el cuerpo es considerado, por tanto, un nudo de estructura y acción, el lugar de la vivencia, el deseo, la reflexión, la resistencia, la contestación y el cambio social» (2004: 54). Esta investigación, además, es considerada como un acto político que tiene como objetivo mejorar la vida de una colectividad marginalizada a través de la descripción y el análisis de experiencias personales.

Por otra parte, cuando el cuerpo se convierte en sujeto aparece también una idea fundamental a la que Esteban (2013) denomina «desplazamiento». Este movimiento es evidente en nuestras narrativas y nos invita a señalar las violencias generadas por unas categorías sexuales binarias que han obligado a nuestros cuerpos a ocupar, precisamente, una posición de objetos. Sobre esta cuestión, dirá Esteban:

«[...] tomar a las personas como agentes conlleva también un movimiento, un desplazamiento epistemológico y empírico en el que, por otra parte, está implicada parte del movimiento feminista y de la teoría social actual del cuerpo: pasar de considerar el cuerpo como un objeto a considerarlo como un sujeto [...] este desplazamiento facilita además, desde mi punto de vista, seguir poniendo en cuestión la idea de lo masculino y lo femenino como categorías estables, fijas, sin fisuras, y permite mostrar que la identidad de género es siempre una identidad corporal, que nos identificamos en relación al género dentro y a partir de una determinada corporeidad, desde una vivencia y una percepción determinada de nosotros/as mismos/as como seres carnales; una corporeidad que es más absolutamente dinámica» (2013: 14-15).

Además, he considerado imprescindible incorporar a la tesis un análisis interseccional. Los cuerpos intersex evidencian que no existen dos sujetos homogéneos y universales. Tampoco dos

tipos de corporalidades fijas (masculina/femenina). La interseccionalidad nos ayuda a considerar la pluralidad y complejidad de los sujetos, de las corporalidades, la flexibilidad y mutabilidad de las categorías sexuales binarias. Lucas Platero (2014) plantea este concepto como una herramienta para comprender que el pensamiento de la sociedad en la que nos socializamos es cambiante y necesita ir adaptándose a los discursos, sujetos, y maneras de vivirnos que van apareciendo. Según Platero,

«la interseccionalidad se puede entender como un estudio sobre las relaciones de poder, que incluyen también vivencias que pueden ser señaladas como “abyectas”, “pertenecientes a los márgenes” o “disidentes”. Sin embargo, también sirve para teorizar el privilegio y cómo los grupos dominantes organizan estrategias de poder (conscientemente o no) para preservar su posición de supremacía» (2014: 81).

Tener en cuenta una perspectiva interseccional, por tanto, me permitirá: a) cuestionar el esencialismo imperante en las categorías de análisis y seguir pensándolos como construcciones socio-culturales en vez de como procesos naturales; b) combatir la desigualdad estructural que fomenta las opresiones y la exclusión, reconociendo los privilegios que tienen unas comunidades sobre otras y favoreciendo así el empoderamiento de todos los grupos; c) reivindicar nuevos espacios posibles para que las disidencias sexuales aparezcan en escena como sujetos de reconocimiento; d) pensar los tres puntos anteriores a partir de preguntarme a mí misma, como investigadora y activista, como me sitúo yo. Es decir, reflexionar acerca de cuál es mi posición frente al objeto de estudio y frente a las otras intersex participantes.

Por último, algo que no podía pasar por alto y que formaba parte del compromiso que tenía con las otras personas intersex, además de con la comunidad intersex en su conjunto, era el tipo de lenguaje que iba a utilizar. Tomando como referencia a María Alonso (2015: 53):

«Otro de mis objetivos como investigadora, fue adquirir un compromiso con mis iguales. Por eso, además de incluirlas en la investigación para la generación conjunta de conocimiento desde abajo, yo pretendía que el texto final fuera de acceso público a todas las lesbianas, independientemente de su nivel de formación» (2015: 53).

Gracias a la relevancia que el activismo político ha adquirido en estos últimos años para mí y a mi participación en diversas acciones, en diferentes espacios, con una gran variedad de agentes políticos, he pensado mucho en las alianzas y compromisos que deben existir entre calle y academia cuando hacemos investigación para la transformación social. Entre ellos, la responsabilidad de utilizar un lenguaje accesible y comprensible para personas de la colectividad sobre la que estoy teorizando, pero también para todo el mundo. Eso, bajo mi punto de vista, es una apuesta feminista

y forma parte del compromiso ético-político que tengo con mi comunidad de iguales, con otros colectivos de personas aliadas y con toda la sociedad.

2. Yo, doctoranda y activista, durante el proceso metodológico

Septiembre de 2019: había dado comienzo el trabajo de campo.

Objetivos a la vista: a) un cuarto propio, ubicado en un contexto significativo, desde el que iniciar y terminar el proyecto de investigación; b) una conversación autobiográfica para situar, en primer lugar, mi aventura corporal intersex y así ir averiguando qué quería analizar durante el proceso teórico-metodológico; c) un grupo de personas intersex (informantes) junto a las que crear nuevos enunciados; d) definir herramientas metodológicas cualitativas y feministas que me permitiesen recoger y analizar las experiencias de vida de las personas participantes.

2.1 Comienzos y dificultades. Asumir los límites y tomar decisiones

Durante el primer curso de doctorado 2018/2019 vivía en Bilbao y trabajaba a jornada completa en una tienda de calzado para pagar mi alquiler de 350€ al mes más gastos añadidos, en un piso que compartía con mi pareja. En estas circunstancias, aunque no disponía del tiempo suficiente que requiere la elaboración de una tesis doctoral, saqué momentos para empezar a leer ensayos, asistir presencialmente a seminarios, reunirme con mi directora, elaborar un marco teórico orientativo, e incluso preparé durante varios meses los correspondientes informes y proyectos para presentarme a una beca de doctorado que me solucionaría el siguiente curso. La respuesta llegó después del verano: la beca fue denegada.

Mi objetivo, de cara al segundo curso 2019/2020, consistía en centrarme en la tesis. Pero quedarme en Bilbao sin beca, no era una opción. Muy a mi pesar tenía que tomar decisiones que posibilitasen cumplir el objetivo que me había llevado a la Universidad del País Vasco. Abandoné aquel contexto, el curro de jornada completa que me permitía pagar el piso y los gastos, mi formación en el euskaltegi y las redes afectivas que habían estado cuidándome. Asumí mi situación precaria y volví a la casa familiar ubicada en Macotera, un pueblo de Salamanca.

Es cierto que, cuando me enteré de la noticia de la denegación de la beca, necesité unos meses para reflexionar si quería seguir adelante con la tesis doctoral o abandonar definitivamente. Lo único que me animó a seguir adelante fue la responsabilidad que tenía conmigo misma como agente

político y, por tanto, con la colectividad a la que representaba. Para entonces ya había ido creando redes dentro del activismo intersex y LGTBI+, personas que confiaban en mí para seguir haciendo camino desde la investigación académica. Eso, y una conversación muy honesta con mi directora de tesis, con Jone M. Hernández.

2.2 Volver a la tierra: diario de una autobiografía

Llegué a la casa familiar en el mes de agosto de 2019. Sin ser consciente, una vez (re)ubicada en el contexto en el que había crecido junto a mis padres, había empezado a tener lugar el proceso (auto)etnográfico.

Había llegado a Macotera, mi pueblo, para quedarme. Un lugar del que había deseado huir desde los catorce años, cuando tuvo lugar el acontecimiento que supuso un cambio sustancial y moldeó mi vida: el diagnóstico. Ese mismo pueblo al que había decidido volver con veintiocho, desdiagnosticada y con una identidad política como intersex. Había vuelto para escarbar en el pasado y, encima, atreverme a contarlo. Asumiendo, además, que hablar de lo «auto» en una investigación es todo un reto, un acto controvertido dentro del mundo académico y «un ataque explícito» al paradigma positivista dominante (Hernández, 1999: 53). Pero consciente de que para aquellas situaciones (colectividades subalternas) en las que hay un vacío mayor de conocimientos, es beneficioso y relevante (Del Valle, 2002: 241-242).

Para situar el contexto en el que ha tenido lugar mi proceso de trabajo de campo y de escritura de la tesis, diré que Macotera es un pueblo situado al nordeste de la provincia de Salamanca. Mientras yo crecía, entre los noventa y la primera década de los dos mil, y según el padrón municipal elaborado por el Instituto Nacional de Estadística, su población giraba en torno a los 1.500 habitantes. En 2020, son 1.019 las personas empadronadas. En este pueblo, nacieron mi padre y mi madre, también mis cuatro abuelas/os y sus familias. En mi caso, se puede decir que tengo ocho apellidos castellanos y macoteranos. Los recuerdos de mi infancia y adolescencia los sitúo en este lugar, desde que nací en 1991 hasta que con dieciocho años cambié de residencia y lugar para estudiar Periodismo. Supongo que le desearía a cualquier criatura crecer como crecí yo: libre, rodeada de campo y aire puro, sin contaminación, entre personas conocidas, sintiendo esa independencia que te va ofreciendo el contexto de un pequeño pueblo.

En una de las calles de entrada a este pueblo está ubicada la casa familiar. Dentro de ella, mi cuarto propio. Un espacio luminoso, tranquilo, y lo suficientemente espacioso para haberlo

separado en dos estancias durante este proceso: una de descanso y la otra de trabajo. En esta última, coloqué mi mesa de escritorio de manera estratégica para tener luz suficiente a cualquier hora del día, ordené mis libros y cuadernos en una estantería encima del escritorio y añadí una mesa auxiliar con un bote lleno de bolígrafos, agendas, la grabadora, los discos duros del ordenador y un calendario que iría variando cada año. Además, justo al lado de esa mesa, puse también la cama de mi perra Noa que luego pasó a ser la de mi perro Kron. En la otra estancia, estaban la cama, la mesilla y el armario. Separando ambas estancias, coloqué un sofá amplio y viejo, dos cuadros con cuerpos desnudos, y otra estantería con fotografías significativas de mis últimos años. Este ha sido mi espacio de trabajo, de lectura, de tiempo libre, de sueño, de cafés, de revoluciones y ansiedades corporales, de conversaciones conmigo misma, y de entrevistas con las otras intersex. Desde septiembre de 2019 hasta septiembre de 2022.

Una vez instalada en la casa de mis padres y con todo “mi mundo³” de los diez últimos años re-colocado y organizado en un único cuarto, era el momento de enmarcar a mi yo intersex dentro de la tesis. Un ejercicio, el de lo «auto», que he considerado imprescindible antes de iniciar un trabajo de campo junto a otras intersex. Antes de enfrentarme a los procesos y a las historias de otras personas de la colectividad a la que represento y de la que formo parte. Primero, tenía la responsabilidad de hacer un trabajo conmigo misma, volver a abrir la caja de pandora para intentar completar el círculo y aprender a construir un espacio posible para mi corporalidad intersex (para las otras) en un mundo dicotómicamente sexuado.

Un referente académico que me ha inspirado a la hora de mirar al pasado, recuperar recuerdos almacenados e indagar en ellos para detectar cuáles habían sido los momentos de mayor impacto o las experiencias vitales que me habían ido transformando, es la antropóloga Teresa del Valle (1995) y sus contribuciones sobre la autobiografía:

«La autobiografía es una estrategia creativa que tiene como fin servir a la persona que la elabora, la protagonista. Ella hace un gesto de mirar atrás en su vida y en ese movimiento aprisiona momentos, dibuja paisajes, se fija en personas, capta sentimientos, rescata olvidos. Todo ello encierra un proceso de selección que tiene mucho de recorte consciente y también mucho de intuición y creación. Esto último aparece principalmente en la forma en cómo compone el relato, su relato, para mostrarlo a otras personas. Tanto la forma de cómo piensa su vida, su decisión de hacerlo y el acto de transmisión, es parte también de esa autobiografía» (1995: 281).

Durante ese viaje autobiográfico, facilitado por la vuelta al pueblo y al hogar familiar en el que

³ Mi mundo: maletas, ropa, zapatos, mantas, posters, fotografías, discos, libros, cuadernos, informes, diarios, etc.

he crecido, hoy soy capaz de identificar distintos acontecimientos como «hitos», «intersecciones», «articulaciones» o «intersticios» en mi narrativa intersex:

«“Hitos”: aquellas decisiones, vivencias, que al recordarse se constituyen en una referencia significativa [...]; “intersecciones”: «me refiero con ello a momentos en los que la persona tuvo que enfrentarse con una elección que ha afectado el curso de su vida de una manera significativa [...]; “articulaciones”: los procesos de ajuste, encaje o enlace de las distintas partes de un todo; e “intersticios”: en procesos de oscuridad, de dolor, corresponderían a aquellas sensaciones en que la persona siente que empieza a salir del agujero negro (Del Valle, 1995: 285-287).

Jone M. Hernández (1999), a su vez, habla de la autobiografía como «un ejercicio íntimamente ligado a la memoria» y en el aprendizaje del uso de la misma «como fuente de conocimiento». Durante este ejercicio, «intento conocer claves para observar mi memoria y aprehenderla, por ejemplo, a través del cuerpo, a través de las sensaciones que éste ha vivido y almacenado» (1999: 55).

He dedicado el proceso de escritura a indagar a través de la memoria en los recuerdos que habían acompañado mi niñez y mi adolescencia: objetos, diarios, fotografías; los olores impregnados en todo ello. Estas sensaciones de las que habla Hernández (1999), brotaban en mi cuerpo cada vez que me encontraba con ciertos objetos simbólicos del entorno: el cajón de un mueble que había en mi dormitorio en el que escondía un diario de mi adolescencia, una estantería en la que iba escribiendo a boli palabras en clave sobre mis sentimientos del pasado, una jeringuilla grande que había dentro de un armario y que sirvió durante unos meses para curar las heridas y cicatrices de mi cuerpo.

Con la intención de relacionarme con todos los elementos que iba encontrándome en este contexto y que me iban ayudando a componer mi historia, había decidido seguir la rutina de recoger todo en mi cuaderno de campo: un (auto)grupo de WhatsApp denominado “Diario de una hiena” en el que grababa mensajes de voz dando cuenta de todo lo que se me pasaba por la cabeza.

Durante esos meses de introspección, mientras volvía a pisar los mismos lugares que había habitado años atrás, he ido desbloqueando recuerdos de espacios en los que no había vuelto a pensar. Entre ellos, la primera casa en la que crecí: un rincón de mi antiguo dormitorio en el que tantas veces me escondí bajo una manta, un mueble del baño repleto de espejos en los que me miraba y frente a los que lloraba sin parar, o la pequeña terraza unida por una ventana con mi

dormitorio por la que saltaba y salía a fumar cuando estaba triste. Las paredes, el pasillo, todo está lleno de recuerdos. He recorrido unas cuantas veces aquel espacio, que dejó de ser la casa familiar durante mi adolescencia, pero a la que sigo teniendo acceso. Me pregunto si han sido las suficientes.

Me he perdido, también, por algunos rincones del campo que rodea mi casa en los que, a veces, me había refugiado para tomar aire y respirar. He vuelto a sentarme a en medio de los campos de espigas a mirar el atardecer y a escuchar a todos los animales mugir, graznar, ladrar, relinchar o pastar. He ido viendo todo el proceso de preparación de la tierra para la siembra. Una actividad cotidiana en mi pueblo. Observaba la evolución, un día tras otro, cada tarde, mientras salía durante una hora a pasear con mi perro. Desde la fase de abono hasta la recogida del grano. De los colores verdes de la primavera a los amarillentos de los meses de verano y otoño. Ha sido interesante ir haciendo paralelismos mentales, mientras caminaba por el campo, entre mi proceso de escritura de tesis y el trabajo anual de un agricultor.

He recorrido las calles del pueblo. El espacio a penas ha cambiado pero las personas que habían sido (no) testigos de mi realidad intersex ahora no viven aquí. Las calles las recorren otras adolescentes, el parque está ocupado por criaturas que ya no conozco, en el colegio tanto el profesorado como el alumnado es distinto, y en casa de mi abuela ya no vive ella. Por lo tanto, todas las personas que conformaban el contexto socio-espacial de aquellos años de revolución, de las que había tenido tanto miedo por si descubrían algo, ya no estaban.

También he vuelto a recorrer el entorno del colegio en el que estudié. Sobre todo del instituto que, además, está enfrente de mi casa. Lo veo cada día por una de las ventanas situada en el separador de la planta que habito. En esos pasillos, baños y aulas tuvieron lugar algunas crisis de ansiedad silenciosas y (auto)silenciadas. De hecho, a penas guardo recuerdos en mi memoria de dos cursos: segundo y tercero de secundaria. A pesar de re-construir con imágenes de profesores o de compañeras/os de clase algunas situaciones, no consigo verme allí. Es borroso, difuso. Tenía tan interiorizado callar y no decir nada (o mentir), por miedo a que se destapase un secreto por el cual – me habían advertido– iba a ser rechazada y violentada, que estaba disociada. Ni siquiera me atrevía a escribir nada relacionado con mi intersexualidad, mi enfermedad en aquella época. En ningún papel, en ningún diario. Por miedo a que algún día, alguien, lo encontrase y se destapase. De esa época solo hay palabras en clave en una estantería y en un blog de internet que ya no existe. También quedan dos relatos escritos por mí con historias de ficción. Curiosamente con protagonistas mujeres que tenían historias de superación personal o que luchaban por destacar en

un mundo de hombres.

Mientras tanto, también he mantenido conversaciones que me han ayudado a recrear momentos y situaciones concretas. He hablado mucho con mi madre, con la que años atrás había construido un ejercicio reflexionando acerca de su relación con el objeto de estudio y de su experiencia como familiar. Me ha interesado, durante todo el proceso, observar su evolución, cómo ha cambiado su mirada hacia la intersexualidad al verme empoderada e ir normalizándolo; al verme hablar de ello públicamente desde el orgullo. Otra de las conversaciones más interesantes la he tenido con mi mejor amiga de adolescente. Con ella he completado algunos recuerdos y he corregido otros que me había inventado. Yo pensaba que ella sí había sabido algo. Y resulta que lo único que sabía, el motivo por el que creía que estaba mal, no era por mi diagnóstico sino por una de las consecuencias que había tenido en el deterioro de mi cuerpo no hablar de ello. Durante unos años, yo vomitaba por una taza del water todo lo que me había(n) prohibido decir con palabras.

Durante esta búsqueda, también salí de mi espacio íntimo (mi habitación en la casa familiar) al entorno público (Salamanca ciudad) para completar mi viaje biográfico por el pasado. Quince años después, volví a una de las consultas que había visitado tantas veces cuando era adolescente. Esta vez, siendo adulta, empoderada y sin miedos. Retomé las conversaciones con mi ginecólogo, le hablé de mis emociones, de mi forma de mirar a las corporalidades intersex, del sufrimiento que me habían provocado los protocolos y las prácticas intervencionistas. También del silencio que me habían recetado unos y otros. Recibí su comprensión y su escucha, también sus disculpas.

Volví también al mismo hospital, para repetir cada una de las pruebas: analíticas, cariotipo, densitometría y ecografía abdominal. Todo en el mismo lugar, atravesando los mismos pasillos. Pero esta vez desde mi autonomía, con mi consentimiento (in)formado y como cuerpo agente. Ese ejercicio era mi forma de experimentar, de observar las reacciones y los discursos de los diferentes actores a los que me iba encontrando. Los datos clínicos seguían siendo los mismos pero los comentarios violentos no tardaron en llegar: *las gónadas hay que extraerlas cuanto antes porque existe riesgo de cáncer, el radiólogo dice que hay que repetir la prueba porque algo no sale correctamente, ¿por qué en la receta no se ha indicado que tienes un síndrome?, eso del feminismo y el movimiento gay está haciendo mucho daño, ¿qué tipo de anomalía es la tuya?, los médicos hacemos lo nuestro y no estamos para informar de las asociaciones que hay.* Entre otras, esas fueron algunas frases recibidas y registradas en mi “Diario de una hiena”.

A su vez, me lancé a hacer lo mismo utilizando como herramienta la cultura. Me desnudé ante

públicos diversos a través de un proyecto escénico “Solo apto para bichas raras”, escrito para ser representado en un espacio de microteatro (diciembre de 2019). Esta vez tenía voz y la usaba con un objetivo político desde la ficción. Observé reacciones diferentes por parte del público asistente que iba apuntando en el diario después de cada pase. Algunas me sorprendieron por la buena acogida, los aplausos, y el apoyo de las personas que las recibían. Sobre todo, dentro del espacio cultural y artístico en el que representé el monólogo. Otras, resultado de conversaciones cotidianas con distintas personas, fueron difíciles de encajar: *eso es una enfermedad, una persona intersex no es una mujer porque no tienes la regla, ¿entonces tú qué tienes debajo de las piernas?, eso de las intersexualidades ya llegará, cada cosa a su tiempo, tú eres feminista por lo que te ha pasado, los hermafroditas son un error de la naturaleza, ¿tú eres hermafrodita?*

Ahora, después de todo este viaje, reconozco mi valentía y mi fortaleza. Este ejercicio inicial, biográfico y ubicado en un espacio con memoria, ha sido clave para la elaboración de mi autobiografía. Muy necesario antes de iniciar un proceso colaborativo junto a otras intersex. Antes de formular un guión, de recoger y analizar posteriormente otros testimonios. No hubiese sido responsable con el grupo si no lo hubiera hecho. No hubiese sido responsable conmigo si no me hubiera dado la oportunidad de reconciliarme con mi entorno, mi contexto, mi pasado; con mi yo adolescente.

2.3 De cómo se ha ido nutriendo la investigación de mi práctica como activista (y al revés)

Una vez completada esta mirada retrospectiva hacia el pasado pude asumir que, en este proyecto de investigación, soy un ser fluyendo entre dos dimensiones: la doctoranda estudiosa de la intersexualidad y la activista participante estudiada.

En 2016 comienza mi toma de contacto con el asociacionismo y con el activismo político intersex. También conozco en la ciudad de Barcelona a Laura, la primera persona con una experiencia intersex. Después, me acerco a la Asociación Grapsia. Más adelante, voy conociendo a muchas más personas. Continúo el viaje en soledad, pero sintiéndome acogida por una comunidad de iguales, refugiándome entre pseudónimos y dando salida a mi historia en diferentes formatos. Uno de ellos, la investigación académica. Otro, la publicación de artículos en medios de comunicación como Pikara Magazine (Gómez, 2017, 2018, 2020) o Gehitu Magazine (Gómez, 2020). También en espacios culturales, como “La Malhablada” de Salamanca, donde he escrito e interpretado los ensayos escénicos “La revolución de Lola” (agosto, 2017) y la mencionada obra

“Sólo apto para bichas raras” (diciembre, 2019). Además de algunos proyectos artísticos. El más destacable ha sido la colaboración junto al historiador del arte Víctor Ramírez en el ensayo audiovisual “Un ángel negro”, producido por el equipo audiovisual del Museo Nacional de Arte de Catalunya (junio, 2019).

Con los años, mis ritmos y los de Laura (la primera intersex que conozco) hacen que volvamos a reencontrarnos. Ambas, además, somos graduadas en periodismo y comunicación, tenemos experiencia laboral en el ámbito de la cultura y las artes escénicas, y creemos en la educación como una de las mejores herramientas de visibilidad. Por eso, en el mes de noviembre de 2020, decidimos construir el proyecto “i de intersex”. Un colectivo para formar e informar sobre intersexualidades desde una perspectiva feminista. El fin era generar un espacio que nos permitiese realizar una labor de sensibilización y pedagogía formando a trabajadores/as y agentes de distintas instituciones, alumnado/profesorado de centros educativos; a la sociedad en general.

La primera acción que realicé junto a Laura fue en octubre de 2019, en el mismo momento en el que iniciaba esta tesis doctoral. Fue organizada por *la oficina de les dones i LGTBI de la Diputació de Barcelona* y estuvo dirigida a personal técnico de la administración pública. Tuvo el siguiente título: “La i existe, marco básico para entender las intersexualidades”. Aunque aún no eramos un colectivo, el momento fundacional de “i de intersex” está vinculado a la invitación recibida por parte del *Ajuntament de Terrassa*, concretamente *al servei LGTBI+ i al servei de polítiques de gènere*. Gracias a este servicio LGTBI+ pudimos llevar a cabo tres formaciones en remoto (noviembre, 2020) a las que asistieron más de ciento veinte personas. La respuesta fue increíble y la acogida muy positiva. La repercusión de estas acciones hizo que llegaran otras propuestas por parte de instituciones y ayuntamientos de la provincia de Barcelona. Como la que tuvo lugar en el *Congrés Creixer més enllà del gènere* (febrero, 2021) donde participamos en una mesa redonda para reflexionar sobre políticas municipales feministas para la diversidad sexual y de género en la infancia y la adolescencia. Esta vez, Laura y yo compartimos mesa con Sam Fernández, aliada e investigadore sobre intersexualidades de la Universidad de Granada. Y a partir de ahí no hemos parado: institutos, talleres, ayuntamientos o centros de igualdad y LGTBI+. Asimismo, desde septiembre de 2020 y hasta el mes de junio de 2021 hemos estado inmersas en la redacción y elaboración de la Ley Integral vasca LGTBI+ junto a agentes políticos de Asociaciones LGTBI+ de la Comunidad Autónoma Vasca. El último proyecto, financiado una vez más por el Ayuntamiento de Terrasa, ha sido la creación de un cortometraje de docu-ficción que tiene por título “Se receta silencio”. Este ensayo audiovisual ha sido dirigido por el activista trans Miquel Missé y protagonizado por

nosotras, Laura Vila Kremer y Mer Gómez (yo). El estreno tuvo lugar en el “Cinema Catalunya” de la ciudad de Terrasa (Noviembre, 2021) y, desde entonces, ha sido seleccionado y premiado en diferentes festivales de cine LGTBI+ y de derechos humanos. Entre ellos, el festival *FIRE* de Barcelona –quien ha hecho posible que, durante unas semanas (junio de 2022), nuestro cortodocumental haya formado parte del catálogo de la plataforma audiovisual FILMIN–.

Debo añadir que, gracias a todo este conjunto de actividades realizadas desde “i de intersex”, he podido ir sosteniéndome económicamente, aunque haya sido de manera precaria e intermitente.

Paralelamente, he ido desarrollando esta tesis doctoral. El activismo, por tanto, ha enriquecido todo el proceso teórico y metodológico. Ubicada en estas dos facetas, he completado un ejercicio de observación constante (presencial y en remoto) en el que la vida de la investigación y la vida del colectivo se han entremezclado, nutriéndose a parte iguales, bebiendo la una de la otra. Esto me ha ayudado a buscar el punto medio entre ambos escenarios.

Así, por ejemplo, durante las formaciones y talleres impartidos como activista, he observado las principales dudas que las personas endosex tienen sobre la intersexualidad. Eso me ha llevado a poner el foco de la investigación en lugares en los que no hubiera pensado por mí misma, desde dentro. Incluso, gracias a estos espacios he aprendido a cuidar el lenguaje y a buscar una forma de comunicarme y transmitir la información más accesible. A su vez, mi práctica como investigadora ha nutrido acciones formativas, facilitando temas de discusión y ofreciéndome herramientas lingüísticas. Siempre, tratando de mantenerme alerta tanto de las contribuciones que se estaban dando desde otros espacios culturales y no académicos, como a los discursos y prácticas alternativas. Con el objetivo de tenerlo en cuenta e incorporarlo a la investigación desde el comienzo de la búsqueda (o el “llamamiento”) de las otras intersex.

3. Muestreo: ¡el llamamiento a las intersex!

Este proceso, al que he denominado «de llamamiento», lo sitúo en tres momentos diferentes. En ellos, tuvo lugar mi acercamiento al/los sujeto/sujetos de estudio hasta dar con la muestra definitiva y conformar un grupo⁴. La pregunta-invitación en el punto de partida era la siguiente: «¿estarías

⁴ He de decir que, al comienzo del proceso, de la misma forma que no tenía una muestra determinante tampoco sabía cómo iba a realizar el trabajo de campo. Es más, los objetivos metodológicos de la investigación estaban abiertos y sujetos a cambios. De hecho, los fui construyendo, paralelamente, a medida que iba conociendo a personas e identificando diferentes necesidades dentro de la comunidad intersex.

dispuesta a participar y aportar tu voz al proyecto de investigación sobre testimonios de personas intersex que estoy elaborando?».

Al comienzo, con la excusa de la tesis, me atreví a relacionarme con personas con las que, hasta entonces, no había tenido la oportunidad de conversar de manera sosegada y profunda. Me dediqué a escuchar otras historias de vida y a compartir la mía. Podría decir que fue una especie de ejercicio terapéutico, con una escucha recíproca, compartiendo vulnerabilidades desde la empatía. Todas las conversaciones que mantuve, las personas con las que conecté, me empujaron a ir delimitando una serie de puntos importantes que trasladar a la investigación. Sin duda, la última etapa fue diferente y, además, definitiva. Ya había unos objetivos sobre la mesa, un perfil para la muestra, y una idea clara del trabajo de campo. Idea que, como detallaré más adelante, nunca pudo llevarse a cabo por el comienzo del COVID-19 pero que resultó ser una oportunidad para investigar de otros modos.

3.1 Primera fase

La primera fase comienza en el mes de septiembre de 2019, mi segundo año de doctorado. Los primeros doce meses me había dedicado a elaborar el proyecto y a ir construyendo un estado de la cuestión y un marco teórico sobre el objeto de estudio intersexual.

En este segundo curso, por tanto, contacté con las intersex con las que tenía una relación más estrecha. Fueron un total de siete personas a las que envié un primer audio de WhatsApp para colectivizar mi plan, mis dudas e ideas, sobre la realización de una tesis que incorporase testimonios de personas intersex.

Entre los perfiles de esa primera muestra había personas de diferentes contextos, edades, e identidades de género. También con ritmos y procesos distintos a la hora de relacionarse con la intersexualidad y con su cuerpo intersex. Dos de ellas sentían que no era su momento para hablar, otra no disponía del tiempo suficiente para comprometerse, la cuarta tenía dudas sobre si atreverse y a la última tuve que descartarla cuando decidí reducir la muestra al contexto del Estado Español.

Las dos que accedieron, además de identificarse como intersex (y no con un diagnóstico) provenían de contextos feministas y de militancia política. También habían colaborado en un proyecto de investigación previo conmigo (trabajo final de master). Por lo tanto, entendían los ritmos y compromisos que requería el proceso y estaban dispuestas a volver a asumirlos.

Era octubre de 2019. Tenía a las dos primeras participantes. Ya eramos tres personas y un guión orientativo que había emergido como consecuencia de esos encuentros y consultas iniciales.

3.2 Segunda fase

Esta fase, fue muy interesante y enriquecedora, tanto a nivel de observación como para conectar con personas con las que antes no me había atrevido a hablar. Considero que fue una oportunidad para acercarme a compañeras intersex con las que a pesar de haber compartido espacios nunca había intimado.

¿Cuál era la forma de contacto? Los audios de WhatsApp eran mi vía de comunicación preferida cuando, todavía, no tenía la confianza suficiente. Una llamada me parecía más invasiva y un mensaje más frío, el audio de WhatsApp era el punto medio. También es la forma habitual que tengo de relacionarme, a distancia, con mi grupo de amistades.

A lo largo de tres meses (de octubre de 2019 a enero de 2020), contacté con mujeres y hombres intersex, activistas de diferentes lugares del mundo, también familias de criaturas intersex para conocer sus preocupaciones. Necesitaba tener conversaciones con perfiles diversos para saber qué estaba buscando.

Además, todo ese proceso⁵ me estaba nutriendo y sacando a relucir un montón de emociones distintas. Emociones que, yo misma, necesitaba tiempo para digerir y dirigir. Quizás, como escribe Mari Luz Esteban en “Crítica del pensamiento amoroso” (2011) para referirse al proceso etnográfico, se estaba dando un desplazamiento después de cada uno de esos encuentros, una transformación en mí (2011: 29).

En esta etapa, aunque aún no tenía un perfil definitivo, algo –relacionado con la transformación que estaba viviendo– me llevaba a centrar mi interés en otras personas que hubieran sido socializadas como mujeres y que, además, se identificasen como feministas o se relacionasen con y dentro de los movimientos LGTBI+. De este modo fui acotando el ámbito de la tesis doctoral.

3.3 Perfil de la muestra

Reflexionar sobre el proceso anterior, que fue intenso y emotivo, me ayudó a decidir cuales iban

⁵ El proceso fue tan enriquecedor que me llevó a, más adelante, crear un proyecto alternativo y paralelo a la tesis, en el que recogí los relatos de esas personas que estaban siendo tan enriquecedores y de los que estaba aprendiendo tanto.

a ser las características de la muestra definitiva. Era el momento de sentarme, focalizar(me) y concretar los objetivos de investigación para no perderme o desviarme durante el trabajo de campo.

Mi primera intención había sido hacer un llamamiento dentro de esos círculos cercanos de activismo. Un llamamiento abierto a diferentes tipos de personas, no importaba con qué género hubiesen sido socializadas, ni donde residiesen. Pero sí buscaba a sujetos decididos e implicados, que se sintiesen empoderados, para atreverse a profundizar en una parte íntima de sus experiencias de vida.

Lo que me había encontrado, mayormente, eran personas adultas (+18) socializadas como mujeres. A pesar de la ausencia de hombres intersex en asociaciones o haciendo activismo⁶, tuve la oportunidad de dialogar con dos. En este caso, diagnosticados como Klinefelter⁷. De las conversaciones deduje que no se sentían reconocidos en el concepto intersex ni con el activismo político. Tampoco se sentían próximos a posturas feministas, queer o LGTBI+. Por lo tanto, era un objeto de estudio que descarté porque no encajaba con los objetivos del trabajo de investigación.

Por otro lado, en esas primeras conversaciones en círculos y grupos intersex no académicos, siempre me encontraba con el mismo patrón: mujeres que hablábamos del sufrimiento que unas categorías sexuales binarias universales tan estrictas nos habían proporcionado. Unas y otras insistían/insistíamos en las discriminaciones sufridas por los aparatos clínicos/sociales y las fobias posteriormente interiorizadas por no ser esa «mujer cien por cien mujer», por ser una «mujer de segunda», ser «menos mujer», una «mujer rara», una «mujer incompleta», «una estafa de mujer», «una mujer con un cuerpo estéril», «una mujer impenetrable».

Nuestros cuerpos intersex no eran dignos de que nadie los deseara y quisiera, por eso había que modificarlos o intervenirlos. Los discursos recibidos eran esos. Como dice Teo Pardo: «¿y a ti quién te va a querer, con este cuerpo?» (2020: 137). Además, como señala Esteban: «la identidad de las mujeres tiende a construirse y afirmarse, en Occidente al menos, en relación al otro, un proceso que alcanza su clímax en la relación amorosa» (2011: 114). En este sentido, era impensable que nuestros cuerpos impenetrables y no binarios se relacionasen con otros cuerpos penetrables y normativos.

⁶ De todas las personas que conozco en el Estado español que se identifican con el concepto intersex y forman parte de las asociaciones más políticas, solo cuatro se identifican como hombres. ¿Por qué? Es una cuestión sobre la que me gustaría profundizar, quizás, en otras investigaciones posteriores. Pero, de momento, únicamente me atrevería a decir que tiene que ver con la construcción social clásica de la masculinidad.

⁷ Menciono el diagnóstico clínico porque ese fue el concepto utilizado y reivindicado por los sujetos entrevistados para identificar su corporalidad intersexual.

A medida que iba entrevistándome con otras mujeres intersex también identificaba sus principales preocupaciones: *crecer con una corporalidad intersex habiendo sido socializada en la feminidad, sentirse menos mujer por no encajar en un prototipo corporal, la relación sexo-afectiva con otros cuerpos endosex, las consecuencias del binarismo sexual sobre los cuerpos no binarios, la idea de no pertenecer a un lado u a otro*. Sin duda, estas cuestiones habían condicionado nuestras trayectorias, eran un elemento compartido por todas las personas con las que hablaba. Habíamos sido cuestionadas por no pertenecer a un prototipo estanco e inflexible de corporalidad. Entonces, emergieron las preguntas clave que me ayudarían a definir los objetivos de la tesis y que me guiarían en el trabajo teórico y metodológico.

Una vez decidido que trabajaría con personas intersex socializadas como mujeres, el siguiente paso sería el de observar cómo habían incorporado a su identidad como mujeres su vivencia intersex. ¿Se identificaban como mujeres, como mujeres intersex, o de ninguna de estas formas?

La última cuestión que me quedaba por resolver era si mis aportaciones, por el hecho de trabajar con amigas o con personas con las que compartía asociación, a ojos de determinados paradigmas científicos tendrían valor. Y encontré la respuesta que necesitaba en “Ética tortillera” de Virginia Cano (2015):

«Esta ética tortillera surge del encuentro ineludible (personal, intelectual, ético y político) con mis amigas y compañeras tortilleras y militantes. El activismo lésbico es, sin lugar a dudas, el prisma (la práctica epistemológica, el locus del deseo y el ejercicio colectivo) que ha posibilitado estos ejercicios filosóficos y narrativos (...) En lo personal, y lo personal es textual, la viscosidad de esta lengua tortillera no sería posible sin el flujo arrollador de mis amigas, compañeras y amantes lesbianas» (2015: 120-121).

Lo importante no era el vínculo que hubiese entre las participantes y mi persona, una vez más la importancia residía en las aportaciones que podrían hacer desde sus trayectorias corporales.

Asimismo, la tradición positivista (Gregorio, 2014) defiende que la muestra debe ser lo suficientemente representativa como para lograr un grado de objetividad eficaz. ¿Lo era la mía? Probablemente, para esta tradición, en el momento en el que decido ser parte de la muestra ya estaría quebrantándolo todo. En este sentido, teniendo en cuenta que estaba teorizando sobre un objeto de estudio que me atravesaba directamente tanto a mí como al grupo, la objetividad pasaba a un segundo plano para ser conquistada por nuestras subjetividades parciales. En definitiva, un mayor número de la muestra tampoco era lo relevante, sino la aportación de la experiencia que le

dan nuestras trayectorias y los relatos que se puedan construir a partir de ella.

Además, por otro lado, lo haríamos asumiendo los privilegios que nos han traído aquí y siendo conscientes de que «aún estudiando colectividades a las que pertenecemos, no podemos eximirnos de estar, de alguna manera, representando a subjetividades y/o colectividades específicas» y reconociendo que cuando asumimos «el rol de altavoces de las palabras de los sujetos con los que investigamos, no estamos exentas de modificar su mensaje» (Biglia, 2014: 33).

En definitiva, el objetivo principal de esta tesis iba a centrarse en la emergencia de un sujeto intersex capaz de generar nuevos enunciados –con y desde sus cuerpos no binarios– sobre la intersexualidad. En este proyecto de investigación, los sujetos participantes seguirían los siguientes criterios: a) ser personas adultas (+18); b) haber crecido, vivido, en algún punto del estado español; c) haber sido socializadas como mujeres (aunque en la actualidad tengan tensiones con esa categoría o no se identifiquen con ella); d) identificarse y relacionarse con el concepto intersex; e) tener una mirada no patológica sobre su cuerpo o estar en proceso de ello (mirar a su cuerpo como parte de la diversidad de corporalidades y no, exclusivamente, como un cuerpo con una enfermedad que corregir); f) contar con una perspectiva crítica respecto a las categorías sexuales dicotómicas y la heteronormatividad como sistema.

3.4 Última fase

Con el perfil definido sobre la mesa y los objetivos claros, llevé a cabo dos iniciativas. Por un lado, me acerqué a personas con las que compartía asociación-grupo de apoyo, o a las que había ido conociendo en diferentes jornadas y eventos pero con las que, todavía, no había tenido la oportunidad de intimar. De este proceso, se unieron cinco personas. Era febrero de 2020 y ocho las participantes.

¿Era el momento de cerrar? Antes de hacerlo, quería dar(me) otra oportunidad, intentar no dejarme a nadie por el camino. Así que recurrí al método de «bola de nieve». Una vez más, la vía de contacto fueron los mensajes de voz de WhatsApp. Gracias a las personas que acababan de sumarse a la investigación pude llegar a dos más a quienes no hubiese accedido por mí misma. Primero una. La segunda y última llegó justo antes del inicio del trabajo de campo: la primera semana de marzo de 2020.

En definitiva, la muestra estaría compuesta por 10 participantes (siendo yo una de ellas) con

corporalidades intersex y socializadas como mujeres, con edades comprendidas entre los 22 y los 60 años, de nacionalidad española y residentes en los distintos territorios del Estado Español.

3.5 Conformación del grupo de trabajo

El proceso de conformación del grupo había durado, entre fases, idas y venidas, un total de seis meses. Como acabo de señalar, cuando eramos nueve personas y los guiones estaban sobre la mesa, llegó la última.

Personalmente, le daba mucha importancia al hecho de haberse involucrado personas que estaban empapándose de los discursos políticos feministas y LGTBI+ y que, hubiesen salido del armario o no, se sintiesen preparadas para participar activamente en un proyecto de investigación.

Ser conscientes de sus ritmos y respetarlos, era imprescindible. La vulnerabilidad es parte de nuestras trayectorias y no quería que nadie se viese envuelta en un proceso que, a lo mejor, no era el momento de empezar. Por eso, necesitaba que comprendiesen que probablemente no iba a ser sencillo ni tampoco corto en el tiempo. Lo principal era no sentirse obligada, tomar la decisión con libertad y convencimiento. Nuestras trayectorias están llenas de miedos y mucho dolor. Si para mí implicaba una exposición importante, para ellas también.

Por otro lado, para comprometerte durante al menos un año con una persona que, aunque sea tan intersex como tú, de un modo u otro se va a entrometer en tu intimidad y va a hacerte ahondar en tus cicatrices, hay que tener disponibilidad y fuerza. Yo también sentía mucho vértigo, por hablar de mí, por escarbar en mi historia, y porque ellas tuviesen que hacerlo.

Finalmente, el grupo de diez emprendía el camino con entusiasmo, cada una desde su lugar de residencia. A pesar de que el resultado del proyecto iba a ser un texto colectivo, el proceso de cada una de las participantes sería individual⁸. Como el mío. Aún así, la mayoría⁹ se conocían entre ellas y otras aún no habían tenido la oportunidad de verse. Igual que ocurriera durante el proceso de contactación, continuaban contagiándose(nos) y motivándose(nos) unas a las otras: «si estas dos se

⁸ Quizás, más adelante y en posteriores investigaciones, pueda ser interesante realizar etnografías colaborativas pero, en principio, estábamos viviendo un proceso de salida del armario personal. Esto podía verse en que esas primeras acciones de visibilidad que se estaban llevando a cabo eran individuales, no colectivas.

⁹ Durante toda la tesis me voy a referir en femenino genérico a las participantes y, en ocasiones, hablaré de “mujeres intersex”. Aún así, me gustaría subrayar que una de las diez personas a pesar de haber sido socializada como mujer y de ser leída como tal, se identifica como persona no binarie o extrabinarie. Cuando me refiera a elle, utilizaré el pronombre neutro (elle).

animan, yo también me apunto», «si es contigo, digo sí».

El día 8 de marzo de 2020 decidí que el grupo estaba cerrado. Lo recuerdo porque ese domingo salí a las calles de Salamanca a manifestarme, junto a mi amiga Silvia. Mientras las recorría, hice una foto a un grupo de personas que llevaban un cartel en el que ponía: «por los derechos de todxs, somos muchas y diversas» en el medio, y alrededor: «lesbianas, racializadas, trans, putas, bisexuales, tullidas». Me uní a ellas y grité a su lado. Me emocioné, pensé en mi grupo de amigas intersex e imaginé que algún día nos atreveríamos a ocupar las calles, junto a la diversidad de feministas, con carteles en los que incluyésemos la palabra intersex. Si nosotras lo hacíamos, quizás apareciésemos en los carteles de otras feministas. Al llegar a casa, cogí la agenda y marqué Barcelona como el primer lugar en el que empezaría mi viaje. No había tiempo que perder.

Unos días después, estalló la crisis sanitaria desencadenada por el COVID-19. El mundo paró. Pasaban los días, las semanas, los meses, la situación no hacía más que empeorar. Nos tocó (re)aprender, como sociedad, a (con)vivir en ese contexto de «nueva normalidad». En mi caso, debía reestructurar los planes y adaptar(me) mi tesis a la situación que estábamos viviendo.

¿Cómo iba a llevar a cabo un trabajo de campo en esas circunstancias? Imposible. Cada participante estaba situada en un punto diferente del Estado Español y viajar no era una opción. Era mi segundo curso de doctorado, el tiempo avanzaba y tenía un compromiso con el grupo. Debía encontrar herramientas y técnicas metodológicas que me permitiesen afrontarlo. Desde luego, ni la observación participante ni las entrevistas presenciales eran una opción. A través de videollamadas, pensé. Pero no terminaba de encajar esta técnica con lo que buscaba; al menos no para todo el proceso. Necesitaba soluciones a los límites que me ponía el contexto, descubrir otras formas de hacer investigación cualitativa. Sin que eso, además, fuese un impedimento ni para la comunicación ni para establecer vínculos de confianza con las informantes.

Mi (nuestra) experiencia con el trabajo de campo comenzaba así. Desde la intimidad de nuestros hogares, desde nuestros cuartos propios. Dependientes como nunca antes de las redes, del wifi, de ordenadores, móviles o tablets. Más conectadas que nunca pero encerradas. No podíamos vernos, ni tocarnos, ni compartir espacios físicamente. ¿Cómo hacer trabajo de campo en “tiempos de incertidumbre”?

4. Modos de hacer trabajo de campo en tiempos de incertidumbre

Después de tener armado al grupo, tocaba parar y pensar. ¿Cómo había iniciado el llamamiento intersex?, ¿qué medios había utilizado para comunicarme con las otras?, ¿por qué había recibido tan buena acogida? Entonces, se encendió una bombilla: ¿podrían los mensajes de voz, enviados a través de WhatsApp, ser una práctica de investigación válida para llevar a cabo las entrevistas?

4.1 ¿Mensajes de voz a través de WhatsApp?

Aunque tenía dudas, lo cierto es que el llamamiento había comenzado a través de esta vía y funcionaba. Además, es una aplicación que usamos a diario y con la que estamos familiarizadas. ¿Qué le parecería a las participantes? Era el momento de colectivizar esta idea.

Teniendo en cuenta que no íbamos a estar físicamente en un mismo espacio, les pregunté qué les parecería utilizar los mensajes de voz de WhatsApp para hacer el trabajo de campo durante un periodo de tiempo entre seis y doce meses. Las conclusiones del grupo fueron que, este medio telemático, era idóneo dadas las circunstancias. Por unanimidad. Preferible a las entrevistas, cara a cara, por videollamada. Evitaría problemas de disponibilidad y cambios de citas a última hora. Elegirían el momento preciso dentro de sus rutinas y seleccionarían sus espacios íntimos, de seguridad, para abrirse. Yo me adaptaría a sus ritmos. Para las indecisas, esta opción fue definitiva. Parecía haberles terminado de convencer teniendo en cuenta que iban a participar en un proyecto que se extendería en el tiempo. Al colectivizarlo descubrí que aumentó, en general, la motivación por parte de las participantes.

A nivel personal, a mí me favorecía: a) no tendría que parar ni aplazar el trabajo de campo; b) económicamente no tendría que preocuparme de cómo costearme los viajes, las estancias o las dietas. Para mi situación personal precaria y dependiente, como doctoranda sin beca de investigación que había tenido que volver a la casa familiar, era una opción para asegurar que el proceso tuviese una continuidad sin que esto se convirtiese en un impedimento.

Por otro lado, ¿sería un reto demasiado informal, muy “de la calle”, o podría la academia adaptarse a la propuesta de utilizar los medios digitales para comunicarnos y comunicar? Por qué no, me dije. Por qué no empezar a utilizar medios tecnológicos y aplicaciones de mensajería instantánea para llevar a cabo una tesis en pandemia, en estos tiempos de incertidumbre. Con estas reflexiones sobre la mesa, la buena acogida por parte del grupo de trabajo, y el visto bueno de mi

directora Jone M. Hernández, decidí ponerme manos a la obra y comenzar el proceso.

Unos meses después, en una de las mesas redondas¹⁰ de la jornada “Antropología Feminismo y Pandemia” celebrada en el Museo San Telmo de Donostia el 16 de junio de 2021 y organizada por AFIT¹¹, me di cuenta del acierto en la decisión. Dolors Comas, investigadora de la Universitat Rovira i Virgili, reflexionaba acerca de cómo se había empezado a hacer etnografía en pandemia y cómo cambiar la forma de hacer había terminado siendo una oportunidad para incorporar las nuevas herramientas virtuales,

«Esto que a mí me parecía un horror al inicio, [...] A medida que pasaba el tiempo he visto también un cambio en las personas, de todos nosotros, en el uso de los medios telemáticos, [...]. Hemos visto, justamente, cómo las personas han utilizado con mucha más competencia y agilidad este sistema virtual de lo que yo misma creía. Y no quito valor a la presencialidad, todo lo contrario, sino que lo que estoy indicando es cómo también toda esta pandemia ha acelerado el uso de los medios tecnológicos que antes no utilizábamos tanto y de una manera muy generalizada, [...]. Lo digo porque esta innovación también es una innovación social, un cambio en las propias personas que han incorporado, que hemos incorporado, estos medios digitales que antes los teníamos un poco más relegados».

Al final, resultó que, lo que inicialmente parecía una limitación debido al contexto socio-espacial terminaría convirtiéndose en una oportunidad para hacer trabajo de campo de otros modos.

4.2 Herramienta metodológica: nacimiento de los soliloquios corporales

Soliloquio: 1. m. Reflexión ~~interior~~ en voz alta y a solas.

Corporal: 1. adj. Perteneciente o relativo al cuerpo, especialmente al humano

Soliloquios corporales: Conversaciones a solas con una misma, guiadas por una batería de preguntas dadas para invitar a la reflexión, que emergen al recurrir a la memoria sobre las experiencias encarnadas en nuestros cuerpos (por ser) intersexuales y que son, además, relatadas en voz alta y almacenadas en un dispositivo de audio.

Estas reflexiones, de duración variable, son grabadas a través de la opción de “mensaje de voz” de la aplicación de mensajería instantánea WhatsApp que las recoge y envía a la destinataria (yo) para ser utilizadas como parte del trabajo de campo. También pueden haber sido previamente

¹⁰ La mesa redonda a la que me refiero llevaba por título “Feminismo y pandemia: reflexiones desde las Ciencias Sociales” y las ponentes participantes eran: Dolors Comars, Mari Luz Esteban, Elisa Oteros-Rozas y Carmen Romero.

¹¹ AFIT, Antropología Feminista Ikerketa Taldea.

escritas, en forma de borrador, para servir como guía a la voz durante el proceso de grabación.

La narrativa final, extraída del mensaje de voz, es transcrita por la investigadora conservando el contenido inicial pero facilitando la legibilidad y coherencia del mismo para ser considerado como una parte más, e igual de válida que otra cualquiera, del debate teórico.

4.2.1 ¿Cómo nace esta propuesta y en qué otras herramientas metodológicas está inspirada?

Nace de la misma forma que mi proceso autobiográfico. En un rincón de mi habitación, con la grabadora en la mano, conversando conmigo misma sobre mi trayectoria corporal intersex. Posteriormente, me escucho y transcribo mi soliloquio con un procesador de textos del ordenador. Tal cual, sin modificaciones, pero cuidando la ortografía y la gramática para facilitar su legibilidad. Antes de trabajar de este modo, cuando me ponía a escribir sobre mi experiencia intersex estaba modificando constantemente todo el relato. Eso me llevaba a perder la naturalidad y espontaneidad que buscaba para la realización de este ejercicio. Por eso, traté de evitar que ocurriese lo mismo con las personas que participaban en el proceso de investigación.

De esta forma, pensando en cómo conseguir que me llegase parte de la espontaneidad de las participantes a través de su voz, decidí proponerles el mismo ejercicio. Dado que por la situación de pandemia me ha tocado adaptar el trabajo de campo y hacerlo desde la distancia, mi intención ha sido escucharlas mientras conversaban con ellas mismas. Sin intermediarios y en la soledad de sus contextos.

Y sí, había unos temas y unas preguntas que yo había elaborado y que guiaban su reflexión. En ese sentido, el formato se acercaba al de una entrevista en profundidad (presencial o virtual) que finalmente no he utilizado como técnica de investigación. Lo novedoso de los soliloquios corporales es que no habría un diálogo ni una presencialidad cuerpo a cuerpo –tampoco online–. En ese sentido no había elementos –presentes– que pudieran condicionar verbal, corporal o coyunturalmente el encuentro. La importancia residía en que cada persona, en calidad de experta, estuviese consigo misma en un espacio buscado, en un momento elegido por ella misma, no pactado o previamente agendado. Una propuesta de recogida de información cercana en cierta manera al Método Delphi, propuesto por Norman Dalkey y Olaf Helmer (1963). En el caso de esta técnica de investigación, un grupo de personas expertas responden o reflexionan individualmente sobre un mismo tema dado y que tiene como principio la inteligencia colectiva construida desde una

colaboración mediatizada (López-Gómez, 2018: 17-40).

Sin embargo, mis principales inspiraciones a la hora de crear la propuesta de los soliloquios corporales han sido: a) los itinerarios corporales, propuestos por Mari Luz Esteban (2004); b) las producciones narrativas, sobre las que trabajan Itziar Gandarias Goikoetxea y Nagore García Fernández (2014).

Del mismo modo que los itinerarios corporales, los soliloquios corporales no dejan de ser «procesos vitales individuales pero que nos remiten siempre a un colectivo» (Esteban, 2004: 54). En este caso, a la comunidad intersex. Y, a su vez, ocurren dentro de estructuras sociales concretas en las que toda la centralidad reside en las acciones sociales o prácticas corporales de los sujetos. Por su parte, las producciones narrativas me han servido de guía para no perder de vista que hay que minimizar las relaciones de poder entre investigadora y participantes, crear un vínculo fuerte para dotar de una mayor agencia a las personas que participan, así como romper con las jerarquías y la neutralidad de la investigadora respecto a los sujetos de la investigación (Gandarias y García, 2014: 106). Además, siguiendo la siguiente definición de producciones narrativas, los soliloquios corporales han sido concebidos como:

«[...] textos que cuentan con la misma relevancia teórica que otros textos académicos de mayor difusión y alcance. Esta consideración igualitaria permite visibilizar la tensión existente entre narrativas dominantes y contrahegemónicas, generando nuevas formas de entender el mundo y reconociendo la agencia de grupos minoritarios en la construcción de conocimiento» (Gandarias y García, 2014: 108).

Aún siendo parte de la misma colectividad, el tema de la apropiación ha sido una preocupación constante. En algunos casos, podría encontrarme con una gran cantidad de información por parte de las informantes pero si era relevante para comprender los temas de estudio sobre los que estaba teorizando, tendría la misma validez que cualquier otra aportación académica. Para las participantes, la opción de que yo transcribiese la totalidad de los relatos era la más factible. Muchas de ellas preferían no transcribirse a sí mismas ni escribir su propio relato. Aunque yo no he modificado en ningún momento su mensaje, ni sus formas de expresión, lo que sí he incluido han sido signos de puntuación (signos ortográficos) y he eliminado frases o palabras repetidas. Todo ello ha facilitado la legibilidad y la cohesión textual y le ha dado sentido narrativo al relato. De la misma forma que lo he ido haciendo con mis soliloquios corporales.

Asimismo, me gustaría añadir que entiendo esta tesis como una co-labor entre la investigadora y

todas las personas participantes. Es decir, el documento final es el resultado de un proyecto colaborativo en el que cada una, desde nuestra experiencia individual, hemos intentado realizar una aportación a la creación de nuevos enunciados sobre la intersexualidad. Siempre con el objetivo de producir saberes desde lo común y la horizontalidad y la intención de construir una vida mejor para nuestra comunidad, una colectividad marginada. Por tanto, en este sentido, a pesar de no ser de manera estricta una co-investigación sí ha bebido de las propuestas metodológicas colaborativas, como es el caso de la “etnografía en colaboración” (Rapaport, 2018) o la “etnografía colaborativa” (Álvarez y Sebastiani, 2020). Sobre todo, en la búsqueda de formas de investigar que no sobrevaloran la figura de la investigadora y su «saber experto» frente a los saberes «no expertos» de las personas investigadas y que apuestan por planteamientos más colectivos y el fomento de procesos de subjetivación política.

Esta tesis también ha bebido de las llamadas “investigaciones militantes”. Entendiendo estas como un tipo de investigación que, como dice Alicia Jaramillo (2020), «utiliza un prisma de análisis y toma una postura sobre el fenómeno, sobre el mundo que pretende indagar para lograr una transformación» (Jaramillo, 2020: 40). Pero, a la vez, según Javier Ortega (2020), desde este tipo de investigación, es necesario aproximarse a un movimiento social como «sujetos-militantes y comprometidos con los proyectos emancipadores». Esto, admite Ortega, facilita «una experiencia que trasciende los parámetros concluyentes del cientificismo» e invita a cuestionar «el mantra de la objetividad científica» y articular «metodologías *junto* y *con* los movimientos sociales» (2020: 133-136).

El proceso de trabajo de campo, además de centrarse en los soliloquios corporales como herramienta metodológica principal, se ha completado con entrevistas individuales. Estas entrevistas han sido realizadas, también a través de audios de Whats App, a representantes de diferentes asociaciones y organizaciones intersex del Estado español. Los testimonios extraídos de las mismas están incluidos en el “Apartado III. La intersexualidad en red”.

4.3 Instrucciones y recomendaciones para elaborar los soliloquios corporales

A continuación, voy a replicar las palabras exactas que utilicé en el primer guión que envié a las participantes para guiarlas en el proceso de trabajo de campo:

1. Te enviaré, a través de un mensaje de texto, un bloque con una batería de preguntas relacionadas con un mismo tema sobre el que reflexionar
2. El objetivo no es ir respondiendo a cada pregunta (aunque puedes hacerlo si te sirve) sino

que te ayuden a tener una conversación contigo misma, a reflexionar

3. Tendrás un mínimo de quince días para responder a cada bloque

4. Puedes hacerlo a través de uno o más mensajes de voz. Tú decides la cantidad, el límite de tiempo y si quieres enviarlos todos el mismo día o a lo largo del tiempo establecido para el bloque

5. Hasta que yo no reciba los audios de un bloque, no pasaremos a trabajar el siguiente bloque

6. Si tienes dudas, pregúntame

7. Si no estás cómoda, dímelo

8. Si no quieres/puedes responder a algo, no lo hagas

9. Si quieres añadir más información posteriormente, podrás hacerlo. También modificarla.

Eliminarla, incluso

10. Si no puedes crear tu soliloquio durante esos quince días, intentaré adaptarme a tus ritmos

En definitiva, lo más importante para mí es que puedas encontrar el espacio ideal y el momento perfecto dentro de tus rutinas. Recuerda que tú pones los límites y decides hasta dónde quieres contar. Por favor, comunícate conmigo y háblame cuando lo necesites. Yo estoy haciendo el mismo trabajo que tú, empatizaré.

4.4 Cronograma: categorías de análisis

He decidido dividir el trabajo de campo en cuatro grandes bloques según los temas principales a trabajar. Cada uno de estos bloques, acompañado de un guión con preguntas, ha estado dedicado a la reflexión sobre una temática concreta relacionada con las categorías de análisis detectadas. Son las siguientes: hitos e identidad intersex, categorías sexuales dicotómicas, mujer(es), y activismo.

Categorías de análisis	Temas
Hitos e identidad intersex	Diagnóstico y medicalización Desmedicalización/Salida del armario Sujeto político intersex
Categorías sexuales dicotómicas	Cuerpos sexuados Sistema sexo/género Deseo y prácticas sexuales
Mujer(es)	Sujeto político mujer Mujer(es) intersex Feminismos
Activismo	Visibilidad Asociacionismo y derechos Manifiestos y enunciados

1. Intersexualidad. Yo, intersex. Mi relación con la intersexualidad. Para mí, ha sido fundamental reflexionar sobre el proceso vivido desde el momento del diagnóstico a la etapa de identificación como sujetos políticos intersex. Nos ha permitido situarnos en un mundo binario y tomar el lugar de sujetos enunciantes. Durante este bloque ha sido imprescindible identificar los acontecimientos (hitos) más importantes, de más trascendencia, en nuestras trayectorias intersexuales. El diagnóstico, el proceso de des-medicalización, y/o la salida del armario intersex. Acontecimiento en los que se ha producido, de un modo u otro, un cambio en la mirada hacia y desde nuestros cuerpos. Este bloque ha sido clave para el desarrollo posterior del trabajo de campo.
2. Categorías sexuales dicotómicas: sexo, género y deseo. Yo, en un mundo heteronormativo de cuerpos sexuados. ¿Cuál es la relación con mi cuerpo en un mundo de dos sexos inconmensurables? ¿Soy un tercero? ¿Qué es el sexo? ¿Cuál es mi sexo? A su vez, ¿cuál es mi identidad de género?, ¿ha cambiado a partir de recibir un diagnóstico?, ¿qué es el género? Por otra parte, ¿cómo definirías el deseo?, ¿he sentido alguna vez que las diferencias en mi cuerpo lo harían ser menos deseado que otros cuerpos?, ¿es mi cuerpo merecedor de desear a otros cuerpos? El objetivo de este bloque ha sido observar cómo han definido nuestras trayectorias estas categorías, cómo nos hemos relacionado con los discursos sobre las mismas y de qué forma ha ido variando nuestra mirada a medida que crecíamos.
3. Mujer(es). Yo mujer (intersex). Mi relación con la categoría mujer, con el arquetipo de feminidad, con el sujeto político del feminismo. ¿Se puede ser mujer y, a la vez, tener una corporalidad intersexual?, ¿qué ha supuesto identificarme como mujer pero no menstruar o no tener un cuerpo reproductivo?, ¿me identifico como mujer, como intersex, o como mujer intersex?, ¿hay un sujeto político mujer homogéneo y universal que excluye a otras mujeres?, ¿qué es ser mujer?
4. Activismo. Yo activista y (no) visible. El objetivo de este bloque ha sido analizar a mi yo activista. Sea visible o no. Sea más público o más privado. De algún modo, haber tomado la decisión de participar en esta tesis ya es un ejercicio de visibilidad. ¿Qué importancia tiene para mí hacer activismo?, ¿cuál es mi nivel de exposición?, ¿qué responsabilidades tengo con mi comunidad de iguales? Reflexionar sobre cómo ha sido conocer a otras personas o la influencia que ha tenido en nuestro recorrido. Qué ha implicado formar parte de una asociación o por qué he decidido no hacerlo. Cómo debemos seguir construyendo el objeto

de estudio intersexualidad de cara al futuro, como sujetos políticos intersex, y cuáles son los siguientes pasos a dar colectivamente, como comunidad intersex, desde el estado español.

4.5 Plan de trabajo

La construcción definitiva de cada una de las etapas se formalizó más o menos sobre la marcha, de una manera colaborativa, escuchando y atendiendo las necesidades (de las participantes) que han ido apareciendo. Finalmente, dividí el proceso de trabajo de campo en cuatro fases diferentes, con un mes de descanso entre ellas, que tuvieron una duración total de quince meses. Comenzó en marzo de 2020 y terminó en junio de 2021.

MESES	BLOQUES
Marzo a Junio de 2020	Hitos e identidad intersex
Agosto a Noviembre de 2020	Categorías sexuales dicotómicas
Enero a Abril de 2021	Mujer(es)
Mayo a Junio de 2021	Activismo

La fase inicial tuvo una duración de cuatro meses: de marzo a junio de 2020. La segunda fase tuvo una duración de cuatro meses, entre agosto y noviembre del año 2020. La tercera fase tuvo una duración de cuatro meses, entre enero y abril del año 2021. La cuarta y última fase tuvo una duración de un mes, entre mayo y junio de 2021.

5. Presentación de las personas intersex participantes

A continuación, presento a las diez participantes siguiendo el orden de incorporación al proyecto. He comenzado por mí, autora de la tesis, y he continuado por la primera participante que accedió a colaborar en octubre de 2019. Así hasta la última incorporación que tuvo lugar en marzo de 2020. A su vez, he incluido las respuestas de estos sujetos a las dos preguntas introductorias elaboradas en la primera entrevista: a) ¿cómo quieres aparecer?; b) ¿por qué estás aquí? Por último, he añadido el nombre definitivo con el que han decidido aparecer, el año de nacimiento, el lugar de procedencia, y la profesión.

¿Con qué nombre quieres aparecer?

Pretende ser una reflexión sobre los motivos que han llevado a cada participante a utilizar su nombre de pila o, en cambio, optar por un pseudónimo. Es importante este detalle debido a que,

hasta este momento, las personas intersex siempre hemos formado parte de datos cuantitativos a partir de diagnósticos, siendo exclusivamente objetos de estudio sin agencia ni nombre propio. En esta tesis, independientemente de que elijamos salir con nombres y apellidos o con un pseudónimo, participamos en calidad de sujetos con agencia y aportando nuestra voz. De hecho, esto es uno de los puntos de la originalidad de la misma: la creación de nuevos enunciados, por parte de las intersex, sobre el objeto de estudio intersexualidad.

He de decir que romper el anonimato, para la mayoría, lejos de ser un problema ha supuesto un paso importante en el proceso de empoderamiento y reafirmación como sujetos intersex. Por su parte, para las que sí han decidido participar con un pseudónimo, ellas mismas han modificado algunos datos genéricos (sin relevancia para el desarrollo del proyecto). Asimismo, a pesar de que han tenido la ocasión de cambiar/matizar los datos personales o las reflexiones que iban enviándome (que podrían ser relevantes para dar pistas sobre su identidad real), finalmente han decidido no hacer cambios.

A su vez, una de las participantes comenzó utilizando un pseudónimo y, al reflexionar sobre lo que suponía su uso frente al hecho de aparecer con su nombre real, ha optado por esto último. Otra de las personas participantes, debido a su transición identitaria de mujer a persona no binarie, al finalizar el trabajo de campo me pidió expresamente aparecer con el nuevo nombre elegido y con el que actualmente se presenta en público.

¿Por qué estás aquí?

Consideraba que incluir las respuestas que me habían dado, al inicio, sobre lo que les había motivado a participar en esta tesis era importante para conocer a estas personas y observar su relación con el objeto de estudio.

Por último, quiero señalar que en esta tesis cada participante ha decidido libremente, sin presión ni coacción, de forma autónoma, informada y voluntaria, participar. Todas las personas me han dado su consentimiento de palabra, a través de una grabación, en la primera entrevista realizada. También, han podido abandonar y parar para volver a incorporarse en cualquier momento del proceso (dentro del cronograma establecido), como así ha ocurrido en uno de los casos.

5.1 Nombre o pseudónimo: ¿cómo te gustaría aparecer en este proyecto?

PARTICIPANTE 1

En esta tesis, por primera vez, no voy a utilizar pseudónimos. Voy a aparecer como **Mer Gómez**. Mer no es un pseudónimo, empezó siendo una abreviatura cariñosa que repetían mis amigas y, al final, me re-aproprié. Aún así, sí he usado pseudónimos a lo largo de mi vida. El más importante ha sido el de Lola, un personaje que creé para mi primer proyecto escénico. Me empoderó y me desarmarizó. Lola rompió todos los silencios y se atrevió a salir del armario delante de muchos públicos, a gritar a los cuatro vientos lo que había estado callando diez años. Es muy fuerte, cada vez que lo pienso. «Yo soy Lola, soy una mujer intersex, y os voy a contar mi historia», eso le dije una y otra vez a todas las personas que venían a verme actuar. Me sentía... me sentía yo. Más yo que nunca. De hecho, sigo utilizándolo en los proyectos escénicos y artísticos que hago. Ahora (diciembre 2019) tengo otro monólogo y Lola sigue siendo la protagonista. Siempre será la actriz. Mer es la activista. Lola es la actriz protagonista. María es casa, la más íntima.

PARTICIPANTE 2

Quiero aparecer como Cristina R. pero si hay posibilidad de cambio me acojo a ella. Yo le doy mucho valor al pseudónimo. Creo que me ha ayudado a poder explicar cosas que sin ese escudo de la confidencialidad, de la intimidad o del anonimato no hubiese podido explicar. No creo que el objetivo sea acabar desvelando que el nombre real detrás de Cristina R. es Laura. ¿Ahora en tu tesis? No lo tengo claro. El pseudónimo me ha ayudado a movilizarme y a politizarme. Y eso quiero decir, salir del armario aunque sea desde el anonimato. Eso también lo es porque te empodera, te ayuda a poder tener herramientas para explicarte con más facilidad. Empiezas a poner en palabras cosas que no habías dicho antes por el miedo a decirlas en primera persona. De repente, es más fácil. Es que, en realidad, el objetivo inicial del pseudónimo ha acabado dándose la vuelta. Raquel, Víctor, Laura y Cristina eran los cuatro miembros de mi colectivo escénico pero si tú ibas a ver la obra quedaba claro que Cristina R. era Laura Vila. Desde esa necesidad de ocultar llevada a escena, habíamos creado algo artístico que lo que hacía era desarmarizarme completamente. Eso, seguramente, sin el objetivo inicial de querer mantener el anonimato no lo hubiera conseguido. Ver esa pieza transformada en un aliado escénico, el anonimato ha acabado siendo una desarmarización desde la escena; era parte del argumento. En lo intersex hay algo de esconder, de pasar desapercibida, del ocultar, que va muy ligado a nuestros pseudónimos. Entonces, el pseudónimo, a la vez que nos ayuda y nos da fuerza también es muy simbólico y muy ejemplificador de lo que pasa en nuestras experiencias. Habla mucho de nuestra historia. De repente, siempre escribo desde Cristina R. porque me parecía que no podía justificar mi discurso. La primera vez que lo utilicé fue escribiendo algo, un proyecto artístico, con mi amigo Víctor, desde la escritura. En septiembre de 2021, te confirmo que quiero aparecer como **Laura Vila Kremer**.

PARTICIPANTE 3

Quiero aparecer como **Aleksandra K**. Es un pseudónimo. No me había planteado porqué usar un

pseudónimo. Puede que porque no deja de ser una parte personal que no quiero hacer pública. Si no me he desarmarizado con gente a la que sí conozco, sería un paso demasiado grande hacerlo para gente que no conozco. No tengo esa valentía. Prefiero hacerlo con mis contactos que en un proyecto ante público desconocido. Para dar el paso de poner tu nombre tienes que estar preparada, concienciada. No quiero que sea impuesto. Yo me configuraré un papel que no sería el mío, tendría la presión de pensar en la que gente que lo va a ver, a leer. Con el pseudónimo voy a ser yo, sin presiones. Por eso aquí estoy súper cómoda, te conozco y es contigo. No es lo mismo que me entrevistaste una persona cisgénero a que lo haga una persona intersex. Una persona intersex me va a entender. Si no lo vives, claro que podrías hacerlo, ¡faltaría más!; pero nunca vas a llegar a entender al cien por cien una experiencia intersex. Y yo no me voy a sentir igual. Tenemos que empezar a estar representadas también por nosotras mismas, por personas de nuestra comunidad. En la academia, en la televisión, en el cine, en la política, en todo. Por eso estoy aquí, a pesar del pseudónimo.

PARTICIPANTE 4

Voy a aparecer como **Lilith Martí**. No es mi nombre real, el apellido sí. El pseudónimo es importante porque me siento más protegida. Tengo la sensación de no exponerme tanto. Al final estoy contando mi historia –cosas personales, hablando de mi vida, de mi cuerpo, de mis experiencias– pero al menos no con nombre y apellidos. Pero depende de cómo me sienta en cada momento. Si me entrevista un amigo y todo el mundo me conoce, como ha ocurrido, pues hablo con mi nombre y en ese momento no le doy tanta importancia. El pseudónimo me permite hablar de mi historia corporal, de mi historia médica, me siento más a gusto haciéndolo desde ahí que desde mí misma. Contarle algo muy íntimo a un montón de gente que tú tampoco controlas, no me siento cómoda. No es necesario en todo momento. Creo que ambas cosas tienen mucho valor, es como una escala de miedos pero igual de desarmarizador. En algunas entrevistas que me hacen, digo: «no me preguntes por mi caso, porque no te lo voy a contar, prefiero hablar en abstracto de las intersexualidades». Hace poco, cuando me entrevistó un amigo, mucha gente me escribió diciéndome que nunca habían oído hablar sobre intersexualidades y eso es lo que me parece súper importante. Para mí no es lo mismo estar en una charla, a la que tú vas y que estás interactuando con el público, que hacer un vídeo que luego se sube a *youtube* y lo puede ver cualquier persona. Necesito sentir que tengo la capacidad de poder controlar eso.

PARTICIPANTE 5

Voy a aparecer como **Ana Belén**, mi nombre de pila. Otras veces he utilizado pseudónimos, cuando publiqué mi testimonio públicamente ni me lo cuestioné. Ese hecho ya me pareció una salida del armario y ni me cuestioné poner mi nombre real. Era impensable. El pseudónimo me hacía estar más protegida, sigo teniendo miedo, sigo sintiéndome un bicho raro, sigo temiendo el rechazo social, entonces el pseudónimo me protege. Me ha servido para ocultarme y no exponerme, no ha significado algo para identificarme. Ahora no tengo problema, pero es un proceso. En su momento ni se me habría pasado por la cabeza exponer mi vida públicamente por internet. Después lo hice con pseudónimo. Ahora soy capaz de poner mi nombre.

PARTICIPANTE 6

Voy a aparecer como **Iolanda Melero**, mi nombre y apellido. Muchas veces he usado un pseudónimo, tengo varios nombres por ahí. Al principio no me atrevía a decir mi nombre, era como una *paraeta* (una protección). No me sentía lo suficientemente madura para decir mi nombre y que alguien lo leyera y dijera que esta es Iolanda. No me sentía segura para desarmarizarme. Me ayudaba a contar mi historia porque sino no la hubiese contado.

PARTICIPANTE 7

Quiero aparecer como **Camino Baró**. No voy a utilizar un pseudónimo. En Grapsia¹² está mi testimonio colgado en plena época de disociación. Ahí utilicé el pseudónimo de Eva. El nombre que yo utilizaba cuando salía a ligar por los bares porque estaba cansada de tener que explicar de dónde venía el nombre Camino a las personas que me lo decían. También porque era tradición no dar tu nombre de verdad, por si acaso pasaba algo. Era como una medida de protección que teníamos las chicas por aquel entonces. He notado una diferencia a mejor desde que no utilizo pseudónimo. Para mí, utilizar pseudónimo no me aportaba, me restaba. Lo he vivido como que había algo que me esclavizaba, que me impedía hablar de mí. Me emocionó en un congreso ver mi nombre y apellido. Quiero que esto pueda pasar con total naturalidad. Que todas las personas podamos hablar con nombres y apellidos, esto siempre lo subrayo. Cuando pongo el apellido me siento muy orgullosa. Me encantaría poner los dos, sobre todo por la carga materna.

PARTICIPANTE 8

En el 2020, quiero aparecer como Ananda Molina, no quiero más pseudónimos. Ananda es el ave fénix surgido de las cenizas de María Luisa. Me pusieron ese nombre por mi madre. Ahora, cuando quiero me vivo en femenino, y lo disfruto. Y en masculino igual, he dejado salir a Galo. He decidido llamarle Galo a mi parte masculina. No me puedo definir como hombre porque nunca me he sentido así pero Galo es una de las partes que fluyen en mí. La parte más escondida, la que más reprimía. Tenía miedo a expresarlo por todos los reproches que he recibido por parte mi familia y de mi entorno desde *txiki* (pequeña) para sacarme de ese rol masculino. Yo también interiorice esas fobias y tuve que negarlo, que ocultarlo. He necesitado más de sesenta años para identificar a mi parte masculina como propia, como una parte más en mí que hoy me siento orgullosa de mostrar. Había que hablar de Galo porque Galo también soy yo. Es 2022: «por favor, nómbrame en la tesis como **Asmi Molina**». Quiero aparecer con ese nombre porque es con el que me identifico después de todo el proceso.

PARTICIPANTE 9

Me gustaría aparecer con un pseudónimo. Mi nombre es Susana. Y de apellido Lesteiga. **Susana Lesteiga**.

¹² Grapsia, asociación y grupo de apoyo de ámbito estatal que orienta y reúne a personas jóvenes o adultas intersex, y a sus familias, desde principios de los 2000.

No utilizo mi nombre porque no me siento preparada. Es más por pereza, por pereza de pensar si quiero exponerme o si no. Pienso en *google*, en que aparezca en *google* este dato al lado de mi nombre, por mi trabajo sobre todo.

PARTICIPANTE 10

Quiero aparecer como Raquel Medina Vaquero, mi nombre y mis apellidos. Pero si va a ser un proceso largo usa **Raquel M.** No he usado pseudónimo, he usado mi nombre con la inicial de mi primer apellido en las pocas actividades de visibilidad. Nunca me lo había planteado, usar pseudónimo, pero siempre que te preguntan si quieres usar tu nombre completo es como que, de repente, mi cabeza activa una alarma. Es básicamente esa alarma la que te hace regular y dudar. ¿Por qué no voy a poner mi nombre? ¿O mis apellidos?

5.2 Motivos: ¿por qué has decidido colaborar?

MER GÓMEZ [1991, Salamanca, Autora]

He querido ser una participante más porque: a) ya era el momento de hablar en primera persona –como mujer intersex y sin pseudónimos– en una investigación elaborada por mi; b) siento que el testimonio de Mer es uno más, igual de importante que el de cualquier otra mujer intersex; c) es una auto-estrategia para tener presente la horizontalidad, soy parte del grupo de hermafroditas a caballo y para evitar que la investigadora se coma a la participante he querido –desde el inicio– ir respondiendo a los audios a través de mi auto-grupo de WhatsApp y, al mismo tiempo, que lo hacían las demás participantes; d) porque la academia en el Estado español ha sido durante décadas un espacio exclusivo –para unos pocos privilegiados– y excluyente –para las colectividades que habitamos los cruces– y ya era hora de que aparezcan sujetos intersex empoderad*s en el centro del análisis.

LAURA VILA KREMER [1985, Barcelona, Actriz]

Decido participar en este proyecto por varios motivos y todos vienen del deseo de hacer activismo. Uno es visibilizar. Otro es desarmarizarme. Otro, colaborar contigo. Todas están alineadas por el activismo y el cuestionamiento político. Visibilizar es la manera de poner de manifiesto nuestros reclamos en primera persona. Eso tiene mucho de político, por eso también hablo de desarmarizarme, cosa que también me enuncia a mí y me ayuda a mí, en mi propio proceso. Y también que estoy muy alineada con tus ideas política, desde el amor. Compartimos esa experiencia en primera persona, eso es clave para decir que sí en una tesis, que va a haber un seguimiento en el tiempo, que va a implicar conocernos más. No es lo mismo que hacer una entrevista para una investigadora en intersexualidades que no haya llegado ahí desde la primera persona.

Luego está el tema de la legitimidad en el campo de la investigación, o de las artes escénicas que a mí me

toca más. Por mucho que me lo planteo no hago más que abrir preguntas. Por una parte, hay una necesidad de garantizar ciertos espacios, sobre todo, para gente que ha tenido muy poco derecho a espacio. Pero es cierto que pienso: «Lucia Puenzo y Júlia Solomonoff, ¿cuando hacen ficción sobre intersexualidades tendrían que contar con una intérprete intersex?». Pues no lo sé. Tampoco sé si hicieron un casting y, a lo mejor, no las encontraron. Se lo podríamos preguntar. Me vienen muchas preguntas. Lo vemos muy claro con el tema de la racialización, por ejemplo. El tema del género nos lleva a hacernos más preguntas. Es importante poner conciencia y ahí tenemos toda una responsabilidad compartida, tengas más o menos poder en el proyecto. Una vez ya haya conciencia, se ha generado un campo en el que podemos hablar de estas cosas. Luego tenemos que descargarnos de culpa.

ALEKSANDRA K. [1989, Tarragona, Trabajadora Social]

Participo en este proyecto porque las voces propias, la variedad de voces, es lo que sustentan estos trabajos. Mi voz es una más. Aunque sea de desencanto, de apatía, de armario, dejando a un lado el trabajo tan potente que estáis haciendo otras compañeras. Mi voz no va a estar nunca en un vídeo de youtube o nunca va a dar una charla, pero quiero que esté. Yo apporto poco a la comunidad pero en mi círculo más privado, apporto concienciación. Puedo visibilizar sin dar la cara, hablando de ello.

También participo porque quiero ayudarte en los proyectos que me propones. Que esté mi voz es lo mínimo que puedo hacer después de haber pasado tanto tiempo de mi vida sin hacer nada. Yo te cuento la historia de mi vida como si fueras mi terapeuta. Conocerme ha supuesto una concienciación, un activismo intersex que no había hecho hasta la fecha. Eres un referente intersex, tanto a nivel académico como a nivel personal. Yo no tenía ningún referente con el que poder hablar, tú fuiste la primera persona. Eso marca. Siento que me has nutrido mucho, que me has enseñado, he podido aprender contigo, con tu trabajo, aprender de ti. Para mí, eso es muy admirable. Conocer que hay otro mundo intersex fuera de historias clínicas y diagnósticos.

IOLANDA MELERO [1980, Valencia, Psicóloga]

Es el momento, ahora estamos comenzando a desarmarizarnos. Se están dando los primeros brotes y eso es un tema muy interesante de contar. Por eso, me apetece contribuir en este proceso, en esta tesis. Además, influye que tú seas intersex, que tú conozcas todo esto, que nos conozcamos. Me da una sensación de seguridad, no es alguien que parta de cero. Es más, que estamos de tú a tú, no hay que estar desde el principio aclarando cosas porque es muy agotador.

LILITH MARTÍ [1996, El Cabanyal, Jurista]

Participo aquí porque me parece súper importante contribuir a la creación de contenidos en cuanto a activismo intersex y contribuir con mi parte a nivel personal y político. Que haya proyectos de este tipo es importante, vengan de quien vengan. Pero se agradece cuando es en primera persona, personas del propio

colectivo, que sea el propio sujeto político el que se atreva a crear contenidos y no que estemos representadas solo como objetos. Las personas LGTBI+ estamos acostumbradas a que se nos estudie desde afuera, a que se opine, a que se hagan estadísticas. Tenemos que acostumbrarnos a llevar la voz cantante, a decidir qué tipo de contenido queremos crear, qué tipo de información queremos compartir, cómo lo queremos enfocar. Eso es una manera de empoderarnos. Históricamente, la voz siempre la ha tenido el mismo tipo de persona: el hombre, blanco, hetero, cis, burgués. Poco a poco, ves a referentes en distintos ámbitos pero todavía queda muchísimo por hacer. Seguro que hay personas intersex también pero nunca llegamos a saberlo. Por eso hace falta muchísima visibilidad, para que el sujeto político empecemos a ser nosotras. Las que tomemos las riendas a nivel político, a nivel académico, o a nivel jurídico. Que empecemos a hablar por nosotras mismas.

También porque lo haces tú. Para mí, fue increíble conocernos en la primera charla a la que yo acudí sobre el tema intersex. Yo iba un poco asustada, con miedos, no sabía lo que se iba a tratar, no sabía si me iba a resonar. Tengo el recuerdo brutal de que ese fue el momento de tomar conciencia de mí misma como persona intersex. Muy duro y, a la vez, súper bonito. Cuando te vi a ti aparecer, una persona de más o menos mi edad y con una experiencia muy parecida a la mía, fue una sensación de no sentirte tan sola. Fue súper liberador. Sentirme acompañada, no sentirme sola, tener otro referente, con el que identificarme, que me comprende, que me escucha. Me marcó muchísimo.

ANA BELÉN [1973, Logroño, Administrativa]

He decidido participar aquí porque me parece una oportunidad, un lujo, poder participar en tu trabajo y luego, por otro lado, veo la necesidad de dar visibilidad a las intersexualidades y todo lo que sea participar en proyectos de este tipo me interesa muchísimo. Me siento muchísimo más cómoda contigo al otro lado, tú me entiendes, sabes de lo que estoy hablando, lo conoces perfectamente. Hay muy poca información sobre las intersexualidades, es como una especie de lucha también, lo que transmites tiene que quedar muy claro. Conocer a alguien con las mismas vivencias supone dejar de estar profundamente sola. Poder mirar de frente a alguien, poder mirar a los ojos y sentirte de verdad acompañada. Recuerdo un momento muy duro, una vez que salí del médico hace años, después de insistir otra vez en que no se lo contara a nadie. Salí, iba por la calle entre el mogollón de gente sintiéndome totalmente sola, totalmente al margen. No sé si despreciable. Me sentí como alguien que no estaba dentro del grupo. Conocer a ti es estar dentro del grupo, es poder compartirme verdaderamente. Es dejar de sentir esa soledad inmensa. Eso es súper grande.

CAMINO BARÓ [1983, Madrid, Psicóloga y Sexóloga]

Me influye que tú estés al otro lado para estar aquí. No solo ya que seas una persona intersex sino que nos conozcamos. Influye para que me sienta más en casa, con las pantuflas, que me pueda permitir incluso ciertas licencias a lo mejor que no me permito en otros medios o proyectos porque contigo sé que me vas a comprender mejor que una persona que no sabe absolutamente nada acerca de las intersexualidades. No solo vas a conocerme en un plano teórico sino que me vas a entender desde un plano práctico, experiencial, o vivencial.

Me acuerdo de una conversación que mantuvimos hace poco. Me dio como la sensación de que ibas diez pasos por delante de mí porque me dijiste algo como: «estamos hablando de intersexualidades porque estamos en el 2020 pero cuando estemos en el 2000 y pico no se hablará ni del concepto intersexual. Todavía saliendo de la caverna». Pensar sobre eso me gustó mucho, sobre el tema de no patologizar. En las conversaciones que he mantenido contigo me ha llegado eso como una bala, directamente. El tema del lenguaje, me ha ayudado a cuidarlo muchísimo.

Siempre insisto en que mi realidad es mi realidad y no tiene porque coincidir con la de otras personas intersex pero lo que más me hace sufrir cuando hago un vídeo público, mas que exponerme, es el tema de que alguien pueda sentirse ofendido dentro del colectivo. Y tu ahí me has ayudado mucho, me has transmitido siempre muchísima frescura, muchísima iniciativa. Veros tan potentes a todas ha hecho que yo, en un año, haya hecho todo lo que no hice en los otros 37. Es, en parte, gracias a personas como vosotras. Que con vuestra edad estéis tan motivadas y tan implicadas a hacer cosas tan grandes. Y que me remueven, que yo haya estado anestesiada x tiempo por x motivos pero se acabó esa anestesia. Y no tengo 28, no tengo 20, no tengo 15... pero con las fuerzas que me queden, con lo que yo pueda aportar, ahí voy a estar. Fue como un pellizco en el culo. Muévete, empieza a hacer cosas, esto tiene que cambiar. No tiene que haber más niñas ocultando que no tienen la regla en clase, no tiene que haber más mierdas de estas.

ASMI MOLINA [1960, Bizkaia, Masajista]

Yo participo por las generaciones futuras, para que sean más libres de lo que yo fui. Quiero que mi historia se difunda para que pueda servirle a otras personas, para que rompan todos los tabúes. Casi nadie tiene resuelta su historia con la sexualidad en esta sociedad. Hay que hablar de ello.

SUSANA LESTEIGA [1980, Catalunya, Ingeniera]

Por ayudar a la investigación de algo que es poco frecuente. Encima que tú estás haciendo este trabajo, ya que alguien ha decidido dedicar tiempo a esto, lo mínimo que puedo hacer es aportar. De la misma forma que cuando voy a la ginecóloga, ahora que ya me da igual, prefiero que invite a otros profesionales a la consulta porque al final hay una parte de educación ahí. Y no me importa, que si me quieren hacer preguntas que me hagan preguntas. Si no es hablando de ello y educando, no sé cómo se puede cambiar.

RAQUEL M. [1998, Murcia, Estudiante de Relaciones Internacionales]

Me ha costado ponerme con esto, por falta de tiempo, pero tenía ilusión en participar y en ayudarte a ti, Mer. Porque creo que estás en un camino que a mí me parece súper correcto, el camino de la visibilización, de todo el rato cuestionarnos hacia donde tenemos que ir las personas intersex. Y me gustaría, simplemente, que mis reflexiones fuesen un grano de arena, un ladrillo más. A veces me lo tomo como una responsabilidad personal pero también me lo tomo como algo bonito, algo que le da incluso sentido a que yo esté en este mundo y que sea así.

5.3 Nombre del grupo: «hermafroditas a caballo»

«Hermafroditas a caballo» será, a partir de ahora, el nombre que utilizaré a lo largo del texto para denominar al colectivo de participantes: «las HAC».

Su origen hace referencia al proyecto escénico “Hermafroditas a caballo o la rebelión del deseo” (2021) creado por Laura Vila Kremer¹³, actriz y activista intersex, durante la elaboración de esta tesis junto al colectivo “Que no salga de aquí”. Para el proceso de creación, hicieron un llamamiento con su posterior reclutamiento a «la horda de hermafroditas intersex» para, del mismo modo que se pretende aquí, hacer públicas nuestras historias de vida y, en su caso, llevarlas a escena a través de una obra teatral en la que las «reclutadas» hemos participado.

Ahora bien, ¿por qué he decidido trasladar aquí el nombre de «hermafroditas a caballo»? ¿por qué tiene sentido utilizar el concepto «hermafrodita» acompañado de la expresión «a caballo» en este tesis?

La elección definitiva del concepto «hermafrodita» –controvertido por su significado cultural y que ha tendido a generarnos malestares en nuestra comunidad¹⁴– no habría sido posible sino se hubiese iniciado una incipiente «primavera intersex» en el contexto del Estado español. Desde hace un lustro, las salidas del armario se producían entre las que empezábamos a juntarnos en pequeños grupos de trabajo por la visibilidad. Mientras tenía lugar este proceso, se acumulaban los mensajes o los correos y las llamadas a dos, a tres, a cinco. Primero en privado, después incluso virtuales y públicas¹⁵. Los vínculos entre las intersex se estrechaban, al mismo tiempo que aumentaba la solidaridad entre ellas. De hecho, parece que no es casualidad que el fortalecimiento de estas redes haya tenido lugar al mismo tiempo que afrontábamos la situación política y sanitaria del Covid-19. El caso es que, debido al rechazo que ha tendido a generar la utilización del concepto «hermafrodita» (referido a las personas) por sus connotaciones negativas, lo más sensato era colectivizar y debatir esta cuestión. Y hacerlo, supuso e implicó una resignificación y una reapropiación del propio término. Tanto para Laura Vila Kremer, que lo propuso, como para el colectivo de personas intersex que, entre otras opciones, nos decantamos por esa. La apuesta, por

¹³ Laura Vila Kremer es, además, una de las sujetos participantes de esta tesis

¹⁴ El concepto hermafrodita, socio-culturalmente en Occidente, ha sido utilizado como insulto, para referirse a las personas de la comunidad LGTBI+, especialmente a las intersex. Además, como ocurría con el término intersexualidad, ha formado parte de los diagnósticos clínicos del s. XX para identificar a las anomalías del desarrollo sexual y a las anatomías monstruosas.

¹⁵ Véase el primer “conservatorio intersex” que tuvo lugar en el Estado español entre cinco activistas en una sesión online; celebrada el día 14 de octubre de 2020 ante el público internauta: <https://www.youtube.com/watch?v=uem56orHJOo&t=5s> (revisado el 7 de abril de 2022).

tanto, también es fruto de un proceso de empoderamiento colectivo. Hace unos años habría sido impensable su utilización.

Por otro lado, nos identifiquemos con él en mayor o menor medida, forma parte de nuestra genealogía. Es un término que ha acompañado a las disidencias sexuales, a muchas personas intersex, a lo largo de la historia. Incluso cuando no existían los cuerpos sexuados ni había un sistema de dos sexos inconmensurables. Y es, para mí, una manera de reivindicar las vidas de esas personas que sí fueron violentadas por serlo, por no encajar en el orden moral de según qué época. Traerlo aquí, retomarlo en un ejercicio textual colaborativo en el año 2022, es también acudir a la memoria y evidenciar el compromiso sociopolítico que tenemos como colectivo intersex (más allá de las participantes) y, por supuesto, como grupo de trabajo para este proyecto de investigación.

A su vez, añadir la expresión «a caballo» parecía ser bastante acertada. A pesar de que no la he encontrado en un diccionario, creo que tendría dos significados según su uso popular que encajarían muy bien con la emergencia del sujeto intersexual. Por un lado, acompañada de la preposición «entre», tendría un significado relativo a la oscilación entre dos situaciones, entre dos cosas o entre dos lugares. Por otro, acompañada de la preposición «de», relativa a estar a la vanguardia de algo en el sentido de estar al día, con lo último, de algún acontecimiento. Ambas lecturas estarían relacionadas con este trabajo por varios motivos. La primera, porque estaríamos en «a caballo» entre un proceso de absoluto silencio y un proceso de usar nuestra voz para visibilizar. A su vez, entre la vivencia de un diagnóstico a la vivencia de una identidad política no patológica. O sea, «a caballo entre» el aislamiento, en soledad, al empoderamiento, colectivo. Respecto a la segunda expresión, «a caballo de», precisamente esta investigación va a tratar de aportar lo último, los avances más inmediatos, los hitos políticos y socio-culturales que están teniendo lugar en el Estado español respecto al activismo intersex español.

Por este conjunto de motivos, además de haber sido una propuesta realizada por una de las participantes en el mismo espacio-tiempo que la tesis y elegida democráticamente, para mí (investigadora y activista intersex) tenía todo el sentido recogerla y traerla al centro del debate para nombrar al grupo.

6. Yo frente a los soliloquios corporales de las otras intersex

6.1 Algunas impresiones del uso de la herramienta metodológica

A medida que avanzaban las semanas, iba recibiendo los mensajes de voz por WhatsApp. Algunas escribían parte del relato previamente, para después continuar con el soliloquio mientras se grababan. Otras conversaban y dialogaban como si estuviesen en una entrevista consigo mismas. Algunas, las menos conformistas, me enviaban varios audios respondiendo a las mismas cuestiones solo para cerciorarse de que dejaban claro su punto de vista. Me sentía orgullosa, he de decirlo. Incluso aunque esto último suponía un doble trabajo de transcripción.

En realidad, no dejaba de ser una propuesta metodológica “piloto” que no sabía cómo iba a funcionar en la práctica y que, por tanto, estaba sujeta a modificaciones siempre que fuesen beneficiosas para el grupo. Sin embargo, funcionaba y estaba aportando unos resultados muy positivos. En proyectos previos, había trabajado a partir de entrevistas presenciales y semi-estructuradas. Para mi sorpresa, no hacerlo cara a cara y a través de audios sumaba, era como dar un paso más. Sobre todo en cuanto a la profundidad del contenido y la tranquilidad o el sosiego que transmitían. Las reflexiones, además de elaboradas, eran pausadas, con información precisa y detallada. Sobre todo, honestas. Tenían otros matices, otros colores, una actitud diferente¹⁶. Había espacios para los silencios, para soltar lagrimas, para hablar con ironía, para la emoción.

De algún modo, mi hipótesis de que poder elegir un contexto de seguridad y unos límites (de duración, de tiempo, de cantidad) sumaría al proyecto, se ratificaba. Es cómo a mí me habría gustado hacerlo si hubiese estado al otro lado, trabajando junto a otra investigadora. De hecho, así surgió la idea, a partir de mi experiencia conversando conmigo y grabando esas conversaciones. Me gustaba, sobre todo, observar su capacidad de agencia, sus ganas de romper el silencio y no dejarse nada en el tintero. También la evolución del empoderamiento a medida que avanzábamos. Recibir estas sensaciones al inicio del proceso, cuando hemos sido personas tan vulnerables, tenía un gran valor.

Cuando finalizó la primera fase, volví a reunirme con las HAC a través de entrevistas individuales con el objetivo de tener algo de *feedback* y conocer cómo se habían sentido. También quería resolver o completar las dudas que habían ido apareciendo y comprobar, introduciendo

¹⁶ No pretendo, de ningún modo, infravalorar o menospreciar la utilización de entrevistas presenciales. Que, como ya he mencionado, era la primera opción que valoré para este proyecto pero que no pudo llevarse a cabo debido a la situación de crisis socio-sanitaria que estábamos atravesando.

temas sobre los que trabajaríamos en las siguientes fases, si sus reacciones eran distintas cara a cara. Observé que había más límites, menos profundidad. Era igual de enriquecedor porque las participantes estaban comprometida pero no existía un análisis tan exhaustivo a la hora de responder. Había menos espacio para la reflexión y más automatismo en las respuestas. También aparecían otras limitaciones que tenían que ver con sus rutinas y la falta de tiempo. A pesar de ello, me ayudaba a completar los testimonios y resolver dudas que habían ido surgiendo al trabajar los audios.

6.2 Vulnerabilidades y aprendizajes personales

La investigación parte de mi propia implicación en el tema y, por eso, mi mirada crítica ha sido una herramienta fundamental. Pero también había considerado, por mis experiencias previas en los TFM, que ser parte del sujeto de estudio sobre el que investigar puede convertirse en una montaña rusa emocional en la que podían aparecer crisis o tensiones personales. Estar dispuesta a identificarlas y a dejarlas fluir, ha sido un reto más.

Una de estas tensiones, la primera que apareció durante el proceso de trabajo conmigo misma, ha sido el miedo a desnudarme. Como dice Miren Guilló (2013), «el miedo a la propia exposición (relacionado con la autoexigencia), junto al miedo a mostrar un entorno social del que soy parte» (2013: 233-245).

En mi caso, ha sido la primera vez que me he atrevido a hablar explícitamente desde la primera persona, con nombre y apellidos, en un proyecto de investigación diseñado por mí misma. A narrar mi historia, sin seudónimos y con detalles. Con ese miedo, responsable, a desnudarme sobre el papel; a leerme después. A saber qué palabras elegir, cómo construir la narrativa, a qué personas de mi entorno involucrar o hasta qué punto hacerlo. Qué decir y qué callar. Qué datos incluir o cuáles no aportar. Y aún así conseguir contar todo lo que necesita ser contado. A la vez, como dice Guilló, auto-exigiendo a todos mis yo estar a la altura. Como investigadora, sabiendo que otras investigadoras van a evaluarme. Como activista, sabiendo que otras intersex van a dar valor a lo que escriba. Como parte del grupo, buscando el punto medio entre el yo investigadora y el yo sujeto de estudio.

Otra crisis importante, una vez desnuda sobre el papel, ha tenido que ver con dejar de escuchar las emociones en mi cuerpo a medida que me involucraba en los soliloquios. Yo escuchaba a las otras en la intimidad de mi cuarto. Elegía un momento de soledad y de silencio para hacerlo.

Normalmente por las noches. Al principio no reparaba en mi estado de ánimo. No pensaba ni cómo me sentía yo ni cómo me influía escuchar a las otras. Es algo que fui aprendiendo a tener presente con el paso de las semanas, que los sentimientos también formaban parte del proceso etnográfico (Behar, 1996) y, por eso, había que dejarlos aflorar.

La situación de crisis socio-sanitaria estaba siendo cada vez más complicada y se respiraba una ansiedad generalizada. Cuando me di cuenta de este factor, de cómo me había influido a mi, necesité (auto)gestionarlo para saber elegir los momentos de escucha. También para, posteriormente, saber cómo enfrentarme a la transcripción y análisis de los testimonios de las HAC. Sin duda, haber sido la receptora de los mensajes ha resultado ser una experiencia única y enriquecedora, pero si quería ser responsable conmigo y con las otras, no podía desatender el (auto)cuidado. Es un aprendizaje que me he llevado.

Asimismo, pensar que estábamos usando nuestra voz para sacar del ámbito privado todo el dolor que nos han acompañado durante años me motivaba infinitamente. Parecía ficción pero era real. Teníamos que aparecer en escena para exponer, al fin, nuestra realidad. Para dejar de ser un mito o un objeto X de un diagnóstico Y. También he tenido que aprender a enfrentarme a esto. Además de mi vivencia corporal, sobre la que había reflexionado y a la que me había enfrentado durante mi proceso autobiográfico, tenía ante mí la voz de otras nueve personas que hablaban con gran sinceridad de sus experiencias de vida. Personas que compartían sus vulnerabilidades y malestares conmigo, también su empoderamiento y la celebración de sus cuerpos. Otro aprendizaje ha consistido en encajar toda la información, aprender a sostener y a sostenerme. Y no ha sido fácil. Aceptarme vulnerable, detectar mi ansiedad y saber cuando pedir ayuda han sido también una parte muy importante de mi relación con el trabajo de campo.

Dice Miren Guilló (2013) –parafraseando a Ruth Behar (1996), Mari Luz Esteban (2004) y Jone M. Hernández (1999)– que la mirada autoetnográfica ha sido una herramienta fundamental en el desarrollo de su trabajo y que esto, además, ha contribuido a poner en práctica una observación y una escritura conscientemente vulnerables, haciendo que las emociones fuesen también parte de la etnografía. Y que todo ello, además, le ha permitido acercarse a otros lugares dentro de la propia investigación «[...] desde esa propia vulnerabilidad, desde el exponerse, desde las técnicas autoetnográficas, se intenta llegar a un lado que de alguna otra manera difícilmente podríamos llegar» (2013: 236-238).

Yo misma, asumiendo mi propia vulnerabilidad fruto de este yo intersex, me he ido proponiendo a través del ejercicio autobiográfico-etnográfico analizar también el contexto, las relaciones y los elementos que lo organizan. Analizarme a mí en constante interrelación con todos estos elementos del entorno que me rodea. Para explicar esta experiencia que integra autobiografía y autoetnografía, Jone M. Hernández (1999) utiliza el concepto de «autorretrato» y dice sobre éste:

«el autorretrato desarrolla en relación con la crítica feminista los siguientes aspectos de interés: 1) Una defensa de lo personal, lo subjetivo y lo reflexivo como fuente de conocimiento y forma de acercamiento a la realidad social [...]; 2) Un rechazo a la indiferencia y su defensa del derecho a la ilusión del individualismo. Su rechazo a las categorías y dicotomías impuestas desde una experiencia androcéntrica y su defensa de la transgresión y cuestionamiento de los límites. 3) La habilidad para recuperar y amplificar el conjunto de voces silenciadas y subordinadas respecto a los centros y estructuras de poder que producen y reproducen los sistemas de género» (1999: 59-60).

Precisamente el hecho de traer nuestras voces intersex, desde lo personal, al centro del debate para cuestionar las categorías sexuales binarias y la heteronormatividad como sistema, ha servido para ir sintiéndome cada vez más orgullosa del trabajo que estábamos haciendo. «Porque nosotros somos lo que viene después», escribía Jeffrey Eugenides en un párrafo del libro *Middlesex* (2003: 623). Ya era hora de que tuviera lugar una desarmarización individual de intersexuales a través de un ejercicio colaborativo dentro de la academia. Y, no solo eso, también era hora de que aparecieran en el centro del debate científico testimonios personales desde cuerpos que, con sus características sexuales, ponen en cuestión el binarismo sexual.

BLOQUE 0.

HITOS

*«Ahora es el momento de rebelarnos. Estamos aquí, siempre estuvimos.
Representamos a la diversidad, al desorden. Queremos ser libres. Como tú. Iguales.
¿O es que unas alas valen más que otras?
Firmado: Un ángel negro. Otro más. Somos muchas».
(Ensayo audiovisual "Ángel negro", Mer Gómez)*

El grupo estaba formado, las presentaciones hechas y las motivaciones ya se habían evidenciado. El siguiente paso era identificar cuáles habían sido los momentos significativos en las narrativas de las HAC a la hora de construirse como sujetos y de construir una identidad intersex política.

Yo misma, a través de mi autobiografía, he tenido que mirar al pasado, recuperar recuerdos e indagar en ellos para detectar cuáles habían sido los episodios de mayor impacto o las experiencias vitales que me habían ido transformando. Mi propio itinerario había servido para averiguar, como he explicado en el capítulo anterior, cómo se había ido construyendo mi identidad intersex.

Uno de mis objetivos principales, por tanto, residía en que cada una de las HAC hiciéramos el ejercicio de narrar cómo había sido el proceso desde el momento en el que nos dieron un diagnóstico hasta llegar a identificarnos como sujetos intersex e iniciar un proceso de politización desde ahí.

De esta forma, he podido reconocer los siguientes puntos o momentos en común: a) la influencia del diagnóstico unido al proceso de des-medicalización; b) la des-armarización o salida del armario como intersex; c) el proceso de conocer, colectivizarse, o asociarse con personas de la misma comunidad.

Esta serie de acontecimientos, de maneras diversas y en momentos distintos según cada persona, han contribuido a construir nuestra identidad intersex colectiva, como sujetos políticos, dando lugar a procesos vitales transformadores y de una gran riqueza. También han provocado procesos catárticos y crisis existenciales en las que el dolor ha tenido un gran protagonismo. Pero, de una u otra forma, en cada una de las diez narrativas han marcado un punto de inflexión que les ha traído a participar aquí.

Siguiendo a Teresa del Valle (2002), diré que he decidido considerar como «hitos» los tres procesos que tienen lugar en las vivencias de las HAC y que detallo a continuación. Otras personas utilizan el concepto de «epifanías» (Bochner y Ellis, 1992; Couser, 1997; Denzin, 1989). Aún así, aquí me quedaré con el primero. Los hitos se corresponden a esas vivencias que han constituido una referencia significativa en la trayectoria de alguien. Me gusta pensar en el paralelismo que hace Del Valle para explicar su significado: «se asemejan a los mojones que aparecen a lo largo de un camino, en este caso la vida propia y una de sus características es que se destacan con nitidez en el recuerdo» (2002: 248).

Del Valle pone de ejemplo el trabajo de la antropóloga Angela Guadalupe Alfarache (2000) que identifica los siguientes hitos en las trayectorias de un grupo de mujeres lesbianas en México:

«El día que descubrieron, supieron, les dijeron, se dieron cuenta que eran diferentes; el día que tuvieron que confirmar dicha diferencia; el día que deciden buscar a mujeres iguales que ella; el día que se autonombran lesbianas; el día que “salen del closet”; el día de su primera relación erótica con una mujer; el día que establecen su primer relación de pareja con una mujer; el día que conocen algún grupo feminista o alguna mujer feminista; el día que conocen o se integran a algún grupo lésbico» (2002: 249-250).

Hacer el ejercicio de descubrir los hitos a través de los soliloquios, buscar en los testimonios individuales de las HAC los elementos comunes, ha sido imprescindible para dar forma y estructurar esta tesis.

1. Tres hitos: despatologización, desarmarización y acuerpamiento

A los tres momentos y/o procesos que antes he denominado como: a) la relevancia del diagnóstico unido al proceso de des-medicalización; b) la des-armarización o salida del armario como intersex; c) el proceso de colectivizarse-asociarse con personas de la misma comunidad; voy a nombrarlos a partir de ahora como “despatologización”, “desarmarización” y “acuerpamiento”.

Estos tres conceptos son los que he identificado como tres hitos en las trayectorias personales de las protagonistas. Las diez HAC hemos pasado por esos tres procesos y, aunque no todas hemos sido conscientes al mismo tiempo de su relevancia, posteriormente los hemos reconocido como acontecimientos trascendentales a la hora de construir nuestra identidad intersex.

Además, estos tres procesos han definido tanto el punto de partida como el esquema básico para

el desarrollo y estructuración de este trabajo. También han sido fundamentales a la hora de: a) establecer un diálogo crítico con el objeto de estudio intersexual; b) atrevernos a conversar con los marcos establecidos; c) incorporar nuevas reflexiones y aportaciones al debate.

Por todo ello, he decidido dotarles de sentido y contenido. Las definiciones han sido construidas gracias a las aportaciones e ideas que han ido saliendo de los soliloquios corporales de todo el grupo de las HAC. Es decir, los significados que expongo a continuación es una propuesta personal que surge tras un proceso colaborativo que me ha inspirado a ello.

Despatologización: «proceso de cambio que se ha producido en la lectura hacia nuestros cuerpos: de cuerpos diagnosticados, enfermos, silenciados y propensos a sufrir una modificación estética impuesta a cuerpos intersex, sanos y válidos, que pueden ser (ad)mirados desde un lugar amable, posible y deseable».

Desarmarización: «proceso de aceptación, amor y respeto hacia nuestros cuerpos –una vez conscientes de su disidencia dentro de un arquetipo corporal binario– que ha implicado una salida del armario progresiva, íntima o colectiva, en la que hemos ido encontrando qué palabras comenzar a ponerle a los silencios y cómo ir deshaciendo o de-construyendo el tabú».

Acuerpamiento: «proceso colectivo que ha emergido al encontrarnos y compartirnos, mientras aprendíamos a mirarnos en las otras, a desnudarnos con las otras, y a sentirnos vulnerables ante ellas. Siempre con el deseo de construir una familia para convertirnos, a diferentes ritmos y niveles, en activistas por la visibilidad intersex y luchar para que no se vulneren nunca más nuestros derechos humanos».

A. Soliloquios de un diagnóstico. Procesos de despatologización

Los diagnósticos y protocolos médicos propios del s. XX han marcado el primero de los hitos en nuestras trayectorias intersexuales. A las intersex, se nos ha diagnosticado utilizando diferentes nombres y adjetivos: síndromes infrecuentes y raros, anomalías que corregir para normalizar, desórdenes del desarrollo sexual que requerían un orden, o aberraciones incurables que esconder y transformar estéticamente. Además, según protocolo, se nos han recetado hormonas, múltiples modificaciones corporales, intervenciones quirúrgicas y silencio. Con un único objetivo: que nuestros cuerpos, en tanto que no binarios y anómalos, pasasen desapercibidos para no romper el orden sexual dicotómico y heteronormativo.

Por tanto, despatologizarnos ha implicado rebelarnos ante un diagnóstico y unos protocolos impuestos que han ido relegando a nuestros cuerpos a la invisibilidad y marginalidad. Despatologizarnos es liberarnos del dolor, sentir que nuestras corporalidades pueden ser igual de deseables y válidas que cualquier otro cuerpo endosex, sin necesidad de ser mutilados o intervenidos.

Gracias al proceso de trabajo de campo, hemos podido profundizar en las siguientes cuestiones: ¿cómo ha sido recibir un diagnóstico?, ¿cuándo notamos o sentimos que hay algo "raro"?, ¿cómo empezamos a ser conscientes de lo qué implica nacer y crecer dentro de un cuerpo fuera de la norma sexual binaria?, ¿en qué momento aparece la identidad intersex en nuestras trayectorias?, ¿cuándo empezamos a ver nuestros cuerpos como no patológicos?

MER GÓMEZ

Cuando yo recibo el diagnóstico, dentro de una consulta, mi cuerpo sigue siendo exactamente el mismo antes de entrar que después de salir. En cambio, mi mirada hacia él cambia completamente. Desde entonces, empiezo a ser consciente de qué significa tener un cuerpo u otro en la sociedad en la que habito. En mi caso, mi cuerpo deja de estar sano, deja de ser motivo de orgullo, para empezar a ser visto, incluso por mí misma, como un cuerpo enfermo y patológico. Un cuerpo merecedor de ser silenciado y escondido.

Yo tenía catorce años y no menstruaba. Por ese motivo acudí al ginecólogo y empezaron todas las pruebas. Hasta entonces, la única diferencia que había percibido entre mis amigas y yo era esa, que ellas habían tenido sus primeras reglas y yo no. A penas tenía vello, eso es cierto. Yo soy rubia, lo que tenía tampoco se apreciaba. Además, en aquel momento yo entrenaba, nadaba todos los días, estaba acostumbrada a ver en los vestuarios desnudas a un montón de mujeres con cuerpos muy diferentes. Para mí, eso era lo normal: Ana tenía más vello en el pubis que Sara, Vega tenía las tetas más grandes y vello por la cara, Noe a penas tenía pecho pero se depilaba habitualmente las axilas, los pezones de Carmen eran oscuros y hacia afuera, los de Cris eran redondos y claros. En fin, esos cuerpos eran los que veía en las duchas de la piscina desde los diez años y hasta los dieciséis.

En cambio, cuando recibo el diagnóstico –con catorce– mi cuerpo se convierte en la peor pesadilla. Lo odio y me odio, no lo quiero. Empiezo a envidiar los cuerpos de Ana, Sara, Carmen, Cris o Vega. Comienzo a tapar el mío y a ducharme con la puerta medio cerrada. Ya no quiero que me vean. Y siento que no hay nada peor que recibir el diagnóstico que he recibido yo. En muchas ocasiones, pensaba que si fuese un cáncer había posibilidad de tratarlo y acabar con él. Pero, en este caso, con mis cromosomas, mis hormonas, mi no regla, mi no útero, yo no podía acabar. Sería así el resto de mi vida. ¿Qué coño era?

En esas circunstancias, se inicia, por protocolo, el proceso por conseguir adaptarlo a la máxima de la feminidad. La que marcaba el contexto, la que yo veía en series y revistas, y la que me obligaban a ansiar desde las consultas. Estrógenos, más pecho, la vagina penetrablemente perfecta... Todo lo que hubiera que hacer, se haría. No importaba cuál fuese el precio que tuviera que pagar, como me habían recetado: nadie

podía descubrir lo que yo era en realidad. Esa fue mi adolescencia.

Hasta que, a los veinticuatro años, gracias a diferentes herramientas que fui encontrando en asignaturas de estudios de género y militando en un colectivo feminista, fui por primera vez consciente de qué suponía ser una mujer intersex, tener un cuerpo intersex. A partir de ahí, tuve la necesidad de empezar a reivindicarme como tal, de luchar contra todos esos aparatos institucionales que me habían censurado, silenciado y violentado. Inicié una revolución. Empecé a hablar, conocí a una familia intersex –esa que me habían ocultado durante tantos años–, y saqué todas las fuerzas para iniciar el camino que hoy me ha traído aquí.

LAURA VILA KREMER

Yo creo que fui consciente de que mi cuerpo era diferente –y entendí diferente por monstruoso– a los diecisiete años; cuando recibí el diagnóstico. Es cierto que había sentido que mi cuerpo era diferente, no siendo monstruoso pero sí siendo algo a ocultar desde unos años atrás, porque el desarrollo pre-puberal no se daba como en el resto de mis compañeras. Toda esa franja de edad. A partir de los diecisiete que recibo el diagnóstico, el 2 de enero de 2003. Ahí soy consciente de mi realidad en tanto que monstruosa. Soy consciente de que tengo un cuerpo que todavía no identifico como intersex. Todavía no conozco esa palabra. Empiezo a oírlo a raíz de buscar por internet pero no la conceptualizo como ahora.

Pasaron unos cuantos años en los que yo era consciente de mi realidad pero la vivía de manera muy cruel, dura, con mucho estigma, ostracismo. Con mucha culpa también. Me sentía poco digna de mi cuerpo, de habitar este cuerpo y habitar mi vida con este cuerpo, habitar el mundo. Y creo que es a raíz de..., poco a poco, conociendo gente, poca gente, o leyendo, sobre todo, fui tomando consciencia sobre todo de que era un cuerpo intersex, como ahora. Y seguramente, a partir de los veintisiete años, empecé a tomar conciencia de la intersexualidad como la entiendo ahora. Antes la entendía de otra manera, más categorizada. Poco a poco, emprendí este camino de entender mi realidad y mi cuerpo intersexual como algo fluido, algo cambiante y, a la vez, como un cuerpo que podía ser muy digno no solo de vida sino de deseo: un cuerpo deseable, deseante y que, incluso, podía ser celebrado.

He dicho a los veintiséis, veintisiete, como punto de inflexión, porque es el momento en el que entro en contacto con un colectivo, con un grupo de apoyo de, sobre todo, mujeres intersex. Esto es importante porque tengo referentes, puntos de anclaje, una red de iguales. Es clave para empezar a tejer redes que luego me llevarían pues al conocimiento propio, conocimiento colectivo para luego conocerme mucho mejor a mí misma e ir cambiando mis puntos de vista, ir conociendo también mis contradicciones y entender la intersexualidad como algo más... vaya, que los cuerpos intersexuales son fluidos, incluso la manera de identificarse con la intersexualidad también lo es.

ALEKSANDRA K.

Yo creo que, a los trece o catorce años, ya cuando a mis amigas les bajaba la regla, empecé a tomar conciencia de que algo pasaba. Te hablo de los catorce, aproximadamente, después de la operación, que fue a los trece. Cuando a todo el grupo le baja la regla y a mí no. Qué está pasando, mi cuerpo es diferente. Aún

así, una cosa es ver que tu cuerpo es diferente y otra es tener todo el conocimiento de qué implicaciones tiene ser intersex. A todo esto, a los dieciséis años, empecé a revisar informes médicos, del hospital Vall d'Hebron, donde mi madre guardaba toda la documentación. Ahí empecé a leer, empecé a buscar por internet. Los artículos científicos que había en castellano eran muy pocos, estamos hablando de principios de los 2000. Empecé a ver que yo era "hermafroditismo masculino".

A partir de eso, tomé una conciencia plena. Lo que conllevó una depresión. Tenía muy estereotipado lo que significaba ser mujer, ser hombre. Mi anhelo por ser una mujer. Eso me resultó un *handicap* bastante importante: en mi forma de socializar, de tener relaciones, tanto afectivas como sexo-afectivas, bueno, implicó un proceso bastante jarto.

Concepción de lo que para mí significa intersex: hasta que no empecé a leer sobre feminismo, cuando tenía veinticinco o veintiséis años, cuando empecé la carrera, no empecé a *despatologizarme*. Durante la adolescencia lo sabía pero tenía información sobre términos clínicos, patológica, hasta que empiezo a leer sobre feminismos y soy consciente de que soy intersex. Es cierto que, hasta que no estudio, no leo y no adquiero conocimientos sobre teoría queer, sobre el género, de lo no binario, no empiezo a estar cómoda con el término intersex.

IOLANDA MELERO

Yo desde pequeñita sabía que algo me pasaba. Desde muy pequeñita. Porque, claro, a mí me operaron con año y medio y, después, con cuatro años. Iba una vez al año al médico. Tenía el clítoris más grande. Sabía que me habían operado, que me habían hecho algo, tenía el recuerdo de la de los cuatro que fue horrible. Pero no sabía qué. Algo raro me pasaba. Voy al médico una vez al año, no sé que me pasa. Mis genitales son raros. Como que sabía que había algo raro desde siempre.

Cuando tenía la edad de la regla, nadie me había informado de nada pero yo sabía en el fondo que no la iba a tener. Cuando el médico me dijo que no tenía vagina, que no tenía ovarios, que me tenían que operar, no sé que edad tenía pero aproximadamente doce o trece años, ya me pusieron los parches de estrógenos.

Luego, con veinte años, estaba estudiando la carrera de psicología, le pregunté directamente al médico qué me pasaba y sólo me decía que me operaron de ahí abajo, con una sonrisa. Un día se le olvidó mi historial, se lo pidió a la enfermera diciendo mi diagnóstico. Lo escuché por primera vez: síndrome de Morris. Después de aquello, ya en casa, mi compañera de piso estudiaba medicina y me puse a buscar en sus manuales. Ahí encontré información y me empecé a identificar con los relatos médicos.

LILITH MARTÍ

Mi madre nunca me ha ocultado lo que me pasó, jamás. Digo mi madre porque es con la que única que he hablado porque mi padre nunca me ha hablado de este tema. Siempre me lo ha ido contando, desde los

nueve años que me operaron para extirparme las gónadas. Ella se ha ido interesando un montón porque le preocupaba mucho haberme extirpado las gónadas y que eso hubiese tenido consecuencias en mi identidad de género. Yo recuerdo crecer, y que mi madre de vez en cuando me preguntase: «¿pero tú te sientes niña? ¿Tú eres una niña, no? ¿Tú cómo te sientes?». Era una cosa que le preocupaba muchísimo. Y yo: «que sí, que me identifico como niña». Así crecí.

Por otro lado, soy consciente de ser intersex como concepto político e identificarme con esa etiqueta cuando te conocí a ti, cuando nos conocimos en aquella charla en la universidad en la que hablaron otras activistas. Pues yo ahí, iba corriendo un día a clase y, de repente, vi de refilón un cartel en el que aparecía la palabra intersex, intersexual, charlas sobre intersexualidades. A mí me llamó la atención, me resonó un poco. Le hice foto al cartel y fui a la charla. Me emocioné un montón porque ese fue el momento de decir pues sí, yo soy esto. Pertenezco a este colectivo y voy a tener que meterme aquí de cabeza a hacer activismo porque esto es lo que hay. Me emocioné un montón allí en la charla.

Es curioso porque justo esa noche llegué a mi casa, a la hora de cenar, y se lo conté a mi madre: «He ido a una charla, esta tarde, a escuchar hablar a una mujer que es mamá de una nena intersex y a una mujer que es intersexual». Me escuchó y, de repente, me contesta: «bueno, pero tú no eres intersexual». Y yo: «cómo que no, amiga». Y me dijo: «No, porque tú eres mujer, tú te identificas como mujer. Entonces intersex es una persona que no tiene muy claro con que se identifica». Ahí me di cuenta de hasta que punto el desconocimiento, que mi propia madre no sabía que significaba esa palabra. Se lo tuve que explicar, yo creo que ella no se quedó muy convencida, le sonaba extraña la palabra, no tenía muy claro lo que significaba.

Fue a partir de ese momento cuando dije, lo soy. Te conocí más, quedamos en Valencia, cuando conocí tu historia me tocó mucho. Me sentí muy representada en ti, porque somos las dos de una edad parecida, con experiencias parecidas... No había esa diferencia generacional respecto a otras. No es igual que hablar contigo, de tú a tú, escucharte hablar. Para mí, se abrió un mundo. Yo pensé: «esta persona es muy parecida a mí, ha vivido cosas muy parecidas a las que he vivido yo, es muy fuerte». Recuerdo que incluso hiciste alguna broma con que nos parecíamos físicamente. A partir de ahí fue cuando me identifiqué, o mejor dicho, cuando me reconocí yo a mí misma como intersex. Más allá de lo patológico.

ANA BELÉN

Supe que era una bicha rara a los catorce años, cuando mi madre me llevó al ginecólogo porque no me venía la regla. Por aquel entonces los médicos me informaron de que no tenía útero, que nunca podría tener hijos biológicos, que cuando terminara de desarrollarme, sobre los 20 años más o menos, deberían extirparme lo que ellos llamaron "ovarios" porque existía riesgo de cancerización y que para tener relaciones sexuales con penetración necesitaría someterme a una operación súper compleja.

Entonces no sabía que tenía un cuerpo intersex, simplemente sabía que era diferente, rara, y que debía esconder mi realidad. Médicos y familiares así me lo aconsejaron. Además de complejos y vergüenzas propias. No era consciente de que tenía un cuerpo intersex, ni me habían dado ningún diagnóstico, pero creo que algo sospechaba. En mi adolescencia, sentía un rechazo muy profundo hacia cualquier información

que me llegara relacionada con este tema. Ni siquiera sé si, por aquel entonces, existía el término intersexualidad. Desde luego, yo lo desconocía pero algo resonaba en mí aunque me negara violentamente a verlo.

A los 21 años, cuando me hicieron la gonadectomía, los médicos me informaron de que en lugar de ovarios tenía testículos, que mi cariotipo es XY, que tenía un síndrome muy raro, de Morris o algo así. Y que nunca debía compartir con nadie esta información. Supuestamente este fue el momento en que conocí la verdad sobre mi cuerpo.

A parte de esos datos, hasta pasados unos años no recibí más información al respecto, ni me atreví a buscarla. Traté de ocultar y de ocultarme a mí misma todo lo relacionado con la intersexualidad, tratando de vivir negándolo, sin pensar en ello. A nivel interno acumulé un rechazo brutal hacia mí misma y hacia mi cuerpo, muchísima culpabilidad, vergüenza y miedo.

CAMINO BARÓ

Tomo conciencia de mi cuerpo intersexuado cuando a los veintiocho años por un volante de una prueba que voy a realizarme al hospital, en la cual viene escrito: «ecografía de mama por motivo de Síndrome de Morris». Hasta ese momento no se me ha dicho absolutamente nada de mi intersexualidad. Solo sé que me extirparon las gónadas porque no se habían desarrollado perfectamente y podían desarrollar un cáncer. Desde los trece años. Lo atribuía a esa versión oficial que me habían dado mis padres y los médicos. Por este volante, leo la palabra *Morris*, buceo en internet y me doy cuenta de que he tenido testículos y de que me los han extirpado. De que mi cariotipo, a diferencia de muchas mujeres, es XY en lugar de XX. Que soy insensible de manera parcial a las hormonas entrecomillado "masculinas".

Por tanto, yo situo tres momentos de conciencia. En este primero, desde un plano mental, porque a nivel emocional yo desconecto como he estado acostumbrada a desconectar toda mi vida a través de mecanismos de disociación para sobrevivir. No lo interiorizo a nivel emocional y me relaciono con mi intersexualidad de una manera distante, incluso paródica. Hago bromas sobre ello, se lo cuento a algunas personas de mi entorno, pero todo totalmente desconectado de mis emociones.

El segundo momento crítico es cuando me atrevo a rescatar mi historia clínica que tenían guardada mis padres en lo más hondo del armario de su habitación. Sacando la historia del armario, *desarmarizándome*. Saco esa bolsa, que pesaba como cuatro kilos, y en la primera carpeta que extraigo viene mi fecha de nacimiento, el nombre, 1987, y escrito a mano por mi padre: «estructuras gonadales similares a testículos». Yo cuando leo eso, luego veo los informes con nombre del paciente «Camino Baró» y debajo «testículos». Cuando veo esas dos palabras, en un mismo informe, con la letra de mi padre, hago esa conexión entre lo mental y emocional y sufro un inicio de ataque de ansiedad. Los cables se conectan y lo paso mal. Necesito apoyarme en una amiga, luego en mi psicóloga. Ahí me entero de que lo que me extrajeron no eran unas gónadas al uso, no, eran testículos. Mis padres nunca habían pronunciado la palabra testículos, nunca me habían hablado de mi cariotipo, ni de síndromes. Entonces yo establezco esa conexión pero desde lo patologizante.

Solo es en el tercer momento, en terapia con mi psicóloga, que (ella) pronuncia la palabra de intersexualidad y yo la recibo con miedo: «qué es esto de intersexualidad», pero me ubica. Yo había utilizado siempre el lenguaje de «síndrome de», «insensibilidad a los andrógenos», «de Morris» hasta que ella me dijo: «eres una intersexualidad muy polarizada». En la siguiente sesión lo trabajamos, poquito a poco sentía que me iba abriendo a conocer más acerca de ese término. Gracias a ir abriéndome, fui apoyándome en determinados recursos hasta acabar leyéndome libros (el que más me ha marcado yo creo fue *Cuerpos Sexuados*, de Anne Fausto-Sterling, que finalmente daba un poco de alivio, era como un bálsamo para esa herida que yo tenía de no ser normal, de ser una persona que se salía de la norma). A partir de conocer la palabra intersexualidad, empiezo a relacionarme de un modo más amable conmigo misma.

Hasta los veintiocho años solo había tomado conciencia de mi cuerpo estéril. Dentro del mecanismo de disociación, me inventaba que tenía la regla, con todas mis parejas, amistades. Siempre llevaba tampones, era como intentar ocultarlo porque tenía una gran fobia a que se enterasen. Cuando me entero sigo disociada a nivel emocional pero ya hay una parte ahí en la que empiezo a sentirme como rara pero también especial, es una cosa curiosa. Cuando la terapeuta me insta a coger la historia clínica de casa de mis padres, la conciencia sobre mi cuerpo intersex empieza a tener un peso más fuerte, empiezo a tener una depresión increíble, un sentimiento de soledad, de vacío, de culpa, de vergüenza, de rabia, de querer desaparecer. Yo siempre lo dije, más que querer morirme, ojalá no hubiese nacido. Siempre repetía la misma frase.

Tomar conciencia de mi cuerpo intersex fue algo muy doloroso, muy difícil, porque planeaba sobre mí la sombra –o la duda– de «me van a leer como un hombre». ¿Y qué significaría eso para mí si yo le cuento a alguien que he tenido testículos y que mi cariotipo es masculino?, ¿van a pensar que soy un hombre intentando ser mujer? Eso me machacaba. Lo paso muy mal, no me relaciono bien con mi cuerpo intersex. Tengo sentimiento de soledad, fundamentalmente, de sentir que no hay nadie como yo. Una vez que conozco el término intersex –que empiezo a combatir esta intersexfobia interiorizada a través de bibliografías que leo, de los centros colectivos a los que acudo– pues empiezo a sentir que mi cuerpo intersex no es un cuerpo tan diferente al resto. Empiezo a sentirme, incluso, orgullosa.

ASMI MOLINA

Con once o doce años, yo ya sabía que me faltaba un agujero y lo verbalizaba en alguna circunstancia. Yo no sabía que era intersex, me estaba refiriendo a la vagina pero no sabía cómo se llamaba entonces. Veía pósters en la carpintería de mi tío de mujeres desnudas y veía que yo no tenía esos labios así ni mi vulva era cómo la de esas fotografías.

Sabía que había algo raro. La confirmación de qué pasaba algo raro y que había que decidir algo, ocurrió unos años después. Estaba con mi madre, que era una persona con muy pocos estudios y muy traumatizada de ser portadora de un gen que transmitía la intersexualidad. Un día, que tuvimos que ir al médico a Bilbao, a la vuelta del hospital y paradas en el apeadero, saca un papel de su bolso escrito a boli por el médico de cabecera en el que ponía: «María Luisa es un hermafrodita». Mi madre no podía pronunciar esa palabra y así

me enteré.

No voy a decir que fue liberador pero creo que me relajó. Aunque tuve muchos problemas. Pero ya sé que no es una sensación mía eso de que no soy normal, yo en aquel momento que ya tenía catorce o quince años lo viví así. También me enteré que cuando nació, ante unos genitales que no sabían muy bien dónde encajar, y según mi familia: para evitar que fuese a la mili pues era mejor que creciese como María Luisa.

SUSANA LESTEIGA

Fui consciente de que era diferente con once años. Mi madre lo único que me dijo fue que no podía tener la regla y que no podía tener hijos. A los siete me habían operado, era una hernia. Más que especial, pensé que tenía algo raro, porque mi madre no me explico por qué. Yo sabía que iba a unos médicos que me miraban algo especial pero nunca nadie me dijo nada y yo no pregunté. No me atreví a preguntar.

Diría que fue con trece años, estábamos un día en el médico y mi madre le preguntó si (yo) podía tener relaciones sexuales normales. Que me quede muerta porque yo nunca hablaba de esto con mi madre. Mi madre era la que controlaba la situación en la consulta –yo estaba ahí de objeto, no de sujeto– y no tomaba yo control de mi situación. Yo estaba ahí, desconectaba en mi cabeza, intentaba no recordar nada de lo que pasaba y salir de esa consulta, olvidar. Siempre fui al mismo médico endocrino-pediatra, aunque yo fuese mayor, era como mi revisión de la cosa rara, me hacían una analítica, me miraban un poco y ya está. Yo sabía que no podía tener hijos, que no podía tener novios y que tenía que tomar pastillas –desde los once años porque me habían hecho la gonadectomía a los siete, aunque yo pensé que era una hernia–. Y nunca hice ninguna pregunta, hice ver que mi vida era normal y ya está.

Recuerdo una vez que mi madre me dijo que no podía tener relaciones sexuales con nadie hasta que hablásemos con el médico. Nunca hice nada, nunca salí con nadie. Y a los dieciocho me dijo: «vale, ahora ya tiene dieciocho, ahora habría que pensar que es lo que se puede hacer». Entonces se lo dijimos al médico, que nos dijo: «hay que hacer una vagina nueva, lo más fácil es operar; yo nunca lo he hecho pero, vaya, no creo que sea muy difícil, al final es coger piel de aquí, poner allá, y ya está; bueno, pues te lo haremos y tal». Salimos de esa consulta fatal, mi madre salió muy mal, llorando. Yo solo estaba preocupada por mi madre, porque llorase, no quería que se sintiese mal, que sintiese que fuese culpa suya, yo no sabía exactamente qué es lo que haría, yo lo que me dijese que tenía que hacer, haría. Al final lo único que hicimos fue ir a otro médico. Me derivaron a la Doctora Piró, uróloga. Piró me dijo que no era verdad que para tener relaciones sexuales con penetración tuviese que intervenirme, que por el tamaño de mi vagina era suficiente con que hiciese dilataciones. El tema de las dilataciones me suponía un trauma, era súper desagradable. El tema sexo y mis genitales... yo nunca me había mirado, era una negación total, con muchísima aprehensión de meterme algo ahí, con mucha aprehensión de hacer esto. Estuve haciendo dilataciones desde los dieciocho años con unos dilatadores que eran de metal, súper pesados y cada vez más gruesos.

Ya cuando tuve veintiséis acabe yendo a un ginecólogo. Nunca había ido a ningún ginecólogo. Entonces la ginecóloga apuntó unas cosas y yo le dije: «¿me puedes decir qué apuntas ahí porque nunca nadie me ha

explicado exactamente qué es lo que me pasa». Y la ginecóloga le dijo a la enfermera: «cierra la puerta». Me dijo: «¿qué quieres decir, que no sabes lo que tienes?». Me lo explicó y así me enteré. Me dijo lo que era Morris, que no era nada grave, que no me preocupase, que no tenía ninguna problema para mi salud, pero que era una cosa distinta, de ahí que no tuviese menstruación, hijos, ovarios. Salí muy muy removida. Fue la primera vez que di el paso de preguntar y de atreverme a decir que yo quería saber. Busqué Google, encontré a Grapsia, había un encuentro en Barcelona, y todo de golpe. Conocí a gente como yo, y fue cuando lo supe todo. Entendí lo que era Morris, lo que había pasado biológicamente.

La etiqueta intersex he tardado años en procesarla. Estaba muy contenta de saber, por fin, qué pasaba, de encontrar otra gente, no me sentía sola. Era una cosa todavía muy tabú, en mi cabeza, muy trágica. Sí que tengo el recuerdo de pensar, no de forma trágica, sino de forma como emocionante o divertida: «¿entonces qué es lo que soy, soy una mujer o soy un hombre?». Me pareció muy divertido pensar que no era ni una cosa ni la otra y, sobre todo, que no tenía ninguna importancia. Quizás fue la forma de procesarlo. La realidad de la naturaleza es que no existe al cien por cien una cosa o la otra, que esa variabilidad es natural y que es una pregunta muy curiosa: «¿eres hombre o mujer?»; depende, no lo sé. Qué más daba lo que fuese. Por otro lado, tengo la impresión de que no haber sabido nada hasta muy tarde también ha hecho que no me haya relacionado con el concepto intersex. He vivido toda la vida como mujer y he sido una mujer y me siento mujer, replantearme esto de ser intersex me da pereza, ¿para qué?, ¿qué más da? Al final yo soy yo, y no hay más.

RAQUEL M.

Yo empecé a ir a un médico en Murcia que me hacía quedarme todo el rato fuera de la consulta, solo entraban mis padres. No sabía nada, hacía las preguntas justas y llegué a preguntarle a mis padres si me pasaba algo grave. Me dijeron que no. Yo confiaba mucho en ellos, confío. Después, empezamos a ir a Madrid. Yo les veía nerviosos, por eso les preguntaba si estaba todo bien. Ibamos cada seis meses a revisiones, yo sabía que tenía que ver con mi crecimiento. Y, con trece o catorce años, antes de ir a una de esas consultas mis padres se sentaron a hablar conmigo.

Bueno, ya había tenido una primera charla, un día que mi madre me sacó a tomar un helado y me dijo que no esperase tener la menstruación. Ese momento fue un poco duro porque me resultó chocante y raro. Me hizo sentir rara. Mi madre me lo contó muy bien. Esta fue la primera *pill* (píldora). La segunda *pill* fue antes de entrar al médico de Madrid. Me lo contaron todo, como a un adulto. Mucha ansiedad pero fue algo de ese día, algo que no te esperas. Por primera vez, el día después pude entrar al médico, muy amable, siempre me ha hecho confiar en él porque quería hablar directamente conmigo y con toda la verdad por delante.

Yo al principio sabía que tenía algo patológico, lo entendía como una diferencia del desarrollo sexual, que dicho así, es como una variante corporal médica o algo así. Además, nunca se había hablado antes en el grupo de apoyo en el que estoy del término intersex. Y, de repente, se empezó a usar y, de hecho, se usaba como un poco más bajito o solo por parte de algunas personas. Aunque en seguida fue un término que se integró. Y en el momento en el que se hizo yo ya entendía lo que era bisexual, homosexual, trans. A mí, ese

término me sonaba a eso, a algo colectivo. Que directamente entendí por la generación en la que he crecido. Y, teniendo de referencia a chicas intersex mayores, empecé poco a poco a entender que era algo más a parte de ser médico. Era algo que le pasaba a gente y que no era solo el SIA, sino algo más extenso. Eso fue desde los diecisiete/dieciocho, que fui por primera vez a un congreso de Grapsia.

Al ver lo que hacían esos referentes, y siempre he tenido una mente crítica, no me costó mucho entender las ideas y lo gracioso es que, a mí, ya se me iba desarrollando esa concepción de identidad política. Me hace gracia porque yo he sido la persona que ha ido conduciendo, trasladándole a mi familia este pensamiento, sobre todo a mi madre que es la que más le gusta entender cómo es todo esto. Sí que es verdad que es guay porque, poco a poco, fui yo entendiendo las cosas a mi manera pero es que, además, veía como mi madre que desde un primer momento me aconsejaba el silencio y hablarlo lo justito pues como yo le iba demostrando que esto era distinto y ella siempre confiaba en mí.

B. Soliloquios de un proceso de desarmarización. Alzando la voz y rompiendo tabúes

El diagnóstico sobre nuestros cuerpos condicionó nuestra forma de estar en el mundo. Como hemos ido viendo, ser conscientes de nuestras corporalidades intersex nos relegó a los espacios más íntimos y privados de nuestros contextos, a los márgenes y periferias del orden sociocultural. Por ese motivo, salir de nuestros armarios ha sido un proceso muy importante por el que hemos tenido que pasar para poder estar hoy aquí hablando de nuestras realidades. El concepto desarmarización se ha convertido en un hito, un punto de partida sobre el que trabajar.

Nuestra desarmarización es fundamental porque, en todas nuestras trayectorias, hemos vivido un proceso previo de reclusión y de encierro; de estar en silencio, de sentirnos solas; de negación de nuestros cuerpos, de rechazo, de auto-odio; de anonimato, de mentiras, de pseudónimos; de sentirnos inseguras, menos válidas, infelices; de creernos mujeres de segunda, mujeres incompletas o menos mujeres; también monstruos, bichos raros o fraudes.

Esta desarmarización no necesariamente ha tenido que ser pública, también ha tenido lugar dentro del ámbito privado. Algunas la hemos vivido desde la intimidad de nuestras casas, con nosotras mismas; otras, además, con nuestras familias o nuestros círculos más cercanos. Y otras, hacia un público cada vez más amplio.

Desarmarizar es hablar, brotar, aliarnos, acuerparnos, compartirnos, hacernos públicas. Es activismo y visibilidad. Dar un paso, atrevernos. Un ejercicio de franqueza, de honestidad, contigo y con las demás personas. Desarmarizarnos ha implicado aceptarnos, querernos, respetarnos, desearnos y sentirnos deseadas; para sentir que podemos compartirnos, tal cual somos, con las demás personas.

Por eso, decidimos que reflexionar sobre lo que había supuesto este segundo hito, relacionado con el proceso de despalogizarnos y reconocernos como intersex, podría ser un buen punto de partida para empezar a pensarnos como sujetos políticos.

Soliloquios de una (auto)desarmarización

¿Cómo hemos ido desarmarizándonos?, ¿cuáles han sido los motivos fundamentales para que este proceso de empoderamiento haya tenido lugar?, ¿qué ha supuesto dar el paso?, ¿cómo nos hemos sentido después de hacerlo?

MER GÓMEZ

Desarmarizarme es cuando decido que quiero romper el silencio que me han recetado y me digo a mí misma que puedo hacerlo. Es cuando me propongo reivindicar a mi cuerpo como válido dentro del imaginario cultural. Es un proceso largo, complejo, duro, difícil. Sigo viviéndolo, lo haré toda la vida.

Al desarmarizarme, empiezo rechazando todo lo relacionado con el diagnóstico clínico, con los tecnicismos médicos, con cualquier palabra o tratamiento que señalase a mi cuerpo como enfermo y patológico. Comienzo a abrazar una nueva mirada sobre lo que implica haber nacido con mi corporalidad. Mi cuerpo es sano, bello. Otro más. Como lo era antes de leerme como síndrome, ¡qué incongruencia!

Salir del armario también es empezar a ser honesta conmigo, quererme y reconocermelo. No siempre supone una visibilidad tremenda, delante de cualquier persona. Lo importante para mí, una vez consciente de que necesitaba dejar de vivir con el tabú, ha sido tener la oportunidad de elegir. La libertad de elegir si quiero contarle a alguien que soy intersex o no. Me he pasado años negándome eso. Querer hablar, querer contar, y sentir que no podía. Si lo hacía estaba quebrantando las normas. Es un secreto, generado en una consulta y compartido con tu núcleo familiar, que estás obligada a guardar. Si lo cuentas, está mal, has roto la promesa. Por eso, es tan importante poder hacerlo, decidir cuándo contarlo, o a quién contárselo.

Eso es desarmarizarme. Sentirlo. Sentir que lo estoy haciendo. Sentirme libre para poder hablar de mí, de mi puta realidad.

LAURA VILA KREMER

Desarmarizar es un ejercicio de visibilidad y de valentía hecho a título personal por cada una de las personas que deciden dejar de ocultar aquella diversidad natural que hay en ellas y que estaba oprimida socialmente y cargada de un fuerte estigma que las obligaba a ocultarse. Ese ejercicio que hacen esas individualidades, casi siempre es facilitado por un contexto social o un colectivo o un grupo de apoyo, o de iguales, que te da un empujón y te ayuda en esa desarmarización.

Yo siento que he salido del armario en diferentes momentos, de diferentes maneras, con diferentes personas, en colectivo o grupos, y que todavía no he salido del armario en otros contextos. La primera vez que le expliqué a alguien, abiertamente, que era intersexual –más allá de mi familia que lo conocía por el diagnóstico médico– fue con una amiga. Ahí yo sentí que salía del armario. Más adelante lo he llegado a

hacer con grupos de amistades. Ahí sentí que había otro tipo de salida del armario. Cada uno era fruto de mi realidad en relación al contexto y al momento vital que vivía. También le expliqué, por primera vez, a alguien, a una chica con la que me iba a la cama, mi realidad anatómica, mi variante intersexual. Era la primera vez que lo hacía con alguien con la que tenía una intimidad física; otro tipo de salida del armario.

Hablar en una entrevista o utilizar un pseudónimo me parecen dos tipos de salida del armario. Dependiendo del momento vital. Hacer un espectáculo, un proyecto escénico, también es otro tipo de salida del armario. Cada una responde a un momento vital diferente en relación también al contexto e incluso, pues bueno, al lugar en el que vivo, a la facilidad o no que tengo para poder sentirme más segura.

También puede ser un ejercicio colectivo directamente, podemos salir unas cuantas juntas del armario, o una pareja. Y, luego, puede ser incluso en un contexto de iguales, que están haciendo una salida del armario al mismo tiempo que tú. Pienso cuando yo fui a mi primer grupo de apoyo, Grapsia, yo hice una salida del armario también. Aunque fuese una red de seguridad y un contexto seguro para mí.

Lo que quiero decir es que, sí que hace falta un trabajo personal que estará facilitado por el contexto, pero que hay ahí un mérito personal de hacer un trabajo fuerte, de valentía.

ALEKSANDRA K.

Para mí, es tener esa valentía de contarle a un mundo dicotómico y binario que eres una persona diferente, no diferente en el sentido más negativo o peyorativo sino que eres una diversidad más de ese pantone de diferentes sexualidades, géneros, cromosomas.

Sí que es cierto que, aunque a nivel científico puede ser minoritario en comparación con otros cuerpos, eso no hace que no estemos presentes. Y creo que hablarlo, ocupar ese lugar en el espacio público, no deja de ser un acto también de poner el cuerpo delante y decir: «aquí estoy yo y formo parte de esta sociedad». La desarmarización implica un empoderamiento y un cuestionamiento de no ser mejor o peor.

A nivel público, yo estoy en el armario como intersex. Puede ser que sabiendo que todo es una construcción social, una cosa es la teoría y otra la práctica, poner el cuerpo, con lo que eso conlleva. Claro, mi proceso de desarmarización personal en eso sigue siendo tabú. A lo mejor hay compañer*s intersex que sí lo hacen pero yo todavía sigo con los fantasmas de que, a lo mejor, no soy normal. Ese cuestionamiento, que aunque tengas la teoría súper asumida y te sientas leída como una diversidad más, no deja de haber una presión social que indirectamente me afecta. Son esos ejes opresores que, a lo mejor, yo decido, en días como los del orgullo, no asumirlo como algo que festejar. Tendría que hacer un ejercicio de introspección, ¿por qué no leo como mía esas manifestaciones LGBTI como intersex y sí como bollera? Pues, a lo mejor, es porque todavía en esa desarmarización me mantengo en una etapa más primaria.

IOLANDA MELERO

Para mí, es un proceso básico. No el único dentro del ámbito intersex pero yo diría de lo más importante. La mayoría de nosotras hemos vivido ocultas. Esto no se puede decir a nadie, secretismo. Madre mía, ¿me rechazarán? Para mí, la desarmarización es todo lo contrario, es salir a la luz y es mostrarte. Y hay un punto que es un poco el orgullo. No tanto orgullo, la aceptación. Está bien, soy así y me acepto así. Estoy a gusto así y esta soy yo. Mostrarte, quitarte todas las capas y mostrarte desnuda ante los demás. Para mí es básico porque en la intersexualidad (que es la más oculta de casi todas las condiciones, sobre todo en el ámbito de la diversidad afectivo-sexual-corporal) una de las cosas más claves es eso, el ocultamiento.

La mayoría, o al menos mi caso, si no lo decimos pues podemos pasar desapercibidas. Entonces, claro, es tan importante decirlo. Yo siempre he tenido como una barrera con los demás, con el resto, como que había algo que me separaba. Y lo que me separaba es que había una parte muy importante de mis vivencias que el otro no conocía. A mí me pasó durante muchos años que, si no lo contaba, no sentía que la otra persona fuera un amigo de verdad, una persona íntima, como que necesitaba eso para desarmizarme con esa persona, para sentirla cerca. Ahora ya no me pasa, hay gente que no lo sabe y ya no me importa. Igual un día sale y se lo digo.

Desarmizarse es dejar de hacer ese esfuerzo por ocultarse. Y decir, esta soy yo, este es mi cuerpo, y ya está. Está bien así. Para mí, supone un proceso de brillo, contactar con mi brillo natural, que tod*s tenemos. Desde ahí brillo más, soy más personas. Me gusta contarlo porque siento que estoy mostrándome, soy más natural. Soy más yo. Eso me aporta. Creo que todas nos hacemos más bellas, somos más integra, no estamos ocultándonos. Ocultarse es como si hubiera una cosa en mí que no está bien. Vivimos, casi todas, con eso. Es lo peligroso en el campo intersex.

LILITH MARTÍ

Desarmarización es entender que no hay nada de vergonzoso, ni de humillante, ni de oscuro, en tu realidad. Por tanto, cuando das ese paso deja de preocuparte que el resto de la gente conozca dicha realidad y, es más, te apetece compartirla en la medida en que puedas ayudar a gente de tu colectivo –o con circunstancias parecidas– y puedas hacer pedagogía para que todo el mundo conozca un poco más nuestra realidad.

ANA BELÉN

Es hacerlo público, compartir mi intersexualidad con otras personas. Ya sea con amigos, en una acto social, en una charla informativa, etcétera. Para mí, salir del armario es empoderarme, es decir que existo, que tengo derecho a existir. Es reivindicar la existencia de todas las personas intersexuales que hay en el mundo y que no tenemos voz y que parece que no nos está permitido el existir porque no se nos reconoce.

Como siempre me han obligado, y me he obligado, a llevar en secreto mi intersexualidad pues cada vez que

comparto esta información con otras personas, lo considero una salida del armario en toda regla. Hay muchas personas que me han conocido desde hace años y no sabían nada. Es una sorpresa y es compartir mi intimidad, quién soy verdaderamente.

Cada vez que lo comparto es aceptación, es amor propio, es orgullo, es maravilloso. Da mucho miedo, da mucho miedo el rechazo, da mucho miedo por todos los fantasmas con los que hemos convivido durante tantos años pero, generalmente, siempre que he compartido esta información he recibido amor, apoyo, y he ganado amor propio. Además, han crecido enormemente las ganas de compartirme con l*s demás, de compartir mi intersexualidad con l*s demás.

CAMINO BARÓ

Este término en mi biografía es literal. Cuando yo empecé a aceptar mi condición intersex fue el día en que saqué de los más profundo del armario de mis padres, la bolsa que contenía mi historia clínica y todos los datos relacionados con mi condición intersex. Ese es el pistoletazo de salida para iniciar un proceso personal de aceptación, de búsqueda de referentes, de limpiarme esa vergüenza que llevaba acumulando años, de mirar hacia mi cuerpo de otra manera, con más cariño, más comprensión, más compasión. De sentirme orgullosa por lo que he pasado, de mis vivencias, de mi historia vital.

Para mí, el proceso de desarmarización consiste en eso, en ir quitándome capas como una cebolla, e ir informando a todas las personas de mi alrededor de mi condición intersex. El proceso de desarmarización sobre un tema tan invisibilizado conlleva –siempre y de manera casi obligatoria, aunque a veces yo pueda elegir si lo hago o no lo hago– un espacio de pedagogía en el que explicar qué es la intersexualidad, las intersexualidades.

Ha sido poder comentárselo a mi pareja, la primera persona de todas las relaciones que había tenido que lo sabía, que lo sabe. Por eso hablo de las capas de la cebolla, desde los sistemas más cercanos hacia otros sistemas que se encontraban más lejanos y que son las capas más externas. Poquito a poco ir quitándome todas esas capas. Hasta el momento actual, en el que todas las personas de mi alrededor –con las que socializo y tengo algún tipo de relación– conocen mi condición intersex. Ha supuesto una liberación y un cambio de mirada absoluto, no solo ya hacia mi cuerpo sino hacia cualquier tipo de diversidad que pueda encontrar en mi entorno –funcionales, psíquicas, neurodivergencias, sexo-afectivas, en cuestión de identidad de género–. Me ha supuesto un cambio por completo en la mirada, es como si me hubiese operado de miopía y ahora puedo ver todo desde un prisma mucho más justo y más claro.

Para mí, el proceso de desarmarización ha consistido en eso, en ir contando algo –que yo pensaba que jamás iba a contar a nadie pero que necesitaba hacerlo– y, a lo mejor, no estaba obligada a hacerlo porque mi apariencia es muy femenina y no hacía falta que le explicara a nadie que me habían extirpado los testículos pero, por dentro, sentía que me debía hacer eso. Sentía que todos estos años de hermetismo, de secretismo y de ocultar, debían ser compensados y ciertamente así es. Me lo debía. Y no puedo estar más satisfecha del resultado. Ir quitándome capas que me había ido construyendo durante muchos años –que

algunas estaban muy pegadas- y conseguir ser libre, espontánea, sentir que puedo ser yo y que estoy colaborando para romper esta pantomima que rodea al binomio sexo-género en la que tantas personas ocultan tantas cosas. Creo que, con mi testimonio, ayudo a que muchas personas se vean invitadas a romper esta pantomima y a hablar de aspectos íntimos que de otra manera sería más difícil.

ASMI MOLINA

Para mí, salir del armario es algo que no me ha costado. Y creo que es un deber que tengo para con las generaciones que vienen. Para abrir conciencias a sus padres y a los médicos. O sea yo hubiera agradecido que alguien hubiera peleado por mi, que hubiera visibilizado y normalizado. Que no pasa nada, que simplemente es algo con lo que puedes vivir y tener una vida plena. Y hacer una carrera, y pasarlo mal y pasarlo bien, y vivir como vive todo el mundo.

Las vergüenzas me han desaparecido y cuando salí del armario, escribí el artículo para Brújula intersex (blog de una activista intersex de México) y, de pronto, te llama una mujer desde Argentina y te dice que tiene un chaval de dieciséis años que es intersex y que le han operado ya catorce veces y que tiene un problema porque tiene un pene muy pequeño y él quiere un pene grande porque quiere follar con sus amigas y ser un tío normal y el chaval no quiere hablar con nadie porque está jodido. Y también te cuenta que tiene una hija de cinco años y decide no hacerla nada porque ya ha aprendido con el de dieciséis. Cuando escuchas estas historias, en la actualidad, te das cuenta que no solo aquí, sino que a nivel mundial, ocurre esto.

Somos 125 millones de personas intersex. Y aunque seamos 2 millones, me da igual. Merece la pena que se tome conciencia y se vaya normalizando todo. En eso estamos. Por eso estoy contestando a estas preguntas, por eso escribo. Por eso creo que, a pesar de que en alguna ocasión me esté dando problemas de relación (con mi familia), o de comunicación contrariada, aún así merece la pena.

SUSANA LESTEIGA

A mí no me parece que lo necesite ahora mismo, contarlo y desarmarizarme, pero creo que es importante porque obviamente es lo que más nos ha hecho sufrir. Lo que más dolor provoca es el secretismo. El sentirse un bicho raro, el sentirse fuera de la normalidad, el no tener imaginario, no tener referentes, no tener nada, y no tener la sensación de normalidad. En ese sentido, sí, es importante que haya gente que salga del armario.

En el caso intersex, ahora mismo, si buscas en internet hay todo lo que no había cuando eramos jóvenes, cuando yo era joven. Es cierto que no está normalizado -lo mismo que pasaba con gays y lesbianas- supongo que todavía no hay muchos referentes, en series o películas y demás, como algo más normalizado. También es cierto que es algo más difícil de normalizar cuando... que la diferencia intersex sea tanta respecto a la norma, como para que haga falta o que haya la necesidad de hablar de ello o salir del armario.

Creo que es súper importante que haya esos referentes, que vayas a Youtube, a Google, y haya un montón

de gente hablando de ello. Yo estoy en shock un poco, he estado desconectada, nunca he pensado en salir del armario y sí me da miedo que un montón de gente me juzgue, gente con la cual no tengo ninguna necesidad de tener que justificarme de nada. Al mismo tiempo, pienso que es una cosa egoísta. Seguro que yo tendría cosas que podría aportar, de una forma un poco distinta, como una voz más para añadir. Últimamente estoy flipando. Tanta visibilidad, me choca infinito. Veros a todas vosotras. Me da mucha impresión pensar que yo lo haría pero, al mismo tiempo, me parece brutal lo que hacéis, lo que habéis hecho, con qué fuerza, con qué naturalidad, con qué visibilidad. Al final es muy importante a nivel nacional. No es lo mismo poner intersex en Youtube y que te salga una "charla ted" en inglés a que te salga un conservatorio de gente con tu acento. Lo que habéis hecho es muy importante.

A nivel personal, la desarmarización es relevante mas o menos, al final cada uno tiene el derecho a la intimidad que quiere y no tiene porque desvelar nada de su vida si no le aporta algo, o si el secretismo no le hace daño. A mí, el secretismo no me afecta especialmente, no tengo la necesidad de explicarle nada a nadie. No salgo del armario con el tema de la regla pero si alguien me pregunta le diré que tengo un desajuste hormonal y me estoy hormonando. Quizás también es la edad, lo vivo con mucha mas tranquilidad ahora. Si alguien me pregunta algo más, le diré que no tengo ganas de entrar en esos detalles. También el empoderamiento se puede ver como decidir no salir del armario. El empoderamiento de no tener que explicarle nada a nadie que no tenga la necesidad de explicar. Pero, por otro lado, es bonito sentirse empoderado para sacar el tema con gente con la que te apetece compartirlo, como tus amigos.

RAQUEL M.

Sí, creo que he vivido una desarmarización intersex. Más que nada porque creo que nadie ni siquiera contempla que alguien pueda ser intersex. Salvo que desde pequeño tus padres se lo dijeran a todo el mundo, creo que prácticamente hoy todo el mundo tiene que salir de ese armario. A mí me ha pasado. Además, mi madre me aconsejaba silencio por esas experiencias personales que ella había tenido en su adolescencia. Que mientras fuera pequeña, por las amistades a veces no sabemos que podemos esperar, era mejor tenerlo controlado.

Llego un momento que tenía una especie de sensación rara de haber otorgado lo que parecía un secreto y que mis amigas, las personas cercanas, no lo supieran. Era algo que me hacía tener una incoherencia dentro de mí que me pesaba y me hacía tener una sensación... un poco de como si no te hubieras duchado en muchos días, como si tuvieras la piel rara, pues así. Pero, o sea, si es que hay gente a la que quiero muchísimo, ¿por qué yo no estoy hablando de esto? Al principio lo hablaba con más dramatismo pero después empecé a tenerlo como un momento muy normalizado en el que yo entendía que había una parte que me permitía conocerme a mí como persona y que la gente no entendía porque no se le había enseñado.

Lo empecé a tratar con muchísima normalidad y empecé a darme cuenta cómo cada vez que lo hablaba la gente se lo tomaba como una cosa normal, lo veían como algo poco importante. Lo que, para mí, era una sensación un poco agrisada porque yo decía: «en realidad es importante en mi vida y que es algo que debería tener mayor importancia». Lo cierto es que tampoco ha supuesto nada del otro mundo y agradezco

esa importancia no fuera negativa. Al final es algo que cuento, súper normal y que tiene mucho que ver con la actitud con la que lo cuento.

Soliloquios de una desarmarización ante las otras endosex

Teníamos que desarmarizarnos para empezar a despatologizarnos. Es una relación simbiótica. El siguiente paso era reconocernos tal cual somos ante las demás personas. Ser quiénes somos ante las otras. También ante las no intersex, las endosex. En este sentido, ¿cómo ha sido la experiencia de desarmarizarnos ante otras personas?, ¿qué hemos sentido al mostrarnos desnudas ante otros cuerpos?, ¿cómo recordamos aquellas, estas, primeras veces?

MER GÓMEZ

Aquellos primeros años, durante la adolescencia, mientras vivía toda la revolución en la intimidad de mi cuarto me obligué, porque me obligaron, a no decir ni una palabra a nadie. Había días en los que sentía la necesidad de coger a mis dos mejores amigas y contárselo todo. De hecho, en alguna ocasión les conté que había algo en mí, que me hacía diferente, que era un secreto y que algún día les hablaría de ello.

Unos años después, cuando salí del contexto familiar y comencé a estudiar la carrera en otro lugar, lo hice. Recuerdo contarles algunos detalles pero desde una perspectiva patológica: «me han dicho que tengo un síndrome»; «y ese síndrome me lleva a no menstruar, a no reproducirme, y a tomar hormonas»; «sí, las dos operaciones que me realizaron habían sido por eso». Grosso modo, eso fue lo que les conté. Elegí el día, el momento idóneo, me preparé para hacerlo. A cada una de ellas por separado. Había estado tanto tiempo queriendo hacerlo que no podía salir de forma espontánea. Me lo agradecieron mucho, me comprendieron, entendieron todo. Me regalaron todo su cariño, una vez más. A partir de aquí, me sentí un poco más libre.

También se lo conté a mi pareja de aquel momento –que es la misma que en la actualidad– cuando sentí que nuestra relación empezaba a ser importante. Fue la primera vez que lo hice pero su respuesta fue inesperada y perfecta. Yo tenía miedo, sobre todo miedo al rechazo. Todo fue tan fácil, tan natural, me sentí tan cómoda y querida.

Después de aquellas situaciones, todo fue mucho más fácil. Mi pareja lo sabía, mis dos mejores amigas de la infancia también. Además, con otras dos grandes amigas que tenía en aquel momento y con quien pasaba la mayoría de mi tiempo, también di el paso. Me dije a mí misma que si a las más importantes se lo había dicho, podría empezar a hacerlo cuando sintiese una conexión con otras personas. En cuestión de dos años, mi grupo de personas importantes ya sabía todo de mí. Supuso un punto de inflexión, suponía afianzar mis relaciones con ellas. Era como dar un paso más, un nivel más de amor. Lo viví como una unión más fuerte, un vínculo más potente entre mis elegidas y yo. Esas fueron las primeras veces. Después de aquello empecé a vivir ese otro proceso de desarmarización de mi círculo íntimo al activismo político.

LAURA VILA KREMER

Me vienen a la cabeza dos imágenes. Por un lado, una desarmarización verbal, es decir, contarle a alguien de manera traumática, con más o menos dolor. Por otro lado, desnudarme físicamente.

A nivel verbal, hace muchos años, cuando lo conté todo “de pé a pá”, porque yo había ido contando cosas fuera de la familia. O sea, solamente lo sabía mi familia pero fuera no lo sabía nadie abiertamente. Esa primera persona fue Claudia, una amiga. Escogí el momento, el lugar, la luz, la música... todo, para podersele explicar. Incluso tenía pañuelos preparados. Debe hacer como siete años. Pienso en ese momento y me río porque ahora lo cuento o encima de un escenario –soy actriz– o en medio de una comida con amigas partiendo el pollo. Bueno, no, cortando el pollo puedo hablar de algo con gente que ya tiene información previa pero me refiero a que contarle por primera vez ya puedo hacerlo ante grupos un poco más o menos elegidos y más extensos.

Y la primera vez que lo hice físicamente, que mostré piel –que puede parecer simbólico al final pero, bueno, para mí era muy importante– fue con Raquel en 2019. Una amante, churri, novia, que tuve unos meses y que fue la primera persona a la que se lo conté antes de irme a la cama. Fue con la primera persona con la que me desnudé y que tenía esa información previa. Me vienen estos dos momentos.

ALEKSANDRA K.

Hace menos de dos años empecé a desarmarizarme ante las otras. Tengo 31, llevaba 29 años sin contarle a ninguna amistad, familiares. Sólo a mi psicóloga, cuando empecé un proceso terapéutico en 2016. Únicamente me he sincerado con cuatro personas, dos de ellas son mis mejores amigas de Tarragona. A una se lo conté hace cuatro años, y a la otra hace tres. También me he sincerado contigo cuando nos conocimos (2018) y con mi ex pareja de aquel momento, a la que se lo dije.

Cuando me he sincerado realmente, cuando he sentido que podía contarle, ha sido cuando he empezado a conocer un poco más, estudiar más. Gracias al feminismo, cuando he escuchado más voces, cuando he conocido a otras diversidades. El master en Estudios Feministas que estudié, eso sí que me abrió la puerta. Me daba fortaleza, que quisiera más a mi cuerpo, comenzar a respetarlo. Porque lo que es cierto es que no creo que todavía lo haya respetado siendo intersex, siendo una mujer intersex.

Para mí, todavía es un tabú hablar de ello, con personas incluso de mi red afectiva, con las que no tengo tanta confianza. Para mí, sigue siendo un tabú realmente. Todavía no he acabado de salir del armario de esta intersexualidad. Y cuento mi historia, participo contigo en los proyectos que me propones, quiero hacerlo, pero más allá de esto aún no lo hago.

IOLANDA MELERO

Yo estaba haciendo formación de gestalt cuando me enteré con veinte años y a la primera persona fue a

Encarna, una amiga que estaba en la formación y que también estudiaba psicología. Eramos muy amigas. Me acuerdo que estuve, yo que sé, una hora para decírselo. La pobre pensaba que me estaba muriendo de cáncer. Fue como: «uh, qué pensará, que soy un monstruo»; me sorprendí que no pensara eso.

Luego le conté a más gente del máster, a otra mujer que era médico. Amigas de ese contexto, de allá, es lo que recuerdo. Amistades muy próximas. Sobre todo de ahí, porque era un entorno de mucha intimidad, nos contábamos nuestras cosas entre todos, nuestros problemas y ahí fue donde lo conté. Me acuerdo que cuando tenía veintipocos años –para mí eso fue un antes y un después–, me ayudó mucho contarle en un grupo de mucha gente. Eramos veinte personas y entonces vi la reacción de todos. Fue algo... increíble. No tuve ningún rechazo. Yo pensaba que me iban a decir algo. Después, a otras amistades, lo he ido contando a cuentagotas. Al principio contaba algunas cosas, que no tenía la regla. Durante la adolescencia, se lo dije a una amiga, lo poco que sabía, que no era nada. Fue ya a partir de los veintitantos. Contaba que me habían operado, que no tenía las gónadas, ni la regla, que no tenía la vagina, o el tema XY.

Tema parejas, el tema de la penetración me afectaba bastante. Luego con un chico, sí que le conté a la semana de estar juntos. Y fue como: «wow». No sé si le conté todo, o lo de la XY lo quité, pero lo demás sí. Luego a Clara –estuve con una chica (2020)– y me acompañó al encuentro de Grapsia. Empezó a abrazarme, fue muy guay. Cada vez he ido contándolo más. Incluso, a gente que conozco poco, si empezamos a hablar de la regla pues digo que yo no la tengo. ¿Por qué? Por esto, y ya está. Voy un poco normalizándolo. En el trabajo la verdad es que es donde menos he contado. Y con mi familia, después cuando me enteré, al año decidí decírselo a mi familia. Mi hermano, que no sabía. A mi hermana no, porque mi hermana es muy especial. Y a mis padres. Después con mis tíos, que son los únicos que saben, la hermana de mi madre y su marido. De mi familia solo con ellos. Ahora, a mi sobrina que tiene diecinueve años se lo conté hace poco. En diciembre (2019). Ella sabía algo pero ya aproveché y le conté toda la historia. Generalmente, siempre empezaba con: «tengo algo que contarte, que no te he dicho, es algo mío, es algo que me ocurre, que no suelo decirlo». Eso era al principio, también diría que tengo un problema o algo así.

Ahora, cuando sale el tema, lo digo: «hay algo que no te he dicho que te tengo que decir, o hay algo de mí que no conoces». Suele ser con personas concretas, de tú a tú. Pero también en todas las formaciones de terapia que he hecho, lo he dicho. En un grupo, que eramos sesenta, les puse un vídeo en el que yo salía hablando y todo el mundo me felicitó. También lo puse en el *facebook*. Eso fue muy heavy también, colgarlo en redes sociales, poner cómo me sentía, subir el vídeo. Es una buena forma de decirlo.

LILITH MARTÍ

A las primeras personas que les expliqué lo que me pasaba fue a mi mejor amiga del instituto y al novio de por aquel entonces. Se lo conté de una manera súper patologizante porque estaba bastante desinformada. Como una cosa súper médica, súper aséptica, diciéndoles que es que mi cuerpo no producía estrógenos y que, por eso, yo tenía que tomarme un anticonceptivo cada día, igual que hay gente que no produce azúcar. Tanto mi amiga como el chico con el que estaba se quedaron en plan: «vale, ok, qué más nos da».

Con el siguiente chico con el que salí, recuerdo la primera noche que íbamos a pasar juntos porque, claro, yo con el primer novio no tuve relaciones con penetración porque cada vez que lo intentábamos no podía, me resultaba imposible, me dolía, me sentía molesta y nunca pudimos hacerlo. Entonces, con el segundo chico, la primera noche que pasamos juntos se lo dije. Que yo nunca había tenido relaciones con penetración y que no tenía intención de tenerlas porque no me apetecía. Que podríamos tener cualquier tipo de práctica sexual pero esa no. Además, yo daba por hecho que no poder era necesariamente, sí o sí, por mi intersexualidad. Porque, en muchos casos de intersexualidad, los genitales no son normativos o tienes la vagina más estrecha o la cavidad es más corta. En realidad, también tenía vaginismo. Y recuerdo que se lo conté al pavo, súper medicalizado. Y él me dijo: «entonces eres intersexual, ¿no?». Y yo me quedé un poco “loquer”, no lo tenía muy claro ni estaba muy segura: «supongo que sí». Él estaba entusiasmado: «eres muy especial, nunca he conocido a nadie así». Y yo, bueno, tampoco soy un mono de feria. Es la primera persona en la que oí esa palabra, intersexual.

Más adelante, estuve en un colectivo feminista y organizábamos charlas, jornadas, debates... Recuerdo que un día yo dije que me gustaría organizar una charla sobre diversidad sexual donde yo hablase sobre intersexualidades porque yo lo soy. Se quedaron también un poco locas pero en plan guay: «ostia, no lo sabíamos, qué guay».

A partir de ahí, en *petit comité*, con quien me sentía en confianza pues cada vez lo iba naturalizando más porque al final tiene la importancia que tú le quieras dar. Cuando iba a tener relaciones con algún chico, se lo solía comentar porque, para mí, era una cosa importante que entendiese. Algo de mi intimidad sexual, de desnudez. Para mí, era muy importante por ese tema. Yo sí que tenía complejos con mi cuerpo que, a lo mejor, venían derivados un poco de eso, de mi condición intersex. Por eso, cuando iba a acostarme con alguien se lo solía comentar. A veces con más profundidad y otras con menos.

La salida del armario más heavy fue con mis compas del master, que en un momento en el que el gilipollas de turno empezó a hacerse el gracioso: «eso es será una mutación, eso será una enfermedad». Ahí vi mi ocasión de decirle: «chaval no, no es eso. Y lo sé porque yo lo soy, porque yo soy intersex». Y, a partir de ahí, cada vez intento naturalizarlo más. A veces, cuando hablo de intersexualidades, hablo en primera persona, pero otras veces no. Inconscientemente lo hago pero creo que eso también es bueno. Poco a poco.

Aún así, a veces sigo con esa sensación de secretismo que me enseñó mi madre desde que me diagnosticaron. Que tiene que ser una persona en la que confíe plenamente, no puedo ir contándolo abiertamente. Aunque sigue pesando, cada vez lo cuento con más naturalidad. Si tú lo ves como una cosa natural, le quitas todo el peso de morbo, curiosidad, oscurantismo. Qué pasa, pues sí, así es mi cuerpo.

ANA BELÉN

La primera vez que hablé de mi condición intersex fue en una terapia de grupo. Esto fue en el 2004, a los pocos días de ir al primer congreso de Grapsia. Yo llevaba haciendo una terapia de grupo casi un año pero nunca me atreví a contarle. Me daba mucha vergüenza. Yo empecé la terapia pues con intención de sanar,

sobre todo, el trauma que tenía por mi intersexualidad y la psicóloga me recomendó iniciar una terapia de grupo aunque estuve casi un año sin poder hablar del tema. Los compañeros del grupo sabían que ocultaba algo y me dejaban un poco de lado. Yo misma me aislé también, por no querer compartirme. Como la experiencia del primer congreso de Grapsia fue muy impactante y me empoderó muchísimo, cuando volví a la terapia me animé a hablar. A parte del miedo que tenía a compartirme con los demás tampoco sabía como expresarlo, no tenía información suficiente para dar a los demás, desconocía qué me pasaba. Ahora no es tan importante pero por aquel entonces cada vez que lo contaba daba casi una lección de biología. Aquel día, me quedé mirando a Olga, la psicóloga, venga que me animo y me puse tan nerviosa... Olga me dio un vaso de agua y yo no lo podía sostener con las manos, porque me temblaba tanto el pulso que se me caía.

Fue tremendo, delante de ese grupo de gente a la que conocía tanto. Fue maravilloso, también muy doloroso, en aquel momento yo sentía mucho dolor pero fue tremendamente liberador. Recibieron la información con muchísimo cariño, con muchísima ternura, comprendieron muchas cosas; comprendieron, por fin, quién era y porqué me ocultaba tanto. Yo creo que todos crecieron también conmigo. Al conocerlo, se dieron cuenta que igual me habían juzgado mal y fue súper emocionante. Recuerdo ahora, en este momento, sus caras, cuando lo estaba contando, cuando estaban recibiendo toda la información, como algunos lloraron, los mensajes de apoyo que me dieron, fue súper bonito. Esa fue mi primera vez, la primera vez que lo conté.

A partir de entonces, sí que lo empecé a contar más. Tuve una reunión con mis amigas más íntimas y también les di la información de la misma forma. Con pelos y señales, contándoles prácticamente toda mi vida, como me había afectado eso. Y también recibieron la información –eran personas que me conocían de siempre y que no sabían nada de mí– con mucha sorpresa, también con mucha tristeza, por haber estado viviendo conmigo y no haberme podido ayudar. Mucho amor, mucho amor. Nuestra amistad se hizo más profunda porque me compartí con ellas, me conocieron pues realmente lo que soy.

Poco a poco, dejó de ser doloroso. Ya empecé a transmitir otros mensajes en las siguientes conversaciones que tuve. También veía que no era necesario tener que contar mi vida entera o tener que dar una lección de biología. Lo fuerte de esto es que lo estoy pensando y no sé quien fue la primera pareja con la que hablé de ello. Estuve saliendo con un chico de la terapia de grupo a la que iba y yo diría que fue él. Desde entonces, a todas las parejas con las que me he compartido pues sí. Aunque hubiésemos estado poco tiempo juntos, sí que les hablé del tema. Y, jo, nunca he tenido ningún problema al respecto. Al contrario, siempre han recibido muy bien la información, con mucho interés, con mucha curiosidad.

A todas las personas con las que he hablado lo han recibido con mucho agradecimiento, sobre todo. Y he tenido siempre pues esa sensación, que nuestra relación se hacía más profunda, más de verdad.

CAMINO BARÓ

El momento decisivo para empezar a querer estas cicatrices, querer mi cuerpo intersex, fue a raíz de la terapia. En ese momento, comienzo a contárselo a las personas de mi entorno, lo que he vivido. Me permito

la licencia de comenzar a exhibir mi cuerpo dejando a un lado esa vergüenza tóxica que llevaba atormentándome tantos años, me compro nuevos biquinis –hasta tangas brasileños– y luzco, con orgullo, mis cicatrices en entornos públicos, como piscinas y playas. Al principio con mis amigas de confianza, de toda la vida, luego con mis compañeras del trabajo, con conocidas, etcétera. Ya sin miedo a que me pueda encontrar con alguien conocido en alguna playa o alguna piscina y me puedan juzgar.

En el fondo, siempre pienso que con esta exposición de mi cuerpo, estoy haciendo una invitación colectiva a que las personas de mi alrededor puedan abrir su mirada a otros cuerpos diversos, como quien tiene una mancha de nacimiento, o en general, con quien no cumple un determinado estándar social. Mi pareja se ríe cuando digo esto porque él piensa que tengo un cuerpo muy normativo; él dice bello. Pero también es consciente del logro y de la satisfacción que siento cuando soy capaz de enseñar mis cicatrices incluso delante de sus amigos. Esto, probablemente, haya sido lo más difícil para mí. Conseguí hacerlo justo hace un año, ya con treinta y seis.

Cuando he salido del armario las respuestas han sido muy variopintas, desde las personas que reaccionan en modo *teletubbie*, que se alegran porque haya compartido algo tan íntimo y se sienten invitadas a compartir ellas también algo íntimo conmigo y acabamos abrazándonos como si fuésemos *teletubbies*. Hacia otras reacciones más basadas en el aspecto clínico, biologicista, médico, que sienten curiosidad por resolver determinadas dudas a este respecto. Hay otras reacciones que denomino las del *personaje manga*: con la gota de sudor en la frente, sonriendo, saben que les acabo de contar algo muy íntimo pero no saben cómo responder y pueden decir comentarios desafortunados como: «lo que te ahorrarás en tampones», «qué bien, yo siempre he querido tener pene». Yo no tengo pene. Y también reacciones de pura indiferencia, esas han sido las que más me han dolido. Afortunadamente, no he tenido otro tipo de reacción, de rechazo o falta de comprensión, siempre ha sido positivo salvo esas pequeñas excepciones en las que las personas tenían cosas más importantes, en sus vidas, en las que pensar.

En la actualidad, ya no hay nada que me frene. Considero que todas las personas de mi alrededor ya conocen mi historia, saben lo que he vivido. Por lo tanto, mis cicatrices son solo el testimonio de esta historia y pienso que solo pueden aportar cosas positivas. Así que las cuido mucho, las echo mucha crema, me observo en el espejo –cosa que no hacía antes– y no trato jamás de ocultarlas. Si en algún momento, por algún descuido, el pantalón se me baja, pues no tengo ningún problema en decir que es un injerto producto de la primera vaginoplastia que me practicaron. Ahora mismo, me siento más libre. Y tengo que insistir sobre ello. Me siento orgullosa, la palabra es orgullosa. Orgullosa de poder exhibir mi cuerpo sin ningún ápice de inseguridad o de malestar. Todo lo contrario.

ASMI MOLINA

A los dieciséis me eché un novio, con el que tengo relaciones sexuales no coito-céntricas pero sí plenas. Es a la primera persona a la que le digo que soy hermafrodita, pseudo-hermafrodita. Como la relación sigue y, supuestamente, somos muy felices, con dieciocho decido hacerme una vaginoplastia para tener relaciones coito-céntricas. Curiosamente, cuando estoy en el hospital, se echa otra novia y me deja. Dos años desde que

ingresé para la vaginoplastia hasta que, por fin, en Madrid, consiguieron reconstruirme, hacerme la definitiva, poner todo en su sitio. Pasaron dos años, de mis dieciocho a mis veinte, los tengo borrados.

Con veintiún años, me echo un nuevo novio, al que también le cuento que soy pseudo-hermafrodita. Somos compañeros de vida hasta los treinta y tres. Nos separamos y, desde entonces, no he vuelto a tener una pareja. Ni follamigo, ni follamiga, ni relaciones sexuales con nadie. Salvo conmigo, masturbándome. Desde los treinta y cinco, me dedico a buscarme, con mayor o menor empeño. Y a partir de los cincuenta he empezado a progresar adecuadamente.

Desde hace diez años sí, me defino como una persona intersex. En casi todos los ambientes en los que me muevo, incluido familiar, laboral, en el de amigos. Lo más sorprendente es que casi nadie te rechaza. Hay personas que preguntan, les explicas, y ya está. Nadie te empieza a mirar como a un bicho raro. Pueden tener mayor o menor empatía contigo pero como si le contaras cualquier otra cosa. Eso me ha potenciado para seguir presentándome como una persona intersex y, además, hacer bandera de ello, querer difundirlo, seguir desarmarizándome públicamente.

SUSANA LESTEIGA

Al encontrar a Grapsia, la cosa primera que hice fue hablar con mis padres que, además, se estaban separando. Íbamos los tres solos en coche y les dije que había ido a una ginecóloga, que había preguntado, que ya me había dicho lo que era. Como había sido un tabú en nuestra familia, se lo quise decir para que se quedasen tranquilos. Se quedaron un poco en shock, callados. Al final lo hice para darles alivio, para que supiesen que lo sabía y que no pasaba nada. Me explicaron hasta qué punto les habían contado el qué y el cómo. No sé si llegaron a entender las cosas como son, qué es lo que era: hombre/mujer, xx/xy. Fue un momento importante para mí porque eran las primeras personas con las que quería hablar. Lo segundo que hice fue decirles que vinieran al siguiente encuentro de Grapsia y vinieron encantados. Mi madre vino al primero, hizo un montón de preguntas, se quedó tranquila y se fue. No vino más. Mi padre, sin embargo, sí.

A mi pareja tardé más tiempo. Estaba muy emocionada tras haber conocido Grapsia. Se lo conté muy rápido, le conté cuatro cosas, de forma atropellada, como esperando aceptación, él no dijo nada especial: «vale, no pasa nada, entendido». Nunca más volvimos a hablar del tema. Al cabo de un par de años, que yo lo tenía más digerido, le hablé de la familia de Grapsia. Me dijo: «no entiendo lo que me estás diciendo». Entonces se destapó que, en realidad, cuando había hablado la primera vez con él, no había entendido nada. Como me había visto tan nerviosa, decidió no volver a preguntar. Y, al fin, nos sentamos a hablar.

Mi hermana fue a la tercera persona a la que se lo conté. Nunca supo nada y cuando se destapó fue bastante gordo. A los siete años de saberlo yo, me llamó y me dijo: «estoy embarazada y tengo que hablar contigo porque la mama me dijo que no podía quedarme embarazada sin antes hablar contigo». No me acuerdo exactamente como lo dijo pero que teníamos que hablar porque había que hacer unas pruebas, había algo que evitar. Me dijo: «la mama no lo sabe, me tienes que decir que es lo que es que tú tienes porque ahora es mío también y tengo derecho a saberlo». Ahí se me removió todo, fue chungo, no teníamos ninguna

relación de intimidad. Vino a casa y le dije todo. Ella no sabía si era portadora o no. Se enfadó, consideraba que era una información que tenía que haber tenido. Me dijo que sabía que yo no estaba bien, que había algo diferente, que no se podía hablar, algo raro, que nadie se lo explicaba. El proceso del embarazo fue duro en general, por distintas cuestiones. Más allá de mi ecuación. Aún así, se quiso hacer pruebas para ver si era portadora, si el feto tenía SIA. Su reacción fue muy graciosa porque me dijo que tampoco le parecía tan grave para que hubiese habido tantísimo tabú, silencio, secretismo, que le parecía una exageración. Entonces yo le dije que, si lo veía así, para que se quería hacer pruebas. Bueno, en las pruebas se confirmó, pero creo que ella había decidido que lo tendría. A partir de ahí mejoró nuestra relación y también decidió ser parte de la familia de Grapsia. Para mí, lo especial fue darme cuenta de que una cosa que era solo mía, en realidad no era solo mía. Que si mi hermana era portadora también es una cosa suya. A pesar de que, por supuesto, me pertenece a mí y me define a mí más que a ella.

Fuera del entorno familiar, se lo he contado a dos amigos muy cercanos, tenía la necesidad de explicárselo a alguien. Una de ellos, me dijo que no le parecía una gran cosa. Me chocó mucho, te estoy explicando una cosa chungu, grave, traumatizante. Hizo una broma incluso. Fue curioso. Me gustó mucho compartirlo con ella, fue la primera. Necesitaba tener a alguien con quien hablar de esto. Lo mismo, también con otro amigo y su pareja. Era algo muy importante para mí, pensé que afianzaría nuestra amistad. Me pareció un momento de acercamiento y de dar. Me dijeron que no les parecía nada especial, nada exageradamente raro, que lo habían leído en algún medio. Esto lo hice en un bar, en una cafetería, no lo preparé. Nunca más se lo he dicho a nadie. Tengo la sensación de que no tengo la necesidad de decirlo.

Sin embargo, tengo unos amigos, que somos tres parejas, que me haría ilusión que lo supiesen. Saben que no puedo tener hijos porque, de las tres parejas, hay una que tampoco puede porque ella tuvo cáncer. Yo le dije que tampoco. Son muy especiales. Además, vamos a la playa cada año y fue con los primeros que hice nudismo. Estoy tan a gusto y sé que no me van a juzgar ni a preguntar nada. A pesar de que mi cuerpo es distinto, que me da una vergüenza horrible, con una cicatriz de lado a lado por la gonadectomía, el pecho pequeño, gorda... desde el primer día decidí que o hacía nudismo o no lo haría nunca. Para mí, es algo especial, algo que ellas me han dado. Me han hecho sentir tan cómoda como para que me sintiese tan a gusto con mi cuerpo. Me emociono al pensarlo. Quizás sí que tengo que hablar con ellos para decirles cuán especial fue lo que me dieron. Con ellos decidí pasar de todo, estas parejas son muy especiales.

RAQUEL M.

Con diecisiete años fue la primera vez que lo dije, a la primera chica con la que estaba. Hace seis años. Por miedo a ser un poco fake (falsa) y que se me cayera la careta de repente. Rápidamente hablé con esa persona del tema. Un poco por obligación, esa vez. Y, poco a poco, la verdad es que no fue de golpe y alguna amiga se me olvidó. Tampoco quería sentar a todo el mundo en un círculo sino que fue un poco en conversaciones concretas. Luego ya más normal. Una monitora de una actividad en la que estaba, con la que tenía mucha confianza. Después he ido contándolo poco a poco.

Me acuerdo que, en un colegio mayor en el que estaba en Madrid, a una chica con la que no tenía ni una

relación estrecha, un día yo había ido al médico a hacerme una prueba de algo y ella, que además estudiaba farmacia, me sujetó un informe en el que vio la palabra gonadectomía o síndrome de insensibilidad a los andrógenos y me preguntó. Yo estaba delante de otras personas, que además lo sabían, y con toda la naturalidad se lo conté.

Si surgía, y había algún tipo de bloqueo en una conversación, lo contaba. Además, con una especie de normalidad que yo entiendo que la otra persona no lo recibía ni como una bomba ni como un secreto goloso.

C. Soliloquios de un proceso de acuerpamiento. Encontrándonos y colectivizándonos

Acuerparnos para conseguir una vida mejor para nosotras mismas pero también para todas las personas de la comunidad. Acuerparnos porque existe un deseo expreso de hacer activismo desde diferentes lugares y a distintos niveles, de compartir testimonios, de visibilizar historias, de denunciar discriminaciones. Acuerparnos para que no vuelvan a repetirse los mismos errores; ni violencias, ni discriminaciones, ni vulneración de derechos humanos. Acuerparnos para colectivizar malestares y vulnerabilidades. En definitiva, acuerparnos para iniciar una rebelión de hermafroditas a caballo que consiga liberarnos de las cadenas impuestas y luchar por un futuro más justo. Celebramos, colectivamente, la diversidad que representan nuestros cuerpos. Nos sentimos orgullosas del jaque que suponen nuestras corporalidades para el sistema binario pero también de la oportunidad que ofrecen para la re-construcción de las categorías sexuales dicotómicas.

Una vez que la mayoría de nosotras nos hemos colectivizado, conociendo a otras intersex, en asociaciones¹⁷ o grupos, la siguiente reflexión que pusimos sobre la mesa fue la de pensar en este proceso: ¿de qué formas o desde qué lugares trabajamos por la sensibilización o hacemos pedagogía?, ¿cuándo nos hemos convertido en “hacedoras” de visibilidad?, ¿cómo nos han ido impulsando esas otras compañeras y aliades?, ¿qué ha tenido que ocurrir para que estemos participando como sujetos, colectivamente, en este proyecto de investigación?

MER GÓMEZ

Mis procesos de despatologización, de desarmarización y de acuerpamiento con las otras suceden al mismo tiempo, en el mismo contexto. Estos tres hitos han sido fundamentales para estar hoy aquí escribiendo este proyecto colaborativo en primera persona.

En el momento en el que yo empiezo a encontrar referencias (sobre todo bibliográficas) que me van ayudando a conocer y a querer conquistar mi cuerpo, también doy el paso de encontrar a referentes. Esas otras personas intersex que sé que están, que se esconden bajo pseudónimos en ensayos y papers, en entrevistas de medios de comunicación, en asociaciones y grupos de apoyo que, de repente, me entero de

¹⁷ Las asociaciones estatales más numerosas son Grapsia (2001) y Kaleidos (2019). Grapsia es un grupo de apoyo de familias y personas intersex. Kaleidos es una organización intersex por la diversidad en la cual hay activistas, familias y personas aliades.

que existen.

Mi proceso empieza siendo muy solitario. En la intimidad de mi casa, entre libros, vídeos, imágenes. Siento un deseo fuerte de escribir mi historia, de querer contarla, de compartirla. Lo hago. Conozco a June Fernández, directora de la revista Pikara Magazine, salgo del armario y publico bajo un pseudónimo: Lola. Esa historia, unos meses después, la llevo a un proyecto escénico, a un proyecto colectivo de monólogos. Lo hago, la adapto y me atrevo a interpretarla. Ante familiares y amistades, ante un público que no conozco. En mi ciudad natal, donde ocurrió todo.

A la vez, se produce mi primer encuentro con las intersex. Es en Barcelona, en el año 2016. Acudo a un congreso LGTBI+, me encuentro con otras personas de una comunidad queer que también es la mía y que yo no reconocía hasta entonces como tal. Además, me encuentro con las primeras intersex. Se establecen los primeros lazos, los vínculos, las salidas del armario más bonitas y más necesarias de mi vida. Esas primeras veces que no olvidaré nunca. Decido ir a Grapsia, sigo conociendo, sigo compartiendo y compartiéndome.

Y entonces decido continuar acuerpándome con otras intersex y hacer proyectos colectivos. No puedo parar. Publicamos un reportaje, un trabajo final de master, otro más. Creo un colectivo, con otra intersex, para formar e informar. Hablo en congresos, en jornadas. Me convierto en agente político. Escribo e interpreto otro monólogo para micro-teatro. Participo en un vídeo, un corto-documental, en el que me desnudo. Escribo mi primer proyecto literario, para una editorial, junto a las otras intersex. Y me meto de lleno en esta tesis porque ya no puedo ser otra cosa que activista.

Ya no estoy sola. Me acompaña siempre una horda de hermafroditas a caballo que no para de crecer.

LAURA VILA KREMER

Yo conocí la asociación Grapsia en el mismo momento que empiezo a apostar por el teatro, mientras estudio la carrera. Conozco a iguales, hago red, me comparto colectivamente. Empiezo un proceso de empoderamiento y capacitación para ser un poco más libre, tanto en mis relaciones sociales y familiares como en las íntimas. Para romper el silencio conmigo misma y con mis amigas también. Me permite empezar a pensar mi cuerpo como algo digno de ser representado. Como algo representable.

Una vez dado ese paso, de romper el silencio, me doy cuenta de que se convierte en un aliado escénico. Esto es posible en el momento en el que empiezo a trabajar en el ámbito del teatro profesional independiente. Dentro de todas esas compañías auto-gestionadas, que creamos nuestros propios proyectos y productos. El paso más grande fue crear el colectivo "Qué no salga de aquí". A raíz de desarmarizarme con dos de mis amigas, Víctor y Raquel, no solo viví un momento de mucha intimidad sino que, encima, eso trajo cosas muy bonitas e inesperadas como un proceso escénico. Entre las tres hablamos de la posibilidad de crear una historia a partir de mi testimonio. Por eso, también jugamos con Cristina R. porque era el pseudónimo en el que yo me respaldaba, desde el anonimato. Cristina era el personaje con el que teníamos que salir a escena. Algo que había supuesto mucho secreto y dolor se convirtió en nuestra aliada escénica. Inesperadamente

sorprende porque apareció este proyecto y nos unió incluso más.

En mitad de todo ese proceso llegó Miquel Missé¹⁸ y nos propuso hacer una pieza para el “Cabaret Trans”¹⁹. A mí, me hace mucha ilusión que quiera tejer ese puente y tener en cuenta la i. Nos pareció una buena excusa, a las tres, para probar algo de pequeño formato que nos permitiera tener un primer proyecto escénico y compartirnos. Apareció “Qué no salga de aquí”. En un primer momento fue un salto al vacío pero con mucho escudo. Me sentí muy acompañada por hacerlo en colectivo. El teatro y estos personajes, que son cómicos, te permiten jugar al engaño y a las múltiples posibilidades entre la realidad y la ficción. Yo estaba viendo que estaba muy expuesta, delante de mucha gente. Pero, al final, es menos de lo que a ti te parece. Me ha permitido, después de ese momento de vértigo, ser un poquito más libre. Hablar de mi experiencia en un registro con el que yo me siento cómoda, en el escenario.

En 2021 hemos empezado a girar con “Hermafroditas a caballo o la rebelión del deseo”. Es un proyecto que nace en plena pandemia, cuando recibo la noticia de que se está empezando a estudiar la posibilidad de que el material genético –que existía en algunas de las gónadas que nos han extirpado– es fértil. A veces, esto me ha conectado con la rabia y la impotencia. Sentí que era un excusa muy poderosa para llevar a escena. Nuestros cuerpos no solamente reivindican su autonomía y su posibilidad en el mundo, sino que además pueden generar otros cuerpos. Cuerpos como los nuestros. Además de ser motivo de celebración, pueden serlo de producción. A mí lo que me mueve no es la posibilidad de que mi cuerpo sea reproductivo –mis genes– sino la necesidad de que mi cuerpo pueda ser reproducible. Mi cuerpo intersex es tan digno de ser reproducido como cualquier otro.

Por otro lado, también hemos creado contigo un nuevo colectivo intersex y feminista: “colectivo i de intersex”. Desde ahí formamos e informamos a diferentes instituciones sobre las intersexualidades. Necesitábamos, desde hacía tiempo, un espacio intersex en el que nosotras fuésemos las protagonistas. Sujetos más que objetos. Compartimos una manera de entender los cuerpos más allá de la medicalización y de la patologización. Compartimos reclamos por nuestra integridad intersex pero también nos entendemos mucho a la hora de pensar, de encontrar nuevas formas de explicar nuestros cuerpos. Nos ayudan los feminismos, la teoría queer.

ALEKSANDRA K.

Realmente, yo tengo asociado la comunidad intersex en el Estado español con unos colectivos muy relacionados con la clínica, en entornos muy médicos, como Grapsia. A lo mejor, si tuviese otra representación, quizás me animase más y conocería a más gente. Si tuviesen más herramientas a nivel de representación, de visibilización, no sé.

¹⁸Miquel Missé, activista trans y autor del libro “A la conquista del cuerpo equivocado”, publicado en la editorial Egales. Además, productor del “Cabaret Trans”.

¹⁹“El Cabaret Trans” es una idea original de la iniciativa Cultura Trans. Creado en el 2011 con el objetivo de promover la visibilidad de referentes trans desde una mirada crítica con la normatividad de género y desde entonces ha realizado más de 10 ediciones con la presencia de más de 50 artistas trans en su escenario. Hoy en día es uno de los eventos imprescindibles de la escena cultural trans de la ciudad de Barcelona y forma parte de la programación del FIRE!! Mostra Internacional de Cinema Gai i Lesbià.

Pero aunque no estoy en asociaciones, ni me considero activista de nada, sí participo en proyectos junto a otras activistas, como este. Yo quiero que mi testimonio esté, que nuestra aportación se haga para eso, para que cambie la perspectiva, la visión de las intersexualidades. No es lo mismo que hayas tenido apoyo de grupos intersex feministas, disidentes, críticos, queers, que haber crecido solo con grupos donde el pensamiento médico es imperante. Pues no tengo ganas de ir a esos grupos donde me van a decir lo mismo que la doctora de Vall D'Hebron. A lo mejor ahí es donde está mi desencanto con la comunidad intersex que ha existido hasta ahora. Por eso, no estoy en asociaciones.

Para que yo estuviera en un colectivo u asociación, tendría que tener vivencias de personas desencantadas con los colectivos intersex médicos. Personas con un discurso crítico, con el sistema, con los aparatos. Con voces disidentes, que luchan contra lo establecido, lo normativo. Que hagan una apuesta por naturalizar la diversidad biológica. Con perspectiva feminista. Con conciencia de clase. Antirracistas. Que se cuestione sus propios privilegios aún siendo intersex. No es lo mismo ser una intersex blanca que una intersex negra, o con diversidad funcional, o con otras intersecciones añadidas. Que sea un grupo que se nutra de otras raíces, político. Con personas de diferentes campos profesionales. Ese sería un grupo en el que yo estaría.

IOLANDA MELERO

Yo empecé a compartirme con pseudónimos. Al principio participaba en artículos de periódicos, en entrevistas para revistas. Contactaban con nosotros a través de la asociación, de Grapsia, en la que estoy desde 2002/2003. Empecé a contar mi historia en distintos medios de comunicación. El siguiente paso fue empezar a ir a charlas, a impartirlas. Pero fuera de València, claro. Una de las primeras que hice fue en la Universidad Complutense de Madrid.

En la misma época, participé en un documental: "My own wings"²⁰. Salen imágenes mías, aunque no se me ve la cara, aparece mi voz. Acompañaba a Nuria Gregori²¹ en los eventos, medio camuflada. Yo quería estar preparada, como otras referentes que tenía internacionales, pero no me sentía preparada. Iba poco a poco. Hasta que un día le dije a Gregori, voy a dejarme de tonterías y voy a empezar a contar mi historia en primera persona. Me fui empoderando y sentía que ya podía exponerme más. Si tenía que salir en la tele o en la radio, adelante. Eso me llevó a participar en el programa de la televisión catalana "Tabús", en tv3. Fue una convivencia de cinco días con otras personas LGTBI+. El grupo fue genial, hicimos piña. También había un equipo de veintitantas personas detrás de las cámaras, grabándome todo el rato. Como un gran hermano de una semana. Diferente a lo que había hecho hasta ese momento, me gustó mucho vivirlo.

Cuando iba a cumplir cuarenta años, en 2019, me invitaron a un programa en directo en la televisión valenciana, para hablar sobre diversidad LGTBI+. Esta fue otra experiencia para mi, otro paso más. Con tertulian*s preguntándome, con público en el plató, era una exposición muy *heavy*. Encima salió antes que el programa "Tabús", que todavía no se había emitido. Total, que terminó coincidiendo con el día de mi cumpleaños y lo compartí todo en mis redes sociales.

²⁰ *My own wings* es un corto documental dirigido por Carla Moral y Katia Repina que vio la luz en 2018.

²¹ Investigadora y enfermera especializada en intersexualidades

En 2018 creamos Kaleidos, que surgía desde la necesidad de hacer algo nuevo, de crear algo desde otra perspectiva, de seguir sumando sinergias con la comunidad intersex, sin suplantar ni a Grapsia ni a otras asociaciones que tienen una función insustituible. Nuria Gregori, Chantal (una mamá de una criatura intersex) y yo ya lo habíamos hablado, queríamos hacer algo que incluyese a profesionales, a aliad*s, a familias y adul*s intersex. Surgió en un momento de querer apostar, y lo hicimos. Contamos con el apoyo de profesionales desde la investigación, desde todas las áreas donde hay personas con una gran trayectoria en el activismo. Con el tiempo, ojalá se profesionalice más.

El primer encuentro fue en Valencia, en 2019, hubo diferentes testimonios. Fue muy potente, con mucha diversidad de personas intersex. Es, quizás, un proyecto más propio. La sociedad está en otro lugar ahora, pidiendo más activismo político. Grapsia, por ejemplo, es un grupo de apoyo con una perspectiva más familiar, más de acompañar, cuesta mover según qué cosas desde ahí. En Kaleidos intentamos tener una visión más poliédrica, más amplia, diversa. Somos gente que tenemos mucha confianza, con cierta trayectoria detrás. Estamos haciendo cada vez más cosas interesantes, vamos cogiendo fuerza. Como estoy en ambos lugares veo las referencias. Tengo mucha ilusión con Kaleidos, es un proyecto que no deja de crecer, es mucho todo lo que podemos hacer desde ahí. Una persona sola puede hacer cosas, pero en colectivo mucho más.

LILITH MARTÍ

He necesitado estar en contacto con otras activistas intersex, conocer las asociaciones que hay, para visibilizarme yo y visibilizar las intersexualidades. También para decidir en este momento hacer activismo por mi cuenta. No estoy en ninguna asociación, aunque estoy cerca, porque ahora no creo que me aportase nada. Más adelante, igual sí me apetecería. Sobre todo, por tener más voz desde ahí, más capacidad estratégica para organizar jornadas, poner en contacto a gente, etcétera.

Para mi, un grupo que me representaría, sería el que intentase dar una imagen de que las intersexualidades no son una enfermedad. Me he encontrado con asociaciones en las que parece que les consuela hablar en un tono de: «a ver, nos ha tocado esto, como si tienes alguna intolerancia o problema». Ese tono patologizante y medicalizado me gustaría que no se transmitiese. Evidentemente, dentro del colectivo intersex cada persona tiene su opinión y tiene su visión y se aferra a unas cosas. Es más tranquilizador pensar que tienes un problema. A mí, de pequeña, me tranquilizaba. Genera más conflicto interno decir que mi cuerpo está bien y que lo que está mal es todo lo que me han hecho por tener este cuerpo, como los protocolos médicos o la *lex artis*. Para mí, sería muy importante que una asociación intentase transmitir esa idea, un activismo intersex mucho más político, que luche por cambiar los protocolos médicos, por acabar con las cirugías intersex cuando son por estética.

También me parece importante que fuese un colectivo abierto a madres, padres, parejas... que necesitan asesoramiento si hay un menor, acompañamiento, consejos, saber responder a dudas o planteamientos que se den. Aún así, las que tenemos que llevar las riendas somos nosotras. Al final, si el discurso o las reivindicaciones vienen por parte de unas personas que lo han vivido en sus propias carnes tiene muchísimo

más valor.

Hace poco me propuso otra activista participar en una campaña del tema del orgullo 2020, una campaña en la que te tenías que exponer tú, tenías que ir con un familiar, con un tono muy alegre, esperanzador, con colores súper pop, transmitiendo mensajes súper guays, y yo me negué a participar en ello porque no estamos en ese punto. Yo no me siento capacitada de decir que si eres intersex no pasa nada. Me parece importante reivindicar que es una cosa muy jodida, que se está operando a personas intersex por motivos estéticos; menores, bebés. Es algo muy duro para contarlo en tono relajado, optimista o alegre. Yo todavía en ese nivel no estoy.

Sí he participado en diferentes proyectos, sola y en colectividad. Contigo en varios. Recuerdo cuando participé en la entrevista con mi compañero Jesús que lo compartí en instagram, en facebook. Para mí, fue exponerme muchísimo. Recibí mensajes de mucha gente, de familia que no sabía, fue un vértigo increíble. Al final tienes que intentar que te la sude un poco, si tú tienes claro quién eres, porqué estás luchando, que hay más activistas como tú, pues... lo que digan los demás tampoco me tiene que importar tanto, tienes que aprender a pasar. Yo estoy un poco en ese punto de aprender a, quitarme el miedo, a quitarme el vértigo. A mi ritmo, sin obligarme a hacer algo que me supere porque al final creo que es contraproducente.

ANA BELÉN

Me siento tan orgullosa de vosotras, de todo lo que estamos haciendo al unirnos. Tan feliz de haberos encontrado, que siento que esta lucha no es mía, es nuestra. Os veo tan maravillosas que me transmitís que yo también lo soy. No dejáis espacio para mis complejos, para mis dudas, para mi inercia. Juntas podemos gritar al mundo que existimos, que somos maravillosas y somos dignas de amor porque ya nos amamos. Porque ya no estamos solas, porque existimos, y porque nos sentimos orgullosas de ser quiénes somos.

Además, pertenezco a dos asociaciones: Grapsia y Kaleidos. Los grupos de apoyo para padres y madres me gustan, pero creo que en mi colectivo ideal solo entrarían personas intersex y personas aliadas. En Grapsia llevo muchos años, fue muy importante conocerlo, pero a veces me he sentido invadida por familiares y no me he podido mostrar totalmente –entre otras cosas, porque estaban mis hermanas allí–.

Me gustaría crear un espacio colectivo donde podamos sentirnos totalmente libres las personas intersex. Por supuesto, con personas aliadas, que hay muchas. Como reivindicaciones principales me centraría en la educación. Tendría que ser muy importante la divulgación, la información clara, la visibilidad, en los colegios, en los institutos, en todos los ámbitos, para que a partir de ahí se nos empiece a ver y a reconocer. Definitivamente, no estamos solas y ya es hora de poder gritarlo. Como estamos haciendo con esta tesis.

CAMINO BARÓ

Siempre lo digo, mi exposición personal es lo que menos me importa. Desde hace un tiempo creo que cuanto más comparto de mi vida, más fácil se entiende el mensaje y más empatiza la gente. Ahora mismo,

no tengo miedo a compartir cosas íntimas con otras personas porque la motivación por visibilizar nuestras vivencias lo supera. No me frena el hecho de que puedan pensar, o que puedan conocer determinadas cosas.

Si, por ejemplo, hablo de dilataciones, creo que puede ayudar mucho. De hecho, hace poco una chica me lo dijo: «hasta que no me has explicado tú, yo me hacía una ligera idea pero ahora veo que es algo bastante más grave, más complicado, y complejo de lo que imaginaba». Al final, lo que estoy haciendo es ir rompiendo poco a poco esa pantomima tan grande que hay alrededor de la sexualidad. Una pantomima que hace que no se permite hablar de cómo son los cuerpos, de la sexualidad.

En realidad, me he implicado en bastantes actividades de visibilidad este año (2020). y también acabo cansada porque le pongo mucho empeño. Sobre todo, con esa sensación de si servirá para algo. Al principio, tenía muchas expectativas en ver lo que la gente comentaba cuando hacía vídeos: si lo compartían, lo visualizaban, le daban likes. Me acuerdo del primer vídeo, de *Freeda*, del año pasado (2019), fue un poco obsesivo y me tuve que controlar bastante. Pero después no he reparado en mirar el resto de esa forma. ¡Que me quiten lo bailao!, yo ya lo he hecho. No voy a mirar qué resonancia o qué consecuencias tiene. Con uno tuve especial fijación, fue el que hice en el programa de Amarna Miller, porque me sentí muy a gusto en la grabación y me gustó como quedó. Ese lo he visto muchas veces porque hay una parte de mí que quiere aprender cosas de mi propio discurso. Si este vídeo dice la gente que es bueno, voy a intentar quedarme con las cosas que digo.

El año pasado, 2019, en el orgullo estatal que se celebró en Madrid, participé activamente en una iniciativa que, para mí, era fundamental. Necesitaba aprovechar ese espacio que me brindaba el orgullo para hacer más visible la intersexualidad. Me coloqué una peluca roja, con una pancarta que decía: «conoces a más personas intersexuales que pelirrojas». Lo recuerdo como un éxtasis, como alcanzar el clímax de un proceso de superación, de aceptación, fue uno de los momentos más felices de mi vida. Poder pasear por las grandes avenidas de mi ciudad sintiendo que eran un espacio seguro, repartiendo folletos a diestro y siniestro a mogollón de personas desconocidas, que no tenían nada de relación conmigo y a las que les contaba, a las que les confirmaba que yo era una persona intersex. Hubo algunas que se hicieron fotos conmigo, no sé, fue un acto inolvidable y desde luego, me gusto muchísimo.

En 2022 volveremos a las andadas, nunca mejor dicho, todas juntas para continuar en este homenaje, en esta lucha, en esta reivindicación, en esta conmemoración.

ASMI MOLINA

La primera persona intersex que conocí fue mi tío Vicente con el que nunca hablé de nada relacionado con la intersexualidad. Las siguientes personas fueron en una reunión de Grapsia a la que fui. Yo no estaba en mi mejor momento y me sentí totalmente desubicada. Sentí que seguía siendo un bicho raro porque, para mí, las personas que me encontré allí eran demasiado femeninas. No me veía representada en ninguna de ellas. Fue un shock y no volví hasta el 2022. No soy muy de asociaciones, soy más bien un lobo solitario pero

si he ido teniendo contacto con Kaleidos y estoy en la asociación. Ahora hay más diversidad y es importante trabajar en colectivo.

Este año 2020 hice un vídeo para el día de la visibilidad intersex. También escribo artículos en "Brújula intersexual", interactúo en facebook con gente intersex y trans, en grupos. Dentro de las siglas LGBTQIA+ no me siento especialmente representada y, a veces, dudo que sea el sitio donde debamos estar porque las otras letras tienen demasiada voz y nosotres muy pequeña. Más allá de que cualquier persona intersex pueda ser cualquier otra de las siglas. Creo que tenemos que buscar un espacio desde el que despatologizar, buscar un medio propio de expresión y de reconocimiento.

En espacios públicos he salido en redes y también en conferencias. Pero estoy dispuesta a seguir visibilizando en colectivo, buscando formas desde todos los puntos, intentando concienciar a todas las personas intersex, a sus familiares, a su entorno. Salir del armario es liberador, cada una tiene que hacerlo en su tiempo y en su medida, pero cuanto más se hable y se visibilice, más se normaliza. Mi siguiente paso es aportar todo lo que se pueda al colectivo intersex.

SUSANA LESTEIGA

Para mí, hay tres fases en mi relación con Grapsia, con el asociarme. La primera, la egoísta. Estás buscando algo para ti. Esa fase se mezcla con una fase de altruismo. Si yo hubiese sabido esto antes, cuánto puedo hacer por otra gente y qué ilusión estar todos juntos, sentirse acompañada, sentir que haces algo por otra gente. Yo creo en la fuerza del dolor, cuanto más cerca estás de tu vivencia, si te ha costado o te ha dolido, más te motiva, es gasolina. Y la tercera fase, es más de serenidad, de aceptación. Esa fase tiene dos cosas: no vivir las cosas de manera tan visceral, con tanto dolor, y la parte de que eso te permite digerir y evolucionar. No puedes evolucionar hasta que no digieres.

A Grapsia yo llegué, buscando gente como yo, para darme cuenta de la diversidad que había incluso entre las personas que estaban ahí. Llegar a un sitio, después de mucho tiempo pensando que eres rara, que estas sola, y decir: «ah, pues soy normal». Esto es lo más potente. Y decir: «estoy acompañada». Te da una paz. Y la pasión de poder compartir. No has podido hablar con nadie y, de repente, hay alguien que tiene una vivencia cómo la tuya. Esto es brutal. Compartir. Me siento en familia. Grapsia, para mí, es una familia. Se crean unos vínculos muy fuertes. Es una vivencia tan intensa que te acerca en seguida, unas barreras de intimidad brutales. Cuando veo a la gente, lo digo muchas veces, cada vez que hay un encuentro salgo de ahí pensando: «si yo pudiera tomarme un año sabático lo que me apetece es pasarme el día paseando por España, por el mundo, conociendo gente y pasando tiempo con ellos». Y con todos ellos, gente con la que cuadro más o que cuadro menos. También me he separado más, durante algún tiempo, he tenido menos ganas, más cosas en la cabeza, gente nueva que ha llegado con más fuerza y con ganas de tirar del carro. Yo recuerdo pensar que si yo no tengo el foco puesto en esto y nadie lo tiene, si acaba desapareciendo Grapsia, pues que desaparezca. Lo veía de forma orgánica. Ya haremos activismo de otra forma.

Todo esto que estáis haciendo vosotras, flipo. Estáis desatadas. Es muy importante, de celebrar, de

agradecer. Yo no me he expuesto a la hora de visibilizar. Algo he hecho, en el encuentro donde nos conocimos tú y yo donde todavía no sabíamos quiénes eramos la una y la otra. Allí estuve dando la cara pero sin decir que era intersex. También cuando Nuria Gregori presentó el estudio que había hecho para el Ayuntamiento de Barcelona. Fuimos a un evento, yo formaba parte de la mesa redonda representando a Grapsia junto a Laura Audí, que es médica.

Como activismo pequeño, a poca escala. Lo que hago con los médicos es pequeñito pero, para mí, es importante. Para alguien que no sabe lo que es pues yo se lo explico. A cuanta más gente se lo explique mejor. Cuanta más gente me pregunte, pues una persona más informada. Hace años (2016) sí que hubo una época que debía haber más visibilidad intersex por algún motivo. Gente que contactaba, que hacía como proyecto de final de carrera, de master, sobre intersexualidad. Yo me reuní con adolescentes como tres veces, con distintas personas, en Barcelona. Tomar algo y explicarles todo. Eso y, por supuesto, encargarme de ser la presidenta de Grapsia, de todo el trabajo dentro de la asociación.

RAQUEL M.

Acuerparte, asociarte, colectivizarte, para mí, es ordenar en tu cabeza. Si no te asocias... esto es algo invisibilizado, no es tan frecuente, es algo que se vive muy para adentro muchas veces. A veces, por ser diferente. A veces, es razón de culpabilidad propia. A veces, hay cosas que crees que te mereces, porque vas por la vida siendo como algo raro. No raro, porque no lo ves así, porque sabes que tú no eres rara ni estás mal hecha, a lo mejor teóricamente. Pero entiendes que, cómo te ha tocado ser distinta, a lo mejor, hay cosas que te mereces o que has de tragar o que a lo mejor son así y punto.

Yo creo que colectivizarse –a parte de lo que hace el grupo y la fuerza en el cambio, que eso es lo social– a nivel individual, es más importante que una terapia. Compartirlo con gente. También te diría que compartirlo con gente mayor, desde mi punto de vista, que es gente que ha vivido transiciones a lo mejor más largas de las que yo... Yo la estoy teniendo ahora pero sí alguien está en otro punto más avanzado ahora mismo y me hacen entender cosas que, a veces, interiorizo que son culpa mía y que no lo son, me da otros puntos de vista o, incluso, para yo misma poder llegar a conclusiones, por hablarlo en voz alta con gente que entiende lo que le estoy diciendo y que pasa por lo mismo que tú. Pero, además, para las personas que tienen más edad, asociarse y estar codo con codo con personas intersex menores yo creo que es positivo para ellas porque te hacen entender en qué momentos van cambiando las cosas o pensar en cosas que siguen enquistadas en personas más mayores, entender como una joven lo puede tener más normalizado. Las dos perspectivas, ser más veterana o ser más joven, creo que asociarse es positivo. No positivo, es necesario.

Pertenezco a Grapsia, llevo haciéndolo desde que mis padres estaban con la movida de un médico y luego otro, cuando iban encontrando respuestas. Para ellos fue un salvavidas. Yo estaba ahí y lo único que hacía era conocer niñas intersex, a hermanas/os. Desde entonces yo creo que he vivido varias etapas en la asociación. Luego, es verdad, que más adelante me empezaba a interesar o quería cambiar la mentalidad (a lo mejor tenía que ver con los dieciocho años) pero sirve para que nos conozcamos, personas en común,

para que personas que no están en la asociación puedan participar, profesionales que nos aporten visiones desde puntos de vistas distintos. Yo he entendido la importancia de hacer encuentros, de mantener la asociación activa. Niños que empiezan conociéndose desde pequeños, y luego se dan cuenta de que tienen un amigo para toda la vida y que es un amigo intersex. Es que creo que es súper positivo.

Y yo hago poco por la visibilidad pero cada vez más. Como, por ejemplo, este ejercicio. Desde hace un tiempo no solo he empezado solo a visibilizarme desde Grapsia sino también conociendo a personas que están en otras asociaciones y que se dedican a la visibilización. Estoy, poco a poco, metiéndome en ese mundo de participar en cosas que me proponen. En cada momento me llega la oportunidad y lo hago. El apoyo a propuestas de otras compañeras, ya sea una tesis o una obra, apoyar y decir sí a un proyecto. También proponer formas de avanzar en la asociación, en Grapsia. Participar como persona visible desde ahí, empujar y estar dentro de los proyectos de otras compañeras.

A modo de conclusión. Bloque I

Después de haber recogido los soliloquios corporales de las HAC sobre los tres hitos, o procesos, que han ido construyendo una identidad intersex, a continuación voy a exponer las conclusiones que he extraído. Me gustaría aclarar, por otra parte, que no es mi objetivo en la tesis elaborar un análisis clásico pero, en cambio, sí lo es recoger nuestras narrativas como aportación teórica.

Despatologización

Hay dos momentos diferenciados en este proceso al que he denominado despatologización. Por un lado, el diagnóstico. Por otro, la identificación con el concepto intersex. En todos los soliloquios corporales coincide que aunque el diagnóstico se ha recibido en la niñez o en la adolescencia, la identificación con el concepto intersex ha sido posterior coincidiendo con la etapa de la juventud.

La visión que hemos tenido cuando hemos recibido el diagnóstico ha sido la siguiente: «con catorce años mi cuerpo deja de estar sano, de ser motivo de orgullo»; «merecedor de ser silenciado y escondido»; «no hay nada peor»; «¿qué coño era?»; «mi cuerpo era diferente y monstruoso»; «me sentía poco digna de mi cuerpo, de habitar este cuerpo y habitar mi vida con este cuerpo»; «era hermafroditismo masculino, conllevó una depresión... mi anhelo por ser una mujer»; «algo raro me pasaba... voy al médico una vez al año... mis genitales son raros... no tengo la regla»; «recuerdo crecer y que mi madre me insistiese: ¿pero tú te sientes niña?»; «supe que era una bicha rara a los catorce años, no me venía la regla, debía esconder mi realidad»; «hasta los veintiocho años solo había tomado conciencia de mi cuerpo estéril, fue algo muy doloroso, muy difícil, planeaba sobre mí la

sombra –o la duda– de... me van a leer como un hombre»; «con doce años, yo ya sabía que había algo raro»; «fui consciente de que era diferente con once años, mi madre lo único que me dijo fue que no podía tener la regla y que no podía tener hijos»; «con trece o catorce años, mis padres se sentaron a hablar conmigo»; «fue un poco duro porque me resultó chocante y raro. Me hizo sentir rara».

En cambio, cuando hemos empezado a relacionar a nuestro cuerpo con el concepto intersexualidad como parte de la diversidad corporal, la visión sobre él se ha modificado: «cuando empecé a identificarme como mujer intersex, quise reivindicarme como tal»; «mi cuerpo intersexual como algo fluido, algo cambiante, un cuerpo deseable, deseante... podía ser celebrado»; «cuando empecé a leer sobre feminismo, comencé a despatologizarme [...], cuando te conocí, fue cuando me identifiqué, o mejor dicho, cuando me reconocí yo, a mí misma, como intersex»; «a los veintiuno, por fin, conocí la verdad sobre mi cuerpo»; «una vez que conozco el término intersex –que empiezo a combatir esta intersexfobia interiorizada– empiezo a sentir que mi cuerpo intersex no es un cuerpo tan diferente al resto»; «empiezo a sentirme, incluso, orgullosa»; «la realidad de la naturaleza es que no existe al cien por cien una cosa o la otra, que esa variabilidad es natural»; «al principio sabía que tenía algo patológico, pero después conocí las siglas LGTBI. A mí, intersex me sonaba a eso, a algo colectivo»; «es una pregunta muy curiosa: ¿eres hombre o mujer? Depende, no lo sé. Qué más daba lo que fuese».

En definitiva, conceptos como *diferente, rara, monstruosa* aparecen relacionadas al momento del diagnóstico, a la adolescencia, las dudas sobre *¿soy hombre o mujer?, ¿qué soy?* Mientras que, cuando la palabra intersex aparece en la juventud, hay un cambio en la mirada y en las emociones que sentimos hacia nuestros cuerpos. Aceptamos que son parte de la diversidad y de la variabilidad de posibilidades corporales que pueden aparecer: *qué más daba lo que fuese*. Se da un empoderamiento, un proceso de sentir orgullo y aceptación. Y, sobre todo, he observado en los soliloquios que desaparece, a diferentes niveles, el miedo a enseñarlos y a compartirlos con otros cuerpos.

Desarmarización

Las diez HAC hemos vivido un proceso de desarmarización en nuestras trayectorias personales. Desde la más mayor, que nació en los años sesenta, hasta la más joven, que en 2022 tiene veintitrés años. A todas las personas componentes del grupo, sin excepción, nos recetaron silencio a la vez que nos dieron un diagnóstico. Por eso, posteriormente, hemos tenido que elegir un momento, a una o varias personas “especiales”, y unas palabras concretas para contar “el secreto”: que nuestro cuerpo

no era igual de válido que los otros cuerpos.

También, en todas las primeras veces, hemos hablado de nuestro cuerpo intersex a las otras personas endosex con un discurso médico y clínico: «algunos detalles pero desde una perspectiva patológica»; «de manera traumática»; «como una enfermedad»; «me sorprendí que no pensara que era un monstruo»; «de una manera súper patologizante porque estaba bastante desinformada»; «soy hermafrodita, pseudo-hermafrodita»; «soy un hombre, soy una mujer, o qué soy»; «que no salga de aquí».

La única persona que ha vivido el proceso de desarmarización, según ella, de una forma menos traumática que el resto ha sido Raquel. La única que, además, ha pertenecido a una asociación desde que era pequeña cuando recibió el diagnóstico.

En cambio, en las trayectorias del resto de las HAC ha habido un salto temporal, entre las primeras veces que contamos el secreto a las personas más cercanas (mejores amigas y parejas) tratando la intersexualidad como una enfermedad, a la actualidad que lo hacemos ante cualquier público desde un punto de vista político y reivindicando la diversidad en nuestros cuerpos: «ahora lo cuento o encima de un escenario o en medio de una comida con amigas partiendo el pollo»; «supuso un punto de inflexión, suponía afianzar mis relaciones con ellas»; «era como dar un paso más, un nivel más de amor»; «gracias al feminismo, he sentido que podía contarlo»; «ahora cuando sale el tema, lo digo: hay algo que no te he dicho que te tengo que decir o hay algo de mí que no conoces»; «ahora, si me apetece, lo cuento: qué pasa, pues sí, es mi cuerpo, es así»; «en la actualidad, ya no hay nada que me frene».

Aleksandra y Susana, por ejemplo, siguen viviéndolo como un tabú a pesar de que han estado inmersas en un proceso de despatologización sobre sus cuerpos: «todavía es un tabú hablar de ello»; «no me parece que lo necesite ahora mismo, contarlo y desarmarizarme pero creo que es importante porque nos ha hecho sufrir». Y aunque en ambos casos, el proceso de ir identificándose como personas intersex ha hecho que se hayan abierto con sus amistades más cercanas pero todavía no han decidido, ni han querido, dar la cara o exponerse con nombre y apellidos.

Aún con diferentes ritmos entre las HAC o considerando que existen diferentes niveles de desarmarización (desde la más íntima con una misma, en una conversación con una amistad o una

pareja o ante cualquier público), el proceso de salida del armario ha supuesto en todos los casos sin excepción un hito esencial.

Así lo han descrito: «es cuando decido que quiero romper el silencio que me han recetado y me digo a mí misma que puedo hacerlo»; «dejar de ocultar aquella diversidad natural que hay en nosotras y que estaba oprimida socialmente y cargada de un fuerte estigma que nos obligaba a ocultarnos»; «tener esa valentía de contarle a un mundo dicotómico y binario que eres una persona diferente, una diversidad más de ese pantone de diferentes sexualidades, géneros, cromosomas, etc.»; «la mayoría de nosotras hemos vivido ocultas, secretismo, para mí la desarmarización es todo lo contrario: salir a la luz, mostrarte»; «es entender que no hay nada de vergonzoso, ni de humillante, ni de oscuro, en tu realidad»; «es empoderarme, es decir que existo, que tengo derecho a existir»; «es ir quitándome capas como una cebolla y conseguir ser libre, espontánea, sentir que puedo ser yo y que estoy colaborando para romper esta pantomima que rodea al binomio sexo-género»; «es un deber que tengo para con las generaciones que vienen»; «¿por qué yo no estoy hablando de esto?».

Acuerpamiento

Todo el grupo de las HAC hemos necesitado conocer a otras personas intersex, dentro o fuera de asociaciones/antes o después, para terminar de construir una identidad política colectiva y para decidir trabajar por los derechos de la comunidad.

Como hemos ido viendo, aunque no todas las HAC formamos parte de asociaciones, sí consideramos esencial el ejercicio de co-laborar y de que exista un proceso de acuerpamiento cuando se trata de hacer pedagogía, sensibilización o de luchar contra las discriminaciones vividas. Un ejemplo es este trabajo de investigación.

Algunas personas se han conocido, por primera vez, a través de asociaciones (Laura, Iolanda, Ana Belén, Susana, Raquel) y otras lo hemos hecho fuera de estos grupos (Mer, Aleksandra, Lilith, Camino, Asmi). Como he expuesto, algunas nos hemos unido posteriormente y otras han decidido no hacerlo de momento.

Aleksandra y Lilith, hoy, no pertenecen a ningún grupo a pesar de conocer su existencia. Aún así, ambas han vivido un proceso previo de acuerpamiento con otras intersex y trabajan por la visibilidad. En el caso de Aleksandra: «aunque no estoy en asociaciones [...], sí participo en proyectos junto a

otras activistas, como este. Yo quiero que mi testimonio esté». En el caso de Lilith: «he necesitado estar en contacto con otras activistas intersex, conocer las asociaciones que hay, para visibilizarme yo y visibilizar las intersexualidades. También para decidir en este momento hacer activismo por mi cuenta».

En el caso de Susana, aunque dice que su activismo «es pequeño» en comparación con otras HAC a las que admira por ello, dentro de Grapsia desempeña un papel muy importante desde hace muchos años. También Raquel, que a pesar de que llegó al grupo por sus padres cuando era pequeña y no por una decisión personal como Susana, piensa que: «colectivizarse es más importante que una terapia».

Iolanda, Camino y Ana Belén, en la actualidad, pertenecen a dos grupos: Grapsia y la organización Kaleidos. Las tres, además, hacen visibilidad por su cuenta pero también desde estos grupos. Camino es la única que, a raíz de exponerse públicamente (y no antes) y contar su historias en distintos medios de comunicación, comenzó un proceso de acuerpamiento con las otras personas intersex.

Por su parte, Asmi, que no tuvo una experiencia positiva en Grapsia en el pasado porque «no me veía representada en ninguna de ellas [...] eran muy femeninas», ha decidido unirse a Kaleidos en la actualidad «porque hay una mayor diversidad». También colabora con otras asociaciones intersex de países latinoamericanos.

Laura y Mer pertenecemos a Grapsia pero nuestra principal vía de activismo es, sobre todo, desde el “colectivo i de intersex” (creado por ambas): «desde ahí formamos e informamos a diferentes instituciones sobre las intersexualidades». También, a nivel individual, trabajamos desde distintas ámbitos como la cultura y la investigación.

En definitiva, todo el grupo (excepto Camino) hemos conocido a otras personas intersex antes de iniciar su andadura dentro del activismo político. Asimismo, aunque no todas somos igual de públicas o de visibles ni tampoco estamos en los mismos grupos, consideramos imprescindible trabajar colectivamente por los derechos de la comunidad.

El acuerpamiento es, por tanto, lo siguiente: «ya no estoy sola, me acompaña siempre una horda de

hermafroditas a caballo que no para de crecer»; «conozco a iguales, hago red, me comparto colectivamente, empiezo un proceso de empoderamiento y capacitación para ser un poco más libre»; «una persona sola puede hacer cosas, pero en colectivo mucho más»; «he necesitado estar en contacto con otras activistas intersex para visibilizarme yo»; «juntas podemos gritar al mundo que existimos, que somos maravillosas»; «porque ya no estamos solas, porque nos sentimos orgullosas de ser quiénes somos»; «llegar a un sitio, después de mucho tiempo pensando que eres rara, que estas sola, y decir: soy normal, estoy acompañada. Te da una paz»; «acuerparte, asociarte, colectivizarte, para mí es ordenar tu cabeza».

BLOQUE I

INTERSEXUALIDAD: MITOS, DIFERENCIA SEXUAL Y DIAGNÓSTICOS

*«Contar mi historia es una manera de honrar mi vida.
La gente sabrá que hubo una tal Nicole
que luchó por la diversidad sexual y contra la violencia;
que luchó por su pueblo».*
(Nicole Santamaría²²)

En este apartado recogeré y analizaré cuáles son los discursos que han ido creando al objeto de estudio intersexual a lo largo de la historia. Primero, haré una breve genealogía exponiendo los primeros relatos griegos y romanos que se conservan, pasando por el nacimiento de la diferencia sexual, hasta situarme en la biomedicina del siglo XXI.

En la actualidad, cuando surgen casos de intersexualidades, la mayoría de hospitales españoles siguen tomando como referencia los protocolos creados en el siglo XX y prevalece la máxima de una rápida intervención de todos los artefactos clínicos. Desde el momento que aparecen, forman parte de una enumeración de anomalías del desarrollo sexual a las que se asignan protocolos clínicos, prácticas estéticas y técnicas endocrinológicas para hacerlas encajar estéticamente dentro del modelo dicotómico occidental de cuerpos masculinos o femeninos.

La intersexualidad sigue siendo una de las grandes desconocidas para muchos profesionales de la biomedicina, incluso para algunos equipos de pediatría y ginecología. Además, el silencio y el tabú que se genera en torno a estas realidades siguen formando parte de los protocolos que se recetan. La falta de visibilidad ha dificultado la creación de redes, el intercambio de experiencias con otras iguales, o el cuestionamiento colectivo de algunas prácticas invasivas sobre los cuerpos. De hecho, la creación de un primer grupo de apoyo de pacientes, minoritario, no tuvo lugar hasta comienzos del siglo XXI.

En cuanto al conocimiento científico, aunque sigue prevaleciendo la literatura centrada en hablar de las variaciones intersexuales como patologías que corregir, desde hace algunos años se

²² Nicole Santamaría es una de las protagonistas del libro “Diez ingobernables”, de June Fernández (2016).

han producido algunos cambios de perspectiva. Asimismo, aunque todavía escasea, ya es una realidad la existencia de investigaciones científicas que, desde la biomedicina o la antropología de la salud, se muestran críticas con el objeto de estudio intersexual (patológico) y apuestan por una transformación en las prácticas y protocolos, atendiendo a un enfoque desde la perspectiva de diversidad afectivo-sexual, corporal y de género.

A medida que se ha producido un proceso de despatologización en personas de la comunidad intersex, se ha podido identificar y constatar cuanto de habitual siguen siendo estas situaciones y lo necesario que es transformarlas. Por eso, en el apartado de soliloquios corporales, me centraré en observar de qué formas está influyendo la irrupción de los agentes políticos intersex, despatologizados, y cuáles son sus discursos respecto a lo que ocurre en la actualidad.

1. De los relatos griegos y romanos antiguos a la figura del hermafrodita moderno

Hasta el siglo XIX a las personas que hoy reconocemos como intersex se las conocía bajo el nombre de hermafroditas. El término hermafroditismo, por tanto, es el más antiguo y el primero que sirvió para designar a una diversidad de corporalidades, identidades o sexualidades que existían pero que no siempre parecían encajar con las normas morales, teológicas o jurídicas de cada época.

Una de las primeras referencias al concepto hermafroditismo, la encontramos en el siglo IV a.C. vinculada a las teorías platónicas. Platón (427-347 a. C.), explica Patrick Graillé, hablaba de cómo en los orígenes existían tres tipos de seres humanos: unos provistos de dos cuerpos masculinos, otros formados por dos cuerpos femeninos y una tercera categoría constituida por los hombres-mujeres o andróginos. Según aquellos relatos, un día y empujados por la soberbia, algunos pretendieron asaltar el Olimpo y fueron castigados por Zeus que los seccionó en dos mitades (Graillé, 2001: 20). De ahí la idea de esa tercera categoría.

Unos siglos después, en el VIII d.C, se publicará “Las metamorfosis”. Un poema romano de quince libros sobre relatos mitológicos que fue escrito por Ovidio (43 a.C-15 d.C). En el libro cuarto, Ovidio, contaba la historia de Salmacis y Hermafrodito. Según la leyenda un joven, hijo de Venus (Afrodita) y Mercurio (Hermes), que había sido abandonado por su madre y criado por las ninfas del monte Ida, con sólo quince años emprendió camino a Caria,

«En el camino, perseguido por la fatiga acudió a refugiarse a un lago. Allí, desnudo, tomó

aliento. Mientras se refrescaba, una náyade lo deseó. Decidida y prendida por la belleza de aquel cuerpo, se acercó al muchacho. A pesar de la resistencia que opuso, la náyade²³ era terca, y en un descuido del joven lo aferró fuertemente con sus brazos como una serpiente a su presa. Ella rogó entonces que nunca se separaran. Y así se hizo. Los cuerpos de la náyade, Salmacis, y de Hermafrodito se fusionaron para siempre en un único cuerpo con dos sexos» (García, 2015: 21).

Este fragmento ha sido extraído del libro “Sobre el derecho de los hermafroditas” de Daniel J. García (2015). Gracias a las aportaciones de García, se han podido rescatar también otras historias previas como la escrita por Aristófanes²⁴ (444 a.C) sobre la naturaleza humana y las modificaciones que había sufrido hasta entonces.

«[...] Nuestra antigua naturaleza no era la misma de ahora, sino diferente. En primer lugar, tres eran los sexos de las personas, no dos, como ahora, masculino y femenino, sino que había además, un tercero que participaba de estos dos, cuyo nombre sobrevive todavía, aunque él mismo ha desaparecido. El andrógino, en efecto, era entonces una cosa sola en cuanto a forma y nombre, que participaba de uno y de otro, de lo masculino y de lo femenino, pero que ahora no es sino un nombre que yace en la ignominia» (García, 2015: 24).

Asimismo, Plinio el Viejo²⁵ (23 d.C) escribió –en su famosa obra “Naturalis Historia”– que existía una tierra en la que solo habitaban los seres andróginos y que allí solo se entregaban al placer carnal:

«Calípanes cuenta que, más allá de los namásones y limítrofes con ellos, están los maclias, andróginos, con características de ambos sexos, que copulan entre sí tomando alternativamente una u otra naturaleza. Aristóteles añade que tienen la mama derecha de hombre y la izquierda de mujer» (García, 2015: 25-27).

En estos relatos, que han llegado hasta la actualidad, se puede observar que tanto el concepto de hermafrodita como el de andrógino se utilizaban indistintamente para referirse a las personas con corporalidades, identidades, o con formas de relacionarse sexualmente que no cumplían con los cánones establecidos en aquellas épocas. Nuria Gregori (2015), en este sentido, dirá que:

«En Platón se dice que la androginia existía desde el principio, antes de la división y antes del deseo. El/ella es la imagen de los orígenes, de la completitud. El hermafrodita de Ovidio, sin embargo, resulta de una transformación; el/ella es la imagen de desplazamiento desde el origen y es el locus del juego generativo. Sería lo mismo que marcar la distinción entre lo “desviado” — lo que está fuera de lo natural/de la naturaleza— y lo “ideal” —superior a ella» (Gregori, 2015: 26-29).

²³ Las náyades, en la mitología griega, eran las ninfas de los cuerpos de agua dulce.

²⁴Aristófanes fue un comediógrafo griego, principal exponente del género cómico

²⁵Plinio el Viejo fue un escritor y militar romano del siglo I, conocido por el nombre de Plinio el Viejo para diferenciarlo de su sobrino e hijo adoptivo Plinio el Joven.

Lo que también se deduce de algunos relatos históricos es que las criaturas que desafiaban las normas morales y divinas no siempre eran bien consideradas. De hecho, parecía habitual que fuesen recludas (Gregori, 2015: 26-29), abandonadas²⁶ (García, 2015: 26); o sentenciadas a morir²⁷ (Bloch, 1978: 91). Algunas historias rescatadas de la antigua Roma contaban que se permitía matar al recién nacido malformado o al que poseía las características de un monstruo (García, 2015: 26; Gregori, 2015: 29).

Ahora bien, la mirada sobre los denominados hermafroditas sería una u otra dependiendo del momento y, por ende, la tolerancia hacia los mismos iría aumentando o disminuyendo. Un ejemplo de estas diferencias la podemos observar en las dos situaciones siguientes. Por un lado, en el Digesto²⁸ establece el jurista romano Ulpiano (s.III) que el sexo atribuible al hermafrodita es aquel que parezca prevalecer y podrían participar de la institución del testamento si predominaba el sexo masculino. En este período histórico, las personas hermafroditas tenían la opción de elegir entre uno u otro sexo llegando incluso a casarse. Pero, más adelante, esto volvería a cambiar con el emperador Constantino²⁹ (272-337) quién ordenará la muerte para todas ellas. A partir de entonces, además, se hará una distinción entre dos tipos de personas: los ostentos y los monstruos. Basándose en las teorías platónicas sobre alma y cuerpo, no se consideraba lo mismo una anomalía que a una persona que tuviera una forma considerada no humana por la similitud que pudiera tener su físico con otras especies (García, 2015: 28-30). Es decir, «aquel que no tiene el cuerpo de un hombre, es de suponer que no tiene alma de hombre, porque se presume que la naturaleza no otorga un alma donde no hay un cuerpo». Bajo esta lógica, ya que es la forma lo que da la esencia al ser, «si no tiene forma de un hombre, no es un hombre» (García, 2015: 29).

Aunque existen evidencias en los documentos –mezcla de ficción y realidad– de esas primeras

²⁶Según Daniel J. García (2015): «en Roma, poco después de su fundación, los hermafroditas eran arrojados al río Tiber».

²⁷Según Raymond Bloch, su nacimiento se veía como un signo de mala suerte y eran sentenciadas a morir a través de una ceremonia de purificación: «Todos los seres afectados por deformidades raras, todos los monstruos de los dominios animal y humano representaban para la conciencia etrusca seres peligrosos, máculas vivientes para la ciudad que corría el riesgo de infectarse con ellos. En efecto, si la naturaleza olvidaba así sus propias leyes era porque las potencias divinas se habían preocupado de marcar por sí mismas a estos seres anormales. Por lo tanto, era necesario expulsarlos cuanto antes de la sociedad de los hombres, apartarlos de ella de la manera más rápida y radical. En Etruria y más tarde en Roma, los hermafroditas eran encerrados vivos en un ataúd y arrojados en alta mar. Así se evitaba todo contacto de los seres impuros con los hombres y aún con la tierra» (Bloch, 1978: 91).

²⁸ El Digesto es una obra jurídica publicada en el año 533 d. C. por el emperador bizantino Justiniano I dividida en siete partes y formada por 9142 fragmentos de 39 juristas diferentes. Entre ellos, Ulpiano.

²⁹ Constantino fue un emperador Romano reconocido por fundar la ciudad de Bizancio (Estambul) y ser el primero en detener la persecución de los cristianos y dar libertad de culto al cristianismo.

épocas históricas que confirman la existencia de la gran diversidad de la naturaleza humana, es cierto que no se han recuperado durante la Edad Media (s. V al XV) pruebas que demuestren un especial interés sobre este tema. Veamos qué ocurre más adelante.

1.1 Prodigios y monstruos

Un momento de cambio en la lectura de los cuerpos tendría lugar, según M. Jose Galé Moyano (2013) y siguiendo las interpretaciones de Georges Vigarello³⁰ (2005), al final de la Edad Media (siglo XIV) y será debido a la realización de las primeras disecciones en cadáveres. Esto, y siempre dentro del contexto europeo, conducirá a la obtención de un estudio más analítico, un primer acercamiento al interior del cuerpo humano.

«Dicha anatomía sistemática no era necesaria en la Antigüedad ni en la Edad Media puesto que los consejos acerca del cuidado del cuerpo consistían más en una preceptiva de carácter general, que cada individuo podía adaptar a su propia experiencia, que en un discurso aplicable al ser humano como entidad unívoca de características universales» (Galé, 2013: 43).

A partir de este momento, las disecciones anatómicas se vuelven cada vez más habituales llegando incluso a convertirse en importantes espectáculos públicos. En estas demostraciones se determinará que todo lo que no entré dentro del espectro de cuerpo verdadero sea denominado como anómalo y, por tanto, se convierta en objeto de revisión y estigmatización.

Podría pensarse que este avance, a pesar de ser considerado un cambio sustancial en la lectura de las corporalidades –como defiende Galé–, alentaría una nueva lectura o una diferente comprensión sobre el ser humano. Muy al contrario, lo único que fomentó fue una mirada mediada y empapada de la tradición platónica o galénica que sirvió, en un primer momento, para hacer coincidir práctica y teoría sin una perspectiva crítica. Como dice Galé (2013) parafraseando a Cristobal Pera³¹ (2002), esta especie de cirujanos pioneros solo veían «lo que pretendían ver» (Pera, 2002: 33 en Galé, 2013: 43-44). No será hasta más adelante, a mediados del siglo XVI, cuando con figuras como la de Andrea Vesalio³² (en 1543) se de paso a un desplazamiento en la mirada sobre la anatomía de los cuerpos. Dirá Galé que «uno de los aspectos sobre los cuales es necesario llamar la atención en esta nueva anatomía es que permite aplicar el concepto de la verificación» (2013: 46); qué es un cuerpo verdadero, cuál es el cuerpo verdadero y cuáles no lo son.

³⁰ Estas interpretaciones pueden encontrarse en el primer volumen de la *Historia del cuerpo*, dirigido por Georges Vigarello: Alain Corbin, et. al. (dir.) *Historia del cuerpo*, Madrid, Taurus, 2005, vol. 1, p. 331.

³¹ Cristobal Pera, “La primera mirada al interior del cuerpo humano en el Renacimiento”, en *Cuadernos hispanoamericanos*, Madrid, AEI, no 620, febrero de 2002, p. 33.

³² Andrés Vesalio fue un médico del siglo XVI, reconocido por su programa de renovación de la anatomía.

Una vez más, tanto Vesalio como sus coetáneos, partirán también de una serie de ideas preconcebidas sobre los cuerpos que les llevan a poner el foco de atención en unas teorías y no en otras; en la creación de unos sujetos canónicos anatómicamente y no de otros.

«De aquí podemos interpretar que la representación pictórica no es en absoluto imparcial, sino que responde a cuestiones ajenas a las relativas exclusivamente a la investigación. La mirada de quién plasmará esa realidad selecciona una forma de representación, un punto de vista, está impregnada de una tendencia artística concreta. Esa persona que ilustra a través del dibujo participa de las propias disecciones como un espectador más en muchas ocasiones» (Galé, 2013: 47).

De hecho, será en la segunda mitad del siglo XVI y durante el siglo XVII, cuando el discurso sobre los cuerpos pasará a representarse a través de lo icónico y lo pictórico. Este cambio puede considerarse como el inicio de lo teratológico³³ debido a que proliferarán los discursos entre: a) los cuerpos válidos, normales, canónicos; y b) los cuerpos menos válidos, anormales por no ajustarse a esos cánones, marginados.

En este ámbito, el de la teratología, una figura relevante (también dentro de las genealogías encontradas sobre corporalidades intersex) será Ambroise Paré. Un cirujano, coetáneo de Vesalio, que publicó el libro “Monstruos y Prodigios” (1573) y que reforzó la idea sobre un tipo de cuerpo anatómicamente universal (Galé, 2013: 47-49) y, por ende, de otros cuerpos monstruosos y prodigiosos. Para Paré, los individuos con cuerpos monstruosos:

«[...] Son cosas que aparecen fuera del curso de la Naturaleza (y que, en la mayoría de los casos, constituyen signos de alguna desgracia que ha de ocurrir) como una criatura que nace con un solo brazo, otra que tenga dos cabezas y otros miembros al margen de lo ordinario. Prodigios son cosas que acontecen totalmente contra la Naturaleza, como una mujer que dé a luz una serpiente o un perro, o cualquier otra cosa totalmente opuesta a la Naturaleza» (Paré, 1987: 21).

Estos discursos, que incluían por primera vez explicaciones científicas y detalladas, se convirtieron en los hegemónicos de la época marcando un precedente de lo que se empezaba a entender por normatividad anatómica. En contraposición, los cuerpos que no encajasen dentro de esa normatividad, serían considerados como anomalías. Según Galé, además, estos seres monstruosos o con características físicas excepcionales «eran contratados para el servicio doméstico, para el entretenimiento, o con afán coleccionista» (2013: 51-57).

³³Utilizo el concepto “teratológico” o “teratología” para referirme a la rama científica, dentro de la zoología, dedicada al estudio de las denominadas anomalías y monstruosidades en los seres vivos. En este caso, de las diferencias corporales en individuos que no correspondían al patrón común o no encajaban dentro de los cánones corporales establecidos.

De los siglos XIV y XV en adelante, contamos hoy con una gran producción de discursos, textos, o informes en los que la iconografía empieza a ser imprescindible a la hora de analizar los cuerpos de una manera más detallada. Especialmente, la centrada en aquellas corporalidades que no cumplían el canon anatómico. A medida que avanzaban los análisis y estudios, también lo hacían las múltiples interpretaciones, clasificaciones y categorizaciones de los tipos de monstruosidades.

Aunque en la obra de Paré todavía se encuentran alusiones a la divinidad o el castigo de Dios para justificar la aparición de estas criaturas, parece que dio con una de las claves para el desarrollo de la ciencia y la biología: había que ir a la naturaleza para encontrar las causas de esas deformidades (Paré, 1987: 21).

De hecho, a partir del siglo XVII las causas de estas deformidades y anomalías serán ubicadas en la naturaleza. Además, gracias a la visión científica y a los avances tecnológicos, la naturaleza podrá ser transformada (Galé, 2013: 53-55).

«La pretensión de avanzar en el ámbito de lo científico pues, recorre un camino desde la exposición de las consecuencias de lo sobrenatural sobre la forma de los seres que se pueden encontrar en el mundo, hasta la identificación de las secuencias genéticas, en una línea que va delimitando, bosquejando, el ámbito de lo que consideramos como alejado en mayor o menor medida de la normalidad. [...], se trataría, en definitiva, de examinar cuidadosamente las anomalías para poder delimitar un corpus accesible al estudio y tratar de identificar sus causas; solo de ese modo, conociendo las leyes que sustentan la naturaleza, revelándolas, arrojando luz sobre ellas, se podría «reconstruir el mundo como deseamos» (Galé, 2013: 55).

A lo largo de la obra de Michel Foucault también encontramos referencias importantes tanto en relación a la evolución en los discursos sobre corporalidades monstruosas como a los procesos y mecanismos de vigilancia, estudio y/o castigo que sufrían por parte de las instituciones públicas de cada época³⁴. Aún así, en este caso, me interesa recurrir a las teorías foucaultianas³⁵, no solo por su explicación de lo monstruoso sino por la cronología y clasificación histórica que hace de esta figura y la relación que establece entre conocimiento/poder desde la Edad Media hasta bien entrado el siglo XIX.

Parafraseando a Foucault, Víctor Pueyo habla en “Cuerpos plegables” (2016) de la existencia de tres variaciones de monstruos posibles que en distintas etapas históricas servirán para evidenciar la

³⁴ Ver, sobre todo, la obra de Michel Foucault (1983), “Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión”, de la Editorial Siglo XXI.

³⁵ Estas relaciones las rescato de la compilación de discursos reunidos en “Los anormales” (1974-1975).

mirada sobre estas corporalidades:

«[...] en tanto excepción, no solo resulta ilegible con respecto a la ley, sino que también constituye aquello cuya exclusión permite fundar la ley misma, definir la normalidad de lo legal. Tres son sus posibles variaciones. Foucault las ordena con respecto a tres edades: en la Edad Media, el monstruo geminado que prevalece es la mezcla entre el hombre y la bestia (el licántropo, el hombre con cabeza de pájaro o de pez, etc.); en el Renacimiento –entre el siglo XVI y principios del XVII– predomina la obsesión por los hermanos siameses o monstruos de dos cabezas; finalmente, en la Edad Clásica, que comprendería para Foucault desde mediados del siglo XVII hasta casi el XIX, el monstruo que se privilegia es el monstruo doblemente sexuado, el monstruo hermafrodita» (Pueyo, 2016: 2).

La interpretación que hace Pueyo es que durante estos siglos, unas y otras criaturas monstruosas vivían, convivían y se mezclaban de manera natural. A su vez, se multiplicaban los discursos e informes sobre estos casos excepcionales (2016: 2-4). Gracias a estas lecturas, se puede deducir que es a finales del siglo XVI, pero sobre todo en el XVII, cuando los estudios sobre la naturaleza de los cuerpos hermafroditas o andróginos comienzan a emerger en los libros de medicina, en los textos jurídicos o en la literatura. De hecho, debido a este compendio de escritos contamos con una serie de referencias y datos como los siguientes:

«Desde las noticias conventuales de María Muñoz y María Pacheco hasta la sexualidad en fuga de la monja alférez Catalina de Erauso o de la mulata Elena de Céspedes; desde la poesía satírica de ese “poeta hermafrodita” que es Góngora hasta la producción de novelas como *El andrógino* de Francisco Lugo Dávila o piezas como *La gran sultana* de Cervantes; desde las mujeres barbudas de las ferias cortesanas y los pintores de cámara hasta las anomalías médicas recopiladas por Antonio Fuentelapeña, Juan Eusebio Nieremberg o Blas Álvarez de Miraval» (Pueyo, 2016: 90).

Según Pueyo, las evidencias que nos dejan los siglos XVI y XVII, en este caso en España, invitan a pensar que las corporalidades hermafroditas existían dentro del imaginario cultural y social como un tercer tipo. Es decir, como cuerpos diferenciados por sus fluidos de otros cuerpos o más viriles o más afeminados. Asimismo, lo que también puede deducirse es que las teorías medievales aristotélicas seguían muy vigentes: «la anatomía médica coetánea predecía el sexo del feto en función de otra compleja jerarquía de fluidos, la que se establecía entre los humores masculinos y los femeninos» (Pueyo, 2016: 91). En este sentido, dado que esos fluidos perseguían su lugar natural en una de las tres cavidades de la matriz, dirá Pueyo, «el hermafrodita “puro” se deduce, dentro de este planteamiento, de postular una tercera cavidad central que actúa como depósito de los fluidos “equilibrados”» (2016: 91).

Por tanto, las explicaciones que prevalecían en aquel momento para determinar las diferencias

entre los tres tipos de seres, los tres tipos o más de corporalidades, eran que:

«[...] El hermafrodita compartía con la mujer y con el hombre afeminado una cierta temperatura. [...], mujer, afeminado y hermafrodita se originaban en lugares diferentes. La primera era resultado de semillas masculinas que se habían enfriado y humedecido en la cavidad izquierda o siniestra de la matriz, es decir, la femenina. [...], su contraparte, el hombre afeminado, era la consecuencia de un enfriamiento en la cavidad opuesta. El hermafrodita detentaría un carácter intermedio con respecto a ambos. Los hombres afeminados y los hermafroditas tenían, en este sentido, una explicación biológica diferente, por más que la lengua coloquial de la época los asimilara reservando el término “hermafrodito” en masculino para aludir a las personas que hoy llamaríamos homosexuales» (2016: 92).

De todo ello, podríamos dilucidar la existencia de tres categorías sexuales, tres tipos de cuerpos diferenciados, entendiendo al hermafrodita como otro más. Aún así, es cierto que en estas contribuciones nos encontramos con que «la borrosa frontera que dividía a mujeres y hermafroditas era una cuestión de grado antes que de especie [...] la mujer era solo la realización de un feto en incompleto estado de cocción, un hombre “sin hacer”» (Pueyo, 2016: 92). Y esto, según las explicaciones, dependería del calor recibido en el útero.

Esta idea puede observarse, también, en las aportaciones de Francisco Vázquez y Richard Cleminson (2011) a lo largo de su amplio estudio sobre las identidades sexuales en España. Estos autores nos invitarían a pensar sobre la hipótesis de un único sexo que prevalecía sobre los demás, o un único cuerpo hegemónico, y no en la existencia de tres o más sexos/cuerpos diferenciados. Según Vázquez y Cleminson, en la medicina española tanto del siglo XVI como del siglo XVII:

«Parece haber predominado una variante de la representación hipocrático galénica del sexo único. No obstante se han localizado argumentos que matizan o critican abiertamente este modelo unitario, tanto en la literatura mágica y de maravillas (Martín Del Río, Fuentelapeña³⁶) Como en los tratados anatómicos (Tomás Mercado, García Carrero, Bravo de Sobremonte). En esta vertiente crítica parece haber sido importante la recepción de la obra de Andre de Laurence. De lo que no encontramos huellas en España desde un modelo dualista y netamente aristotélico como el defendido en el siglo XVI por el anatomista italiano Benedetto

³⁶ En “Cuerpos Plegables” de Víctor Pueyo podemos ver cómo, según Fuentelapeña, el hermafroditismo podía ser una condición latente. Y dirá: “es necesario suponer que no sólo hay andróginos o hermafroditas descubiertos y manifiestos, sino que también los hay ocultos. Esto es, que no sólo hay personas en quien[es] exteriormente se hallan los dos sexos, sino que las hay también que teniendo descubierta el sexo masculino, interiormente tienen el femenino oculto, de modo que siendo en lo que se ve sólo varones, en lo que no se ve son también hembras, y en uno y en otro son hermafroditas”. Como ha introducido Pueyo, sobre esta cuestión: Fuentelapeña llega a asegurar que aquellos hombres que son mujeres por dentro evacúan su periodo menstrual por el orificio de la orina, excepto, lógicamente, cuando están embarazados. Relata a este efecto el parto inverosímil de Luis Roosel, al que le fue detectado en 1354 un bulto en el muslo inicialmente confundido con un tumor. A su progresivo crecimiento asistieron él y los admirados médicos, hasta que el dolor se hizo insoportable y un infante brotó de su pierna. No es, por cierto, el único ejemplo disponible de hombre parturiento, la forma predominante que adopta un (por lo demás extraño) “hermafrodita interiormente femenino” en el imaginario español de la época (2016: 93).

Varchi o en el siglo XVII por el médico francés Jean Riolan» (2011: 242).

En esta línea, estaría el trabajo de Thomas Laqueur (1994). Según Laqueur, las contribuciones de Galeno (129 d.c) –sobre cómo influía el calor en los cuerpos para diferenciar unos cuerpos de otros– tuvieron una importante repercusión durante los siglos posteriores. De hecho, en todos los autores estudiados se puede ver cómo en el modelo unisexo, tanto las ideas galénicas como las teorías aristotélicas estuvieron muy implicadas en capas profundas del pensamiento médico cuyos orígenes venían de la antigüedad.

Laqueur, siguiendo las teorías galénicas, defenderá que durante los siglos XVI y XVII tanto el cuerpo femenino como el hermafrodita eran considerados una versión menor del masculino. Es más, los genitales femeninos eran vistos como el resultado de invertir los genitales masculinos hacia adentro. Los órganos sexuales se habían considerado versiones interiores de los masculinos exteriores: la vagina como pene y el útero como escroto. A su vez, los orgasmos se veían como propiedad común. Y los procesos fisiológicos, como la lactancia o la menstruación, se consideraban como parte de una economía común de fluidos. Toda la base de la práctica médica relacionaba la fisiología de los fluidos, el orgasmo, la concepción y el calor. El problema, por tanto, residía en el calor de los cuerpos como base para definir cuantitativamente que cuerpos eran fértiles y capaces de concebir y cuáles no (Laqueur, 1994: 10-12).

Desde mi punto de vista, profundizar en el trabajo de Thomas Laqueur nos ofrece importantes respuestas al debate contemporáneo sobre la diferencia sexual y los cuerpos sexuados. En las investigaciones de Laqueur encontramos claves para entender, a partir de las historias fantásticas sobre sujetos monstruosos que se conservan en distintos documentos e informes³⁷, las distintas lecturas sociales que se hacían del sexo y del género según contexto y/o época. Gracias a esta información, se confirma la existencia de una multiplicidad de corporalidades e identidades a lo largo de la historia.

Aún así, Laqueur también reconoce la dificultad de leer textos antiguos –medievales, renacentistas– sobre el cuerpo «con la óptica epistemológica de la Ilustración, a través de la cual el mundo físico –el cuerpo– se presenta como “real”, mientras que sus significados culturales son epifenómenos» (1994: 26). Y a pesar de que en esos textos, «los cuerpos tienen características

³⁷Sobre esto, Thomas Laqueur pone el ejemplo de como el cirujano Ambroise Paré y Montaigne (siglo XVI) informan sobre cómo una joven, que al correr detrás de un cerdo, le crecieron de repente pene y escrotos externos y entonces cambió de sexo. Esta anécdota que llega hasta la actualidad es, en realidad, según muestra Laqueur la explicación a una deficiencia de dihidrotestorona andrógena (1994: 27).

extrañas, extraordinarias e imposibles para el lector moderno» (1994: 26), defiende que a partir de ellos se puede deducir que tanto en ese momento histórico como en los posteriores:

«[...] el sexo, o el cuerpo, sea entendido como el epifenómeno, mientras que el género, que aceptaríamos como categoría cultural, sería primario o “real”. El género –hombre y mujer– interesaba mucho y formaba parte del orden de las cosas; el sexo era convencional, aunque la terminología moderna haga que tal reordenación carezca de sentido» (1994: 27).

Por lo tanto, me atrevo a decir que mientras que el género formaba parte del orden de las cosas, el sexo era meramente convencional. Asimismo, sexo y género estaban vinculados en el modelo de un sexo único. Ser hombre o mujer, dirá Laqueur, dentro de ese modelo de sexo único significaba «tener un rango, un lugar en la sociedad, asumir un rol cultural» (1994: 27-28). Que el sexo, o el género, era hasta del siglo XVIII una categoría todavía sociológica –no ontológica– también lo vemos en las contribuciones realizadas por María José Galé (2016) a partir de su estudio sobre el hirsutismo y las mujeres barbudas o Víctor Pueyo (2016) sobre anatomías excepcionales de los siglos XVI al XVIII.

Gracias a las diferentes compilaciones llevadas a cabo por las autoras y autores mencionados, hoy puedo reconocer algunos nombres como Brígida del Río, María Muñoz, María Pacheco, Eleno de Céspedes, o Catalina de Erauso (la Monja Alférez) y tener acceso a datos e informaciones sobre sus historias de vida que ayudan a comprender qué lectura se hacía de las corporalidades en cada contexto. También, dan cuenta de los conflictos que aparecieron durante la modernidad sobre algunas corporalidades singulares: por parecer más andróginos, menos o más afeminados de lo esperado, por ser hombres por dentro y parecer mujeres por fuera, o por tener una abundancia de barba a la vez que mamas.

Siguiendo a Pueyo (2016), expongo a continuación algunas referencias, historias o relatos que han llegado hasta nuestros días y que nos acercan a las reflexiones y preguntas planteadas con anterioridad:

«[...] Brígida del Río fue una célebre dama de entretenimiento en la corte de los Austrias retratada por el pintor de bodegones Juan Sánchez Cotán hacia 1590. Su rostro llevaba ofreciéndose a los curiosos de la corte durante toda la última década, en la que el consumo de la excepción se había convertido en uno de los baluartes del ocio nobiliario. Ante nuestros ojos, y mediada la ventaja que otorga cierta perspectiva histórica, el caso de la barbuda Brígida del Río es apenas otro caso médico de hirsutismo, como el que probablemente aquejó a Magdalena Ventura, velluda napolitana pintada por Ribera años más tarde» (Pueyo, 2016: 87-89).

«[...] María Muñoz, natural de la villa de Sabiote, había ingresado doce años antes en el convento dominico de la Coronada (Úbeda). La monja no había tardado en mostrar los signos de un *habitus* sexual inequívocamente masculino. Su fuerza inusitada, su porte viril y su manejo del estoque y del arcabuz le granjean rápidamente fama de “muger varonil”. Ante el alboroto suscitado por ciertos rumores, la priora ordena examinar el sexo de María Muñoz y verifica que, en efecto, María no tiene miembro masculino. De repente, el relato se entretiene en la narración de varias travesuras lésbicas, apenas levemente insinuadas: cuenta cómo las novicias visitaban a María de noche y “la descubrían para satisfacerse, porque sus fuerzas y ánimo y las propiedades y condiciones eran de varón”. El misterio se resuelve cuando la propia María Muñoz confiesa al narrador de la relación que es un hombre. Durante toda su vida había carecido de genitales masculinos. En su lugar tenía un agujerillo del tamaño de un piñón que ella identificaba con su vagina. Solo ocho o nueve días atrás, al descargar cien fanegas de trigo que habían llegado al convento y por culpa de un sobreesfuerzo, había emergido de aquel mismo agujero una formidable “naturaleza de hombre”, que había permanecido sepultada en su carne hasta entonces y que María se había apresurado a ocultar» (Pueyo, 2016: 94-95).

«[...] Cinco años antes, las *Disquisitionum magicarum* de Martín del Río (1612) se habían hecho eco del extraordinario caso de otra María, María Pacheco, ya referido por Amado Lusitano y Antonio de Torquemada: En la portuguesa ciudad de Ezgueira, a nueve leguas de Coimbra, vivía un noble que tenía una hija llamada María Pacheco. Llegada a la pubertad, en vez de flujo menstrual le brotó un miembro viril, que no se sabe bien si lo llevaba allí escondido, o si le nació de alguna otra manera. De esta suerte, la muchacha cobró aspecto de mancebo adolescente. Como cuadraba a su sexo, se vistió de hombre y se empezó a llamar Manuel Pacheco. Embarcándose pasó a las Indias, donde por sus hazañas cobró fama de valiente soldado, y también hizo fortuna. De vuelta a su patria, casó con ricahembra. Amado nada dice de que tuviesen descendencia, pero sí que fue siempre imberbe, y de rasgos un tanto afeminados: indicios estos de virilidad imperfecta» (2016: 95-99).

Otra de las figuras sobre la que más literatura encontramos es la de Catalina/Antonio de Erauso, también conocida como la Monja Alférez. Según Nerea Aresti (2006), la historia de Erauso «nos exige indagar en las fronteras que separaban a los hombres de las mujeres y en el reflejo de todo ello en la cartografía de identidades en aquel particular contexto» (2006: 49). Para Aresti, este personaje revela el carácter siempre performativo del género en una sociedad como la del siglo XVII, en la que la biología y, por ende, la lectura sobre los cuerpos sexuados era algo muy distinto a hoy: «el sustrato “natural” del género era entonces más inestable, y podía sucumbir ante la fuerza de los actos y de los comportamientos» (2006: 51). Erauso, en opinión de Aresti, es el ejemplo de una persona que rompió las leyes del género asignado. Primero, por escapar de un convento y, además, por convertirse en militar. Los propios méritos conseguidos en su carrera, llegando a ser hasta capitán, fueron reconocidos socialmente tanto por el Rey de la época, Felipe IV, como por el Papa y las autoridades del momento quiénes, aún sabiendo la verdad, no repararon en ello. En aquel momento primó más su rango, los éxitos cosechados, su apellido o su clase social, que el propio

hecho de haber nacido con una u otra genitalidad. Por supuesto, la virginidad probada fue también una condición imprescindible para la aceptación por parte de las autoridades religiosas (Aresti, 2006: 56).

A pesar de no pertenecer a uno de los dos géneros, o a los dos a la vez, la situación de Erauso – por hermafrodita, virgen, y de clase alta– fue, sin duda, muy diferente a la de otras personas coetáneas que transgredían los roles de género y en las que sí había, por ejemplo, actividad sexual. Uno de estos casos fue el de Eleno de Céspedes, hombre trans con una corporalidad intersex y afroandaluz, que pasó de ser esclavo a convertirse en cirujano. Céspedes, aún ocupando también una posición privilegiada, acabó siendo procesado y condenado por sodomía, bigamia y burla del sacramento del matrimonio. Entre otras fuentes consultadas³⁸, gracias a Pueyo (2016) recojo algunos detalles sobre su trayectoria:

«Hija bastarda de un hacendado granadino y de su esclava africana, es identificada como hembra al nacer. Pasan los años, Elena queda embarazada y, según ella misma, con el sobreesfuerzo del parto un pene brota inopinadamente de entre sus ingles. Hasta aquí el relato más o menos tópico del falso cuerpo femenino (soma androothé) que alcanza su perfección a través de una súbita violencia correctora. Este relato, no obstante, se complica cuando Elena, que entretanto se ha hecho cirujana, decide contraer matrimonio con una mujer. Corre el año 1586. El vicario de Madrid solicita un examen genital de urgencia, encargado al afamado Francisco Díaz de Alcalá, urólogo de Felipe II, que confirma la presencia de un miembro masculino. Gracias a este certificado médico, Elena adopta sexo masculino y el matrimonio con María del Caño (pues así se llama, como si de un pésimo chiste urológico se tratara, la prometida de Eleno) se lleva finalmente a cabo. Ambos se trasladan a vivir a Yepes, en la actual provincia de Toledo. La voz corre con rapidez, sin embargo, y el matrimonio no deja de levantar sospechas hasta que termina suscitando la denuncia de un antiguo conocido ante el Gobernador y Justicia Mayor en junio de 1587. Un tribunal civil ordena un nuevo reconocimiento mucho más exhaustivo en Ocaña y esta vez el mulato Eleno no consigue evitar que una turba de cirujanos y matronas designados para la ocasión dictamine que, en efecto, es una mujer. Finalmente, es acusada de bigamia en 1588» (Pueyo, 2016: 125-126).

Lo que más sorprende de este caso son las estrategias que Céspedes va utilizando para ser en cada momento lo que quería ser. Según las referencias encontradas, Céspedes aprovechó el limbo jurídico que existía sobre el hermafroditismo en aquel momento para reivindicarse en cada momento según su elección. También, como ocurriera con Erauso, para confirmar el carácter siempre performativo del género incluso en aquellos siglos. Gracias a su profesión como cirujano, Eleno pudo no sólo camuflar su vagina y la diversidad de su genitalidad, sino que además llegó a engañar a los diferentes públicos usando los dildos rudimentarios de los que disponía en aquella

³⁸ Ver también el artículo escrito por Mar Gallego, publicado el 17 de junio de 2020, en la revista Pikara Magazine: <https://www.pikaramagazine.com/2020/06/el-universo-disidente-de-eleno-de-cspedes/>

época para evidenciar «el bulboso tacto de un pene» (Pueyo, 2016: 127). A pesar de todo, el motivo del castigo impuesto por la inquisición no fue precisamente qué admitiese ser o qué tuviera entre las piernas. A Eleno se le castigó por bigamia. Es decir, por haberse casado con una mujer habiendo estado ya casada previamente con un hombre: «esta es la justicia que manda hacer el Santo Oficio de la Inquisición de Toledo a esta mujer, porque siendo casada engañó a otra mujer y se casó con ella» (2016: 127).

Personalmente, leer los informes y datos sobre la historia de Eleno de Céspedes me resulta apasionante. Mi interpretación, desde el siglo XXI, es que “Elena” nació con una corporalidad intersex, que fue socializada y criada como mujer, que su orientación del deseo era definitivamente bisexual o pansexual y que, más adelante, decidió expresarse como un hombre (trans) presentándose en sociedad como Eleno. A todo esto, se suman las agallas que tuvo para tratar de ser, identificarse y expresarse como le daba la gana, consiguiendo engañar a diferentes personas y estamentos a los que se iba enfrentando. Sin duda, parece ser la excepción que cumple la regla: las categorías ontológicas que hoy reconocemos sobre los dualismos sexo-genéricos nunca han sido ni esenciales, ni fijas, ni inmóviles, ni estancas. Y será esto, precisamente, una de las ideas más importantes que me interesa recoger de este apartado.

Tal y como se ha venido exponiendo, a lo largo de la literatura médica de estos siglos circularon distintas historias de mujeres que cambiaban su expresión de género para ser leídas como hombres. Algunas, por su orientación del deseo, otras por sus características sexuales diferentes, otras porque no se encontraban a gusto con su identidad, y otras porque querían ser y hacer lo que no les estaba permitido. Dependiendo del contexto serían hermafroditas, hombres afeminados, o mujeres masculinas. Los informes conservados sobre medicina del siglo XVI y XVII documentan todas estas transgresiones y lo hacen con explicaciones fantásticas o con argumentos dispares. De ello queda constancia en informes médicos de profesionales como Michel Montaigne y Ambroise Paré, este último cirujano jefe de Carlos IX. La posición privilegiada de estas personas permitieron su acceso a la información y la posibilidad de documentarla (Laqueur, 1994; Vázquez y Cleminson, 2011; Pueyo, 2016; Galé Moyano, 2016).

En este tipo de materiales, aparece la historia de María de Marcis, convertida en Germán, y que, a pesar de ser reconocida públicamente como hombre terminó siendo juzgada por sodomía. Los motivos argumentados son que aunque siempre hubiera tenido periodos, reglas, al casarse se descubrió que tenía pene y, por tanto, su hermafroditismo. En aquel momento, se plantearon las

dudas entre los jueces sobre qué expresión de género debía aparentar, qué posturas debía tomar, o qué signos de rango debía tener para ser aceptada en sociedad. La cuestión central, en esta situación, era si alguien había vivido toda su vida como mujer tenía lo preciso para representar legítimamente a un hombre y si, por tanto, tenía derecho a ocupar cierto lugar en el orden social (Laqueur, 1994: 223-225).

Por otra parte, Vázquez y Cleminson (2012) ponen sobre la mesa otro asunto relevante que tiene que ver con el parentesco que existía entre hermafroditismo/homosexualidad y los conflictos que se originaban al descubrirse estas situaciones corporales:

«[...] y a la inquietud que podía causar existencia de matrimonios que, a la postre y debido al examen médico de alguno de los cónyuges, resultaban enlazar a dos personas del mismo sexo. Ciertamente, y esto se percibe ya en los textos médicos de los siglos XVI y XVII donde se menciona al sodomita afeminado o se advierte acerca de la propensión lujuriosa de las mujeres con genitales hipertrofiados (labios mayores, clítoris), por no hablar de las connotaciones sombrías del hermafroditismo en la simbólica de la contrarreforma, la vinculación entre hermafroditismo y transgresión sexual es un fenómeno de larga duración» (2012: 233).

Paolo Zacchia (1737), en *Questionum medico-legalium*, el texto más importante del Renacimiento en jurisprudencia médica según Laqueur, insiste en que los hermafroditas no son monstruos peligrosos sino personas con órganos sexuales ambiguos que plantean problemas legales. Zacchia señala que el hermafrodita ya no es un peligro sino un objeto del saber médico y, por tanto, será la ciencia la que estará en disposición de determinar su verdadera naturaleza. Es interesante la visión positivista de Zacchia para entender porque –según él– las mujeres sí pueden convertirse en hombres pero los hombres no en mujeres: no hay espacio internamente en el hombre que pueda dar esto (Laqueur, 1994).

Como se ha visto, la Edad Media se cerraba con las primeras disecciones realizadas en cadáveres, práctica que marcaba un punto de inflexión en la futura mirada hacia los cuerpos. La Edad Moderna por su parte, traerá nuevos planteamientos que incidirán en el cuerpo como (mero) objeto de análisis y dotándolo de nuevos significados. En el ámbito español la situación estructural empezará a configurarse de manera diferente en comparación con otros países europeos (Pueyo, 2016: 129).

De todo lo dicho se deduce que durante los periodos históricos estudiados hasta el momento la relación entre los sexos sería una relación de contrariedad que no de contradicción (Pueyo, 2016:

99). Que si hablásemos de dicotomías, lo haríamos para referirnos al calor y al frío, a la potencia y la impotencia, pero no a unas diferencias inconmensurables entre un tipo de cuerpo y otro dentro de un sistema sexual binario. De hecho, se evidenciarían terceras o más corporalidades denominadas hermafroditas. Parecería que, a eso que llamamos hoy sexos serían «momentos de un mismo proceso de desarrollo cuya consumación se identifica, de hecho, con la masculinidad y con la presencia» (Pueyo, 2016: 99). Aún así, lo que se observa a través de estas teorías es que hubo uno, un solo cuerpo, que por sus características pareció prevalecer sobre todos los demás –por caliente, por potente, o por tener todo hacia afuera– desde la Edad Antigua (Aristóteles, Platón, Galeno) hasta después de la Edad Moderna. Quizá, como dice Pueyo,

«La última paradoja que plantea la gramática de la excepción en el siglo XVII sea el hecho de que la obsesión por el hermafrodita surgiera, en su origen, de la necesidad de restaurar el convaleciente orden simbólico estamental frente a los envites de una incipiente burguesía» (2016: 100).

Y puede que tenga sentido que, a las puertas de una revolución industrial y en aras de crear un nuevo status quo, todas esas corporalidades e identidades –que aún en los márgenes habían conseguido gozar de más o menos libertad– vayan a desaparecer, al menos de la esfera pública.

De hecho, como trataré de mostrar más adelante, es en el proceso de transición del siglo XVII al XVIII, cuando se inician los esfuerzos científicos por rechazar la figura del hermafrodita verdadero. Un ser que representaba la posible convivencia de los dos sexos corporales en una misma persona y que ponía de manifiesto que la identidad hombre o mujer no estaba determinada por la corporalidad. Así, como explican Vázquez y Cleminson: «el pretendido hermafroditismo quedaba completamente despojado de sus poderes mágicos y de sus saberes ocultos» para abrir paso a las alteraciones anatómicas y funcionales que dificultarían la asignación del verdadero sexo (2012: 36).

En el siguiente apartado, mi propósito será analizar lo acontecido en los siglos posteriores. ¿Qué nuevos significados va adquiriendo la figura del hermafrodita con el nacimiento de la diferencia sexual? ¿Tiempos pasados fueron mejores para las personas que no encajaban en las normas morales? ¿Qué ocurrirá con la vigilancia sobre los cuerpos que se ha hecho más patente a medida que avanzaban estos dos siglos? Para ir introduciendo el nuevo paradigma y cerrar este capítulo, recogemos aquí la siguiente reflexión de Michel Foucault (2012):

«A los que roban se les encarcela; a los que violan se les encarcela; a los que matan, también. ¿De dónde viene esta extraña práctica y el curioso proyecto de encerrar para corregir...? Más

bien una tecnología nueva: el desarrollo, del siglo XVI al XIX, de un verdadero conjunto de procedimientos para dividir zonas, controlar, medir, encauzar a los individuos y hacerlos a la vez «dóciles y útiles». Vigilancia, ejercicios, maniobras, calificaciones, rangos y lugares, clasificaciones, exámenes, registros, una manera de someter los cuerpos, de dominar las multiplicidades humanas y de manipular sus fuerzas se ha desarrollado en el curso de los siglos clásicos, en los hospitales, en el ejército, los colegios o los talleres: la disciplina. El siglo XIX inventó, sin duda, las libertades; pero les dio un subsuelo profundo y sólido» (Foucault, 2012³⁹).

2. Nacimiento de la diferencia sexual. Desde el s. XVIII hasta mediados del s. XX

2.1 De uno todo-poderoso a dos radicalmente opuestos

¿En qué momento histórico se empieza a hablar de diferencias inconmensurables entre dos tipos de cuerpos, dos sexos, radicalmente opuestos? ¿Cómo se explica este cambio del modelo unisexo al modelo de dos sexos? ¿Qué consecuencias tuvo para los cuerpos que no terminarían de encajar en ninguno de los dos opuestos creados?

Según Thomas Laqueur (1994), la principal explicación al cambio de paradigma la encontraríamos en la epistemología y en la política. Entendiendo la corriente escéptica que tuvo lugar donde el orden jerárquico universal redujo la importancia del sexo a la naturaleza. Es decir, la labor cultural que había ejercido el género en el modelo de una sola carne, denominado modelo unisexo, se centraba ahora en el sexo (Laqueur, 1994: 266-267).

Laqueur ha intentado demostrar en “La construcción del sexo⁴⁰” que hasta la Ilustración (s. XVIII y XIX) predominó en Europa un discurso médico de matriz galénico-hipocrática: el modelo sexo único (varón). Más adelante, llegaría el modelo de dos sexos dicotómicos e inconmensurables del siglo XXI. Como ya se ha ido mencionando, la perfección en el modelo unisexo se situaría en el cuerpo del hombre, siendo todo lo demás cuerpos imperfectos o defectuosos. Con todo lo demás me refiero a: mujeres, hermafroditas, hombres afeminados, mujeres machunas, hombres menstruantes, disidentes corporales, etc. Eso sí, no hay constatación de que todos estos mutantes sexuales (Vázquez y Cleminson, 2009) gozaran de mayor aceptación social en el modelo unisexo que en el dicotómico. De hecho, como dirá Vázquez: «Dios permitía la existencia de hermafroditas, testimonio de su omnipotencia, pero al mismo tiempo había instaurado a la pareja procreadora para que continuase su obra» (2009: 3-14). Por tanto, de un modo u otro, había una obligación

³⁹ Texto extraído de la contraportada del libro *Vigilar y Castigar*, de Michel Foucault (edición de 2012).

⁴⁰ Recordemos que este ensayo, aún habiendo sido refutado, fue muy discutido y controvertido en el momento en el que salió a la luz (1994) por sus contribuciones y críticas. A pesar de ello, Laqueur comenzó a desarrollarlo en el año 1977 y fue leído, supervisado y corregido a lo largo de dos décadas por varios de sus colegas de la Universidad de Berkeley y algunos de sus doctorandos del grupo de “Historia y Género”.

moral de ser encuadrados legalmente en uno de los dos sexos socialmente permitidos.

A partir del siglo XVIII, los órganos sexuales que habían sido llamados de la misma forma empezarán, ahora sí, a tener una categoría ontológica. Si, en la antigüedad, todas las categorías se entremezclaban —prevaleciendo un tipo de cuerpo por encima de todos los demás— será a partir de este siglo —científico— cuando la diferencia sexual incorpora al lenguaje y a la subjetividad nuevas categorías. Será el contexto político el que formula la aparición de dos sexos, dando lugar a luchas de posición y poder entre ambos. La diferencia que se había expresado con referencia al género a partir de ahora comenzará a expresarse con referencia al sexo, a la biología, y a la biología de la reproducción. Dirá Laqueur que el siglo XIX es en Europa «la edad de oro del postmortem y del dominio de la patología». Precisamente por la proliferación de grandes hospitales docentes. A partir de ahí, aumenta notablemente el número de libros que exploran las diferencias sexuales y hablan de fundamentos biológicos del orden moral, entre otras razones, porque muchos cuerpos y órganos eran donados o destinados a la investigación (1994: 315-320).

Por otro lado, aunque con la incorporación de estos pensamientos y la nueva categorización podría parecer que la situación de las mujeres cambiaría a mejor, se puede ver que las transgresiones sexuales no fueron las únicas perjudicadas. A pesar de incluir en el discurso una nueva categoría ontológica, con la diferencia sexual, los cuerpos de las mujeres seguirán siendo vistas como seres inferiores y empezarán a soportar otra carga de significado. De esta forma, «como en el modelo de un solo sexo, el cuerpo se deslizó suavemente, durante el siglo XIX desde su papel supuestamente básico a no ser la causa, sino el signo del género» (Laqueur, 1994: 322).

Según Laqueur, la Revolución Francesa (1789) marcaría un punto de inflexión. Lo mismo que el movimiento sufragista (1870) en Gran Bretaña un siglo después. Aparecen en Francia los primeros movimientos de mujeres, con Olimpia de Gouges como protagonista con la famosa declaración de derechos de las mujeres, para exigir una de las principales proclamas de la revolución: libertad para todo el mundo. Asimismo, «la creación de una esfera pública burguesa agudizó la cuestión de qué sexo debería ocuparla legítimamente» (1994: 329). Tampoco tardaría en aparecer, como respuesta, un movimiento antifeminista. En este sentido, «había que investigar la naturaleza si los hombres querían justificar su dominio de la esfera pública, cuya distinción de la privada iría en aumento hasta traducirse en términos de diferencia sexual» (Laqueur, 1994: 330). Los discursos antifeministas proclamarán que las mujeres son menos fuertes física y mentalmente, por tanto, con cuerpos inadecuados o incapaces. Las mujeres, como respuestas, argumentarán sus capacidades como

dadoras de vida para mostrar el poderío y los atributos únicos y excepcionales de sus cuerpos (1994: 331-333). Un siglo después, en Gran Bretaña, la lucha del movimiento sufragista acrecentaría las posturas sexistas, racistas y capacitistas: «se consideró a las mujeres como criaturas que por diversas razones, en muchos aspectos análogas a las que postergaban a las razas de color, eran incapaces de asumir responsabilidades cívicas» (1994: 334).

En este momento histórico, la biología comenzará a tener más relevancia que nunca antes, dándose una guerra dialéctica para dirimir cuál de los dos grupos es esencialmente, según la naturaleza, más apto. Pensadores como Jean-Jacques Rousseau, Diderot, William Thompson, Theodor Gottlieb, Hannah More, Sarah Ellis, Anna Wheeler, Mary Wallstonecraft, o Elizabeth Blackwell, iniciarían una batalla política, justificando las diferencias entre sexos y tratando de argumentar porque unos y otras deberían ocupar un rol en la vida pública y ser sujetos de derechos.

Por su parte, en el contexto español, Nerea Aresti (2000) utiliza el concepto de «ángel del hogar» para explorar el nuevo significado que adquirió la mujer en el XVIII. El «ángel del hogar» en España formaría parte de un fenómeno extendido en muchos países occidentales. Se trataba de un modelo impregnado de los valores de una burguesía floreciente empeñada en crear las bases de una nueva sociedad, promotora de cambios también en lo referente a las relaciones entre los sexos, y al papel de la familia y las mujeres. A pesar de reivindicar la igualdad de mujeres y hombres en tanto sujetos jurídicos, en la práctica los rasgos físicos y biológicos de cada sexo serán esgrimidos como argumento para afirmar su mayor o menor aptitud de cara al desempeño de diferentes ocupaciones. Encontrarán en la biología, como veíamos en otros países europeos, el fundamento que genere las dicotomías vertebradoras de la sociedad industrial: «producción/reproducción, público/privado, fábrica/hogar» (Aresti, 2000: 21).

Parecería que esa nueva biología estaría implicada directamente en la reconstrucción cultural de la sociedad y que la aparición de dos sexos inconmensurables fue posible debido a las batallas prediscursivas que estaban teniendo lugar, más que a una cuestión científica. Por tanto, en el transcurso del s. XVIII al s. XIX, dirá Laqueur:

«Una biología de jerarquía cósmica dio paso a una biología de la inconmensurabilidad, anclada en el cuerpo, en la que la relación entre hombres y mujeres, como la existente entre manzanas y naranjas, no se medía en términos de igualdad o desigualdad, sino más bien de diferencia. Esto requería interpretación y se convirtió en el arma de la lucha cultural y política» (1994: 352).

La mayoría de los médicos se esforzaban en probar a través de la ciencia, «con descubrimientos escuetos y en apariencia objetivos del laboratorio, de la clínica o de “campo”», que los cuerpos de las mujeres «no eran capaces de hacer lo que hacían los hombres» (1994: 352-353). Un ejemplo de ello es que «la mayoría de teorías sobre los no orgasmos de las mujeres, o la ovulación natural o espontánea, eran una especulación en las que la ciencia se apoyaba para crear teorías y paradigmas». Del mismo modo que ocurría con las teorías sobre la infertilidad o la histeria (Laqueur, 1994: 326).

Bajo estas mismas circunstancias, podemos dilucidar que la figura del hermafrodita en el campo de las dicotomías no iba a tener mucho éxito. Efectivamente, toda una serie de mecanismos y nuevas técnicas convertirán a los hermafroditas en objeto de estudio de la Medicina Forense dando lugar a los primeros diagnósticos (Vázquez y Cleminson, 2012). Comienza, por tanto, la conceptualización patológica que nos persigue hasta la actualidad: el cuerpo enfermo, desviado, anómalo, erróneo; posteriormente intervenido y silenciado.

2.2 Mutantes sexuales entre dos sexos

En la España de principios del siglo XVIII, según Richard Cleminson y Rosa María Medina (2004), uno de los más famosos cirujanos de la época, Joseph Jacobo Plenck⁴¹, consideraría el hermafroditismo como una monstruosidad que afectaba a los genitales, de modo que en parte parecen masculinos y en parte femeninos. Es en este momento cuando comienza a darse un proceso de naturalización del monstruo que, en palabras de Vázquez y Cleminson, culminará en la primera mitad del siglo XIX con la explicación científica de la monstruosidad (2012: 11).

Plenck identificará para las nuevas teorías médicas cinco importantes problemas en los cuerpos que no encajan en la norma: a) la asignación del nombre en el bautismo, b) la celebración legítima del matrimonio, sólo posible entre hombre y mujer; c) la determinación de los sexos de los cónyuges si ambos fuesen hermafroditas; d) la licencia para desempeñar oficios masculinos o femeninos; e) la decisión acerca del atuendo apropiado para el sujeto. A su vez, distingue tres especies de hermafroditas teniendo en cuenta sus rasgos anatómicos y fisiológicos, los caracteres secundarios y las inclinaciones sexuales: «andrógino o hermafrodita masculino, la andrógina o hermafrodita femenino, los hermafroditas verdaderos» (Cleminson y Medina, 2004).

⁴¹ Cirujano que formó parte de una primera generación de profesionales que redactaron escritos de Medicina Legal y Forense.

Durante todo el siglo XVIII, los acontecimientos y noticias sobre cambios de sexo, hombres vueltos del revés, mutantes sexuales o nacimientos de hermafroditas, seguían siendo algo relativamente corriente en España. Uno de los más famosos es el de Fernanda Fernández, recogido por María Jose De la Pascua (2003). Fernanda perteneció a las Monjas Capuchinas de Granada y vivió en el convento durante más de ocho años hasta que empezó a manifestar, según los documentos, señales de un sexo opuesto (2003: 431-444). Sobre la historia de Fernanda Fernández, y el cambio de sexo que tuvo lugar en 1792, apuntan Vázquez y Cleminson (2011) lo siguiente:

«Inicialmente, los médicos le diagnosticaron locura, pues no cesaba de manifestar, con gestos desabridos, sus tentaciones carnales por otras monjas y el intento de resistirlas. Fernanda, en efecto, intentaba vencer estos impulsos evitando a sus compañeras y utilizando estrictas penitencias (cilicios de hierro, disciplinas y cruces con puntas), a lo que se unieron más tarde las sangrías regulares prescritas por los facultativos. Por último, tras reiterar su condición viril ante los galenos, éstos la examinaron y la declararon varón. Acto seguido comenzó en el Obispado la tramitación de los autos para dispensarla de sus votos. Comunicado a sus padres el resultado, Fernanda, convertida ya en Fernando, se vistió de hombre. Aún habría de costarle acostumbrarse a su nueva identidad; conservó las destrezas aprendidas durante su etapa de monja y mostró tristeza al saber que no regresaría al convento» (2011: 8-9).

Una de las cuestiones que puede sorprender, de este caso particular, y que también ponen sobre la mesa Vázquez y Cleminson, es el hecho de que en la misma época que se estaban dando cambios radicales en la lectura de los cuerpos, a Fernanda se le seguía observando desde una perspectiva más parecida a la del antiguo régimen sexual. De hecho, los facultativos de aquel contexto, según Vázquez y Cleminson (2011):

«Se limitan a constatar, a través del examen anatómico, la propia experiencia vivida por Fernanda, pero en ningún caso se arguye que en el fondo ésta siempre hubiera sido varón o que este fuera su verdadero sexo biológico. Y sin embargo, a estas alturas, el saber médico y la opinión ilustrada tendían a juzgar esta clase de metamorfosis y en general el hermafroditismo, como burdas supercherías o creencias supersticiosas, producto de la ignorancia y de la barbarie reinantes» (2011: 9).

Es cierto que también nos da información sobre los ritmos que se daban en la España del siglo XVIII en comparación, como veíamos, con la Francia de la revolución. Aún así, también se ha constatado que ya en el s. XIX, la figura del hermafrodita dejará de entenderse como algo similar a un monstruo sexual para dar paso a las anomalías somáticas y a los diagnósticos clínicos. ¿Qué quiere decir esto? Que de la misma forma que los argumentos para explicar el modelo de dos sexos –y la lucha por el capacitismo para ver quién era digno de ser sujeto de derechos– hay que buscarlos en la naturaleza; con el hermafrodita sucederá algo similar. Según Vázquez y Cleminson:

«Nace, principalmente en los escritos de Isidore Geoffroy Saint Hilaire, la Teratología. La naturalización del monstruo es su definitiva desvinculación de las intervenciones diabólicas, de las aberraciones de la imaginación y de los sueños, implica su conversión en una entidad más del orden natural y de sus leyes descubiertas por la razón. Esta naturalización del monstruo es un requisito epistemológico necesario para hacer entrar al hermafrodita en el campo de lo teratológico; bajo la aparente duplicidad de los sexos no hay sino una malformación genital más o menos anómala. [...], en el curso del siglo XVIII el monstruo se convirtió en objeto e instrumento de investigación» (2011: 11-12).

Por lo tanto, el discurso biológico de la época también asumirá la tarea de especificar el género de anomalía al que corresponden las alteraciones y lo hará cuantitativamente⁴². El pensamiento médico español se situaba entre esa naturalización del monstruo, la medicina legal moderna y la fundamentación biológica del dimorfismo sexual. En este sentido, «el hermafroditismo humano era en realidad un desarrollo frustrado; el organismo permanecía inacabado, más próximo de su origen que de su conclusión» (2011: 37). Los profesionales sanitarios, según contexto, serían los que dictaminasen el sexo partiendo de la tesis de que la naturaleza era imperfecta y, a veces, se producían estas anomalías que la ciencia tenía el deber de corregir.

La explicación más extensa en materia de anomalías sexuales la encontraríamos en los trabajos de Medicina Legal, de Pedro Mata y Fontanet⁴³(1874). Mata lo haría a través de un examen visual, incluso a veces se ayudaría, según Nuria Gregori, de «un espéculo o la palpación, y con el acto médico de escrutinio con testigos presenciales para certificar el dictamen experto» (2015: 37). Según Mata, una de las cuestiones principales para determinar el hermafroditismo sería la capacidad del sujeto para reproducirse: «si el hermafrodita es neutro o epiceno, sin que se pueda determinar a qué sexo pertenece, debe ser declarado impotente o potente, según el desarrollo o conformidad de sus órganos» (2011: 96-104). Para Mata, el fin de detectar cualquier caso de hermafroditismo en los sujetos era certificar el sexo y determinar la potencia del sujeto.

Así, del examen visual de Mata se pasó al análisis de las gónadas internas de los individuos. En 1876, casi a finales del s. XIX, empezaría a tener éxito –sobre todo en Francia y en Gran Bretaña– una nueva técnica presentada por Theodor Klebs: el análisis histológico de las gónadas. Esta prueba serviría para determinar a los verdaderos hermafroditas, de los falsos y de los pseudo (Vázquez y

⁴² Vázquez y Cleminson (2011), en el artículo “El destierro de lo maravilloso. Hermafroditas y mutantes sexuales en la España de la Ilustración” exponen la clasificación de los grados y las anomalías elaborada por Geoffroy Saint Hilaire

⁴³ Durante sus años de investigaciones realizadas tanto en España como en Francia, y siguiendo muy de cerca las contribuciones de Ambroise Tardieu (doctor francés), terminaría creando un nuevo mapa conceptual diagnóstico a la hora de identificar las categorías sexuales. Asimismo, fue incorporando con los años nuevas conclusiones sobre el tema del hermafroditismo, algunas con diferencias sustanciales respecto a las primeras teorías.

Cleminson, 2012: 20). Klebs sustituyó el criterio morfológico, resultante de la inspección visual utilizado por Pedro Mata, por el criterio histológico resultante del escrutinio microscópico de los órganos de la reproducción, de las gónadas. De este modo se determinaría el verdadero y único sexo del sujeto. Siguiendo a Ann Fausto-Sterling (2006), para Klebs lo importante era la identificación de tejidos con estructura microscópica de testículos o de ovarios. El «verdadero hermafrodita» que realmente mezclaba los dos sexos tenía que poseer ambos tipos de tejidos, testicular y ovárico. Sin embargo, los que tenían una anatomía mixta con mezcla de genitales externos e internos como, por ejemplo, un pene y ovarios, o un útero y barba, y no una mezcla de tejidos o gónadas, serían los denominados como «pseudo-hermafroditas» (Fausto-Sterling, 2006: 38). A este contexto histórico, Alice Dreger (1998) lo denominó «la edad de las gónadas». Según esta autora la clasificación de Klebs marcaría un punto de inflexión en el proceso de tecnificación del sexo ya que sentó las bases para asignar el sexo verdadero y definitivo en los individuos (Gregori, 2015: 41).

Asimismo, Jean Samuel Pozzi hablaría de un sistema clasificatorio que incluía a los «androgínoides» y a los «ginandroides» para referirse a mujeres que parecían hombres y a hombres que parecían mujeres, respectivamente (Vázquez y Cleminson, 2012: 20). En este mismo momento, a finales del s. XIX, las teorías de Darwin estaban adquiriendo una gran relevancia entre sus coetáneos. La obra de Charles Darwin, según Vázquez y Cleminson (2012):

«[...] Postulaba que así como el progenitor primigenio del reino vertebrado fue andrógino, las diferencias de sexo se formaron como respuesta al cambio en las condiciones del entorno, impactando aquellas, a su vez, en la evolución, en conjunción con la selección natural bajo la forma de selección sexual» (2012: 12-13).

En definitiva, a pesar de la convivencia entre viejas y nuevas técnicas para asignar un diagnóstico y la decisión por parte de los facultativos españoles de finales del siglo XIX para tomar unas u otras decisiones, en lo que –según Vázquez y Cleminson (2012)– todos parecían estar de acuerdo era lo siguiente:

«El énfasis en el examen visual y físico del paciente, donde los genitales de la persona en cuestión, la presencia o testimonio de existencia de un útero, caracteres secundarios como el vello y caracteres terciarios como el comportamiento del individuo, se analizaban con vistas a producir el «verdadero sexo». Resulta llamativo que ni los pretendidos ovarios ni los supuestos testículos y tampoco la conducta o los deseos u «orientación» sexual de los afectados fuera mencionados en ningún relato» (2012: 104).

No será hasta a partir de la segunda década del siglo XX, con el nacimiento de la endocrinología

y las teorías gonadales y hormonales, cuando los hermafroditas empezaran también a sufrir esos cambios tecnológicos y cognoscitivos sobre sus cuerpos. Según Daniel J. García (2018), a partir de este momento, se da un cambio de paradigma. Los cuerpos hermafroditas empezarán a ser más observados, analizados y examinados que nunca antes. Aún así, es importante considerar el apunte que hace Nuria Gregori respecto al desarrollo de la ciencia del hermafroditismo, ya que como se ha venido explicando, «en cada etapa del desarrollo de la ciencia del hermafroditismo, la aplicación de las variables de identificación no constituía un proceso estandarizado, sino variable en la práctica clínica y en la legal con la certificación del sexo» (2015: 42).

Para concluir este apartado, me gustaría retomar las contribuciones de Laqueur (1994). Advierte este autor que la nueva situación que vivirá el hermafrodita será consecuencia de los avances en la medicina legal del s. XIX pero también de la historia natural, la anatomía, y los pensamientos e ideas heredadas de la época anterior, de la Ilustración. Por lo tanto, parece que Laqueur tenía razón cuando afirmaba que la política y la epistemología tuvieron mucho que ver en los cambios acontecidos en la mirada respecto a la construcción del sexo y del modelo sexual binario contemporáneo.

3. Nace la clínica y da a luz a los estados intersexuales

La situación que atravesaba el Estado español en el momento de cambio, entre el s. XIX y el s. XX, supuso que todas las instituciones disciplinarias de la época se pusieran manos a la obra en la vigilancia de las amenazas hacia el nuevo orden liberal. Entre ellas, las disidencias corporales: los hermafroditas. ¿Cuál era el contexto de la España del s. XX?, ¿qué consecuencias traerá para la convivencia en igualdad entre los dos grupos diferenciados del modelo sexual binario?, ¿y en la lectura de las corporalidades (hermafroditas) que no encajan en esa dicotomía corporal ya instaurada en el nuevo orden?

Francisco Vázquez y Richard Cleminson (2012) describen como sigue la situación del Estado español en este cambio de siglo:

«[...] La angustia acerca de la falta de virilidad, supuesta causa de la pérdida de las últimas colonias españolas en el contexto de la crisis de 1898; la creciente contestación procedente de los movimientos de mujeres; la pretendida crisis en la tasa de nacimientos; el reconocimiento de la cuestión social y la presencia de un movimiento obrero poderoso y destabilizador. Todos estos procesos conducían a subrayar la necesidad de localizar los elementos patológicos y disidentes dentro del cuerpo nacional» (2012: 24).

Si este era el contexto social, en el que iglesia católica y medicina legal dictaminarían las normas morales por las que la sociedad debía regirse, podríamos deducir que la situación del hermafrodita no hizo más que empeorar. No es de extrañar que para todas las personas que por sus características sexuales o sus condiciones corporales fuesen infértiles, o por su genitalidad no fuesen lo suficientemente aptos para el servicio militar, o tuvieran prohibido casarse con personas del mismo sexo, la situación fuese cada vez más complicada (Vázquez y Cleminson, 2012: 24-25).

El s. XX comenzaba, en el campo de la medicina, con lo que Alice Dreger denominó como la «edad de las gónadas» (1998: 139-166). La aparición de las nuevas técnicas de laboratorio que se empezarían a utilizar a finales del siglo anterior, permitieron analizar las gónadas, los ovarios y testículos, a través del microscopio y llevar a cabo la extirpación de las mismas para su posterior análisis. Primero, postmortem. Más adelante, en cuerpos vivos. Parecía que, con la excusa de encontrar en ambos órganos sexuales el verdadero sexo del individuo, se estaba dando un proceso de medicalización de la sexualidad sin precedentes hasta entonces en Europa (Vázquez y Cleminson, 2012: 21). Asegura Dreger que gracias a estas técnicas histológicas más adelante practicadas también en cuerpos vivos, los profesionales sanitarios adquirirían una mayor autoridad si cabe a la hora de determinar el sexo (1998: 146-148).

Por otro lado, en el momento que se detectaba un caso de hermafroditismo, según Vázquez y Cleminson parafraseando a Dreger: «se consideraría a los hermafroditas como personas a las cuales se le habrían asignado gónadas equivocadas en relación con su sexo, de modo que el deber de la medicina consistía en rectificar esta anomalía» (2012: 25). De todos modos, en el caso del territorio español, hasta 1920 no hay certezas de que se utilizasen exclusivamente estas técnicas ni estos métodos. Sólo a partir de ese año se dará una proliferación de casos analizados en revistas y textos de medicina legal.

Es importante recordar, como indica la escasez de trabajos sobre el hermafroditismo en España, que estaríamos hablando de una ciencia en continua construcción, que dudaba sobre qué decisiones tomar en cada circunstancia. Una ciencia sin protocolos homogéneos y con discusiones constantes entre profesionales. Debates que pueden observarse en las revistas médicas de principios del s. XX y que son extensibles al resto de países europeos o, incluso, Estados Unidos.

Así, uno de los primeros nombres de referencia en el campo de la medicina fue el de León

Cardenal Pujals, catedrático de Clínica Quirúrgica de la Facultad de Medicina de Madrid. Por mencionar uno de los muchos casos en los que trabajó, en 1924 él mismo exponía la situación de una mujer hospitalizada para una operación de hernia inguinal. Cardenal dictaminó que esta mujer dejaría de serlo, y pasaría a ser hombre, según el criterio histológico resultante del escrutinio microscópico de los órganos de la reproducción. Cardenal recurrirá a las técnicas microscópicas del análisis de las gónadas y los órganos sexuales para asignar el sexo del individuo. Ya se había comenzado a realizar el análisis de las gónadas a un cuerpo vivo. Con esta técnica, las bases científico-tecnológicas sobre las que establecían su certificación se vieron radicalmente transformadas dando lugar, unos años más tarde, a nuevos marcos y áreas de estudio como serán la endocrinología y la psicología.

Otro de los nombres que adquirió cada vez más relevancia para el estudio de las posteriores intersexualidades fue el de Gregorio Marañón. En 1920 comenzaba a ser una referencia en este campo y en 1930 tenía ya una gran reputación. Precisamente sobre esta cuestión, y siguiendo las aportaciones⁴⁴ de Anne Fausto-Sterling sobre la diferencia entre la «edad de las gónadas» y la «edad de la conversión» (2000: 44), dirá Nuria Gregori que:

«En el Estado español, dos figuras marcan este punto de inflexión hacia la «edad de la conversión»: el endocrinólogo Gregorio Marañón (1930) y el ginecólogo José Botella Llusía. Ambos rompían con el canon médico del momento respecto a las concepciones de sexo/género y disponían las bases para el actual modelo de abordaje médico en situaciones intersexuales» (2015: 43).

El caso de Marañón resulta curioso. En un momento de defensa del binarismo, centrado en los diagnósticos y patologías de los cuerpos que lo ponían en duda, Marañón sorprendía con algunas de sus contribuciones a este campo. Cuando sus teorías empezaban a tener cierta relevancia, la lucha de las mujeres por tener los mismos derechos que los hombres había encendido el debate dentro del territorio español. Será precisamente en 1920 cuando se empezarán a dar cambios sociales en torno a los roles de género. Transformaciones que marcarían los acontecimientos posteriores. Según Daniel G. Abiétar:

«En las primeras organizaciones españolas de mujeres empezaban a escucharse voces que reclamaban el sufragio femenino. Además, se estaba iniciando su lenta y paulatina incorporación a una enseñanza creada por y para los hombres (empezando, por supuesto, por aquellas de clase social privilegiada). En ese rol otorgado a las mujeres (en un papel exclusivo de esposas y madres, fuera de los espacios públicos...) tuvo mucha importancia la sombra de la

⁴⁴ Según Anne Fausto-Sterling: “la edad de las gónadas” estaría centrada en la búsqueda del «verdadero sexo» mientras que en “la edad de la conversión” el empeño residiría en eliminar a la gente nacida con sexo mixto para transformarla en varones o hembras.

Iglesia Católica» (2019: 42-43).

En este contexto, Marañón sería uno de los primeros endocrinos españoles en defender una concepción química del sexo/género que explicaba qué es lo que impulsa a las personas a comportarse o a desear de una manera determinada dependiendo del tipo y de la cantidad de hormonas que haya en el organismo. Según indica Daniel G. Abiétar (2019),

«La figura de Marañón, con su teoría de la intersexualidad y la incidencia social que tuvo, es esencial para comprender las cuestiones de este periodo. Para él, el sexo genético no era más que otro factor, junto con la dimensión psicológica y endocrinológica, a la hora de determinar el sexo. La emergencia de categorías como *homosexualidad* (que fue uno de los «diagnósticos» de Marañón) o *travestismo* no se entiende sin la introducción de la dimensión psicológica como una variable de importancia» (2019: 42-43).

Asimismo, en su trabajo “Evolución de la sexualidad y los estados intersexuales” (1930), reconoce que existe una fase de sexualidad indiferenciada como punto de partida de todos los seres humanos e introduce la idea del sexo como un continuo. Para él la diferencia entre sexos se establecía como una escala de gradaciones entre dos extremos, en la cual nos situamos la mayoría de personas:

«Casi ningún humano presenta los signos sexuales en toda su pureza [...] la observación minuciosa descubrirá, casi sin excepción, la huella del “otro sexo”, que perdura en un grupo de rasgos, morfológicos (la distribución del vello y del cabello, el desarrollo de la laringe, las proporciones del esqueleto, etc.) o funcionales (libido, conducta social, carácter, sensibilidad, voz, etc.)» (Marañón, 1930: 259).

Sus teorías llevarán a la creación de una clasificación de las intersexualidades divididas en dos grandes grupos: las «intersexualidades permanentes» y las «intersexualidades transitorias». Dentro de las primeras incluyó la «homosexualidad», el «travestismo» y la «transexualidad». Entre las que denominó «intersexualidades transitorias», encontramos las «intersexualidades grávidicas», la «homosexualidad episódica» en los hombres y las «intersexualidades críticas», es decir, la «intersexualidad feminoide en los hombres púberes», la «intersexualidad viriloide en el climaterio y en la vejez», etc. (Marañón, 1928: 257-294).

Abiétar defiende que «Marañón forma parte de toda una corriente internacional de médicos que, especialmente tras la Primera Guerra Mundial, mostraron una clara motivación por la medicina social» (2019: 44). Fue una de las pocas figuras de su época que se situaba a medio camino «entre los defensores del dualismo biológico estricto y quienes clamaban por una mayor relevancia de la dimensión psicológica (y que a su vez le acusaban de reducir la «verdad del sexo» a las

hormonas)» (Abiétar, 2019: 44-45).

A pesar de que los nuevos aportes ayudarán para resistir un estricto dualismo biológico entre sexos y «a la aparente defensa de la igualdad» (Abiétar, 2019: 43), Marañón sería posteriormente el que etiquetó a las personas hermafroditas con las mismas categorías patológicas que servían para identificar problemas dentro de esa escala de gradaciones propuesta (Gregori, 2015: 47). Según Gregori, estas ideas se pueden ver «en su posterior definición de las «desviaciones», los «defectos», las «anomalías» o los diferentes «problemas» que se establecen en la diferenciación sexual y que originan los “estados intersexuales”» (2015: 44). Las teorías que aún siguen vigentes a la hora de llevar a cabo el tratamiento y por las que se rigen los aparatos médicos son «la idea del continuo en el sexo» junto con el presupuesto de la dualidad hormonal de Marañón: estrógenos para mujeres y testosterona para los hombres; aunque se descubriera poco más tarde que todos los humanos compartimos todas las hormonas en cantidades variables (2015: 44-46).

Parecería, por lo tanto, que con Gregorio Marañón la medicina podría haber dado un giro de noventa grados al sistema sexual binario y la lectura de las corporalidades ya que, de sus coetáneos, fue de los pocos que introdujo ideas renovadoras y radicales para la época y que puso en evidencia el carácter obsoleto de la categorización dualista de los sexos. Sin embargo, la realidad es que no sólo no supusieron un cuestionamiento del paradigma sino que más bien ocurrió todo lo contrario. Y, desde luego, el contexto social y político tuvo un gran impacto en la censura de determinadas teorías y discusiones sobre los cuerpos, los sexos, los géneros y la sexualidad.

La llegada del franquismo (1939-1975), después de la proclamación de la primera república (1931-1939), volvió a instaurar un orden conservador tanto en las dinámicas sociales como en el debate científico. Tal y como afirman Vázquez y Cleminson (2012), uno de los pilares fundamentales fue la familia tradicional y cristiana que relegó la sexualidad a un papel meramente reproductivo. Para ello, tanto los sexos como los roles de género tenían que estar muy bien diferenciados. Nada ni nadie podía dudar de que fueses una cosa o la otra, hombre o mujer, ni tampoco en cuanto a la orientación del deseo. La heterosexualidad era el orden natural y único. Bajo estas circunstancias, la ciencia ocupaba un lugar privilegiado para controlar y vigilar a todas las disidencias que fuesen apareciendo y tratar de corregirlas costase lo que costase. Incluidos los hermafroditas. Aún así, se introdujo un importante matiz con el que, en la actualidad, estamos familiarizadas muchas de las personas intersex: la necesidad de «discreción y silenciamiento de dichos hechos» (2012: 195-199).

Algunos de los científicos y médicos de la época con puntos de vista distintos a los mandatos sociales (Dorotea Barnés, Severo Ochoa, Amparo Poch, Pilar de Madariaga, Negrín, y Gregorio Marañón) empezaban a sufrir el control y la represión franquista (Abiétar, 2019: 45). Tanto es así, que tuvieron dos opciones, o se adaptaban al nuevo orden o tendrían que exiliarse en otros países. Esto último le ocurrió a Marañón. Ante esta situación, en la que la familia tradicional y cristiana sería la máxima, uno de los referentes principales europeos en cuestiones de sexualidad pasó a ser Louis de Ombredanne. Profesional de la medicina, francés, defendía la sexualidad únicamente en su función reproductiva y, además, negaba la existencia de personas hermafroditas alegando que nunca había sido documentada la existencia de una persona que tuviera, a la vez, capacidad de «fecundar y ser fecundada» (Abiétar, 2019: 46).

Una vez más, el catolicismo aparecía en escena para dejar patente la finalidad del sexo: reproducción, y nada más. Es decir, un hombre cis con espermatozoides potentes y una mujer cis con un cuerpo reproductivo. Las demás personas, las desviadas, impenetrables o infértiles, no serían más que errores de la naturaleza que había que silenciar y reajustar.

En ese mismo contexto, situaremos también al doctor Botella Llusíá, un discípulo de Marañón que añadirá una premisa más: en este tipo de casos, el «sexo verdadero» no debía ser informado a la persona, puesto que ello podía ocasionar graves problemas sociales. El objetivo último era corregir y adecuar los rasgos al sexo social o conveniente. Asimismo, si tenía que ver con los genitales, Llusíá proponía: «corregir un hipospadias o crear una vagina, según su sexo» (2012: 211). Por otro lado,

«Si declarásemos varón a una de estas mujeres, con aspecto físico completo de mujer, sería a todas luces un ser desgraciado, objeto de burlas y que no podría casarse. Sus instintos femeninos, debidos al factor fenotípico, que, siendo creídas mujeres, eran los normales y correctos, persistirían en su nuevo estado, convirtiéndolas en homosexuales y creando una fuente continua de perversiones y conflictos» (Vázquez y Cleminson, 2012: 212).

Los discursos sociales eran claros, no había cabida para las disidencias políticas consideradas un peligro para la patria: ni los homosexuales ni los intersexuales, tampoco los travestidos ni los transexuales. Tanto es así, que todas las personas a las que no se conseguía encajar dentro del pensamiento cisheteronormativo y binario, serían relegadas a otro campo científico que estaba adquiriendo cada vez más importancia: la psiquiatría, «cuyo rol fue el de dar explicación a los casos de homosexualidad entre las personas con sexo no binario, y más tarde el de evaluar su psiquismo, y

por lo tanto, su identidad» (Abiétar, 2019: 49). Ciencia y catolicismo tenían el poder, y no había vuelta atrás.

Con todos estos aparatos disciplinarios sobre la mesa –y siguiendo los dictámenes del doctor Botella Llusia que trabajará mano a mano junto a los profesionales de la psiquiatría– a partir de 1960 se comenzaron a practicar cirugías de reasignación genital y tratamientos hormonales obligatorios (Abiétar, 2019).

Asimismo, las mutilaciones en bebés con genitales no normativos empezaron a realizarse apoyándose en los trabajos de John Money y su equipo de la Universidad de John Hopkins de Estados Unidos (1955). Aún así, la primera persona que apareció en la escena clínica de esa misma universidad, el predecesor de Money, fue el urólogo Hugh Hampton Young. Debido a las técnicas y protocolos que nacieron durante aquellos años veinte y treinta en Baltimore, se empezarían a transformar físicamente los cuerpos intersexuales (Barbadillo, 2005: 89). Aún así, es con la aparición de Money cuando se ponen las bases epistemológicas de un nuevo paradigma teórico y práctico sobre los géneros y las sexualidades, con nuevos términos como «identidad de género» o «rol de género» y un amplio debate sobre su controvertida distinción entre «género» y «sexo» (Abiétar, 2019: 49; Faust-Sterling, 2006: 46-77; Gregori, 2015: 53-65). Según Suzanne Kessler (1998), toda la literatura publicada sobre menores intersexuales estaba escrita o co-escrita por un solo investigador: John Money. Así que no es de extrañar que tanto en Estados Unidos, como en el resto de países europeos –incluido España–, los protocolos fuesen exactamente los mismos.

¿Cuál fue la principal aportación de Money? Que la identidad de género es neutral en el nacimiento y en la infancia temprana, determinándose posteriormente por los genitales y la crianza. Por tanto, la identidad de género sería exclusivamente el producto de la crianza y la socialización y el papel de los genitales sería secundario como un marcador. Según esta teoría, la mente del niño sería como una pizarra en blanco y sin características inherentes de personalidad, mientras que la identidad de género dependería de la educación recibida. De manera que en los individuos se empezaría a forjar la conciencia del propio sexo a partir de los dieciocho meses y condicionados por el aprendizaje (Gregori, 2015: 49)

Posteriormente, Money entendería que las criaturas intersexuales debían someterse a procesos quirúrgicos para corregir su genitalidad y así desarrollar una identidad de género estable para garantizar su bienestar físico y psicológico. Las personas son psico-socialmente neutrales en el

nacimiento y, por lo tanto, el especialista puede efectuar una operación en el área genital para facilitar la crianza y el proceso de socialización de un bebé clasificado como niño o niña. De hecho, Money ha sido reconocido y conocido precisamente por eso: por corregir, cambiar, y diseccionar (Dreger, 1998: 349).

Uno de esos primeros experimentos que Money llevó a cabo es el caso John/Joan. Fue en los años sesenta con el nacimiento de dos gemelos idénticos y donde hubo que intervenir a uno de ellos. En Gregori encontramos esta historia documentada por John Money⁴⁵ en una revista académica de psicoanálisis en el año 1973:

«A los siete meses de edad uno perdió su pene accidentalmente durante una circuncisión por fimosis, al cauterizarlo con el bisturí. Atendiendo a supuestos culturales de género, un psiquiatra que le atendió hizo una valoración de lo que le pasaría a ese chico en el futuro: «No será capaz de consumar el matrimonio o de tener relaciones heterosexuales normales; tendrá que reconocer que es incompleto, físicamente defectuoso». Con la recomendación del equipo médico de la Johns Hopkins y tras la angustia inicial, los padres del niño decidieron educarlo como niña. A los diecisiete meses fue reasignado como niña, se le practicó una orquidectomía y se hizo la primera cirugía de neovagina; más tarde se le dio un tratamiento con esteroides para que se feminizara en la pubertad. El informe final resultó favorable: éxito total» (2015: 49).

Este experimento sirvió para crear un nuevo estándar en la pediatría que asentaba las bases para la realización de asignaciones de sexo como tratamiento estándar en miles de recién nacidos con genitales ambiguos. Tanto que hasta diseñó los protocolos de actuación que aún –en el años 2022– se siguen en los hospitales de muchos países (Gómez, 2018). El protocolo, incluido por Gregori (2015) parafraseando a John Money (1973), es el siguiente:

«Si nace un bebé intersexual y tiene cromosoma Y, su falo será examinado cuidadosamente. Si parece adecuado para los doctores o si piensan que ellos pueden hacer que lo parezca, el bebé será asignado como niño. Sin embargo, si mide menos de 2,5 cm al nacimiento, muchos especialistas la asignarán como niña, y usarán las cirugías y tratamientos necesarios para que parezca lo que ellos piensan que debería ser una niña. [...] Pero si el bebé nace sin un cromosoma Y, se le asignará inmediatamente como niña. Si el clítoris es mayor de 1 cm, los cirujanos lo reducirán quirúrgicamente porque piensan que molestará a los padres e interferirá la adecuada formación de género. Si según la opinión médica, no tiene una vagina suficientemente grande para ser penetrada por un pene, se construirá una quirúrgicamente. Del mismo modo se utilizarán hormonas si fuera necesario para que desarrolle pechos» (Gregori, 2015: 50-51).

Como dice Alice Dreger (1998), lo importante para este profesional era arreglar ese cuerpo diferente para encajarlo en el sistema dicotómico o binomial del género/sexo y sin dar demasiada

⁴⁵ Información publicada por John Money en el artículo con el título: «Gender role, gender identity, core gender identity: Usage and definition of terms» en la *Journal of American Academy of Psychoanalysis* en 1973.

información a los familiares sobre la condición original y sobre el proceso ya que confundiría o complicaría la comprensión de género de la familia y la confusión del paciente respecto a su identidad de género (1998: 20). Este caso marcaría un referente para el tratamiento de las intersexualidades en todo el mundo occidental, incluyendo a los protocolos españoles de aquellos años. Es más, Gregori (2015) destaca la influencia y el impacto que tuvo no solo en el campo de la medicina o la psicología, sino también en áreas como la sociología e incluso en los movimientos feministas estadounidenses de la década de los setenta:

«Durante esta década, el movimiento feminista lo citaba como prueba viviente de que la diferencia entre los sexos se debía exclusivamente al condicionamiento cultural y no a la biología (Sargent, 1977; Tavris *et al.*, 1977; Weitz, 1977; Frieze *et al.*, 1978; Unger, 1979). La revista *Time* ofrecería un extenso informe del proceso, asegurando que «este dramático caso [...] proporciona un apoyo muy fuerte al movimiento de liberación de mujeres: que los patrones convencionales de comportamiento masculino y femenino pueden alterarse» (*Time*, 8 de enero de 1973: 34) (Gregori: 2015: 50).

Por otra parte, en el contexto del Estado español fue aprobada una ley (1970) que durante décadas marcaría los recorridos de todas esas personas que también en el siglo XX fueron vigiladas y castigadas (Foucault, 1975) por los diferentes aparatos normativos (jurídico y clínico):

«[...] Como consecuencia de la Ley de Peligrosidad y Rehabilitación Social, aprobada en 1970 como una respuesta reaccionaria del régimen a la «deriva» moral de la sociedad española, todavía existían internados para «vagos y maleantes», y también internados especializados en el «tratamiento» y «rehabilitación» de personas homosexuales), [...] En el mismo año en que se aprobaba la lPrS, Fernando Chamorro publicaba un estudio de doscientos «delincuentes homosexuales» realizado en la Central de Observación de Carabanchel. Este trabajo se enmarca dentro del esfuerzo del régimen por convertir la *peligrosidad social* en un objeto de estudio a cartografiar a través del análisis de personas «anormales», labor que los psiquiatras ya intentaban desde la Segunda República con el Servicio de Biología Criminal. Aquellas personas consideradas enfermas mentales siempre entraron en este ideario de peligrosidad social» (Abiétar, 2019: 59).

Además, en estas circunstancias, «la medicina estaba ya técnica y epistemológicamente preparada para recibir un nuevo concepto: la transexualidad». Con la transexualidad en escena se producía, durante el siglo pasado, «la primera ruptura entre sexo biológico y sexo psicosocial» (Grau, 2014: 149; Abiétar, 2019: 50). Dirá Abiétar (2019):

«En España, tras la muerte de Franco y con la llegada de la transición a la democracia, el concepto de *transexualidad* sería aceptado desde la década de los 80 hasta los primeros años del siglo XXI. Un periodo en el que en el imaginario popular se encontraban entrelazados de forma ambigua los conceptos *travesti*, *transsexual* y *homosexual*, a pesar del desarrollo médico de nuevas explicaciones para la identidad sexual, [...]. En nuestro país, la cirugía de reasignación

genital no dejó de estar penada con la cárcel hasta 1981, si bien es cierto que numerosos médicos ya la realizaban antes en la clandestinidad, o incluso era llevada a cabo en el extranjero para aquella minoría que tenía recursos suficientes. La mayoría de mujeres transexuales de la época construían sus identidades y cuerpos al margen de la mirada médica» (Abiétar, 2019: 51-53).

Y es que, según Anne Fausto-Sterling, la clasificación de las diferencias corporales se enmarca en un debate político más amplio sobre las diferencias de los sujetos. Fausto-Sterling afirma que los debates sobre la igualdad de los sexos y los derechos de las mujeres del siglo XX, produjeron definiciones más estrictas del hermafroditismo y así, «cuanto más se radicalizaba la contestación social de la separación entre las esferas masculina y femenina, más médicos insistían en la división absoluta entre masculinidad y feminidad» (2006: 58). Por eso, subraya que la concepción cultural de la masculinidad y la feminidad, el género, guía la clasificación sexuada de los cuerpos, como cuerpos de hombre o de mujer. En este sentido, Fausto-Sterling dirá:

«Subyacen asunciones no discutidas: primero, que debería haber sólo dos sexos; segundo, que sólo la heterosexualidad era normal; y tercero, que ciertos roles de género definían al varón y la mujer psicológicamente saludables. Estas mismas asunciones continúan proporcionando la justificación para la «gestión médica» moderna de los nacimientos intersexuales» (2006: 63).

Es decir, la división diádica de los géneros preside el dimorfismo de los sexos. Frente a la idea de que es la naturaleza y la sexuación corporal la que determina la dualidad de los géneros, lo que podemos afirmar al analizar la historia de la intersexualidad y de su tratamiento médico y cultural es que son las interpretaciones sociales y culturales acerca de lo que sean los sexos las que determinan el modo de concebir los cuerpos sexuados de los sujetos. Bajo la premisa de que todos los recién nacidos, intersex y endosex, son psicosexualmente neutrales al nacer y en su primera infancia —y debido a que la identidad de género es producto de un proceso de socialización— se podría producir el género si se consigue una anatomía sexual normativa. O sea, que los genitales sean estéticamente correctos. Para ello se necesitará un tratamiento de normalización quirúrgica y hormonal. Como dirá Judith Butler, las normas del reglamento del género poseen sus propios instrumentos de imposición (Butler, 2010: 67-88).

Ahora bien, si a partir de 1955 se definió el modo de actuar ante casos de hermafroditismo o de intersexualidad por parte de la biomedicina, la mayoría de estos cuerpos se entregarían, por primera vez, a un proceso de medicalización obligatorio impuesto por la clínica bajo la creencia de que estéticamente solo eran válidos dos tipos de cuerpos. Ahora sí, las consecuencias del modelo de la diferencia sexual del s. XVIII llevaría no solo a naturalizar dos tipos de cuerpos sexuados en el s.

XX sino a hacer encajar todos los demás en esa sexuación dicotómica.

3.1 Diagnósticos, protocolos y heteronormatividad⁴⁶

¿Cómo se ha llevado a cabo el proceso de normalización de las corporalidades no binarias?, ¿cómo se ha procedido a actuar en la mayoría de hospitales?, ¿cuáles han sido los modos de actuar y modificar cuerpos que cuesta sexuar? Veamos aquí en qué se han basado los protocolos de actuación ante casos de intersexualidad.

En primer lugar, ¿cuáles son las intersexualidades más frecuentes?, ¿qué diagnósticos suelen recibir las personas adultas o los familiares de criaturas y menores? Según Fausto-Sterling, los tipos de intersexualidad más corrientes son: la hiperplasia afrenocortical congénita, el síndrome de insensibilidad androgénica, la disgénesis gonadal, el hipospadias y las composiciones cromosómicas inusuales como XXY (síndrome de Klinefelter) o XO (síndrome de Turner)⁴⁷. A su vez, dirá que el llamado «hermafroditismo verdadero» combina ovarios y testículos. Cuando habla de hermafroditismo verdadero se refiere o a la combinación en un mismo cuerpo de ovarios y testículos o a la existencia de ovotestículos –cuando ovarios y testículos están juntos en un mismo órgano– (2006: 71). De hecho, pueden producir óvulos o espermatozoides, estrógenos o andrógenos. Por lo tanto, aunque no hay datos confirmados de personas intersex que se hayan reproducido o hayan dado lugar a que se reproduzcan otros cuerpos, biológicamente sí sería factible (2006: 71-72).

⁴⁶ El objeto de estudio intersexualidad, a lo largo del s. XX en el Estado español, ha estado directamente relacionado con ensayos clínicos y teorías desde la biomedicina y las ciencias de la salud. Siempre considerando las corporalidades intersex como enfermas y, por tanto, merecedoras de tratamientos e intervenciones. La literatura publicada en castellano más allá de esta mirada patológica ha sido muy escasa por no decir inexistente. Por eso, la mayoría de ensayos en los que me baso pertenecen ya al siglo XXI y son los que he querido trasladar a este trabajo de investigación. Las referencias en las que me he apoyado han tenido siempre un compromiso con un cambio en la mirada del objeto de estudio, denunciando las violencias y cuestionando un sistema sexual binario excluyente y discriminatorio, y tratando de favorecer una perspectiva política y feminista. Con ello pretendo justificar la inclusión, en el centro del análisis, de unas teorías y aportaciones (más críticas hacia la biomedicina) y no de otras (estrictamente patológicas). Mis referencias han sido, primordialmente, Francisco Vázquez, Richard Cleminson, Rosa María Medina, Anne Fausto-Sterling, Nuria Gregori, Dau García-Daude, Paul Preciado, o Daniel J. García. Más recientemente, desde la biomedicina social ha aparecido Daniel G. Abiétar (2019) y, desde la antropología médica, la de Sam Fernández (2020).

⁴⁷ Aquí, aunque menciono algunos de los diagnósticos más frecuentes en caso de intersexualidades porque considero que es importante conocerlo, mi objetivo a lo largo de todo el trabajo será el de reivindicar la despatologización de las corporalidades intersex. En este sentido, he decidido hacerlo porque entiendo que esa categorización, hasta la actualidad, ha sido la principal fuente de las discriminaciones y violencias que han sufrido nuestras corporalidades por el hecho de no encajar en el modelo dicotómico sexual. Y aunque considero que es importante conocer cómo es tu cuerpo para estar informad* de su desarrollo, de sus posibilidades, y descartar cualquier problema de salud que pudiera aparecer –como en cualquier cuerpo endosex–, también me gustaría denunciar que esta enumeración de diagnósticos (existen más de setenta) están cargados, aún en el 2022, de un contenido negativo y discriminatorio que hacen menos válidos a todas esas corporalidades marcadas y, por tanto, que continúa silenciándolas e invisibilizándolas. Por estos motivos, a lo largo de esta tesis trataré de utilizarlos lo menos posibles y sólo lo haré en casos excepcionales que sea necesario para la comprensión de las aportaciones teórico-metodológicas.

¿Qué pasos han tendido a dar la mayoría de profesionales de la salud a lo largo del siglo XX? Vázquez y Cleminson apuntan que, en la época entre 1930 y 1970, considerada por ellos como el paso del «sexo verdadero» al «sexo simulacro», lo que ocurría en el Estado español ante casos dudosos de intersexualidad era lo siguiente:

«El empeño de los médicos en tranquilizar a los padres interviniendo quirúrgicamente a los bebés intersexuales para darles una apariencia sexual aceptable (de hembra o de varón), Muestra el estatuto sorprendente de una ciencia que intenta ocultar la verdad de los hechos (la intersexualidad) para ajustarse a la rectitud de unos valores (De una moral hetero normativa que obliga a vincular a la persona con un sexo en exclusiva). Se trata de responder a la angustia de los padres adecuando lo que se ve (los genitales) con lo que se dice (los significantes asociados convencionalmente a cada sexo), haciendo pasar como constatativo (información sobre hechos) lo que funciona como performativo (la reiteración prescriptiva de las diferencias entre los sexos)» (2012: 236).

Aportando una panorámica de lo que ocurría a nivel internacional y que tendía a ser el *modus operandi* de todos los hospitales de occidente, Fausto-Sterling dirá que los médicos informan (y no en todos los casos) a las familias de que la criatura tiene un defecto de nacimiento y que necesitarán un poco de tiempo para saber, entre otros detalles, si es niño a niña. Aún así, se aseguraba que podían identificar el sexo verdadero escondido bajo la confusión superficial que se observaba en los genitales. A partir de ahí, se activarán los tratamientos pertinentes que podrán llevar a término la intención de la naturaleza. Ante estas situaciones, dirá:

«Los médicos todavía aplican las categorías decimonónicas de hermafroditas “verdaderos” y “seudohermafroditas”. Puesto que la mayoría de intersex encaja en la segunda categoría, los médicos piensan que un bebé intersexual es “en realidad” un niño o una niña. Money y otros especialistas formados en este enfoque, prohíben pronunciar la palabra *hermafrodita* en la conversación con los progenitores y para evitarla emplean una jerga más técnica, como “anomalía de los cromosomas sexuales”, “anomalía gonadal”, o “anomalía de los órganos externos” con lo que se comunica que los intersexos son inusuales en algún aspecto de su fisiología, y no que constituyen una categoría sexual aparte, ni masculina ni femenina» (2006: 71).

Entre otros argumentos, el discurso biomédico ha tendido a asociar la intersexualidad con un fallo en el proceso normal de desarrollo del feto. Cualquier combinación que no responda a la secuencia entendida como normal en la diferenciación sexual será juzgada patológica (Fausto-Sterling, 2006: 105). En el nacimiento de un bebé con genitales ambiguos hay que proceder, en un plazo medio de setenta y dos horas tras el nacimiento (Piró, 2001: 129), al diagnóstico y a la fijación del sexo a producir a través de cirugía normalizadora o correctiva de urgencia. A eso, Fausto-Sterling añade:

«[...] No hay tiempo que perder en reflexiones sosegadas o consultas con los progenitores. No hay tiempo para que los nuevos padres consulten a otros que hayan tenido hijos de sexo mixto antes que ellos o hablen con intersexuales adultos. Antes de veinticuatro horas, el bebé debe abandonar el hospital con un solo sexo, y los progenitores deben estar convencidos de que la decisión ha sido la correcta» (2006: 65).

Además, todo dependerá de la una regla aplicada sobre el tejido eréctil de las medidas del falómetro⁴⁸ (Fausto-Sterling, 2006: 81-84). Se presume la heterosexualidad coitocéntrica, pues tal y como exponía el protocolo Money, se trata de ser penetrada. Es decir, la vagina ha de poseer una medida adecuada para acoger un pene normativo. A su vez, en algunas ocasiones, dirá Adela Rovira, cuando las medidas se sitúan dentro de lo inaceptable, se realizan pruebas. Se administran hormonas para comprobar si el pene del recién nacido podrá desplegar su capacidad sexual en la pubertad, cuando las hormonas las genere el propio cuerpo. Siempre con el objetivo de comprobar si podrá ser un pene eréctil que pueda penetrar una vagina (Rovira, 2003: 34). Por otra parte, la construcción de neovaginas, realizadas a partir del colon o de injertos de piel, implica un mantenimiento de la intervención a través de la dilatación periódica: al menos durante quince minutos, dos veces al día durante varios años, para que el tejido no se atrofie (Kessler, 1998: 49).

De nuevo, bajo la idea de la heterosexualidad como paradigma principal, el objetivo es construir una vagina lo suficientemente grande como para albergar a un pene, es decir, una vagina estética y funcionalmente correcta, aunque perseguir este objetivo implique la eliminación del placer a través de la reducción del clítoris (Fausto-Sterling, 2006: 111-112). Es decir, la heteronormatividad, como régimen político, tiene un peso fundamental en la transformación de los cuerpos. Incluso, fomenta los argumentos sobre la existencia de dos tipos de cuerpos estrictamente normativos y, por ende, la intervención de los que no encajan. Según Nuria Gregori (2015):

«Nuestro modelo de sexo/género reconoce, a priori, sólo dos clases de personas: una con anatomía y capacidad reproductora «femenina», con comportamiento «femenino» y atracción sexual hacia los hombres; y otra con anatomía y capacidad reproductiva «masculina», con comportamiento «masculino» y que siente atracción sexual por mujeres. Los dualismos biológicos hombre XY/mujer XX, con sus cuerpos diferenciados, sus estereotipados roles y comportamientos típicamente masculinos o femeninos se imponen naturalizándose y normativizándose, aunque las evidencias, tanto científicas como vivenciales, no los soporten»

⁴⁸ El falómetro fue un recurso didáctico creado por activistas intersex cuando empezaron a levantar la voz y a luchar por cambiar la práctica médica, sobre todo para acabar con la cirugía genital infantil. Hicieron una regla que representa los rangos de tamaños fálcos para niños y niñas recién nacidos. El tamaño de un clítoris aceptable, de un pene aceptable, y en el medio las medidas inaceptables que habría que corregir. Lo crearon para denunciar esa situación porque esas medidas existían de verdad y en base a ellas se llevaban a cabo las intervenciones, las mutilaciones la mayoría de veces. El tamaño normal del clítoris al nacer varía entre 0,2 cm y 0,85 cm y el del pene de 2,5 a 4,5cm. Lo del medio sería lo corregible.

(2015: 119).

Quizás por eso, no es de extrañar que otro factor importante a la hora de decidir qué hacer con un cuerpo no normativo es que los médicos continúen teniendo en cuenta las finalidades reproductoras y reproductivas. Bajo estas evidencias, un cuerpo no reproductivo no es un cuerpo igual de válido que un cuerpo que sí lo es. Según apunta la activista intersex, Cheryl Chase (2000):

«Si se trata de ponderar males, producir un cuerpo vagamente de mujer, infértil, que no menstrua, que quizás carezca de función sexual, sin placer, con dolores genitales, ¿es más doloroso que tener un pene pequeño? Quizás lo que se esconde en el fondo es que el dolor de la mujer se encuentra minusvalorado» (2000: 124).

Aunque –como se ha indicado antes– algunas corporalidades hermafroditas no son necesariamente infértiles. De todos modos, siguiendo a Chase, se evidencian también las razones técnicas que subyacen a las decisiones médicas sobre la asignación de sexo masculino o femenino. Así, según explica Fausto-Sterling: «crear un chico es difícil. En cambio, crear una chica es mucho más fácil. No hace falta construir nada: sólo hay que sustraer el exceso de masculinidad» (2006: 81). De alguna forma, socialmente está más castigada esa falta de virilidad cuando aparentemente eres leído como macho. Por lo tanto, parecería que si no tienes un pene de un tamaño lo suficientemente normativo, quizás sea más sencillo siguiendo el orden patriarcal que –en caso de duda– prevalezca la idea de construir unos genitales que encajen en la idea de feminidad y, posteriormente, el aparato farmacológico se encargará de hacer todo lo demás. Además, tal y como recetaba Money, es importante que tenga lugar un proceso de socialización acorde para que se produzca un desarrollo psicosexual favorable.

Otra consecuencia, tiene que ver precisamente con el aspecto psicológico y es el daño psicosocial. Un perjuicio que se va incrementando a medida que se genera el tabú sobre un cuerpo menos válido, sobre un cuerpo enfermo, y que, en muchas ocasiones, desencadena en un trauma posterior relacionado con el silencio recetado y la ausencia de referentes (Gregori, 2015: 149). La mayoría de familias de criaturas intersex suelen preguntarse la frecuencia con la que nacerían bebés intersex y si podrían establecer contacto con otras personas que estén en su misma situación. Durante mucho tiempo, los profesionales sanitarios han acostumbrado a clasificar a las personas intersex como casos urgentes y no suelen estar enterados de los recursos disponibles. A menudo se han limitado a decir que la condición es muy rara por lo que no se encontrarían a otros en circunstancias similares (Fausto-Sterling, 2006: 71-72).

Añado a continuación una situación personal que tuvo lugar en un hospital del País Vasco en el año 2018 mientras mantenía una conversación con un profesional de la medicina. Yo mencioné la importancia que tiene para las familias y las personas intersex el asesoramiento sobre otros recursos desde la clínica y la respuesta de la otra persona fue *que el trabajo de los médicos no era el de informar sobre la existencia de asociaciones y grupos de todos los pacientes con todos los diagnósticos diferentes que pasaban por los hospitales a diario.*

Por tanto, esta idea de urgencia es otra de las advertencias más comunes que aparecen en los protocolos y en los discursos que se transmiten a las familias y personas adultas intersex. Una urgencia que, a menudo, es acompañada de palabras como “problema de salud”, “cáncer” o “tumorización” además de esa necesidad de sexuar a un cuerpo. Como ya expresara Charyl Chase en el artículo de 1998 *“Hermaphrodites with Attitude: Mapping the Emergence of Intersex Political Activism”*:

«El nacimiento de un bebé intersexual, hoy en día, se considera una «emergencia psicosocial» que lleva a actuar a un equipo multidisciplinar de especialistas intersexuales. [...] El equipo examina al bebé y elige o bien varón o bien mujer como un «sexo de asignación» y entonces informa a los padres de que ese es el «verdadero sexo» del recién nacido. La tecnología médica, incluyendo cirugía y hormonas, es entonces utilizada para hacer que el cuerpo del bebé se conforme lo máximo posible a ese sexo» (Chase, 2005: 89⁴⁹).

Lo que parece ser evidente, es que los profesionales médicos siguen teniendo un lugar central en el proceso de atención y son el primer recurso al que familias y personas intersex acuden. Esto no quiere decir que no debamos considerar las limitaciones e ideologías que circulan por estas instituciones y entre las personas que los componen. Como apunta Gregori (2015):

«Una de las mayores limitaciones médicas se continua situando en este campo de la normatividad sexual. [...], que considera «anormales» todos los cuerpos que escapan del binomio “macho/hembra”, “hombre/mujer”, entendiendo como hombre la combinación de cromosomas XY, testículos, pene, etc., y como mujer la combinación de cromosomas XX, ovarios, vagina, etc. Sabemos que estos presupuestos ordenan toda la práctica asistencial y la dirección de los tratamientos. Si, gracias a las mejoras tecnológicas, cada vez se hace más posible imitar el dualismo, ¿qué necesidad tenemos de cuestionar la creencia en el dimorfismo sexual?» (2015: 341).

En los distintos territorios del Estado español, se ha ido cumpliendo lo que Gregori defendía en el año 2015: «nuestra hipótesis es que van a ser las y los propios pacientes quienes progresivamente van a obligar a sus médicos a reciclar sus creencias sobre el sexo/género y la sexualidad» (2015: 341). Porque, un cambio en un modelo de atención centrado en el paciente, nunca terminará de ser

⁴⁹ Texto recopilado y traducido del ensayo “El eje del mal es heterosexual” (2005).

posible si: «por mucha formación que adquirieran los nuevos residentes en genética molecular y en habilidades de comunicación, [...] estas creencias permanecen intactas (2015: 342)». Y aunque existe una cierta resistencia a valorar e incorporar los conocimientos de los pacientes por parte de los profesionales de la salud, empiezan a florecer en algunos puntos⁵⁰ del Estado español los equipos que, al menos, se muestran receptivos a escuchar las voces de personas activistas con el objetivo de generar cambios en la atención.

Por último, a nivel personal considero importante concluir este apartado exponiendo la primera historia de discriminación que sufrió una mujer, por ser intersex, en el mundo del deporte y que alcanzó una importante repercusión internacional. Sin duda, el s. XX acababa con una triste noticia para la comunidad intersex del Estado español. También para las deportistas olímpicas que no pasasen los controles de feminidad. Una atleta gallega, María José Martínez Patiño, fue obligada a abandonar los Juegos Olímpicos de Seúl de 1988. El motivo: no encajar en la idea dicotómica de corporalidades masculinas o femeninas.

Martínez Patiño se había identificado durante veinte años como una mujer hasta que, de repente, en el mejor momento de su carrera como atleta profesional, la obligaron a pasar por unos controles médicos que parecían indicar que ya no era tan mujer. Que quizás era un hombre. Que tenía un desorden. Algo raro, difuso. Una anomalía que lo ponía todo patas arriba. Su historia, que fue publicada en “Cuerpos Sexuados” (2006) por Anne Fausto-Sterling, es la siguiente:

«¿Macho o hembra? Con las prisas y la emoción de la partida hacia los juegos olímpicos de 1988, María Patiño, la mejor vallista española, olvidó el preceptivo certificado médico que debía dejar constancia, para seguridad de las autoridades olímpicas, de lo que parecía más que obvio para cualquiera que la viese: que era una mujer. Pero el Comité Olímpico Internacional había previsto la posibilidad de que algunas atletas olvidaran su certificado de feminidad. Patiño sólo tenía que informar al “centro de control de feminidad”, raspar unas cuantas células de la cara interna de su mejilla, y todo estaría en orden... o así lo creía. Unas horas después del raspado recibido una llamada. Algo había ido mal. Pasó un segundo examen, pero los médicos no soltaron prenda. Cuando se dirigía al estadio olímpico para su primera carrera, los jueces de pista le dieron la noticia: no había pasado el control de sexo. Puede que pareciera una mujer, que tuviera la fuerza de una mujer, y que nunca hubiera tenido ninguna razón para sospechar que no lo fuera, pero los exámenes revelaron que las células de Patiño tenían un cromosoma Y, que sus labios vulvares ocultaban unos testículos. Es más, no tenía ni ovarios ni útero. De acuerdo con la definición del COI, Patiño no era una

⁵⁰ Hospital de la Paz (Madrid), Hospital Vall d’Hebron (Tarragona), y Hospital de Donostia (San Sebastián), entre otros. Aún así, el principal centro de referencia de personas LGTBI+, que tiene mayor relevancia en el Estado español, es Trànsit (Barcelona). Es un servicio ubicado en la atención primaria, en el que existe un equipo multidisciplinar (comadrona, trabajadora social, ginecóloga, médico de familia, psicólogas y un administrativo / agente de salud), que proporcionan información, asesoramiento y un acompañamiento respetuoso a las personas trans*, también a personas intersex y LGB.

mujer. En consecuencia, se le prohibió competir con el equipo olímpico femenino español. Las autoridades deportivas españolas le propusieron simular una lesión y retirarse sin hacer pública aquella embarazosa situación. Al rehusar ella esta componenda, el asunto llegó a oídos de la prensa europea y el secreto se aireó. A los pocos meses de su regreso a España, la vida de Patiño se arruinó. La despojaron de sus títulos y de su licencia federativa para competir. Su novio la dejó. La echaron de la residencia atlética nacional y se le revocó la beca. De pronto se encontró con que se había quedado sin su medio de vida. La prensa nacional se divirtió mucho a su costa. Como declaró después, “se me borró del mapa, como si los doce años que había dedicado al deporte nunca hubieran existido⁵¹».

Esta es la historia pública de María José. También la de otras deportistas que se mantienen en el anonimato. Yo me enteré de este suceso unos cuantos años después de recibir mi diagnóstico. Habían transcurrido más de veinte años de aquella injusticia. Mi situación fue diferente a la suya: mientras que su secreto se aireó, el mío no salió de casa. Parecía que, el cambio de siglo no había traído el fin ni los protocolos intervencionistas ni de la receta del silencio. En la actualidad, conozco a María José. Además de seguir siendo entrenadora y deportista, es doctora-investigadora en Ciencias del Deporte por la Universidad de Vigo. Fue una de las primeras personas intersex con las que contacté cuando emprendí mi búsqueda de un grupo de iguales. Conocer su historia —la íntima— me impulsó, además, a desarrollar este proyecto de investigación y a querer hacerlo en un ejercicio colaborativo, a partir de los soliloquios corporales de las otras intersex.

4. Biomedicina contemporánea: muchas sombras y algunas luces

Hasta hace unos años, las principales referencias en el campo de los estudios intersex y la identidad sexual en el Estado español eran Richard Cleminson, Rosa Domenech o Francisco Vázquez y sus estudios acerca del sujeto hermafrodita del siglo XX. Más adelante, ya en el año 2015, aparecía la tesis de Nuria Gregori (2015) “Encuentros y Des-encuentros en torno a las Intersexualidades/DSD: Narrativas, Procesos y Emergencias” que ha sido hasta el momento uno de los trabajos de referencia dentro del Estado español en cuestión de intersexualidades.

Hoy, después de los cambios sociales y políticos que han venido produciéndose desde hace un lustro, aunque todavía son pocos los ensayos que incluyen la diversidad afectivo-sexual, corporal y de género en la formación en ciencias de la salud, los que hay son muy completos y analizan con perspectiva crítica la situación de la medicina actual y su relación con el objeto de estudio intersex. Por eso, yo he decidido centrarme en los siguientes: Daniel G. Abiétar (2019), Sam Fernández

⁵¹ Este es un breve resumen de la historia pública de María José Martínez Patiño, escrito por Anne Fausto-Sterling e incluido en el libro “Cuerpos Sexuados” (2006).

(2021), y Nerea González (2021).

En primer lugar, el ensayo “¿Sólo dos?: la medicina ante la ficción política del binarismo sexo-género” (2019) de Daniel G. Abiétar. Un trabajo en el que Abiétar analiza el modelo de atención sanitaria a las personas trans y reflexiona, desde su posición como profesional de la medicina, acerca del problema de imponer sistemáticamente el marco masculino/femenino a cuerpos disidentes como es el caso de los intersex.

En segundo lugar, también me gustaría recoger el trabajo “Estudio del proceso clínico-asistencial vivido por menores con un desarrollo sexual diferente y sus familias en Euskadi” de Nerea González (2021), investigadora y cirujana del Hospital de Donostia. La tesis doctoral de González ha sido co-dirigida por mi directora, Jone Miren Hernández, y en ella se ha descrito, por primera vez, una muestra representativa de los casos de intersexualidades atendidos en el ámbito hospitalario del sistema público de salud de la Comunidad Autónoma Vasca (el único centro hospitalario que no participó fue el Hospital Universitario de Cruces). Además, se ha llevado a cabo una valoración del proceso asistencial vivido, a partir de una encuesta cuantitativa realizada con familiares de menores intersex.

En tercer lugar, quiero mencionar la tesis doctoral de Sam Fernández (2021) “La clínica intersexual como ‘zona de contacto’. Binarismo sexual, saberes expertos y otras Artesanías Biológicas en la clínica española contemporánea”. Un trabajo realizado desde el ámbito de la antropología de la salud. Este último, es el trabajo más reciente que incluye un análisis cualitativo sobre la situación de las intersexualidades en la clínica del Estado español. Además, junto al elaborado por Nuria Gregori (2015), es el único que cuenta con la participación y el apoyo de la comunidad intersex española y que muestra, a través de entrevistas en profundidad, la versión y perspectiva de profesionales de la salud que trabajan las intersexualidades en su día a día.

4.1 La “todopoderosa” medicina

La medicina, como institución, y los equipos médicos, como ejecutores de los dictámenes de esa institución, siguen mostrando importantes resistencias a la hora de incorporar nuevos discursos que tienen que ver con las identidades sexuales. La artista⁵² médica La Santamari(c)a, en el prólogo del libro de Daniel G. Abiétar (2019), tratando de hacer un paralelismo entre la diversidad de carreras universitarias y la sexualidad, se pregunta: «¿cuántas carreras de ingeniería serías capaz de

⁵² Artista: artista, performer y activista política

nombrar? Tantas como imagines. Y aún más que quedan por inventar. Es «natural». A medida que un saber crece, se compartimenta. Pero, medicina, no. Medicina: Una, Grande y Libre» (2019: 3).

Traeré al centro del análisis, en este caso, un acontecimiento personal por si sirviera de ejemplo: «Era noviembre de 2019. Yo me había citado con una persona, profesional de la salud, en un despacho de una Facultad de Medicina de una ciudad de Castilla y León. Mi objetivo era hacerle una propuesta para impartir una charla sobre intersexualidades dirigida al alumnado de su asignatura. Previamente, esta persona había accedido a que nos entrevistásemos. Me presenté: «soy doctoranda de un programa de Estudios Feministas, vengo de la Universidad del País Vasco, y mi objeto de estudio de la tesis son las intersexualidades». No pude decir nada más. Aún sin mencionar que estaba atravesada por la intersexualidad, obtuve el no más rotundo que me han dado hasta la fecha: *De este tema aquí, en esta facultad, no se puede hablar. Imposible, es propiedad de cierto pediatra. Y si lo hicieras no puedes mencionar que vienes del País Vasco y, aún menos, que estás dentro de un programa de doctorado de Estudios Feministas.* Esa advertencia venía de una persona médica, que parecía no tener potestad sobre lo que se imparte y lo que no dentro de su asignatura y que, además, según me contó con posterioridad, había sido señalada en diferentes ocasiones por sus colegas de profesión. Todo por atreverse a hablar en su asignatura de temas como el aborto, los métodos anticonceptivos, la menstruación, o el placer sexual».

Esta situación me ha hecho recordar una de las cuestiones que indicaba Nuria Gregori (2015) sobre cómo en el Estado español siguen vigentes las resistencias de los sanitarios a valorar los conocimientos de los pacientes: «en algún momento se erigió al personal médico como autoridad única y hoy persiste ese aprendizaje» (2015: 341). Si los conocimientos de personas pacientes no han sido muy aceptados en algunos contextos, las aportaciones de profesionales e investigadores psicosociales no han tenido mucho más éxito. La Santamari(c)a (2019), desde su posición personal, afirma:

«Hay una suerte de mística en decir que eres “médico”. La sociedad te sube a un pequeño pedestal. Siempre he pensado que, en gran parte, estudiamos seis años sólo para eso. Por el valor performativo, por el poder. A fin de cuentas, nuestras decisiones afectan a esferas muy importantes de los pacientes y, en esa relación tan jerárquica que se establece con ellos, necesitamos que la asimetría quede bien definida. Que quede claro que somos semidioses» (2019: 9-12).

La experiencia me ha hecho constatar, además, la influencia que sigue teniendo en muchas facultades públicas de medicina la iglesia católica. La situación vivida en aquel despacho no era

nueva para mí. De hecho volvería a repetirse en más ocasiones durante mi recorrido personal y académico. Casualidad que siempre fuera por el mismo motivo: las resistencias a los cambios que vienen desde fuera de la clínica en cuestiones de sexualidad y la relación jerárquica que se establece entre los profesionales de la salud y todos lo demás.

Los avances médicos en cualquier campo son notables, se producen constantemente. Pero, aún así, en el tema de la sexualidad, en concreto, sigue prevaleciendo la mirada científica sobre cualquier avance social. La influencia de la iglesia católica española siempre ha estado a la sombra de la medicina imponiendo su moralidad, especialmente hacia el papel de las mujeres. Daniel G. Abiétar sitúa la creación de lazos fuertes entre la biomedicina y la iglesia, a la hora de controlar la sexualidad dentro del Estado español, después de la guerra civil. Según Abiétar:

«[...], durante los años cuarenta, la construcción de la ciencia (y la psiquiatría con ella) en torno a la fe católica tuvo como efecto inmediato la reducción de lo sexual al ámbito de la reproducción. Las publicaciones al respecto reforzaban una única realidad legítima, aquella que fuera heterosexual y estrictamente binaria» (2019: 29).

En 1955, de hecho, se creó el Patronato Nacional de Asistencia Psiquiátrica, y con la aparición de este órgano vino también la dificultad de reformar el oscurantismo y la estigmatización que sufría la psiquiatría y la población psiquiátrica, ya que los cambios no gustaban a distintas órdenes religiosas. La Santamarica insiste, además, en como la medicina se ha mostrado siempre reacia a incorporar otros saberes considerados menos científicos:

«[...], la historia de la medicina contemporánea es la historia de la supresión de saberes y figuras que la precedieron. Existen, por ejemplo, numerosas investigaciones antropológicas que vinculan el chamanismo a las identidades no binarias, los ritos paganos de sanación al travestismo... Las brujas, sin ir más lejos, son en parte las «aborteras» medievales villanizadas a lo largo de los siglos. [...] Recuperar esos saberes y reivindicar su validez debería ser una tarea tan urgente como promover la diversidad de género en las instituciones médicas. Es decir, hemos de feminizar las instituciones, pero también los saberes que emanan de ellas» (2019: 9-12).

Es importante seguir recordando que la historia de la psiquiatralización está llena de brujas, de personas con identidades no binarias, de travestis e invertidos que han sido psiquiatrizados de forma sistemática con el objetivo de ser silenciados, encerrados y disciplinados por su “condición”. Y que esta relación, lejos de haber sido superada, aún sigue estando muy viva en la sociedad actual.

4.2 Procesos asistenciales: entre grietas y aperturas

Me centraré ahora en rescatar algunos de los datos y conclusiones obtenidas en el estudio realizado por Nerea González (2021) en la Comunidad Autónoma Vasca.

Voy a comenzar recogiendo algunas reflexiones relacionadas con la valoración del proceso clínico-asistencial vivido por parte de los menores y de las familias de los mismos. En este punto, las conclusiones que presenta el estudio son las siguientes: «la mayoría de las personas encuestadas no había oído hablar ni de su condición específica ni de las intersexualidades»; «la información facilitada por el equipo médico, [...] no acaba de ser lo suficientemente concisa y detallada como para ser la principal fuente de información»; «el diagnóstico, [...] le ha marcado y ha condicionado su vida diaria y familiar». Asimismo, «la mayoría de los elementos susceptibles de mejora, [...] están vinculados con aspectos relativos a la información recibida y el acompañamiento de la familia/paciente a lo largo del proceso asistencial». Los familiares y personas encuestadas, además, «coinciden en recalcar la falta de apoyo psicológico familiar, tachándolo de poco estandarizado y dependiente del facultativo» (2021: 220-222).

Uno de los temas más complicados y objeto de polémica para la comunidad intersex es, como ya he ido mencionando a lo largo de la tesis, las mutilaciones genitales realizadas a bebés y a menores intersex al nacimiento o en la edad temprana. Sobre esta realidad, dirá González que,

«el abordaje precoz sigue siendo en la actualidad la recomendación generalizada. En contraposición, están en auge posicionamientos que cuestionan las cirugías a nivel genital en edad pediátrica, por la ausencia de consentimiento individual y se propone la abstención terapéutica como opción válida en casos señalados, en los que se persigan objetivos más estéticos que funcionales y siempre con un acompañamiento psicológico al paciente y familia» (2021: 225).

Además, en este trabajo, según González, se evidencia que «ante la proposición de un procedimiento quirúrgico donde los objetivos tendrían que ser la mejora de la funcionalidad y la ausencia de problemas de salud futuros» (2021: 225) en estas situaciones se entremezclan ideología y ordenamiento social. Por tanto, otra de las cuestiones problemáticas –unido a la asignación de un sexo social u otro al nacimiento tras observar la genitalidad para poder inscribirlo cuanto antes en el registro civil lo que acelera los protocolos quirúrgicos– es cuánto de ideología y de subjetividad hay en las recomendaciones de los profesionales de la salud. Según González:

«se presuponen dogmas y relaciones que carecen de causalidad real: la penetración como factor medible de función sexual, la heterosexualidad obligatoria, la identidad sexual

dicotómica y estable, la imposición de una orientación sexual en términos binarios o el hecho de mezclar conceptos como la orientación sexual, la expresión o rol de género, la identidad individual, la posibilidad de reproducción o ideales como familia o pareja estable, relacionándolos con calidad de vida, estabilidad emocional, salud e incluso éxito vital» (2021: 226).

Por mi trayectoria intersex, me parece interesante que otro de los debates que González expone en las conclusiones de su trabajo, tenga que ver con el cuestionamiento de la categoría sexo y las consecuencias que acarrea sobre una corporalidad intersex leerlo como un binario inquebrantable. En este sentido, según González:

«Sería lógico plantear el desarrollo genital continuo como manera de entender el sexo genital, la cual dista de la idea preconcebida de normalidad estática y absoluta, centrándose en valorar la diversidad anatómica natural. Además, tendríamos que replantearnos si el sexo asignado por exploración física se puede extrapolar a la identidad que cada persona desarrollará en un futuro, teniendo en cuenta que tampoco la identidad tiene porque ser un parámetro estable a lo largo de nuestra vida y que no hay signos físicos absolutos directamente relacionados con la identidad individual, [...] ya que hay tantos sexos como individuos, tendríamos que desterrar de la categoría sexo la característica identitaria que se le otorga en la actualidad» (222-226).

Estoy de acuerdo con González (2021) en que como propuesta fundamental para mejorar, no solo la calidad de la asistencia, sino que para acabar con la correlación entre intersexualidad y patología-intervención, es esencial la formación de los profesionales en materia de intersexualidades y la creación de un grupo interdisciplinar. Aunque González apuesta más por la existencia de grupos multidisciplinares e inter-hospitalarios, también tiene en cuenta lo siguiente:

«Sería enriquecedor la incorporación de grupos de apoyo o asociaciones, personas activistas, que, dadas sus vivencias personales, pueden contribuir a mejorar el acompañamiento que nuestros pacientes reclaman, con metodologías participativas y empoderantes. Constituyendo así, un grupo interdisciplinar donde el ámbito psico-social esté representado e incorporando una perspectiva de género que facilite un planteamiento diverso e inclusivo» (224-225).

4.3 La clínica: una zona de contacto “ambigua”

En este punto voy a detenerme en el trabajo de Sam Fernández (2021) en el que el foco se dirige a los profesionales de la salud. Fernández ha analizado con detalle las prácticas más habituales en la clínica española en materia de intersexualidades, incidiendo en los avances que se están dando por parte de algunos profesionales médicos. Su contribución aporta una de las radiografías más completas para conocer este hecho en nuestro contexto. Por eso, en aras de acercarme al objeto de estudio, me gustaría incluir aquí las conclusiones obtenidas.

Fernández define la clínica intersexual del siglo XXI como una «zona de contacto». Es decir, «como lugar de encuentro y relaciones asimétricas en el que tiene lugar la transculturación de saberes sobre la biología de los cuerpos y las prácticas de atención» (2021). Tras las entrevistas realizadas a un total de veintiocho profesionales del sistema sanitario español, ha identificado cinco aspectos que suelen repetirse y acompañar a los protocolos actuales:

«1. El modelo de la diferencia sexual es sentido, y no sólo pensando o justificado racionalmente, contribuye a explicar la persistencia y el alto grado de adherencia profesional a las teorías y prácticas clínicas basadas en el binarismo que refuerzan la matriz cis-endo-heterosexual y desde las que se gestionan las diversidades corporales y, en particular, las diferentes anatomías genitales.

2. Hemos identificado un conjunto de “prácticas de desemocionalización” que persiguen desactivar las emociones: el uso de una terminología insípida, la tecnificación y los actos de exclusión del padecimiento subjetivo, [...]. Observar esta evitación automática mantiene el conocimiento experto sobre las intersexualidades y sobre el manejo clínico salvaguardado de la conciencia sobre cómo las demandas sociales de normalización corporal binaria está articulando una parte de las actuaciones médicas de formas invisibles pero efectivas.

3. Identificamos un conjunto de “prácticas de emocionalización” que tienden a activar las emociones de quien escucha a los profesionales. Estas prácticas buscan la empatía y la aceptación de las intervenciones médicas que solidifican el binarismo sexual, y presentan las intervenciones quirúrgicas para corregir los cuerpos no binarios como la opción inevitable y más adecuada.

4. Hemos observado que el binarismo sexual, en la clínica intersexual en acción, es un fenómeno agrietado. En particular, el contacto con organizaciones conduce a los profesionales ha reelaborar algunos conceptos clave de la clínica, que renegocian el lugar de la objetividad como un asunto experto en la clínica de la diferencia sexual. Si bien, estas reelaboraciones, [...] se resuelven a través de prácticas frontera extra-profesionales, están también generando movimientos y agrietamientos en la percepción sólida de la tarea clínica como un territorio basado en un saber científico autónomo.

5. Hemos identificado reelaboraciones de los profesionales en las concepciones del cuerpo binario que denominamos "aperturas epistémicas", [...] no cristalizan en formas reconocibles para los profesionales, lo que les impide utilizar los saberes que contienen en otras facetas de su práctica clínica» (2020: 461-475).

Un detalle que me ha llamado la atención de los datos obtenidos por Fernández (2021), es que mientras que los profesionales de la salud desactivan las emociones a la hora de trabajar con personas intersex, las familias tienen que hacer el esfuerzo de escuchar, empatizar, y obedecer los criterios de aquellos profesionales.

Daniel G. Abiétar (2019), por su parte, señala como desde la biomedicina se utilizan la palabra «paciente» para «incidir en el rol que se asigna a personas que, pese a no tener ninguna patología, son desposeídas totalmente de su capacidad para participar en la valoración científico-médica» (2019: 34). Esta relación jerárquica, que las personas intersex hemos vivido en primera persona, y que Fernández (2021) ha corroborado en su estudio, a veces se vuelve más horizontal cuando sacamos las conversaciones de las consultas y hospitales.

Muchas activistas intersex hemos ido corroborando cómo, a medida que nos encontrábamos con profesionales sanitarios fuera de la institución clínica (en encuentros, reuniones o charlas, en las que nosotras eramos las profesionales o teníamos el protagonismo), la situación cambiaba, la verticalidad desaparecía y los roles se intercambiaban. Otras no, es cierto. Pero, en la mayoría de situaciones, sí ha habido una predisposición a escucharnos, a empatizar con nuestros testimonios. Incluso, a veces, a reconocer los errores y a pedir nuestra opinión para mejorar los protocolos a seguir.

Es interesante observar, como recoge Nuria Gregori (2015), que esto no era común hace un lustro. El problema, como dice Fernández (2021), reside en que eso a lo que denomina «aperturas epistémicas» no termina de cristalizar completamente cuando vuelven a su institución. El reconocimiento de los testimonios de las personas intersex, dentro de la clínica, no es todavía valorado como productor de saberes expertos y de generador del conocimiento. Al menos no en la misma medida que el saber médico. Y eso, como decía Gregori (2015), no facilita un cambio de paradigma.

En este sentido, es imprescindible el trabajo de denuncia realizado por Abiétar (2019), reconociendo su privilegio y saber como médico dentro de la biomedicina, con el objetivo de encontrar nuevas formas de proceder y repensar el sistema sexo-género desde las instituciones clínicas. Según Abiétar:

«Nuestra diversidad no necesita permisos. ¿De verdad hacen falta investigaciones «científicas» para dejar de mutilar a una criatura recién nacida porque sus genitales no nos encajan? Como profesionales, ¿de verdad estamos diciendo que unas personas desconocen su verdadera identidad y nosotras le vamos a imponer una? Las justificaciones deberían terminar hoy mismo: lo que estamos haciendo contra la diversidad sexual y de género es intolerable» (2019: 111-112).

Aún asumiendo la importancia de incluir una mirada crítica, desde otros lugares menos machistas, heterosexuales, binarios, clasistas o racistas, ¿se podría pensar que ha habido una

evolución en las prácticas y protocolos en la clínica intersex española?, ¿los saberes han ido variando?, ¿se han producido cambios sustanciales respecto a la atención de personas intersex?

En las investigaciones llevadas a cabo por Fernández (2021) algunos avances importantes detectados serían: a) cambios en la nomenclatura; b) la tendencia a diferir o, incluso, a cuestionar las orquidectomías; c) el énfasis en el grado de “cuidado y mimo” en las intervenciones quirúrgicas sobre los clítoris de personas asignadas como mujeres; d) la tendencia de los profesionales hacia las dilataciones vaginales en lugar de hacia las reconstrucciones quirúrgicas; y e) el auge discursivo –que no se traduce en la práctica– de las posiciones favorables a retrasar cirugías genitales con consecuencias irreversibles. Asimismo, añadirá:

«[...], identificamos que en los cambios de la nomenclatura médica sobre las intersexualidades y de recomendación de las orquidectomías, la MBE tiene menos peso que el conocimiento que han adquirido l*s profesionales en contacto con organizaciones, [...]. Frente a la percepción de l*s profesionales de que la tendencia actual a recomendar las dilataciones antes que las opciones quirúrgicas descansa en la evolución lineal y progresiva de la medicina hacia planteamientos menos invasivos, [...]. Identificamos que los cambios en las técnicas quirúrgicas y en el modo de aplicarlas están relacionados con las transformaciones en la percepción médica de los genitales de las mujeres cis, es decir, con la sensibilidad médica hacia el placer (genital) de las mujeres cis, lo que explica los cambios en la percepción quirúrgica del clítoris. El terreno de las cirugías a personas intersex con genitales no esperados es un ejemplo emblemático de esta forma de presentar la evidencia. De hecho, las críticas a esta práctica estaban siendo realizadas incluso desde l*s profesionales de la clínica intersexual española, al menos desde el año 2006... [...] l*s profesionales tienden a poner en valor el contacto y la participación de personas intersex, familias y organizaciones y, por otro lado, articulan estrategias de limitación de las consecuencias de ese contacto. Desean ser tocad*s y desean no ser transformad*s, simultáneamente. Al mismo tiempo, el valor que dan a ese contacto no incluye el reconocimiento» (2021: 461-475).

Por otro lado, resulta interesante la propuesta que hace Fernández al aportar una visión de la biología como un terreno de negociación de sentidos, dependiente de quién enuncia la realidad. El concepto de «artesanías biológicas», concibiendo esta como una forma de cultura, permitiría repensar las decisiones técnicas clínicas:

«[...] las Artesanías Biológicas que rescatamos en esta investigación muestran la creatividad que desarrollan familiares y personas intersex, con el paso del tiempo, para dar sentido a sus experiencias y lidiar con las dificultades. Además de constituir una práctica de afrontamiento de la enfermedad, son un proceso de producción de saberes y concepciones creativas de sus cuerpos intersex o de los de sus hij*s, distintas a las biomédicas y a la representación “patológica” del cuerpo no binario» (Fernández, 2021: 461-475).

El objetivo principal del trabajo realizado por Fernández, tras identificar las dificultades que

aparecen en la relación entre la clínica española y las personas intersex, ha sido tratar de contribuir a los procesos de cambio dentro de esta institución y abrir la clínica al diálogo entre posiciones. Así, para que se produzcan transformaciones importantes sería necesario: trascender el binomio experto/lego, fomentar un diálogo constante con las organizaciones y colectivos, y atender a los cambios legislativos que se están dando en las distintas comunidades autónomas desde una perspectiva despatologizadora y poniendo el foco en la diversidad corporal. Para que esto pueda llevarse a cabo, Fernández propone:

«A- La territorialización experta y excluyente de terreno del "sexo" y "la diferencia sexual". Una primera dificultad será desterritorializar el sexo como objeto exclusivo y excluyente de la medicina, renunciando a la fantasía de descubrirlo. B- La opacidad epistémica con la que se ha construido el "para qué" de la clínica intersexual. Una segunda dificultad será abrir, a la discusión entre diferentes agentes, la finalidad del acompañamiento clínico. C- La opacidad epistémica con la que las categorías de género pueden llegar a funcionar en la clínica como encarnaciones invisibles, opuestas a la creencia de una ciencia libre de valores. D- La opacidad bajo la cual las problemáticas de las personas intersex -y las rupturas con el modelo dimórfico de la diferencia sexual- han devenido un asunto de salud que hay que tratar, prioritariamente, desde los dispositivos asistenciales hospitalarios. E- La separación entre cuidar-curar y entre cuidar-saber, que atraviesa la organización práctica de los equipos profesionales. F- La división jerárquica experto/lego, la creencia en la "autonomía" de la medicina como saber experto y la vivencia de l*s profesionales de sufrir "injerencias" cuando el territorio experto es traído al debate público. G- El sentimiento de culpa de l*s profesionales sobre las posibles prácticas iatrogénicas que se han desarrollado desde décadas atrás en sus comunidades profesionales» (2021: 461-475).

En mi opinión, la investigación de Sam Fernández, desarrollada en paralelo a esta tesis doctoral, es fundamental para conocer las opiniones y la predisposición de los equipos médicos a realizar avances en la cuestión intersexual. Ha conseguido plantear algunas líneas futuras de trabajo que pueden contribuir al conocimiento de las problemáticas culturales implicadas en la aceptación de la diversidad y, en concreto, a la sexuación de los cuerpos: a) trabajar sobre la práctica clínica como una forma de cultura emocional; b) desbordar los modelos "multidisciplinares" y caminar hacia fórmulas de organización y relación transdisciplinares; c) abordar la biología de los cuerpos como parte de la cultura material y profundizar en el nexo entre ciencia, arte(sanías) y alivio de los sufrimientos (2021: 474).

Si miramos la biología desde perspectivas que incluyan la agencia de los sujetos intersex, que tengan en cuenta los testimonios y relatos de vida se pueden ir dando nuevas formas de, como dice Fernández, «abrir el trabajo sobre las vivencias de los cuerpos y las estrategias de alivio con lógicas creativas y transformadoras» (2021: 474). Para ello, hay que empezar por trascender las

concepciones patológicas de las intersexualidades y los dualismos en los que continúa asentada la clínica intersexual.

En consonancia con estas propuestas, algunas de las conclusiones que he podido extraer al analizar el trabajo de Fernández, han sido las siguientes: a) es imprescindible que existan equipos multidisciplinares/interdisciplinares, profesionales de la salud, de la psicología, de estudios feministas, comités de ética y centros de referencia para trabajar las intersexualidades; b) hay que incrementar la colaboración entre el sistema de salud y los diferentes agentes sociales, contar con una comunicación activa y constante con las asociaciones y organizaciones de personas intersex; c) debe prevalecer el derecho a la autonomía y la integridad corporal de la persona por lo que es necesario proporcionar la mayor cantidad de información y alternativas desde los aparatos institucionales; d) las intervenciones quirúrgicas, la hormonación sustitutiva obligatoria y los protocolos invasivos e innecesarios deben ser objeto de denuncia; e) los profesionales clínicos necesitan formación con perspectiva de género para dejar de asumir como objetivas y universales máximas impuestas por el aparato cis-endo-heterosexual-binario a la hora de diagnosticar y modificar corporalidades; f) hay que recuperar el papel de la medicina comunitaria, pensar la clínica como un recurso más y apostar por una relación de proximidad desde la horizontalidad dentro del campo de la salud; e) asumir la responsabilidad profesional para transformar y construir nuevas formas de hacer. Es importante poner sobre la mesa las violencias y discriminaciones realizadas contra las personas intersex, para aprender de los errores y no volver a cometerlos.

Trabajos como el de Gregori (2015), el de Abiétar (2019), el de Fernández (2021) o el de González (2021), son imprescindibles para seguir tejiendo redes entre el aparato clínico y la comunidad intersex. La necesidad de incluir la diversidad afectivo-sexual, corporal y de género, en las ciencias de la salud y a la hora de llevar a cabo protocolos clínico-asistenciales debe ser una prioridad. Gracias a las alianzas creadas entre las activistas y las diferentes asociaciones de personas intersex españolas, además de las redes con la comunidad LGTBI+, estamos trabajando cada vez más activamente en la lucha por la despatologización y no intervención de nuestros cuerpos.

A. Soliloquios corporales. El posicionamiento de las HAC ante las prácticas biomédicas

Ahora que somos adultas, las HAC identificamos y denunciemos las violencias a las que hemos sido sometidas por parte del aparato clínico. Nuestro objetivo es construir un futuro mejor para las nuevas generaciones y para ello debemos insistir en que una de las cuestiones prioritarias es que se produzcan cambios sustanciales en el protocolo a seguir ante casos de intersexualidades. Los protocolos recibidos, también algunas de las discriminaciones sufridas, han sido enumeradas en el apartado "Hitos y soliloquios corporales", dentro del proceso de "Despatologización". Por eso, no vamos a incidir de nuevo. El interés ahora es reflexionar sobre lo que ocurre en el momento actual.

Por tanto, desde la posición de agentes políticos que hemos decidido asumir: ¿hacia dónde queremos dirigirnos?, ¿qué les diríamos a las criaturas y menores en el caso de que nos preguntasen por el uso de dilatadores, por el tratamiento hormonal, por la realización o no de intervenciones normativas?, ¿qué les diríamos mientras nos hablan de las necesidades que están teniendo a medida que crecen?

A la vez, en esta última etapa, han tenido lugar dos acontecimientos en relación a los cuerpos intersex que están siendo objeto de debate tanto público como interno, dentro de la comunidad. Por un lado, que las gónadas internas con las que nacimos podrían ser funcionales. Es decir, que podrían producir esperma. Por otro lado, que se han empezado a llevar a cabo trasplantes de úteros en personas intersex. Sobre estas cuestiones, también hemos querido aportar nuestro punto de vista: ¿cómo hemos recibido ambas noticias?, ¿cómo nos han interpelado?, ¿cuáles son nuestras reflexiones al respecto?

MER GÓMEZ

Pensar en ello, decirlo en alto, transcribirlo, me da náuseas, me pone tensa. He tardado mucho en sentarme a conversar conmigo misma sobre estas cuestiones. Me remueven, me incomodan, me hacen volver a una época en la que mi cuerpo era objeto de estudio de la medicina. Una época en la que yo no era dueña de mi cuerpo. No tenía autonomía sobre él. Hoy, desde mi cuerpo agente, pienso en aquel cuerpo paciente. Y me da pena, me pone triste, me revuelve las tripas pensarlo. Siento rabia y mucho dolor. Impotencia.

No tomé la decisión de que me extirparan las gónadas. Yo no la tome. Tampoco mi familia. Me vino dada. Impuesta. Con la palabra cáncer repitiéndose, una y otra vez, consulta tras consulta. Pruebas. Cáncer. Diagnóstico. Cáncer. Consentimiento informado. Cáncer. Gonadectomía. O cáncer.

¿Cómo vas a pensar otra opción? ¿Cuándo te dicen que esa gónada puede, en un futuro, ser cancerígena? No hay tiempo que perder. No conozco a nadie, a ninguna persona, a la que le haya ocurrido. Y todavía hay gente, mayor que yo, que las tiene dentro. ¿Que si ha pasado en alguna ocasión? A todos los cuerpos, sean intersex o endosex, les puede pasar. ¿Todas las mujeres que tienen ovarios tienen cáncer de ovarios? No. ¿Algunas lo tienen? Sí. ¿A todas se los sacan para evitarlo? No.

Existen pruebas y revisiones que pueden hacerse antes de extirpar a diestro y siniestro. Y no, no es ninguna

operación sin importancia. Si te sacan las gónadas, después te hormonan. Y, además, depende a qué edad te las hayan extirpado, vas a tener una posibilidad mucho mayor de tener osteoporosis temprana. Como yo. Como muchas de las que estamos aquí. Es decir, sacar las gónadas puede perjudicar a tu cuerpo. Y, además, seguir sometiéndolo a una hormonación para toda la vida. Porque la osteoporosis posterior sí es un problema. Y repito, yo no lo elegí. Cuidado con los consentimientos informados y las coacciones. Aunque mis padres o yo firmásemos un papel, no era con toda la información sobre la mesa. No elegimos, me empujaron a elegir. Es muy diferente.

Hace unos meses escuché a un señor doctor hablar de los trasplantes de útero. No sé ni que decir al respecto. Es que, con honestidad, creo que no tenga mucho que decir. A mí me hablaron de ello como una oportunidad que plantearme en el futuro. Hoy no me interesa una mierda. Ni el proceso, ni cuántas personas se lo hayan hecho en España, ni que motivos les han llevado a hacerlo, ni qué ha supuesto en sus vidas. Respeto las decisiones que cada cual tome respecto a su propio cuerpo. Por encima de cualquier cosa.

En la actualidad, después de haber pasado por un proceso obligatorio de gonadectomía, de hormonación sustitutiva, de vaginoplastia, de revisiones mensuales y anuales, de silencio absoluto y tabú, ni haría el mismo recorrido ni tomaría las mismas decisiones. Al menos, me negaría a volver a hacer un recorrido en el que sintiera que mi cuerpo es un objeto maleable, manipulable y enfermo.

Eso sí, me encantaría llegar a una consulta, encontrarme a una pediatra, una endocrina o a una ginecóloga que, para empezar, tuviese conocimiento sobre los cuerpos intersex. Que me hablase desde la empatía, el cariño, el respeto. Que me dijese que a mi cuerpo no le pasa nada, que todo está bien. Que aunque sea leído en femenino, porque el imaginario es binario, no todos los cuerpos "femeninos" tienen ovarios, ni tienen útero, ni menstrúan. Pero que no pasa nada porque no es una anomalía, ni es un síndrome, ni es una enfermedad incurable. Ni mucho menos es algo que haya que esconder o invisibilizar. Que todos los cuerpos tienen características sexuales distintas, que hay una variabilidad enorme de hormonas, cromosomas, o anatomías, que pueden aparecer y que pueden darse. Que la biología es así, una maravilla muy diversa. Y que está bien, que mi cuerpo está sano. Que lo quiera, lo mire, lo toque, me relacione con él, y que lo conozca. Y hasta la siguiente revisión.

No todos los cuerpos son reproductivos. No todos los cuerpos gestan, ni paren, ni menstrúan, ni ovulan. Y no pasa nada. Es lo que le diría a otras personas intersex. Está bien, no te preocupes. Tu cuerpo no está mal, no es anómalo, no está enfermo. Aunque no tenga útero pero tenga una vulva. Aunque no menstrúe y tenga testículos internos. Aunque tengas clítoris y no vagina. Aunque seas leída como mujer y cromosomas XY.

Este es el mensaje, en mi opinión, que yo tengo la responsabilidad de enviar. Tu cuerpo es uno más, de la inmensa diversidad de corporalidad que hay, que existen, que te rodean. Primero, piensa sobre ello. Aprende a quererlo, a amarlo, a conocerlo. A desearlo. Quiérete a ti misma. Sí, quiérete con el cuerpo que tienes. Y ya mañana, en un futuro, después de haberte conocido, de haber experimentado contigo misma, con otros cuerpos, toma las decisiones que te de la gana tomar. Pero no ahora, sin conocerlo, por imposición, por obligación. Social, cultural, clínica. Tu cuerpo está bien, está sano, es VÁLIDO.

LAURA VILA KREMER

Yo he recibido las dos noticias con muchas contradicciones, con mucha controversia interna. La primera, evidentemente, no solo me ha impresionado mucho y me ha impresionado, la funcionalidad, de material fértil en algunas de nuestras gónadas, me ha hecho pasar por muchas fases. La he recibido con una mezcla de emociones, me ha supuesto una montaña rusa emocional bastante fuerte. Primero, me sorprendió. Claro, yo nunca pensé que mi cuerpo hubiese podido ser fértil. Todas pensábamos que éramos infértiles. Claro, qué ingenuas de nosotras. Porque lo que sabíamos, hasta el momento, era que a la mayoría nos habían castrado. Pero ninguna de nosotras se había preocupado de analizar el material que había dentro de las gónadas.

En realidad esto me parece un aprendizaje. Al principio fue bastante shock, mucha rabia, mucha ira contenida, había momentos en los que me conectaba, ahora ya no tanto, con una rabia, una impotencia, de haber consentido en mi caso, desde una completa inconsciencia una intervención que no solamente me ha privado de tener el derecho, porque estamos hablando de derechos, a saber si yo quisiera en un futuro reproducirme sino también me ha mantenido sujeta a una terapia hormonal sustitutiva de por vida y a un riesgo de osteoporosis. Luego, esa rabia, yo creo que casi como venganza, se ha ido transformando, he necesitado hablarlo con muchas de nosotras, porque yo no sentía que otras compañeras estuviesen sintiendo el mismo dolor. Y a base de irlo hablando, tuve la necesidad de transformarlo en algo escénico. Es la semilla que dio lugar a "Hermafroditas a caballo, la rebelión del deseo". Me interpela mogollón, me interpela hasta la raíz.

Al compartirlo, me ha hecho pensar en qué punto estamos. Nadie podía pensar que nuestros cuerpos se pudieran reproducir, por eso ni tan siquiera podían pararse a pensar si a esas gónadas había que estudiarlas o si ese material interno podía ser fértil. Hasta ahora, que hemos sabido que se está empezando a estudiar. La perpetuación de la norma hace que nuestros cuerpos salgan de los esquemas, y castrarnos, sin ni tan siquiera plantearse la posibilidad de que hubiese algún tipo de material fértil, es una estrategia más del sistema para perpetuar la norma. Somos cuerpos impensables hasta ese punto, hasta el punto de que somos cuerpos no merecedores de ser reproductivos.

Me ha hecho pensar mucho en cómo, hablando con adolescentes, están en el mismo punto que yo, de plantearse si ellas podrían traer al mundo a otras personas intersex y algunas, entiendo, que rechazan esa idea como yo la rechazaba. Para empezar no pensaba que pudieses tener material fértil pero, por otro lado, pensaba que cualquiera que pudiese traer al mundo cuerpos como el mío, en el caso de hermanas portadoras, en ese caso, yo pensaba que se tenía que intervenir y hacer lo que fuera para que eso no fuese posible. Por tanto, claro, es un pez que se muerde la cola. Eso me hacía eliminar por completo la posibilidad de saber si mis gónadas eran fértiles.

Me genera muchas contradicciones. Yo creo que se trata de derechos. De derecho a tener las mismas posibilidades, como siempre, las mismas posibilidades que el resto de cuerpos. Y no se trata tanto de perpetuar ese sentido casi instintivo de reproducción humana y genética, aunque un poco sí, como medida

casi contra-fóbica, porque nosotras mismas hemos rechazado la idea de poder reproducir cuerpos como el nuestro. Yo misma pensaba que cualquiera debía intervenir o hacerse los exámenes que necesitara para eliminar esa posibilidad en caso de que pudiera traer un cuerpo intersexual al mundo. Si nosotras mismas y, por tanto, la sociedad tiene esa idea, me parece muy interesante que pensemos no solamente en el derecho a reproducirnos sino en reproducir una horda de cuerpos como los nuestros. Yo no solamente quiero que tengamos el derecho a reproducirnos sino que quiero que los demás, los endosex, deseen traer al mundo cuerpos como los nuestros. Que los desee, que desee traerlos. Yo no solamente deseo que me follen sino que reproduzcan cuerpos como el mío.

Y enlazando con la otra noticia, la del útero, a mí me ha hecho pensar el sometimiento a la ciencia, a la medicina, a la clínica. Yo hablo de derechos, de que todo el mundo tenga los mismos derechos y, a la vez, me parece que debemos reflexionar conjuntamente y poder pensar complejamente qué implicaciones tiene para nuestros cuerpos. Yo quiero tener el derecho a reproducirme pero no sé a qué precio. Y no sé si sometería mi cuerpo a intervenciones varias. Ya no digo para engendrar porque creo que a mi cuerpo lo veo como no posible en ese sentido pero, incluso, para saber si tengo material fértil, me parece que depende qué tipo de exámenes me hagan. Yo hablo de derechos, a que cada una pueda decidir, a la vez me parece que tenemos que tener en cuenta que someter nuevamente a violencias medicas, a exámenes que pueden ser violencias potenciales, me parece algo complejo sobre lo que debemos reflexionar al respecto.

¿Dilatadores, intervenciones, hormonas a otras intersex? Yo les explicaría mi vivencia, les explicaría mi deseo en la adolescencia, por usar dilatadores, por hacerme una vaginoplastia, mi deseo de ser norma. Les explicaría qué deseos tengo ahora y cómo ha ido cambiando esa mirada. Les diría que yo también he estado ahí. Les hablaría de mi relación con las hormonas, de cómo me han sentado, de cómo me hacen sentir, de lo que pienso ahora si pudiese volver atrás. Quizás haría más preguntas, quizás no tomaría algunas decisiones, y eso estaría ligado con el uso de hormonas en la actualidad. Yo más que decirles, les explicaría. No solo mis decisiones actuales sino cómo he llegado a estas reflexiones. Para hacerlo tengo que explicar de dónde vengo, mi adolescencia, toda mi juventud. Les diría que también he tenido esas necesidades, que también he querido pertenecer, también he querido perder la virginidad con todo lo que eso significaba.

ALEKSANDRA K.

Desconocía las noticias de las gónadas y de los trasplantes de útero en personas intersex. Me parece que el avance de la ciencia, en estos campos, pueden crear novedades. En nuestra época esto no existía ni se podía pensar. Era inconcebible. Me lo tomo como avances.

El tema más polémico, para mí, sería el de las gónadas internas ya que nos las extirparon como norma. Como primera norma por ese supuesto cáncer y ahora resulta que podrían ser funcionales y no un estorbo. Me lo tomo con resignación. Fue una forma de indefensión. A mí las quitaron de pequeña y yo no pude defenderme, no pude hacer nada contra eso. Tampoco cuestionarlo por el desconocimiento médico que tenemos, que teníamos. Y el tema de tener niños o no tenerlos, a mí, me da igual. Entiendo que a otras personas les puede interpelar más pero, es cierto que, sí me ha interpelado de una forma más directa y más

dolorosa por no tener esa posibilidad patriarcalmente establecida con un significado de ser mujer.

Desde hace muchos años el pack intersex era: a) tratamiento hormonal, con doce o trece años; b) reasignación de sexo en el caso de que lo necesitaras; c) uso de dilatadores. Yo a otras personas intersex les diría que eso, ahora, no hace falta que sea así. Puede usar dilatadores si la adolescente lo quiere, pero si no quiere tener sexo con penetración o quiere esperar, hay que dejar de asociar que el sexo es penetración, hay otras muchas formas. Hay que educar en eso. El dilatador no es obligatorio. Si la adolescente no lo quiere, todo se puede aparcar, esperar. Tratamiento hormonal será primordial si te quitan las gónadas, o en un futuro para prevenir la osteoporosis.

El tema, de todo esto, es que en la actualidad pueda elegir, que no sea una imposición como lo vivimos algunas personas que crecimos en los años noventa o primera década de los dos mil. Si quiere una vaginoplastia, si quiere hormonarse, si quiere dilatadores... que lo elija con toda la información que hay ahora. Para muchas personas intersex que ahora somos adultas, en nuestra época, no se podían ni cuestionar esos criterios médicos. Se hacía y ya.

IOLANDA MELERO

Ahora parece que el tema de las gónadas está más sobre la mesa, a raíz de un acontecimiento en un hospital en el que están estudiando el material genético de las gónadas de una persona intersex. Yo ya había oído que nuestros testículos... alguna médica dijo que el tejido alrededor de los testículos podía servir, podía ser fértil. No me viene de nuevas.

Yo esto de ser fértil, esto de tener hijos lo tengo como que, que no es para mí, es algo con lo que ya estoy en paz, no es que ya lo esté pero empiezo a estarlo. Pero, claro, que te quiten o te hayan quitado gónadas, o testículos, que pueden servir para reproducir, que son órganos reproductores... Ahí hay algo más de gravedad, es como más grave, te han quitado una gónada fértil o potencialmente fértil. Esto es para algunos casos de personas intersex, para otros casos no sería así.

Respecto al transplante de útero, me produce bastante rechazo. Me parece una barbaridad. Lo de un transplante para órganos vitales puedo entenderlo porque sino no tienes calidad de vida pero, en este caso, supone mermar tu calidad de vida, supone unas operaciones brutales, las operaciones son súper traumáticas. Después de todo lo que hemos tenido. Mi miedo es que esto se ponga como otra operación más que nos hagan a las personas intersex que no tenemos útero. Ahora, de aquí a un tiempo, se pondrá de moda otra cirugía más, la cirugía de útero. Parece que hasta ahora nos la habíamos quitado de en medio, porque no era posible. Qué miedito. Yo respeto a quien se la quiera hacer pero que no sea por la seguridad social. Quien quiera, que se lo pague. Si tiene dinero y quiere, no hay ningún problema. Son operaciones muy complicadas, implica tener que quitárselo a otra persona, implica estar medicado de por vida. Me parece una barbaridad, me produce bastante rechazo y estupor y miedo de cara al futuro. Son operaciones muy gordas, más gordas que todas las que nos han hecho y donde puede peligrar la vida de la persona.

Es como que no aceptamos nuestros límites. El ser humano queremos no tener limitaciones. Quiero ir más allá y soy capaz de poner en peligro mi vida, la de otras personas. Respeto si alguien se lo quiere hacer, yo ni voy a juzgarle ni a criticarle por ello, cada persona sus valores los tiene puestos en un sitio pero, a mí, me dan estos miedos y observo estas cosas. Porque si no tienes una pierna, entiendo que te puede venir bien algo que te de más movilidad pero si no puedes ser madre biológica pues puedes ser madre de otras maneras. También tenemos que ser capaces de renunciar a cosas.

En cuanto a las adolescentes de hoy –al tratamiento hormonal si se han quitado las gónadas–, yo les contaría mi experiencia, lo que a mí me ha pasado, para que sepan. Les diría que esa es mi experiencia, que pueden hacer con su cuerpo lo que quieran, que se informen, les explicaría un poquito y que me pregunten, las consecuencias negativas que también pueden tener. A mí me ha limitado una barbaridad. Con diferencia, lo que más. Me llevó a operarme dos veces. Con veintidós y con veintisiete, con resultados fallidos, muy dolorosas las operaciones. Cuando era pequeña, me operaron los médicos, con cuatro años. Luego, yo quería ser normal, yo quería encajar, tampoco tenía la visión que tengo ahora de diversidad. Ahora no me operaría, eso lo tengo claro. Y que si piensan que así se van a quitar todo pues que no es así, que sufren otras cosas, que puedan decidir pero que se den su tiempo, que también se dediquen a trabajar su autoestima, que hagan terapia, que busquen ayuda, que se refuercen ellas. También, que hagan lo que quieran, que son sus cuerpos, que sepan las consecuencias que pueden tener, de no sentir que han mutilado su cuerpo, depender de hormonas toda su vida, de los traumas que causa una operación y la anestesia. Les diría que las comprendo y que lo vivieran de la manera más natural posible, que es diversidad, básicamente.

LILITH MARTÍ

En su momento, a mi madre, los médicos le comentaron el tema de que podría congelar óvulos por sí a mí, en un futuro, me pudiesen hacer un trasplante. Le dijeron que en España, en ese momento, era impensable pero que tal vez en un futuro sí que se podría hacer. Sinceramente, ha sido un tema que a mí no... A lo mejor es porque tengo reticencias internas a pensar en estos temas sobre mis propias gónadas o mi propia experiencia pero no me suscita nada. Evidentemente, si a alguna persona eso le puede ayudar, con su proyecto de vida, con su cuerpo, con su estabilidad, el tema de que le puedan hacer un trasplante de útero o el tema de las gónadas, pues genial. A mí, personalmente, no me dicen nada estas dos noticias.

Sobre al uso o no de dilatadores, tomar o no hormonas, llevar a cabo cirugías... no es tan sencillo. A mí, me gustaría decirle a otra persona que no, que eso se lo impone la sociedad y que tiene que respetar a su cuerpo tal y como es pero entiendo que es más complicado que eso. Si viviésemos en una sociedad idílica, las personas intersex no sentiríamos esa necesidad de pasar por operaciones quirúrgicas, tratamientos hormonales, procesos que son dolorosos tanto a nivel físico como emocional. En esta sociedad, a veces, es complicado diferenciar cuándo te lo está imponiendo la sociedad y cuándo es una necesidad que te va a hacer feliz.

Lo que intentaría es hacer ver que eso son obligaciones que nos impone la sociedad. Por ejemplo, el uso de

dilatadores, ¿por qué? Porque se entiende que el sexo es una relación heterosexual coitocentrista con penetración. Entonces, trataría de hacerle ver desde la empatía, desde el cariño y la asertividad, que el sexo es más que eso. En el caso de los dilatadores, si siente la necesidad de someterse voluntariamente a ese tipo de tratamientos, por muy doloroso o traumático que pueda ser, que lo haga. Lo mismo que a los padres de un bebé intersex, que entienda que el sexo es muchísimo más que eso. Le daría toda la información de la que dispongo yo, toda la riqueza que pueden y tienen las relaciones sexuales. Sobre el tratamiento hormonal, lo mismo, es que es una necesidad muy personal. Le diría que son imposiciones que nos da la sociedad para encajar en determinados patrones pero que si, aún así, teniendo toda la información sobre la mesa, se quiere someter a tratamiento hormonal, adelante. Yo, por ejemplo, tomo anticonceptivos y no es por imposición social. Lo hablé con mi endocrino y él me dijo que si los dejase de tomar, yo que ya tengo osteopenia en los huesos, dejar los estrógenos lo tendría bastante peor, que tendría el cuerpo de una señora bastante mayor. Esto es una decisión personal, valorar los pros y los contras, entendiendo que evidentemente son conductas que nos imponen pero que se informen lo máximo posible.

Yo intentaría contarles mi experiencia porque siempre es más fácil hablar con alguien que sabes que ha pasado lo mismo que tú que con alguien endosex que no ha vivido mi realidad, como mi madre. Le intentaría contar como lo he vivido yo, las soluciones que he ido encontrando a lo largo de mi vida, las conclusiones a las que he ido llegando. Y al tener esta información pues espero que le pudiese ayudar a la hora de tomar sus propias decisiones sabiendo que venimos muchas otras antes, que hemos pasado por lo mismo y que cada una pues ha optado por un camino o por otro, ha ido tomando sus decisiones y nuestras pequeñas victorias.

ANA BELÉN

Para mí, estas noticias me parecen esperanzadoras, para personas que tienen la ilusión de formar una familia pues igual en el futuro lo pueden tener más fácil. A mí, por mi edad, ya no me planteo tener familia. Pero me encanta que esta posibilidad pueda existir en el futuro. Siempre, claro, desde el cuidado y sin poner en riesgo la salud de la persona gestante y del bebé.

Por otro lado, me ponen mucho estas noticias porque abren las puertas a que en el futuro pues no solo las mujeres con órganos reproductores, funcionales, puedan concebir, sino que mujeres intersex, mujeres trans, podrían llegar a concebir. ¿Y por qué no? Incluso hombres típicos. ¿Te imaginas que la concepción deje de ser algo exclusivamente femenino? Eso sí que sería revolucionario y pondría en jaque al binarismo, a las identidades rígidas. Se podría armar una buena. Me parecen avances médicos y sin más.

Creo que, en la adolescencia, lo habitual es querer encajar, ser aceptada, ser como el resto de las personas que conoces. Yo quise tener una vagina para poder relacionarme con otros cuerpos, para poder querer y para que me quisieran. Estaba muy equivocada. Yo era una persona digna de amor pero no lo sentía así. Yo no sé muy bien que se considera libertad a la hora de tomar decisiones pero las decisiones las tomé yo siendo mayor de edad pero fueron los médicos los que me dijeron que me debían castrar urgentemente porque era peligroso dejar mis testículos donde estaban. En aquella época, confiaba ciegamente en ellos y

no tenía más información que la poca que me proporcionaron. Yo era una mujer de segunda y, si quería que me quisieran, debía tener una vagina para relacionarme sexualmente a través de la penetración.

Lamentablemente, fui castrada y, por supuestísimo, después de experimentar las consecuencias de la operación ahora tomaría otra decisión. Porque, además, soy de las pocas que he sido castrada en la edad adulta y puedo apreciar las diferencias. Respecto a las relaciones sexuales, era recurrente pensar: «¿notará algo?, ¿cabrá?, ¿me respuesta sexual será la apropiada?, ¿esperará algo más de mí?, ¿le complaceré debidamente?». Por suerte, no llegué a hacerme la operación de neovagina. Aunque inicialmente los médicos me dijeron que de otra forma no podría ser penetrada. Pues resulta que yo no la necesitaba. Y ni siquiera he necesitado dilataciones, con ninguna pareja con la que he tenido penetración ha notado nada diferente respecto a otras parejas con las que han estado. Esto me sorprende, el poco conocimiento que existe por parte de los médicos de cómo funciona nuestro cuerpo a las respuestas sexuales.

Así que les diría a otras personas que van a iniciar un camino maravilloso, un camino de saber quiénes son, un camino que no termina nunca. Que se permitan vivir todo lo que quieran vivir, que investiguen, que experimenten, que es necesario que se hagan fuertes, que sientan seguridad en sí mismas, que esa seguridad solo se consigue exponiéndose y viviendo cosas nuevas. Algo súper importante a esa edad es el sexo, y yo las animaría, si lo sienten y tienen curiosidad, a investigar mucho a través del sexo. Conocer diferentes formas de amar, aparte de las normativas. Una propuesta sería el tantra. Les animaría a disfrutar del cuerpo que tienen, que bailen, que hagan teatro, que se toquen, que abracen, que amplíen círculos, que conozcan gente diferente. Les diría que no van a gustar a todo el mundo y que lo único que tienen que ver es la belleza con lo que ya son. Y que a veces lo más difícil es conseguir el amor hacia una misma y que en eso estamos todas, que este es el gran amor de nuestra vida. Les diría que piensen en una persona a la que quieran mucho y sin condiciones y traten de mirarse a sí mismas con sus ojos.

CAMINO BARÓ

Lo de las gónadas me devuelve al sentimiento de pérdida, combinado con un sentimiento de ausencia, de ausencia no justificada, no consentida. Me devuelve a la frustración por palpar, mirar, determinada parte de mi cuerpo y saber que ahí debiera haber algo que por decisiones ya no está. Me devuelve a la rabia de preguntarme cómo habría sido mi historia si hubiese nacido, probablemente, treinta años más tarde; me devuelve a muchas preguntas que me he formulado durante mucho tiempo y que no me vienen bien hacerme porque no tengo respuesta. Porque aunque la obtuviese ya no tendría sentido. Lo recibo con esperanza para la futuras generaciones aunque, a mí, me genere cierta frustración.

Con respecto a los trasplantes de útero, hay algo raro, es que no conecto. No conecto, por lo menos, desde la alegría, desde los avances científicos. Me pasa un poco, como se ha comentado en algún chat grupal intersex, que miro con desconfianza y con escepticismo cualquier avance científico que se pueda realizar en torno a las intersexualidades. No me fío de las pruebas, exámenes, investigaciones científicas que se puedan desarrollar en torno a las personas intersex. Siento cierta reticencia a recibir con agrado y receptividad este tipo de noticias. No me interpela, porque ya tengo una edad en la cual un trasplante de

útero quedaría descartado pero a parte creo que no debe ser tan fácil para el cuerpo, al final estamos metiendo un órgano que puedes rechazar. Creo que, como con otros trasplantes de órganos, tu cuerpo podría quedar inmuno-deprimido durante el resto de tu vida. ¿A costa de qué?, ¿de cumplir este mandato de la maternidad con el que yo tanto he luchado y contra el que aún en cierto modo me puedo revelar? No obstante, intento mantener una mirada de comprensión hacia otras realidades y entender que para otras personas pueda suponer un avance y pueda ser algo significativo e importante, una noticia para festejar y celebrar. En mi caso, no lo vivo así, esta no es mi experiencia.

Para las personas menores... me viene a la cabeza una frase, no sé si era de Lucas Platero, que decía: «la sociedad necesita filosofía pero las personas necesitan soluciones». A mí, me gustaría hacer filosofía o hablar desde la filosofía pero lo que ellas necesitan son soluciones que les ayuden a adaptarse al entorno hostil.

Mi experiencia con el uso de dilatadores es verdaderamente traumática. Estuve un año entero, todas las noches introduciéndome un dildo de veinte centímetros, metálico y con punta afilada. No conseguí más de un centímetro y eso que, a veces, sangraba. Ahora mismo, como psicóloga, no valoro esta técnica como algo recomendable, todo lo contrario, me da como vértigo recomendar dilataciones vaginales a una personita porque me parece difícil que puedas, a largo plazo, separar esta vivencia, esta experiencia, de otras experiencias coitocéntricas que puedas tener con un falo natural, con penes de una persona hombre/mujer. Veo difícil separar una experiencia de la otra. Una te va a llevar a la otra y si tú estás mínimamente conectada con tus emociones se produzca ahí un desplazamiento un poco traumático. Igual que recomendaba a los padres que no tuviesen prisa, que se hicieran muchas preguntas, no prohibiría, no diría: «no lo utilices, esto es el demonio». Pero le haría muchas preguntas sobre por qué quiere usarlos. Las preguntas que a mí no me hicieron, me encantaría hacérselas a esa persona. Hablar de la cuenta atrás, de la mal llamada pérdida de la virginidad que pueda estar observando en su entorno más cercano. Cómo le está afectando, cuál es su experiencia a nivel sexual, el conocimiento de su cuerpo, cómo es su fisionomía. Hacerle muchas preguntas y, en base a esas preguntas, hacerle alguna recomendación. Sobre todo, de la no urgencia.

Con el tratamiento hormonal le diría que buscarse a varias personas que fueran de referencia, a través de grupos que pueden darle información porque a nivel de endocrinología es un mundo muy complejo y no todos los profesionales conocen la diversidad corporal de la misma forma. Estaría bien que pudieran comparar.

Desde mi experiencia, yo cuando me sometí a las vaginoplastias lo viví con menos trauma que las dilataciones porque fue algo como muy concreto en el tiempo en el que yo me operé y luego estuve tres meses de postoperatorio con una prótesis metida en la vagina. Pero esto es exportar mi experiencia en una personita que probablemente tenga una vivencia totalmente diferente. Lo mismo, haría preguntas sobre por qué quiere hacerse esa intervención, por qué esa parte del cuerpo le está generando malestar, si no se ve capaz de mantener relaciones sexuales con otras personas que puedan aceptar su incapacidad de no ser penetrada, o sea su anatomía tal y cómo es.

Intentaría hacerle muchas preguntas, es lo importante, escuchar mucho a las personas intersex, las respuestas que nos puedan dar en esos momentos tan cruciales en los que nos estamos definiendo como

mujeres en comparación con otro grupo de iguales –aunque nadie es igual a nadie–. Hablaría mucho del contexto psico-social, darle más peso, no sólo biológico. Hablar de cómo es el impacto social en su área, de cómo los mandatos sociales están afectando a a su autoestima, este tipo de cosas.

ASMI MOLINA

Yo no tengo ninguna duda de que nuestras gónadas podrían ser funcionales. Cuando me castraron a los dieciséis años –yo tengo insensibilidad parcial a los andrógenos–, había andrógenos que funcionaban dentro de mí y me daban una fuerza muy intensa. Cuando fui castrada esa fuerza desapareció. Incluso a nivel de actitudes también cambiaron muchas cosas. Me parece muy bien que la ciencia siga investigando y se vayan dando cuenta de que se ha funcionado de una forma muy poco científica y, sobre todo, con pensamiento y acciones manejadas desde el binarismo imperante. Que se den cuenta de que quitar por quitar no es lógico y no es bueno para la persona intersex.

En cuanto a los trasplantes de útero, yo he tenido una época en la que me hubiera gustado gestar, no tanto criar pero sí tener esa sensación de gestar una criatura en mi vientre. Tiene que ser una sensación espectacular, una conexión increíble. En los ochenta, llegó a mis oídos que en Australia estaban haciendo gestaciones intra-abdominales sin útero, que eran muy peligrosas porque podría haber hemorragias, que era experimental, muy costoso, eso lo descarté. A día de hoy, con mis pensamientos de ahora, yo no gestaría a nadie, adoptaría. Entiendo perfectamente que haya personas que vean fundamental en su vida gestar y que sean capaces de someterse a una prueba que les puede dar alegrías o ser peligroso para su vida. Ahí está la decisión de cada uno.

Lo que sí me gustaría es que en este tipo de intervenciones que se hacen a las personas intersex, sea esta o cualquier otra, la información sea completa y la decisión de intervenir se haga desde el yo, desde la propia persona que elige, no desde los propios condicionamientos sociales añadidos de si hago esto voy a ser mejor considerada. A mí, mi vida me ha enseñado que al final hice cosas para que los demás me quisieran y para ser aceptada. Eso no es bueno porque me he metido en berenjenales de los que me ha costado mucho salir. A día de hoy, no creo que vuelva a caer en ese error, no puedes decir nunca que no, pero si alguien me pide consejo le diría que eres perfecta/o/e tal y como eres, eres una persona íntegra, entonces explórate, descúbrete, mostrándote como eres nadie se tiene que sentir engañado/e/a. Querer parecerse a alguien al final te hace dejar de ser tú.

Por eso, yo les contaría mi caso a otras personas. Mi comité de ética era el pueblo donde vivía, eran mis amigos, eran mi cuadrilla, era mi familia, mi entorno, los vecinos y la televisión o la radio, eran los años sesenta y setenta, salíamos de una dictadura, la época del destape, y ya todo era binario y todo era coitocéntrico. Y a los dieciocho años, cuando ya supuestamente era una persona adulta con capacidad y con muy poca información, solo una información unidireccional, yo decidí entrar en el sistema, intentar esconderme dentro de él.

Me metí en un quirófano para que me hicieran una vaginoplastia. El resultado fue catastrófico. La

vaginoplastia salió mal porque me la hizo una persona que no estaba preparada para ello. Era un ginecólogo, un jefe de servicio, un catedrático de la universidad, supuestamente una persona con conocimientos amplios pero con nulas capacidades para hacerlo, o si las tenía se le olvidaron o pasó algo que no funcionó bien. Fueron un montón de intervenciones, tres años y pico de no salir de los médicos y hospitales, de estar muy jodida. Eso me llevó a que, con dieciocho años, yo estuve seis meses en una cama, cuatro meses boca arriba y los otros meses me dejaban sentarme en una silla de ruedas, no podía caminar, después me tuvieron que someter a un raspado, a una laparoscopia, luego otra vaginoplastia. Estuve con mi zona genital en alerta roja, expuesta a infecciones... los primeros veinte meses llevando un dilatador rígido, tamaño pene erecto, introducido en el agujero sangrante que habían hecho ahí. Gracias a Dios, encontré a unos médicos después que consiguieron rehacérmela. A día de hoy no me haría una vagina. Antes de eso, yo disfrutaba del sexo que tenía, muy bien. Y la vagina nunca me ha dado un placer añadido, salvo el emocional de sentir que con mi pareja masculina él podía realizar el coito. Entonces pues con eso parecía que se normalizaba todo.

En cuanto a las hormonas, las que me han dado y yo he aceptado tomar me han hecho pasar por tres menopausias. La primera fue a los dieciséis, cuando me castraron. La segunda fue a los veinte, cuando fui a Madrid a que me reconstruyeran la vagina y me quitaron el tratamiento hormonal que tenía hasta ese momento. La tercera, sobre los cuarenta, que fui al endocrino y pensó que era bueno tomar tratamiento hormonal para retrasar la osteoporosis y lo que consiguió fue que en tres meses mis mamas se pusieran inmensas, mi libido se disparó, estaba incomoda, empecé a engordar, y dejé de tomarlo. Ahora me siento mucho mejor porque el exceso de hormonas femeninas no me sientan bien. A mí no me ayudan. Les diría que se vayan adaptando pero que si quieren ser conejillos, que sean conscientes de que lo van a ser, que al menos vayan a gente muy especializada, con experiencia. Que pregunten todo antes de hacer nada.

SUSANA LESTEIGA

¿Gónadas funcionales, en qué sentido? Porque ya sabíamos que las gónadas internas son funcionales, por eso hay que dejarlas dentro. Estos temas me remueven. Yo no veo que me vaya a meter en un proceso de transplante de útero, la verdad. Lo veo como muy ciencia ficción todavía. Creo que, me despiertan cosas. Estas noticias me preocupan mucho porque creo que hay una parte de aceptación, de que no estás roto si no puedes tener hijos, de esta función reproductiva. No puedes, ¡y qué más da! No eres menos por no tener hijos. Me parece que esto viene a reforzar el mensaje de que sí, que eres menos.

Lo del útero es... no sé qué pasa, no sé si se puede, no sé si funciona. Y me preocupa, esto sí que es cosificar, asumir que yo soy una máquina y quiero que el hijo que yo tenga se haga con el útero de otra persona pero dentro de mi cuerpo. Para mí es muy importante que mi hijo crezca dentro de mi propio cuerpo, me voy a abrir en canal, voy a meter ahí un receptáculo porque quiero que crezca dentro de mí. Esto me parece acojonante. A mí, me remueve todo. Me da la impresión de que ahonda en un problema que es el de intentar normalizar: lo cis, lo hetero. Igual me estoy metiendo en un "fregao" diciendo esto pero me despiertan las mismas sensaciones que las de las operaciones de normalización: ¿para qué ahora remover todo esto otra vez?

Es cierto que me pilló ya mayor, he enterrado estas cosas en el fondo y no quiero hablar de ello. Yo ya no tengo las gónadas pero que, para las siguientes generaciones, la gente que todavía tenga las gónadas, a lo mejor es importante saberlo. Me preocupa que le remueva a gente que es capaz de pasar página, que la reproducción no lo es todo, que es que hay que esforzarse más, que hay que hacer más cambios. También me parece ciencia ficción qué es lo que se va a hacer con esto, me parece que hay que poner una línea muy clara entre lo que podría ser y aceptar a lo que somos, como estamos. Como mínimo lo que nos importa a cada uno. Luego, al mismo tiempo, pienso lo contrario, es el cuerpo es de cada uno y tiene que hacer lo que le da la gana, como si te quieres hacer tres implantes de útero, si te lo puedes pagar... Cada uno tiene el derecho de experimentar con su cuerpo. Esto me parece magnífico. Ahora, cuidado, con que lo que estemos intentando es no querer profundizar en un problema que ya había de antes, que es el pensar que somos menos porque no podemos tener un hijo dentro del cuerpo. Esto me preocupa, es lo que más me preocupa con diferencia. Me despierta un poco de esperanza para nuevas generaciones, seguramente todavía es muy pronto para pensar que esto sea una opción que tenemos que poner sobre la mesa.

He hecho una pausa, porque no me he quedado contenta con esta respuesta que he dado pero no quiero borrar lo anterior porque creo que es importante lo que he dicho.

Me remueve, cuidado en qué "fregao" nos metemos, en qué esto venga por parte de los padres y no de las personas afectadas... querer normalizarlas. Cuidado con poner esperanzas en lugar de curar cicatrices y dolores, cuidado con mantener heridas abiertas cuando a lo mejor es importante poder cerrarlas, cuidado con dar esperanzas a gente de cosas que a lo mejor no se pueden hacer en realidad ni podrán hacerse en la vida. Al mismo tiempo, se tiene que poner sobre la mesa, se tiene que hablar, se tiene que discutir. Y el sitio donde se tiene que hacer es Grapsia, entre nosotras, porque si no es aquí, ¿dónde? Y, al mismo tiempo, me despierta una resistencia hablar de ello, ¿por qué vamos a abrir este melón ahora? Y, en eso, seguramente no tengo razón, habría que abrirlo y bien grande.

¿Qué le diría a otra persona que me pregunte? Es muy complicado. Sus problemas seguro que me resuenan, creeré que son parecidos, a lo mejor no. Yo he tenido mucha suerte por vivir en una gran ciudad, la gente con la que me he encontrado, mi cultura familiar. Quizás, en otros entornos sociales, no es tan fácil. Mi caso ha sido fácil, bueno, fácil... creo que he tenido un trauma y he estado sin saber nada hasta los veintiséis o veintisiete. Aún así, quiero decir, que las experiencias son tan distintas que juzgar si alguien decide dilatadores, operarse o no... es complicado.

Es importante que digamos cosas como que tu cuerpo está bien, que no tiene nada malo, que tienes que aprender a quererlo, a disfrutarlo, eso es lo que tiene que ser. Le diría que, primero, antes que nada, aprendiera a masturbarse si es que no lo ha hecho ya, a disfrutar. Y entender como funciona su cuerpo y quererlo, tocarse por todas partes, quererse, decir: «esta soy yo. Yo soy esto y es de puta madre».

Si, a lo mejor, tu cuerpo no es normativo en algunos sentidos físicamente pues sí que es cierto que es una diferencia. Le diría como que, en mi caso, cuando he tenido relaciones sexuales, nadie al final se fija en nada. Es importante que la gente sepa que estamos empoderadas para hacer lo que nos da la gana con

nuestro cuerpo. Tiene que tener derecho, esa persona, a hacer lo que quiera. Una intervención, hormonarse, dilatadores, lo que te de la gana. Este mensaje también tiene que estar ahí: «tienes derecho a hacer lo que te de la gana». Ahora, si lo estás haciendo porque te ves obligado a encajar en una normalidad, hablemos de ello. Probablemente, algunas de estas cosas las harás pero es que no ha pasado nada por tener una vagina más pequeña o no tener vagina. O sea, todo el mundo pasa por un proceso de querer normalizarse, de machacarse, de tener poca autoestima. Esto no es nada especial nuestro, solo que aquí se le añade otra complejidad en este proceso de sentirse normal y encajar.

Le explicaría mi experiencia porque creo que así llegas a construir algo íntimo, en lugar de hablar desde discursos genéricos. De qué quiere decir ser normal, de que la diferencia es buena, existe, que la sociedad tiende a normalizar cosas pero que somos distintos, todos somos mutantes. Iniciaría la conversación con dos cosas muy distintas: un tema es la salud y otro la normalización. Hablemos de salud primero, luego de normalización. Probablemente, no necesites intervenciones quirúrgicas. Si no te han hecho gonadectomía, tiene que haber unos controles y ya. Es importante que tenga la opción.

Antes de los dilatadores hablaría de penetración: «¿cuál es la relevancia de la penetración en una relación sexual para ti?». Por ejemplo, en cuanto a placer, no está nada relacionada, cero. Para mí, lo que es erótico es en sí la parte exterior, los labios, el clítoris. Luego cada uno tendrá otras zonas erógenas. Por eso, la dilatación es importante más o menos. Si quieres hacerlo, lo haces. Si no quieres, no lo haces. Lo importante es perderle el miedo. A mí, me causó un trauma brutal. La realidad es que, a veces, duele aunque es mucho más flexible de lo que pensamos. Lo importante es que tanto la penetración como la dilatación esté totalmente relacionada con el hecho de que yo me lo tengo que estar pasando bien y que tengo que estar excitada. Y, luego, hablaría de ejemplos de gente que tiene vidas sexuales satisfactorias sin penetración. Lo que hay que hacer es empoderar a la gente, darles la información para que tomen una decisión y que se equivoquen por su cuenta, que se tomen las decisiones si la persona es lo suficientemente madura.

Y en cuanto a cirugías, les diría que las intervenciones en general es una cosa muy agresiva. La realidad es que estamos jugando a ser Dios a veces cuando hay cosas que pueden salir mal, no siempre salen bien, cirugías tan invasivas. Hablaría de que lo único que estamos intentado hacer es una cosa muy concreta que es asumir que los tíos tengan un lugar donde poder meterla. También, como he dicho antes, hay que escuchar cuál es su ansiedad de normalizar. Hay muchas opciones y no hay ninguna prisa.

Al final, el trabajo que hay que hacer es el de visibilizar, el apoyo, de escuchar, de estar ahí, de que conozca a gente distinta. Todo esto es lo que te lleva a empoderarte. Empoderarte creo que es la palabra más importante. El empoderamiento es entender que "tienes derecho a". Para llegar ahí tienes que tener un punto de normalizarlo, tú tienes derecho a decir lo que te da la gana sobre tu cuerpo y en tus relaciones con las personas. Para eso hace falta un grado de madurez, de haber digerido, de sentirse acompañado. Es un tema muy complicado.

RAQUEL M.

Hay personas que conozco que aseguran haber notado una diferencia en su sensibilidad, del antes al después de la gonadectomía. En mi caso, me quité las gónadas con dieciocho, tengo veintitrés, no sé qué ha podido cambiar desde entonces con respecto a eso. Me las quité porque, al final, lo vi una movida de salud. Hay chicas que han tenido tumores, en alguna o las dos. Es como la que se quita las mamas porque tiene antecedentes de cáncer de mama. No tenía ninguna necesidad de estar con esa incertidumbre y decidí operarme. Es verdad que mi endocrino pediátrico estaba muy interesado en que eso sucediera más pronto que tarde pero era por esa preocupación de la malignificación. Yo no me arrepiento de haberlo hecho. ¿Que hay investigaciones que dicen que las gónadas podrían ser funcionales? Yo sé que hay gónadas que sí. Las mías me dijeron que no. ¿Sí lo eran? Pues mira, me las he quitado. Tampoco me importa.

En cuanto a los trasplantes de útero, esto es muy interesante porque hablamos mucho de ir hacia un objetivo en el que no haya que tocar nuestros cuerpos, nuestros cuerpos están bien como están, hay que normalizar, pero, de repente, nos encontramos a científicos que hacen trasplantes de útero. Esto es como si lucho por los temas de la pobreza pero encuentro un trabajo de puta madre, gano mazo de dinero y ya no me interesa luchar por los pobres. No sé si acabo de decir una tontería pero es lo mismo. Yo, estas operaciones estéticas, tengo puntos en contra, creo que hay una enfermedad colectiva que es la necesidad de hacer nuestra cara bonita. Yo, quizás, me haría una operación estética en algún momento. Pero, es que es algo personal, depende del momento. Son avances que celebro, son conquistas de la ciencia pero yo nunca me haría un trasplante de útero. Evidentemente, no me serviría a día de hoy. No tendría sentido. Me parece *too much*. Si hay gente obsesionada con concebir a un bebé... uf, es algo muy personal.

Qué les diría a las menores. Los dilatadores, que hagas lo que quieras y que existen opciones y que esto depende de lo que tú quieras. Cirugías, que hable con gente primero, que ella misma se lo tome con calma. Lo primero que le diría es que no hay prisa absolutamente para nada. Por otra parte, sí que pienso que el tratamiento hormonal es necesario, porque yo lo que tengo entendido sin ser científica ni médica, es que el tratamiento hormonal va más allá del tema, la descalcificación de los huesos, a mí me falta vitamina D y me tomo suplementos. A mi amiga que tiene anemia pues toma hierro. Si a ti lo que te faltan son hormonas, por el tema de la descalcificación que es una movida, pues eso sí que es importante. Yo creo que eso hay que tenerlo en cuenta.

El resto de cosas, que hable con gente. De manera muy tranquila. Aquí no hay una tragedia ni nada. Que ella establezca su criterio, que decida por sí misma, que entienda la necesidad o no que ella misma tiene, de hacer una cosa u otra, de las opciones que hay. Yo creo que es todo tan personal, del momento en el que esté. Que evidentemente pues una cirugía no hay vuelta atrás.

Pero, sobre todo, el tema de las dilataciones pues simplemente que investigue. Yo me he planteado en alguna ocasión, el tema de la vaginoplastia. Lo he pensado más de una vez. ¿Por qué no lo he hecho? Porque después me calmo, pero se me sigue pasando a veces por la cabeza. Luego me calmo y digo, bueno, casualidad que me ha pasado cuando me he pillado por algún tío y, de repente, no iba a más la cosa, me sentía culpable... casualidad.

A modo de conclusión. Bloque I

Para poder llegar a entender cuál es la situación actual del objeto de estudio intersexual dentro de la biomedicina, ha sido necesario introducir la evolución en la lectura de los cuerpos y del hermafroditismo a lo largo de los siglos.

En este sentido, se ha podido deducir a través de los relatos y textos, desde la Edad Antigua a la Edad Moderna, como no necesariamente el pasado fue mejor para las personas que no encajaban en las normas sociales de cada época. Aún así, lo que se ha evidenciado es que hay un momento clave, el nacimiento de la diferencia sexual, a partir del cual la lectura de los cuerpos intersexuales como objeto de estudio de la clínica –patologías que esconder y corregir– se convierte en norma social hasta la actualidad.

Aterrizando en el siglo XXI, dentro del Estado español, me ha interesado comprobar cuáles han sido los avances que se están produciendo en los últimos años tras la emergencia de un sujeto intersex.

De este modo, se puede observar cómo se están elaborando protocolos y guías para promover una atención sanitaria y social integral⁵³. Aún así, esto no es algo que ocurra en todos los territorios ni tampoco, aunque exista, se está garantizando su cumplimiento. El modelo de atención mayoritario es, como ha mencionado Fernández (2021), cis-endo-heterosexual y binario. Mientras que los avances médicos en cualquier campo se producen constantemente, en el tema de la sexualidad y la identidad sexual, en concreto, prevalece la mirada científica sobre cualquier avance social y político. Por lo tanto, que la biomedicina (también el poder jurídico) reproduce las estructuras de género imperantes y que esto provoca desigualdades y discriminaciones, es una evidencia. Ni las personas intersex ni las personas LGTBI+ tenemos asegurada una atención sanitaria libre de violencias. Ese es el motivo que nos ha llevado a la redacción de sendos apartados en el área de salud dentro de los borradores de documentos legislativos que se están tramitando. A la vez, esto es una responsabilidad de toda la sociedad, comenzando por la implicación y cualificación de los profesionales sanitarios.

Actualmente, dentro de los sistemas de salud, siguen imperando las relaciones de verticalidad

⁵³ Sobre esta cuestión, consultar el artículo colaborativo: “Diversidad afectivo-sexual, corporal y de género más allá del binarismo en la formación en ciencias de la salud” de Ángel Gasch-Gallén (2021) et al., *Gac Sanit*, 35(4), 383–388.

médico-paciente, las reticencias a incluir el saber de la colectividad intersex, los conflictos subjetivos e ideológicos del profesional, la poca información sobre diversidad corporal más allá del binarismo, y la falta de formación en materia de intersexualidades de los sanitarios. Además, el hecho de que no existan centros de referencia ni equipos multidisciplinares, provoca que las familias tomen decisiones precipitadas, desinformadas, y bajo coacción. Y aunque, en los últimos años, comienza a haber «aperturas epistémicas» cuando el profesional de la salud se sumerge en contextos políticos y no médicos liderados por personas intersex (como los congresos de Grapsia o Kaleidos y las formaciones del colectivo i de intersex), esto no termina de cristalizar al volver a la institución.

En este sentido, para seguir apostando por una transformación real es necesario que la institución clínica se convierta en una «zona de contacto» entre profesionales y personas intersex. Algunas propuestas de cambio, según las HAC, son las siguientes: «que los profesionales sanitarios se formen ante casos de intersexualidades»; «que haya equipos con nociones de diversidad, multidisciplinares, que no sean liderados por cirujanos»; «el consentimiento informado, que esté libre de coacción, con toda la información sobre la mesa»; «que no se den revisiones genitales sino son estrictamente necesarias y con los profesionales estrictamente necesarios, con cuidado y respeto»; «hay que penalizar las mutilaciones y cirugías a bebés»; «no entiendo como todavía está pasando eso, como se siguen haciendo cirugías a bebés que no están enfermos»; «queremos un fácil acceso a nuestro historial médico»; «se tienen que reconocer las injusticias y los atentados que existen contra las personas intersex de normalización de un cuerpo sin estar enfermo»; «cuando no hay enfermedad, que no te toquen el cuerpo»; «poco se habla del derecho a la restauración».

Insistir en cómo nos hemos sentido las HAC durante el proceso de medicalización vivido en nuestras trayectorias es importante para impedir que se repitan los mismos errores. Por eso, exigimos el derecho a la autonomía e integridad sobre nuestro propio cuerpo. Hay que prohibir todas las intervenciones que no sean estrictamente por temas de salud, poner fin a los tratamientos no consentidos y no necesarios (diagnósticos, revisiones, hormonas, o cirugías), a todo tratamiento médico que conlleve una alteración de las características sexuales de una persona sin su consentimiento. Luchamos para salir de la patologización que sufren nuestros cuerpos por no encajar en la norma social binaria.

Asimismo, en los estudios analizados, las familias también evidencian la falta de información, el desconocimiento y la ausencia de apoyo psicológico. Al menos, esto es lo que se ha detectado en los

hospitales de la Comunidad Autónoma Vasca (González, 2021). Se ha confirmado, también, la influencia de la ideología a la hora de realizar prácticas y protocolos discriminatorios e invasivos: «el abordaje precoz sigue siendo en la actualidad la recomendación generalizada», también «se presuponen dogmas y relaciones que carecen de causalidad real: la penetración como factor medible de función sexual, la heterosexualidad obligatoria, la identidad sexual dicotómica y estable». Como se preguntaba Daniel G. Abiétar (2019): «¿De verdad hacen falta investigaciones “científicas” para dejar de mutilar a una criatura recién nacida porque sus genitales no nos encajan?».

Sobre la transformación o modificación de los cuerpos intersex en cuerpos penetrables bajo la lógica heterosexual (válidos), también hemos reflexionado. Para las HAC, tanto las recomendaciones de dilatadores como las vaginoplastias recomendadas, han sido procesos complicados y traumáticos: «el uso de dilatadores, ¿por qué? Porque se entiende que el sexo es una relación heterosexual coitocentrista con penetración»; «mi experiencia con el uso de dilatadores es verdaderamente traumática»; «Me dieron un dildo metálico con punta afilada que me tenía que introducir todas las noche»; «las intervenciones en general es una cosa muy agresiva, ¿cuál es la relevancia de la penetración en una relación sexual para ti?, ¿asumir que los tíos tengan un lugar donde poder meterla?»; «la penetración... casualidad que me ha pasado cuando me he pillado por algún tío y, de repente, no iba a más la cosa, me sentía culpable»; «Me metí en un quirófano para que me hicieran una vaginoplastia. El resultado fue catastrófico»; «fueron un montón de intervenciones, tres años y pico de no salir de los médicos y hospitales, de estar muy jodida».

Por otra parte, una noticia que hoy genera debate y reflexión, es que las gónadas que han sido sistemáticamente extirpadas como parte de los protocolos están siendo analizadas porque, al parecer, el material interno podría ser fértil. No todas las HAC habíamos sido informadas de que las gónadas (las que nos extirparon) podían ser funcionales y, por lo tanto, debían quedarse dentro. En cambio, todas las HAC sí habíamos sido informadas de que eran cancerígenas y había que extraerlas cuanto antes. Estas serían las reflexiones al respecto: «es el tema más polémico, las gónadas internas que nos las extirparon como norma»; «fueron los médicos los que me dijeron que me debían castrar urgentemente porque era peligroso dejar mis testículos donde estaban»; «a mí me las quitaron de pequeña y yo no pude defenderme, no pude hacer nada contra eso, tampoco cuestionarlo por el desconocimiento»; «yo no tomé la decisión... con la palabra cáncer repitiéndose una y otra vez»; «fue bastante shock, mucha rabia, mucha ira

contenida, una impotencia, de haber consentido»; «me devuelve al sentimiento de pérdida, combinado con un sentimiento de ausencia, de ausencia no justificada, no consentida»; «castrarnos, sin ni tan siquiera plantearse la posibilidad de que hubiese algún tipo de material fértil, es una estrategia más del sistema para perpetuar la norma»; «algunas ya sabíamos que las gónadas internas son funcionales, por eso hay que dejarlas dentro»; «nadie podía pensar que nuestros cuerpos se pudieran reproducir, por eso ni tan siquiera podían pararse a pensar si a esas gónadas había que estudiarlas o si ese material interno podía ser fértil».

Hoy, con la información que sí tenemos y después de habernos acuerpado en redes de iguales, nueve de las diez HAC hemos afirmado que tomaríamos otra decisión sobre nuestros cuerpos en cuanto a la castración. Aunque, como se ha visto, muchas no tuvimos opción de elegir sino que fue un punto más del protocolo. Aún así, la conclusión que he extraído, es la siguiente: «después de experimentar las consecuencias, ahora tomaría otra decisión»; «después de haber pasado por un proceso obligatorio de gonadectomía, de hormonación sustitutiva, de vaginoplastia, de revisiones mensuales y anuales, de silencio absoluto y tabú, ni haría el mismo recorrido ni tomaría las mismas decisiones». Raquel, la más joven de las HAC, afirma que fue ella quien tomó la decisión: «No tenía ninguna necesidad de estar con esa incertidumbre y decidí operarme. Es verdad que mi endocrino pediátrico estaba muy interesado en que eso sucediera más pronto que tarde pero era por esa preocupación de la malignificación».

Asimismo, el debate sobre los trasplantes de útero en mujeres, ha despertado diferentes emociones. En general, tras analizar los soliloquios corporales, la emoción mayoritaria es «indiferencia». Varias de las HAC han mencionado que como avances científicos es algo positivo y una posibilidad, pero también han afirmado que no lo harían en sus cuerpos; otras hemos manifestado nuestro profundo malestar ante esta noticia porque pensamos que es otra estrategia para seguir sometiendo a algunos cuerpos intersex “femeninos” a intervenciones “normalizadoras”.

Es una cuestión a celebrar, para la comunidad intersex, que algunos profesionales de salud estén abiertos a la escucha y la colaboración. Que, desde dentro de la comunidad médica, se estén cuestionando algunas de las prácticas realizadas hasta ahora y se estén generando cambios en los discursos; también en el quehacer de la medicina. Sobre algunas demandas expuestas en los trabajos de Nerea González (2021) o Sam Fernández (2021), me gustaría volver a incidir «están en auge posicionamientos que cuestionan las cirugías a nivel genital en edad pediátrica»; «tendríamos que replantearnos si

el sexo asignado por exploración física se puede extrapolar a la identidad que cada persona desarrollará en un futuro»; «sería enriquecedor la incorporación de grupos de apoyo o asociaciones, personas activistas, que, dadas sus vivencias personales, pueden contribuir a mejorar el acompañamiento que nuestros pacientes reclaman, con metodologías participativas y empoderantes». Por ello, es imprescindible: «que existan equipos multidisciplinares, colaboración entre el sistema de salud y los diferentes agentes sociales»; «las intervenciones quirúrgicas, la hormonación sustitutiva obligatoria y los protocolos invasivos e innecesarios deben ser objeto de denuncia»; «cuestionar la inflexibilidad y universalidad del sistema sexo/género»; «recuperar el papel de la medicina comunitaria»; «asumir la responsabilidad profesional para transformar y construir nuevas formas de hacer». Yo misma, a través de mis soliloquios, propongo algo que he hablado en muchas ocasiones con las HAC: «me encantaría llegar a una consulta, encontrarme a una pediatra, una endocrina o a una ginecóloga que, para empezar, tuviese conocimiento sobre los cuerpos intersex. Que me hablase desde la empatía, el cariño, el respeto. Que me dijese que a mi cuerpo no le pasa nada, que todo está bien».

En relación a las recomendaciones sobre cuestiones médicas a personas intersex, ha habido un consenso por parte de las HAC. Podría resumirlo con la siguiente reflexión construida a partir de diferentes soliloquios corporales: «no todos los cuerpos son reproductivos. No todos los cuerpos gestan, ni paren, ni menstrúan, ni ovulan. Tu cuerpo no está mal, no es anómalo, no está enfermo. Aunque no tenga útero pero tenga una vulva. Aunque no menstrúe y tenga testículos internos. Aunque tengas clítoris y no vagina. Aunque seas leída como mujer y tengas cromosomas XY. No pasa nada. Aprende a quererlo, a amarlo, a conocerlo. A desearlo. Tu cuerpo está bien, está sano, es válido».

Las HAC, también las asociaciones de personas intersex del Estado español, confiamos en que sigan proliferando los discursos científicos críticos [Gregori (2015), Abiétar (2019), Fernández (2021), González (2021)] con el objetivo de transformar las prácticas y protocolos clínico-asistenciales atendiendo a un enfoque desde la perspectiva de diversidad afectivo-sexual, corporal y de género. También abogamos por la educación sexual y el derecho a la representación de los cuerpos intersex: «derecho al placer, eso pasa por garantizar una educación sexual feminista obligatoria en todas partes»; «defender nuestro derecho a la representación», «yo pondría a una Irene Montero visibilizando su realidad»; «hay que ponerlo en la palestra mediática»; «que se empiece a hablar en medios de comunicación, en la ficción, que sea algo que se normalice con la representación de personas intersex públicas».

BLOQUE II

INTERSEXUALIDAD: UN JAQUE AL BINARISMO SEXUAL

“¿Pensaron alguna vez que si no fuera por todos, nadie sería nada?”.

Mafalda

El objetivo de este capítulo es iniciar una búsqueda de espacios discursivos habitables para las personas intersex. Pero, también, generar nuevos enunciados a partir de nuestras contribuciones desde los soliloquios corporales para incorporarlos al debate científico sobre el objeto de estudio intersexual. Para ello, a lo largo de toda la tesis, incorporaré los soliloquios corporales de las HAC dentro de los distintos marcos teóricos sobre el objeto de estudio intersexual.

Así, en este apartado, voy a ahondar en el sexo, en los sexos; en los cuerpos sexuados y en los cuerpos que cuesta sexuar. ¿Son todos los cuerpos merecedores de pertenecer uno de los dos sexos? Vayamos a la raíz de los binarismos.

Intersex: entre sexos.

También me detendré en la categoría género. ¿Qué es el género? Cuando miramos los genitales de una criatura recién nacida y decidimos asignarle uno u otro nombre, ¿estaríamos hablando de sexo, de género, o de sexo y género a la vez? Será necesario poner el foco en el sistema sexo/género, en la diferencia sexual, en las fronteras entre lo biológico y lo cultural; en las ficciones naturalizadas que han sido las causantes de los diagnósticos que han recibidos los cuerpos intersex. ¿A qué nos referimos cuando hablamos de un sistema sexo/género?, ¿acaso hay otros sistemas más allá del sexo y el género?, ¿en qué se diferencia el sexo del género? ¿En qué consiste la diferencia sexual?

¿Ser intersex es una identidad?

¿Qué es la orientación sexual? ¿Y la sexualidad? ¿Es la heterosexualidad sólo una orientación sexual o deberíamos hablar de un régimen heterosexual? A su vez, ¿a qué llamamos deseo?, ¿por qué hemos aprendido a desear a unos cuerpos y no otros?, ¿qué cuerpos son entonces los menos

deseados y desde qué cuerpos está permitido desear?

Lo que no existe no puede ser objeto de deseo

Junto a las HAC, he decidido poner en cuestión los dualismos: hembra/macho; mujer/hombre; femenino/masculino. No para confirmar que existen ni tampoco para negarlos, nuestra misión es preguntarnos por ellos. A las personas intersex no nos ha quedado otro remedio que hacerlo. ¿Qué hay de naturaleza y qué de cultura en estas dicotomías? Revisemos el pensamiento heterosexual instaurado: sus normas, las reglas, el lenguaje. ¿De qué formas se cruzan, se entrelazan, y atraviesan nuestros cuerpos intersex?

Esta tesis se enmarca dentro de los Estudios Feministas y de Género. En este campo encontramos autoras y discursos que nos ofrecen marcos teóricos, metodológicos y epistemológicos en los que las corporalidades intersex existen. Desde los que las corporalidades intersex se pueden enunciar. ¿Están interrelacionados los estudios del cuerpo, las teorías queer o los estudios feministas y de género? Continuemos pensando.

Será necesario embarcarnos en un viaje discursivo no solo a través de la teoría, también a partir de la incorporación de nuestras narrativas en forma de soliloquios corporales, y de los diálogos que podrían generarse entre ambas. ¿Cómo nos relacionamos las HAC con estos campos, con estos marcos, con las categorías mencionadas? ¿Sentimos que nuestros cuerpos, en tanto que intersex, están representados?, ¿y de qué formas? Buscamos aquí referencias y referentes, siempre con el objetivo de generar mundos un poco más justos y felices para todas las personas. Espacios donde los sujetos intersex podamos ser libres, en los que las corporalidades intersex sean igual de vivibles que las canónicas y sexuadas.

Uno de los propósitos ha sido el de avanzar en el logro de una vida llevadera. Reivindicarte como intersex dentro de los marcos socio-culturales existentes es asumir tu exclusión dentro de los mismos. Soy consciente; somos conscientes. Nombrarte intersex es complicarte la vida. A pesar de ello, como grupo, apostamos por un futuro más justo, confiamos en la responsabilidad social. Politizar nuestra existencia, generar imaginarios y marcos en los que sí seamos igual de posibles que cualquier otro cuerpo endosex, implicará seguir poniendo en cuestión las categorías. Implicará seguir desplazándolas, repensándolas, de-construyéndolas. Pero, antes de todo eso, hay que hacer un arduo trabajo des-esencializándolas, des-naturalizándolas.

No pretendemos acabar con las categorías, ni hacer explotar el sistema. Aunque como apuntan muchas corrientes feministas, quizás fuese lo ideal para terminar con todo tipo de opresión. Pero en este punto el objetivo sería indagar en las causas y motivos que han relegado a nuestros cuerpos a la invisibilidad, a la no inteligibilidad, al campo de la no existencia. Ahora bien, defendemos que los cuerpos intersexuales –de la misma forma que Judith Butler introdujo la idea del drag o el travesti como ejemplo de desplazar al género– somos la prueba de que el binarismo de sexo no es inamovible. Es más, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de binarismo?, ¿qué es el binarismo?, ¿qué cuerpos son binarios?, ¿hay cuerpos que rompen con el sistema binario? Según Cristina Mateos (2017):

«Se trata de un pensamiento hegemónico que representa la realidad desde una concepción dicotómica y opositiva, basada en la idea genérica de creación del mundo y de complementariedad de los sexos, que ha consolidado una jerarquía sexual, [...] es un modelo de pensamiento rígido y androcéntrico que se configura exclusivamente por la relación entre dos géneros de carácter opuesto y jerárquico, en el que no han sido contempladas todas las identidades sexuales ni expresiones de género. El resultado es una forma de relación esencialista, jerárquica y discriminatoria en la que solo hay dos géneros (culturales) porque exclusivamente hay dos sexos (naturales)» (Mateos, 2017: 46).

Recojo esta definición para señalar sus exclusiones, las de este modelo de pensamiento dicotómico. Cuando las personas intersex reivindicamos que nuestros cuerpos no son binarios, que subvierten el binarismo, o que no encajan en la definición típica binaria, lo hacemos para evidenciar que formamos parte de la multiplicidad de identidades sexo-genéricas que no están (estamos) representadas en el sistema que empapa todo el orden social. Asumir esta afirmación supone admitir nuestra no inteligibilidad, nuestra pertenencia a los cruces o márgenes. Pero, a la vez, ser conscientes de ello nos ofrece la oportunidad de resquebrajar y cuestionar la lógica binaria. En palabras de Cristina Mateos, producir una fractura dentro de ella «implica performar las categorías hasta volverlas difusas y porosas, sin capacidad de normativizar nuestros cuerpos y nuestras vidas» (2017: 47).

Por lo tanto, el objetivo final será seguir transgrediendo. ¿Cómo? Construyendo nuestros propios relatos, o creando nuestros manifiestos si seguimos la estela de Sara Ahmed (2017), con el propósito de incorporarlos al discurso socio-cultural. Resulta que, dado que somos «las de los umbrales, los

márgenes y las mugas⁵⁴», también encajamos en la definición de «aguafiestas» que Ahmed propone. Así que no lo pasemos por alto, sumémonos. Quizás, recopilando cada vez más manifiestos desde las disidencias, utilizando nuestras voces y testimonios, podamos encontrar una vía factible para la consecución de derechos. Al final, ¿qué implica la idea de «manifiesto» para Ahmed?

«Un manifiesto aguafiestas, entonces, empieza reconociendo las desigualdades existentes. Este reconocimiento se pone en acto con la figura misma de la aguafiestas: ella agua la fiesta por lo que proclama que existe. Ella tiene que seguir haciendo los mismos reclamos porque debe seguir contrarrestando las declaraciones que dicen que no existe lo que ella dice que existe. (...) Un manifiesto aguafiestas es, entonces, poner de manifiesto lo que existe. En el trabajo de poner de manifiesto, hacemos un manifiesto. (...) Luchar por la libertad es luchar contra la opresión. (...) Es desde la opresión que se le da expresión a la libertad. Un manifiesto es imprescindible cuando se necesita una lucha para darle expresión a algo. (...) un manifiesto no es un texto atractivo de acuerdo con las normas y estándares existentes. No puede serlo: debe esforzarse para ser dicho. Y, aun así, un manifiesto es atractivo para quienes lo leen; un manifiesto demanda algo interpelando a alguien. Un manifiesto aguafiestas atrae a aguafiestas» (2017: 239-241).

Primer paso: colectivizarnos e iniciar una rebelión. Una rebelión intersex que hace un llamamiento a todas las «aguafiestas». A las que ya lo son y a las que estén dispuestas a unirse. Al final del capítulo nuestro objetivo habrá sido el de incorporar nuestros propios enunciados, en forma de manifiestos si se quiere, para ser leídos por todas las personas que se acerquen a este trabajo.

1. Situándonos: la categoría género en la investigación feminista

No es posible hablar de corporalidades sin traer al centro del debate el análisis del género. La categoría género, tal y como hoy la conocemos, tiene su origen en los *Women's Studies* o Estudios de las Mujeres. A pesar de que, según Alice Dreger (1998), no es casualidad que fuese utilizado por primera vez en 1915 por Blair Bell, un médico especializado en casos de personas intersexuales. Aún así, este concepto como categoría de análisis fue introducido y problematizado por las investigadoras feministas desde diferentes campos y disciplinas de estudio.

Según Teresa De Lauretis, el concepto de género no existiría como tal sino hubiese sido por el movimiento de mujeres; mucho antes, incluso, del cambio institucional a *Gender Studies*. O sea, no estaba antes «de que la teoría feminista lo elaborase como un nuevo modo de conocimiento, una práctica epistémica surgida en el marco de un movimiento político de oposición radical» (De

⁵⁴ Muga, concepto del euskera que en castellano se traduce como término, frontera, límite, linde, confín.

Lauretis, 2019: 138).

En el caso de la Antropología, sería Margaret Mead una de las primeras en analizar la variable género a través de las teorías sobre los *sex roles* (1963)⁵⁵ y, por tanto, una de las precursoras de la antropología feminista. Aún así, si hay una fecha concreta que las antropólogas feministas utilizan para empezar a hablar de la Antropología de la Mujer serán los años setenta. En palabras de Britt-Marie Thuren (1992),

«La antropología de la mujer nació hacia el año 1970. Había habido antes alguna antropóloga que enfocaba críticamente el tema, como Margaret Mead, pero a juzgar por la literatura antropológica en general, los hombres dominaban a las mujeres en todas partes y esto parecía ser funcional para la armonía y el bienestar económicos de cada sociedad» (1992: 31-55).

En esta década, Ann Oakley (1972), introduce el término género en las ciencias sociales «dando paso a la conceptualización del género como una categoría analítica y teórica». Será así como se «asienta la identificación de una opresión universal compartida por las mujeres y la explicación de esa subordinación» (Bullen, 2017: 29-63).

Por su parte, será Sherry Beth Ortner (1979) quien, a partir de estas primeras teorías, se empiece a cuestionar si es la mujer respecto al hombre lo que la naturaleza a la cultura. Así, lo hará basándose en las teorías de Simone de Beauvoir. En “El Segundo Sexo”, Beauvoir apunta que «la mujer da la vida mientras que el hombre da la muerte, en la medida que el hombre es cazador y guerrero, y el hombre nunca da la vida, no puede» (2014). Esto le llevará a analizar en profundidad estas opresiones hasta llegar a afirmar que «hombres y mujeres pueden y deben participar igualmente en los proyectos de creatividad y trascendencia». (2014) Solo de esta manera, las mujeres (asociadas a la naturaleza) también podrán formar parte de la cultura. Según Ortner «el hecho universal» y «las variaciones culturales» constituyen un problema para las mujeres que debía ser explicado ya en ese momento y que sería la propia sociedad la que tenía que ocuparse de esta cuestión,

«Los esfuerzos dirigidos exclusivamente a cambiar las instituciones sociales –mediante el establecimiento de cuotas de empleo, por ejemplo, o mediante la aprobación de leyes de igual-salario-para- igual-trabajo– no pueden tener efectos de largo alcance si la imaginación y el lenguaje cultural siguen suministrando una concepción relativamente desvalorizada de la mujer. Pero, al mismo tiempo, los esfuerzos únicamente orientados a cambiar los supuestos culturales – mediante grupos masculinos y femeninos de concienciación, por ejemplo, o mediante la revisión de las disciplinas educativas y de la imaginación de los *massmedia*– no pueden conseguir su objetivo

⁵⁵ Los trabajos de Margaret Mead son anteriores a 1963, pero se publicaron en España en ese año.

a no ser que cambie el fundamento institucional de la sociedad para apoyar y reforzar la modificada concepción cultural» (Ortner, 1979: 11).

Por tanto, analizar el género implicaba nombrar una estructura social jerárquica y opresiva para las mujeres. Era la marca que recibían para señalar la diferencia y la subordinación a la que estaban sometidas en la sociedad bajo la creencia de que era algo natural e innato. El género, en esta primera época, va a definir unas características estrictas y unas expectativas diferenciadas entre el macho y la hembra, el hombre y la mujer, lo masculino y lo femenino. Esta categoría –como sistema binario– terminaría convirtiéndose años después, gracias a las aportaciones de Gayle Rubin (1975), en el conocido «sistema sexo/género». Este sistema serviría de marco a las feministas para analizar la definición socio-sexual de la mujer como distinta del estándar universal que era el hombre. Si bien ahora he expuesto una breve genealogía que nos permitirá situarnos, a continuación analizaré en profundidad a través de Simone De Beauvoir, Gayle Rubin, Monique Wittig, Judith Butler, o Donna Haraway cómo han evolucionado y se han ampliado los discursos sobre la variable género al convertirse en categoría ontológica, del mismo modo que ocurriría con el sexo y/o la sexualidad.

Al tiempo que se desarrollaban los primeros *Estudios de Género* en el ámbito de las universidades anglosajonas, empezaría a problematizarse el «género» que se asumía como una construcción cultural de significados y comportamientos sobre el dato biológico del «sexo». Más adelante, aparecerían los llamados *Estudios lésbicos y gais* que se sumaron a los programas universitarios, y que centraron su interés en la «sexualidad». Los *Estudios queer* no surgirían hasta mediados de la década de los noventa. En la actualidad, para algunas personas estudiosas de la *Teoría queer*, la metodología propuesta para los *Estudios de gays y lesbianas* se basa en entender el «género» como el objeto de estudio del feminismo y el «sexo» y la «sexualidad» como el suyo propio. A su vez, otras teóricas dirán que en vez de hablar de «género» prefieren referirse a «diferencia sexual» precisamente para separar el carácter o efecto variable del primero de la diferencia fundamental que implica optar por el segundo concepto.

2. Cuestionando las dicotomías: de binarismos inquebrantables a barbarismos queer

Cuando me encontré, por primera vez, con las autoras y discursos que introduciré a continuación fue en una época en la que no había muchos referentes en lengua castellana que hablasen de corporalidades y vivencias de personas intersex. Yo era una joven de veinticuatro años

que, de un día para otro, me había visto inmersa en un complicado debate científico/filosófico con el objetivo de lograr despatologizar mi propio cuerpo.

Diez años después de recibir un diagnóstico clínico, en el que hubo que tomar decisiones a toda prisa, sólo quería analizar qué había pasado; comprender por qué sentía que mi cuerpo no era igual de válido y/o deseable, que otros cuerpos; reflexionar por qué a pesar de ser socializada en la feminidad no me sentía igual de mujer que otras mujeres de mi entorno. Por eso, cada vez que leía textos o ensayos que problematizaban las categorías dicotómicas, me aferraba a ellos como si fuesen mi única salvación.

Hacían que mi existencia –intersex– tuviese un poco más de sentido.

En esta búsqueda, me topé con las contribuciones realizadas por Francisco Vázquez y Richard Cleminson (2012) al debate sobre las epistemologías feministas del cuerpo. A través de su lectura, fui dando con algunas claves para continuar reflexionando sobre mi cuerpo, los cuerpos, la construcción social de los mismos. Para ello, tendría que indagar en las teorías de esas pensadoras feministas que entendían el cuerpo como algo que no estuviera separado del sexo y que, a la vez, el mismo sexo no fuera una categoría muy separada del género.

Es decir, mi objetivo residía en buscar discursos que fuesen críticos con todos estos conceptos y, desde luego, esa crítica pasaba por entenderlos como un producto de la actividad histórica. O, como dicen Vázquez y Cleminson (2012), con este análisis más allá de los binarismos y teniendo en cuenta las contribuciones de las HAC, trataré de dirigirme a un espacio que muestre «como las identidades sexuales, los cuerpos y las sexualidades fueron construidos y disciplinados en una matriz de desiguales relaciones de poder en un particular tiempo histórico» (2012: 13-17).

En el siguiente apartado, trataré de entender las categorías sexo/género/deseo gracias a las contribuciones de teóricas feministas que me han invitado a pensar más allá del binarismo. El objetivo será encontrar en los Estudios Feministas y de Género un marco de inteligibilidad, resistencia y liberación para las múltiples identidades sexo-genéricas que existen.

2.1 Simone De Beauvoir. Llegar a ser mujer

«No se nace mujer, se llega a serlo. No hay ningún destino biológico, psicológico o económico que determine el papel que las mujeres representan en la sociedad: es la civilización como un todo la que produce esa criatura intermedia entre macho y eunuco, que se califica como

femenina» (De Beauvoir, 2014: 240).

La primera autora con la que me inicié en el proceso de mi deconstrucción fue Simone de Beauvoir. «No se nace mujer, se llega a serlo», fue durante un tiempo el lema que más me invitó a la reflexión. Había sido tan impactante descubrir “El segundo sexo” que, incluso, decidí pintar esa frase en la pared de mi cuarto para (re)pensarla cada día. Para mi, que sólo buscaba una justificación de mi yo posible, *no nacer mujer pero llegar a ser mujer* hacía que me cuestionase a partir de qué momento nos convertíamos (o nos convertían) en una mujer, o en un hombre; o en un cuerpo sexuado.

Y permitidme que recurra a mi narrativa y la traiga también al centro del debate teórico porque solo así, dialogando conmigo misma a través del ejercicio autobiográfico, podré ir reflexionando y resolviendo los objetivos planteados:

«Era abril de 1991. Al nacer, mis genitales (vulva y clítoris) parecían expresar que dentro del binomio de cuerpos yo era una hembra. «Es una niña», dijo la matrona tras mirarme, mi madre al cogerme en brazos y los médicos al explorarme. Entonces me pusieron un nombre: María. Yo lloraba y dormía. Como cualquier bebé, no me expresaba ni hablaba. Aún así, ya tenía una marca cargada de un significado «femenino» y había una serie de normas sociales esperándome para ir construyéndome. Como niña primero, como mujer después. Durante la década de los noventa, María crecía. Viajaba de aquí para allá junto a mi familia y me socializaba –en la feminidad– como cualquier otra criatura de mi edad y contexto. Fui a la escuela infantil, después a la primaria y al llegar a la secundaria ocurrió algo inesperado. Como ya he explicado previamente: no menstruaba. Según las normas de la feminidad, dentro de un régimen binario corporal y heteronormativo, debería tener mi primer sangrado durante la adolescencia. Unas primeras analíticas sin importancia terminaron derivando en ecografías, resonancias, visitas a consultas privadas, y en la prueba definitiva: el cariotipo. El resultado de esta prueba cromosómica fue la solución a todas las preguntas que se hacían los profesionales de la biomedicina; que nos hacíamos mi familia y yo. Mis cromosomas sexuales eran XY. En cambio, los cromosomas de una biomujer debían ser XX. Efectivamente, tampoco tenía matriz ni ovarios. Ni menstruaba ni tenía un cuerpo reproductivo. En definitiva, aunque mi cuerpo nunca había manifestado evidencias de lo contrario, según los protocolos clínicos binarios: yo no había nacido al cien por cien «hembra» si atendíamos a mi anatomía sexual y reproductiva interna o a mi genotipo. De hecho, tenía hormonas (andrógenos) y cromosomas (XY) masculinos. Era evidente que ese cuerpo, por sus rarezas y desórdenes, no encajaba en el pensamiento dicotómico y necesitaba un diagnóstico clínico y unos protocolos

obligatorios de inmediato» (*Mi diario, diario de una hiena*).

Diez años después de que me asignasen un síndrome, mientras leía “El Segundo sexo”, me encontré con lo siguiente: «en cuanto al hermafrodita, es un caso muy singular: no es al mismo tiempo hombre y mujer, sino más bien ni hombre ni mujer» (De Beauvoir, 2014: 61-62). Entonces, volví atrás en el tiempo. Tomando literalmente esa frase, así me había sentido durante mucho tiempo: a partir de recibir un diagnóstico ya no era ni hombre ni mujer dentro de un mundo sexuado, generizado, binario. ¿Qué era entonces?

La misma De Beauvoir, reconocería que aunque «existe intersexualidad cuando no se ha alcanzado el equilibrio hormonal y ninguna de las potencialidades sexuales se ha realizado plenamente», aún así:

«Es muy difícil dar una descripción universalmente válida de la noción de hembra; definirla como portadora de óvulos y al macho como portador de espermatozoides es muy insuficiente, pues la relación del organismo con las gónadas es muy variable; a la inversa, la diferenciación de los gametos no afecta directamente al conjunto del organismo» (2014: 79).

Por lo tanto, atendiendo a los mitos clásicos: había hembras, machos y andróginos. Que en un momento determinado, devienen en hombres, mujeres y hermafroditas sociales. Que, posteriormente, tras el modelo de un único sexo, acaban siendo un par (hombres/mujeres) con el objetivo de complementarse y, por ende, reproducirse. Entonces, la figura del hermafrodita, previo a la división en dos y no reproducible, se convierte en diagnóstico y patología a pesar de que la naturaleza evidencia la diversidad de seres vivos. Dirá De Beauvoir:

«[...] Machos y hembras son dos tipos de individuos que en el interior de una especie se diferencian con respecto a la reproducción; solo es posible definirlos en correlación. En primer lugar, debemos destacar que el sentido mismo de la *sección* de las especies en dos sexos no está claro. En la naturaleza, no es un hecho universal (...) la mayor parte de las filosofías lo han dado por hecho sin pretender explicarlo» (2014: 68).

Mi vida, a partir de “El segundo sexo”, se convirtió en un círculo vicioso de cuestionamientos sin respuestas claras: si hablamos de corporalidad: ¿yo tengo un cuerpo andrógino?; si nos referimos al sexo: ¿soy un hermafrodita?; si es al género: ¿soy una mujer? Por otro lado, ¿en qué momento me convierto (o me convierten) en una mujer? ¿cuándo dejo de serlo? ¿qué es una mujer? Asimismo, ¿yo, con mi corporalidad intersex, dentro una sociedad sexuada por qué me siento menos mujer?, ¿las intersex –con fenotipo femenino, socializadas y leídas como mujeres– somos mujeres a medias?,

¿no somos ni hombres ni mujeres? Por último, ¿si soy un ser andrógino/hermafrodita dentro de un mundo social binario de mujeres y hombres, yo tengo una patología como dice la medicina?, ¿por qué mi cuerpo no tiene la misma libertad que otros cuerpos de ser posible y respetable?

«Una sociedad no es una especie: en ella la especie se realiza como existencia; se trasciende hacia el mundo y hacia el futuro; sus costumbres no se deducen de la biología; los individuos nunca quedan librados a su naturaleza que es la costumbre, y en la que se reflejan deseos y temores que manifiestan su actitud ontológica. Si el sujeto toma conciencia de sí mismo y se realiza, no es como cuerpo, sino como cuerpos sometido a tabúes, a leyes: se valora en función de valores determinados. Una vez más, la fisiología no puede fundamentar valores; las circunstancias biológicas revisten los valores que les confiere lo existente. [...] tendremos que estudiar las circunstancias biológicas a la luz de un contexto ontológico, económico, social y psicológico» (De Beauvoir, 2014: 99)

Estas reflexiones que la autora hace en el primer capítulo de su obra, “Los datos de la biología”, al analizar los diferentes procesos de nacimiento, crecimiento y desarrollo de los seres vivos, animales y humanos, me ofrecían cada vez más evidencias de que en la naturaleza no podía seguir buscando el origen de las diferencias y exclusiones. Lo que demuestra la naturaleza es todo lo contrario, nada estaría totalmente claro: «los dos tipos, macho y hembra, no siempre se diferencian con claridad; se observa a veces en ellos un dimorfismo que parece absolutamente contingente» (2014: 87).

A pesar de ello, de esta lectura que hago tras analizar la obra de De Beauvoir desde mi posición, también soy consciente de que su planteamiento ha llevado, durante décadas, al feminismo a centrarse únicamente en el género como producto de la socialización, dejando al sexo relegado al campo de lo innato, de lo biológico y, por tanto, fuera de lo social.

Finalmente, tras este primer análisis, lo que yo terminé deduciendo al profundizar en “El segundo sexo” fue que «si el cuerpo no es una cosa, es una situación: es nuestra forma de aprehender el mundo y el esbozo de nuestros proyectos» (2014: 97), sería el contexto socio-cultural con sus normas establecidas en diferentes momentos históricos los que podrían ir respondiendo de una forma más precisa a nuestros planteamientos iniciales.

A. Soliloquios corporales: sexo y género

Atendiendo a las conclusiones extraídas tras la revisión de “El segundo sexo”, he decidido plantearme las siguientes cuestiones con el objetivo de colectivizarlas con las HAC y reflexionar a través de los soliloquios

corporales: ¿cuál es tu sexo?, ¿qué identidad de género te define?, ¿cómo definirías la categoría sexo?, ¿a qué nos referimos cuando hablamos de género?, ¿hay una relación entre estas dos categorías?

MER GÓMEZ

¿Qué es el sexo? Unos genitales. Ese rasgo biológico, que pertenece al cuerpo como cualquier otro rasgo, es lo que identificamos culturalmente como "el sexo". ¿Qué es el género? La correlación inmediata que hacemos entre genitales, asignación de un nombre y socialización (la niña/el niño, pendientes/no pendientes, traje rosa/traje azul).

Entonces, a partir de un espermatozoide y un óvulo se genera un cuerpo que va creciendo en el útero. Ese cuerpo, en cuanto sale al exterior, es sexuado (niño o niña) y generizado: (masculino/femenino) dependiendo de la relación entre genitales/nombre/socialización. Si admito que las categorías sexo y género han sido elaboradas a partir de un determinado momento histórico, en mi opinión no habría nada innato, en esencia, salvo un cuerpo que va a nacer en un contexto con unas normas que lo regulan. A través de un lenguaje, un sistema de signos, que ha sido creado y que repetimos. Dentro de ese lenguaje, desde él, se han definido unas categorías sexo/género como fijas y naturales.

En mi caso: nace un cuerpo (~~intersex~~), al que asignan un sexo (mujer) tras mirar mi vulva y al que generizan (femenino) cuando me ponen el nombre de María, me agujerean las orejas y me visten de rosa. Y así crezco, socializada en la feminidad.

La pregunta que me hago, todo el rato, es: ¿si partimos de la idea de que hay un cuerpo, que nace con determinadas características biológicas, sexo y género no termina siendo lo mismo?, ¿hembra, niña, mujer, femenina/macho, niño, hombre, masculino no forma parte de una misma correlación que implica una socialización concreta?, ¿que no existía hasta que se nombra para dividir, complementar, con el objetivo primario de reproducir a la especie? O sea, ¿nacemos algo ya o llegamos a ser algo dependiendo de un contexto cultural ya configurado (con un lenguaje, unas normas, unas leyes, unos contratos, unos aparatos de poder, unas relaciones sociales pre-establecidas) dentro de un régimen heteronormativo que regula nuestras vidas y las formas de habitarlas?

LAURA VILA KREMER

Yo creo que la categoría sexo la definiría apelando a la anatomía, a la fisionomía, a la biología. Es decir, a ese conjunto de características que –en este caso– hacen referencia a la anatomía sexual y yo incluiría pues gónadas, genitales internos/externos, hormonas, cromosomas o sexo genético. Y el género, yo me refiero a la identidad en la que cada una de nosotras se siente cómoda y que, efectivamente, se ha asociado a un sexo o a dos tradicionalmente pero también sabemos que no es así, que no solamente existen dos géneros. Creo que nos referimos a género cuando hablamos de la identidad, de cómo sentimos, de cómo vivimos nuestro cuerpo en sociedad, de cómo nos presentamos, más como nos identificamos creo.

Yo diría que mi sexo es mi intersexualidad o, dicho de otra manera, mi sexo es mi anatomía. Y mi identidad de género es la de mujer pero no es la que me define. Es decir, yo creo que a mí me define la identidad mujer intersex o, incluso, mujer hermafrodita –que me gusta últimamente reivindicar esta palabra–. Esto es lo que a mí me define pero, es verdad, que la identidad de género tiene mucho de codificación y de lectura a los ojos de las otras personas. Por lo tanto, te diría que mi identidad de género creo que es mujer; teniendo en cuenta como la identidad que leen las otras personas en mí.

No afirmo que las intersexualidades no son una identidad de género, al menos no rotundamente. Aunque una cosa no sea la otra, están relacionadas. Una vez las hemos diferenciado para poderlas explicar, hace falta ir un poco más allá y ver que una categoría te da acceso a vivir de forma más fluida las otras. De la misma manera que alguien andrógino, o alguien con una expresión de género determinada, puede acabar transitando incluso.

Mi intersexualidad me ha permitido entender mi identidad de género de forma mucho más fluida y no identificarme precisamente con la categoría mujer, aunque sea leída como tal. Pero, es verdad, que no me siento como tal porque se me ha negado; es decir, lo que se puso en duda cuando mi intersexualidad me fue comunicada es que yo fuese mujer y un determinado tipo de mujer. Por tanto, también se ponía en duda a quién debía desear y, sobre todo, cómo debía desear. Eso hace que aunque una cosa no sea la otra sí que están relacionadas porque mi intersexualidad me ha dado acceso a vivir mi identidad de forma más fluida y también a vivir mi deseo de forma más fluida; creo que eso pasa en muchas direcciones. Eso hace que yo ponga la palabra intersex al lado de mujer. Me define mucho mejor: mujer intersex.

ALEKSANDRA K.

Para mí, el sexo es una categoría históricamente muy estanca en un binomio hombre/mujer o género masculino/femenino. Nos referimos a que científicamente, históricamente, se tiene que encasillar a diversidades genéticas e identitarias, de sexualidades, en dos categorías, para hacerlo todo más "fácil". Es un gran problema eso.

Evidentemente creo que el sexo no es binario, aunque parece que lo tenemos muy presente en todo, en nuestra vida, en nuestras relaciones sociales. Pero, evidentemente, cuando ya estamos, nosotras, las personas intersex, deja de ser el sexo binario. No puede existir personas intersex y existir el binarismo. Es una paradoja en sí. No existe el sexo binario. El sexo no se puede limitar a solo dos extremos cuando hay veinte mil variaciones. Ya sean sexuales, identitarias... Quizás, la diferencia sexo sería un poco más vinculada a los atributos genitales, el género a tu percepción, al sentimiento de esa identidad, y orientación sexual es tu percepción de lo que te sientes atraída en ese abanico.

El problema es cuando la ciencia ha metido la mano. Tenemos que hacer propuestas en comunidad, donde tenga más sentido y más voz esa mirada más social, de base, menos clínica y patológica. Aquí estamos generalizando pero cada intersexualidad es un mundo diferente y cada persona intersex tiene una percepción de esa exclusión del sistema sexo/género. La principal propuesta es que haya voces intersex que

hagan propuestas. Sin jerarquías. Para ayudar a seguir pensando esas categorías construidas.

IOLANDA MELERO

¿Cuál es mi sexo? Diría que es mujer, quizás no como una mujer media o típica. Y mi identidad de género, sí que me siento mujer. Es verdad que, igual cuando era niña y adolescente, había ahí algo como no de sentirme de las mujeres, como la duda; a veces está eso de ponerme en duda. Pero, bueno, mi identidad es mujer.

La categoría de sexo, lo que yo tengo entendido es que teóricamente el sexo es algo como biológico, que se refiere al cuerpo, que tiene que ver con qué características físicas, sexuales, tienes, cómo es tu cuerpo, la apariencia, a muchos niveles. Yo mi cuerpo lo ubico más cerca que el de una mujer pero realmente, como nos pasa en las intersexualidades, no son categorías como tan claras. También a muchas personas les pasa, no solo a las intersex. Y el género tiene que ver más con el rol social, como yo me veo, menos con el cuerpo yo creo. Como algo que uno elige. Femenino, masculino, incluso puede ser más fluido. Yo lo veo así.

Yo te podría decir que mentalmente, racionalmente, te diría que el sexo no es binario. Hay muchos matices. Sí que es verdad que en mis vivencias no es así. Yo lo reconozco, voy a ser sincera, en mi vivencia yo sí que diferencio hombres y mujeres. De hecho, cuando estoy con una chica, cuando estoy con un chico, es como... como si es un chino y un español, hay cosas de la cultura, del sentir, de la energía, diferentes. Porque nos hemos criado diferente. No tiene que ver con el sexo, con los órganos, tiene que ver como con una energía, que todos tenemos de todo pero yo es algo que sí lo percibo. No diré tanto como un binario, sí que, para mí, hay una diferencia entre hombre y mujer. Igual que veo que hay personas que pueden estar en lugares intermedios, o en otros lugares.

LILITH MARTÍ

Mi sexo es intersexual, ya que dentro de esta sociedad binaria se entiende que hay dos macro-categorías de sexos que es el sexo femenino, que tiene unas características estrictas, tasadas e inconfundibles, y el masculino igual. Al no entrar en ninguno de estos dos pues yo entiendo que mi sexo es intersexual.

Mi identidad de género, yo me identifico como mujer pero también te digo que no es una categoría a la que yo tenga un apego especial, a la que yo me aferre con uñas y dientes. Me considero mujer porque así se me ha criado, porque socialmente es la experiencia que yo veo o comparto con más gente, porque es como se nos educa. Tampoco a nivel de género es una experiencia idéntica la que yo tengo y la que tienen otras compañeras mías mujeres. Entonces, para ser más correcta sería mujer intersex. Pero, es cierto, que si me preguntas por el género con el que me identifico pues es mujer, pero no es una etiqueta a la que yo tenga un apego especial.

El sexo lo definiría como aquellas características biológicas con las que nace una persona, que vienen determinadas por su genotipo. Y el género serían los roles que nos impone esta sociedad binaria que están

determinados por la heterosexualidad como régimen político, por el machismo, por el patriarcado. Ahora bien, yo en mis primeros años de feminismos se nos decía: «ya, bueno, es que el sexo es aquello biológico y el género es la construcción social que se hace de aquello biológico». Ahora ya, que llevamos años metidas en este activismo intersex, sabemos que el sexo también es una categoría social. En el momento en que se hace una construcción social del sexo, de todas las características sexuales, pues se intenta amputar, eliminar, invisibilizar la intersexualidad por todos los medios posibles. Ambas, sexo y género, son categorías sociales. Es cierto que el sexo, en sí mismo, es o debería ser algo más innato a la persona ya que son unas características físicas pero a la vez es una construcción social del sexo también tiene esa dimensión social igual que el género.

Es importante no ver las categorías binarias macho/hembra como dos extremos. En un extremo estaría la categoría A -cuerpo típicamente femenino- en otro extremos estaría la categoría B -cuerpo típicamente masculino- y luego ya, como por ahí en medio, estaríamos las personas intersex. Yo creo que ese es el esquema mental que se hace mucha gente y eso es lo que hay que intentar ir cambiando y hacer mucha pedagogía para cambiarlo. No es como una línea continua con dos extremos y a partir de ahí eso son los puntos de referencia. Tenemos que empezar a crear otros puntos de referencia nuevos que incluyan toda la diversidad de cuerpos, incluidos los intersexuales.

ANA BELÉN

En mi carnet de identidad pone que soy mujer, así que ese es mi sexo. Mi identidad de género diría que es mujer intersex.

El sexo, como categoría, yo lo defino pues a nivel físico, a nivel corporal, cuando una persona nace con características físicas, como el desarrollo de los genitales, el cariotipo, el fenotipo, los niveles hormonales, la respuesta hormonal, que, en conjunto, hacen que esa persona se aproxime más hacia a un lado u otro del espectro que consideramos masculino o femenino. Es decir, que, como al nacer, nos tienen que meter en una caja o en otra, el sexo es la caja que se considera que es más apropiada respecto a tus características físicas.

El sexo no es binario. Simplemente nuestra presencia, nuestra existencia, así lo demuestra, el sexo es un espectro. Nadie nace macho o hembra cien por cien, sabemos que hay diferencias cromosómicas, diferencias hormonales, genitales, diferencias tan variables. Que definirnos solamente como A o B, o sea, eso no es algo real. El binarismo es una construcción mental, es una construcción social, jurídica, que sirve para organizarnos, para controlarnos, y, claro, también para someternos, como es en el caso de las mujeres pero realmente el binarismo no existe, es un invento de la humanidad, como tantísimos otros que, al final, de tanto repetirlo pues no lo creemos, pero nada en la existencia, nada en la vida, nada en la naturaleza, es binario. Nada es blanco cien por cien, o negro cien por cien. Nada, todo esto son construcciones mentales.

El problema de todo esto es que al habernos inventado unos espacios donde debemos encajar sí o sí, pues claro hay muchos que por mucho que quieran pues no podemos encajar en estos espacios, y esto pues

acaba provocando muchísimo sufrimiento, pero el problema no es nuestro, el problema son las cajas, el problema es nuestra mente binaria. El género, es el sexo con el que te identificas a nivel íntimo, que puede ser mujer, puede ser hombre, fluido, no binario...

CAMINO BARÓ

Mi sexo asignado al nacer es un sexo femenino, siempre lo he identificado como un sexo femenino porque no fue hasta bastante mayor o en la actualidad cuando me empecé a plantear que significaba mi sexo pero hasta hace muy poquito tiempo mi sexo eran mis genitales y mis genitales eran femeninos. Yo reconocía la vulva y pese a que mi vagina no había nacido con la longitud adecuada, pues yo reconocía mis genitales como femeninos. Luego, según he ido ampliando el concepto sexo con nuevos conocimientos adquiridos pues ya he tenido más dudas de si mi sexo se podría considerar por parte de la sociedad como femenino dado que, por ejemplo, a nivel genético mis cromosomas no son lo que habitualmente se entiende por femeninos y, bueno, parte del funcionamiento de mi sistema endocrino tampoco lo es. Igualmente, a día de hoy, si hubiera que meter mi sexo en una cajita yo diría que entraría en la cajita de lo femenino por características secundarias como el tono de voz, el vello. Y aunque nací con gónadas masculinas, con testículos, pues igualmente seguiría encajando ahora mismo –esto es una contradicción a nivel teórico y a nivel personal– pero seguiría encajándome en la cajita femenina.

La categoría sexo, en la actualidad y no como lo he hecho la mayor parte de mi vida, la definiría como ese conjunto de características físicas que incluye la composición cromosómica, resumida probablemente en el cariotipo pero no solo el cariotipo genético sino también pues las múltiples mutaciones de genes que pueda tener en mi ADN. Por otro lado, sería también otro componente de esta categoría, las características sexuales secundarias como el timbre de voz, el vello. Las gónadas con las que nacemos que pueden ser, en principio, testículos u ovarios; los genitales con los que nacemos, que pueda ser vulva con su clítoris, labios mayores y menores, vagina... O masculinos como puedan ser el pene, con su escroto, su glande... también en la categoría de sexo incluiría el funcionamiento del sistema endocrino con las hormonas que intervienen en esta diferenciación sexual.

Mi identidad de género actualmente (matizo) es binaria, femenina, pero no descarto que en un futuro transite hacia nuevos espacios, nuevas identidades y, probablemente, puede sentirme bastante reconocida en identidades no binarias. No estoy cerrada a ello pero ahora mismo sí que me ubico en un binarismo bastante marcado. El género, para mí, no tiene tanto que ver con lo sexual, con el sexo asignado al nacer o con el sexo con el que podemos sentir que nos identificamos o que pensamos que tenemos sino más bien con un constructo más complejo que implica nuestra propia biografía, nuestras vivencias, nuestro sentimiento de pertenencia a determinados grupos sociales, la forma en la que nos gusta que se refieran a nosotras/os/es, el lenguaje que se utiliza; tiene que ver con muchos factores, todos ellos culturales pero también intra-psíquicos, ¿no? más biográficos.

Mirando hacia atrás en el tiempo me gusta ver cómo ha ido evolucionando la manera en que me relacionaba con mi condición intersexual. Ahora lo denomino mi condición pero durante mucho tiempo fue

mi tema, el síndrome, y en pleno furor de mi proceso de aceptación llegué a sentirme con una identidad intersexual. Esto ha cambiado, pero en aquel momento recuerdo que necesitaba posicionarme con firmeza frente a algo que me había estado oprimiendo y limitando durante mucho tiempo. Me identificaba como una persona intersexual porque pensaba que al nombrarme de este modo, las personas podrían leer mi cuerpo como una clave para interpretar cuál había sido mi experiencia subjetiva, mi experiencia de vida. La intersexualidad era algo que me daba identidad y que motivaba cada movimiento que yo había realizado en terapia. Si me había enfrentado a mis padres, era por la intersexualidad. Si se lo había contado a mi pareja, a mis compañer*s era porque necesitaba que me conocieran cómo yo era. Ese cómo yo era, estaba inundado de la palabra intersexual, algo que había considerado siempre una tara, de repente me daba alas para volar alto y gritar a los cuatro vientos que mi vida no había sido fácil.

Creo que, como nombramos, como sentimos nuestra identidad, tiene mucho que ver con el mensaje que queremos transmitir al mundo. Ahora mismo el mensaje que quiero transmitir es muy diferente al de aquel entonces, ahora considero que tengo una condición intersexual porque no considero que mi identidad se construya en base a ella. Pero sí me ha condicionado y sigue haciéndolo cuando me relaciono con los demás. No me refiero a un condicionamiento negativo, más bien todo lo contrario. Precisamente porque tengo esta condición pueden influir y ser influida por otras personas, con otras condiciones, de un modo mucho más fluido.

ASMI MOLINA

Mi sexo es sexo fluido, mi identidad de género es no binarie, extrabinarie y mi orientación sexual, en algún sitio leí que podía ser pansexual; me refiero que me puede atraer cualquier persona sin importarme su sexo, su género, o su orientación sexual. Para mí, definir la categoría sexo creo que se refiere a los condicionantes físicos, a las hormonas, a todo lo que tiene que ver con el cuerpo y creo que el sexo no es binario porque yo me defino como fluide, entonces creo que hay más opciones en el sexo. En oposición, el género tiene que ver con la psiquis, con el pensamiento, con otras sensaciones no tan físicas y a la vez físicas, un poquito más allá. Entonces, para mí, género es, por decirlo de alguna forma usando la otra palabra, es el sexo sentido. Son dos cosas diferentes.

Para mí, las intersexualidades encajan en todas las categorías porque creo que no son ningún condicionante para ser diversos al resto de los endosex. Puede haber trans, bi, homo; puede haber masculinos, femeninos, no binaries... creo que no hay importancia para poderlos diferenciar. Innato en las tres categorías lo hay todo, lo que pasa que la sociedad se encarga de culturalizarlo y empezar a poner tabúes y trabas.

SUSANA LESTEIGA

¿Cuál es mi sexo? Pues mujer. La verdad que no me he planteado mucho por haberme enterado tan tarde, con veintisiete. Entonces no me planteo ninguna cosa porque toda mi vivencia es como mujer. Sí que la primera vez que oí lo de XY pues me chocó un poco, bastante, supongo. Sí que recuerdo perfectamente que

me pasase por la cabeza pensar: ¿si entonces soy XY, qué es lo que soy? Y pensar: «qué curioso, quiere decir que no soy ni una cosa ni la otra en la métrica que se quiere evaluar, ahora tengo palabras para ponerle: en la métrica binaria». Eso también, en la métrica que fuese yo no caigo ni en un sitio ni en otro. Y recuerdo pensar: «bueno, me da igual, porque yo soy yo». Por haberme enterado de esto no he cambiado de un día para otro, sigo siendo la misma persona. Solo que yo sé una cosa que antes no sabía pero yo sigo siendo yo y qué más da que sea una cosa o la otra o en medio, qué más da. Me pareció incluso curioso, bonito, una cosa curiosa de la naturaleza. Quizás, también lo estoy idealizando y lo viví con más trauma y no lo recuerdo. También es posible.

Lo de género es la vivencia que tú tienes en la sociedad. Después de oír hablar mucho a Miquel Missé de todo esto, diría que esto es un juego de mesa, el de las relaciones sociales, como de rol, y hay unas categorías específicas, hay unos roles. El juego se llama: «vivir como un humano en un país occidental europeo». Eso es lo que es género. Es una categorización dentro de ese juego, de la sociedad, que defiende unas cosas. Por supuesto, sí que viene de una diferenciación genética y física que sí existe, que no es perfecta y no es binaria, de ahí deriva y ha derivado en mil millones de diferencias en cuanto a los roles: todos los problemas que sabemos cuando se habla de feminismo, de machismo, de patriarcado. El género solo es un rol. En ese juego, ¿en qué posición te colocas? Esto también se aplica el binarismo. Hay una parte de abrir las puertas a que los roles puedan ser muchos más, hay gente trans o gente queer... los roles en la sociedad tienen que ser más flexibles porque... ¡y qué más da!

Lo importante aquí es el hecho de que ser estrictos no aporta nada. Para un conductor de taxi, para un panadero, no aporta nada si yo estoy cocinando o hablando con mi madre, es irrelevante ese rol de género, no afecta nada en su trabajo. Por eso, tiene que haber flexibilidad ahí, no creo que tenga impacto.

RAQUEL M.

Yo tengo tres visiones: una la biologicista; la que entiendo que sexo es una movida biológica, científica, y género es una construcción; y otra la que entiendo al sexo y el género como exactamente lo mismo.

Yo me identifico como una mujer, como una mujer intersex. Es cierto que necesite un tránsito mental, desde que entendí lo que era intersex, entendí que yo era mujer dentro del binomio. Y así me siento, identificada como mujer intersex. Mi sexo es intersex. La verdad es que lo entiendo así, como ese abanico infinito entre el binomio. Entiendo que es una construcción el sexo. También, te quiero decir que, al final, científicamente, el sexo es binario porque es que se han establecido dos categorías que es hombre o mujer y, al final, de forma realista yo entiendo que es que si no reúnes las diferentes cualidades para encajar en uno o en otro yo creo que no hay vuelta de hoja, y que si no encajas en una o en la otra parte, eres intersex tal y como entendemos ahora la intersexualidad.

A mí, me define la identidad de género mujer. Aunque yo me acuerdo que, de pequeña y ya con cuatro años, yo recuerdo decir que yo era niña medio niño. Ahora me identifico más como mujer pero no me identificaba tanto con la identidad mujer. Siempre me gustaba hacer más cosas de chicos y esto tenía

muchísimo que ver con paranoias mías mentales de que yo quería estar del lado de las personas que tenían, lo que veía como ventajas. Por ejemplo, renunciaba a hacer un baile de fin de curso porque veía que lo hacían todas las niñas y yo decía: «no, yo me voy a jugar al fútbol». Odiaba las faldas. Con el paso del tiempo, poco a poco, me fui reconciliando con mi parte femenina. Y a día de hoy me siento mujer, con un lado masculino y un lado femenino que, además, me gusta. Me gusta tener como los dos y, de hecho, admiro, cuando veo fuera a personas que integran los dos lados sin miedos. Aún tengo bloqueos.

Creo que el género es otra construcción social, que también se hizo binaria, pero que yo creo que es más flexible el género que el sexo. Creo que el sexo, al final, necesita categorías, por el hecho de relacionarlo con algo científico, por eso se entiendo lo intersex como un abanico gigante. Que tú dices, a ver, se han establecido unas categorías, que Aristóteles fue el que empezó con las movidas de las categorías, pero luego yo creo que hablando de género es algo mucho más personal y no lo entiendo como binario. Creo que es fácil tender al binarismo porque son como magnéticos, los polos binarios, pero es verdad que entiendo que haya personas fluidas, no binarias... yo creo que el género es algo mucho más fácil de transformar y que de hecho se está transformando.

2.2 Gayle Rubin: el sistema sexo-género

Gracias al trabajo de Ann Okley en “*Sex, Gender and Society*” (1972) llegué a Gayle Rubin, la siguiente autora a la que me acerqué para seguir indagando en las fronteras entre el sexo y el género. Concretamente, me centré en el texto “El tráfico de las mujeres: notas sobre la `economía política´ del sexo” (1975). El ensayo comenzaba así:

«Un sistema sexo-género es el conjunto de arreglos por los cuales una sociedad transforma la sexualidad biológica en productos de actividad humana, y en los cuales estas necesidades sexuales transformadas son satisfechas» (1986: 97).

En una época en la que el pensamiento marxista era el paradigma dominante para las personas intelectuales y el feminismo, Rubin evidenciaba que el marxismo no estaría interesado en diferenciar la opresión sexual que existía entre individuos; para Marx, ser hombre o ser mujer no era muy significativo. Ante eso, Rubin se pregunta: «¿cuáles son, entonces, esas relaciones en las que una hembra de la especie se convierte en una mujer oprimida?»; y se responderá: las del «sistema de sexo-género».

Rubin pretendía expresar la construcción cultural del género, en relación a las normas sociales respecto a lo permitido o aprobado para mujeres y hombres, las representaciones de lo femenino y lo masculino, las prácticas sociales (incluyendo la división social del trabajo) y también las

identidades subjetivas y sexuales. Para obtener respuestas, como otras feministas de su generación, recurriría a las teorías de Claude Levi Strauss y Sigmund Freud a través de una lectura lacaniana. Todo ello para pensar sobre la domesticación de las mujeres y el intercambio de las mismas en la sociedad. Será leyéndolas, desde una perspectiva crítica, como nazca la propuesta que hoy conocemos como «sistema sexo/género». A partir de su análisis, se da cuenta de que género y sexo (como sexualidad) merecerían analizarse de forma separada y no como una misma categoría tras observar, incluso a través de su intersección como lesbiana, que existen unas prácticas sexuales que están normativizadas y otras que son excluidas de la heteronorma. Este sistema (sexo/género) ha sido considerado como una de las herramientas conceptuales más importantes para el proceso de desnaturalización.

Por tanto, ¿qué ocurriría con los cuerpos que se salen de los marcos establecidos de masculinidad y feminidad?, ¿qué ocurriría, a su vez, con las personas que manifiestan su deseo más allá de la heteronormatividad?, ¿unas y otras son anti-naturales?, ¿son desviaciones y errores? Admitir que hay sujetos que rompen las normas sociales en cuanto al género, al sexo, o a la sexualidad: ¿podría ser una oportunidad para evidenciar la falta de rigidez de los sistemas dualistas hombre/mujer, masculino/femenino, hetero/homo? Por lo tanto, ¿hay vida(s) más allá de los binarismos que siguen estando excluidas? Analizar de dónde vienen, cuándo o cómo se crean, las ideas normativas respecto a estas categorías o intentar entender cómo se ha configurado el sistema de relaciones que conocemos, seguirán siendo mi objetivo. Siempre con el deseo de construir vidas más habitables y felices para todas esas personas que, en el siglo XXI, navegamos entre los márgenes.

Vidas vivibles para las intersex.

Según Rubin, Lévi-Strauss y Freud fueron autores clave a la hora de crear discursos sobre las estructuras sexuales que permanecen hasta hoy. Ambos asumían la existencia de un sujeto humano sexuado y con género pero defendían la idea de «la mujer domesticada», de la domesticación de las mujeres, como un hecho y no como un producto social. En sus obras podemos encontrar evidencias claras de cómo una hembra se convertiría no solo en una mujer, sino en una mujer oprimida. Asimismo, podríamos decir que mientras que la idea del parentesco (Levi-Strauss) es la conceptualización de la sexualidad biológica a nivel social, el psicoanálisis (Freud) analiza la transformación de la sexualidad biológica en las personas al ser socializadas dentro de una misma cultura. Una de las ideas principales en Lévi-Strauss es que a partir de un sistema de intercambio como es el parentesco –controlado por hombres– se daría el objeto de intercambio –que son las

mujeres-. Por tanto, según esto, el género –además de perpetrar ese sistema de subordinación– también es el responsable de garantizar la idea de heteronormatividad obligatoria.

Hombre –bio, cis, reproductor– se unirá en matrimonio con mujer –bio, cis, reproductiva– para reproducirse.

Autoras como Rubin definen el texto “Las estructuras elementales del parentesco” de Lévi-Strauss (1998) como una teoría de la opresión sexual en tanto que esos sistemas de parentesco se basan en el intercambio de mujeres entre los hombres. Además, ese intercambio, dirá es una forma abreviada de expresar que las relaciones sociales que se establecen dentro de esos sistemas de parentesco «especifican que los hombres tienen ciertos derechos sobre sus parientes mujeres» y no al contrario (Rubin, 1986: 107). De esta forma, según el sexo que manifieste el individuo tendría un destino social distinto. Además, el parentesco sería entendido «como una imposición de la organización cultural sobre los hechos de la procreación biológica». A su vez, permitiría derivar algunas generalidades básicas sobre la organización de la sexualidad humana, a saber: el tabú del incesto, la heterosexualidad obligatoria y la división asimétrica de los sexos (Osborne y Molina, 2008: 166). El sistema sexo/género, por lo tanto, podría verse como una tecnología social que asegura la subordinación de las mujeres a los hombres a través del intercambio de grupos sociales.

Por otro lado, el psicoanálisis de Freud –en cuanto teoría de la sexualidad– ofrecerá mecanismos y herramientas concretas por la que los sexos –andróginos, bisexuales, e indistinguibles– de las criaturas pre-edípicas, a partir de la fase edípica serán claramente transformadas en una niña femenina o en un niño masculino.

las personas intersex no somos patologías, vivimos siempre en fase pre-edípica

Y esa transformación no se podía suponer sino que había que explicarla (Rubin, 1986: 120). En este sentido, defenderá Jacques Lacan que cuando ese ser sale de la fase edípica, tanto su libido como su identidad de género ya estarán configuradas porque se han organizado en base a las reglas de la cultura que lo domestican. A pesar de tener todas las posibilidades a su alcance en esa fase previa, al traspasarla algunas posibilidades serán expresadas mientras que otras serán reprimidas. Es más, aunque rechace el rol que le ha tocado en base a su cultura, ya no habrá vuelta atrás porque no habrá podido evitar conocerlo (Rubin, 1986: 123). En la actualidad, estas teorías siguen teniendo una gran importancia debido a que configuran los marcos en los que vivimos, crecemos y nos socializamos. En este sentido, según Osborne y Molina:

«Los sistemas de parentesco requieren una división de los sexos. La fase edípica divide los sexos. Los sistemas de parentesco incluyen conjuntos de reglas que gobiernan la sexualidad. La crisis edípica es la asimilación de esas reglas y tabúes. La heterosexualidad obligatoria es resultado del parentesco. La fase edípica constituye el deseo heterosexual. El parentesco se basa en una diferencia radical entre los derechos de los hombres y los de las mujeres. El complejo de Edipo confiere al varón los derechos masculinos, y obliga a las mujeres a acomodarse a sus menores derechos» (2008: 169).

A partir de las contribuciones de estos autores, Gayle Rubin asume una posición crítica y defiende que, efectivamente, preexiste una organización social –sistema sexo/género– por la que una cultura transforma la sexualidad biológica en unas prácticas determinadas, pero que esas prácticas son desiguales, jerárquicas y de subordinación. Es decir, machos y hembras humanos se convierten en hombres y mujeres sociales en una relación de desigualdad y, además, los sistemas de parentesco alientan la heterosexualidad en detrimento de la homosexualidad (1986: 115). A su vez, será a través del psicoanálisis de Freud como este sistema se perpetúa y cala en la sociedad; no deja de ser una teoría sobre la reproducción del parentesco. Podría decirse que, mientras que Lacan –tras leer a Levi-Strauss y Freud– se quedó atascado en una categoría primaria de las diferencias entre géneros, Rubin se esforzaría por poner tanto el sexo como la sexualidad en el marco socio-cultural. Por su parte, en el año 1994⁵⁶, Rubin afirmará que a pesar de que, aunque es cierto que los enfoques psicoanalíticos «empobrecen la rica complejidad del significado y la conducta eróticos» la explicación psicoanalítica de la sexualidad se ha convertido en una de las teorías de referencia dentro de la psiquiatría:

«[...] gran parte del enfoque psicoanalítico de la variación sexual, también conocido como perversión, me pareció increíblemente reduccionista y simplificado en exceso, [...]. Si toda esta compleja información social se reduce a la castración o al complejo de Edipo o saber o no saber lo que se supone que no se sabe, creo que se ha perdido algo importante» (1994).

En este sentido, Rubin asegura que también es cierto que además de las críticas que tienen estas teorías muchas de las personas que han sucedido a Freud fueron las que también ignoraron o invirtieron sus ideas para situarlas en el panorama teórico y justificar sus nuevos significados y aportaciones:

«El prestigio de Freud se ha utilizado para legitimar la literatura psicoanalítica posterior como el discurso privilegiado sobre las "perversiones". Esto ha eclipsado una vasta empresa sexológica [...] y que en realidad estaba más directamente relacionada con las "aberraciones" sexuales que él, [...] Además de ser sexista y antihomosexual, la sexología más temprana trataba casi todas las prácticas sexuales distintas de la heterosexualidad procreadora como una

⁵⁶Entrevista de Butler a Rubin en 1994.

patología» (1994).

Uno de los temas principales de la sexología posterior serán las aberraciones y las perversiones sexuales. Para ello, se encargaría de producir, recopilar y registrar cada vez un número mayor de casos sobre lo que en aquel momento se llamaba invertidos y pervertidos (1994). Por otra parte, como teorías alternativas al psicoanálisis por las que fue influida Gayle Rubin durante los setenta, también estarían “La declaración básica de la construcción social de la homosexualidad” escrita por Jeffrey Weeks en 1977, y la “Historia de la sexualidad” de Michel Foucault, que fue traducida en 1978 al inglés.

Diez años después de escribir “*The traffic in woman*”, Rubin se criticará a sí misma y defenderá que el sistema sexo/género «expresaba una supuesta realidad neutral, el sexo, moldeada por factores socioculturales» (1986: 95:145) ya que hasta entonces lo importante «era separar el sexo biológico del género social». De esta idea se puede deducir que Rubin empezaría, de algún modo, a poner sobre la mesa que ni el género ni la sexualidad (sex) «hacen referencia a una realidad objetiva: tanto el uno como el otro es creado por el grupo social y avalado por el sistema cultural en el cual está inserto» (1986: 95:145). A su vez, en 1989, llegaría a decir que: «Una teoría autónoma y una política específica de la sexualidad deben ser desarrolladas separadamente de la crítica feminista del género» en cuanto el género es la estructura social de la opresión de las mujeres.

Asimismo, es importante no pasar por alto que la multiplicidad de planteamientos a raíz de introducir el género en las ciencias sociales, de convertirlo en categoría de análisis, llevará a que durante los años ochenta se problematice una nueva cuestión: ¿qué pasa con las experiencias de opresión más allá del género que tienen que ver con la raza, con la orientación del deseo o con la clase social? Mujeres racializadas, obreras y lesbianas llegarán para iniciar nuevas discusiones y planteamientos sobre esta categoría. La misma Rubin ya se había dado cuenta de ello con anterioridad cuando observó que el sexo, de la misma forma que el género, estaba organizado dentro de un sistema jerárquico que no celebraba todas las prácticas y comportamientos sexuales por igual. Algunos, como la homosexualidad, eran castigados. De esta forma, en 1984 planteó la necesidad de no confundir el sexo –sexualidad/deseo– y el género para poder analizar otros tipos de opresiones que sufrirían, en este caso, las mujeres lesbianas o los hombres gays. Haciendo hincapié en que ahí la discriminación se centraría en el hecho de lesbiana como pervertida –sexo/deseo– más que, o además de, en el de mujer –género–. Por (sex) sexualidad, dirá De Lauretis, Rubin se refiere a actos sexuales o comportamiento sexual, en particular prácticas sadomasoquistas entre

hombres (2019: 139).

Para hablar de “*Thinking Sex*”, que tuvo sus raíces en 1977-78, me ha resultado muy interesante traer al debate una entrevista realizada por Judith Butler a Gayle Rubin en 1994. En ella, dirá Rubin «comencé a sentirme cada vez más insatisfecha con lo que entonces eran las explicaciones feministas comunes para ciertos tipos de comportamientos sexuales» (1994). Una serie de acontecimientos que tenían lugar en aquella época la llevaron a cuestionar la sabiduría del feminismo como un movimiento político privilegiado respecto a temas como la sexualidad y la diferencia sexual. Estos acontecimientos tuvieron que ver con que algunas feministas de las que se rodeaba habían absorbido los estigmas y odios respecto a las prácticas sexuales no normativas homosexuales o a las personas transexuales. En el caso que salió a la luz «sobre la contratación de Sandy Stone, un transexual de hombre a mujer, por Olivia Records, había una serie de artículos en la prensa lesbiana sobre cómo las mujeres nacían y no se hacían». Asimismo, la falta de aprobación feminista respecto al travestismo o a las prácticas realizadas por hombres homosexuales a finales de los setenta le llevó a repensar(se) sus planteamientos teóricos:

«[...] Alrededor de 1977-78, hubo una represión dirigida contra el sexo público de hombres homosexuales (...) los hombres estaban siendo arrestados de una manera mucho más agresiva por tener relaciones sexuales en parques y salones de té. [...], a través de las comunidades feministas y lesbianas la opinión más común que escuché fue que estos eran solo hombres haciendo cosas horribles, masculinas y patriarcales y probablemente deberían ser arrestados. Esta no era una posición que pudiera aceptar» (1994).

Más que los perpetuadores del patriarcado, como afirmaban unas cuantas feministas, Rubin dirá: «yo miraba a los “desviados” del sexo [...] parecían personas con toda una serie de problemas propios, generados por un sistema dominante de política sexual que los trataba muy mal» (1994).

A su vez, comenzaría a ser cada vez más crítica con la imagen que se estaba dando del lesbianismo y de las lesbianas al establecer una jerarquía de quién era más digna de ser lesbiana. Es decir, esa idea que hoy nos resuena tanto y que tiene que ver con: las bio-mujeres identificadas como mujeres en la cúspide de la pirámide de privilegios.

«[...] Inicialmente me había entusiasmado muchísimo con las ideas de mujeres identificadas como mujeres, pero estaba empezando a tener una idea de sus limitaciones. [...], no me gustó la forma en que algunas lesbianas motivadas por la lujuria o las lesbianas butch/femme, eran tratadas como residentes inferiores del continuo lésbico, mientras que a algunas mujeres que nunca habían tenido deseo sexual por las mujeres se les concedía un estatus más elevado. [...], este sistema categórico sumergió muchas complejidades históricas y sociales en una noción

romántica, politizada y limitada de lesbianismo» (1994).

En la entrevista mencionada previamente, Butler le preguntará a Rubin el motivo por el que decidió separar los estudios del feminismo sobre el concepto de género de los nuevos desarrollos teóricos sobre gays y lesbianas. Teniendo en cuenta que la historia y antropología de gays y lesbianas precedieron a "*Thinking Sex*", dirá Rubin:

«Nunca fue mi intención establecer una barrera disciplinaria mutuamente excluyente entre el feminismo y los estudios de gays y lesbianas [...] Estaba tratando de hacer un espacio para trabajar sobre la sexualidad (e incluso el género) que no asumiera el feminismo como el enfoque obligatorio y suficiente» (1994).

Resumiendo: en los años sesenta la importancia de los estudios se centraba en la casta, la clase, y la raza. En los setenta, a estas tres variables ya se había añadido el género. Y, en los años ochenta, Rubin introduciría la sexualidad como una variable más en la ecuación tras haber observado que el género no solucionaba los problemas sobre la persecución que sufrían los homosexuales y que hemos ido incluyendo aquí: «nunca he afirmado que la sexualidad y el género estuvieran desconectados, solo que sus relaciones son situacionales, no universales, y deben determinarse en situaciones particulares». Con esta reflexión y el escepticismo por todas las herramientas universales, en "*Thinking sex*" pretendía pensar en la opresión de género como distinta a la opresión sufrida por las prácticas o conductas sexuales:

«Quería poder articular una política sexual que no asumiera que el feminismo era la última palabra y escritura sagrada sobre el tema; [...] El feminismo se había convertido en el sucesor del marxismo y se suponía que sería la próxima gran teoría de toda la miseria humana, [...] no (lo) veía como la mejor herramienta para el trabajo de obtener influencia sobre cuestiones de variación sexual; [...] quería agregar la práctica sexual a la gran lista de estratificaciones sociales y establecer la sexualidad como un vector de persecución y opresión. [...] Pensar en la opresión basada en la conducta sexual o el deseo ilícito que era diferente –aunque no contradictoria– de la opresión de género; [...] temía que si no había un análisis independiente de la estratificación sexual y la persecución erótica, las feministas bien intencionadas y otros progresistas apoyarían la caza de brujas abusiva, opresiva e inmerecida» (1994).

Para concluir y –como se ha ido exponiendo– gracias a las contribuciones en sus dos obras más conocidas –"*Traffic Women*" y "*Thinking sex*"– se pudo ir vislumbrando como esas mismas dimensiones históricas e ideológicas sobre el género han construido también los cuerpos sexuados y la propia sexualidad como deseo. Como nos recuerdan Raquel Osborne y Cristina Medina, junto al sexo cromosómico u hormonal, se empezaría a distinguir gracias a Gayle Rubin:

«[...] un "sexo" como sexualidad o práctica erótica, una «identidad sexual» definida como

elección del objeto de deseo y un «rol sexual» como una serie de prescripciones culturales y de expectativas respecto a lo que es apropiado para un hombre y una mujer en cuanto a su deseo y comportamiento erótico. Así, el género que se había caracterizado por la asignación de unos significados culturales a la diferencia de los sexos encuentra que el mismo «sexo» ya viene cargado de significación» (Osborne y Molina, 2008: 147).

B. Soliloquios corporales: hablemos de deseo, de cuerpos deseables

Si en el apartado “Soliloquios” anterior, afirmaba que sexo termina siendo lo mismo que género, en este caso, siguiendo a Rubin, parecería que la sexualidad podría analizarse como una categoría diferente al plantear discusiones u opresiones que tienen que ver, además, con el deseo y las prácticas sexuales. Es decir, más allá de las opresiones que genera el sistema sexo/género existen otros ejes que debemos tener en cuenta. Aún así, ¿dónde se han generado estas categorías ontológicas?, ¿ha habido alguna previa a la otra?, ¿qué es primero: la heteronorma o la diferencia sexual?, ¿qué crea qué? El caso es que dependiendo de esa socialización en la feminidad o en la masculinidad, así deberías enfocar tu deseo. ¿O enfocas tu deseo incluso antes de que empieces a ser socializada como una cosa o la otra?

Por lo tanto, me gustaría reflexionar sobre las siguientes cuestiones en colectividad: a) qué es para las HAC eso a lo que llamamos orientación del deseo, orientación sexual, sexualidad; b) ¿cómo definimos el deseo?, ¿las diferencias en nuestros cuerpos lo harían ser menos deseado que otros cuerpos?, ¿cómo nos ha influido la idea de, por el hecho de ser leídas como mujeres, nuestras prácticas sexuales debían estar dirigidas hacia la penetración?, ¿ser consciente y reconocer(nos) a nuestro cuerpo intersex ha flexibilizado nuestra forma de desear a otros cuerpos o identidades diferentes? En muchas ocasiones, a partir de pensarme más allá de la categoría mujer y más allá de la heteronorma, me he hecho las preguntas anteriores. Por eso, quería que tuviesen un espacio de reflexión en esta tesis. ¿A qué cuerpos deseo yo?, ¿cuánto de deseable veo a mi cuerpo en tanto que intersex?, ¿qué tipo de prácticas sexuales he tenido hasta ahora y cuáles me gustaría empezar a tener?

MER GÓMEZ

La falta de referentes, de imaginarios culturales, no heterosexuales era evidente a finales de los noventa y principios del dos mil. Mientras yo crecía no los encontraba ni en mi contexto ni en la ficción que veía. Al menos, no los suficientes como para plantearme a quién o cómo tenía que desear más allá de lo que todos los discursos sociales heterosexuales que me habían ido imponiendo. A pesar de eso, recuerdo que una de mis primeras prácticas sexo-afectivas fue con una chica (endosex y cis). A mí, no me importaba cómo se identificase o cuál fuese su cuerpo, yo iba a expresar mi deseo si lo sentía. Siempre lo he hecho. Lo que sí me importaba era que no tenía que salir de ahí. Aquella práctica formaba parte de lo íntimo. Era un secreto, fue un secreto; sería nuestro secreto. En cambio, cuando tenía prácticas sexo-afectivas con un chico, endosex y cis, no tenía ningún inconveniente en ir corriendo a contárselo a mis amistades. En sentir orgullo en público.

Este dato evidencia, para mí, que durante mis años de adolescencia, yo ya sabía que prácticas sexuales tenía que esconder y cuáles podían ser visibles. Pasaba exactamente lo mismo que cuando me dijeron que tenía un cuerpo diferente (patológico). Hasta aquel momento, mi cuerpo podía ser motivo de orgullo. A partir del diagnóstico, cuanto más escondiera la realidad de mi cuerpo, más aceptación recibiría socialmente. Estaba claro, tenía que esconder mi intersexualidad y mi deseo bollero, ambas cosas incumplían la heteronorma.

A partir de entonces, tener la sensación de que ya habías roto demasiado los esquemas corporales complica que te plantees otro tipo de deseo que no sea el heterosexual. Hay una extensa maquinaria clínica activada contra mi cuerpo disidente –discursos, opiniones, recomendaciones, dilatadores, vaginoplastias, prótesis– para que seas muy mujer y muy hetero. El objetivo era, todo el rato: pasar desapercibida, no subvertir el sistema, que nadie se enterase de nada. Y si nadie se tenía que enterar de nada y mi cuerpo necesitaba ser modificado era porque, tal cual era, ni era deseable ni tenía derecho a desear.

Ya no tengo quince años, ahora tengo treinta. Por suerte, he sentido la necesidad de poner estos cuestionamientos sobre la mesa. Hoy tengo referencias y referentes, también herramientas. Mis mejores amigas no son heterosexuales y las que se definen así, al menos, se lo han cuestionado. El contexto, mis relaciones sociales y afectivas, han cambiado. Mi percepción del deseo, mis prácticas sexuales, mi mirada sexual, va fluyendo. Hoy lo afirmo con orgullo, no lo escondo. Tampoco a mi cuerpo.

Reivindicarme como intersex, tomar conciencia de lo que implica nacer con un cuerpo que lo cuestiona todo, ha sido una oportunidad para aprender de otros modos, para desear de otros modos, para relacionarme de otros modos; para querer fijar la mirada en otras corporalidades. Cuanto más diversas y fluidas, mejor. Cuanto más rotas, monstruosas, raras y desviadas, mejor. Yo soy una bicha rara. Me rodeo de bichas raras. Deseo y me encanta sentirme deseada por bichas raras.

LAURA VILA KREMER

La orientación sexual se podría definir como el deseo hacia otras personas. Es decir, es el deseo que en función de cada persona está orientado hacia un género, una expresión concreta, un tipo de persona concreta. Para mi orientación hace referencia a en qué canales se mueve el deseo. Yo, por ejemplo, he podido ser heterosexual casi por imposición durante mucho tiempo, después considerarme más bisexual y después no identificarme para nada con esa etiqueta y considerarme más bollera; o considerarme sexual y punto. Eso es lo que definiría como orientación, la dirección que en el caso de que la haya puede ir tomando diferentes caminos. Yo siempre digo que soy sexual pero si me tengo que definir... sexual, bollera política también, falofóbica.

Y el deseo es como esa capacidad de dar y recibir placer, claro que la cabeza se me va rápidamente a hablar de placer sexo-afectivo, aunque efectivamente deseo se puede sentir y se puede dar en muchos otros terrenos. Y esa capacidad, nosotras creo que tenemos una gran habilidad para explorarla porque hemos tenido que hacerlo forzosamente. Pero, también, hemos ampliado esa capacidad de desear y de ser deseadas, hemos tenido que flexibilizar nuestro deseo y eso es muy bonito. Ser consciente y reconocer mi

cuerpo intersex ha flexibilizado mi forma de desear otros cuerpos o identidades diferentes.

Yo no me considero heterosexual pero ya no porque no me guste irme con un tío cis hetero a la cama sino porque yo rompo la norma de la heterosexualidad a través de mi cuerpo. Quería hacer encajar mi cuerpo para tener unas relaciones concretas que, seguramente, si yo no hubiese vivido esa violencia para poder practicar un coito, seguramente practicaría sexo con más tíos. El tema de la penetración me influyó muchísimo mientras crecía. Claro, el imaginario que yo tenía. He sido socializada en la heteronorma y esperaba tener relaciones con penetración, en un primer momento quise adaptar mi cuerpo para que eso fuese posible. Recuerdo que estaba obsesionada con ello, que después de la gonadectomía... casi que lo quise hacer al mismo momento pero mi médico tuvo cierta lucidez y me invitó a probar las dilataciones. Recuerdo un par de veces en las que él dibujo –recuerdo el dibujo exacto– cómo sería esa operación, alargar la vagina, y yo pensaba: «es lo mejor, intervenir y ser lo más normal posible».

Ahora lo veo de otra manera pero, en aquel momento, yo estuve muy emperrada en que quería una vaginoplastia porque solamente pensaba en relaciones coitocéntricas y heterosexuales, ser una mujer normal. No tenía relaciones, no exploraba mi deseo, pensaba que no tenía acceso, que no era válida para ello, por muchas dilataciones que hiciese tampoco servía porque no practicaba nada. Es cierto que tampoco disfrutaba ni exploraba muchísimo la masturbación pero el problema era relacionarme con otros cuerpos y eso está ligado con lo que explicaba de los procesos quirúrgicos.

La heterosexualidad va mucho más allá de desear a una tía cuando eres tío y de desear a un tío cuando eres tía, va de unas prácticas concretas y unos roles concretos y nosotras los rompemos por mucho que nos vayamos a la cama con gente del otro género. Por todo eso, he sentido durante muchos años que mi cuerpo era no deseado. Ese es el trabajo más grande que he tenido que hacer porque, es curioso, denunciamos el intervencionismo o todo esa violencia que reciben nuestros cuerpos a nivel físico pero no hablamos de cómo no pensar nuestros cuerpos como no deseables nos lleva a la invisibilidad, al armario, a sentir que somos menos, que no somos válidas. Para mí, esa ha sido la gran carga y en lo que más tenemos que trabajar. Pero no trabajar nosotras sino que tienen que trabajar las otras, su deseo, para que entiendan que nuestros cuerpos también son deseables.

Actualmente, claro que se ha flexibilizado mi forma de desear porque yo también prefiero cuerpos que no encajen en la norma. Cuerpos que hayan trabajado su deseo, que lo hayan explorado, que lo viven de una forma más fluida, como hemos tenido que hacer nosotras.

ALEKSANDRA K.

No lo sé ni yo cuál es mi sexualidad. Cuando pienso en mi orientación siempre digo que soy lesbiana pero sí que, a veces, me siento atraída por hombres. Podríamos decir que soy bisexual pero hay muchas lagunas en mi percepción sobre la orientación sexual. Para mí, la orientación, es por qué sexo o por qué género te sientes atraída sexualmente. Bueno, aquí hay un dilema también. A lo mejor, me puedo sentir atraída por unos genitales. En ese caso, también entrarían las personas trans.

El deseo es un sentimiento tan condicionado por experiencias, vivencias, pensamientos del imaginario creados y auto-consumidos que realmente cuánta parte tú tienes de deseo innato y cuánto de deseo creado. Para mí, el deseo innato deja de existir y forma parte de una visión del deseo impuesta comercialmente, entonces el deseo es una visión capitalista. Evidentemente, sí he sentido alguna vez que las diferencias en mi cuerpo lo harían menos deseado respecto a otros cuerpos. Cuando registran o venden una marca de un cuerpo deseante –a nivel comercial, patriarcal– afecta a esos cuerpos no deseantes, que no pueden ser deseados en ese imaginario. Te afecta, te interpela. Te afecta porque excluye a tu cuerpo que no puede ser deseado tal cual es.

Cuando me relaciono yo con mi cuerpo lo hago desde una forma muy intrusa, preguntándome si mi cuerpo es válido, si no lo es, por qué no lo es. Todo ese machaque introspectivo-reflexivo es una putada. A la hora de que no te deja vivir en calma o en paz. Y relacionarme con otros cuerpos, esto es otra carga que llevo, a la hora de relacionarme afectivo-sexualmente, porque si la otra persona no sabe si eres intersex estás pensando: ¿lo notará?, ¿no lo notará?, ¿se lo tengo que decir?, ¿no se lo tengo que decir?, ¿decírselo contribuirá a una ruptura de la relación?, ¿esa persona tendrá una visión más movida por la pena para seguir conmigo? Eso no deja de ser frustrante. Con esos pensamientos quien te hace más daño eres tu mismo, porque a lo mejor a la otra persona se la suda pero tú ya vas con ese hándicap de entrada, que no deja poder desarrollar la relación como te gustaría.

Por otro lado, siempre he tenido prácticas sexuales con mujeres, nunca con un hombre cis heterosexual. Si no he hecho prácticas cis con hombres es por ese miedo y al rechazo de ese hombre cis hetero. No he resuelto muchas de estas situaciones, para ello he requerido ayuda terapéutica. Y están ahí, quizás más trabajadas, yo soy más consciente pero no se han resuelto. Y eso es un problema también. Que algunas vivencias traumáticas que has tenido, a lo mejor nunca vas a resolverlas. Pero, al menos, serás consciente de ellas y las llevarás en esa mochila. Ha sido un estigma bastante grande, un tabú. A día de hoy pocas personas saben que soy intersex. Eso significa un desgaste emocional e identitario muy jodido a la hora de socializar.

Aún así, ser intersex ha sido importante para desear a otros cuerpos, querer conocer a cuerpos e identidades diferentes, como puede ser una persona trans. O ser más susceptible a ser deseante en esa deconstrucción. Pero no sé si lo llamaría flexibilizar o diría añadir una categoría más deseante, al deseo de esa exclusión. ¿Acepto más lo trans porque ahora es más *mainstream* o lo acepto porque me he deconstruido y soy partícipe de esa deconstrucción? Puedo ser partícipe pero no dejo de tener pensamientos de qué cuerpos son los deseados bajo un manto muy bonito del patriarcado. Eso no deja de estar ahí.

IOLANDA MELERO

Yo siempre tenía la idea de que la orientación sexual era eso que sentías de siempre pero, en mi caso, yo en este momento de mi vida hasta hace un año y medio, a ver he dicho que mi orientación sexual es heterosexual pero siempre tenía ahí algo de que me gustaban las mujeres aunque no quería hacerle mucho caso. Ahora mismo es al contrario, no me defino nada heterosexual, prefiero las mujeres, estoy ahí

encontrándome, entre la bisexualidad y el lesbianismo; no me defino, la verdad, ni lesbiana ni bi.

Sí que prefiero ahora mismo lo que me nace, lo que le surge a mi cuerpo, y lo que me pide son las chicas, el contacto con mujeres, el deseo desde ahí. La orientación tiene que ver con el deseo, la sexualidad, el deseo de pareja, de compartir, y ahora mismo mi vida, mi experiencia es que puede fluir dependiendo también de lo que tú te permites. Y yo ahora, desde hace año y medio, me estoy permitiendo que fluya hacia mujeres. Los hombres pues sí, alguno hay que me puede hacer algo de gracia pero no veo que en este momento hay mucha fuerza.

El deseo tiene que ver con ir hacia lo que quieres, como poner en juego lo que tú quieres, lo que te atrae, ir hacia para conseguirlo. Claro, en lo sexual, pues tiene que ver con lo que tú quieres, con tocar a la persona que quieres, las prácticas que quieres, como vivir, estar con alguien y tocarle y ser tocada. ¿Las diferencias en mi cuerpo lo hacían menos deseable? Sí, sobre todo el tema de la vagina, al no tener vagina mi cuerpo va a ser menos deseado o va a ser diferente, claro que mi cuerpo es mucho más feo y eso me ha frustrado mucho. Digamos que me sentía como con un buen envoltorio pero después iban a descubrirlo. Esta cosa de... ¡joder, la sorpresa! Entonces sí, sí que he sentido que era menos deseable, como que iban a ver que me faltaba algo.

Quizás, la penetración, es lo que más me ha afectado y me sigue afectando, porque siento como que me falta algo, me siento incompleta. He tenido muchos miedos: al rechazo, a no saber, a no dar. Sobre todo, fijate, el tema de la penetración era horrible. Incluso me acuerdo la primera vez que me tocaron, en la parte genital, en la vulva (y eso que era con ropa) me puse a llorar y todo, me afectaba mucho. Y ahora, como no estoy en prácticas con hombres pues menos, estoy más centrada en las prácticas con mujeres pues un poquito me afecta pero la verdad es que salirse de la heteronormatividad a nivel sexual es como que me está relajando también mucho y al mismo tiempo estoy aceptando mucho más mi diversidad, qué cosas.

Y ahora que no me veo dentro de la heteronormatividad, que tengo relaciones con mujeres, es menos. La verdad es que noto que el yugo ha bajado, desde 90/100 que podía estar antes, a 25/100. Eso me ha dado mucho alivio y siento que mi deseo y la sexualidad es otra, sin este yugo de la penetración. Pero, aún así, como que me da mucha rabia, conmigo misma.

LILITH MARTÍ

Mi orientación sexual, tampoco es una respuesta sencilla. Diría bisexual pero no me gusta esa palabra, no sé si es por bifobia interiorizada o porque me parece una palabra demasiado binaria, es como bi y sexual, la gente entiende que es que te gustan mujeres y hombres. No me siento identificada con esa palabra, no lo tengo un apego especial igual que a la palabra mujer pero supongo que esa sería la palabra correcta, para que nos entendamos.

Definiría orientación sexual pues como aquellas preferencias hacia qué tipo de personas dirigimos nuestro deseo sexual, qué tipo de sexos, de cuerpos, de personas, etcétera. Y el deseo sexual como la atracción

sexual hacia otra persona, ya sea a nivel físico, emocional o ambos. He sentido en muchas ocasiones que las diferencias en mi cuerpo por el hecho de ser intersex lo hacían menos deseable, lo he sentido muchas veces y eso ha hecho que constantemente me estuviera comparando con el cuerpo de otras mujeres (cis). A día de hoy es algo que me intento trabajar porque, a mí, me sigue pasando bastante.

Cuando tuve mi primer novio, con catorce o quince años, teníamos relaciones sexuales simplemente sin penetración, pero hacíamos todo lo demás. Yo, para mí, eso eran relaciones sexuales completas, no echaba en falta nada. Al final eran relaciones sexuales sanas, placenteras para los dos, consensuadas, nos lo pasábamos súper bien, no notaba ningún tipo de carencia. Para mí, eso era sexo. De hecho, cuando yo me ponía a fantasear o a pensar en el sexo –así en abstracto– no incluía la penetración porque, para mí, eso que hacía ya eran relaciones sexuales completas.

Aún así, sentía muchísima discriminación en el instituto por esto. Recuerdo que mis amigas me preguntaban un montón de veces: «¿ya lo habéis hecho?». Yo he sido feminista desde muy jovencita y entendía que el sexo iba mucho más allá de la penetración y del coito, que sexo es una mirada, una caricia, no creo en los preliminares, todo es sexo, el sexo se construye desde, vamos, casi extracorporeo. No es tan sencillo como un pene, una vagina, entras, sales, y ya está. Yo les decía que habíamos tenido relaciones sexuales pero que si me estaban preguntando por la penetración pues no. Recuerdo esas miradas, esas caras, como diciendo, todo lo demás es secundario pero lo importante aquí es que no te ha introducido su pene en tu vagina. Tanta presión, un día ya mentí. Empecé a presionarme mucho, a pensar: «y si yo soy de esas personas que por h o por b no puede tener relaciones sexuales coitales, qué pasará con cincuenta o sesenta años que alguien me pregunte, y yo le diga: pues mira es que yo no he tenido penetración nunca».

El chaval no me presionó en ningún momento, era yo... me presionaba tantísimo que lo pasaba súper mal, acababa hasta llorando, haciéndome daño. En ese momento tenía vaginismo, que supongo que también era mucha parte psicológica porque era un miedo muy profundo no poder hacerlo pues inconscientemente como que contraía la vagina y no podía. Además de lo físico, porque a lo mejor mi vagina sí que era más estrecha que la de otras chicas. El chaval me decía: «a mí me da igual, si yo estoy bien». Era por las demás, por poder decir en el instituto pues sí, ya lo he hecho, ya soy una mujer, ya me he bautizado en la feminidad heteropatriarcal, ya me han introducido un pene por la vagina. Me ha jodido más por la sociedad que por mi, porque de cara a la sociedad yo sentía que, como mujer, estaba incompleta y no iba a estar completa hasta que pudiese tener la jodida penetración. Pero el hecho de haber esperado –a ese tipo de práctica– me ha aportado otras muchas cosas que si, a lo mejor, hubiese perdido la virginidad a los quince años de una manera súper brusca, patética y dolorosa pues no hubiese sabido que existían otras prácticas.

El hecho de tomar conciencia de ser intersex ha abierto mi capacidad de desear y de replantearme conceptos. Tanto en mi orientación sexual, como respecto a qué cuerpos son deseables, cuáles no, por qué. De hecho, la última vez que me hicieron un cariotipo, me dijeron que las personas que tienen síndrome de turner suelen tender a la bisexualidad o desear a las mujeres. Yo creo que no es algo que tenga que ver con los cromosomas, si te faltan o te sobran o lo que tienes, sino que ser intersex lo que te invita es a plantearte todo de una manera mucho menos heterosexual.

ANA BELÉN

La orientación sexual es qué te pone más; cuando sientes una mayor atracción sexual por las personas que están dentro de la caja femenina que por las que estás dentro masculina o viceversa. Si te atraen más los que están en tu misma caja, se dice que eres homosexual; si te atraen los que están en la otra caja, se dice que eres heterosexual; si te atraen las personas tanto de una caja como de otra pues se dice que eres bisexual. Mi orientación sexual diría que es mayoritariamente heterosexual aunque, en ocasiones, me he sentido también atraída por algunas mujeres. Yo diría que mi heterosexualidad se debe más a la comodidad, ¿no? A no haber sentido inquietud por experimentar; también creo que a cierto miedo.

Lo que me viene cuando pienso en deseo es comer, son las ganas imperiosas de comerme, de llenarme de la carne de otra persona. Es como una sensación física en mi piel, de buscar otras pieles, de buscar otros olores... mira, antes de la gonadectomía, era como que sentía mi deseo más, como que mi deseo partía más de mis genitales y ahora como que lo siento más repartido en mi cuerpo y también como más vinculado con mis emociones. Como ya he ido comentando, durante años pensé que por no ser penetrable no podría ser deseable. Además, con todos los estereotipos asociados a la belleza tengo tendencia a compararme ya frustrarme si no cumplo con esos cánones.

Curiosamente, en mi adolescencia, época en la que más hundida estaba por el rechazo a mi intersexualidad, fue cuando mejor me relacione con mi cuerpo a nivel sexual y, claramente, porque fue antes de que me extirparan los testículos. Antes de esta operación mi deseo era como mucho más físico, como más animal, más directo, mi respuesta sexual era más inmediata, reaccionaba a los estímulos sin filtro y me consideraba una persona muy sensible, muy sensual, muy sexual, cualquier contacto me ponía como una moto. Después de castrarme esto cambió, mi cuerpo dejó de reaccionar como antes y, no sé, como que lo emocional tuvo más influencia en mi respuesta sexual.

Por otro lado, no cumplir con parte de los requisitos que debía cumplir para ser una mujer completa, me llevó a sentir un desprecio y un rechazo muy profundo hacia mi cuerpo durante buena parte de mi vida. Durante parte de mi adolescencia, mi juventud, los contactos sexuales que tenía con otras personas eran esporádicos y sin llegar a intimar demasiado pues para que no descubrieran mi secreto. Creer que, como me habían dicho los médicos, no tenía una vagina penetrable me hizo evitar las relaciones afectivas, me consideraba rechazable y no apta para tener una relación de pareja y consideré que sin una vagina nadie me podría querer. Yo diría que estas situaciones aceleraron los protocolos médicos, yo estaba muy traumatizada por mis experiencias con los ginecólogos y aún así volví a acudir a ellos cuando me harté de rechazar a personas que me gustaban o de las que me había enamorado. Por suerte, no llegué a hacerme la operación de neovagina y no he tenido problemas para ser penetrada.

Me viene a la mente un chiste, que contaban en mi adolescencia, el chiste este de la sirena asqueroso: «estaban dos gallegos pescando y va uno y saca a una sirena, la coge en brazos, la mira por todos los lados, la vuelve a echar al agua y le dice el otro: ¿y por qué?; el otro le responde: ¿y por dónde?». Esto describe perfectamente cómo me sentía yo en aquella época. Si no hay por dónde, si no hay un agujero por dónde meterla, yo ya no era válida.

Curiosamente yo, que durante una parte de mi vida me he sentido limitada por mi cuerpo y he necesitado una vagina funcional para que me quisieran, resulta que los mayores problemas que tengo ahora para relacionarme sexualmente surgen cuando hay amor, cuando hay intimidad, cuando hay compromiso. O sea, soy capaz de relacionarme sexualmente, libremente, sin prejuicios, soy capaz de dejarme llevar por el deseo, de disfrutar, sin traumas, sin dudas, pero con personas con las que no tengo un gran vínculo emocional. Resulta que cuando quiero a una persona pues es cuando surgen los fantasmas, el no ser apta, de no ser suficiente, de no ser deseable, de no desear lo suficiente; ¡manda huevos!

Durante mi adolescencia, rechacé por sistema para no ser rechazada, sin implicarme emocionalmente con nadie para no sufrir el abandono. Después, hubo una época en la que me lancé a experimentar en parte pues para ratificar que sí era penetrable y, bueno, pues continuó todavía trabajando mi sexualidad y observo que, aunque los fantasmas y las dudas han desaparecido, hay una parte de mí que sigue sintiéndose menos valiosa en la intimidad. Como con apego a ser rechazable si me muestro como soy. Todavía hay una niña de catorce años en mí, muerta de miedo, abierta de patas en la consulta de médicos, mientras un montón de cabezas le examinan los genitales. Actualmente, estoy trabajando con esta niña en terapia, gritando, pataleando y permitiéndome expresar la rabia. Tratando de convencerme de que soy valiosa, que soy sexual, que soy yo y que, ciertamente, pues que me gusta serlo.

Por otra parte, ahora sí que me siento más abierta a experimentar con otros cuerpos, como que tengo mucha curiosidad y, es curioso, porque lo que me frena es mi miedo a enfrentarme con el cuerpo de una mujer fértil, como contemplar, relacionarme sexualmente con un cuerpo del que todavía me siento diferente. Y que, probablemente por mis traumas, a la vez, es un cuerpo que de alguna forma también rechazo, es como una sensación en sí ambigua. También es cierto que, jo, eso sí, que siento muchísima atracción por cuerpos ambiguos, por cuerpos menos diferenciados sexualmente, me atraen mucho.

CAMINO BARÓ

Mi orientación sexo-afectiva es bisexual ahora mismo, entendiéndolo por bisexual que me atrae cualquier persona independientemente del sexo/género con el que se identifique. La definiría como esa tendencia a vincularnos con determinado grado de intimidad en las relaciones sociales que pueda ser heterosexual, homosexual, halosexual, bisexual, pansexual, escoliosesexual... Toda esa amplia gama de tendencias que no son estáticas sino que, desde mi percepción, en muchos casos son variables y mutan a lo largo de la vida con las experiencias que vamos teniendo y que definen un poco cuáles son nuestros gustos y nuestras preferencias a la hora de vincularnos desde un plano romántico, afectuoso o erótico con alguien, con una persona y independiente, en mi caso, del sexo que tenga esa persona.

El deseo, para mí, es la necesidad de comunicarme con otras personas a través de un lenguaje no verbal o verbal, que incluya la proyección de ciertos imaginarios compartidos o no con la otra persona y que satisfaga una necesidad de vinculación afectiva, una necesidad de vinculación sexual pero también, para ser honestas, una necesidad narcisista de ser correspondida en mi necesidad, en esta necesidad de

comunicación. El deseo siempre he pensado o lo he considerado como un concepto muy biológico, también influida por la socialización en mitos del amor romántico que nos dicen que el deseo todo lo puede, como el amor, el deseo es ciego y no elegimos a la personas por la que sentimos deseo pero creo que estoy deconstruyendo este concepto y que últimamente soy mas consciente de que si hay una gran parte de elecciones. Si me pongo a revisar las personas por las que he sentido deseo han sido personas que en un momento dado yo he elegido desear por lo cual no atribuiría cualidades exclusivamente biológicas o químicas al deseo, de hecho mi lucha está en estos momentos en defender un deseo más elegido, un deseo que por mucho que nos hayan intentado vender no es tan ciego y siempre tenemos este componente de que se convierta en una elección al final.

He sentido que mi cuerpo sería menos deseado por mis cicatrices, fundamentalmente. Cuando la otra persona conocía mi esterilidad y cuando conocía toda mi historia, que eso solo ha sucedido con mi pareja, también he sentido que ya no me iba a desear igual y he sentido una gran hiper vigilancia hacia conductas, gestos, de la otra persona hacia mí que implicasen o denotasen deseo o una voluntad de mantener relaciones sexuales conmigo como necesitando confirmar que pese a la confesión yo seguía siendo deseable para esa persona. Y luego en un plano muy inconsciente yo he necesitado hipersexualizar mi expresión de género -vestimenta, maquillaje, me refiero a mi expresión en general- para compensar esta idea, este sentimiento de mi cuerpo es menos deseable por lo cual voy a intentar, añadiendo complementos, hacerlo más deseable -como pintalabios, minifaldas, lencería, etc.-.

El imaginario heteronormativo empieza a calar desde muy temprana edad pero creo que hay un momento crítico que es la adolescencia o la preadolescencia en el que ya empezamos a manejar estos conceptos de "novio" "novia" y cómo influye esto para relacionarme con mi cuerpo, pues es curioso -y esto lo he analizado ahora siendo más mayor- me reconocía como una persona bisexual cuando yo era más peque, me gustaban las chicas y los chicos y recuerdo que no tenía ningún problema en expresar mi deseo hacia niñas, hacia amigas de familiares míos que decía qué guapa es e intentar seducirlas y como exhibirme delante de ellas. Pero, llegó el día en el que en clase de octavo de EGB, un chico de clase me preguntó: «¿Camino, eres heterosexual?». Yo dije que no porque creía que heterosexual era un insulto y me dijo: «qué tonta eres, pero si heterosexual es lo que hay que hacer, es que te gusten los chicos». Yo dije: «ah, vale, entonces sí que soy heterosexual». Esa pregunta empezó ya a marcar mi orientación sexo-afectiva, cuando yo estaba en plena lucha por integrar mi no menstruación, mi ausencia de gónadas, mi tratamiento hormonal y ese discurso que me estaba llegando de mis iguales de: «tienes que ser heterosexual», y yo querer encajar en esa norma y para encajar en esa norma mi cuerpo tenía que encajar en esa norma. Yo lo comprobaba noche tras noche, no encajaba, porque yo recuerdo ya con quince años introducirme bastoncillos de la oreja para hacer marcas con un rotulador y medir cuánto, qué longitud tenía mi vagina; todo en un intento por encajar en esa norma, que mi vagina pudiera encajar con esa norma o que esa norma pudiera encajar con mi vagina. Y mirarme el pecho, ver cómo me desarrollaba...

Curiosamente, desde los once años ya estaba expresando un deseo de manera muy abierta. Yo, como me olía la tostada y entendía que algo raro estaba pasando en mi cuerpo por las caras de mis padres, por mensajes que no se dicen pero de manera no verbal si se están diciendo, entendía que tenía que compensar esa falta de normatividad en mi cuerpo con una obsesividad con la heteronorma. Por encajar,

recrearme en fantasías en las que yo era la musa para un montón de chicos. De repente, me olvidé de las chicas, me olvidé de que me podían gustar las mujeres y empezó a interesarme solo el atraer a chicos... En el instituto toda mi expresión de género, tenía toda mi carpeta forrada con fotos de bebés, era como que necesito encajar en esta norma, maquillándome... Recuerdo intentar llamar mucho la atención del género opuesto, del género masculino, sabiendo que por dentro algo no iba como las demás, que no era como las demás, pero como me construí esta camino 2.0 que sí que lo era, lo compensaba con estas expresiones de género hipersexualizadas. Pues, bueno, lo vivía bien porque estaba bien camuflada.

Al final, cuando ya consigo tener mi vagina empiezo a tener la necesidad de comprobar que todas las personas me leen como mujer –todos los hombres me leen como mujer (específico)– y cuando ya termino mis procesos de dilataciones y vaginoplastias, con la última vaginoplastia ya sale bien la cosa y digo pues ahora tengo que tener relaciones sexuales con todos los tíos que pueda, también motivada por el discurso médico de «si pasan más de tres meses sin tener relaciones sexuales tendrás que volver a comenzar el tratamiento de las dilataciones o incluso te tendremos que hacer una tercera vaginoplastia». Pues mezcla de las dos cosas, de la heteronorma y de heteronorma que procedía del discurso médico o empujada por ello, empecé a tener relaciones sexuales de una manera obsesiva-compulsiva diría hasta tal punto que tuve que iniciar un tratamiento psicológico con veintiuno o veintidós años porque tenía relaciones sexuales con personas, con hombres, que me hacían daño, con hombres que me traían problemas como mi compañero de curro, mi portero –el portero de la casa de mis padres–, como el novio de mi mejor amiga... era tal mi obsesividad que no medía con quién me acostaba y con quién no y encima no tenía orgasmos en estas relaciones sexuales, era todo demostrar y demostrar y demostrar que podía demostrarme a mí que podía ser una persona leída como mujer.

Ser consciente de mi condición intersexual ha fomentado que se abra un abanico de deseo impresionante. Según fui interiorizando me fui dando cuenta de que era más flexible con los estatutos rígidos que marca la heteronorma... cuando antes hacía bromas con micropenes de parejas sexuales y me reía mucho con amigas. Además es algo que he ido contagiando en mi entorno, esta idea de vamos a intentar ser más tolerantes con las diferencias individuales y donde antes había burlas y risas ahora hay tolerancias. Igual que, a mí, me gustaría que me respetasen determinadas condiciones que yo no respeto de mí misma, esto podemos intentar deconstruirlo y analizar de dónde viene esta burla. Y viene de un miedo muy grande a no encajar en determinados patrones corporales que incluso las dos estábamos sufriendo con los cuerpos normativos de delgadez, de tener una cintura de tal forma, de maquillarnos de determinada manera. Cuando vamos deconstruyendo todo esto, al final, también hacemos que estos patrones heteronormativos se vayan haciendo más laxos y seamos más tolerantes con las diferencias.

Después de esto, después de darme cuenta de que ya no perseguía un modelo, he de reconocer que yo he tenido un modelo cisheteronormativo muy implantado en mi cabeza, me han gustado chicos muy afeminados, chicos de todo tipo, incluso he estado saliendo con chicos con un pene muy pequeño, pero he de decir que no lo tenía muy interiorizado. Desde que empecé a defender la visibilidad en la militancia dentro del activismo intersex ahí sí que me daba cuenta que al estar en contacto con otras realidades mi deseo ha ido aumentando increíble, o sea, de una manera exponencial hacia personas que jamás hubiese pensado que podía sentir deseo. Bueno, para empezar decir que he retomado mi deseo hacia mujeres, cosa

que tenía olvidada desde antes de la adolescencia, lo he vuelto a retomar, vuelvo a sentir un deseo explícito hacia mujeres, desde que terminé mis ciclos de vaginoplastia empecé a sentir deseo por las mujeres aunque mi obsesión era tener relaciones con hombres, y después deseo hacia hombres trans, hombres homosexuales con muchísima pluma –cosa que antes no me hubiese atraído nunca– y, es curioso, lo libre que me siento porque ahora sí que siento o percibo menos atracción hacia el canon arquetípico del hombre cisheterosexual, hasta me genera rechazo, no siento deseo hacia este tipo de personas. Probablemente porque mis energías se estén enfocando hacia todo lo no normativo. Y cuando digo no normativo no digo solo características sexuales sino también en características físicas.

Me atrae muchísimo la no normatividad, me atraen muchísimo personas con diversidad funcional, me atraen muchísimo personas estrábicas, me atraen muchísima estas personas con una condición en la piel que parece como si tuvieran manchitas, me atrae mucho lo no normativo, entonces creo que el mirarme en el espejo intersex me ha devuelto una mirada mucho más abierta a mi deseo y he conseguido abrir ese deseo y buscar otros espejos en los que reflejarme, como persona bisexual, pansexual, escoliosesexual.

ASMI MOLINA

La orientación sexo-afectiva es lo que hace que despierte en ti instinto sexual hacia otro ser humano, o te despierten filias, como la gente que ama a los árboles. Para mí, la orientación sexual puede ser eso, con lo encuentras placer y estimulas tu imaginación para excitarte.

Hasta los quince años o así no mantuve relaciones, las típicas con el noviete de tocamientos y masturbaciones pero sabiendo que siempre pasaba algo que era raro y que yo todavía no sabía exactamente qué era. Yo creo que siempre he sabido que me faltaba un agujero, una vagina, y de forma inconsciente sabía que tenía que tener cuidado para no mostrarme y no desvelar el secreto. En mi vida he tenido dos parejas con las que he tenido relaciones sexuales y las dos han sido hombres. Uno me dejó porque había encontrado a una chica que le iba a dar hijos y el otro argumentó que necesitaba una mujer más femenina que yo. Ahí tuve flirteos, roces, con alguna chica preadolescente y sin llegar a término, simplemente jugueteando.

El deseo, en su momento, en la adolescencia, era muy intenso, muy frecuente, me gustaba. Con las relaciones de pareja he tenido mis momentos de más y menos sensaciones de deseo. Luego, desde que no tengo pareja mi deseo me lo he auto-satisfecho. En los últimos dos o tres años mi deseo ha bajado mucho, incluso pasando un mes o más sin tener ganas, con problemas a la hora de satisfacerme yo mismo. A partir del año 1994, que me separé de la última pareja, no he tenido ningún encuentro sexual con ninguna otra persona de ningún sexo. No es una decisión que he tomado yo sino que mis miedos han ido creciendo con la edad y cada vez lo veo más difícil. Últimamente, desde que me expreso más y me muestro más, creo que en algún momento podría retomar tener relaciones sexuales con otra persona. Obviamente, no he ido resolviendo nada, estamos en 2021, desde 1994, treinta y siete años sin sexo compartido. Para mí, es un problema y le veo difícil solución pero nunca pierdo las esperanzas. Una forma de castigarme es que estoy muy gorda y no facilita que pueda ser deseada, deseable. Pues se suplía con imaginación, no tener prácticas

sexuales con penetración.

Aún así, siempre achaco más el problema a la inseguridad de la pareja, quiero decir, si a alguno de mis dos novios les hubiera dicho que genéticamente yo soy una XY, ellos tendrían problemas con su masculinidad: «uy, estoy con un tío, soy un maricón». Y eso le puede pasar a más gente. Por la otra parte, hay mucha inseguridad. Lo cisheteronormativo, la elección que tomes, me da igual que seas hetero, que gay, que bisexual... Al final todos los arquetipos no es una marca que te ponen grabada a fuego en el culo, sino que en un momento dado puedes sentir atracción hacia una persona sin importar que es eso, evidentemente ahí hay algo que juega y que da deseo o placer o atracción.

Ser consciente de mi intersexualidad, de que los cuerpos son cuerpos, me han hecho que me defina como pansexual. Tiene que haber un *feeling* con la otra persona. Me pasa que, a veces, me pueda atraer un hombre o una mujer. Nunca me ha pasado con un travesti o con un transexual o con una persona transgénero o con un asexual. Pero eso no quiere decir que, si me pasa, creo que estoy completamente dispuesta a aventurarme a esa historia. O sea, si quiero que se me considere como algo íntegro, no puedo andar exigiendo que la otra persona se amolde a mis preferencias. Si me atrae será por algo, habrá que investigar, habrá que intercambiar.

SUSANA LESTEIGA

La orientación sexual es –partiendo de que, el género sea binario y el sexo– lo que te provoca deseo y ganas de compartir tu vida, de construir una pareja, construir una familia, es de tu sexo o no, o tu género o no. Es curioso, porque no sé si la orientación sexual en sí hace referencia al género, o al sexo. Yo creo que al género, que es lo que vemos, es un rol. La orientación sexual es como te ven los otros, que preferencias tienes tú en cuanto al rol de género que tiene la persona con la que tú decides estar.

Siempre, en general, me han atraído los hombres pero que no quiere decir que no estuviese abierta a otras cosas o que no esté ahora, si ocurriese. Sí que recuerdo que, con veinte años, me sentí atraída por una mujer. Es mucho decir bisexual si no has tenido ninguna experiencia con mujeres. Recuerdo pensar que si todo el mundo me decía que la belleza estaba en el interior y lo importante era la cabeza, cómo te sentías con alguien, de compenetrado, entonces, en ese contexto, la homosexualidad o la heterosexualidad no tenían ningún sentido. ¿Qué más da? Y recuerdo que, mentalmente, me daba cierta libertad. Luego, en realidad, nunca lo he ejecutado o no sé hasta qué punto lo habría hecho o realmente sería valiente. Yo diría que, al final, soy heterosexual por tradición, por cultura de donde me he movido, de mi ambiente.

Dentro de esa normalidad de roles, es muy habitual sentir cosas como deseo sexual, deseo de intimidad, deseo de tener una persona que sea tu compañero en la vida. El deseo, o sea, la sociedad está montada para que haya esa necesidad, no sé si necesidad, pero hacer que eso ocurra en el algún momento. Además, creo que sí que es muy humano tener esa necesidad de compartir y de vivir.

He pensado que mi cuerpo sería menos deseable, por supuesto. También porque estoy más gorda, tengo

las tetas pequeñas, relacionado con mil cosas. La intersexualidad en sí, no tanto. Siendo SIA completo, quizás no soy tan voluptuosa, no tengo vello, queda más aniñado, es un poco menos deseable. Pero, en realidad, no pienso que haya afectado mucho en el deseo. El deseo, normalmente, llega mucho antes de estar desnudos, por otras cosas, por mil. Y el deseo luego se ejecutó con los cuerpos en una forma en que no estás tan atento a los detalles, sí y no, es un tema mental, es físico... mi experiencia, me da la impresión de que gran parte del deseo y del erotismo viene de ver a la otra persona excitada, no a ti mismo, es como que parte de la relación sexual íntima, parte de lo que tiene el sexo es la retroalimentación el uno con el otro. De cuán caliente te pone ver a alguien caliente, y te retroalimentas. Al final, da igual como sea, da igual que sea tocando los pies, tocando una mano, un beso en el cuello. Es cierto que tampoco he tenido ninguna experiencia con ningún tipo de cuerpo no normativo o de identidad distinta, entonces tampoco sé; no he tenido experiencias sexuales fuera de los hombres cis.

Yo desde pequeña había experimentado mucho con mi placer, tenía un grado bastante alto de aceptación de mi cuerpo. Después, lo que no quería era relacionarme con cuerpos de otros, no me acercaba a nadie porque luego eso derivaría en algún tipo de contacto sexual. Tenía un rechazo total, un miedo absoluto, pánico, a tener ningún tipo de relación íntima con nadie, ni siquiera de salir con nadie porque eso, en algún momento, llegaría a relaciones físicas. Así que no tuve ninguna, de ningún tipo. Hasta que no tuve dieciocho años.

No tuve una relación afectiva más cercana... con veinticinco. Y por miedo y ya está. Era lo más fácil, negarlo todo, negar que hiciese falta tener pareja o tener ganas de tener pareja. Me arrepiento ahora, toda la época de mi facultad, de la universidad, en esa época tan bonita, tan interesante, descubrimiento de gente, la transición a la edad adulta... Pues no quise saber nada. Mi experiencia, no con la primera persona que me desnudé y tuve relaciones, sino la primera persona con la que intenté penetración, no funcionó. No podía, no cabía, estaba muy asustada, intentábamos hacerlo bien, el objetivo era pasárselo bien, disfrutar, reírse... Lo intentábamos y, a la mínima que veíamos que no se podía, abortábamos penetración y seguíamos jugando, sin penetración, para que no se convirtiese eso en un problema ni en un objetivo.

Lo que a mí me desbloqueó fue irme de Erasmus, que me desbloqueó la vida de mil cosas. Estando en el extranjero decidí que no podía seguir viviendo así y que tenía que desbloquearme la cabeza, en general, respecto a chicos, empezar a tener relaciones afectivas. Me enamoré infinito de una persona y fue una vivencia muy interesante, decidí no pensar en ello, hacer ver que no pasaba nada. Llevaba años haciendo dilataciones, decidí asumir que no pasaba nada, que iría bien.

RAQUEL M.

Entiendo la orientación sexo-afectiva como la definición que hacemos entre todos de las diferentes variantes de relacionarse a nivel sexual con otras personas, o de no hacerlo. Y afectivamente. Que, además, yo entiendo que son cosas distintas. Entiendo que hay un deseo sexual, que hay un deseo afectivo, también creo que existe deseo estético. La mía, mi orientación, es que seguimos descubriéndolo. De momento, me considero una persona bisexual. Además, mi orientación es fluida, depende del momento. Siento

muchísima atracción por mujeres, afectivamente me es más fácil vincularme a una mujer. Pero, es verdad, que he tenido muchas barreras. Y a nivel sexual, es verdad que siento más atracción por un hombre. Siento por hombres y mujeres, de distinta manera, no lo sabría definir, que fluye, dependiendo del momento.

A nivel sexual hay un tema, sobre todo cuando tienes variaciones genitales, como la cavidad vaginal o igual que los hombres, tienen diferencias de tamaño en el miembro. A mí, me ha influido. Con lo crítica que soy con muchas cosas, de repente, dejé de serlo a nivel afectivo-sexual. Queriendo como querer encajar en lo que se espera, en el imaginario heteronormativo. Yo he consumido pornografía en algún momento, ahora no me gusta. Y, al final, he sufrido, he tenido dolor, ese miedo ha estado latente, he intentado complacer... Yo creo que no he disfrutado. Pero, incluso, en mi relación con una mujer yo creo que tampoco me permití... es complicado. Creo que empiezas intentando hacerte valer a base de no escucharte a ti misma y a tu cuerpo. Acabas en un punto de bloqueo, o de tener que deconstruir eso.

A veces, es difícil o imposible tener relaciones esporádicas porque no se contemplan otras formas corporales, otras prácticas. No son deseables las apariencias que no están vinculadas por lo que entendemos por belleza. Un cuerpo feo, un cuerpo gordo... O sea, yo no creo que a la gente le resulte desagradable un cuerpo feo, un cuerpo intersexual, que a lo mejor a algunos sí porque estoy harta de conversaciones, yo también soy cruel muchas veces, a nivel personal ni siquiera he conseguido que mis amigas, delante de mí, contengan las comparaciones de los penes. O sea, de hablar de un pene pequeño como algo que ha sido razón de una noche que no te ha gustado, por ejemplo. Es una dificultad añadida. O sea, ¿es como para qué me voy a acostar con una persona en silla de ruedas si hay tantas otras que no lo están? Si, al final, yo no me quiero complicar la vida pues así lo entiendo. Entonces, desde mis vivencias personales yo creo que esto mi cabeza lo ha planteado así.

A mí, me ha costado mucho decir, aceptar, que había tenido relaciones sexuales con hombres porque no había habido penetración. Yo digo que perdí la virginidad con una mujer a los diecisiete, habiendo hecho lo mismo que con un hombre con quince años. Y, aún así, sigo diciendo que la perdí a los diecisiete. Es una locura. Yo esto lo he hablado con gente normativa y no entiende dónde está el problema. O sea, es que si tú eres la persona diferente, la que no encaja, es complicado. Ni siquiera conozco mi propio deseo. Tengo un bloqueo. Me genera miedo y rechazo tener relaciones, con hombres y con mujeres.

Tengo mucho más miedo con los hombres, porque entiendo que es más heteronormativo todo, el sexo. Me gustan los hombres, me gusta gustarles. Yo, por mucho que sea intersex, o que pueda tener mil movidas en el terreno sexual, me siento deseada por hombres, siento que gusto. Pero no he tenido relaciones estables con hombres, sí con mujeres. Es distinto con una mujer. Necesito un nivel de confianza, de entenderme con ella, porque sino me acojono y no puedo. Yo sé que tengo esa voluntad súper profunda de conectar con más gente, de alguna forma, pero tengo miedos y gordos.

Si algo positivo tiene ser intersex, entenderlo, asimilarlo, empoderarlo, es que me ha permitido mentalmente cuestionarme cosas que cuando he planteado delante de otras personas, no se habían planteado nunca. Yo también he podido tener rechazos hacia otras personas. Por ejemplo, pensar que jamás podría acostarme con alguien trans. A día de hoy, acepto que sí me siento atraída por personas trans. Me ha

hecho flexibilizar esa forma de desear a otros cuerpos. Aunque siga teniendo algunos rechazos todavía, se ha flexibilizado a raíz de tomar conciencia y conocimiento de mi intersexualidad.

2.3 Monique Wittig. Las lesbianas no somos mujeres

«Nosotras (las lesbianas) somos esclavas fugitivas [...] desertoras de nuestra clase⁵⁷» (Wittig, 2016).

En mi búsqueda incansable de argumentos para reivindicar las vidas intersex como posibles, al leer esa frase de Monique Wittig me pregunté: Si ella –como lesbiana y desde la idea de lesbiana política– lo trastocó todo tanto teórica como políticamente a finales de los setenta; ¿las HAC y yo –como intersex– podríamos convencernos de que ese cambio profundo podría darse en el siglo XXI gracias a la aparición en la escena mundial pública de las intersex?

«Porque no hay ningún sexo. Solo hay un sexo que es oprimido y otro que oprime. Es la opresión la que crea al sexo, y no al revés. Lo contrario vendría a decir que es el sexo lo que crea la opresión, o decir que la causa (el origen) de la opresión debe encontrarse en el sexo mismo, en una división natural de los sexos que preexistiría a (o que existiría fuera de) la sociedad» (Wittig, 2016: 24).

Si me ha interesado recoger las aportaciones de Wittig es, precisamente, porque introdujo nuevos marcos que invitaban a hacer otras vidas posibles. Siempre desde una perspectiva crítica a la categoría mujer como algo natural, esencial, o inamovible que sí defendían otros feminismos a los que ella denominaba: heterofeminismos. Sin duda, podríamos incluso denominar a esta obra, como ya han hecho muchas teóricas, como una de las instigadoras de los posteriores estudios queer.

Los ensayos políticos de Wittig fueron tan radicales en el momento en el que se propusieron porque, en primer lugar, nadie los esperaba, y porque ponían en cuestión las bases de la teoría feminista contemporánea. Cuando, en una conferencia previa a la publicación del “Pensamiento Heterosexual”, afirmó: «las lesbianas no son mujeres», se produjo una ruptura teórica y política dentro del movimiento. Marcó un punto de inflexión no solo para el feminismo francés, sino para el movimiento feminista mundial. Esta frase suponía un desplazamiento en la lucha de los movimientos por los derechos de las mujeres y los movimientos en contra de la opresión de las mujeres; puso sobre la mesa una cuestión fundamental que no se había criticado hasta el momento:

⁵⁷La idea de clase, cómo “clases de sexo”, había sido una propuesta dentro del feminismo materialista radical francés para diferenciarla de la idea esencialista.

por un lado, la heterosexualidad como régimen político y no como sexualidad; por otro lado, se atrevió por primera vez a cuestionar las categorías binarias sexuales.

«Al admitir que hay una división natural entre mujeres y hombres, naturalizamos la historia, asumimos que hombres y mujeres siempre han existido y siempre existirán. No solo naturalizamos la historia sino que también, en consecuencia, naturalizamos los fenómenos sociales que manifiestan nuestra opresión, haciendo imposible cualquier cambio» (2016: 35).

Tras esto, no había vuelta atrás. Toda la historia feminista debía ser cuestionada y revisada por sus sucesoras. Wittig se muestra muy crítica con aquellas feministas que siguen buscando la base de la opresión de las mujeres en algo biológico e histórico, incluso apelando para ello a Simone de Beauvoir. Dirá además que ese argumento lleva a seguir manteniendo la idea de que lo único que define a la mujer es su capacidad de dar a luz olvidándose de que existe un control social en la producción de criaturas (2016: 34). Qué es entonces “la mujer” para esta autora.

«¿Qué es la mujer? Pánico, zafarrancho general de la defensa activa. Francamente es un problema que no tienen las lesbianas, por un cambio de perspectiva, y sería impropio decir que las lesbianas viven, se asocian, hacen el amor con mujeres porque “la mujer” no tiene sentido más que en los sistemas heterosexuales de pensamiento y en los sistemas económicos heterosexuales. Las lesbianas no son mujeres» (Wittig, 2016: 58).

El pensamiento dominante, ya sea desde el enfoque metafísico, el enfoque científico o el enfoque marxista, se basa en el predominio de las diferencias y le conviene confirmar que los sexos pertenecen a un orden natural para que, por ende, las relaciones que se dan nunca puedan considerarse como relaciones sociales. Wittig dirá que «la categoría de sexo es el producto de la sociedad heterosexual que hace de la mitad de la población seres sexuales donde el sexo es una categoría de la cual las mujeres no pueden salir» (2016: 29). Por suerte, «algunas lesbianas y algunas religiosas escapan de él, pero son pocas, aunque vayan en aumento» (2016: 30).

Asimismo, me atrevería añadir tras los datos que he ido recogiendo en los soliloquios corporales que, todo el grupo de las HAC, tenemos fuertes tensiones con la categoría «mujer» universal y estática que reivindicaban las primeras teóricas feministas. Sin duda, es una categoría en la que siempre hemos estado como cualquier otra mujer endosex, por imposición social, y en la que nos han obligado a encajar a las mujeres intersex, por imposición médica, tras descubrir nuestra «desviación». Aún así, reflexionaremos sobre ello en el apartado “B. Soliloquios corporales”.

«Y es que la categoría de sexo es una categoría totalitaria que para probar su existencia tiene sus inquisidores, su justicia, sus tribunales, su conjunto de leyes, sus terrores, sus torturas, sus

mutilaciones, sus ejecuciones, su policía. [...] por esta razón debemos destruirla y comenzar a pensar más allá de ella si queremos empezar a pensar realmente, del mismo modo que debemos destruir los sexos como realidades sociológicas si queremos empezar a existir» (2016: 30).

Para Wittig, lo importante no era reemplazar una categoría por otra –es decir, cambiar mujer por lesbiana– sino que la importancia radica, precisamente, en la destrucción de las categorías. «¿A qué esperamos?», solo así podrá vislumbrarse un cambio real: «debemos entender que este conflicto no tiene nada de eterno, y que para superarlo debemos destruir política, filosófica y simbólicamente las categorías de “hombres” y “mujeres”» (2016: 17-31).

Asimismo, lo que hará el lesbianismo radical será analizar el concepto de heterosexualidad no como una institución política dentro del sistema patriarcal⁵⁸ sino como un régimen político heterosexual externo. Si no cuestionamos el régimen político heterosexual, nunca lo eliminaremos. Dirá Wittig, «rechazar convertirse en heterosexual (o mantenerse como tal) ha significado siempre, conscientemente o no, negarse a convertirse en una mujer, o en un hombre» (2016: 37). ¿Qué implica entonces tener una conciencia lesbiana, reivindicarse como tal, dentro de un régimen heterosexual que lo empapa todo? Según Wittig,

«Tener una conciencia lesbiana supone no olvidar nunca hasta qué punto ser “la-mujer” era para nosotras algo “contra natura”, algo limitador, totalmente opresivo y destructivo en los viejos tiempos anteriores al movimiento de liberación de las mujeres. Era una construcción política y aquellas que resistían eran acusadas de no ser “verdaderas” mujeres. Pero entonces estábamos orgullosas de ello, porque en la acusación había como una sombra de triunfo: el reconocimiento, por parte del opresor, de que “mujer” no es un concepto tan simple porque, para ser una, era necesario ser una “verdadera”. Al mismo tiempo, éramos acusadas de querer ser hombres» (2016: 37).

Continuamos preguntándonos: ¿por qué cuando las lesbianas se reivindican como “no mujeres”, la respuesta social que reciben es que: o no eran “verdaderas mujeres” o que querían ser “hombres”? ¿qué es entonces ser una mujer y por qué resulta tan impensable para la sociedad que alguien que parece ser una mujer no se identifique o rechace pertenecer a esta categoría? Cuando rompes, quebrantas, te niega a cumplir el contrato heterosexual impuesto, dejas de ser “verdadera” y, por ende, tu vida empieza a estar menos valorada que si asumieses las normas: «[...] una lesbiana *debe* ser cualquier otra cosa, una no-mujer, un no-hombre, un producto de la sociedad y no de la naturaleza, porque no hay “naturaleza” en la sociedad» (2016: 37).

⁵⁸ Era lo que proponía Adrienne Rich en la misma época pero en Estados Unidos.

De hecho, si reflexionamos sobre la siguiente cuestión parecería hasta contradictorio: ¿por qué cuando una mujer trans se reivindica como mujer es difícil de encajar incluso para otras mujeres? Del mismo modo que las lesbianas, la mujer trans ha decidido romper el contrato establecido. No importa que quiera ser mujer, identificarse como tal, lo que importa es que ha dejado de ser un hombre. Lo verdaderamente impensable para el régimen heteronormativo es salirse y no querer aceptar los cánones morales establecidos.

Si me centro en las corporalidades intersex: ¿qué ocurre cuándo se descubre que lo somos?, ¿qué no somos verdaderas mujeres o verdaderos hombres? Sucede que se llevan a cabo todos los procedimientos posibles, utilizando toda la maquinaria disponible, para convertirnos y encajarnos en una cosa o la otra. No importa si hay que mutilar genitales sanos, realizar intervenciones quirúrgicas estéticas cuantas veces sea necesario, hormonar una y otra vez por imposición o extraer gónadas con la excusa de que exista una tumorización. Nuestros cuerpos no importan, no tienen valor para el régimen disciplinario que nos regula. Lo que verdaderamente ocurriría, si nos presentáramos tal y como somos en sociedad, es que evidenciaríamos la ficción del binarismo sexual. Si eso ocurriera, se caería todo. ¿Por qué no interesa que existan imaginarios corporales que incluyan: un fenotipo femenino y unos testículos internos; una corporalidad con barba y mamas; un fenotipo masculino pero con ovarios y útero? ¿Por qué molestan tanto unos cuerpos, hasta tal punto de corromperlos y castigarlos? ¿Acaso no han existido toda la vida y deberían ser igual de posibles, naturales y libres que cualquier otros cuerpos?

Gracias a las contribuciones de Wittig, he entendido la importancia de que existan comunidades de personas intersex/lesbianas/trans/queer/no binaries que aparezcan en la escena pública y se reivindiquen como tal. Es, sin duda, una lucha necesaria estratégica. Tiene que haber grupos, colectivos, personas que por sus vivencias, sus corporalidades, sus prácticas sexuales, o su falta de coherencia entre sexo/género/expresión/deseo estemos ahí, exponiéndonos y batallando. Mostrando que otros cuerpos, otras maneras de habitarlos, son posibles.

Es necesario para toda la sociedad desplazar los cimientos del sistema opresor en el que habitamos. Las categorías hombre y mujer son categorías políticas, no tienen nada de natural sino que, además, son la fuente de todas las discriminaciones. Aún así, forman parte del pensamiento occidental. Aunque decidamos salir de ellas, no podemos evitar haberlas conocido. Eso no quiere decir que no reconozcamos su reduccionismo y que no estemos dispuestas a trabajar por cambiarlo. Según Wittig:

«Cuando se admite la opresión, se necesita saber y experimentar el hecho de que una puede constituirse en sujeto (como lo contrario a un objeto de opresión), que una puede convertirse en alguien a pesar de la opresión, que una tiene su propia identidad. No hay lucha posible para alguien privado de una identidad; carece de una motivación interna para luchar, porque, aunque yo solo puedo luchar con otros, primero lucho para mí misma» (2016: 41).

La ciencia de la opresión, creada por las personas oprimidas, en la que exista una revolución conceptual y, por consiguiente, una revolución en el lenguaje que configura y regula la vida que vivimos es lo que propone la autora para destruir la heterosexualidad como sistema social generador de opresiones, «un sistema que produce el cuerpo de doctrinas de la diferencia entre los sexos para justificar esta opresión» (2016-45). El lenguaje, hablar y utilizar nuestra voz como disidentes sexuales, de la misma forma que mostrarnos, permite que en estos sistemas que habitamos se produzcan desplazamientos importantes y, por tanto, emergen posibles nuevas formas de vivir.

La heterosexualidad como régimen político se sostiene y se reproduce en ese lugar en que habita el poder, y ese lugar es el lenguaje dirá Wittig. Un lenguaje que ha dado lugar a la creación de categorías o ideas que han conformado un pensamiento heterosexual. Si reconocemos esto, cambiémoslo en vez de sostenerlo, encontremos las fugas. Así lo hizo ella cuando ella decidió desertar de la clase mujer para ofrecer una alternativa fuera del régimen heterosexual. Por eso, es importante seguir levantándonos, como dice Wittig parafraseando a Ti-Grace Atkinson: «Nos levantamos para luchar por una sociedad sin sexos» (2016: 38) para no volver a caer en la opresión que implica para las mujeres, también para los hombres, afirmarse como un grupo natural inamovible.

«Es nuestra tarea histórica, y solo nuestra, definir en términos materialistas lo que llamamos opresión, analizar a las mujeres como clase, lo que equivale a decir que la categoría “mujer” y la categoría “hombre” son categorías políticas y económicas y que, por tanto, no son eternas» (2016: 40).

Monique Wittig, en los años ochenta, proponía el lesbianismo como el único camino, la única vía, para poder vivir libremente. Al menos, para ampliar los márgenes de libertad. De hecho, en esa propuesta añadía un concepto que siempre me ha dado esperanzas: «de momento». El lesbianismo, «de momento», sería la vía. Las HAC, a través de esta tesis, pretendemos convertirnos en nuevas coaliciones que sumen fuerzas para llegar en algún futuro posible a ese objetivo de destruir las categorías de sexo, eliminar su uso y rechazar todas las ciencias que las utilizan como fundamento. Solo así, más allá de estas categorías, encontraremos una «nueva y subjetiva definición de la persona

y del sujeto para toda la humanidad» (Wittig, 2016: 44).

Quizás, gracias a nuestras voces o nuestros soliloquios, podamos contribuir a allanar un camino futuro hacia, como ya están haciendo otras autoras contemporáneas, una política de lo neutro.

C. Soliloquios corporales: ¿las intersex somos mujeres?

A pesar de haber concluido el apartado anterior abogando por una política de lo neutro de cara al futuro, la realidad del presente es que aún, como sociedad, no hemos llegado a este punto. A pesar de ello, cada vez somos más los grupos o colectividades subalternas que hacemos el ejercicio de visibilizar nuestras narrativas de vida para exponer las tensiones y conflictos que tenemos con los discursos sobre qué es ser una mujer y quién puede identificarse como tal. Sobre este tema, nos hemos propuesto reflexionar el grupo de las HAC.

Dado que la mayoría de las personas participantes, nos identificamos como mujeres, somos leídas como mujeres, hemos sido socializadas como tal, y han hecho encajar a nuestros cuerpos en un prototipo muy estricto de mujer: ¿qué es ser una mujer?, ¿hay un único cuerpo de mujer?, ¿existe una jerarquía de cuerpos de mujeres?, ¿se puede ser mujer y tener una corporalidad intersex?, ¿puede una persona que no menstrúa y que no es reproductiva identificarse como mujer?, ¿cómo re-pensamos este concepto para que la diversidad de personas que se identifican con este concepto no se sientan más o menos mujeres que otras?

MER GÓMEZ

¿Qué es una mujer? Nací hembra. Me socializaron mujer, femenina. Soy una mujer. No menstruo. No soy reproductiva. Se cuestiona que sea mujer: se cuestiona mi feminidad. Dejo de ser hembra. Ya no soy mujer. Soy hermafrodita. Pero vivo en una sociedad sexuada, generizada, binaria. En la que, además de haber sido mujer, empiezo a ser un diagnóstico. Me vivo como tal durante años. Luego, me despatologizo. Me reivindicó como intersex para denunciar las discriminaciones, violencias, y manipulaciones que ha sufrido mi cuerpo por protocolo obligatorio y cuestiones estéticas. Más adelante, decido romper con los esquemas impuestos y ampliar las categorías binarias, me defino como: mujer intersex. ¿Soy una mujer?, ¿se puede ser mujer e intersex a la vez?, ¿quiero ser mujer?, ¿qué es ser una mujer?

No menstruar supuso un trauma. Quería ser igual que las demás. Pero, ojo, quería serlo porque no me habían enseñado a ser mujer de otro modo. Nadie, nunca, me había dicho que, quizás, a mí, no me bajase la regla. Tampoco me habían hablado de la posibilidad de que no tuviera ovarios o de que mis cromosomas fuesen XY. Es que ni yo sabía qué era eso de un cariotipo ni cuál debería tener según mi fenotipo. Evidentemente, si no hay más imaginarios sobre los cuerpos que uno muy estricto, yo voy a pensarme como lo que me dijeron que era: «algo anómalo» y, por ende, propenso a sufrir modificaciones que me convirtiese en normal. Y, además, voy a sufrir lo más grande por ser así. Voy a odiarme, a ocultarme, a silenciarme.

Mi vivencia ha hecho que llegue a la conclusión de que estas categorías ontológicas no son inamovibles ni tampoco inmutables. El mito de la mujer, dirá Simone de Beauvoir. Tal y como han sido creadas, se pueden re-crear; construir, deconstruir. Dado que es un mito, yo diría ficción: se puede ser mujer de muchas formas o no serlo. Hoy, yo me identifico mujer. Porque sino, no existo. Añado el adjetivo intersex cuando hago activismo. Mujer intersex política. Aún así, estos adjetivos me limitan, me oprimen, me encorsetan. Sólo quiero ser yo, sin más.

Por otra parte, considero importante señalar lo siguiente: esta es mi historia, que nací a finales del siglo XX y recibí un diagnóstico en el siglo XXI, en el Estado español, en un contexto occidental, europeo, androcéntrico, etnocéntrico y clasista. Dentro de un régimen heterosexual que lo determina todo. A la hermana de mi abuela que nació en los años veinte, creció en un pueblo pequeño de Castilla en mitad de una guerra civil, no le ocurrió lo mismo. De hecho, nunca supo nada sobre su intersexualidad. Ella fue una mujer, estéril pero mujer. Una persona que vive en una zona rural no occidentalizada, empobrecida y sin fácil acceso a un sistema de salud, probablemente no conoce si es más niña, menos niña, si tiene un diagnóstico, o qué quiere decir la intersexualidad. Sus códigos son otros.

Por tanto, en mi opinión, ninguna mujer -intersex o endosex (cis o trans)- nace mujer sino que deviene mujer al incorporar los mandatos y las prohibiciones de género clavadas a fuego en la sociedad occidental en la que nos socializamos.

LAURA VILA KREMER

La propuesta está en pensar la categoría mujer, que es como una categoría históricamente muy estanca pero que a través de nuestros cuerpos puede adquirir muchas posibilidades celebrables y deseables, pensar la diversidad que hay no solamente en mi cuerpo sino en el resto de cuerpos, en todos los cuerpos. Pensar en las diversidades que tienes los cuerpos a muchos niveles. A nivel sexual, que no solamente los cuerpos intersex tienen diferencias o que tienen una diferencia respecto a los cuerpos no intersex, sino que todos los cuerpos tienen diferencias sean intersex o endosex y que más allá de lo sexual también hay diferencias. Yo que sé, los ojos azules aparecieron a partir de una mutación y no estigmatizamos a la gente con ojos azules, casi que al revés.

El momento del diagnóstico me supuso un gran cruce de cables, un colapso de mis neuronas. No era posible un cuerpo llamado de mujer y que fuese no menstruante, esa combinación no existía. Sobre todo, no existía si le sumaba además que no había útero, que los cromosomas eran XY, que no había ovarios, no cuadraba en toda esa combinación. Ahora acabo de escuchar una noticia que me ha hecho pensar mucho, de una mujer que ha recibido el útero de su hermana que había nacido con dos úteros. Es la primera operación que se ha hecho en España y la quinta a nivel mundial. La primera ni tenía la regla ni podía concebir, hasta que su hermana le ha dado su útero. Y me hace mucha gracia porque la noticia acababa diciendo: «esta mujer, a sus treinta y dos años, ha tenido su primera regla».

El tema no es no tener la regla, sino no tener la posibilidad ni la anatomía que iba relacionada para tener la

regla. Es decir, no tener un cuerpo como yo pensaba que tenía en su momento supuso un colapso muy fuerte para mí. Fue como toda la combinación de lo que significaba ser intersex en un cuerpo que yo había identificado siempre como lo que me habían dicho que era: mujer endosex. Fue impactante toda esa combinación monstruosa, así que lo de no tener criaturas pasó a un segundo plano. Era mucho más impactante todo el resto. Lo de no tener criaturas empecé a pensar en la adopción, yo creo que ya lo había pensado antes. No supuso un gran tema, el hecho de no reproducirme. Actualmente casi que lo veo como una suerte, en el sentido de poder pensar cuerpos mucho más fluidos en relación a la fisiología y también a su expresión, tanto de género como de deseo.

Ahora, es decir, no es que tenga una gran necesidad de reproducir mis genes, me pasa lo contrario, qué pienso qué guay que nuestros cuerpos intersex se pudiesen reproducir. Y de hecho ahí estoy con el nuevo espectáculo, "Hermafroditas a caballo o la rebelión del deseo", pensando en esa posibilidad pero como por irme al lado opuesto. No ha supuesto una gran carga que mi cuerpo no sea reproducible porque suponía una gran carga todo el resto pero es cierto que cuando digo que ahora sí que me encantaría, hablo desde la propuesta de lo revolucionario que hay en eso, de la rebelión de nuestros cuerpos como cuerpos potencialmente reproducibles. Como propuesta artística, por eso lo he llevado al arte. Aún así, no han sido pensados, no han estudiado esa posibilidad porque no pensaban que nuestros cuerpos pudiesen ser reproducibles y ahora lo pienso desde ahí pero no tanto por el hecho de que mis genes sean reproducibles sino por el hecho de que pienso que sería una gran propuesta para pensar otras formas de relacionarnos. Nuestros cuerpos, con todo lo que han vivido y con todas las violencias que han recibido, tienen en ellos mismos y en la posibilidad de reproducirse, tienen la posibilidad también de reproducir otras formas de relacionarnos. Por ahí va la propuesta porque creo que sería revolucionario para pensar otras formas de relacionarnos y acabar con esta mierda patriarcado si nuestros cuerpos se pudiesen reproducir en masa.

ALEKSANDRA K.

No menstruar ha sido una putada desde los trece años, no haber socializado correctamente, no poder sentirme mujer completamente con todo lo que eso conlleva para la realidad de una persona intersex. Auto-compadeciéndome de mí misma, que puede ser lo peor que puedes hacer contigo misma. Auto-fustigándome por no tener una normalidad, esa normalidad que nos han vendido desde que eramos pequeñas. Esa idea de casarte, tener hijos, ser reproductiva y no en el sentido de reproducción sino sentirte al cien por cien una mujer completa. Aunque no te reproduzcas, al menos que puedas saber que tienes esa posibilidad. Eso es la mayor putada. Supone un cuestionamiento de tu identidad, ancestral, histórica, familiar. Una putada que puede conllevar depresión, problemas. Como en mi caso. A raíz de empezar todo el tema médico, empiezas a cargar con una mochila emocional cada vez más grande.

Ser una mujer y no tener un cuerpo reproductivo me ha llevado a tener episodios de depresión. Episodios de no sentirte bien contigo misma. Autoexcluirte de relaciones con hombres. Todo esto. Miedo a conocer a un hombre por esa percepción que tengo de si querrá estar con una mujer no reproductiva o coitalmente aceptable. Autoexclusión.

Yo apuesto por quitar la categoría mujer, eso serviría mucho. No tener categorías significa no tener esos

límites aceptados por la sociedad en los que debes entrar, que conllevan un privilegio para algunos cuerpos y otros no. Quitar las categorías, que cada uno se identifique con su percepción, de sentir, de representarse con su cuerpo en el mundo. Puede ser que sea utópico pero que no haya categorías es la mejor categoría.

IOLANDA MELERO

Yo me defino como mujer. Yo soy una mujer y me identifico como intersex. Lo intersex va a parte. No lo mezclaría. ¿Por qué tengo que mezclarlo? Parece que es como que lo de mujer solo, no vale. Como si tuviera que añadir algo más. No. Soy mil cosas y son como diferentes. Porque sino me da la sensación de que como que le quita, como que ya, como que mujer sola... ¿Por qué no?, ¿porque mi cuerpo sea así ya no tengo que entrar en mujer a secas? Soy una mujer como cualquier otra. No me gusta lo de mujer intersex como una categoría diferente a la de mujer. No creo en las etiquetas, creo que son palabras, así como inventadas. Fíjate, a mí me gustan también las mujeres y no me digo ni lesbiana, ni bi, es como que siento que me estoy encajando en algo que no me define del todo. Que me parece súper interesante la gente que lo habla. Lo respeto, lo admito. Es como si ya me encajara en algo que no quiero, que soy yo. Es esta idea de que yo soy mujer.

Cuando era adolescente, no menstruar la verdad es que me suponía más, ahora menos, porque antes era como mucho sentirme incompleta, como tener que ocultarme, como una sensación de vergüenza hacia mí, incluso también como algo que quería tapar incluso para mí misma, como si eso no existía, como una realidad ahí como, no sé, como algo ahí a borrar del todo. Es la sensación que tengo, como que no cumplía con eso que es ser mujer, como que estaba fuera de esa categoría de alguna manera. Una sensación de no ser mujer, más que de sentirme fuera.

Y lo de tener un cuerpo no reproductivo, a ratos. Lo he vivido raro. De hecho, nunca me he permitido el deseo como de tener hijos, ni siquiera en mis sueños. Y una vez, hace mucho tiempo, soñé que estaba embarazada y cuando me desperté me dio por llorar porque nunca me había contemplado que yo pudiera quedarme embarazada, aunque sea en mi imaginación. Fue como, qué bonito pero es como que siempre he super negado cualquier mínimo deseo. Y, quizás, es más el deseo de haber podido que el deseo a tener hijos porque la verdad es que no conecto con él de ninguna manera. Y en eso, en lo reproductivo, el ser mujer no me afecta tanto.

La verdad es que mi cuerpo es de mujer, yo siempre me he visto de mujer, no tengo una respuesta concreta de lo que sea mujer, que si eres no se qué eres mujer y sino no eres mujer. Creo que ser mujer es sentirte como tal, vivirte como tal y ser educada como tal. Yo he sido educada como tal y he sido socializada como tal.

LILITH MARTÍ

Mujer es cualquier persona que se identifique como mujer. Independientemente de sus genitales, de su capacidad reproductiva, de que menstrúe o no. Es que, es más, hay mujeres cis y endosex que no tienen la

menstruación, por diferentes motivos, que no son fértiles y no pueden quedarse embarazadas y parir. No pasa nada, son igual de mujeres. Pero eso sí que se ve como que es un defecto, como quien nace sin la visión. Son mujeres pero eso les falla. Pues no, son igual de mujeres.

Yo he tenido compañeras feministas que me han dicho que yo no era una mujer por no tener determinados cromosomas. ¿Quién eres tú para decirme si soy mujer, si no lo soy, solo porque te he dicho que cromosomas tengo? Es muy violento. Es una violencia que una mujer con un cuerpo normativo no ha tenido que sufrir. Es una batalla constante, por mujer y por intersex. Tenemos que empezar a separar todos esos conceptos, que tenemos como un batiburrillo ahí en la mente, identificar mujer con ser capaz de quedar embarazada/parir/menstruar/ser capaz de tener relaciones coitales... Pues no, para nada. Por suerte, cada vez más, estamos yendo hacia ese camino de entender que hay muchos tipos de hombres, que hay muchos tipos de mujeres, que hay muchos tipos de cuerpos, de identidades, ¡y qué no pasa nada!

A la categoría mujer no le tengo especial apego, no es que particularmente me interese defender que soy una mujer. Biológicamente tengo un sexo, que tal y como se entiende el sexo binario, esquemático, dogmática, no encaja en el de mujer. Me identifico como mujer porque así se me ha educado pero no lucho por defender que encajo en la categoría de mujer. Aún así, algunas personas la defienden con uñas y dientes. Yo creo que es más interesante deconstruirlo y preguntarnos qué significa ser mujer, qué significan todas estas categorías binarias, que al final no dejan de ser etiquetas, cajones de sastre.

Yo sí que menstruo porque pese a que no tengo ovarios, me los extirparon, sí que tengo matriz. Al tomar anticonceptivos, estrógenos, me producen que tenga la menstruación. Me gustaría ahora hablar con mi endocrino para saber cómo funciona ese sangrado porque, claro, no es como el de cualquier otro cuerpo menstruante que tenga ovarios y produzca óvulos. Total, que sí menstruo. Y sí que he notado discriminación o cierta presión de mí misma o miedo al rechazo. Por ejemplo, cuando mis amigas hablan del dolor de la regla, que lo pasan muy mal, que tienen dolor de ovarios, incluso una tiene endometriosis. Cuando lo hablan sí me he sentido con la presión (cuando aún no había salido del armario intersex) de decir: «te entiendo, a mí me pasa lo mismo, yo también lo paso fatal, cuando es mentira porque mi regla es artificial». Pero sí, en esta sociedad está muy arraigado el vincular que una mujer tiene que menstruar, tiene que ser capaz de tener hijos por su propio cuerpo y tiene que ser capaz de tener relaciones sexuales con penetración, con coito. Esto está súper arraigado. Claro, a muchas mujeres intersex esto nos perjudica porque no podemos.

Y el hecho de identificarme como mujer y tener un cuerpo no reproductivo, inconscientemente he descartado esa posibilidad, es decir, yo he crecido sabiendo que yo, por mí misma, no puedo quedarme embarazada, que –en todo caso– podría someterme a tratamientos de reproducción asistida en un futuro –que, bueno, no lo descarto– pero sí que es verdad que, tal vez, por ello, quedarme embarazada y parir ha sido que no sea un deseo tan grande en mí. Lo tengo como una opción que, tal vez, me gustaría. O sea, yo ser madre sé que quiero serlo, también sé que me gustaría mucho adoptar, acoger. Es cierto que, como he crecido teniendo muy presente esa posibilidad de que no pueda quedarme embarazada con la misma facilidad que otras mujeres, lo he visto como un segundo plano. Si no puedo, no pasa nada, hay otras vías.

ANA BELÉN

¿Qué es ser una mujer?, ¿un cariotipo?, ¿una respuesta hormonal?, ¿una producción hormonal?, ¿unos genitales externos?, ¿unos genitales internos?, ¿una apariencia física? Con todas estas variables puede haber tantas diferencias que muy pocas personas encajan completamente en lo que se considera femenino. Bueno, pues hay los complejos, el rechazo al cuerpo, y, bueno, en mujeres intersexuales y en toda la población. Quizás, mujer, es una categoría demasiado limitada o quizás deberíamos apreciar la presencia de lo femenino en todos nosotros, en diferentes grados, pero presente, así como lo masculino. Todos partimos biológicamente de un ser indiferenciado sexualmente, todos somos mujeres antes de que actúen las hormonas en nuestro organismo y se produzca la diferenciación sexual, lo femenino está presente en todos y lo masculino también. ¿por qué no identificarnos con un sexo, o con otro, con los dos, si es lo que en verdad somos? ¿por qué si sientes esa presencia de lo femenino en ti aunque no cumplas con alguno, o con muy pocos, de los requisitos biológicos que se consideran típicamente femeninos vas a renunciar a ser lo que sientes?

Identificarme como mujer pero no menstruar: siempre he sentido que había un océano entre el maravilloso mundo de las mujeres y yo. Diferencias que me hacían sentir ajena, separada. Durante la adolescencia, el tema regla era habitual entre mis amigas. Como yo no compartía con nadie mi condición, eludía hablar sobre estas cosas, ponía excusas, me apartaba, me diferenciaba de ellas sintiendo como que igual era menos mujer en mi interior. Aislarme, sintiéndome inferior, fue una constante durante aquella época. Lo peor fue que ese sentimiento de inferioridad invadió mi personalidad entera, a nivel interno me sentía diferente y rechazable; físicamente, emocionalmente, intelectualmente. Cualquiera que conociera mi realidad, la realidad de mi cuerpo y la realidad de mis sentimientos, me rechazaría. Con todo esto, me convertí en una actriz impresionante ante los demás y creo que también ante mí misma.

En parte, creo que, durante mi adolescencia, mi juventud, me sentía más cómoda con compañía masculina porque todas esas diferencias que me apartaban del mundo de las mujeres se hacían menos patentes. En compañía de amigos no me cuestionaba mi feminidad y, bueno, actualmente aunque esas sensaciones se han diluido sé que me queda mucho por trabajar, que la inercia me sigue llevando a sentirme inferior, ajena, separada y que, en particular, la menstruación o la fertilidad, todavía me llevan a sentir esa brecha que me dice que no soy tan mujer como el resto de las mujeres; y me diferencio, me aílo y me refugio en mis mundos.

¿Cómo me influye identificarme como mujer y no ser fértil? Ha habido diferentes épocas, de los treinta a los cuarenta, cuando las mujeres de mi entorno empezaron a embarazarse sentí una carencia, cierta envidia por no poder experimentar un embarazo, sentir como crece una personita en mi interior, y bueno, realmente es una experiencia que sí que me apena no haber podido vivir. También, por otro lado, con las parejas que he tenido he sentido, en ocasiones, culpabilidad. Porque al elegirme a mí, como pareja, renunciaban a la posibilidad de reproducirse.

CAMINO BARÓ

Mi propuesta para repensar la categoría mujer, sin excluir, sería decir: «persona leída como mujer» Porque ahí ya estamos poniendo el foco en la persona que está leyendo y en la mirada no en cómo es la mujer –si tiene vulva, si tiene útero, si tiene capacidad reproductiva, si menstrúa o no menstrúa–. Entonces, como decía Judith Butler: «no puedo hablar de cuerpos solo puedo hablar de lenguaje». Pues yo lo tengo claro, persona leída como mujer por lo menos hasta el momento, hasta que encuentre una expresión mejor, me sirve y lo defiendo.

No menstruar supuso, en un primer momento, exclusión. Saber que yo no iba a formar parte de un grupo y sentir que, para poder integrarme, iba a tener que mentir. Cuando comencé a mentir sobre mi ciclo menstrual empecé a tener una sensación extraña de saber que estaba haciendo algo malo pero, al mismo tiempo, la recompensa era tan fuerte porque me sentía tan integrada, con mis tampones, hablando de ciclos menstruales, que se me olvidaba que estaba mintiendo.

Cuando vas creciendo vas encontrando espacios seguros donde se habla de personas menstruantes y no se asume que todas las mujeres menstrúan, pero hasta llegar ahí hay un largo camino en el que te encuentras en muchas situaciones en las que te están negando como mujer por no menstruar. Están hablando de mujer como un concepto asociado automáticamente con el hecho de tener esa capacidad, de tener útero y ovarios funcionales y una vagina. Cuando tú no sientes que pertenezcas a eso, sí que te entra la duda de hasta qué punto yo soy mujer. Te sientes una versión *low cost* de mujer, una versión tarada, que es menos valiosa, que va a ser menos deseada. Recibes violencias porque la frase: «que suerte que tienes que no menstruas» es una violencia, es un ataque, es no empatizar para nada con tu situación, es hablar desde el yo menstruante hacia ti que no menstruas y que tienes la suerte de no tener que gastarte dinero en tampones. Recibes violencias cuando no menstruas y eres una persona leída como mujer, y la violencia también está en la asunción o presunción de: «esta persona va a tener tampones o a esta persona voy a hablarle de lo dolorosa que es mi regla y estoy segura de que ella me va a entender porque es una compañera, porque es mujer». Incluso, también, la violencia de no hablar de ello delante de ti cuando ya saben que tú no menstruas y tener que decir: «puedes hablar de ello». Aunque suene un poco contradictorio lo que acabo de decir pero lo he vivido casi con mayor violencia cuando no se ha hablado de ello delante de mí por no herirme.

No tener un cuerpo reproductivo como marca el arquetipo femenino tradicional, sentirme como una mujer de segunda categoría, como una persona que no era potencialmente deseable. Sobre todo, lo he percibido en el vínculo con mis parejas, en la sensación de estar haciéndole perder el tiempo a alguien cuando estaba iniciando una relación y aún no le había informado de mi esterilidad. La urgencia de compartir aspectos tan íntimos como la esterilidad, que incluso amigas mías me decían: «¿por qué tienes que compartir esa información?». Yo siempre respondía lo mismo: «porque si no lo hago estoy estafando y si estoy estafando significa que yo soy una estafa».

El lenguaje es muy simbólico y procede pero genera y re-elabora y re-significa muchos imaginarios relacionados con tu identidad, y cuando tú hablas de estar estafando a alguien sientes que estás haciendo algo mal y que eres culpable, entonces tienes que compensarlo con una sinceridad máxima que pocas

personas tienen cuando comienzan una relación. Hablo de personas que puedan tener ovarios poliquísticos, chicos que puedan ser eyaculadores precoces. No creo que nadie sea tan sincero/a/e como las personas intersex cuando iniciamos una relación.

Me ha influido también con amistades cuando han hablado del concepto mujer. Me he visto envuelta en conflictos verbales con mujeres que hablaban de ser mujer como un acto de altruismo, de entrega, de bondad. Y las personas que no somos madres somos lo contrario, somos personas poco altruistas, poco bondadosas, que entregamos poco y además nos atribuyen la categoría de frustradas, nos posicionan ahí. No estáis cumpliendo el mandato social de la maternidad por lo cual vais a acabar frustradas. En palabras de una compañera de trabajo: «no hay nada más triste que ver a una mujer frustrada porque no puede ser madre».

Dentro de estos conflictos verbales está el hecho de defender que yo podía ser una persona igualmente bondadosa, igualmente entregada, aunque no pudiera ser madre y tener que parar los pies a algunas compañeras que decían: «es que las personas que no sois madres, no sabéis lo que es el significado de la palabra sacrificio». Yo creo que eso es muy discutible. Ahí he parado los pies mucho y he dicho que si vamos a hablar de sacrificio hablemos en igualdad de condiciones. Esto es una violencia, de nuevo, que recibes por parte de tus iguales, de personas leídas como mujeres.

ASMI MOLINA

El concepto mujer yo lo tengo muy... ¿A qué mujeres os referís? ¿A las cis? ¿A las cis no gestantes? ¿A las cis que no tienen regla por cualquier motivo? ¿A las trans? Lo binario estigmatiza, estigmatiza a todos los componentes que hay dentro de ese binario y a los que excluye y que la única forma de que no se excluya y que sea integrador sería con la descomposición de la categoría de género, de que cada uno se exprese como pueda.

Las únicas veces que he deseado menstruar ha sido para esconderme y negar mi propia realidad. No menstruar lo que suponía era la negación de que algo se estaba haciendo mal, de que algo no era correcto, aunque soy de las personas que considera que menstruar no es una condición *sine qua non* para ser mujer.

Lo primero de lo que me hicieron ser consciente es de que era estéril, que no podía tener hijos. Como mujer y sin hijos era posible que los hombres no me quisieran. Mis dos parejas me dejaron alegando que querían ser padres y que yo no se lo podía hacer. Aún a sabiendas que yo, al inicio de nuestras relaciones, había comentado que era estéril. En cuanto tener un cuerpo no reproductivo, lo único que me ha afectado es que me hubiera gustado tener la sensación de gestación, no tanto de crianza pero sí de gestación. Me parece que tiene que ser espectacular, una experiencia increíble, notar como un ser se está formando dentro de ti. Pero el concepto maternal no lo tengo yo muy integrado.

A veces siento que algunas mujeres están cómodas dentro de esa estigmatización para conseguir sus logros. Me estoy refiriendo a las más esencialistas. Tienen unos argumentos que a mí me distorsionan la cabeza,

soy incapaz de integrarlo con normalidad, como personas que están consideradas en un segundo plano (socialmente). Algo que tiene que buscar integración y lo que hacen es excluir a otras, me rompe los esquemas. Me corta las alas, me quita libertad, no me deja mirar hacia delante. Tengo que mirar siempre hacia atrás y ver que ese es mi sitio o así me lo han enseñado y eso no me gusta.

Cuando me he posicionado como no binarie, y exijo que se me respete como tal, hasta los hombres se sienten descolocados. Demuestra que su base no es firme, porque tienen claro que la mujer está por debajo. La mayoría están sobre unos cimientos de paja y en cuanto mueves un poco la estructura se desequilibran. En mi entorno, de gente con la que me relaciono, curiosamente me han aceptado verbalizándolo. Les choca, les rompe los esquemas, siempre me han dicho que yo era una tía rara.

Decido empezar a identificarme como no binarie en el momento que acepto mi intersexualidad y mi corporalidad, en el momento en que acepto que también soy un hombre, sin huevos, sin pene, sin testosterona suficiente como para ser cis o endosex. Me doy cuenta que eso es una suerte porque me permite empatizar con la parte masculina que me gusta y con la parte femenina que me gusta. Empatizo con las dos, empatizo con lo trans, empatizo con otra serie de diversidades. No es un mal camino a seguir, dar este paso, me siento mejor, estoy mucho más jodida de todo pero creo que he cogido el camino bueno. Seguro que es un sendero que tiene un montón de recovecos, de pendientes, de peligros pero estoy ahí.

SUSANA LESTEIGA

Se sigue viendo el papel de la mujer como el de un ser reproductivo, la mayoría de cuerpos están organizados para eso. Específicamente la reproducción y la menstruación están relacionadas con el papel de la mujer en la sociedad. Y, es cierto, que mucha gente tiene hijos, que mucha gente quiere tener hijos. Al final somos un mamífero, somos un bicho y tiene que haber un instinto reproductivo porque sino no sobrevive la especie. Y el rol de la mujer, es el que es en ese proceso biológico. Lo que está mal, lo que se podría cambiar para dejar de estigmatizar. Es curioso cómo ha evolucionado la sociedad, estamos tan lejos de ser un mono y hemos evolucionado a ser un humano, y ser otro bicho distinto. No importante cuántísimo hayamos evolucionado, estamos en el siglo XXI, y ese rol de la mujer como ser reproductor no ha cambiado mucho.

Y la menstruación depende con quién hablas también es tabú. No se puede hablar de la menstruación. Entre mujeres sí pero no con hombres. Hay muchos tabúes, además del tema intersex, que afectan a la vivencia de las mujeres, de los hombres, de sus vidas y sus experiencias de todo tipo. Tabúes corporales. A pesar de que no pasa nada si no tienes hijos, la realidad es que no pasa nada, pero algo pasa. Es curioso, es un tema social. No tiene que ver conmigo como intersex, es un tema general. ¿Una mujer que decida no tener hijos, qué vivencia tiene? Si eres fértil, una mujer que sí puede tener hijos pero decide no tenerlos. ¿Cuál es la experiencia de las mujeres que abortan? Tiene que ser brutal también.

Tener un cuerpo no reproductivo es mucho más habitual que no menstruar. A veces es cuestión de incompatibilidad con las parejas. ¿En qué sitio te coloca el no tener hijos en una sociedad en la que ser

mujer se supone que esa es tu función? No tener un cuerpo reproductivo sí que me coloca en un sitio indeseado. Al mismo tiempo sí que hay mucha gente que no tiene hijos aunque pueda. Mucha gente adopta o no puede. Me coloca en un sitio de mas normalidad que la menstruación. De pequeña me importaba un pito, nunca tuve un instinto maternal especialmente intenso. Y luego, me ha empezado a hacer daño cuando mis amigos muy cercanos, muy íntimos, empezaron a tener hijos. Ver que yo, a su edad, pues no los tenía. Esto me coloca en un sitio simplemente de duelo por mi infertilidad. Al mismo tiempo, no quiero pensarlo, yo creo que me hace daño, nunca le dedico tiempo y prefiero dejarlo pasar. Me alegro mucho por mis amigos pero aún así, algo me rasca. Y es un poco feo, me siento mal. Al mismo tiempo, yo no sé cuándo me habría planteado tener hijos, porque nunca es buen momento por mi trabajo. Me siento siempre como una veinteañera, tengo cuarenta y seis. Quizás porque me conviene no pensarlo, no sé. No me coloca ahí.

Ser una mujer no menstruante y no reproductiva me hace sentir menos mujer. No tener la regla más que lo de lo reproductivo. Hay muy pocas mujeres que no tengan la regla. No es cierto que todas tengamos la regla, pero me hace pensar en mí como menos mujer. Ha supuesto una de las cosas más difíciles en mi vida de gestionar, nunca he sabido cómo hacerlo, no soy capaz de prepararme mentalmente cuando alguien me pregunta por la regla. Siempre me coge como desprevenida y siempre me asusto. Es obvio que podría estar preparada, es una pregunta que me pueden hacer. Últimamente ya tengo las respuestas: «pues no, yo ahora no». Si veo que puedo salir del paso digo: «yo todo bien». Si van a rascar más, digo: «ahora no estoy menstruando porque estoy con un tratamiento hormonal y unos temas míos que no tengo ganas de hablar». Me quedo tan fresca. Pero, por ejemplo, si alguien se va a alojar en mi casa, ¿qué hago? Ahí se me despiertan todos los miedos. Ahora, en Estados Unidos, que vivo sola y a veces vienen compañeras a comer, tengo compresas y tengo tampones pero que pueden estar caducados ya porque no los gasto. Y no los tengo ahí por si necesitan, los tengo por si preguntan. A lo mejor lo que compro dice algo de mí: «¿cómo compras esto?». A día de hoy me sigue incomodando muchísimo. Es un tema que no tengo trabajado y no sé como hacer.

RAQUEL M.

Habría que entenderlo como un concepto abierto, debería ser algo amplio. Un ser humano tiene unas características y esas le diferencian de otras personas: corporales, cromosómicas, le falta un brazo, las dos piernas... A pesar de que le falten o le sobren, de que tenga una variación en los cromosomas, o lo que sea, sigue siendo una persona, ¿no? A pesar de que no encajan con lo que se entiende al cien por cien con un prototipo. Y, a lo mejor, estoy diciendo una barbaridad.

Mi reflexión es: ¿por qué no ser mujer puede ser algo mucho más amplio? Que nos fijemos más en las cosas que permiten pensarte como mujer que en las que te excluyen como mujer. O sea, ¿que no me pueda quedar embarazada me hace menos mujer? ¿qué mis cromosomas sean distintos no me hacen tan mujer? Igual que un hombre: ¿que me pueda quedar embarazado porque tenga menstruación, implica que yo ya no puedo ser hombre?

Si hay muchísimas otras cosas que te encajan con ser mujer, con ser hombre, si simplemente tu puta cabeza te dice que eres hombre, lo que creo es que debería ser un concepto menos exclusivo. Debería ser más inclusivo, con un abanico mucho más amplio. Es que no tiene ningún sentido si no es así.

Lo máximo que me ha supuesto es, o sea, mi identificación como mujer, a lo mejor me puedo sentir rara pero no. Lo que, a lo mejor, sí he sentido en algún momento ha sido estar fuera de las conversaciones sobre la regla. Yo, como que de repente me quedo en *standby*, pero paso a otro punto y ya está. Aún así, no por eso me he sentido menos mujer sino como si te gustasen los *realities* y a mí no.

Y el tema reproductivo, yo nunca he tenido ningún tema con esto. A veces lo puedo pensar, pues estaría guay poder quedarse algún día embarazada pero es que no, o sea, si yo quiero ser madre, que no lo sé, pues lo voy a ser igual. Ya sea adoptando o si tengo una pareja mujer pues de otras formas, quizás. Pero, no sé, no me supone nada, no me siento menos mujer por ello.

2.4 Judith Butler. La esencia femenina en disputa

Simone de Beauvoir, Gayle Rubin, o Monique Wittig me han ido proporcionando herramientas para ir entendiendo las categorías como el género en tanto que elementos reguladores del orden social. Aunque Beauvoir no mencionase explícitamente la noción de género fue la primera en poner sobre la mesa su construcción socio-cultural; posteriormente, las aportaciones de Wittig me han ayudado a romper no solo con la idea de sexo tal y como se concebía hasta entonces, sino también con la heterosexualidad como régimen político; con Rubin, he llegado a la conclusión de que hay unos mecanismos históricos que son los que producen ese sistema binario/sistema sexo género y, por tanto, las discriminaciones para los que se salen de la norma. La siguiente autora que aparecerá en mi trayectoria será Judith Butler.

Judith Butler me llevará a introducir los estudios queer y, además, trataré de llegar a un análisis más allá de los binarismos sexo/género, masculino/femenino, o naturaleza/cultura. Las teorías y aportaciones realizadas en sus obras, desde el constructivismo social, problematizaban todos los esquemas tradicionales binarios sobre el sexo y el género para asentar la idea de que, ambas, son categorías performativas. Según Butler (2002):

«El “sexo” no es pues sencillamente algo que uno tiene o una descripción estática de lo que uno es: será una de las normas mediante las cuales ese “uno” puede llegar a ser viable, esa norma que califica un cuerpo para toda la vida dentro de la esfera de la inteligibilidad cultural» (2002: 19).

Llegué a sus teorías y discursos en el año 2016, cuando asistí a mi primera asignatura de

Estudios de Género en la universidad. En ese momento, mis compañeras feministas y académicas ya estaban inmersas en los análisis de sus propuestas pero, en cambio, a mí me costó unos cuantos años más comprender qué pretendía disputar, qué venía a deshacer, qué vidas eran merecedoras de ser lloradas o a qué cuerpos había que darles importancia. Una vez inmersa en esta investigación, me dediqué a buscar incansablemente argumentos para entender mi cuerpo. Por ello, necesitaba encontrar a teóricas/os que se hubiesen preguntado, al menos, por la categoría sexo como una cuestión menos fija y más líquida. Tal y como se había ido haciendo con el género anteriormente. Necesitaba que la práctica feminista, la investigación feminista, me diese herramientas y me ayudase a descubrir en qué momento pasé yo, como intersex, de ser sana a estar enferma, de ser posible a tener que ocultarme.

A partir de Butler, leyendo y pensando(me), empezaría una nueva etapa. Es cierto que Monique Wittig llegaba al mismo punto que será desarrollado posteriormente en Butler, al negar cualquier carácter natural a la diferencia de sexo más allá de los efectos ideológicos de un régimen político heterosexual. Aún así, Butler ponía el foco del debate en otro lugar. Que hubiese teóricas feministas tan reconocidas que estuviesen interesadas en indagar en el sexo más allá de lo binario, o en la relación existente entre género y sexo, o que introdujesen en sus debates la cuestión intersexual, me daba esperanzas y argumentos para luchar contra la patologización de los cuerpos intersex.

Butler indagará precisamente en las relaciones que existen entre las categorías en *Gender Trouble* (1992). A través de su análisis, tratará de mostrar que no sólo la masculinidad y la feminidad están construidas socialmente sino que, además, la heterosexualidad y la homosexualidad también forman parte de esa misma construcción. De ahí su teoría performativa. En este sentido, lo que le interesa es analizar la categoría género como un criterio de identidad y no tanto desde los planteamientos previos como una organización social jerárquica. Por eso, apoyándose en las prácticas de las *drag queen*, travestis y *butch/femme*, trata de pensar esta categoría como parodia o como representación. Es decir, ver al género como una práctica performativa, como una performance. «¿Por qué el drag?», se preguntará ella en “Deshacer el género”. A lo que responderá:

«Hay buenas razones biográficas, ya que la única forma de describirme durante mis años de juventud en Estados Unidos es como una lesbiana de bar que se pasaba el día leyendo a Hegel y la noche en un bar gay que ocasionalmente se convertía en un bar *drag*. [...], Algunas de esas personas a las que se llamaba hombres podían hacer* la feminidad mucho mejor de lo que yo nunca podría hacerla, o de lo que yo nunca he querido hacer o nunca haría. [...], Yo me sentía más feliz formando parte de su público, de hecho, siempre me he sentido más feliz siendo su público que siendo su encarnación» (2006: 301).

El género es, pues, un aparato discursivo que construye identidades genéricas a partir de prácticas de exclusión, normas, comportamientos, etc. De hecho, identificará como «violaciones» a las categorías sociales que se imponen desde otro lugar y que, por tanto, no son elegidas.

«No quiero decir que el género no sea a veces un juego, un placer, una diversión, una fantasía; sin duda lo es. [...], quiero decir que seguimos viviendo en un mundo en el que se corren graves riesgos de marginación y violencia física a causa de placer que se persigue, la fantasía que se encarna, el género que uno performa (2006: 302).

¿Cómo es posible pensar en cambiar estas situaciones violentas y discriminatorias? Respondiendo a través de contra-discursos y con contra-prácticas. Atreviéndonos a traspasar los límites, subvirtiéndolos. De esta forma, aún asumiendo lo doloroso que serán los entretiempos, podrán ir rompiéndose poco a poco las adscripción de género.

Como señala Butler, «mi atención hacia la actuación de *drag* no sólo fue una forma de pensar sobre cómo se performaba el género, sino también de cómo se resignificaba a través de sus términos colectivos» (2006: 305). Así, lo que se hace patente en el pensamiento butleriano es que el *drag* nos señala que igual que hay unas suposiciones ontológicas creadas bajo el conocimiento/poder que está siendo operativa, también «las suposiciones ontológicas están abiertas a la rearticulación» (2006: 303). Para Butler,

«No sólo es importante comprender como se instituyen los términos del género, cómo se naturalizan y cómo se establecen como presuposiciones, sino trazar los momentos en los que se disputa y se reta al sistema binario del género, en los que se cuestiona la coherencia de las categorías y en los que la misma vida social del género resulta ser maleable y transformable» (2006: 305).

A través de sus análisis, bajo mi punto de vista, trataría de favorecer la existencia de la multiplicidad de variaciones ofreciendo nuevos marcos que hablen de lo humano de otras formas y que favorezcan la vida de otros cuerpos que rompen los esquemas dicotómicos. En este sentido, pone sobre la mesa de qué forma interpelan las corporalidades intersex a estos esquemas:

«[...] el movimiento intersex ha cuestionado por qué la sociedad mantiene el ideal del dimorfismo de género cuando un porcentaje significativo de niños tienen cromosomas diversos, y cuando existe un *continuum* entre el varón y la hembra que sugiere la arbitrariedad y la falsedad del dimorfismo de género como prerrequisito del desarrollo humano. En otras palabras: hay humanos que viven y respiran en los intersticios de esa relación binaria; por tanto, esta ni es exhaustiva ni es necesaria» (2006: 99).

Para las normas reguladoras heteronormativas, que haya cuerpos ambiguos molesta. Que los

cuerpos no concuerden o sean incoherentes, no es una posibilidad válida porque desplaza y modifica la norma. Y esa norma, que dicta quién y qué es lo real y lo verdadero, «es aparentemente una cuestión de conocimiento, pero también es, como Foucault aclara, una cuestión de poder» (2006: 303).

De algún modo, las cirugías impuestas sobre los cuerpos intersex –ya sean cirugías genitales, vaginoplastias, o mastectomías– no son más que un medio para proteger a toda costa ese mundo social, en el que «el poder se disimula como ontología» para negar que hay cuerpos que naturalmente o no, suponen un jaque. Dirá Alice Dreger, en la misma línea que Butler, que las personas intersexuales llegan a padecer sentimiento de inadecuación y monstruosidad como resultado directo de los intentos de normalización que realizan sobre sus cuerpos los equipos médicos (1999). Según Butler, los cuerpos producidos a través de «dicho forzado cumplimiento regulatorio del género son cuerpos que sufren, que llevan las marcas de la violencia y el dolor. Aquí la idealización de la morfología del género se hace incidir literalmente en la carne» (2006: 84). La idea de que sólo hay dos cuerpos, sexuados y naturales, imposibilita la existencia de cuerpos fuera de la norma como los intersex. Ante esto, en vez de admitir su carácter cultural se utilizarán todos los mecanismos posibles para convertir a cuerpos naturales y sanos en una u otra cosa.

En “Deshacer el género” explica lo que pretendía analizar en el “El género en disputa” y como fue modificándose su pensamiento de uno al otro para ir ofreciendo alternativas posibles para que todos los cuerpos «abyectos⁵⁹» comiencen a adquirir reconocimiento. Dirá Butler,

«Cuando escribí el género en disputa, [...] Yo tenía dos objetivos: el primero era exponer lo que percibía como un heterosexismo que imperaba en la teoría feminista; el segundo era tratar de imaginar un mundo en el que aquellos que viven a una cierta distancia de las normas de género, que viven en la confusión del género, pudieran sin embargo concebirse así mismos no solo como seres que viven existencias habitables, sino también como seres merecedores de cierto tipo de reconocimiento (2006: 293).

Como ya hemos ido analizando, no existe una identidad de género previa a las actuaciones de género. Por lo tanto, el género se produce de una forma mucho más compleja a través de «prácticas identificatorias performativas y que el género no es tan claro o tan unívoco como a veces se nos hace creer». Lo difícil, para Butler, es combatir el esencialismo dominante:

⁵⁹ Judith Butler recoge el concepto «abyección» de Julia Kristeva [*Pouvoirs de l'horreur*, París, Seuil, 1980]. Para Kristeva, los cuerpos abyectos son aquellos cuerpos erróneos, no inteligibles, no significativos, lo repugnante, lo sucio, lo amenazante, lo expulsado.

«Me esforcé en combatir las formas de esencialismo que afirmaban que el género es una verdad que está ahí de alguna manera, que se halla en el interior del cuerpo, como un núcleo una esencia interna, algo que no podemos negar, algo que, sea natural o no, se trata como algo que nos es dado. [...], ¿es lo simbólico con campo para la intervención social? ¿Realmente la diferencia sexual existe aparte de su forma institucionalizada, teniendo en cuenta que la forma institucionalizada dominante es la heterosexualidad misma?» (2006: 300).

En “Deshacer el género”, Butler pone sobre la mesa cuestiones que me atraviesan directamente y que, reflexionándolas, me inspiran para pensar un futuro más justo. Además de replantearse las aportaciones realizadas sobre la performatividad del género en “El género en disputa”, recoge reflexiones acerca de cómo ir deshaciendo aquello que nos han estado haciendo durante toda nuestra socialización.

«Tanto el drag como el transgénero ingresan en el campo de lo político, no solo haciéndonos cuestionar lo que es real y qué es lo que tiene que serlo, sino también mostrándonos cómo las nociones contemporáneas de realidad pueden ser cuestionadas y cómo nuevos modos de realidad pueden ser instituidos» (2006: 306).

Sin duda, sus aportaciones pueden seguir ayudándonos a encontrar nuevos marcos y propuestas de inteligibilidad de nuestros cuerpos intersex en la contemporaneidad.

«Como consecuencia de estar en el modo del devenir, y de estar siempre viviendo con la posibilidad constitutiva de devenir de otra forma, el cuerpo es aquello que puede ocupar la norma en una miríada de formas, que pueden exceder la norma, volver a dibujar la norma y exponer la posibilidad de la transformación de realidades a las cuales creíamos estar confinados. Estas realidades corpóreas están habitadas activamente, y esta “actividad” no está totalmente constreñida por la norma» (2006: 307).

Las personas intersex llevamos siglos siendo objeto de la medicalización, silenciadas y oprimidas. Ingresar en el campo de lo político como sujetos es nuestra deuda pendiente y el objetivo que perseguimos.

«[...] para ser oprimido se debe primero ser inteligible. Darse cuenta de que se es fundamentalmente inteligible (es más, que las leyes de la cultura y del lenguaje te consideran una imposibilidad) es darse cuenta de que todavía no se ha logrado el acceso a lo humano» (2006: 308).

En esta línea, Butler se preguntará en “Marcos de guerra. Vidas lloradas” (2009): ¿qué cuerpos importan, qué vidas merecen ser lloradas para crear otros marcos de reconocibilidad más amplios y más respetuosos con la vida? (2009: 14-56). Hacer una apuesta por la ampliación de los límites de lo humano con el objetivo de incluir a personas que no entran en la definición reconocible

socialmente y que están relegadas a los márgenes, es decir, excluidas será nuestra labor. Qué es una vida, entonces, para Judith Butler (2009: 14), porque «pensar sobre una vida posible es un lujo sólo para aquellos que ya saben que son posibles. Para aquellos que todavía están tratando de convertirse en posibles, esa posibilidad es una necesidad» (2006: 310). Como dice Monica Cano, la vulnerabilidad de los sujetos a pesar de ser constitutiva, será a la vez «susceptible de ser modificada (geo)políticamente; sin embargo, estas vidas precarias, abyectas, desposeídas son un lugar problemático, de no-vida que, no obstante, posibilitan la agencia crítica desde la vulnerabilidad» (Cano, 2017: 263-277).

Por lo tanto, llevemos a cabo esa búsqueda de las posibilidades de transformación social desde ese lugar que nos muestra Butler, desde la vulnerabilidad y la precariedad impuesta en cuanto a sujetos no normativos, a sujetos abyectos. De hecho, que exista lo abyecto ya indica una subversión del orden establecido. De hecho, no es ajeno a la cultura y, por ese motivo, podemos acceder a ello desde lo discursivo para trastocar y desplazar lo normativo.

«Si queremos ampliar las reivindicaciones sociales y políticas respecto a los derechos a la protección, la persistencia y la prosperidad, antes tenemos que apoyarnos en una nueva ontología corporal que implique repensar la precariedad, la vulnerabilidad, la dañabilidad, la interdependencia, la exposición, la persistencia corporal, el deseo, el trabajo y las reivindicaciones respecto al lenguaje y a la pertenencia social» (Butler, 2009: 15).

Butler apuesta por aumentar las posibilidades de flexibilización de la rigidez de las normas socioculturales a las que estamos expuestas. Si ya hemos entendido como se produce, ¿qué proponemos de cara a un futuro? ¿cuáles son los pasos a seguir?, ¿cómo cambiamos la norma?.

«No es meramente una cuestión de producir un nuevo futuro para los géneros que todavía no existen. Los géneros que tengo en mente existen desde hace mucho tiempo, pero no han sido admitidos entre los términos que rigen la realidad. Se trata de desarrollar un nuevo léxico legitimador para la complejidad de género que siempre hemos estado viviendo, un nuevo léxico dentro de la ley, dentro de la psiquiatría, dentro de la teoría social y literaria. Dado que las normas que rigen la realidad no han admitido estas formas de ser real, por fuerza tendremos que llamarlas nuevas» (2006: 309).

Por último, parafraseando a Theodor Adorno, Butler dirá: «tiene sentido preguntarse cuál es la configuración de la vida que entra en juego en la cuestión de cómo se puede mejorar nuestra manera de de vivir» (2017: 19). Es decir, tiene sentido cuestionarse por la vida de una misma para saber de qué manera dirigirla, en la medida de lo posible y dentro de las posibilidades que nos permiten manejar nuestras vidas. Porque lo que está claro, es que «esta vida que es mía, es también

parte de una vida social más amplia» (2017: 202).

Teniendo en cuenta que formamos parte de un mundo injusto y desigual en el que somos conscientes de que no todas las vidas son dignas de duelo ni tienen el mismo derecho a ser lloradas, «¿cómo se puede entonces pensar en una vida vivible sin proponer un ideal uniforme o unitario para la vida?» (2017). A lo que se responderá:

«Coincido con mi colega Donna Haraway al plantear que debemos pensar en la compleja relacionabilidad que constituye la vida del cuerpo, y al sugerir que no necesitamos ninguna otra forma ideal de lo humano; lo que tenemos que hacer más bien es comprender y atender este complejo conjunto de relaciones sin las cuales no existimos en absoluto» (2017: 210).

Hay unos órdenes discursivos dentro del contexto que habitamos que no dan el mismo reconocimiento político para todas las personas. Ni todas las personas tienen agencia política. Ante esto, solo nos queda seguir utilizando nuestros cuerpos de una forma política y plural, pensando y proponiendo nuevas fórmulas colectivas desde la precariedad compartida, para que nuestras vidas puedan llegar a ser igual de vivibles que cualquier otra desde esa interdependencia y a través de nuestra vulnerabilidad (2017: 209-218).

Para ir concluyendo, retomaré algunas de las consideraciones iniciales en busca de respuestas: ¿cuando decimos cuerpo, de qué estaríamos hablando?, ¿podríamos hablar de cuerpos previos a la sexuación?, ¿habría un cuerpo previo al discurso, antes del constituido a partir de (y por) las normas biológicas, políticas, culturales? Para Butler (2002):

«[...] lo que constituye el carácter fijo del cuerpo, sus contornos, sus movimientos, será plenamente material, pero la materialidad deberá reconcebirse como el efecto del poder, como el efecto más productivo del poder. Y no habrá modo de interpretar el “género” como una construcción cultural que se impone sobre la superficie de la materia, entendida o bien como “el cuerpo” o bien como su sexo dado. Antes bien, una vez que se entiende el “sexo” mismo en su normatividad, la materialidad del cuerpo ya no puede concebirse independientemente de la materialidad de esa norma reguladora» (2002: 18-19)».

Por tanto, hay dos cuerpos: un cuerpo significado y un cuerpo significante. Dirá que el cuerpo significado, anterior al signo, es anterior a la significación (cuerpo con signo). Si el cuerpo significado es un efecto de esa significación, el carácter representacional atribuido al lenguaje es performativo y constitutivo. Es decir, el lenguaje es la condición por la que la materialidad aparece; la materialidad está unida a la significación; además, es un efecto lingüístico reducido a un conjunto de significantes. Esta idea que forma parte de una discusión mucho más profunda analizada en

“*Bodies that matter*” (“Cuerpos que importan”), me ha ido ofreciendo algunas herramientas para entender a “un yo intersex posible” fuera de lo patológico. Parecería entonces que no hay un sistema sexo/género binario previo a la significación, sino que es posterior a ella. Y esta significación ha sido creada por un lenguaje. De ahí el ejemplo de la isla desierta. ¿Qué ocurriría si llevásemos a diez criaturas como nosotras y las dejásemos crecer en un contexto donde no hay normas reguladas por un lenguaje, no hay opresiones, ni privilegios, ni diferencias entre ellas?

La interpretación que hago de estas teorías, poniendo mi historia en el centro, es la siguiente: mi cuerpo, que es materia, aparece en este contexto: español, europeo, occidental, blanco y heteronormativo. Ese contexto está gobernado por unas normas socio-culturales que han sido creadas a través del lenguaje. Esas normas lingüísticas no son iguales en todas las culturas o contextos. Cuentan con conceptos, significados, interpretaciones o efectos diferentes.

Por tanto, cuando mi cuerpo (cualquier cuerpo) aparece en escena ni es intersex, ni es mujer, ni es hombre. Ahora bien, como materia que es y que está regulada por unas normas, va a tener unos significantes sociales ya establecidos que van a facilitar la legibilidad de mi cuerpo como una cosa, la otra o la del medio. Dependiendo del signo que reciba ese cuerpo, va a ir acompañado de una carga de significados impuesta y no elegida, una mochila de privilegios o de opresiones históricamente atribuidas. Y, además, se va a hacer un esfuerzo inmenso, a través de la normatividad, para que no se desvíe del camino marcado. Si lo hace, tendrá sus consecuencias.

¿Eso quiere decir que mi cuerpo, tal y como ha nacido previamente a la significación, a la marca cultural impuesta, es más o menos inteligible? Mi cuerpo deja de ser inteligible en cuanto no cumple con la normatividad. Entonces, ¿cómo se produce la patologización sobre él? A través del lenguaje que ha creado esas normas (binarias y heterosexuales) y no otras. Si afirmamos que ha sido el lenguaje el medio por el cual se ejerce una discriminación hacia mi cuerpo intersex, ¿puedo yo buscar otros lenguajes, o incluso buscar fugas dentro de las normas lingüísticas, para que mi cuerpo deje de ser discriminado?, ¿puedo desplazar esas normas y crear otras nuevas?, ¿acaso no lo estoy haciendo ahora mismo al preguntarme por esa posibilidad?

Por lo tanto, ¿tiene mi cuerpo un problema grave de salud que le impida desarrollarse con normalidad? No. ¿Entonces por qué debe ser diagnosticado como si estuviese no sano? Porque no cumple unos parámetros estéticos creados a través del lenguaje en mi contexto. Impera una norma binaria, que no es natural sino histórica y social, que dice que hay un prototipo de cuerpo masculino y otro femenino. Todo lo que no entre ahí cuestiona la norma y, por tanto, será menos válido,

patológico y, por ende, modificable. Dejará de ser inteligible.

¿Qué hace que mi cuerpo sea identificado como intersexual (diagnóstico)? La ausencia de inteligibilidad dentro de las normas sociales establecidas, que han calado a través de un tipo de lenguaje que responde a unos intereses según el contexto en el que hayan sido formulados. Pero que, después de llegar a mi conclusión anterior, puede llegar a ser inteligible. ¿Cómo? Ya lo estamos haciendo al preguntarnos por ello.

Si la intersexualidad sigue siendo una patología, ¿puede a través del cambio de significación dejar de serlo?, ¿podemos hacer lo mismo con la intersexualidad que con la homosexualidad o la transexualidad?, ¿cómo lo hacemos? Si seguimos las propuestas de Butler, será a través de la creación de otros lenguajes, de otras prácticas, de otras normas, con otras significaciones.

D. Soliloquios corporales y construcciones sexuales binarias

¿Qué es el binarismo?, ¿qué hay de innato y qué de cultural en las categorías?, ¿qué es esencia y qué no lo es? Veamos cuál es la aportación de las HAC a este debate.

MER GÓMEZ

¿Qué es el binarismo?, ¿qué hay de innato y qué de cultural en las categorías? La norma reguladora lo dirá. Una norma que igual que ha sido creada en un momento histórico, puede seguir re-contruyéndose, generando nuevos efectos y significados. El lenguaje está cargado de significación. Utilizándolo de diversas formas, demostramos que cambia, muta, se amplía, que está en constante construcción. El binarismo es ficción. Y una ficción muy dolorosa para los cuerpos e identidades que no encajan en ella.

Yo había asumido desde hacía años, aún antes de identificarme feminista, el carácter cultural del género. Para mí, el género, era una categoría por la que se podía fluir aunque hacerlo implicase pagar un precio más alto. Por eso, me parecía admirable cuando algunas personas, una vez asumido, daban un paso más y decidían transitar. De hecho, ser consciente de ello me ayudaba a rechazar un poco menos a mi cuerpo intersex. También me animaba a sacar una parte de mí menos femenina.

Durante mis años de universidad, por mi expresión de género, había personas que me leían como bollera, como *butch*. Cuando eso ocurría, me sentía bien; me hacía sentir deseada. Por otro lado, a pesar de que la heterosexualidad era lo que abundaba en mi contexto y la norma social a seguir, nunca había reprimido mi deseo hacia cualquier tipo de cuerpo. No había un único prototipo de cuerpo al que yo deseara. Además, había tenido la oportunidad de elegir qué prácticas sexo-afectivas quería tener desde que era adolescente. Por tanto, por la sexualidad también se podía fluir y transitar. Eso sí, igual que en el género, conocía los

límites impuestos por el contexto socio-cultural y las implicaciones que tenía sobrepasarlos.

En cambio, he de admitir que durante esos años, me costaba un poco más identificar al sexo como algo más allá de lo natural e inamovible. A pesar de vivir la experiencia de la intersexualidad en mi cuerpo, los discursos sobre el sexo, sobre los cuerpos sexuados, eran los más estrictos y binarios: «sexo es a naturaleza como género es a cultura»; «el sexo es algo biológico y binario»; «el carácter biológico del sexo frente a lo construido del género»; «o naces varón o naces mujer, no hay más posibilidades»; «como no tienes un cuerpo completo de mujer, vamos a hacerlo encajar al máximo para que nadie note nada».

Estos imaginarios, sobre los dos sexos, tras recibir un diagnóstico me habían hecho sufrir lo más grande. Que el sexo era una verdad natural, innata, y estática, confirmaba mi diagnóstico y definía a mi cuerpo como enfermo. Eso creí durante más de una década. Aún así, algo en mí sabía que no podía admitirlo como la única verdad. Yo me preguntaba, una y otra vez, por qué siendo mi cuerpo el mismo antes y después, me sentía una bicha rara que tenía un síndrome incurable. Por suerte, mi intuición hizo que, poco a poco, fuese descubriendo herramientas que me ofrecerían nuevas alternativas. Al menos, ya tenía una palabra por la que empezar a buscar: hermafrodita; a pesar del pánico que me suponía hacerlo. El hermafroditismo me llevó a la intersexualidad. Un síndrome impuesto me llevó a una auto-reapropiación. Pasé de ser una anomalía íntima a ser una intersex pública.

Leer a autoras como Judith Butler me ofreció una oportunidad de conectarme con mi cuerpo, de escucharlo. De estar abierta a escuchar a otros cuerpos abyectos y disidentes como el mío. Aprendí a palpar mis cicatrices y, entonces, me cuestioné que discursos habían sido los que me habían llevado a tenerlas.

¿Qué hay de innato en las categorías? En mi opinión, un cuerpo y sus características anatómicas. ¿Qué hay de cultural? Todos los significados, históricamente construidos, cambiantes y fluidos, que hacen que leas, aceptes, legitimes, a ese cuerpo de una determinada manera. Tú y el resto de la sociedad. Y esos significados son los que hacen más vivibles, válidos y aceptables a unos cuerpos y no a otros.

LAURA VILA KREMER

Yo creo que, a ver, en el sexo hay innato la carne con la que naces y los tejidos que forman tu cuerpo. Eso tiene una forma concreta en referencia a tu anatomía sexual. Por tanto, el sexo sí que puede tener algo de innato y es que ya se forma en el útero pero el sexo, rápidamente, ya simplemente al nacer hay toda una lectura. Por tanto, eso hace que tenga poco de innato porque es una lectura sesgada. En seguida se pasa por el filtro de los discursos sociales, culturales, médicos, etc. Y eso hace que, incluso, a lo que actualmente llamamos sexo -aunque se base en una anatomía- cuando se hace una lectura de hembra o varón también es una lectura muy concreta y muy binaria que hace que, para mí, no sea innato eso porque es verdad que esa dicotomía no existe. Entonces, aunque efectivamente hay una anatomía innata rápidamente se lee y recibe una mirada y una categorización cultural. En el género yo creo que no hay nada de innato, ¿no? Todo se va formando con la vida que tienes, con las experiencias, con cómo se vive, como puedes vivir el género en los diferentes momentos de tu infancia, de adolescencia, también de tu edad adulta porque también va

fluyendo. Y la orientación sexual tampoco tiene nada de innato, vamos que está toda construida por una estructura heteropatriarcal que nos da instrucciones de a qué cuerpos debemos desear y cómo debemos desearlos y qué prácticas debemos tener con esos cuerpos.

¿Qué es el binarismo? Es la estructura sexual que simplifica los cuerpos y la anatomía sexual a dos únicas realidades, etiquetas, que serían la de macho y hembra. El sexo no es binario y para muestra, nosotras mismas. Nosotras demostramos que eso no es así, que el sexo es un continuo en el que caben muchas otras realidades y que, de hecho, seguramente, nadie es cien por cien hembra ni cien por cien varón pero más allá de esta estructura en la que se ancla toda nuestra socialización de género y de identidad de género, de expresión de género, de orientación del deseo, pero incluso podríamos ir más allá y pensar el binarismo fuera de la diversidad sexual afectiva y de género. También lo podríamos pensar en las polaridades que se establecen en muchos ámbitos que tienen que ver con el sistema capitalista, heteropatriarcal, capacitista, racista, etcétera. El binarismo también jerarquiza, sería una manera de jerarquizar conceptos para hacerlos perder fuerza en nuestras luchas, para hacernos creer que todo se puede simplificar. Y en cambio nuestro poder está ahí, en complejizarlo, en hacer todo eso más diverso. Igual que lo queer se entiende más allá de la estructura sexo/género, se entiende también desde otras maneras. El binarismo tiene que ver con esto.

ALEKSANDRA K.

Creo que innato no hay nada, puede haber respuestas fisiológicas animales, en las categorías sexo/género, orientación sexual, creo que son construcciones sociales impuestas. En un principio para facilitarnos la vida, en otros contexto histórico como novedad científica, la de diferenciarnos mediante hormonas. Y yo creo que básicamente son culturales. Puede haber, en esas categorías semejanzas, a nivel genital, hormonal; sí, es cierto, eso es innegable. Pero hay veinte mil diversidades, tanto en ser mujer como en ser hombre, categorizarlas con dos categorías es excluyente para muchas más.

Si entendemos y aceptamos que el sistema binario viene dado históricamente por un favorecimiento de esa producción, con la época de revolución industrial, diferenciación hombre/mujer, que ha dado lugar al sistema actual neoliberal y capitalista, no deja de ser una percepción productiva. Todo es producción, todo es rédito económico. Antiguamente había hombres y mujeres? Sí, evidentemente. ¿Pero la categorización era tan exhaustiva? No, lo dudo mucho. Todo empezó a categorizarse cuando se convirtió en producción. ¿Cómo se podría repensar? Destruir ese puto sistema de categorización y empezar desde cero, para hacer una inclusión real con todas esas nuevas realidades, si lo queremos llamar así.

IOLANDA MELERO

Pues yo creo que innato, innato, no sé exactamente, yo creo que estos temas –sexo, género, orientación– tienen muchas variables, hay muchas variables ahí. De... a mí qué operaciones me hicieron de pequeña, de quitarme las gónadas, quizás, en mi caso, algo ahí habrá, en mi cuerpo, pero también la socialización. Yo creo que hasta los 39 años que no me haya permitido explorar con mujeres pues tiene que ver mucho con la socialización también. Que como que no da permiso a otras cosas, o como que te encamina hacia un lugar y

es como luchar a contracorriente.

Mi impresión sobre el binarismo es que es como el día y la noche, o como que con el tiempo estaría bien que eso pasara, que fuera de otra manera, pues estaría genial. Realmente, al final somos personas y que pudiéramos vernos como personas sería lo ideal pero es que eso todavía no está y en mi mente tampoco está, lo reconozco. Me gustaría y estoy abierta a que sea de otra manera pero no está. Y, bueno, yo ahora que estoy explorando relacionarme con chicas pues es importante que sea una chica más que un chico, aunque si es un chico no pasa nada. Pero es una variable que ahora es importante y está presente en mi psique y en mis emociones y en mi percepción y en como me siento tocada. Es como, pues eso, como estar con alguien de tu misma cultura o estar con alguien de una cultura super lejana, es esa la diferencia, ¿vale? Que luego hay mil matices, pues sí, hay miles de matices, no es algo binario, pero es como una variable el sexo o el género. En esta sociedad, es verdad que no todo el mundo es así pero es como que se han hecho unas cajitas, super compactas, súper diferentes, en la educación, en todo. Es que hay estas cajitas y estas cajitas son así. Mujeres tienen la regla, mujeres tienen vagina. Es lo que vivimos desde pequeñas, crecemos en eso. En el lenguaje, todo está ahí. Está todo muy arraigado, nos quedamos fijados ahí.

LILITH MARTÍ

Me generan dudas los propios conceptos en sí mismos, o sea, si hablamos sobre el concepto de mujer tampoco sabría decir o dar una respuesta rápida sobre qué es una mujer. Creo que son conceptos complicados. Es más interesante deconstruir todas esas categorías y preguntarnos qué significa ser mujer, qué significa ser hombre, qué significan todas estas categorías binarias, que al final no dejan de ser etiquetas, cajones de sastre, son etiquetas. La categoría mujer, no le tengo especial apego, no es que particularmente me interese defender que soy una mujer, quiero decir, biológicamente tengo un sexo -que tal y como se entiende el sexo binario, esquemático, dogmático- que no encaja en el de mujer. Me identifico como mujer porque así se me ha educado pero no luché por defender que encajo en la categoría de mujer.

A ver, el sistema es binario, en el sentido de que se nos explica que el ser humano solo puede encajar a nivel físico, a nivel sexual, en dos macro-categorías súper definidas con unas características súper inconfundibles y que de ahí nadie se puede salir. O sea es algo incuestionable, que todo el mundo da por hecho y nadie se plantea no ser, sino que esa es la lectura social, la construcción social que se hace del sexo, es la explicación que se nos da, es una creencia totalmente extendida e incuestionable. Y no es que crea que no es binario, es que sé que no es binario porque precisamente las personas intersexuales somos la demostración empírica de que eso no es así o no tiene porqué ser así. Nosotras -intersex-, las personas trans, las personas no binarias, o sea, es simplemente fijarte en la realidad y te das cuenta de que el sistema no es binario porque las personas no somos binarias. Hay una diversidad increíble.

Yo creo que actualmente hay dos enemigos un poco peligrosos: el primero sería el patriarcado, el sistema, al que le interesa que haya una base científica que diga que una persona nace hombre o mujer, macho o hembra, tienes unos roles asignados, y eso tiene que seguir siendo así porque es que sino se nos desmonta

el chiringuito y esto no nos interesa. El segundo, determinados tipos de feminismos que necesitan que el sexo sea binario para fundamentar su teoría hacia eso, que el sujeto político del feminismo es la mujer y es que nos discriminan por haber nacido con estas características y todo lo demás. Mira, no me interesa hablar de personas trans, de personas intersex, porque a mí como mujer me han discriminado por haber nacido con vagina, útero, ovarios, cromosomas XX. Estos son los dos frentes actuales y es muy triste que uno de ellos sea un tipo de feminismo. Al final son igual de violentos, que nieguen tu existencia viniendo de un lado o de otro.

ANA BELÉN

Creo que el sexo, como la nacionalidad, como cualquier otra creencia, nos lo hemos inventado por cuestiones prácticas pero eso no dice nada, no debería decir nada de quiénes somos realmente, o eso pienso yo. Y si no tuviésemos desde el nacimiento la presión de la diferenciación sexual tampoco sería necesaria la identidad de género, ni existiría un concepto como la orientación sexual. Podríamos ser quiénes somos, sin más, relacionándonos con quien nos guste. Sería tan importante como si te gustan más las lentejas o los garbanzos. ¿Te imaginas un mundo donde a la gente se le haga bullying o la metan a la cárcel o la maten por comer garbanzos o qué se agobie por no ser lo suficientemente lenteja? Jo, me río, pero si lo miras con perspectiva, como si fuésemos extraterrestres, o sea, creo que el sexo, que la identidad, que la orientación, es tan importante como esto y lo único que de verdad importa es el sufrimiento tan grande y tan innecesario que genera.

A un bebé le importa tres pepinos en qué caja lo meten cuando nace, La etiqueta que lo han colocado, no? Al bebé lo que le importa es que le quieran, sentirse seguro, protegido, y ya desde que nace le van a tratar de forma diferente por estar dentro de un caja o de otra y se va a sentir más querido y aceptado en la medida en que se adapte a lo que se espera de él por estar dentro de esa caja. Sabemos que el sexo es un espectro, que lo masculino o lo femenino no son compartimentos estancos y que en diferente grado todos tenemos características masculinas y femeninas. Si no necesitáramos dividirnos, diferenciarnos, ¿no? ¿qué ocurriría en ese mundo utópico, cómo seríamos? Seguramente mucho más libres, mucho más sanos, disfrutaríamos más de nuestros cuerpos, de nuestras mentes, estaríamos menos constreñidos, limitados... las intersexualidades, o sea, nuestra existencia, nos muestra que el sexo blanco o negro no existe, que si nos limitamos a observar la naturaleza, como existimos, formamos parte de ella, por lo tanto la intersexualidad es natural, no? Y de alguna forma, todos somos intersexuales, ¿no? Qué presión tener que adaptarse, tener que renunciar a la ambigüedad con lo bonita que es.

CAMINO BARÓ

Opino que el sexo, es una construcción tan social como lo es el género. Puede que el sexo proceda de la naturaleza pero esta nos demuestra una y otra vez que no se puede encasillar en categorías binarias. Los seres vivos no se pueden separar por etiquetas como sanos o enfermos, válidos o enfermos, femeninos o masculinos. Pienso que determinadas instituciones construidas sobre las bases del patriarcado, les ha interesado hacer este tipo de divisiones reduccionistas que no corresponder con los fenómenos que nos

encontramos en la naturaleza, obviamente me refiero a la medicina, a los juristas, etcétera.

Por otra parte, de que estamos hablando cuando hablamos de sexo, también es simplista la definición que se utiliza coloquialmente para referirse al sexo de una persona como lo que tenemos acá abajo. No, el sexo es más que eso. El sexo no son solo los genitales, que los hay de mil formas y tamaños, también son las características sexuales secundarias, nuestro fenotipo. Los pechos, el vello corporal, el tono de voz, nuestro funcionamiento del sistema endocrino. Tenemos hormonas, como estrógenos y andrógenos, que ambos géneros desde un esquema binario compartimos. Las gónadas, la composición cromosómica, hay cariotipos diversos, no solo hay XX o XY, y todo ello no encaja en la categoría binaria y biologicista porque todo lo que se escape de esa visión médica va a ser patologizado.

Creo que la definición del concepto sexo sigue siendo una asignatura pendiente y se sigue creyendo que sus binarismos vienen determinados por la naturaleza. El sexo tal y como se presenta en sus múltiples versiones, si viene determinado por la naturaleza pero el sexo etiquetado como exclusivamente masculino o femenino no es una determinación de la naturaleza. Alguien lo determinó así en un momento dado, y como construcción social se puede deconstruir. Seguir hablando en términos binarios del sexo, nos devuelve al siglo pasado y favorece al patriarcado. Creo que deberíamos intentar cuestionarnos estos conceptos y, sobre todo, hablar mucho con personas que tengan cuerpos diversos, a las que ahora llamamos intersexuales.

Mi concepción de lo cultural o mi atribución de lo cultural a estas categorías ha ido cambiando con el tiempo. Al principio, me costó entender que el género era cultural pero creo que es lo que menos cuesta. Después, me costó mucho entender que el sexo era cultural pero igualmente lo acabé deconstruyendo. Con el paso del tiempo, respecto a la orientación sexo-afectiva, lo he ido comentando con muchas personas porque pareciera como si en la batalla por defender orientaciones sexo-afectivas diversas siempre se hubiese establecido este debate sobre si es innato o si es aprendido y reconocer que pueda haber determinada influencia cultural pareciera como si estuviésemos apoyando argumentos de aprendizaje y esto pudiera resultar LGTBI-fóbico.

Mi experiencia me dice que hablando con un montón de personas con diversidades sexo-afectivas y todas ellas están seguras de que si hubiesen nacido en otra parte del mundo, en una isla desierta, su orientación sexo-afectiva sería diferente. Entonces, componente cultural tiene seguro. Lo que pasa es que probablemente haya todavía personas que se agarran a lo innato, que viene desde el nacimiento, porque les dé mayor seguridad a la hora de defender este tipo de fugas de la norma cis-heteronormativa en determinados contextos un poquito más inseguros.

Repensar el binarismo, debiera hacerse tanto desde la medicina como desde lo legal. Los juristas, el registro civil, todas estas personas que al final trabajan en estos dos ámbitos. La medicina tendría que hacer un esfuerzo por no patologizar y no hablar de síndromes sino de una variabilidad y que eso quedase reflejado a nivel legal, que parece más utópico pero a mí se me ocurre desde luego eliminar la casilla del sexo del documento nacional de identidad porque así conseguiríamos que otros registros asociados al DNI pues quedasen obsoletos automáticamente. Pero, claro, esto tiene unas connotaciones en el deporte, en determinados ámbitos difíciles de eliminar por lo que yo comenzaría sobre todo por el sistema médico. Si el

sistema médico deja de patologizar y empieza a entender la diversidad sexual de otra forma que no sea tan dualista, tan categórica, es probable que todo lo demás viniese de la mano.

ASMI MOLINA

Si pudiéramos en una isla –sin ningún condicionante exterior– diez personas, me da igual con qué sexo o con qué género, interactuaríamos sin ningún problema. Otra cosa es cuando ya se hace población grande o intervienen otros factores pero en un principio creo que no habría condicionantes. Creo que las diferencias que yo encuentro entre sexo, género, orientación, podría ser que el sexo tiene que ver con la cantidad de hormonas que te estimulan ciertas cosas que hacen que actúes a todos los niveles; en el género, interactúa algo mucho más sutil que es la psicología, es la mente; y la orientación sexual, supongo que serán las feromonas, la mirada, la visión de la sexualidad.

El término no binario, desde siempre me rechina mucho porque decir lo que soy negándolo es que no me parece lógico. El otro día, hablando con gente trans chilena –hombres trans chilenos– y alguno se consideraba no binario y les dije que porqué no hablar de extrabinario igual que extrajudicial, o sea, por fuera de lo binario, pero aún así ese término me sigue pareciendo que potencia lo binario por lo que se mantiene el estatus de porqué tiene que haber una sociedad que se base en prototipo hombre/mujer, derechas/izquierdas, blanco/negro... una cosa u otra. Y entonces yo me he inventado mi definición y la voy a usar a partir de ahora, mi género es un género en deconstrucción, como están haciendo los cocineros ahora con los platos. No sé que terminaré siendo pero ahora mismo según me voy conociendo más y me exploro más, el no binario no me define porque no quiero negarme ninguna posibilidad y entonces estoy ahí. Yo sé cómo me vivo, yo sé que a veces funciono en femenino pero también funciono en masculino. No sé si eso tiene que ver con mi cerebro, con las partes que hay en él. Yo lo que sé es cómo me siento y sé cómo me coloco en un sitio o en otro. Yo sé donde estoy y soy una persona humana y que mi parte binaria es muy limitada. Lo binario es una imposición de los gobiernos y de las religiones. Lo binario es una de las mayores mentiras de la humanidad y eso por ahora no interesa que salga a la luz. Hace falta valor, que alguien no tenga miedo a la respuesta de lo binario. Se puede hacer a las bravas o se puede hacer poco a poco pero va ir dejando muertos en el camino –como ya están–, va a ir dejando gente herida, va a ir dejando gente que no soporta la historia, va a ir dejando suicidios –en la gente trans, en la gente inter–, va a ir dejando por el camino a gente que no tiene capacidad para seguir aguantando.

La utopía no existe, la utopía es el cambio radical y eso se llama revolución. El movimiento LGTBQ+ al final lo hicieron, la famosa pelea con los policías en Nueva York, fueron casi todo mujeres trans, personas trans, que estaban hartas de las palizas y del abuso policial. Cuando hablas con gente gay y tiene plumofobia, o gente que tiene pasivofobia, porque claro, yo soy gay pero soy muy macho y entonces un gay con pluma no es macho pero es hombre. Y un gay pasivo sigue siendo hombre. El problema es lo binario, que lleva impuesto en la sociedad cientos de años, que se hizo para conseguir producción de fetos, de soldados, de obreros. Porque si te despistas en otro tipo de orientación sexual y de género pues al final pierdes potencia de mano de obra. La utopía es que estamos contentos, conformes, con lo binario porque nos facilita las cosas. A mí, también me rompe la cabeza cuando veo a un hombre trans embarazado pero me alegra

porque es posible y porque me parece maravilloso que alguien pueda, desde su visión masculina, permitirse el lujo de ser padre y de traer a una criatura a este mundo y seguir siendo un hombre trans. Entonces, utopía no, falta de huevos y de ovarios, falta de voluntad, para poner las cartas sobre la mesa y ver la baraja entera, no solo los triunfos.

SUSANA LESTEIGA

Creo que la intersexualidad es un tema de sexo, en nuestro caso es biológica, pero por supuesto eso deriva en, ¿y entonces el género qué? Si pones en duda, la binariedad del sexo, entonces se desmonta todo el chiringuito. Hay que montar unas reglas para poder funcionar. Pones nombres a los colores, a las gomas, cuadrados, círculos, pones unas categorías a la gente y, cuando se te sale de ahí pues no sabes qué hacer. La intersexualidad cae ahí. Cae en la parte de sexo y, de rebote, desmonta el chiringuito siguiente: ¿qué quiere decir el género? Obviamente, no es binario tampoco. El género es una cosa de cómo decides tú, identificarte respecto al resto. No sé si es como te sientes tú porque al final identidad de género es muy distinto de rol de género. Al final, no sé que quiere decir identidad tampoco. Si no es como te presentas tú respecto al resto para qué necesitas tener... al final la identidad es como te identificas tú respecto al resto. Si estuviésemos aislados, si no viviésemos en una sociedad, ¿la identidad tiene sentido? Hay mucho de cultural en todas estas categorías. Por supuesto. Las cosas pueden ser mucho más fluidas. Cuando miras la antropología, cuando miras la naturaleza, los animales, las cosas pueden ser mucho más fluidas. Yo supongo que habrá cosas innatas y culturales, hay las dos cosas. Hay una parte innata, si quieres decir genética, y hay una parte cultural. Pero, al final, todo el mundo descuadramos en algo, ¿no?

El sexo no es binario. Es muy fluido, en realidad. Lo que pasa que, en el caso intersex, hay algo que lo hace especial porque hay algo como más visible. Pero, en general, digamos que hay cierta fluidez, como todo en la vida, digamos que todos somos mutantes, no existe tal cosa como no ser mutante. Es como funciona la naturaleza. No existe el binarismo, el binarismo no existe en el momento en que cuando tengo que explicarle a alguien –y me ha ocurrido esta semana que se lo he contado a mi cuñada, eh– el momento en el que dices que la gónada es el nombre que das a la misma cosa, que es el ovario o el testículo que evoluciona de forma distintas, en el momento que te das cuenta cuando empiezas a mirar casos intersex, que los órganos son los mismos, que el cuerpo es la misma cosa, el cuerpo es un proyecto de cosa y tiene pues distintas funciones, biológicamente, bueno, pues evoluciona de varias formas, y pueden pasar, es tan complejo un cuerpo humano, que pueden pasar mil millones de cosas. Y pues algunas de estas son cosas, nuestro caso es una cosa muy específica, que hace que haya una consecuencia muy específica, pero habrá mil millones de cosas que ocurren con gente que nunca se ha enterado, o que no lo sabrá, o lo sabrá cuando se intenté reproducir, o lo sabrá cuando tenga ochenta años o nunca. Entonces, en ese caso, no creo que haya binarismo para nada. El binarismo tiene utilidad para algunas cosas en la sociedad pero siempre y cuando tengamos claro que es una categorización que es útil hacer pero que más allá de la utilidad no refleja la realidad sino que es una simplificación de la realidad por facilitar cosas. Por ejemplo, legalmente, suele ser más fácil tener categorías.

RAQUEL M.

Directamente, como yo he enmarcado el sexo como algo biológico, ¿cuándo no ha sido lo científico algo cultural? Al final es un método que se ha desarrollado en occidente y que no deja de ser algo construido, lo que pasa que es algo que hemos aceptado. Es que, a lo mejor, toda la vida de dios podrían haberse entendido cuatro formas, por ejemplo. Al final es una categoría creada, es artificial y es fruto cultural. Y si es el conocimiento científico lo ha encabezado occidente pues el sexo es normal que se entienda desde un punto de vista hombre/mujer. Porque no en todas las partes del mundo es así, en otros lugares incluso se habla de otro sexo distinto.

El género, la orientación del deseo... O sea, es que es todo cultural. Y a las pruebas nos remitimos. A día de hoy está evolucionando de una manera... no para todo el mundo, claro, pero es que todas las categorías dicotómicas son culturales, de una manera o de otra.

Yo, de hecho, creo que la concepción binaria está de una manera tejida... También en la lucha feminista tradicional, que es que ahora cuesta encajar lo que viene después. No solo lo intersex, sino lo trans. Termina habiendo enfrentamientos entre personas que quieren lo mismo.

2.5 Donna Haraway. El cyborg y las hienas

Por último, como coetánea de Judith Butler, me gustaría mencionar brevemente a Donna Haraway (1991). Una autora –feminista, materialista, socialista y blanca– que, a partir de sus contribuciones sobre un organismo cibernético llamado *cyborg*, terminará de desmontar toda teoría asentada en los dualismos.

Haraway llegará para reivindicar desde una perspectiva interseccional y habiendo recogido los discursos de las feministas post-colonialistas a «una criatura de un mundo postgenérico» en su “Manifiesto Cyborg”. Los mundos e identidades binarias que venimos problematizando a través de las anteriores autoras, se transformarán con Haraway en intersecciones fluidas y condiciones híbridas.

Este cyborg, que ha tenido muchas y diferentes lecturas, será mitificado a principios de los noventa para transgredir la frontera entre lo animal y lo humano, la biología y la tecnología:

«El cyborg es una especie de yo personal, postmoderno y colectivo, desmontado y vuelto a montar. Es el yo que las feministas deben codificar. [...] las feministas del cyborg tienen que decir que “nosotras” no queremos más matriz natural de unidad y que ninguna construcción es total» (2014: 39-56).

Voy a detenerme en este concepto: «postgenérico». ¿A qué se refiere Haraway con una figura postegénica?, ¿quiere decir que ya ha superado las categorías instauradas? En sus ensayos posteriores, Haraway dirá que utiliza este término «en el sentido de hacer saltar por los aires el género [...] hacer saltar por los aires la necesidad; de la no-necesidad de seguir haciendo las cosas como hasta ahora» (2019: 296). Por eso, este cyborg irreverente «no tiene relación con la bisexualidad, ni con la simbiosis preedípica, ni con el trabajo no alienado» (2014: 15) sino que estaría comprometido muy estrechamente, dirá:

«[...] con la parcialidad, la ironía, la intimidad y la perversidad. Es opositivo, utópico y, de ninguna manera, inocente. Al no estar estructurado por la polaridad de lo público y lo privado, el cyborg define una polis tecnológica basada parcialmente en una revolución de las relaciones sociales en el *oikos*, el hogar. La naturaleza y la cultura son redefinidas: la primera ya no puede ser un recurso dispuesto a ser apropiado e incorporado por la segunda» (2014: 15-16).

A su vez, una de las cuestiones más llamativas en sus aportes teóricos es la siguiente: ¿cómo ha logrado ensamblar en una misma teoría dos corrientes aparentemente tan “distintas” como el constructivismo social y el determinismo biológico? La respuesta a esta cuestión, según Haraway, está relacionada con pensar las categorías como verbos:

«La gente realmente creía, y todavía cree, en el sexo y el género como si fueran cosas. Se trata del error de perder de vista lo más concreto. [...], me siento más cercana a maneras de estar en el mundo como un verbo; maneras que nos arrojan dentro de *mundos en marcha* y aparatos de producción corporal. [...], mi trabajo no es *naturaleza*. No es *cultura*. Se trata, en realidad, de un serio esfuerzo histórico por llegar a un *lugar-otro*» (2019: 297).

De algún modo, leer a Haraway, permitiría pensar en entidades más allá de lo humano que podrían convertirse en alternativas a las que recurrir para imaginar otros mundos posibles, más justos e igualitarios. El cyborg, el coyote, o el perro, entre otros, en sus propias palabras «no son naturaleza ni cultura». De la misma forma que ese ratón de laboratorio genéticamente modificado, «el OncoRatón™», todos ellos nos sitúan en lugares de interrogación, en mundos donde los dualismos no están tan claros. Sus entidades «forman parte de esta familia extraña (esta familia queer de seres que no son naturales ni culturales, sino una interconexión)» (2019: 299-300).

Podríamos imaginar lo intersex como una de esas entidades, como una especie de interconexión entre los binarios que evidencia la multiplicidad de corporalidades que existen más allá de dos fijas y estrictas. Para la clínica somos errores naturales. En lo social, no tenemos imaginario. O sea, si no

existimos como categoría ontológica dentro de los aparatos normativos, podría deducirse, que en este sentido, tampoco las intersex somos ni naturaleza ni cultura. Estaríamos más cerca de formar parte de esa familia extraña y queer que propone Haraway, que del mundo que habitamos.

Si, como se ha ido viendo, las HAC abogamos por una ampliación de las categorías binarias ontológicas no es porque, al menos en mi caso, desee vivir eternamente en los dualismos. De hecho, aspiraría a un futuro en el que las categorías desapareciesen y dejarasen de existir. Aboliéndolas se acabarían las jerarquías y desigualdades creadas históricamente. Pero aún así, admitiendo la dificultad de alcanzar esa finalidad, la propuesta más viable de cara a un futuro próximo sería continuar de-construyéndolas a través de nuestras prácticas performativas.

E. Soliloquios corporales y otras terceras cosas

¿Qué somos entonces las intersex? En innumerables ocasiones, se nos relaciona con un tercer sexo. Resulta curioso que esta relación suele hacerse desde discursos aliados: ¿por qué no reivindicáis una tercera categoría? Desde la comunidad intersex mundial rechazamos la idea de reivindicarnos como un tercer sexo, como otro sexo más, como otra cosa más. Aún así, qué tiene que decir el grupo de las HAC sobre: el tercer sexo, las terceras categorías, una tercera otra cosa.

MER GÓMEZ

En múltiples ocasiones he pensado en otras formas de conceptualizar-me más allá del concepto intersex o de las terminologías clínicas, para proponer alternativas radicales que se salgan de ahí y vengan desde otros lugares. De hecho, quién mejor que mi yo intersex, en tanto que marginada por el sistema, para poder ser y reivindicarme cómo me diese la gana.

A mí, como investigadora, me gusta pensar en mundos que mezclan realidad y ficción (Donna Haraway). Y como autora, en otros completamente ficticios (Úrsula K. Leguin). En el libro de relatos que he escrito para la editorial Bellaterra, he incorporado un concepto para definir(me) a las intersex: hiena.

Mi hiena es una especie de coyote que podría formar parte de las entidades de Haraway. Pensarme y nombrarme hiena no es una casualidad. Fue una decisión muy reflexionada. Las hienas distan mucho de ser animales de compañía bien valorados y cariñosos, como los perros. Son seres salvajes, feos, carroñeros, peligrosos, marginales, que dan miedo. Solo hay que volver a ver la película "El rey león" para asegurarnos de que la lectura que se hace de ellas en la ficción es muy similar a la que tenemos de este animal en el imaginario cultural. Las hienas son nocturnas, viven escondidas y solas; no suelen estar en manada excepto para cazar. Aunque son mamíferos, cuentan con unas características en sus anatomías sexuales *queer* y poco

habituales. Sus genitales externos no son muy diferentes entre hembras y machos, lo que dificulta su diferenciación. El órgano reproductor de la hembra tiene un clítoris eréctil, también llamado pseudo-pene y cuentan con un "falso" escroto. De hecho, las crías a veces se asfixian al nacer. Por último, que existen las hienas lo sabemos, ¿pero cuántas personas las hemos tenido ante nuestros ojos?

En definitiva, el imaginario sobre un animal hiena en el contexto actual no dista mucho del imaginario sobre una persona intersex. Parecería que tenemos más cosas en común con ellas, en tanto que seres vivos, que con muchos humanos. Y al decir esto último, no puedo evitar cacarear. Total, que ser hiena encaja más conmigo que encajarme en un otro-tercer sexo igual de opresivo que los anteriores o incluso más para las hermafroditas como nosotras.

LAURA VILA KREMER

Si existe un tercer sexo entonces existe un cuarto, un quinto, un sexto... Y así hasta tantos sexos como personas haya en la tierra. Pedir o defender que haya un tercer sexo para las intersex, a mi entender y según mi perspectiva actual, sería defender la idea de que existen dos sexos que además –en este caso– son los que vienen a ser mayoritarios y luego existen una excepciones o unas anomalías que además han sido identificadas según unos parámetros médicos que se han regido sobre todo por aquel aspecto que no cuadraba a los ojos de la ciencia médica y que no cumplía unos cánones determinados, que se regían por una forma genital que podía hacer poner las manos en la cabeza a muchos, o porque de repente en la adolescencia se concebían nuevas formas masculinas o femeninas que no se correspondían con lo que debía ser una mujer o un hombre reproductivos, por ejemplo.

Al final son unos parámetros que se han puesto para identificar aquellos cuerpos que según estos parámetros eran anómalos pero es que esos parámetros se podían poner también en el nivel de hormonas. Es que, a lo mejor, mi padre según su nivel de hormonas es intersex, no lo sé, porque nunca se las han medido.

Lo que quiero decir es que los parámetros se han hecho una *mica* (un poco) a imagen y semejanza del discurso médico pero que esos parámetros pues, claro, es que no son tales. Básicamente porque cada cuerpo tiene unos parámetros diferentes y porque diferencias las hay, incluso, en las formas en las que aparentemente, externa como internamente, sean más normativas. Es que a lo mejor puedes tener más o menos pelo, o tener un testículo más o menos descendido, o tener unas reglas muy irregulares, o tener un útero poco desarrollado, o tener unos pezones no sé cómo. Quiero decir, que todo eso pues también podría entrar dentro de las intersexualidades si las entendemos como la diversidad y, al final, todas somos diversas.

ALEKSANDRA K.

Es que las personas intersex no somos un tercer sexo, es que somos personas intersex, tía. Yo creo que la pregunta del tercer sexo no deja de ser excluyente. Aceptar que somos un tercer sexo es aceptar que existen dos sexos más. Con lo que eso puede conllevar. Es aceptar el binomio, ese es el problema. Entonces me

patina mucho lo del tercer sexo. También está el debate de si no lo nombras, no nombras el problema. Lo entiendo también. Pero yo creo que las personas intersex somos otra realidad más, pero no un tercer sexo. Es que la categoría sexo me patina mucho. ¿En qué sexo se encajan las personas trans? Aceptamos en esa parte de categorización más biológica que es el tema sexo a las personas trans cuando realmente hay un conflicto ahí de ser personas cisgénero dentro de esa mono-realidad más arcaica de relacionar el sexo o el género, pues también es un tema. Yo no estoy muy a favor de terceras categorías.

IOLANDA MELERO

Yo no creo que seamos un tercer sexo, simplemente porque no encajamos con la definición de sexos que hay. Cada persona intersex tiene una manera, por decirlo así, tiene un sexo diferente yo creo, o sea que es muchísimo más. Porque un tercer sexo es como encajarnos a todas en la misma pero tampoco es así, ¿no? Porque yo, por ejemplo, con un hombre klinefelter pues no tenemos el mismo sexo, por mucho que sea intersex y se defina igual; o con otras mujeres intersex, como las mujeres con hiperplasia, pues también es diferente, nuestro cuerpo es diferente. Entonces, encajarnos a todos en un tercer sexo no le veo sentido, ¿no? Yo creo que se acopla más a una variabilidad, no encasillar. Pues ahora ponemos un tercero, no me acopla eso tampoco. Uno, otro, y ahora un tercero, estamos encasillando de nuevo. Y aparte es que yo no me sitúo en un tercero, es que no me veo así, me parece muy peligroso, puede dar lugar a mucha discriminación. Estamos como estigmatizadas por eso y ya con la casilla me parece muy peligroso.

El problema del sistema es que es binario, entonces yo creo que debería ser un sistema que si es binario que lo ideal es que fuese no binario sino como una variabilidad de los cuerpos pero si es binario por lo menos que sea binario flexibilizado, que dentro de ese binarismo pues quepa mucha más variabilidad no solo esto y lo otro. Porque, además, es cierto que hay muchas mujeres muy diversas, muchos hombres, mujeres con pecho, hombres con pecho, mujeres con mucho vello, hombres sin vello, mujeres muy musculadas, etc., hay mucha variabilidad que no encaja dentro de esas dos concepciones, entonces debe ser algo así más que otra cosa, debería ser como una gradación, para muchos sentidos y en muchos ámbitos, a todos los niveles, que cualquier persona pudiera situarse en cualquier lugar. Sería como yo lo concibo. Dentro de eso, las intersexualidades serían como una variabilidad de cuerpos, como diversidad, que hay muchas maneras, de la sexualidad, de cuerpos, de identidades, de orientaciones, de configuraciones corporales, que hay variabilidad de todo eso, tan diversas. Igual que hay colores de piel, de narices, de todo.

LILITH MARTÍ

Yo no creo que las personas intersex seamos un tercer sexo, más que nada porque eso es partir del binarismo en el que estamos, nos han inculcado, ¿no? Al final es como reconocer que existen dos sexos normativos y luego está el tercer sexo, que son las personas intersex. Pues no, me sigue dando esa impresión y no me gusta. Y, además, porque es como si intersex fuese ser una categoría concreta, cuando dentro de las personas intersex hay una diversidad enorme. Entonces no es como si fuese A, B o C: cuerpo típicamente masculino, cuerpo típicamente femenino o intersex, no. Dentro de las personas intersexuales también hay muchísima diversidad, entonces yo entiendo que no, que no somos un tercer sexo por ese

motivo.

Con crear una tercera categoría para encajar a las personas intersex, pues tampoco estoy de acuerdo. Precisamente por lo mismo por lo que no somos un tercer sexo. Es una manera de discriminar, ni A ni B. Yo optó más por quitar esa categoría de sexo/género cuando no sea absolutamente imprescindible. Entiendo que, para algunos temas, sí lo es. Cuando se hacen estudios sobre discriminación por razón de sexo, de género, etc. ¿Pero en el registro civil o en el DNI? En muchas ocasiones es una categoría que sobraría y que nos ayudaría muchísimo eliminarla tanto a las personas intersex, como a las personas trans como a las personas no binarias. Esa sería la solución, más que poner una tercera categoría porque, al final, también es otra manera de discriminación.

ANA BELÉN

Creo que las intersexualidades nos muestran que la sexualidad es mucho más rica de lo que siempre hemos pensado, que no se trata de dividir entre hombres y mujeres, o en hombres, mujeres, y estados intermedios. ¿Quién entra en la casilla de hombre sin ninguna característica femenina o viceversa? Las personas intersex tenemos una sexualidad diferente, pero es que todas las sexualidades, todas las personas, somos diferentes. Si nos ceñimos a la verdad, o a lo estrictamente biológico, no deberíamos encasillarnos en un tercer sexo, habría que buscar también un cuarto, un quinto, un sexto, un... millonésimo, porque existen tantas sexualidades diferentes como personas.

Mi opinión sobre la idea de crear una tercera categoría para encajarnos, creo que actualmente a pocas personas intersex nos gustaría que legalmente o socialmente o públicamente nos encajen como un tercer sexo, en este mundo binario sería como ponernos la estrella de no pertenencia al grupo. Dentro del binarismo puede encajar la idea de un tercer sexo, sigue existiendo lo de siempre, y se añade un tercer cajón de sastre donde meter lo que incomoda, lo que no es correcto, lo que es defectuoso, y de esta forma nadie se cuestiona la dualidad y se nos margina aún más. Es como pasar de ser invisibles a ser intocables.

Las personas intersex hemos crecido en el binarismo y gran parte de nosotres nos identificamos como hombre o como mujer, y no dudamos de nuestra identidad. De hecho, nos cuesta asumir nuestra intersexualidad, a veces, porque no la aceptamos, porque no queremos ser diferentes y nos instalamos en la patología porque es más cómodo que cuestionar nuestra sexualidad. Es decir, preferimos vernos como enfermas antes que como personas sanas intersex. Ahora me parece un disparate que me metan en la categoría de un tercer sexo pero si pienso en mi, hace unos años, esa posibilidad me daría miedo, me horrorizaría. Ya vale de tener que clasificarnos. Que vamos a crear millones de categorías.

Lo de poner otra categoría diferente además de la de hombre o mujer, por otro lado, es que esto es una cuestión de identidad y que cada una se puede identificar como le de la gana. Pero meter a los bebés ahí, en ese grupo, tampoco sé hasta que punto puede ser beneficioso. Pero realmente si dejamos de categorizarnos pues yo creo que eso nos beneficia a todos. Porque tampoco tenemos que encajar en ningún cuerpo por narices. Igual es que lo ideal es esto. Que dejen de existir esas casillas, sobre todo es nuestras cabezas, en

nuestras mentes. Poder ser de verdad libres para ser quienes somos realmente y no tener que encajar en este modelo. Yo creo que ese es el objetivo a conseguir no sé dentro de cuantos millones de años, pero claro, por supuesto, sería maravilloso. Que un bebé nazca y que nadie pregunte si es un niño, o una niña, o lo que es, sino que una persona ha nacido y poder educarla libremente sin que esa persona tenga que encajar en un modelo. Eso sería lo ideal.

Vivimos en un mundo de hombres y mujeres, y lo tenemos tan integrado que lo vivimos como una verdad absoluta. Cuestionarnos el binarismo, para la mayor parte de nosotros, sería como un cambio de paradigma. Presionan tanto la educación, los modelos, la socialización, que seguramente la mayor parte de nosotras no nos hemos permitido experimentar ni disfrutar de nuestra ambigüedad, ni se nos ha pasado por la cabeza, y esto nos empobrece.

Repensar el sistema binario significaría que nuestros genitales, nuestra apariencia física, nuestros cromosomas, no limitarían nuestro deseo ni la forma en que nos presentamos al mundo, ni los rasgos con los que nos identificamos. No tener que cargar con el peso de ser lo suficientemente hombre o mujer para ser aceptados y para aceptarnos. Creo que es mucho más fácil aceptar que la naturaleza es diversa, cuando previamente hemos experimentado la diversidad en nosotros mismos. A una persona, a una mente no polarizada, no le causaría ningún trauma admitir que todos, todas, todes, somos o podemos ser intersexuales a nivel biológico, y también a nivel emocional, a nivel de deseo, en todos los ámbitos. Que somos lo que somos, no lo que tenemos que ser.

Por eso me parece tan importante el colectivo LGTBI y que las intersexualidades estén incluidas en este colectivo. Desde aquí es mucho más fácil arañar lo normativo para liberarnos y perder el miedo a lo diferente, para incluirlo, para desearlo, para serlo. ¿por qué tiene que ser traumático que una persona tenga unos genitales o un cariotipo determinado? ¿por qué nos da miedo? Cuando hombres, mujeres, personas no binarias, puedan ser sin tener que cumplir un patrón dejarán de existir las intersexualidades.

CAMINO BARÓ

No somos un tercer sexo, las personas intersex somos la realidad que confirma que la sexualidad es un continuo y cuando me refiero a sexualidad creo que ya sabemos de que estamos hablando, de características sexuales secundarias, gonadales, genitales, hormonales, etc. El tercer sexo, para mí, sería una tercera categoría de discriminación como ya lo son las categorías hombre/mujer, masculino/femenino.

Opino que es intentar encajar en una tercera categoría a las personas intersex es un intento burdo de cuadrar la nomenclatura médica con la jurídica o legal, entonces pienso que es un intento por confirmar, por crear un cajón de sastre en el que se pueda meter todo aquello que no encaja en lo femenino y en lo masculino. Y desde mi punto de vista es como seguir intentado, de manera absurda, mantener este binarismo y dejar esa categoría para las personas que no encajamos al cien por cien en ese binarismo en lugar de plantearse lo que realmente hay que plantearse que es si el binarismo tiene alguna base para que esté ahí. Es como antiguamente cuando se hablaba de hermafroditismo y se añadía el pseudo delante para

las personas que no se sabía muy bien si podían ser hermafroditas pues se ponía el pseudo, un poquito como para intentar seguir manteniendo algo, en este caso el termino hermafrodita, que era insostenible pero que con el pseudo delante parecía más correcto. Pues aquí pasa un poco igual, en lugar de centrarnos en lo importante que es el binarismo –un binarismo ya caduco, rancio, que no tiene la funcionalidad o que se está demostrando que se puede caer fácilmente– pues abrimos una tercera categoría para intentar meter ahí lo que no encaja.

ASMI MOLINA

Las personas intersex no somos un tercer sexo porque yo conozco un montón de personas intersex que son mujeres u hombres pero no interviene su condición intersex sino sus vivencias. No creo yo que, no importa que tengas parte de las dos genitalidades más o menos desarrolladas. Creo que no hay que separarnos del resto de los endosex, personas intersex hay trans, no binaries, masculinas, femeninas, habrá de todo... la condición intersex no creo que influya.

El concepto de no incluir ya es excluyente, la definición científica de macho y hembra es errónea por definición entonces yo dejaría –por supuesto estoy en contra de lo binario como absoluto– que cada persona se expresara en el género en el que se vive y aceptando que la diversidad forma parte de la riqueza del ser humano. Igual que ahora ya no se pone en los documentos si uno está casado o soltero, o la profesión, no veo porqué hay que ponerse si uno es hombre o mujer o lo que sea, se podría eliminar de los documentos oficiales y que cada persona exprese como se siente y que se refieran a ella. Al igual que hay personas que nacen con un testículo o con tres pezones la intersexualidad es una variación en el extremo pero no tiene porqué no hay porque separarlo.

La patologización es por el miedo, porque incluye sexo y género y eso no lo tenemos asumido, sigue siendo comentarios de risas. Y eso, tratado de una forma científicamente y demostrando que efectivamente no tiene que interferir en cómo te vives, que tu género y que tu sexo, el sexo no siempre es definitivo en cuanto al género. Yo pondría es una crianza abierta y que luego las personas fueran definiendo con conocimiento de las opciones o las que puedan experimentar en su persona, con opción de poder cambiar a nivel que uno va evolucionando. Es que hay que saber qué es para comprarle ropita azul o ropita rosa o ropita verde, eso son problemas de los padres que habría que ir erradicando y hacerles entender que puede hacer mucho daño en el caso de que su criatura rompa moldes con respecto a lo binario establecido. Es un niño, es una niña, básicamente lo que refleja es la inseguridad de la persona que lo pregunta o que lo afirma porque necesita seguridad para enfrentarse a la persona que está enfrente. Indica un desconocimiento de la genética y de la diversidad que hay en los seres humanos. Hay un montón de tabúes culturales, religiosos, sociales, que hacen que convenga mantenerlos.

A mí, casi todo el mundo me trata en femenino, como mujer. Una anécdota curiosa es que cuando mi madre estuvo ingresada en una residencia con personas enfermas de alzheimer, los y las residentes me trataban en masculino porque su condicionante social había desaparecido con la enfermedad. Es mi visión de las cosas. Me trataban en masculino y yo me sentía muy bien.

SUSANA LESTEIGA

Creo que las personas intersex no somos un tercer sexo ni hay que crear ninguna tercera categoría. Hay un error ahí que es de base, que es un poco *toc*, de intentar, obsesionarse con que haya esas categorías, vamos a pasar de un sistema binario a uno terciario. Y cuando sean cuatro, ¿qué? Creo que no hace falta, no debería ser un tercer sexo, eso está mal enfocada. Qué importancia tiene, en realidad, para la mayoría de cosas que tienes que hacer en la sociedad y en tu día a día, que es poco, entonces si tiene poca, ¿para qué? Esto en lugar de ayudar estigmatiza, sería un pequeño gesto de visibilización y un gran gesto estigmatizante, sería marcar otra vez.

Creo que el problema son las categorías. Cuidado, insisto que son útiles. Es útil categorizar pero no hay que perder de vista que están ahí para hacer una función científica de utilidad pero ya está. No confundir un ejercicio de categorización con la realidad.

A mí, lo único que se me ocurre es eliminarlo –el sistema–. Hay un motivo por el cual, por defecto, se pregunta a todo el mundo si es hombre o mujer. Tiene que haber una tercera opción, es decir, tiene que ser: no declaro. Totalmente abierto. Donde no declaro tiene que ser, a lo mejor por tema de privacidad de datos, no te da la gana decir si eres un hombre o una mujer. Igual que no te da la gana decir tu edad. Con que no sea obligatorio marcarlo es suficiente. Y luego pasa, que hay sitios en los que hace falta esa información, pero tiene que quedar muy claro para qué hace falta. Al final el sistema está creado así, está marcado así, porque en la realidad es lo más habitual. No normal, pero lo más habitual. Entonces lo más fácil es poner una lista de cosas que marcar. Es como la gente que dice: primer apellido, segundo apellido. Pues yo no tengo segundo, o yo tengo tres. Yo esto lo veo en Estados Unidos, lo de los apellidos, pero luego hay la categoría *middlename*, el nombre del medio, y yo no tengo nombre del medio.

Lo que habría que hacer es, plantearse a nivel público, a nivel de administraciones, de gobierno, empezar a no pedir esa información cuando no haga falta, cuando no sea relevante pues no se pide. Para el carnet de conducir no es importante. Para el médico seguramente que pueda ser importante. Tiene que haber la opción de que no sea obligatorio. Es una información que está ahí, tiene que constar que, no que hay una tercera opción, sino que la tercera opción es que no te lo voy a decir y ya está. Es como pedir el color de los ojos, en los pasaportes te lo piden. Yo cuando voy al médico no hay ningún formulario en el que me pregunten cuál es color de los ojos, porque no es relevante, pues no debería estar, pues efectivamente no está. Pero para el pasaporte canadiense sí, porque es una cosa relevante para la identificación de la persona. Pero vamos, que en este caso, hay cinco colores para elegir ahí y sino caes pues pones uno más o menos. Qué más da. Es más que nada para el objetivo que tenga, y ya está. Así que que deje de ser obligatorio, que quede claro que hay una opción, no que no sea obligatorio, que haya esa tercera opción de no voy a decirlo, no me da la gana decirlo.

De la misma forma que en ningún formulario te preguntan si eres gay, lesbiana o heterosexual, porque no es relevante para el servicio que tiene que darte la seguridad social o hacienda. Y ahí es donde hay que ir, minimizar la cantidad de información que la gente, los servicios, necesitan. Lo que pasa que va en contra de hacia donde esta yendo el mundo de internet y los datos, donde todo el mundo quiere tener cuanta más información de ti, mejor. La administración pública tiene que dar ejemplo de esto, quizás pueden sacar

leyes para que las empresas no tengan derecho a obligarte a decir una cosa o la otra cuando no es relevante.

RAQUEL M.

No somos un tercer sexo. Pero hablar de una tercera categoría, esto depende de para qué. Es cierto que cuanto más entiendes el sistema legislativo más entiendes las particularidades. Lo legislativo debería evolucionar igual que otros temas. Sé que se ha hecho en otros sitios, como en Alemania, ha habido movidas, ha sido contraproducente. Ahora, en Estados Unidos, se ha creado una tercera categoría y encajan ahí a personas que no quieren identificarse con el binomio pero no solo corporalmente sino a nivel personal de uno mismo. Claro, es que se pide el sexo. Se pide todo.

Es complicado, porque al final hay que cambiar muchos cimientos, yo sí veo que podría entenderse como una solución establecer una tercera categoría, para todas las personas que no quieren pertenecer o una o a otra. ¿Qué pasa con el deporte? Se ha creado una contracultura legislativa, como un entendimiento de cambio, pero se basa también en el binarismo. Es que hay que cambiar muchísimas cosas para meter un tercer sexo. Pero es que eso puede llevar a la discriminación, porque estás evidenciando en los documentos algo que no pertenece al saber público, al saber de un funcionario en una ventanilla.

Creo que esto es algo que ni siquiera yo llego a tener una conclusión concreta. Creo que veo ventajas en crear una tercera categoría pero también veo a la vez puntos de enfrentamiento. También parches, en algunos momentos, algo que se instaura pero no se integra.

3. Teoría queer. Sujeto[s], rareza[s], cruce[s]

«Simón de Beauvoir resumió el punto de partida de esta trayectoria en la famosa frase “no se nace mujer, se llega a serlo”. A partir de aquí dos corrientes paralelas condujeron a un cuestionamiento radical de la naturalización que el discurso patriarcal hace de las categorías sexuales de hombre y mujer: por un lado, el feminismo materialista francés ligado al grupo fundado por De Beauvoir *Questions féministes* en el que estaban Christine Delphy, Monique Wittig, Monique plaza, Colette Gillaumin; Por otro, la línea anglosajona que arranca la formulación del sistema sexo/género de Gayle Rubin. En ambas aproximaciones el objetivo perseguido es la construcción de una teoría de la desigualdad de género que dé cuenta de los procesos y estructuras que la constituyen, superando las explicaciones naturalizadoras y desarrollando argumentos explicativos de esa desigualdad, constituida ahora en objeto de interrogación. Ambas aproximaciones van a partir del utillaje teórico del marxismo y del estructuralismo, y ambas van a acabar concluyendo en un esencialismo de la estructura. La crítica a ese esencialismo será el punto de arranque del feminismo postestructuralista y también de la teoría del género propuesta desde la teoría queer» (Córdoba, 2009: 35).

Es el momento de dar paso a “lo queer” –*cuir* en castellano–. Pero, ¿qué es lo queer?, ¿de dónde viene este concepto?, ¿estaríamos siendo acertad*s al referirnos a “lo queer” como la “teoría queer”?, ¿es lo mismo o son cosas complementarias? Según David Córdoba (2009):

«Lo queer no es ninguna teoría, son multitudes marginadas, excluidas, personas que han sido expulsadas de sus casas o de sus lugares de origen y que viven en situaciones sociales y económicas difíciles. El análisis de esos procesos de exclusión dio lugar a lo que llamamos teoría queer, que no es una teoría cerrada o un corpus de saber, es un conjunto de herramientas críticas para la intervención política: críticas de la normalidad heterosexual, de las prácticas biopolíticas de la medicina y del Estado sobre los cuerpos enfermos y sanos, de las mutilaciones que sufren las intersexuales, de la mirada colonial sobre las inmigrantes bolleras, trans o maricas, de la apropiación académica de las luchas populares, de la rigidez de las marcas de género con que se excluye a las personas transexuales» (2009).

La definición previamente incluida ha sido extraída de la contraportada del libro “Teoría queer políticas bolleras, maricas, trans, mestizas”, coordinado por David Córdoba, Javier Sáez y Paco Vidarte en el año 2009. En algunas de las reflexiones e ideas recogidas en este ensayo vamos a detenernos en este momento. Según admiten Córdoba, Sáez, y Vidarte:

«Lo queer incorpora nuevas lecturas de la literatura, la arquitectura o el cine, y hace proliferar cuerpos y prácticas inclasificables para el dispositivo de sexualidad (...) Lo cual supone una apertura de líneas de fuga que corrompen el sistema binario y naturalizado de sexo y género. Es una forma de resistencia al régimen biopolítico en que vivimos: el “heterorismo” internacional» (2009).

En primer lugar, cuando utilizamos el concepto queer como identidad, ¿a quién nos estamos refiriendo?, ¿quién se puede identificar con él? Según David Córdoba:

«[...] en el uso de la lengua inglesa puede referirse tanto a sujetos masculinos, sujetos femeninos, y por extensión a todas y cada una de las combinaciones de la dicotomía de género que pudiéramos imaginar o que podamos articular en la práctica cotidiana de comunidades marginales respecto de la heterosexualidad [...] queer es más que la suma de gays y lesbianas, incluye a estos y a muchas otras figuras identitarias construidas en ese espacio marginal [...] a la vez que se abre a la inclusión de todas aquellas que puedan proliferar en su seno» (2009: 21-22).

Por otra parte, ¿en qué momento empezaríamos a hablar de lo queer como movimiento?, ¿es un concepto que ha surgido dentro de las aulas tras convertirse en teoría y ser definido por Teresa de Lauretis –en 1990 como tema de un *workshop* organizado en la Universidad de California en Santa Cruz– o su origen podríamos situarlo, previamente, en el activismo social y político de los movimientos? Dirá De Lauretis que ya en la década de los setenta, en Estados Unidos, el movimiento de liberación gay convirtió el concepto queer en una palabra de orgullo y en un signo de resistencia política (2019). Recordemos que desde su origen, hace más de cuatro siglos, el concepto queer siempre ha tenido connotaciones negativas y ha sido utilizado para denominar a lo extraño, lo raro, o lo excéntrico; incluidas a las personas LGBTI de una forma peyorativa. Pero si lo

queer se convirtió en signo de resistencia política: ¿qué dio lugar a ello? Como sabemos, el comienzo del movimiento de liberación de gays, lesbianas y transexuales –el hito fundacional– estaría relacionado con la famosa revuelta de Stonewall, el 28 de junio de 1969. A partir de este momento, que supuso una toma de conciencia política importante por parte de las disidencias sexuales, proliferarían las primeras comunidades y asociaciones LGTBI y comenzaría una incansable lucha por el reconocimiento de los derechos civiles que dura hasta nuestros días. Como era de esperar en un contexto occidental, individualista, y capitalista, unos años después de esta primera ola de activismo y concienciación política, dirá Javier Sáez, «el capital comprendió que había en estas comunidades un nuevo nicho de mercado». Será precisamente de esta forma, cuando lo “queer”, como resistencia, entre en escena.

«Esta política de integración va a tener como corolario la aparición de un discurso conservador cada vez más centrado en la “respetabilidad gay”, a costa de criticar aquellas conductas sexuales y políticas que se alejan del criterio de normalidad. (...) Este proceso de mercantilización de cultura gay desembocó en una progresiva homogeneización de los discursos y las prácticas de las comunidades gays, y en una progresiva demonización o invisibilización de otras subculturas marginales o minoritarias. Precisamente contra este proceso de imperialismo cultural surgen movimientos sociales que se apropian del insulto “queer” para autodenominarse de otra manera y marcar una diferencia respecto a ese imperante estatus “gay” normalizado y conservador» (Sáez, 2009: 72).

De esta forma, Sáez situará los movimientos queer, que surgen de luchas políticas y sociales concretas, «en la década de los 80 principalmente en los Estados Unidos y en algunos países europeos»:

«[...] en esta época confluyen diversas crisis que van a dar un giro radical a las políticas feministas y de los grupos de gays y lesbianas: la crisis del sida, la crisis del feminismo heterocentrado, blanco y colonial, y la crisis cultural derivada de la asimilación por el sistema capitalista de la incipiente cultura gay» (2009: 67).

Posteriormente, se denominaría así a una teoría o pensamiento que cuestionaba la dicotomía de sexo-género y la naturalización de los mismos conceptos. Como afirma Paul Preciado, la expresión de “teoría queer” se la debemos a Teresa de Lauretis, quien en 1991 acuñaría este término dentro de la academia. Para De Lauretis, según Preciado, y como explicaba Sáez sobre el movimiento queer:

«Este desplazamiento en la denominación era una respuesta frente a la comercialización del estilo de vida gay (blanco y masculino) en los Estados Unidos y debía dar lugar a un necesario trabajo crítico: la deconstrucción de nuestros propios discursos y sus silencios constitutivos» (2009: 111).

Para De Laetis, la teoría queer era un proyecto crítico «cuyo objetivo era deshacer o resistir a la homogeneización cultural y sexual en el ámbito académico de los llamados «estudios lésbicos y gays» que se consideraban como un único campo de investigación». ¿Qué objetivos perseguía De Laetis con esta propuesta?

«[...] mi proyecto de «teoría queer» consistía en iniciar un diálogo entre lesbianas y hombres gays sobre la sexualidad y sobre nuestras respectivas historias sexuales. (...) Las dos palabras, *teoría* y *queer*, aunaban la crítica social y el trabajo conceptual y especulativo que implica la producción de discurso. Yo contaba con ese trabajo colectivo para poder «construir otro horizonte discursivo, otra manera de pensar lo sexual» (1991: 11).

A partir de entonces, otras autoras como Judith Butler, Eve Kosofsky Sedgwick, Judith Halberstam, Del La Grace, entre otras, empezarán a dar forma a lo que hoy identificamos como “teoría queer”. Planteamientos que permitirán generar una reflexión teórica y crítica sobre los cuestionamientos producidos culturalmente dentro de las políticas identitarias de los movimientos de mujeres, homosexuales, etc. Aún así, no podemos pasar por alto que desde parte de la investigación feminista, se considera al pensador francés Michel Foucault como uno de los precursores de esta teoría.

Foucault pondría sobre la mesa, precisamente, no solo nuevos modos de pensar la sexualidad sino que señalaría, además, a los aparatos institucionales como la fuente de esas discriminaciones ejercidas contra las multitudes «marginadas» y «excluidas» que serán los posteriores sujetos políticos de la teoría queer. Ya Gayle Rubin, en su entrevista (1994) con Judith Butler, comentaba la influencia que había tenido conocer la obra de Foucault tras ser traducida al inglés y encontrarse con el autor en su primera visita a París. Al parecer estos hechos influyeron en la elaboración del ensayo “*Thinking sex*”. Así, en “Historia de la sexualidad”, dirá Javier Sáez que, Michel Foucault va a concebir el sexo no como una realidad que se reprime:

«[...] sino como el producto de complejas tecnologías y saberes, y como un objeto de conocimiento que se extrae de los sujetos por medio de diferentes incitaciones al discurso. Hay que hablar de sexo, narrar, contar, confesar, exhibir... Localizar la verdad del sexo en el entramado social» (2009: 73).

Precisamente, una de las cuestiones que me interesa rescatar de Foucault es la noción de “poder”. Para él, el poder es y evidencia una red de relaciones de discursos, de prácticas, de aparatos normativos y de instituciones, que atraviesan y absorben tanto el espacio socio-cultural

como a todas las personas que habitan en él. O sea, el análisis del poder que ejercen aparatos como la institución clínica, la prisión o las disciplinas científicas dará lugar a qué otorguemos a este autor el papel de “referente” de los primeros textos y discursos sobre esos cuerpos abyectos y relegados a los márgenes por el sistema. Todo ello, acabaría germinando en lo que hoy se conoce como teoría queer.

Michel Foucault denomina «dispositivo de la sexualidad» precisamente a todos esos discursos que regulan a los sujetos definidos como diferentes: los locos, los enfermos, los homosexuales, los hermafroditas, o los sodomitas, entre otros marginados. Con los conceptos «biopoder» o «biopolítica», viene a decir que a través de las tecnologías de poder se regula la vida:

«La medicina es un poder-saber que actúa un tiempo sobre el cuerpo y sobre la población, sobre el organismo y los procesos biológicos. En consecuencia, [...] tendrá efectos disciplinarios y efectos de regulación» (Foucault, 1992: 247).

Por lo tanto, lo que viene a proponer la teoría queer a partir de los años noventa y tras el impacto de la crítica post-colonial será una lucha política de todos esos seres humanos que han sido objeto de vigilancia durante siglos por parte de esas instituciones disciplinarias. Y para ello, los sujetos que enuncian empezarán a ser los homosexuales, las personas trans, los travestis, o las personas racializadas, entre otras. Es decir, todas aquellas que no eran el sujeto universal o hegemónico del que se hablaba. En palabras de Javier Sáez,

«[...] ya no tenemos necesidad de “escritores universales” o de “intelectuales” para el movimiento queer, sino de bolleras, y de trans que estén preparados para investir sus supuestas identidades abstractas escribiendo o produciendo teoría. [...] El giro genético de la injuria se apoya precisamente en la eficacia política de la utilización de la fuerza performativa de identificaciones negativas como “bollera” o “marica”, para transformarlas en posibles lugares de producción de identidades que resistan a la normalización, atentando así contra el poder totalizante de las llamadas a la “universalización» (2009: 119).

Desde mi punto de vista, la lectura que Sáez hace sobre la importancia de qué sujetos producen teoría y desde dónde lo están haciendo, es lo que convierte a la teoría queer en un marco idóneo desde el que la comunidad intersex puede hacer visible sus demandas. Porque son estos lugares de resistencia los que proporcionan la agencia a los grupos subalternos. En este sentido, dirá Judith Butler (2002):

«Una ocupación o reterritorialización de un término que fue empleado para excluir a un sector de la población puede llegar a convertirse en un sitio de resistencia, en la posibilidad de una resignificación social y política capacitadora» (2002: 325).

Por tanto, ahora que se han situado y encontrado los marcos –desde la teoría feminista y queer– mi pretensión es continuar desestabilizando lo normativo para pensarnos como sociedad de otras formas y problematizar conceptos como el de identidad. De momento, dinamitarlo todo se escapa de nuestro alcance. Pero lo que sí está en nuestras manos, en las de las HAC, es seguir proporcionando nuevas/otras formas alternativas de comunicar.

Para ello, voy a recoger los conceptos ontológicos y los discursos históricos disponibles con el objetivo de destotalizarlos y de –como ocurrió con el concepto queer o intersex– resignificarlos desde un punto de vista positivo. ¿Sigue siendo necesaria la existencia de categorías? Hasta el momento, en mi opinión, sí. En tanto que las categorías se han convertido en marcas que nos constituyen y desde las que nos afirmamos como sujetos reconocibles. Ahora bien, como nos recuerda Butler, sin perder de vista lo siguiente:

«La generalización temporal que realizan las categorías de identidad es un error necesario. Y si la identidad es un error necesario, entonces será necesario afirmar el término «queer» como una forma de afiliación, pero hay que tener en cuenta que también es una categoría que nunca podrá describir plenamente a aquellos a quienes pretende representar (Butler, 2002: 323)».

Parecería que las identidades son necesarias, pero una de las misiones aquí es (re)pensarlas e intentar (re)construirlas de otras formas. O, por decirlo de otro modo, parafraseando a Preciado:

«Las críticas queer y transgénero dirigidas a las políticas de la identidad gays y lesbianas han mostrado que la identidad sexual no puede ser considerada como una exterioridad pura, a partir de la cual sería posible construir un paraíso universalmente deseable, sino que nos hallamos siempre en culturas situadas, cuyos límites no podemos dejar de interrogar, culturas en proceso atravesadas transversalmente por múltiples relaciones de poder» (2009: 121).

Recojo aquí el concepto “exclusión excluyente” (2009: 120). Es decir, en las nuevas identidades que se forman, precisamente por la exclusión que ha sido ejercida contra ellas, en ocasiones se trata de buscar una “verdad verdadera” que no deja de ser excluyente para otras nuevas identidades que aparecerán. Es decir, en su construcción se llevará a cabo nuevamente una búsqueda de esa “verdadera identidad lesbiana”, de esa “verdadera identidad mujer”, o de esa “verdadera identidad femenina”. De esta forma, mientras se afirma, desde otros lugares, el carácter construido de las categorías, al crear otras nuevas se vuelve a entrar en debates biológicos y esencialistas como los de “las mujeres nacidas mujeres” o “la esencia femenina”.

En la actualidad, las biomujeres cis denominadas TERF (feministas radicales trans excluyentes) excluyen, a su vez, a las mujeres trans por no ser lo suficientemente mujeres por sus diferencias a nivel anatómico o cromosómico; a las intersex, por su parte, las califican como “enfermas” por tener características sexuales que no encajan en esa esencia de cuerpo de mujer. Siguiendo la propuesta de Wittig, se puede deducir que a la vez que el lesbianismo irrumpe como una nueva forma de ser, más allá de la esencia mujer que rechazan, también estaría construyendo unos límites estrictos identitarios que son excluyentes para esa otra minoría transexual que también se define como lesbiana. Es un círculo vicioso. Esta rueda identitaria no deja de, como nos dice Preciado, convertirse en una «exclusión excluyente» que no acaba nunca. Y esta revisión, a la hora de construir nuevos lenguajes y formas de vida habitables para las disidencias, no solo no podemos obviarla sino que, como sociedad, debemos tenerla presente para no volver a caer en la misma trampa excluyente (2009: 120-124).

Como también se ha podido observar en algunos soliloquios de las HAC, nuestra existencia como intersex es una clara evidencia de que los dos polos opuestos de ese continuo sexual no existen como tal en todas las corporalidades. Sino que, por el contrario, fuera del binarismo hay otras vidas que aunque se hayan silenciado, han existido desde siempre.

La aparición de cuerpos intersex, no binarios, evidencia la idea del sexo como un espectro amplio y líquido. En este sentido, por definición, como personas intersex formaríamos, de manera intrínseca, parte de lo queer. Según la interpretación de Lola Robles en el ensayo “Identidades Confinadas” (2021), las aportaciones de esta teoría, serán las siguientes:

«[...] no existen únicamente dos sexos y dos géneros, sino distintas posibilidades corporales (teniendo en cuenta, por ejemplo, los casos de intersexualidad y todo un espectro en cuanto al género); también, que ambas categorías, sexo y género, son construcciones o interpretaciones socioculturales. Eso no quiere decir que no existan, quiere decir que hablamos de una realidad post discursiva, mediatizada por la categorización lingüística y de pensamiento» (Robles, 2021: 31).

Para Robles, la evidencia de que existen corporalidades intersex vendría a interrogar el carácter innato –no cultural– de la categoría sexo. El pensamiento queer, dirá, «no otorga una validez de realidad biológica al sexo, lo cree asimismo un constructo, por ende no binario, puesto que existen los casos de intersexualidad» (2021: 62). Igualmente, lo que cuestiona lo queer sería «la diferencia entre sexo y género, considerando ambas categorías más construcciones que realidades objetivas, y plantea la posibilidad de un espectro queer» (2021: 65).

Por último, atendiendo a las reflexiones que hacía Córdoba (2009) sobre la inclusión de estas teorías queer en las disciplinas académicas españolas, dirá que –al menos– en la sociología «hablar de teoría queer, hacer teoría queer [...] es cuando menos extraño, poco habitual». Hacerlo «supone identificarse como queer, [...] y esta identificación se hace necesaria sobre el fondo de una exigencia: posicionarse como sujeto en el conocimiento, hacer explícito el lugar desde el que se habla». Es decir,

«[...] hacer y hablar de teoría queer es, en este contexto, asumir un cierto acto político de intervención enunciativa por la cual, en cierto sentido, se suspende la autoridad de la disciplina académica y se la increpa desde uno de sus márgenes, con el objetivo de movilizar y desplazar ese margen» (Córdoba, 2009: 22-23).

En resumen, como analizaré en el siguiente capítulo, son muchos los grupos, las corrientes, los movimientos o las identidades que han proliferado a raíz de los análisis que ha ido introduciendo la investigación feminista. Pero está en nuestras manos, aún a riesgo de que al hacer explícito el lugar desde el que hablamos nos suponga una interrogación, apostar por un feminismo como corriente ideológica que, en vez de cometer los mismos errores excluyentes por los que nació, se convierta en un denominador común para que aliadas y alianzas consigan derrocar todas las opresiones históricas que hoy somos capaces de reconocer.

A modo de conclusión. Bloque II

En este capítulo, “Cuerpos intersex que aparecen: jaques, tensiones, y desplazamientos”, como exponía al inicio, el objetivo era recoger discursos desde los Estudios Feministas y de Género que nos posibiliten encontrar marcos y espacios discursivos habitables para las personas intersex. Y, a la vez, introducir nuestras narrativas personales, reflexiones e ideas que nos permitan generar nuevos enunciados, para crear otros imaginarios culturales posibles, sobre el objeto de estudio intersexualidad.

En cada una de las narrativas intersex de las HAC, no solo el sexo y las características sexuales sino que la identidad y el deseo han ocupado un lugar central. Las diez HAC, que hemos sido socializadas siguiendo “a raja tabla” la norma del sistema sexo-género impuesta, relacionaríamos: a) al sexo con la anatomía; b) al género, con la forma que tenemos de identificarnos en sociedad; c) y al deseo, lo vinculamos con la atracción hacia los otros cuerpos. La mayoría de nosotras, socializadas

en la feminidad como mujeres, seguimos identificándonos con la categoría «mujer». Algunas, hemos añadido el adjetivo «intersex» al concepto «mujer» para visibilizar así las discriminaciones vividas por no ser una mujer cis o una mujer endosex. En este sentido, cuando es necesario, nos nombramos como «mujeres intersex». Además, hay una persona en el grupo que se identifica como «no binarie». Respecto al deseo, excepto una sola personas que se declara heterosexual, las otras nueve personas hablamos de bisexualidad y de deseo bollero. Asimismo, las diez HAC, aunque hemos diferenciado estas categorías en tres y hemos explicado su significado, consideramos por unanimidad que son construcciones socio-culturales creadas en un momento histórico y que sirven, son útiles, para organizar a la sociedad. Admitimos, además, que es precisamente por este motivo por lo que no pueden ser estancas e inamovibles. Por eso, como se ha podido observar de distintas formas, todas hemos reflexionado acerca de la siguiente cuestión: «¿nacemos algo ya o llegamos a ser algo dependiendo de un contexto cultural ya configurado dentro de un régimen heteronormativo que regula nuestras vidas y las formas de habitarlas?».

Todo el grupo de HAC hemos sufrido tensiones porque nuestros cuerpos, de distintas formas, presentaban características que no encajaban dentro del imaginario estético de un cuerpo femenino. Hemos sido cuestionadas desde los aparatos clínicos y sociales porque nuestras características sexuales ponían en jaque la idea de feminidad en nuestras corporalidades. Algunas de las frases que más nos hemos repetido, al pensar en la relación entre nuestros cuerpos y los discursos sobre feminidad, han sido las siguientes: «se cuestiona que sea mujer, se cuestiona mi feminidad. No menstruo. No soy reproductiva»; «siempre he sentido que había un océano entre el maravilloso mundo de las mujeres y yo»; «te sientes una versión *low cost* de mujer, una versión tarada, que es menos valiosa, que va a ser menos deseada»; «no tener un cuerpo reproductivo como marca el arquetipo femenino tradicional... me hace sentir como una mujer de segunda categoría, como una persona que no era potencialmente deseable»; «no es cierto que todas tengamos la regla, pero me hace pensar en mí como menos mujer»; «ser una mujer y no tener un cuerpo reproductivo me ha llevado a tener episodios de depresión»; «no menstruar ha sido una putada desde los trece años, no haber socializado correctamente, no poder sentirme mujer completamente»; «no menstruar para mi supuso exclusión, saber que yo no iba a formar parte de un grupo y sentir que para poder integrarme iba a tener que mentir»; «se ve como que es un "defecto", como quien nace sin la visión... son mujeres pero eso les falla».

Aún así, todas las HAC, a lo largo de nuestros procesos de desarmarización y empoderamiento

hemos ido sintiendo tensiones con la categoría mujer. Esas tensiones nos han posibilitado, además, ir generando desplazamientos dentro de esta categoría. Aún asumiendo que, a corto plazo, no podemos dinamitar el binarismo, al menos hemos logrado cuestionarlo –cuestionar un cuerpo de mujer arquetípico– para ampliarlo y deconstruirlo: «hay que repensar la categoría mujer, históricamente muy estanca, pero que a través de nuestros cuerpos puede adquirir muchas posibilidades celebrables y deseables»; «todos los cuerpos tienen diferencias»; «mujer es cualquier persona que se identifique como mujer. Independientemente de sus genitales, de su capacidad reproductiva, de que menstrúe o no»; «es una suerte en el sentido de poder pensar cuerpos mucho más fluidos en relación a la fisiología y también a su expresión»; «ninguna mujer (intersex o endosex –cis o trans–) nace mujer sino que deviene mujer al incorporar los mandatos y las prohibiciones de género».

Las HAC formamos parte de esas «variaciones sexuales» de las que habla la literatura psicoanalítica mencionada. Somos las desviadas del sexo, las pervertidas, las aberrantes. Solo hay que echar la vista atrás en la historia para darse cuenta de que todos estos adjetivos han sido utilizados para nombrar a las hermafroditas de los diferentes momentos históricos, incluido el actual. Gayle Rubin utilizaba el término «diferencia sexual» para referirse a lo que desde los años setenta se ha llamado en términos negativos «perversión, desviación sexual, varianza sexual o diversidad sexual» (1994). Solo hay que revisar nuestros discursos del apartado anterior para observar la influencia que han tenido estas teorías en nuestras trayectorias personales. Hemos sido los objetos de estudio de la psiquiatría, la sexología, la institución clínica; de su correspondiente sistema social. Bajo estas circunstancias, ¿cómo van a ser nuestros cuerpos dignos de ser enseñados, expuestos, tal cual son? Efectivamente, eso resultaría imposible. Todo cuerpo aberrante y malformado tiene que estar sometido a la vigilancia institucional y ser transformado (Foucault, 2002) hasta cumplir los cánones estéticos impuestos.

Por eso, dentro de los protocolos clínicos obligatorios ha sido imprescindible la re-conversión de nuestros cuerpos en un cuerpo estéticamente femenino y deseable (penetrable). De esta forma, y no de otra, sería aceptable socialmente. Por tanto, una de las principales discriminaciones que hemos sufrido por parte del aparato clínico tiene que ver con los discursos que afirman que nuestros cuerpos no son lo suficientemente deseables dentro del régimen heterosexual. Entendiendo aquí deseables como penetrables. Como hemos podido ver a través de los soliloquios: «lo que se puso en duda cuando mi intersexualidad me fue comunicada es que yo fuese mujer y un determinado tipo de mujer. Por

tanto, también se ponía en duda a quién debía desear y, sobre todo, cómo debía desear».

Gracias a las contribuciones de las autoras que he ido nombrando, además de nuestros soliloquios corporales, he deducido que: por un lado, es el mismo sistema que ha creado los cuerpos sexuados y los cuerpos generizados, donde se enmarcan los cuerpos heterosexuales; por otro lado, si atendemos a nuestras experiencias intersex, la heterosexualidad parecería algo más que una orientación del deseo. ¿Qué esconde la heterosexualidad? ¿Es un régimen que lo regula todo a través del lenguaje? Wittig dirá que, efectivamente, sí: el régimen heterosexual. Por resumir, dentro de ese régimen, con su pensamiento correspondiente, hay dos elementos: a) una diferencia sexual; b) un contrato heterosexual. Como corporalidades intersex, ponemos en cuestión la diferencia sexual. Si, como defiende Wittig, el contrato social es heterosexual y se sostiene en la diferencia sexual, la pregunta que yo planteo es: ¿si no hubiera un contrato heterosexual, sería necesaria la existencia de una diferencia sexual?, ¿qué precede a qué?, ¿qué crea qué? Parecería que si las lesbianas no son mujeres porque se niegan a cumplir el contrato heterosexual, nuestros cuerpos intersex naturales (sin intervenciones de ningún tipo) no es que se nieguen, es que hacen imposible que cumplamos ese contrato. Aparentemente, las HAC tenemos dificultades para tener prácticas sexuales coitales y, además, no reproducimos la especie de una manera natural. Otras personas intersex o no tienen unos genitales con medidas normativas o no se corresponden con el fenotipo que deberían tener. Por tanto, hemos ido exponiendo lo siguiente: «las personas intersexuales somos la demostración empírica de que el sexo no es binario»; «el sexo es un espectro»; «lo masculino o lo femenino no son compartimentos estancos»; «en diferente grado todos tenemos características masculinas y femeninas»; «las personas intersex somos la realidad que confirma que la sexualidad es un continuo».

Si tenemos estas premisas y afirmaciones en cuenta, ¿cómo se explica que mutilen o intervengan un cuerpo intersex con el objetivo de adecuarlo hacia un deseo determinado?, ¿por qué hay que crear un clítoris estéticamente normativo?, ¿por qué se recomiendan vaginoplastias o dilataciones vaginales si eres leída como mujer?, ¿por qué hay que hormonar de forma obligatoria con testosterona a un cuerpo que produce naturalmente estrógenos o con estrógenos a un cuerpo que produce testosterona?, ¿para qué hay que practicar ginecomastias por protocolo si tu fenotipo es masculino?, ¿es necesario que un pene tenga el agujero de la uretra en un punto determinado? Se activa la maquinaria para crear mujeres y hombres indudables y se activa el protocolo de la heterosexualidad.

En los casos expuestos, las dimensiones de nuestras cavidades vaginales, como han ido mencionando las HAC, son im-penetrables según una escala de medidas de un pene normativo. Por ello, suele presentarse como una máxima obligatoria el uso de dilatadores o intervenciones quirúrgicas en formas de vaginoplastias. En este sentido, la pregunta sería la siguiente: ¿si no tengo un cuerpo reproductivo por qué o para qué necesito una vagina normativa? Existen unas prácticas sexuales –heterosexuales– que han sido creadas en un contexto en el que la heteronormatividad es la regla y que todo cuerpo va a tener que cumplir si quiere pasar desapercibido. Porque sino, como dice Teo Pardo (2019): «¿quién te va a querer con ese cuerpo?». Es decir, cualquier persona intersex que haya sido socializada en el mismo contexto que las personas que hacen los protocolos clínicos o que ejecutan las intervenciones quirúrgicas, que conozca y hable el mismo lenguaje, va a desear «ser normal» o «pasar por el aro» para no ser castigada o marginada. Como se ha podido observar en los soliloquios corporales de las HAC y muestra la siguiente reflexión de Laura Vila Kremer: «recuerdo un par de veces en las que él (el médico) dibujo cómo sería esa operación, alargar la vagina; y yo pensaba: es lo mejor, intervenir y ser lo más normal posible».

¿Cómo no voy a desear ser como las demás personas cuando no he conocido otra cosa más que una misma norma? Yo sé que mi cuerpo, tal cual es, no existe en ningún imaginario. Entonces, no es posible. Yo sé que mi cuerpo no va a ser deseable ni voy a poder desear desde él si es diferente a otros cuerpos normativos. Obviamente, si nada más nacer o mientras crezco me ponen sobre la mesa las herramientas para que sí lo sea: ¿cómo voy a rechazarlas? Sería muy difícil rechazar unas intervenciones, quirúrgicas o no, que van a favorecer un desarrollo psicológico y sexual saludable. Además, sin que nadie se entere de nada; a veces ni tu misma. Voy a utilizar el sarcasmo: gracias John Money.

Por tanto, ¿yo que, tras haber sido educada desde que era una criatura como mujer, he conocido mi intersexualidad mientras era adolescente, qué pienso de la categoría mujer ahora que soy adulta? Lo primero que me viene a la cabeza: es una ficción dolorosa. He vivido en mis propias carnes como se crea un prototipo de mujer. Deseaba serlo. Acepté convertirme en ello. Hice todo lo posible para no desplazarlo. Aún así, me faltaba algo: nunca menstruaría. Incluso, si la ciencia avanzaba lo suficiente, cuando llegase a tener una edad considerada como fértil para un cuerpo femenino, podrían transplantarme un útero para quedarme embarazada de manera artificial. Actualmente, se ha empezado a hacer en el Estado español. Es más, si hubiese tenido una hermana que produjese óvulos o una madre con óvulos fértiles, podrían haberse congelado. Todos estos

temas los he escuchado en diferentes consultas, en distintos momentos, después de haber recibido un diagnóstico sobre mi cuerpo. Las HAC, también. ¿Cuánto estoy dispuesta a entregar por convertirme en ese prototipo de mujer?, ¿qué precio estoy dispuesta a pagar?, ¿cuántas violencias tiene que padecer mi cuerpo para conseguirlo? Y ni siquiera yo, mientras crecía, me había hecho la pregunta de si quería seguir perteneciendo o identificándome con una categoría mujer tan estricta y exclusiva.

Esta serie de consideraciones han sido pensadas a medida que he ido aceptándome como intersex y de-construyéndome como mujer. Durante ese recorrido han aparecido otras voces con nuevas historias que han enriquecido estos debates, que han abierto otros distintos. Por eso, tiene sentido colectivizarlo con las otras intersex y proyectar estos cuestionamientos aquí para todas las endosex que estén abiertas a recibirlos. Recuerdo que hace unos días, mi directora de tesis me preguntaba: ¿más allá de que esta tesis vaya dirigida a otras intersex, de qué maneras vas a interpelar a las que no lo somos? Sacar nuestras historias de los armarios, de las reuniones íntimas de nuestras asociaciones y desplazarlas a espacios más públicos como este proyecto de investigación para que puedan invitar a la reflexión es nuestra forma de interpelarnos a vosotras, a las personas endosex.

¿Por qué, vosotras, que en tanto que intersex evidenciáis la ficción del sistema sexual binario, os aferráis con uñas y dientes a esa categoría? De algún modo, se nos “impone” –o dicho de otro modo, se nos “encarga”– una misión que deberíamos hacer en colectividad el conjunto de personas que nos identificamos con la categoría mujer y que tenemos como objetivo su de-construcción o reflexión constante. Entonces, ¿es una responsabilidad de toda la sociedad trabajar para crear nuevos imaginarios sobre los cuerpos sexuados o es solo una responsabilidad de la comunidad intersex?, ¿caso no nos discriminan a todas las personas las normas que regulan el proceso de sexuación de las corporalidades? Por otro lado, si hay personas que han llegado a estas discusiones y están dispuestas a pensar sobre ellas, será porque de un modo u otro han sentido la abyección en sus cuerpos. Si es así, unámonos colectivamente, desde esa vulnerabilidad compartida como sujetos interrelacionados que somos.

Las HAC somos conscientes de que un cambio social relativo a un entendimiento más amplio y menos fijo de estas categorías lleva mucho tiempo. En cuanto te alejas del régimen político heterosexual, dejas de ser inteligible en términos binarios. Decía Carol Vance que ocurre lo mismo si hablamos de los idiomas. Algunas personas tienen más flexibilidad de género que otras o pueden

adquirir lenguajes secundarios y fluidos. Aún así, la mayoría de la gente tiene un idioma en el hogar y por mucho que aprenda otros tardaría mucho tiempo en interiorizarlos de la misma forma que aprendió su primera lengua. Así, habría zonas de comodidad en el hogar que necesitan mucho tiempo en ser modificadas o leídas de otros modos. A pesar de ello, asumir esta realidad, no puede paralizarnos. Tenemos que seguir ofreciendo alternativas, vías de escape, identificar las fugas, mostrarnos.

Una de las principales conclusiones tiene que ver, precisamente, con nombrar y poner en cuestión el sufrimiento que causa el sistema binario a todas las personas y, directamente, a los cuerpos de las personas intersex: «no puede existir personas intersex y existir el binarismo. Es una paradoja en sí. No existe el sexo binario»; «el binarismo es una construcción mental, es una construcción social, jurídica, que sirve para organizarnos, para controlarnos, y, claro, también para someternos»; «hay mucha variabilidad que no encaja dentro de esas dos concepciones»; «las intersexualidades nos muestran que la sexualidad es mucho más rica de lo que siempre hemos pensado, que no se trata de dividir entre hombres y mujeres, o en hombres, mujeres, y estados intermedios»; «repensar el sistema binario significaría que nuestros genitales, nuestra apariencia física, nuestros cromosomas, no limitarían nuestro deseo ni la forma en que nos presentamos al mundo, ni los rasgos con los que nos identificamos»; «las personas intersex somos la realidad que confirma que la sexualidad es un continuo»; «el problema son las categorías. Es útil categorizar pero no hay que perder de vista que están ahí para hacer una función científica de utilidad, [...] no confundir un ejercicio de categorización con la realidad».

La idea alternativa de pensar estas categorías como parte de un continuo con dos extremos opuestos y en el medio las intersexualidades, considero que no terminaría de ser una solución adecuada. De algún modo, seguiría alimentando el binarismo. Sobre esta idea, me hizo pensar una activista intersex francesa de la *OII Francia* –Mathilde– a quien entrevisté en 2018 y cuya historia se incluye en el libro “La rebelión de las hienas” (Gómez, 2022:194). Ella afirmaba lo siguiente: «si vemos el sexo como una línea con dos extremos opuestos, todo lo del medio sería lo diagnosticado, lo contradictorio, lo antinatural». Conversar con Mathilde me invitó a comprender que sería más correcto utilizar el término «constelación», «la constelación de los sexos» porque «todas las características sexuales son parte de esta constelación» y, por tanto, toda la diversidad de posibilidades corporales, sexuales, o de género cabrían en ella.

Por último, como muestran los soliloquios corporales expuestos, nuestros cuerpos esclarecen o evidencian la ficción del sistema sexual binario. Aún así, parecería que al haber asumido las opresiones de sus categorías ontológicas nuestra apuesta está más dirigida hacia una ampliación de las mismas. Una búsqueda hacia un concepto mujer o un concepto hombre más flexible, en constante construcción. Quizás, tengamos que plantearnos la idea de Haraway y pensar maneras de pensar el sexo, el cuerpo o el género como verbos que forman parte de esos mundos en marcha.

BLOQUE III

INTERSEXUALIDAD: SUJETO POLÍTICO Y DE DERECHOS

«Creo en la baja teoría en espacios populares, en lo micro, en lo irrelevante; creo que podemos marcar la diferencia concibiendo pequeños pensamientos y compartiéndolos lo más posible».
(Jack Halberstarm, *El arte queer del fracaso*)

En este apartado, el propósito es poner de manifiesto cómo el sujeto intersex y las personas participantes, además de favorecer con sus discursos a la producción de un conocimiento académico situado sobre la intersexualidad, cuando sale a la calle continúa trabajando por los derechos de la comunidad a través de otras prácticas políticas y asociativas.

Esta tesis, desde el inicio, además de ser un trabajo colaborativo también persigue un objetivo político. Lo es mi posicionamiento como autora y lo es la elección del sujeto de estudio, de los marcos teóricos y de la propuesta metodológica utilizada. Este conjunto de elementos lo hacen, además, feminista (Esteban, 2015: 61). Así, como afirma Marcela Fernández-Camacho (2021): «la investigación emerge como un instrumento para la lucha social e implica una doble jornada de trabajo». En este caso, la tesis es otra herramienta más de lucha social, que incluye elaboración teórica y activismo, y que trata de «propiciar una relación estrecha con los movimientos sociales» (Fernández-Camacho, 2021: 20-23). Y la doble jornada de trabajo consiste en todas las otras prácticas de transformación social y política que hacemos individualmente, que emergen al trabajar en proyectos comunes, o sobre las que reflexionamos en contextos asociativos. En las calles, dentro del feminismo, en las organizaciones intersex, en los colectivos LGTBI+, o como agentes políticos desde la incidencia política y social.

Este conjunto de prácticas y lugares de enunciación desde el activismo de calle, en las que un sujeto intersex está implicado o es interpelado, son las que voy a presentar a continuación. Lo haré centrándome en tres campos diferenciados, a la vez interrelacionados entre sí, que he dividido en tres apartados:

1. El movimiento feminista
2. El campo legislativo
3. El asociacionismo intersex

En estos tres apartados, trataré de: 1) reflexionar sobre la existencia de un sujeto intersex feminista, indagando en el debate identitario actual sobre el sujeto político en el feminismo para analizar cómo se relacionan las mujeres intersex con otros sujetos dentro del feminismo; 2) recoger los avances legislativos dentro del Estado español ante la emergencia de un agente político intersex que trabaja por tener representación en este campo y lucha por sus derechos; 3) exponer cómo el crecimiento exponencial de personas y grupos de activistas en todo el mundo ha favorecido la creación de redes y un trabajo colectivo de visibilidad sin precedentes dentro del territorio español.

APARTADO I. UN SUJETO INTERSEX Y FEMINISTA

En este primer apartado, con el objetivo de reflexionar sobre la existencia de un sujeto intersex feminista, me he dedicado a indagar en el debate identitario actual sobre el sujeto político en el feminismo y en cómo se relacionan las mujeres intersex con otros sujetos dentro del feminismo.

Dentro del movimiento feminista internacional –y desde hace algunos años, nacional– se está viviendo una crisis que está vinculada con los debates generados entre identidades colectivas en relación a la cuestión del sujeto político. La proliferación de grupos heterogéneos e interseccionales, que han roto con la idea de un sujeto mujer homogéneo y universal, lleva décadas exigiendo reconocimiento. Parecería, más que nunca, que se ha instaurado un orden jerárquico entre quién es, más o menos, mujer y quién es, más o menos, feminista.

Aunque es un tema que podría pasar por alto dentro de esta tesis, si lo hiciera no estaría siendo responsable con la colectividad a la que represento. Dado que, además, ha sido un debate que hemos tenido las HAC en varios contextos de militancia. Precisamente, porque es un tema de actualidad que, además de dirigir el foco hacia la comunidad de personas trans, pone en cuestión la existencia de corporalidades no binarias y, por ende, interpela tanto al grupo de las HAC como a la comunidad intersex. Algo que ha ocurrido previamente con las bolleras, las racializadas, las putas o las trabajadoras del sexo.

Por eso, indagar qué está pasando, por qué estas cuestiones generan tensiones cada vez más abruptas entre grupos (en apariencia irreparables), y cómo está influyéndonos y afectándonos a las personas intersex, es el objetivo de este apartado. La pretensión es buscar, a través de las contribuciones teóricas, alternativas de convivencia pacífica entre la variedad de grupos y corrientes.

A. Soliloquios corporales: ¿somos las HAC feministas?

Con el objetivo de situar el tema introducido, me ha interesado iniciar los soliloquios corporales reflexionando sobre cuál es la relación entre las HAC con el feminismo como movimiento político. Algunas de las cuestiones sobre las que vamos a pensar, son las siguientes: ¿soy feminista?, ¿qué es para mí el feminismo?, ¿me siento representada?, ¿he participado en colectivos o grupos feministas?, ¿qué herramientas me ha dado, si es que ha sido así, el feminismo como movimiento político y la investigación feminista para entender mi situación en el mundo con este cuerpo y esta identidad?

MER GÓMEZ

Soy feminista, o como decía bel hooks: estoy feminista. Y creo en el feminismo, en los feminismos, como un movimiento político radical para acabar con las opresiones que nos produce el sistema patriarcal y el orden socio-cultural heteronormativo en el que hemos sido socializadas. Gracias al feminismo, me identifico como mujer intersex, europea, blanca, precaria, bisexual, y cuir.

Pertenecer a Dones en Lluita (Castelló), primer colectivo en el que milité allá por el 2015, significó encontrar un grupo, de desconocidas pero de iguales dentro de la pluralidad, que nunca había tenido y que siempre había necesitado. Y digo esto porque, de repente, me descubrí en un espacio junto a otras, compañeras y desconocidas, que hablaban de una lucha colectiva y en comunidad. No importaba de dónde vinieses o cuáles fuesen las intersecciones que te atravesasen, tú eras una más dentro de ese grupo diverso. No dejaban de leer, de (re)pensar y de (re)pensarse, de aprender, de formarse, de ser cada vez más visibles y hacer llamamientos para llegar a otras personas. Así las encontré yo. Abogaban por un trabajo diario y una auto-de-construcción constante.

Yo –con mis diferencias corporales, marcada por mis cicatrices, con mi diagnóstico de “menos mujer” a cuestas, con todas mis inseguridades– nunca antes, hasta que llegué al grupo, me había sentido tan parte de algo, tan válida y respetada, tan acogida, tan cuidada, tan sostenida, tan libre y tan empoderada. Junto a ese grupo me atreví a gritar, por primera vez. Contra las discriminaciones de muchas y los derechos de todes. Cuanto tomas conciencia de esto, te sientas, escuchas, y te ves reflejada en los testimonios de las otras personas, te das cuenta de las opresiones compartidas y de que las violencias son múltiples. También de que el machismo y la rigidez de la heteronorma, nos habían silenciado y nos habían impedido acuerparnos para sentirnos vulnerables juntas. En mi caso, por mujer, por intersex, y por mujer intersex. Por mis intersecciones, tenía que colectivizarme, unirme a una revolución que iba más allá de lo íntimo. A una revolución política. A una revolución en la que, para mi, cabíamos todo tipo de personas. También las intersex, las trans, las maricas, las queer, las no binarias, las nuevas masculinidades. A todas estas, las fui encontrando a medida que caminaba, que me manifestaba, que cambiaba de contextos, que acudía a festivales, que impartía charlas, que escribía artículos o hacía entrevistas, que compartía ponencias y clases sobre género en la universidad, que me iba atreviendo a reivindicarme también como persona intersex.

Recuerdo asistir a las primeras manifestaciones en el año 2015 y sentir una especie de cosquilleo nervioso por el cuerpo por pertenecer a ese grupo minoritario que salía a la calle, gritaba a los cuatro vientos, y

estampaba pegatinas en las farolas mientras la policía nos vigilaba de cerca y mucha gente nos miraba atónita desde aceras y terrazas. Vestía camisetas con lemas feministas y, en según que entornos o establecimientos públicos, me sentía observada e interrogada. A veces, con miedo a ser interpelada o agredida. 2015 y 2016 fueron unos años en los que algunas de mi generación empezábamos a ser señaladas como esas pocas "feminazis" que habíamos llegado para aguar las fiestas navideñas, los eventos familiares, o las reuniones de amigos de toda la vida. Aún recuerdo mi primera vez en las calles fuera del contexto en el que me había construido feminista. Fue en Madrid, el 7 de noviembre de 2015, en una manifestación multitudinaria que fue un gran éxito dentro del Estado, en cuanto a organización y número de personas y colectivos asistentes. Había tantas banderas, tantos lemas, tantos grupos, tantos colores, tanta pluralidad de voces. Todas unidas por una misma causa: "conseguir una sociedad feminista para acabar con todas las opresiones".

Durante aquella iniciación al movimiento político pude aprender mucho y muy rápido. Sentía que había personas que llevaban años en la lucha y yo me había incorporado tarde. Me había perdido tanto. No sólo ocupaba las calles o me convertía en un cuerpo político, también preparaba programas de radio desde la universidad sobre feminismos y junto a feministas, escribía reportajes, iba a conciertos de *punk feminista*, interpretaba monólogos de la vagina incluyendo mi historia intersex como una realidad más, devoraba las grandes obras de la literatura y los ensayos políticos contemporáneos, asistía a reuniones y formaciones del colectivo y de otros grupos LGTBI+, y hasta me presencié en un juicio por violencia para apoyar a una compañera. Conocí a muchos, de muchos contextos, procedencias, con distintas intersecciones, que me enseñaron a hacer manada, a colectivizar malestares, a compartir vulnerabilidades y a gritar más alto que nunca.

A partir de ahí, no hubo vuelta atrás. He podido seguir los pasos del movimiento político, a la vez que he estado vinculada a la investigación académica feminista. Todo al mismo tiempo. Siempre he sentido orgullo de formar parte de esta revolución, de los colectivos que me he ido encontrando por el camino. A pesar de ello, debo admitir que en la actualidad me siento más interrogada que nunca.

LAURA VILA KREMER

Me considero feminista porque, más allá de que crea en la igualdad de derechos para todas las personas y en que hace falta luchar para combatir la desigualdad que existe en términos de poder y que se da por esta sociedad patriarcal, me siento feminista porque tiene que ver con la manera en la que estamos, habitamos y transitamos diariamente en sociedad.

Hace poco he escuchado a una activista tullida hablar de porqué ella era activista, decía que diariamente pensaba y re-pensaba maneras en que tanto su cuerpo como el de las otras eran injustamente discriminados y en buscar manera de combatir esa discriminación y violencia. Yo me siento feminista por eso, porque diariamente son las gafas a través de las que intento mirar mi manera de ser en el mundo y mis relaciones con las demás personas.

Actualmente estoy en un colectivo que se llama *DONAS Y CULTURA* y es como un punto de encuentro para poder compartir malestares que tenían que ver con el hecho de ser mujer y, además, con el hecho de trabajar en la cultura en cualquiera de sus disciplinas o ámbitos y que, poco a poco, se ha ido transformando en una plataforma con cierta incidencia incluso a nivel institucional. Tengo la suerte de trabajar, además, con algunas compañías en las que eso está muy presente.

Mi experiencia como mujer intersex dentro de esos colectivos es muy curiosa porque como yo no lo he visibilizado eso no ha sido un tema y, a la vez, como hay tanto desconocimiento o tanto mal conocimiento tampoco la cuestión intersex estaba ahí y yo tampoco sentía que tuviese un espacio fácil en el que poder hablar. Ahora sí, ahora empieza a ser un poco más fácil. Cuando a mí me es fácil hablar como mujer intersex lo hago en pequeños grupos, todavía no lo he hecho en un gran colectivo, más allá de charlas quiero decir, pero en una asamblea de un colectivo eso no ha sucedido. Repito, porque no se habla, porque aunque haya más personas que son intersex no lo compartimos y ni yo lo he hablado ni he encontrado que haya un espacio en el que me inviten a hablarlo porque hay gente que no tiene ni idea de esto.

A la vez, siento que con el último colectivo feminista en el que he empezado a militar que se llama "i de intersex", me está dando herramientas para poder visibilizar mi particularidad intersex en otros colectivos feministas: mi experiencia como mujer intersex. Esto cada vez me está aportando más para poder llevar eso de una manera fácil y cómoda a colectivos feministas porque, a lo mejor, hace falta hacer divulgación de qué son las intersexualidades pero a la vez también puede haber un espacio para que mi experiencia esté ahí y sea tenida en cuenta. Ese trabajo lo tengo que hacer previamente con mis compañeras intersex.

ALEKSANDRA K.

Evidentemente me considero feminista porque soy consciente de esa opresión a la mujer que se ejerce desde siglos atrás hasta ahora. No serlo sería, para mí, ser consciente de una ignorancia y no asumirla... esa opresión y esa lucha por mejorar nuestras vidas.

Para mí, en eso consiste la percepción de ser una mujer feminista. Ser consciente, establecer lazos con otras mujeres que sufran esa misma opresión o personas que se identifican como mujeres, u otros colectivos oprimidos que estén en los márgenes o en las periferias del patriarcado, y reivindicar nuestros derechos. Para eso también entra dentro de ser feminista. Por no hablar de ecologismo, antiglobalización, otras realidades de un ser y estar en un mundo en el que todos tengamos las mismas oportunidades sin que este discurso llegue a la ideología marxista, que la tengo.

No, he militado en colectivos pero he estado en ponencias, charlas, en grupos de feministas, hasta he estudiado un master de Estudios Feministas. Es curioso, haber hecho un master y no haber militado en colectivos pero es que todas mis redes son feministas.

IOLANDA MELERO

Me considero feminista porque sí que creo que ha habido una desigualdad muy fuerte y muy potente entre los hombres y las mujeres. Ha habido una violencia hacia las mujeres, también creo que hacia los hombres. Con el machismo y el patriarcado, todos perdemos. Los hombres, aunque sea de una manera más sutil, también pierden y han perdido, tienen mucha presión. Creo que esto nos ha producido mucho sufrimiento a lo largo de la historia y aún sigue presente.

Por eso me considero feminista, porque a mí me gustaría y deseo que la sociedad avance y consigamos que estas desigualdades desaparezcan y que el patriarcado, en ese sentido, se difumine. Que todos seamos más libres independientemente del género y estemos menos esclavizados y menos condicionados.

Yo recuerdo en la universidad, en psicología, cuando hablamos de las diferencias en los anuncios publicitarios de niños o de niñas, por género, y entonces empecé a flipar y dije: "vaya tela, qué diferencia". Fue muy potente poder ver eso. A nivel teórico, no sé si yo he leído mucho sobre feminismos pero yo, de niña, siempre he sido muy reivindicativa desde que era pequeña, reivindicaba que mi hermano del que siempre he tenido celos, de cara a mi madre siempre he reivindicado la igualdad, que él también podía recoger, que se libraba de las tareas de la casa, que nosotras (somos dos hermanas y él) teníamos que hacerlo y él no, que siempre salía escaqueándose.

A mí, el feminismo, lo veo como a nivel práctico, de todos los avances que se han ido consiguiendo. Reconozco que no he leído mucho de feminismo sino es más como me he considerado desde niña, en esa cosa de decir: "por qué hay que diferenciar determinadas cosas por tu género". He cuestionado todos los patrones establecidos, desde adolescente, sin la teoría, no he necesitado de esos paradigmas ni de leer libros.

LILITH MARTÍ

Yo empecé a considerarme feminista con trece años porque en mi instituto se trabajaba bastante la igualdad. Empecé como empezamos todas, a ser feminista de la igualdad. Yo pensaba que el feminismo era la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres.

A día de hoy, entiendo que es algo más complejo que eso, que el feminismo es una lucha en contra de toda discriminación, de toda injusticia, que es antiracista, que es anticapitalista, que es anti-lgtbifobia. No debemos luchar por una supuesta igualdad entre hombres y mujeres sino que tenemos que luchar por dinamitar el sistema, tal cual. El patriarcado, el capitalismo, la heterosexualidad como régimen político, la heterosexualidad impuesta, etc. Por eso soy feminista.

Sí que he militado en colectivos, de hecho formé parte del nacimiento de un colectivo feminista que se llamaba "FEM SORORITAT". Mi experiencia como mujer intersex, dentro de ese colectivo, fue bastante positiva porque fueron de las primeras personas con las que salí del armario como intersex. Me acuerdo que estábamos en una de las asambleas que hacíamos, hablando de hacer unas jornadas, y yo les conté que me

parecería interesante hablar de diversidad sexual y que me gustaría hablar como mujer intersex. Me sentí muy acogida, muy acompañada, la experiencia fue bastante positiva.

Por otra parte, los feminismos, a nivel teórico sí que me han ofrecido herramientas para empoderarme. Sobre todo, yo creo que en cuanto al sexo, en cuanto a saber que sexo no es igual que penetración, que no se reduce al coitocentrismo, empoderarme en cuanto a saber decir que no, en cuanto a detectar la violencia sexual que he sufrido, que se me haga chantaje emocional o sentir mal. Momentos que he pasado por alto pero es cierto que los feminismos me han dado herramientas para saber analizarlo y aceptar, por ejemplo, que he sufrido violencia sexual, como imagino que le ha pasado a muchas mujeres.

ANA BELÉN

Me considero feminista, porque nos han inculcado la supremacía del macho y de los valores asociados a lo masculino y esto no es real. Porque, por este motivo, como mujer he sufrido discriminaciones, inseguridad, sentimiento de inferioridad, he adoptado el rol que el patriarcado considera permisible en una mujer, despreciando otras aptitudes, otras potencialidades que también habitaban en mí para ser aceptada, limitándome, constriñéndome, quitándome libertad. Y como mujer intersex he sufrido violencia y he tenido que manipular y adaptar mi cuerpo a lo que el patriarcado considera que es una mujer aceptable.

Considero que toda esta mierda es injusta, es vejatoria, es asfixiante y debemos ser consciente de ella y del sufrimiento que ocasiona. Debo decir que, por mis complejos, por las diferencias que he sentido entre mi cuerpo y el cuerpo de otras mujeres, me han hecho alejarme de todos los grupos de mujeres, incluidos los feministas. No he militado en ningún grupo o colectivo feminista.

Como víctima del patriarcado, los feminismos me podrían haber ofrecido herramientas para enfrentarme a las situaciones de abuso pero los recursos que he ido obteniendo los he conseguido de otras fuentes. Aunque, desde la primera consulta en el médico, intuí que la razón fundamental por la que debían operarme era porque no era permisible que mi cuerpo tuviera testículos, pasó tiempo hasta que admití que el origen del maltrato a mi cuerpo tenía como base que el patriarcado no aceptaba mis diferencias. Así que no, particularmente los feminismos no me han ayudado a identificarme como mujer y, desde luego, tampoco como intersex.

CAMINO BARÓ

Me considero feminista porque creo en la igualdad entre personas indistintamente de su género. Con igualdad me refiero a tener los mismos derechos, las mismas oportunidades. Ya sea, o te identiques, con el género hombre, mujer, no binarie, etcétera.

He militado en *ÓRBITA DIVERSA*. Hay como dos áreas importantes, una la LGTBIAQ+ y otra la feminista. Como mujer intersex, en este grupo, me he sentido totalmente integrada, siempre en los debates se tenía en cuenta mi opinión como cualquiera de las demás. Incluso, a veces, un poco más. Mi opinión podía ser

especialmente interesante.

Los feminismos me han dado herramientas para empoderarme, tanto a nivel teórico como práctico, en conversaciones, pedagogías, debates... desde que he descubierto el feminismo, que ha llegado a mi vida muy tarde, porque yo siempre he dicho que era feminista pero meterme en fregaos y ponerme a discutir y tener el filtro de las gafas violetas para todo... siempre se te van a escapar cosas. Me puse las gafas violetas bastante tarde, coincidiendo con mi terapia personal.

Lo que sí detecté es que, según iba avanzando en mi terapia personal, iba avanzando también en el feminismo, eran como dos termómetros que iban subiendo. Mi identidad como mujer, que siempre había estado condicionada por mi insensibilidad a los andrógenos, se iba fortaleciendo en la medida en la que yo defendía más el feminismo. No sabría decir muy bien que fue antes pero se alimentan mutuamente. Según iba entendiendo, leyendo más, a teóricas feministas, hablando con compañeras sobre feminismo, mojándome más, iba aumentando mi identificación como mujer intersex.

Digo como intersex porque sí que percibo una diferencia notoria entre la Camino que no había descubierto el feminismo en cuanto a cómo se relacionaba con su condición intersex, de la Camino de después de descubrir el feminismo. Antes era una Camino que se sentía mujer pero con dudas, con lagunas, con más sombras que luces, más sensación de fraude, de no corresponder al concepto o no encajar en el sujeto mujer. Sin embargo, según he ido empoderándome en mi terapia, he ido poquito a poco identificándome en el sujeto mujer con más confianza y más segura de mí misma.

ASMI MOLINA

Habría qué definir que es ser feminista y en qué lugar te colocas. Yo soy una persona que apoya que la sociedad necesita potenciar las cualidades de lo femenino, en cualquier área, no solo en las mujeres endosex sino en cualquier área. Se necesita porque ha habido un trabajo muy importante de siglos en los que se ha denigrado y se ha colocado en un lugar muy secundario a la mujer, a lo femenino, hasta conseguir que, incluso, dentro de lo femenino se vea como normal y se potencie el machismo.

No me considero feminista activa. Me ha tocado debatir con feministas muy radicales y tampoco me veo ahí. No soy feminista y sí lo soy, lo soy a mi forma. Parto de la base de que, aunque me sintiera mujer, tampoco sería plenamente feminista en todos los conceptos del feminismo. He estado durante un tiempo asistiendo a reuniones en ALDARTE, que es un grupo de gente feminista, también con gente trans y de apoyo al colectivo LGTBQ+, habitualmente eran mujeres cis. Yo, a veces, puntualizaba cosas. No iba con un afán de imponer mi opinión sino de escuchar y ver hasta que punto yo me sentía en las condiciones que tenían ellas, había cosas que sí y cosas que no.

El feminismo, en esencia, es la intención que han puesto las personas femeninas en salir del agujero en el que estaban hasta ahora culturalmente, socialmente, políticamente, en todas las facetas de la vida. Para mí, eso es el feminismo. Es la lucha por intentar llegar a la igualdad con el resto de los otros géneros. Creo que

no me puedo reflejar en el feminismo, porque al considerarme una persona con género en construcción pues tengo una parte femenina pero no es mi prioridad sentirme reflejada dentro del feminismo. Creo que hay casta, creo que las feministas han conseguido un estatus, sobre todo las personas que mueven el cotarro del feminismo. La negación de que pueda abrirse más esta categoría y de cómo les puede repercutir en la política y en las subvenciones, me parece que rompe muchas condiciones que ellas exigían para sí.

Yo he sido muy consciente del machismo imperante y aunque el feminismo no me reflejaba me he dado cuenta de la imposición machista de la sociedad en casi todos los planos. Incluso el macho alfa y el pensamiento único dominante, a los disidentes de ese machismo y que tienen masculinidades diversas, también les machaba.

El hecho de que yo internamente me pudiera sentir a veces hombre, pero no tener atributos masculinos, por tener un par de tetas que les hacía mirarme con deseo y me ponía en una desventaja. Durante mucho tiempo he tenido la sensación de que iba a ser víctima de un linchamiento, de que al final iba a haber un grupo de hombres que iban a querer ver mi diferencia, mi diversidad, que se iban a reír y me iban a atacar. Eso lo pienso desde hace muchísimos años e incluso ahora, en algunos momentos, lo sigo sintiendo como un miedo interno que, además, en diferentes películas y literaturas con personas intersex se ha producido. Entonces, es algo que tenía como muy integrado.

SUSANA LESTEIGA

Creo que sí soy feminista, pero no he hecho nada especial. No he militado, no he participado en nada específicamente feminista, no sé hasta qué punto soy feminista. Yo creo que sí, que soy feminista, sí que creo que mi vivencia de cercanía con gente como Miquel Missé, Teo Pardo, pues me dan una visión muy interesante del feminismo, de lo que significa. Y no solo simplemente defender, amplificar o cambiar el rol de la mujer en la sociedad. Inicialmente era lo que yo pensaba que era el feminismo pero creo que, en realidad, va mucho más allá. Missé, sé que habla siempre desde este punto de vista de los feminismos. Pero yo no estoy nada informada ni cultivada en estos temas.

Aún así, antes de Grapsia, de toda la gente más trabajada o cultivada que conocí a posteriori, pensaba el feminismo como algo de las mujeres, de tener un rol mejor en la sociedad. Con esto siempre estaba de acuerdo pero, al mismo tiempo, el feminismo nunca me ha llamado especialmente porque, quizás, también había una parte de que yo no me sentía suficientemente mujer.

Quizás, por eso, el meterme en discursos de otra índole dentro del feminismo, digamos, con visiones más amplias, ahí sí creo que me ha ayudado. No lo había pensado nunca pero sí que me ha ayudado a identificarme más como mujer porque ver a personas trans, ver a hombres trans, defender el feminismo, te abre la mente. ¿De qué estamos hablando exactamente? De repente, estoy incluida, me siento incluida.

RAQUEL M.

Me considero feminista porque soy mujer y porque estoy expuesta a vivir las dificultades, las desventajas, de la atmósfera heteropatriarcal. Al final, desde el feminismo, se busca conquistar un empoderamiento femenino teniendo en cuenta la estructura de poder que ha tenido la figura del hombre heteronormativo.

Aunque no he militado en colectivos, yo el feminismo lo he tenido muy presente desde mi adolescencia, era algo que cuando era más joven ya se hablaba, aunque todavía no había explotado la bomba feminista de 2018. Es verdad que he estado en un entorno en el que se hablaba mucho de feminismo, pero desde el punto de vista de la lucha de la mujer, como se entiende desde siempre el concepto mujer, sin matices, con una perspectiva muy binaria.

Es verdad que me ha ayudado a empoderarme como intersex porque, por haber entendido el porqué de la necesidad de la lucha feminista, a lo mejor, esos planteamientos me han podido ayudar a entender porqué como intersex tengo que luchar por mis derechos.

1.1 Feminismos interseccionales y (trans)fronterizos

Los movimientos y la teoría feminista han ido evolucionando desde que tuvieron lugar las primeras movilizaciones de mujeres en defensa de sus derechos. El feminismo, gracias a la adhesión de nuevos grupos e identidades, se ha ido complejizando e incorporando nuevas variables e intersecciones representativas de toda la sociedad feminista y no sólo de un grupo homogéneo. A medida que emergían nuevas voces, corrientes y temáticas, que siempre habían estado pero estaban relegadas a los intersticios, aparecerían también las divisiones.

Algunos planteamientos teóricos y políticos (feminismo de la igualdad o feminismo radical) defienden un único sujeto universal: el de la «bio mujer cisgénero». Mientras que para otras (transfeminismos o feminismos queer) seguir pensando que existe un único sujeto universal y homogéneo, con unas características corporales determinadas, es un error. En este sentido, aunque admito que la categoría mujer es representativa del movimiento feminista también reconozco que esas mismas categorías ontológicas han surgido dentro de una matriz heterosexual y un orden social patriarcal-etnocéntrico. Por eso, entiendo que una de las labores como feministas será, al menos, cuestionarlas.

Cierto es que las diferencias no son algo exclusivo de la contemporaneidad ni de un país en concreto. Ya en los años sesenta, en el contexto internacional, se reivindica un sujeto mujer –en

singular y universal— que reclama los mismos derechos y las mismas oportunidades que los hombres en una sociedad que subordinaba y discriminaba por las diferencias de género. Posteriormente, en los años ochenta, será cuando comiencen a escucharse voces que denunciaban la segregación o exclusión a la que se veían sometidas algunos grupos de mujeres —lesbianas, chicanas, negras, transexuales, intersex, obreras, trabajadoras del sexo, etc.— dentro del movimiento y criticaban la falta de representación en los discursos feministas mayoritarios. Discursos que no tenían en cuenta factores transversales como la raza, la procedencia, la clase social, la orientación del deseo, o la identidad. A partir de la década de los ochenta, sobre todo en Norteamérica, el activismo de colectivos de lesbianas, el movimiento de liberación negro, el movimiento del VIH por las personas homosexuales, el movimiento queer, o el incipiente movimiento intersexual, consiguieron que nuevos grupos sociales se organizaran en sus luchas con lenguajes, temas y formas de hacer activismo novedosas; circunstancia que propició nuevos desplazamientos.

Durante la década de los ochenta, feministas como Angela Davis, bell hooks, Gayatri Chakravorty Spivak, Avtar Brah, Barbara Smith, entre otras, vendrían a ampliar los discursos dentro de los feminismos periféricos para evidenciar opresiones que se suman a ese sujeto monolítico «mujer» que había sido instalado en el imaginario social para dar paso a la agencia de las otras «mujeres» y posteriormente a la aparición de lo «queer». Estos grupos reivindicaban que a las opresiones que generan las categorías sexo, género o sexualidad, se suman y entrecruzan dentro de una línea horizontal las que tienen que ver con la raza, la etnia, la procedencia, o con la clase social a la que pertenecemos.

Una de las voces que he querido traer al debate es la de Audre Lorde. Activista afroamericana, lesbiana y escritora. Apelando a la importancia de utilizar la voz y salir del silencio social impuesto, escribió en *La hermana, la extranjera* (2003): «La muerte es el silencio final. Mis silencios no me han protegido. Tu silencio no te protegerá». Un texto que habla de lo que suponía ser negra y ser lesbiana, de qué implicaciones tiene levantar la voz y no quedarse callada, de «auto-cuidarse». Ella decía que hemos sido socializadas para «respetar el miedo por encima de nuestras necesidades por el lenguaje y el sentido, y mientras esperamos en silencio a que llegue el final, el peso de ese silencio nos ahogará». Asimismo, en una conferencia que tuvo lugar en 1979 leería un texto que —a ninguna feminista ni de aquella década ni de la actualidad— dejaría indiferente:

«si la teoría feminista estadounidense no necesita explicar las diferencias que hay entre nosotras, ni las resultantes diferencias en nuestra opresión, entonces ¿cómo explicáis el hecho de que las mujeres que os limpian la casa y cuidan a vuestros hijos mientras vosotras asistís a

congresos sobre teoría feminista sean, en su mayoría, mujeres pobres y mujeres de color? ¿Qué teoría respalda el feminismo racista?⁶⁰» (1979).

En esta línea, bell hooks –escritora y académica, activista social antirracista y feminista– siempre se mostró crítica con discursos procedentes de otras feministas que, como Betty Friedan (1963) en su famoso texto “La mística de la feminidad”, mientras hablaban de liberar de los trabajos domésticos a las mujeres de su clase y reivindicar el acceso a una carrera o a un trabajo como los hombres, obviaba que había otras que ocuparían su lugar:

«No hablaba de las necesidades de las mujeres sin hombre, ni hijos, ni hogar. Ignoraba la existencia de mujeres que no fueran blancas, así como de las mujeres blancas pobres. No decía a sus lectoras si, para su realización, era mejor ser sirvienta, niñera, obrera, dependienta o prostituta que una ociosa ama de casa» (hooks, 2004: 34).

Sin pretender desacreditar las contribuciones de Friedan, ni la de otras feministas que defendían esa realidad como una máxima de todas las mujeres estadounidenses, hooks evidencia cómo esos discursos obviaban intersecciones como el clasismo o el racismo.

Lo que hooks ha pretendido a lo largo de su trayectoria es, precisamente, hacer pensar a otras mujeres –blancas, clase media, heterosexuales– que dominan y articulan el discurso feminista que, más allá de sus situaciones personales, hay otras experiencias. Para que fuesen entonces –y seamos ahora– conscientes de «hasta qué grado sus puntos de vista reflejan prejuicios de raza y de clase, aunque ha existido una mayor conciencia de estos prejuicios en los últimos años» (hooks, 2004: 35). A pesar de que «todas las mujeres están oprimidas», por el hecho de compartir una identidad, no todas vivimos la opresión de las mismas formas ni tenemos las mismas posibilidades de elegir.

A su vez, la voz de Gloria Anzaldúa –activista política chicana, mestiza y lesbiana– llegaba también a la academia, desde los márgenes, para inspirar y analizar cómo lo fronterizo se convierte en una herramienta política de transformación social al mutar y reconstruirse constantemente.

60

Extracto de la conferencia: Las herramientas del amo nunca desmontan la casa del amo, un texto que Audre Lorde leyó en 1979 en el Instituto de Humanidades de Nueva York que se recoge en “La hermana, la extranjera”.

Anzaldúa va un paso más y reivindica la «hibridez», el «mestizaje». Habita el «mundo zurdo» desde el que propone construir otros universos, otras comunidades, otras relaciones posibles entre personas. Siempre cuestionándose quién es y qué variables le atraviesan: «soy una lesbiana feminista tercermundista inclinada al marxismo y al misticismo. Me fragmentarán y a cada pedazo le pondrá una etiqueta». En su ensayo, “*Borderlands, La Frontera*”, dijo:

«Para las lesbianas de color, la máxima rebelión que pueden emprender contra su cultura nativa es a través de su conducta sexual. La lesbiana va en contra de dos prohibiciones morales: sexualidad y homosexualidad. Siendo lesbiana y creciendo católica, adoctrinada como heterosexual, *I made the choice to be queer*. Es un camino interesante que se desliza continuamente dentro y fuera de lo blanco, de lo católico, lo mexicano, lo indígena, los instintos» (Anzaldúa, 2004: 76).

Por otro lado, Charyl Chase —una de las primeras representantes del activismo intersex y fundadora de la ISNA, *Intersex Society of North America* (Sociedad Intersex de Norteamérica)— se unió a los debates del feminismo norteamericano para invitar a la reflexión sobre qué cuerpos y situaciones conviene silenciar desde Occidente. Según Chase (1998):

«Al examinar como las feministas del primer mundo y los medios de comunicación dominantes tratan las prácticas africanas tradicionales, y al comparar este tratamiento con sus respuestas a la mutilación genital intersexual en Norteamérica, se evidencian algunas de las complejas interacciones entre ideología, raza, género, colonialismo y ciencia que de forma efectiva silencian y vuelve invisible la experiencia intersexual en los contextos del primer mundo. La mutilación de los genitales intersexuales se convierte así en otro mecanismo oculto de imposición de la normalidad sobre la carne insumisa, una forma de contener la anarquía potencial de los deseos e identificaciones dentro de estructuras opresivas heteronormativas» (1998: 189-211).

Estos desplazamientos del sujeto político homogéneo a una multiplicidad de sujetos agentes, de micropolíticas identitarias, se darían antes fuera del Estado español que dentro de sus fronteras. Aunque ya había aparecido un sujeto mujer unitario desde los movimientos de mujeres anti-franquistas, lo cierto es que la dictadura había ido reprimiendo la mayoría de los movimientos de lucha social colectiva que iban surgiendo. Las voces de feministas que empezarán a problematizar la categoría mujer en el Estado español llegarán más adelante, durante la década de los ochenta y principios de los noventa. Además, tendrán una importante participación de colectivos de lesbianas, de trabajadoras sexuales o de personas transexuales. A pesar de las diferencias que pudiera haber en aquel momento, dentro de los movimientos feministas del post-franquismo, había más alianzas que confrontaciones y dista mucho de la experiencia del feminismo radical estadounidense mencionada.

B. Soliloquios corporales: los privilegios, y la falta de ellos

El feminismo, como movimiento político, ha integrado desde hace décadas algunas demandas de la comunidad intersex. Nos ha proporcionado herramientas y marcos en los que ser posibles. Junto a las otras feministas, cada cual desde su intersección, hemos ido construyendo colectivamente un movimiento cada vez más amplio e integrador. A medida que crecía el movimiento, que aumentaban las particularidades, necesidades, deseos o demandas de sus diferentes protagonistas, han ido aparecido tensiones y fricciones entre grupos. Por tanto: ¿dirías que dentro del feminismo hay unos sujetos con más privilegios que otros?, ¿si es así, por qué crees que ocurre?, ¿las mujeres intersex estamos expuestas a sufrir violencias y discriminaciones, como cualquier otra mujer endosex, por el hecho de compartir una identidad común?, ¿algunas mujeres estarían perdiendo derechos con la aparición de las intersex?, ¿las tensiones tienen que ver con los privilegios?, ¿quién puede ser sujeto del feminismo?.

MER GÓMEZ

Para mi, leer a feministas interseccionales, me ayudó a reconciliarme con mis diferencias y ha sido un paso importante a la hora de auto-afirmarme como intersex. Identificarme desde ese lugar me hizo consciente de la falta de reconocimiento que tenía como intersex pero también me ayudó a cuestionarme mis privilegios respecto a otras personas y colectividades.

Desde que recibí un diagnóstico, todo mi empeño había estado focalizado en parecer ser la más mujer. Tanto tiempo intentando pasar desapercibida, queriendo que no se me notase nada, que nadie se enterase de nada. Silencio, silencio, silencio. Los protocolos clínicos, desde el día cero, fueron encaminados hacia esa dirección. Si yo no decía nada, nadie tendría que saberlo. Si me faltaba pecho, con los estrógenos se supliría. Si mi vagina era más corta que lo que los cánones estéticos establecidos, me harían una cavidad vaginal mayor. Si mi cuerpo no era reproductivo, «la ciencia avanza y en el futuro habrá trasplantes de útero». Todo con un mismo objetivo: no desestabilizar el binarismo. Seguir pareciendo una mujer normal, como cualquier otra. Lo que yo entonces no sabía es que la idea de normalidad es, precisamente, la principal fuente de exclusiones y violencia. Llevaba años aferrándome a una idea de mujer que no existe. Al menos, no como algo rígido y homogéneo. Al menos, no como una unidad que nos represente a todas por igual. Además, excluyente. Cuánto sufrimiento he padecido por querer cumplir el arquetipo impuesto, ese al que las feministas clásicas siguen aferrándose con uñas y dientes. En vez de haberme nutrido de los aprendizajes de otras feministas, como Lorde, Anzaldúa o Wittig, y de los discursos que venían desde lugares menos privilegiados.

Ese imaginario binario, ese régimen heterosexual, ha sido mi enemigo todo el rato pero también mi aspiración máxima. Una aspiración impuesta por el discurso social y los imaginarios culturales en los que he crecido, por supuesto. Si durante todo mi proceso yo hubiese leído a estas autoras que defendían otras formas de ser mujer, de rechazar ser un tipo de mujer, incluso de cuestionar/superar la categoría mujer como tal, quizás mi vida habría sido más feliz. De hecho, ahora que lo soy, o que busco serlo tras aceptar a mi cuerpo, me doy cuenta de que las mujeres como las que yo quería ser, son además esas que hoy me discriminan, me rechazan y me excluyen de sus grupos, de sus agendas y de su identidad.

Si miro hacia atrás, me duele haberme escondido y haber querido pasar desapercibida. Me entristece pensar que no he tenido herramientas ni referentes en mi contexto para salir de ese bucle. También, por supuesto, me siento orgullosa de que ese aprendizaje me haya traído aquí. Siento que el primer paso es tomar conciencia de tu situación, analizar tus propios conocimientos situados como dice Haraway. En ese ejercicio he sido capaz de observar qué discriminaciones he vivido, por no ser endosex ni cis, pero también cuáles han sido mis privilegios, como blanca, como europea. Todo ello me ha permitido ampliar mi abanico, mirarme en otras personas, reconocer que hay gente que ha estado y está expuesta a más violencia que yo aunque nos atravesase una misma variable como puede ser la intersexualidad –por su contexto, su procedencia, su clase, su etnia, su situación económica–. Aprender de esto hace que me revise constantemente, para evitar borrar e invisibilizar a otras personas más vulnerables. Y aún así, sé que estoy expuesta a cometer errores pero dispuesta a asumirlo para no repetirlo. Me gustaría seguir aprendiendo de ello y sé que solo puedo hacerlo si me rodeo de personas diversas, de grupos heterogéneos, de toda la gente que sabe lo que implica vivir en ciertos márgenes.

Yo no quiero a nadie, que desde un movimiento que es casa y que nos acoge, pretenda estar por encima de otras personas que han estado en todo momento siendo un colchón en el que sustentarse para llegar a sentirse con ese poder. Que haya diferencias y debates es sano, incluso necesario. Que haya jerarquías, odio, y violencia es estar del lado del opresor. ¿Acaso no hemos aprendido nada?

LAURA VILA KREMER

En el feminismo unas tendremos siempre más privilegios que otras, y esas otras más que otras. Eso está relacionado con los desequilibrios de poder que se dan en función de los contextos. En los feminismos no todas tenemos los mismos privilegios y eso va cambiando en función del contexto y de nuestro entorno. No creo que, porque aparezcan nuevos sujetos, nadie esté perdiendo derechos.

Yo creo que, por ejemplo, las mujeres intersex estamos expuestas a sufrir las mismas violencias y otras más que otras mujeres endosex, las que tienen que ver también con las violencias médicas o las que tienen que ver con violencias derivadas de explicar tu historia o exponer tu cuerpo, tanto a nivel íntimo como social, que esas serían las añadidas.

El feminismo que a mí me hace sentir acogida, en el que yo me anclo para empoderarme y hacer mi activismo, lo que defiende es la seguridad de todas y la justicia social. En ningún caso, ese feminismo, el que yo entiendo, en el que me inspiro, del que cojo herramientas, no reclama unos derechos a costa de otros porque para mí dejaría de ser feminismo. Y, en cualquier caso, para que eso no pase, siempre tenemos que revisarnos y asegurarnos de que el discurso que tejemos para seguir reclamando derechos de todas – incluso aquellas que todavía no han tenido la oportunidad de hacerlo– sea complejo y sea rico en matices para asegurarnos que ese reclamo no borra los otros.

Yo creo que abogar por expandir, flexibilizar y ampliar las categorías no tiene porqué contradecirse o no

tiene porqué borrar la categoría mujer como reivindicación política. Es decir, creo que flexibilizar el sistema sexo-género-deseo no está reñido con utilizar la categoría mujer desde una reivindicación política. Es como cuando usamos el femenino plural, yo lo estoy usando como una reivindicación política y un hecho de justicia histórica social. Precisamente desde ahí es desde donde también encuentro las fuerzas junto a mis compañeras para pensar esa categoría de otras maneras. Una cosa no está reñida con la otra.

ALEKSANDRA K.

Las mujeres intersex no estamos visibilizadas en todos los colectivos feministas. A veces, te sientes apartada porque solo se están reivindicando, a lo mejor, vivencias que no son cien por cien las tuyas. En cambio, eso no pasa en los feminismos que sí que incluyen la categoría intersex, que aceptan las realidades trans, que defienden que hay otras formas de ser mujer. Dentro de esos feminismos, sí me he sentido representada y también escuchada. Feminismos periféricos podríamos llamarlos.

Estamos expuestas a sufrir las mismas violencias que cualquier otra mujer y además, a todo esto, también estás expuesta a sufrir las violencias como intersex. Al ser leída como mujer y al ser leída, además, como mujer intersex. Son dos exclusiones diferentes. Entonces, si no son las mismas, el 95% sí. El otro 5% sería para las mujeres cis. ¿Sabría decirte ese 5% de violencias qué podríamos diferenciar? No sé, quizás en situaciones como el parto, tampax, compresas, la discriminación de esas industrias.

Dentro de los feminismos hay algunos sujetos que tienes más privilegios que otros. Recalcar, las blancas, burguesas, cis. En el feminismo sí hay mujeres que tienen más privilegios por su escalafón social que otras mujeres. Y se evidencia por una alianza clara con el capitalismo en este contexto histórico en el que estamos viviendo. Igual que nosotras tenemos más privilegios, por blancas, que una mujer racializada. Hay que ser consciente de ello y ocurre esto por la percepción que tiene el patriarcado de las mujeres más válidas y menos válidas. Entramos en esa rueda del juego, el discurso patriarcal capitalista dice que hay mujeres más válidas, y las mujeres que asumen ese rol discriminan con las mismas cartas que les ofrecen. Es incoherente pero no dejan de producirse esas violencias. De forma directa e indirecta, consciente o no consciente.

¿El sujeto del feminismo es amplio? No creo que nadie pierda derechos porque aparezcan nuevos sujetos. Las mujeres cis, privilegiadas y privilegiadas, cuando tienes una ideología muy estanca y muy categórica, la vivencia de la diversidad que acogen otros feminismos más plurales puede llevar a condicionarlas y a preguntarse si están haciendo un feminismo correcto. Cuando hay algo que cuestiona mi esencia, lo aparto. Por miedo, por no perder ese privilegio, para no cuestionarse la realidad. Se está luchando por una discriminación que están sufriendo solo unas mujeres mientras excluyes a otras realidades que están pagando por ver evidenciado ese triunfo de su feminismo.

Es una postura muy cobarde. Está en jaque ese tipo de feminismo por la aparición de nuevas realidades. ¿Y qué están haciendo? Excluyéndolos. Porque, según ese tipo de feminismo, hay personas que no se pueden categorizar como mujeres y no van a sentir esa opresión, aunque son personas leídas como mujeres o son personas transexuales. Uno de los mayores miedos para las personas cis género es cuestionarse los

privilegios. Si se cuestionan eso, desmontarían su feminismo.

IOLANDA MELERO

Si nos identificamos como mujeres, si nos vivimos como mujeres, ¿por qué no vamos a estar expuestas a sufrir violencias? Yo no diría las mismas, en todo caso, podría decir más, pero mínimo las de cualquier mujer porque, desde pequeña, me he identificado así. Hemos sido socializadas como mujeres, tratadas como mujeres, devaluadas como mujeres, y con todas las violencias y discriminaciones, efectivamente. Y con todos los miedos que puede tener una mujer al salir a la calle. Ese miedo a los hombres lo siento, a veces lo vivo, está ahí, muy presente. En ese sentido, eso no me diferencia de cualquier otra mujer. Quizás sí que estamos más expuestas, por lo menos yo, me siento más expuesta por el tema mío particular a nivel de la vagina, a tener algún rechazo, ese miedo a tener más violencia en ese sentido, más rechazo.

Dentro del feminismo, yo creo que la mujer blanca, heterosexual, cis, endosex, de clase media-alta, con un trabajo remunerado, de buena familia, tiene más privilegios. Las mujeres heterosexuales, cis, con cuerpos normativos tienen más privilegios. Tienen más poder, tienen mejores condiciones económicas, tienen menos discriminaciones que las otras que, de alguna manera, vivimos otras discriminaciones.

En nuestro caso, intersex, por cómo han sido mirados nuestros cuerpos, o las mujeres negras, o mujeres lesbianas –que cuando vamos a cogernos de la mano también sufrimos otras discriminaciones–, o las mujeres trans. Sí que hay ciertos privilegios, como en todos los grupos. La clase dominante, el hombre, pues también, la raza, la clase, que tiene más poder pues tienen más privilegios. Yo creo que el feminismo no se trata de que perdamos privilegios sino de tener libertad. No vamos a perder libertad. Que teman perder privilegios, algunas mujeres, que las ponen por encima, pues sí pero no van a perder derechos ni libertades.

LILITH MARTÍ

Las mujeres intersex hemos sufrido las mismas violencias que puede sufrir cualquier otra mujer y, además, las violencias específicas por ser intersex, como las mujeres tran. Hay una violencia común, a todas nos acosan igual por la calle o todas estamos expuestas a estar en una relación (hetero) con violencia machista.

Evidentemente, dentro de los feminismos hay sujetos con muchos más privilegios que otros. Hay más privilegios si eres una mujer cis blanca y heterosexual que si no lo eres. De hecho, este debate lo he tenido muchas veces con mi mejor amiga, que es con la que empecé a militar, porque su feminismo es muy hippie, muy naturalista, de hablar del cuerpo femenino y del poder de los ovarios. Alguna vez he debatido con ella porque no todas las mujeres tenemos el mismo cuerpo, yo entiendo que enfoques tu feminismo desde ahí pero es muy reduccionista porque nos dejas fuera a muchas mujeres.

Ese tipo de feminismo no está perdiendo derechos pero privilegios evidentemente sí. Al final, si existe un derecho que una persona disfruta a costa de otras, eso no se llama derecho: se llama privilegio. Cuando a una mujer cis y endosex le tienes que hacer una aclaración o le tienes que parar un poco los pies, hacer pedagogía y decir: «a ver amiga que yo no encajo en tu descripción biologicista y binaria de lo que es una tía, abre un poco tu mente». Y cuando reclamas tu propia voz dentro de un espacio y haces alguna corrección a alguna compañera son privilegios que están perdiendo pero es que tiene que ser así. Derechos siguen teniendo los mismos, ahora privilegios, por suerte, están perdiéndolos y ojalá siga siendo así.

Por parte de algunos feminismos, hay tanto miedo a flexibilizar y expandir las categorías como sexo/género, eso hace que necesariamente te replantees y te cuestiones cosas de ti misma, de tu conducta o de tu compartimiento, de tus teorías, da mucho miedo bajarte del palco, de un escalón de privilegios. La evidencia me dice que existen personas intersex, personas trans, personas no binarias... tengo que cuestionarme muchas cositas y eso pica, da miedo, cuando empiezas a rascar por ahí, en parte lo entiendo. Pero, para mí, eso no es feminismo, hay días que creo que lo mejor es ignorarlas. Por las redes, buscan repercusión. Muchas veces no me afecta y otras veces me afecta mucho al autoestima y a la energía vital, me chupa la energía, sobre todo cuando son ataques personales y de gente que ni siquiera te conoce.

Hace unos años, me borré la cuenta de *facebook* porque se me ocurrió involucrarme, tonta yo, en una publicación de una mujer transfoba y empecé a desmontarle el argumento biologicista. Su argumento era solo son mujeres las que nacen con cromosomas XX. Encima me lo dijo mal. Le contesté que se había equivocado, que yo era mujer, y que tenía un mosaicismo. ¿Qué pasa?, ¿tampoco soy mujer según tú? Empezó a atacarme a nivel personal: «no eres una mujer»; «serás intersex pero no eres mujer». Cuando es personal y los ataques vienen de compañeras dentro del feminismo, que tienen un razonamiento tan parecido al de *HAZTE OÍR* o al de *VOX* me hace mucha gracia. Además, me hace gracia que las llamemos biologicistas cuando la biología demuestra que no hay solo dos sexos, que cada vez las categorías son más flexibles. Son transfobas y reduccionistas.

ANA BELÉN

Puede ser que se haya sistematizado que el sujeto de los feminismos es una mujer menstruante, con genitales típicamente femeninos, ignorando a otras mujeres que no cumplen con estas normas y que reciben o recibimos una discriminación aún mayor por parte de la sociedad patriarcal. No reconocer nuestra existencia o no disponer de espacio dentro de los feminismos, nos deja en una situación de desamparo, de vulnerabilidad, de soledad. Supongo que es por desconocimiento.

Las mujeres intersex estamos expuestas a sufrir exactamente las mismas violencias que cualquier otra mujer, además de esa adaptación quirúrgica de nuestros cuerpos a la norma binaria. Y si en el patriarcado las mujeres están situadas en una categoría inferior, las mujeres no penetrables, estériles, con genitales o características físicas que no se adaptan a la norma, sufrimos una discriminación aún mayor. Es decir, a las mujeres intersex, nos coloca en el escalón más bajo, por mujeres y por raritas.

Supongo que hay miedos a perder los privilegios que se han conseguido hasta ahora. Entiendo que si se flexibiliza la categoría mujer se puede entender que lo femenino deje de tener presencia, una vez más, en la sociedad. Pero no se trata de volver a silenciar u ocultar lo femenino, sino de todo lo contrario, que la sociedad se aproxime más a lo femenino y que se reconozca el daño que el patriarcado ha hecho a toda la sociedad en general, hombres o mujeres, a las personas más vulnerables o que se salen de la norma, en particular.

No sé si es que estoy ya curada de espanto pero, a veces, con esas corrientes que excluyen me da la risa. Otras veces no y lo siento como una traición. Además, se despierta un dolor muy antiguo, muy conocido, el sentimiento de no pertenencia, de sentirme aislada. Cuando esta de violencia viene por parte de mujeres supuestamente feministas pues me cabrea y me entristece muchísimo, reabre heridas. Me da la impresión de que son personas con una identidad muy marcada, que se sienten invadidas, que no quieren ceder espacio y que se sienten muy cómodas en el binarismo, como que tienen miedo a perder privilegios o a que se diluya su identidad, supongo. No sé, es como si en el fondo no quisieran cambiar nada y desearan vivir en un mundo de hombres muy machos y mujeres muy hembras, y todo lo demás no tiene espacio en sus dominios. Fíjate, me sorprende ver que es el mismo discurso con el que, supuestamente y originalmente, estaban en contra.

CAMINO BARÓ

Estamos expuestas a sufrir, si hablamos de violencias hacia la mujer, violencias hacia un sujeto que ya de por sí denota una categoría de exclusión o que no ha tenido los privilegios que han tenido otras categorías, como la categoría hombre. Podemos decir que a parte la intersexualidad ha sido una intersección añadida a estas violencias, entonces no solo diría que hemos estado expuestas a sufrir la misma violencia sino que probablemente nos hayamos enfrentado a más violencias por esta intersección añadida que tenemos por nuestra condición intersexual.

Dentro de los feminismos, creo que no es lo mismo hablar de una mujer, de una mujer con un cuerpo normativo y una orientación sexo-afectiva normativa, con una identidad de género cis, con un nivel económico concreto, una raza concreta, dentro de los feminismos hay sujetos que tienen más privilegios que otros porque tienen menos intersecciones que condicionan esta situación de privilegio. Si hablamos de una mujer racializada con diversidad funcional, con una orientación sexo-afectiva divergente, probablemente no tengan los mismos beneficios que otras.

No creo que estén perdiendo derecho las mujeres cis/endosex porque aparezcan las intersex en escena. Estamos amenazadas para perderlos pero no es por acoger la diversidad de cuerpos e identidades plurales sino por la situación política, por otras variables. Enriquecer el sujeto del feminismo con nuevas identidades y nuevos cuerpos lo único que puede hacer es hacernos más fuertes, porque estas personas van a aportar nuevas intersecciones que van a completar lo que denominamos el concepto mujer en el feminismo. Así que para nada supondría un riesgo de perder privilegios.

Creo que hay miedo a la invisibilidad y a que parte de la lucha de determinadas mujeres se vea invisibilizada o a que no se reconozca su mérito. Por otro lado, creo que se agarran a señalar violencias que pueden estar recibiendo mujeres endosex o cis que, bueno, que solo podrían recibir la categoría perfecta normativa de mujer. Como violencias como su capacidad gestante en el debate de la gestación subrogada. Creo que tiene que ver con el miedo a perder el reconocimiento de su lucha en algunos aspectos, a que partes concretas de la lucha feminista queden invisibilizadas.

ASMI MOLINA

Las mujeres intersex creo que estamos expuestas a sufrir más violencia. Quiero decir, dentro del colectivo femenino, las mujeres trans tienen muchísima más violencia por ejemplo. Y supongo que, para un machito endosex hetero, de pronto, ver que tienes igual un pene, un micropene o que tu vagina no es la convencional, o le comentas que tu genotipo es XY, pensará: "me estoy follando a un tío", "yo no soy maricón". Se puede liar.

Y el hecho de ser socializada desde cría como mujer es una violencia bestial, yo cada vez soy más consciente de que creo que he sufrido toda mi vida una disforia de género. Y yo siempre he pensado que debía estar loca, que no era normal, estaba en contra de las opiniones de todo el mundo. La misma socialización es una violencia y una falta de respeto hacia la libertad de elección.

Hay sujetos con más privilegios, lo de siempre, en todos los sitios hay unas élites, hay gente que resalta, gente que sigue a la avanzadilla, y gente que por un carácter diferente no tan potente, ni tan gritón, ni tan inteligente, pues se hace sumiso. Las modas que hay dentro de los movimientos feministas. Igual que el hecho de que una mujer se puede sentir femenina pero no contestaría, no de izquierdas, que se puede sentir católica, ser virgen hasta el matrimonio, o ser ama de casa. La mirada que pueden echarle ciertos colectivos es, ¿de qué vas? Joder, ¿porque no tiene derecho a vivirse como mujer como ella quiera? O estas conmigo o estás contra mí. O eres una mujer feminista, combativa, luchadora, independiente o eres una ñoña y eres una "amo a laura". Tenemos una absoluta falta de respeto hacia las opiniones disidentes. Tengo que respetar, tiene derecho a opinar diferente a mí, y quisiera tener la posibilidad de discutir, de debatir, aunque me joda.

SUSANA LESTEIGA

Las mujeres intersex, ¿si estamos más expuestas a sufrir discriminaciones por serlo? Sí, por supuesto. Si, para empezar, nadie sabe que somos intersex. La mayoría de discriminaciones, violencias, no tienen nada que ver con tener regla y demás sino que tienen que ver con que la sociedad está montada en base a unas reglas, que tiene una serie de problemas que perjudican a todo el mundo.

La visión que yo tengo del feminismo es esta, aunque no sepa estructurar muy bien el discurso. No creo que las mujeres, cis y endosex, pierdan privilegios porque estén otros sujetos. Había una persona famosa que creo que se había metido a criticar esto, que no quería que personas trans estuviesen en movimientos. Hay gente que tiene miedo de que se pierda el foco o que se siente maltratada por la sociedad en base a unos

parámetros ABC, y entonces quiere que se hable de, que el problema viene de esos parámetros ABC, si alguien no cumple ABC pues no quieren que esté y consideran que hace perder el foco de lo que se está defendiendo.

Mi impresión es que no es cierto que se pierden derechos ni privilegios ya conseguidos. Cuanta más gente se meta en esto pues mejor, es lo contrario justamente, es ampliar el discurso más allá de cosas muy concretas que también están dentro del feminismo pero yo creo que no se pierde nada, se gana. Es importante flexibilizar y ampliar, dentro de facilitar la vida a todo el mundo. Mi pequeño aprendizaje del feminismo es que los temas que se tratan van más allá y que son beneficiosos para todas las personas, son cosas de la sociedad que están mal y surgen de unos discursos que vienen por esos temas diferenciadores de mujeres pero en realidad van más allá. Ese salto provoca miedo.

RAQUEL M.

Las mujeres intersex, en todo caso, creo que podríamos tener algún otro hándicap que una mujer endosex pero las mismas violencias estamos expuestas a sufrirlas. Al final, mi apariencia de mujer, entendiendo que haya una apariencia femenina, y la capacidad de sexualizar ese cuerpo o entender un rol de género por ese cuerpo o entender unas capacidades... pensándolo así, claro que sufrimos esas mismas discriminaciones. Incluso, más.

Como la lucha feminista viene desde el sufragismo, hay un feminismo que por el hecho de conseguir derechos que se entendían como de la mujer, creo que se empezó a construir como una estructura de revolución contra el patriarcado muy basado en el feminismo al que hoy podríamos considerar como trans-excluyente.

Yo diría que, al final, se están consiguiendo determinadas cosas, que le valen a una mayoría cuantitativa de mujeres pero no a todas. Creo que hay conquistas que, incluso a lo mejor, entorpecen o vienen ligadas a la renuncia, o dejar atrás, a otros sujetos que no entran dentro de ese único. Quiero decir que, al final, hay sujetos que conquistan privilegios, pactan esos privilegios, dejando gente atrás porque al final te interesa conquistarlos. Eso pasa por interés pragmático de los sujetos clásicos. Y dejan atrás a esos que piensan que son dos o tres, pensando que es un mal menor, para conseguir lo que piensan que es una victoria.

Yo creo que esa forma de haber conquistado los derechos de la mujer puede haber hecho que se haya enquistado, olvidándose en algún momento de otras minorías que también tienen su activismo dentro de los feminismos. Se ha estructurado, a lo mejor, el tema de la igualdad femenina de una forma que entra en conflicto (para ese feminismo) con futuras leyes que puedan beneficiar a mujeres trans, a mujeres intersex. Quiero decir, si has conseguido lo que has conseguido cerrando la puerta para que, según tu percepción, no pierdas derechos... pero es que los derechos son compartidos.

Yo lo que creo es que si tú eres, por ejemplo, un hombre cis heteronormativo y tienes que abrir la puerta: ¿por qué a muchos hombres les cuesta tanto mentalmente encajar que se hagan políticas de diversidad?

Porque si la estructura te beneficia a ti, por mucho que tú quieras que se haga algo crees que abrir la puerta puede destrozarlo todo, puede hacerte caer. Pasa igual en el feminismo. Es que es una ficción porque no creo que sea real.

Lo que creo es que produce un estado de incomodidad, puede producir una etapa de transición pero no de perder derechos. Si has basado tu forma de luchar por conseguir la igualdad excluyendo de manera consciente a otras diversidades, pensando que puede haber una ley que no te beneficie tanto, que te pueda perjudicar, o que tengas que compartir esos derechos con otras mujeres diversas. ¿Eso se te hace más difícil, más cuesta arriba?, ¿crees que entorpece el feminismo?, ¿acaso no es lo necesario?, ¿acaso no es lo justo? Digo.

1.2 Desplazamientos y fricciones en el feminismo español

¿Qué está ocurriendo en el movimiento feminista del Estado español? ¿Es un movimiento unitario? ¿Hay objetivos y luchas comunes? ¿Desde qué lugar se está reivindicando? ¿Se está teniendo en cuenta la interseccionalidad de sujetos que lo constituyen? ¿Está acogiendo las demandas de los diferentes actores que se reivindican feministas? ¿Hay unos cuerpos con más privilegios que otros? ¿Hacia dónde nos dirigimos como sociedad feminista?

En este último lustro han tenido lugar algunos acontecimientos que, sin duda, han transformado las agendas del movimiento político feminista del Estado español. Mi lectura personal es que, desde el año 2015, se han dado las manifestaciones y huelgas más multitudinarias que yo he conocido en mis treinta años de vida. Nunca antes en la historia del territorio había habido tantos grupos de personas en la calle reivindicando la causa feminista. Una nueva generación de adolescentes y jóvenes nacidas a partir de finales de los noventa –*generación zeta*– recorría, por primera vez, calles y avenidas. A su vez, las de la generación que nació entre los ochenta y principios de los noventa –*generación Y o millenials*– hemos sentido que esa lucha ya iniciada también nos pertenecía y teníamos que hacerla nuestra. Por su parte –*la generación X o boomers*– que son nuestras mayores, las que siempre habían estado y nuestras referencias visibles, han ido observando de cerca como crecían en número de personas los grupos de manifestantes y en diversidad de temáticas las reclamas feministas en las calles.

Algunas de las cuestiones prioritarias durante los últimos años para el movimiento feminista, por los que hemos ocupado las calles, han tenido que ver con problemáticas por las que continuamos trabajando hoy. La sentencia del coño insumiso, desde que tuviera lugar en el año 2013, y la lucha

por la libertad de expresión; el caso de Juana Rivas, que comenzó en julio 2017 y puso sobre el panorama público, una vez más, la violencia machista y, concretamente, la violencia vicaria: #juanaesténmicasa; los asesinatos y feminicidios con las manifestaciones nocturnas en diferentes puntos del territorio español; la sentencia a los miembros de la manada que violaron en grupo a una mujer (2017) que de nuevo evidenció la falta de protección que vivimos muchas tanto en las calles como por parte de la justicia ante un caso de violación: #hermanayositecreo #noesabusoesviolación. Asimismo, desde el 8 de marzo de 2018 se hizo especial hincapié en la interseccionalidad dentro del movimiento –casi por primera vez–. Mismo año en el que aparecía la proposición de ley trans pactada con los colectivos. Una de las proclamas y lemas colectivos en todo el territorio fue el siguiente: “Valientes, libres, diversas; somos manada feminista hacia la huelga”.

Además de la violencia machista continuada, los feminicidios que continúan abriendo titulares a diario, el advenimiento en 2019 de partidos de ultraderecha con representación política y parlamentaria abiertamente LGTBI+fobos y racistas, sumado a las discriminaciones constantes que se han ido denunciando públicamente hacia la comunidad LGTBI+, han provocado que aún gritásemos un poco más alto. Uno de los hechos más trascendentales tuvo lugar cuando la plataforma activista ultracatólica “Hazte Oír”, motivado por la llegada al congreso de esa incipiente proposición de ley trans, sacó a la calle un autobús (2017) con el siguiente lema: "Los niños tienen pene. Las niñas tienen vulva. Que no te engañen. Si naces hombre, eres hombre. Si eres mujer seguirá siéndolo". Este acontecimiento nos volvía a unir, a miles de feministas. Sin duda, este acontecimiento marcaría un punto de inflexión. Comenzaba una nueva etapa en la que “el frente enemigo” venía dispuesto a utilizar todas las herramientas que tenía a su disposición para que ni el movimiento feminista siguiese avanzando al ritmo que lo estaba haciendo, ni la comunidad LGTBI+ conquistase nuevos derechos.

Hasta ese momento, yo había estado rodeada de muchas feministas y con perspectivas muy diferentes: con corporalidades distintas, de diferentes etnias y nacionalidades, pertenecientes a unas y otras generaciones, de diversas identidades, con banderas de todo tipo y demandas heterogéneas. Cierto es que toda esa diversidad de cuerpos, voces y proclamas, siempre me pareció algo que celebrar. Cuantas más, mejor. Cuanto más feminismo, menos régimen patriarcal y heteronormativo. Nunca le di una mayor importancia a quien estuviese a mi lado cuando me manifestaba, todo lo contrario, solo necesitaba que me agarrase bien fuerte de la mano y gritásemos por los derechos y contra las opresiones de todas las personas. A pesar de que comprendía las distintas posiciones y que, dependiendo los momentos, había que enfocarse en unas u otras

demandas con más intensidad. Siempre complementarias, nunca excluyentes. Independientemente de su procedencia o de que se denominase feminista de la igualdad, de la diferencia, materialista, post-moderna, punk, queer o transfeminista; o de que fuese bollera, travesti, marica, trans, heterosexual o asexual. Honestamente, nunca hubiese imaginado que, unos años más tarde, algunas compañeras con las que había recorrido avenidas, harían *skatches* y campañas de censura a otras en universidades y aulas, las expulsarían de eventos, incendiarían las redes sociales manifestando opiniones discriminatorias o incluso se atreverían a cuestionar como más o menos mujeres y más o menos feministas a otras. Silenciar o censurar a esas otras –como las trabajadoras sexuales, las trans*, las queer, las no binarias o las intersex– por no pensar como tú o no tener el mismo cuerpo que tú, evidencia que no hemos aprendido nada. Ese no es mi feminismo y no debería ser, en ningún caso, el feminismo transformador de la sociedad al que aspiramos. Más aún teniendo en cuenta el auge de los dos enemigos principales: la ultraderecha y el asociacionismo cristiano.

Desde otro punto de vista, Miquel Missé (2021) pone en un ejemplo ilustrativo que expresa muy bien lo que pretendemos expresar. Hablando sobre Sergio Vitorino –portugués, gay y activista contra la patologización trans en su país–, Missé dirá: «no ser trans no le ha impedido jamás pelearse a mí/nuestro lado contra el estigma, la violencia, y el miedo [...]; de este debate trata este artículo, sobre la tristeza y sobre cómo conservar a todos los Sergios del mundo en nuestras luchas» (2021: 147).

Por tanto, me interesará pensar las siguientes cuestiones: ¿el movimiento feminista del Estado español ha vivido una fractura tan fuerte como la que actualmente atraviesa? ¿Han existido unos enfrentamientos tan explícitos y violentos como los que se están dando en la actualidad? ¿Hacia dónde nos estamos dirigiendo como sociedad feminista y qué pretendemos conseguir? ¿Cuáles son las consecuencias de seguir dividiéndonos y señalándonos? ¿Están nuestros enemigos favoreciendo estas rupturas y sacando beneficio de las mismas? Y, sobre todo, ¿cómo nos está influyendo esta situación a un sujeto político emergente como las HAC?

1.2.1 Cuerpos que aparecen: ¿alianzas o tensiones?

Como ya se ha venido indicando, el feminismo, desde su nacimiento, no ha dejado de crecer hasta convertirse en un movimiento heterogéneo. Precisamente, ese caminar y repensar continuo ha posibilitado la progresiva superación de –entre otras cuestiones– la visión esencialista de los sexos. De ahí, que desde hace unas décadas, hayamos empezado hablar también desde el Estado español, de transfeminismos, de nuevos feminismos, o de feminismos queer.

Que aparezca en escena lo queer en el panorama internacional, como he señalado en el apartado anterior, permitió el cuestionamiento de la categoría «mujeres». Como dicen Miriam Sola y Elena Urko, en “Transfeminismos,-Epistemes, fricciones y flujos” (2013):

«La crítica queer se ha asentado en nuestro contexto, y en su interacción con el feminismo, el lesbianismo, el movimiento marica y las luchas trans, ha favorecido la conexión de toda esta serie de formas organizativas» (2013: 18).

Cuando desde el Estado español hablamos de transfeminismo, nos estamos refiriendo a la aparición de lo queer. La primera vez que se utilizó este concepto fue en el año 2000 por colectivos de lesbianas y transexuales, durante las jornadas feministas estatales celebradas en Córdoba. Según Sola y Urko:

«Un conjunto de micro grupos han reclamado esta palabra que suena mejor en castellano que el término queer. Algo más tangible, más contextualizado, más local, cargado de potencia de frescura, y que parece contener una importante fuerza movilizadora. Este nuevo vocablo materializa la necesidad política de hacerse cargo de la multiplicidad del sujeto feminista» (2013: 19).

A pesar de ello, algunas autoras como Lola Robles, Sam Fernández Garrido o Aitzole Araneta, exponen que ya en los noventa (Jornadas Feministas Estatales de 1993) se hablaba de «feminismos trans», aludiendo precisamente a la inclusión de las mujeres trans y sus demandas específicas en el movimiento feminista.

Asimismo, Sandra Fernández-Garrido y Aitzole Araneta, en “Barbarismos queer y otras esdrújulas”, definirán el transfeminismo como una corriente, «que amplía los sujetos del feminismo a otras personas que también están oprimidas por el patriarcado, pero que no necesariamente han de identificarse como mujeres» (2017: 416). Por lo tanto, más allá de ser una superación del feminismo, «puede leerse como una apertura del mismo en torno a dos cuestiones: quién es el sujeto del feminismo y qué problemáticas nos atraviesan cuando pensamos en el género como una realidad que nos une tanto como nos diferencia» (2017: 417). Según estas autoras, el transfeminismo viene a poner el foco en la interseccionalidad y transversalización del movimiento y en el origen común de todas las opresiones sexuales y de género. Por eso, se nutre y no se podría entender sin los activismos y teorías antirracistas, postcoloniales y anticapitalistas. A su vez, uno de sus intereses será el de producir una teoría y una práctica que tengan en cuenta y evidencien las realidades complejas de una pluralidad de sujetos (2017: 416-423).

Asimismo, si hay un ensayo actual que evidencia las problemáticas sobre el sujeto y ha conseguido interpelar a una gran parte de las (trans)feministas contemporáneas, ha sido: “Alianzas rebeldes. Un feminismo más allá de la identidad”, coordinado por las reconocidas activistas políticas Clara Serra, Cristina Garaizabal y Laura Macaya. Según afirma Paloma Uría en esta compilación de textos feministas:

«Las primeras polémicas en el naciente feminismo de finales de los 70 se centraron en analizar el significado de ser mujer; no solo el papel social que desempeñaban, sino la esencia de la feminidad. La mayoría de las teóricas del feminismo descartaban una identidad apoyada en lo biológico y se inclinaban más bien por considerar, siguiendo a Beauvoir, la construcción social de la identidad (“la mujer no nace se hace”). Sin embargo, el esencialismo se filtró de manera imperceptible al buscar en la identidad femenina características, valores o rasgos que marcarse en la diferencia con los hombres y que fuesen permanentes y esenciales para todas las mujeres... Sobre este empeño se construyó el concepto de género binario y blindado, clasificando el género en dos formas opuestas que se identificaban rígidamente con lo masculino y lo femenino» (2021: 33).

En este sentido, dirá Uría, que desde sus orígenes el feminismo se ha caracterizado por tener diferencias teóricas o ideológicas, debates internos y por el enfrentamiento de ideas y propósitos: los debates sobre qué es ser mujer, si hay una esencia de la feminidad, la construcción social de la identidad, etc. Pese a estas diferencias, en el Estado español los comienzos han sido distintos:

«[...] En los momentos del despertar del feminismo contemporáneo en España, allá por los años 70, y los momentos de auge y combatividad, en los 80, el movimiento parecía con un impulso unitario, y ciertamente lo era, no solo por una relajada unidad orgánica, sino, y, sobre todo, porque sus objetivos inmediatos satisfacían sin grandes matices las aspiraciones de las mujeres que lo impulsábamos» (2021: 31).

Entonces, ¿qué ha ocurrido?, ¿cuándo tienen lugar aquí estas desavenencias que vienen produciéndose y que cada vez están creando una fractura más amplia y, aparentemente, irreversible? Para ir respondiendo a estos interrogantes, atendamos ahora a las reflexiones que Gracia Trujillo incorpora a este debate ya en el año 2005. Trujillo dirá que la cohesión del feminismo español que se había dado desde los setenta por la lucha de derechos y libertades básicas durante el franquismo, tendrá su punto de inflexión en 1979:

«[...] A partir de la celebración de las Jornadas de Granada (1979) la división del movimiento se había hecho evidente entre las feministas de la igualdad y las feministas de la diferencia. [...], Una vez aprobada la Ley de despenalización del aborto, la movilización más destacada y la que posibilitó iniciativas unitarias fue la lucha contra la violencia sexista. Hacia finales de la década de los ochenta se hace necesario, no obstante, reformular las políticas feministas

atendiendo a la diversidad del conjunto de las mujeres y de sus demandas. Este proceso es el que marcó el desarrollo de los diferentes grupos en los años noventa, cuando éstos se vieron en la necesidad de orientar su actividad a aspectos concretos relacionados con colectivos específicos, como las trabajadoras sexuales, las inmigrantes, las gitanas, las jóvenes o las transexuales» (2009: 165).

De nuevo, la historia norteamericana se repetía años más tarde en el Estado español aún con grandes diferencias. Bajo el paraguas de un sujeto político mujer, otras opresiones como la orientación del deseo o la clase social pasarían a estar relegadas a un segundo plano y, por lo tanto, quedarían invisibilizadas dentro del movimiento. De hecho, serán precisamente las discusiones sobre sexualidad las que empiecen a marcar una división dentro del feminismo. Pensar en las *otras mujeres* implica –en aquellos momentos y hoy– cuestionarse los límites de la categoría *mujer* en singular. Y eso, como hemos ido viendo, no es tan sencillo. Asimismo, llegará con fuerza la influencia (como ya se ha indicado) de los movimientos queer estadounidenses que ponían el foco, precisamente, en la sexualidad como una forma de opresión clave dentro del movimiento feminista. Así, se dará una primera generación de activistas que durante los noventa comienza a organizarse en «diversos grupos feministas *queer*, como “Lesbianas Sin Duda” (LSD), “Bollus Vivendi”, “Grupo de Trabajo Queer” (GTQ) o “Medeak, por mencionar algunos». Como añade Trujillo:

«Este nuevo escenario, en el que la teoría y la práctica política feminista se han tenido que enfrentar con la fragmentación de su propio sujeto político desde las críticas *queer*, postcoloniales, o las políticas transgénero se ha llamado *postfeminismo*. Estos análisis diversos subrayan que los géneros, los sexos y las sexualidades son construcciones políticas y sociales, y, como tales, son contingentes, parciales, y están sujetas a negociaciones y cambios» (2009: 168).

Por otro lado, estos discursos empezarían a calar en el Estado español y se irían uniendo a las voces de esas disidentes que ya venían debatiéndose al otro lado del charco. Uría dirá que, aún así, aún con todas estas diferencias ya en los noventa, será en el siguiente siglo cuando exploten:

«Al filo del siglo XXI, entrada ya la primera década, se arma la marimorena. La lucha feminista se reinventa, se rejuvenece, se agita, y se convierte por un tiempo en la protagonista de la acción social: Jornadas de Granada del 2009, asambleas del 15M (2011), politización intensa de las movilizaciones, como la del tren de la libertad, las protestas por la sentencia de “la manada”, y las manifestaciones y huelgas feministas del 8 de marzo (2017, 2018, 2019...)» (2021: 32).

Aunque a principios del siglo XXI ya empezarían a emerger estos debates, muchas autoras identifican las jornadas feministas estatales de Granada (2009) como el momento en el que algunos grupos de activistas problematizan –por excluyentes– determinadas formas del feminismo clásico.

Isabel Franc, escritora catalana y activista bollera, inauguraba estas jornadas con un monólogo irónico y humorístico en el que se atrevía a denominar este conflicto como una cuestión generacional entre la madre feminista clásica, la de toda la vida que ha pasado por todas las olas que han ido incorporándose, y su hija queer que viene con ideas nuevas, apretando, con látigos, dildos o sogas⁶¹.

Leerlo como un problema generacional lo que ponía sobre la mesa era precisamente la evolución que el feminismo ha ido teniendo desde sus orígenes hasta nuestros días. Desde luego, lo que se evidencia cuando ahondamos en nuestra historia, es que lo queer, lo trans, lo lesbiano, lo okupa, lo porno, lo transmigrante, lo intersex, lo tullido, lo ciborg, lo raro, de algún modo, no es nada nuevo y siempre ha formado parte del movimiento. No nos olvidemos que cuando el feminismo renace en el Estado español es a mediados de los años setenta y, en ese momento, tanto los grupos de lesbianas como el movimiento travesti tendrán una importante representación en la escena política.

¿Cuáles son los principales problemas que ya entonces se planteaban? ¿Estas alianzas, está crítica al binarismo, pueden provocar que se invisibilicen y oculten las desigualdades entre hombres y mujeres? En mi opinión, no lo creo. De hecho, como he mencionado, hace ya varias décadas que unos y otros sujetos vienen aliándose y conviviendo pacíficamente sin negar a nadie y haciendo un trabajo constante. Lo novedoso a principios del siglo XXI, es que todos estos mini-grupos que venían emergiendo desde distintos territorios, se unen, y de estas alianzas saldrán nuevas temáticas y problemáticas en torno a las que seguir trabajando, junto a las anteriores, en vez de esconderlas bajo el mantel. Siguiendo a Urko y a Solá, parafraseando a De Lauretis:

«Ni el color ni la clase ni el género, ni la diferencia lesbiana pueden constituir por separado la identidad ni ser la base de una política de transformación radical. Sin negar ninguna de las determinaciones sociales que nos componen, la crítica activista debe nombrarlas, buscarlas, firmarlas, reivindicarlas, para poder trascenderlas y volver nuevamente a ellas» (2013:20).

Por su parte, Lola Robles también identificará las jornadas que tuvieron lugar en el 2009 como uno de los episodios clave para identificar el origen de esas fracturas. Según Robles (2021):

«El problema empezó a hacerse notable en las jornadas feministas estatales de 2009, realizadas en Granada. (...), los postulados de este feminismo queer, el transfeminismo y el activismo trans no han dejado de desarrollarse y, a la vez, oponerse a un sector del feminismo (...) por sus posturas respecto del sujeto político del feminismo, la presencia de mujeres trans en el movimiento feminista y su pertenencia a ese sujeto, los conceptos de sexo y género, el proyecto de ley estatal e integral sobre derechos de las personas trans, de 2018» (2021: 37-38).

⁶¹ Se puede ver en el siguiente link: <https://www.youtube.com/watch>, consultado el día 22 de enero de 2022.

Otro tipo de polémicas, como afirma Robles, tiene que ver con las activistas contrarias a la pornografía y a la existencia de la prostitución (las abolicionistas), y las trabajadoras sexuales que apuestan por la regulación y por tener en cuenta las necesidades del colectivo que la ejercen. Este tema, ya marcó una fisura dentro del movimiento en las jornadas feministas estatales celebradas en Santiago de Compostela en 1989. Hoy, además, se suma a la cuestión de la prostitución y el trabajo sexual, el tema del alquiler de úteros y la gestación subrogada (2021: 38). Sobre esto, dirá Cristina Garaizabal que,

«muchas de las ideas que se manifiestan en estos debates por parte de un sector del feminismo, que pide la censura de la pornografía o la abolición de la prostitución y niega la pertenencia al movimiento de las trabajadoras del sexo o de las personas trans, son ideas ya antiguas que tienen su origen en Estados Unidos en los 80 y que se agrupan bajo el nombre de feminismo cultural» (2021: 124)

De hecho, en el momento actual parece que declararse abolicionista va de la mano de declararse transexcluyente y, por ende, de seguir exigiendo una pureza esencialista a la hora de hablar del concepto mujer. Recordemos las declaraciones realizadas por la escritora J.K. Rowling hace unos meses sobre la relación directa que tiene ser mujer con la menstruación y, por el contrario, no poder serlo si tu cuerpo no es menstruante. Según Garaizabal,

«Para las feministas culturales, la sexualidad es el núcleo fundamental de la opresión patriarcal, siendo su base el dominio sexual de los hombres. Género y sexualidad se esencializan y se concibe la sexualidad masculina y femenina como dos sexualidades es antagónicas irreductibles» (2021: 125).

En aras de seguir construyendo un futuro feminista que pase por abrazar nuestras diferencias y estar abiertas al diálogo en lugar de al señalamiento, Garaizabal propone:

«[...] el feminismo cultural norteamericano de los años 80 revive hoy en nuestro país, 40 años después, en un contexto social completamente diferente de aquel en el que nació. Frente a un feminismo identitario, esencialista y punitivo, ideologizado y fanático yo apuesto por un feminismo radical, que contempla otros ejes de opresión que se dan en nuestras sociedades y que se preocupa especialmente por aquellos sectores más excluidos y marginados. Un feminismo inclusivo capaz de atraer a todas aquellas personas que cuestionan el sistema de géneros. Un feminismo que trabaja para ampliar nuestra capacidad de agencia, nuestro poder de decisión [...] En nuestra situación interseccionan diferentes ejes de opresión y los márgenes no son los mismos para todos. Es necesario, por lo tanto, luchar para ampliar estos márgenes, y eso no es solo un problema individual sino estructural» (2021: 125-135).

En el ensayo “Alianzas Rebeldes” se evidencia cómo el identitarismo nos ha llevado a esta

situación que, hasta ahora, parece que no estamos sabiendo gestionar adecuadamente. No miento si digo que en determinadas situaciones, dentro de contextos feministas, me da cierto pavor nombrarme como mujer intersex. Últimamente no hay charla o conferencia a la que asista y no me pregunten por cómo me afectan las corrientes TERF. He reflexionado mucho acerca de qué responder y cómo hacerlo para no generar más polémica, para buscar alternativas menos violentas.

El activista trans, Miquel Missé, nos recomienda ir a la memoria para pensar cómo tanto en otros contextos como en nuestro pasado reciente, hemos sido capaces de crear redes y buscar alternativas más vivibles para todas las personas:

«Si miramos al contexto anglosajón, donde estos debates llevan existiendo desde hace mucho más tiempo, se observa de hecho una alianza entre el sector más esencialista del movimiento trans y el sector más identitario del feminismo. (...) El identitarismo es un pesado manto que ha cubierto y ensombrecido muchas luchas sociales recientes» (2021: 156).

Missé nos invita a recordar el pasado más cercano para que pensemos un futuro más justo para todas las personas. Si echamos la vista atrás, vemos cómo el activismo trans y el activismo feminista, al menos a nivel de Estado español, han ido de la mano y han sido grandes aliados:

«Tenemos muchas más historias de alianzas que de rupturas, [...] Cruzarse con el feminismo es una de las mejores cosas que les han sucedido a las luchas trans, fue clave para desarrollar marcos para pensar lo trans lejos del innatismo biológico y proporcionó herramientas para atender la dimensión estructural y cultural de la experiencia trans» (2021: 149).

El señalamiento nos está trasladando a discusiones ya tratadas sobre las problemáticas que genera aferrarse al biologicismo, por parte de las feministas radicales pero también por parte de algunos sectores dentro de los transfeminismos.

«El señalamiento moviliza sentimientos de culpa, y la culpa es una autopista al esencialismo. Si le decimos constantemente a la gente cis que no desear los cuerpos de las personas trans es transfobia probablemente emerjan defensas esencialistas de la orientación sexual. Si le decimos constantemente a la gente trans que su forma de vivir el género reproduce la normatividad sexista, es muy probable que alguna gente ante tal acusación responda argumentando que la transexualidad no es una elección sino un destino biológico sobre el que no se tiene agencia» (2021: 155).

Estas posturas esencialistas también existen dentro de algunos sectores del movimiento intersex que abogan por conquistar derechos reivindicándose patológicos, más aún cuando se enfrentan al señalamiento al que nos estamos refiriendo. Este grupo, queremos pensar que cada vez más minoritario, se siente cómodo asumiéndose desde el tabú y la enfermedad porque no cree ni que la

cuestión feminista, ni la LGTBI+, tengan nada que ver con su realidad. No es casual que sus argumentos sean similares a los que defienden las TERF cuando alguien afirma que el sexo deja de ser binario en el momento en el que aparece en escena un sujeto intersex.

«A lo largo de la historia la identidad se ha construido como una necesidad de delimitar el sujeto político oprimido. Ha sido, y es, una forma clara de visibilizar a determinados sujetos ante conceptos universales que servían para difuminar una realidad cuando menos injusta [...], la raza, el sexo, o el deseo sexual han sido, y son, motivos de desigualdad, dando lugar a conceptos como raza, mujer, y, en el caso del deseo, persona pervertida, desviada, pecadora o enferma. Y son precisamente estas identidades, y el cuestionamiento de sus límites, las que en estos momentos están en nuestra palestra. Esta palestra es el feminismo y *ad later* la disidencia sexo-genérica» (Carrascosa, 2021: 160).

Esas posturas, desde el identitarismo que mencionaba también Missé, delimitan aún más las categorías y fortalecen la rigidez e inmovilidad de las mismas. Es un ciclo sin fin que solo incrementa las diferencias y jerarquías y, sin duda, ese no debería ser el camino a seguir. Esto dificulta, una vez más, la creación de puentes y debates entre grupos. Es más, nos aleja del objetivo común de las luchas y conquistas feministas. En este sentido, según Sejo Carrascosa,

«En los últimos tiempos hemos vivido como en el feminismo han surgido debates, a veces, otras veces descalificaciones sin más, sobre el lugar que ocupan los cuerpos que no sean hembras de la especie humana en el feminismo, es decir las mujeres transexuales. Por extensión este debate se ha ido agrandando y también ha surgido un cuestionamiento de la prostitución y de si el trabajo sexual puede considerarse trabajo. En este tema, solo quisiera apuntar que parten de una misma matriz, que no solo es blanca, colonialista, de clase media y totalmente cisheteronormativa, Sino que es un ejercicio de silenciamiento de invisibilidad tanto de las personas trans como de las trabajadoras sexuales. El quitar la voz, el hablar por boca de las otras, con la falta de humildad y empatía que esto representa, siempre ha sido un privilegio al que el cisheteropatriarcado nos tenía acostumbradas y que ahora nos produce indignación cuando se usa desde postulados feministas» (2021: 161).

Pero, ¿dónde está realmente el debate y por qué las HAC –aún sin ser señaladas directamente en la mayoría de discursos– nos sentimos interrogadas por estos discursos y corrientes?

Dice Elizabeth Duval (2021), que uno de los problemas fundamentales para aquellas teóricas españolas reticentes a la teoría queer y el transfeminismo parece que es «la utilización del género como una categoría de análisis que desvirtuaría el supuesto origen de la opresión femenina». Añade, además, «al alejarse del sexo biológico y desvincular el análisis feminista del análisis del cuerpo o de la opresión *propia de las mujeres*» (2021: 213). A su vez, Duval admite lo siguiente:

«[...], cualquier lectura a las supuestas teóricas de cabecera de quienes se han pronunciado

firmemente en contra de la teoría queer o de la ley trans nos revela que estos problemas con el género (en tanto que concepto a manejar) no son tales: estas pensadoras emplean sin mayor problema el concepto de género o de identidad de género, asumiéndolo como suyo» (2021: 213)

Algunas de las teóricas de cabecera contrarias a la teoría queer a las que se refiere Duval, serían Ana de Miguel, Amelia Valcárcel, Celia Amorós o Luisa Posadas Kubissa. Es decir, el problema para estas investigadoras no estaría en el concepto de género en sí, dice Duval, sino que el debate:

«Se reduciría, más bien, a una puesta en valor del sexo y de un supuesto sexo biológico identificado como origen de la opresión, inmutable, y se vincularía incluso, en algunos casos, con ideas sobre la relación necesaria, fundamental y esencializante entre las mujeres y la naturaleza o la sabiduría mística, el *parler-femme* de Irigaray u otras conceptualizaciones propias de vertientes del feminismo de la diferencia» (Duval, 2021: 214).

Estoy de acuerdo con Duval en que el debate de aquellas corrientes y teóricas contrarias a la teoría queer o al transfeminismo se sitúa, precisamente, en la categoría «sexo». Una categoría que, lejos de ser algo esencial e inmutable, es ficción. Y es aquí precisamente donde las mujeres intersex nos sentimos interpeladas: cuando aún sin señalarnos directamente, los principales argumentos que se dan tienen que ver con la defensa de un sujeto mujer biológico y homogéneo. Y en ese sujeto universal, en esa experiencia única del ser mujer ligada a ciertas vivencias o experiencias, tampoco entramos las intersex. Según Duval,

«este mismo identitarismo construye una experiencia única del ser mujer, ligadas con vivencias del cuerpo tales como la regla o la maternidad; experiencia que excluye por sí misma la existencia de vivencias de la mujer fuera de esa historia unívoca» (2021: 218).

Parecería, por tanto, que algunos de los principales argumentos defendidos desde posturas esencialistas están cuestionando las experiencias de las personas intersex como válidas. Pero, en cambio, ni las personas intersex como grupo ni, en este caso, las HAC como mujeres intersex, nos hemos pronunciado al respecto: ¿cuál es nuestra postura?

C. Soliloquios corporales: lo TERF y lo queer

Reflexionamos, a continuación, sobre algunas de las cuestiones que se han ido mencionando en el apartado anterior: ¿cómo te influyen las corrientes feministas más esencialistas y biologicistas de las activistas que se denominan como TERF (Feministas Radicales Trans Excluyentes)? ¿Si pudieras debatir con una mujer TERF, qué le dirías como mujer intersex?

MER GÓMEZ

Qué duro sentirte señalada por alguien de tu misma ideología, que navega en el mismo barco que tú. ¿En qué momento dejamos de ser compañeras para convertirnos en enemigas dentro de una misma lucha? Incluso, dentro de las que pensamos igual y evitamos caer en la trampa del señalamiento, ¿nos estaríamos equivocando al vernos como aliadas en vez de como compañeras?

Honestamente, lo que creo es que la aparición de un sujeto intersex, de una identidad intersex, es necesaria en cuanto a que necesita un reconocimiento que no tiene. A las intersex, nos ocurre algo similar que a las personas asexuales o las personas no binarias. No partimos desde el mismo lugar que otras identidades que en la actualidad si gozan de ese reconocimiento. Aún así, nuestro propósito desde el colectivo intersex es el de fortalecer las discusiones y los debates feministas, integrar nuevos lenguajes y teorías, construir nuevas alternativas habitables para todas las personas. Si estamos aquí, reivindicándonos y utilizando nuestra voz, es para enriquecer al movimiento feminista, a los estudios feministas y de género, porque creemos que nuestras corporalidades incorporan matices importantes al debate histórico sobre el género, las categorías ontológicas, y los binarismos. El objetivo que perseguimos es facilitar una existencia en común para todas las personas. No, en absoluto, continuar contribuyendo a que cada vez sean más los distanciamientos y las fracturas entre los distintos microgrupos políticos. De hecho, creo que si algo hemos aprendido en estos años tras el auge de estos conflictos identitarios es a crear todo tipo de redes y alianzas con otros grupos. Vernos como dentro de un todo, como parte de un movimiento por la diversidad.

Las activistas intersex llevamos décadas intentado salir de la patologización y el silenciamiento al que seguimos relegadas. Ciertamente es que, en el Estado español, el sujeto intersex ha tardado un poco más que en otros lugares pero ya está aquí. Igual que las trans*. Igual que muchos grupos históricamente menos privilegiados. Aún así sabemos que hay personas, sectores dentro de nuestras comunidades, que también como ocurre en el feminismo defienden posturas esencialistas que se acrecientan con estos debates. El problema, por parte de unos y de otros, parece residir cuando nos aferramos a una identidad determinada y la defendemos como algo individual, como lo más importante. Somos seres sociales, estamos en una continua interrelación, y el objetivo es acabar con las desigualdades. Ni nadie es más que nadie ni las conquistan se consiguen caminando en soledad. Dejar de pensar en colectividad, como parte de una colectividad más amplia, implica defender pensamientos e ideas neoliberalistas e individualistas que han sido nuestros principales detractores.

Admito que también me ha costado comprender el debate sobre el identitarismo. Y me ha costado porque considero que para la comunidad intersex –por la marginación que hemos sufrido, la no agencia, y la ausencia de imaginarios que incluyan las corporalidades intersex como una diversidad– se hace aún más complicado. No estamos en el mismo lugar que otras identidades. Gran parte de la sociedad no sabe ni que quiere decir intersex ni qué son las intersexualidades. Mucho menos cuáles han sido nuestras discriminaciones y qué derechos deseamos obtener. Aún así, lo que he ido aprendiendo de estos debates es que no podemos quedarnos ancladas en un sujeto intersex independiente e individual, sino en interrelación con los demás sujetos. Igual que asumo las múltiples variaciones intersexuales que existen y las diferencias entre unas y otras corporalidades. De hecho, eso me ha llevado a creer que aún así, sin

alianzas entre todas, no llegaremos a ningún lugar.

Tras haber asumido los privilegios con los que cuentan algunos sujetos dentro de los márgenes y la ausencia de ellos por parte de otros, hoy decido entender esto como una oportunidad para seguir creando puentes. Por eso, definiendo algo similar a lo que plantea Sejo Carrascosa en *Alianzas Rebeldes*, y es que «las diferencias no siempre tienen que situarse en un orden jerárquico; es decir, las diferencias pueden ser vividas como una parte más de la diversidad sin que haya lugar a la desigualdad» (2021: 159).

LAURA VILA KREMER

¿Por qué hay miedos por parte de algunas corrientes del feminismo? Porque entiendo que también varía depende del contexto donde nos encontremos, del país en el que estemos. Pero creo que el miedo, un miedo falso, a perder privilegios a no ser que sea un miedo de perder privilegios real porque entonces la defensa de la categoría mujer está viniendo de sectores como, por ejemplo, la derecha –claro que la derecha va a pedir que no se flexibilice el género porque apuesta por un régimen mucho más rígido y eso no da lugar y no permite espacio para pensarnos de forma más fluida. Al final, hay miedo a flexibilizar la categoría mujer pero de lo que tienen miedo es de repartir el poder, ¿no? Es un falso feminismo, es ese feminismo de derechas que no está tan preocupado por reivindicar el papel de la mujer, o la categoría mujer, o los derechos de las mujeres, están preocupados de reivindicar el derecho de algunas mujeres. Es decir, es un posicionamiento extremadamente clasista y que no da espacio a esas propuestas más no binarias porque las propuestas no binarias siempre vienen de sectores que no son de derechas–.

Igualmente, las corrientes más esencialistas me tocan el toco, me remueven y me indignan pero a la vez me dan fuerzas para seguir molestándolas. Efectivamente, hay corrientes esencialistas y biologicistas que no son de derechas y seguramente esas son las más o con las que más me interesaría debatir y sobre las que más me gustaría pensar. Hay sectores de izquierdas y de otras corrientes políticas en los que hay miedo a perder privilegios que tienen que ver con el miedo a perder poder, o sea, que siguen reivindicando los derechos de algunas mujeres y no de todas. Creo que desde las intersexualidades tenemos grandes experiencias para poder debatir con esas corrientes, me parece interesante, no tanto por negar la biología, eh, sino por complejizarla y entenderla como un relato y una construcción.

Las TERF me interpelan eliminándome del mapa y dándome fuerzas para seguir haciendo activismo intersex y feminista. Porque lo que hacen es borrarlos y los argumentos son extremadamente interfóbicos. Yo creo que tiene que ver –que se vuelvan a dar estos discursos– con ese miedo, con ese auge de las derechas, y cuando no viene por parte de las derechas creo que, en parte, tiene que ver con la desinformación también pero sí, cuando viene de esos discursos tiene que ver por el miedo a perder ciertos privilegios que tienen que ver con el poder y con la clase y eso creo que está relacionado con el auge de las derechas y de los fascismos. Si pudiera debatir con una TERF le explicaría mi historia, simple y llanamente. Y también le preguntaría en qué momentos ella ha podido sentir circunstancias o experiencias parecidas a la mía en cuanto a intervenciones que no tienen porque ser explícitamente sobre una genitalidad sino intervenciones sobre su cuerpo que, al final, vivimos cada día y que van más allá de los cuerpos intersex o no solamente

tienen que ver con los cuerpos intersex.

ALEKSANDRA K.

Las corrientes esencialistas del feminismo, me interpelan directamente. Realmente esconden mi realidad, esconden mi yo, mi ser, mi posición de persona demandante de mis derechos porque los están excluyendo. Y cuando son movimientos mayoritarios de representación no dejo de sentir esa doble exclusión, para empezar porque yo las considero mis hermanas, esos principios de sororidad. Te sientes apartada, doblemente apartada. Me interpelan directamente y lo hacen de una forma... con odio. Asumen una posición de odio hacia otras percepciones, de identidades, de realidades biológicas que existen. Son personas que no tienen conocimiento sobre nuestras realidades y no quieren tenerlo. Las que se identifican como trans excluyentes son el mismo palo. Buscan la exclusión a base de las lógicas biológicas y esencialistas de ser mujer. Excluimos a las personas trans bajo esa ideología, ese miedo, si aceptamos que hay hombres o mujeres trans nuestro discurso, nuestro privilegio se cae. Ser TERF o ser una feminista esencialista es un privilegio, por eso deja de lado a personas como nosotros. Están ancladas en un pasado. En los sesenta era lo mismo. Recordemos a las primeras feministas que no aceptaban a las bolleras, a las lesbianas, porque decían que ese feminismo, no era el suyo. Son lesbianas, tienen una ideología distinta, son las mismas mierdas ahora. Una persona que se lea como mujer sin que sus órganos sexuales sean los de la "mujer" cis normativa, creo que eso es miedo. No lo entendemos, pues lo excluimos. Se vuelve a dar. Bueno, no es que se vuelva a dar, es que creo que nunca se ha ido. Han podido aceptarse más o menos ciertos discursos pero yo creo que nunca se ha ido. La interfobia, la transfobia, siempre ha estado ahí. Ahora también tenemos muchos micrófonos, muchas redes, para hacerlo público. Antes lo pensaban muchas personas pero no tenían las herramientas para reproducir esas opiniones.

Si yo debatiese con las feministas que se identifican como TERF, les diría que su realidad y su ideología terminan en el momento en el que yo soy. Yo estoy aquí, por eso tu ideología no vale una mierda. Yo, en este caso, me siento una mujer, soy una mujer intersex, y además soy leída como una mujer heteronormativa. Tu discurso se cae, es ignorante. En el momento en el que yo sí estoy, su discurso de TERF ya no está.

IOLANDA MELERO

Estas corrientes me dan risa, no me las creo y ahí están. Las veo personas muy cerradas, veo que hay mucho odio, que hay mucho miedo, que tienen muchas heridas ahí, yo veo ahí como mucho miedo y mucho ego. Cuando oigo algunos discursos, digo: qué flipadas, ¿no? Me produce, pues eso, que hacen mucho daño, que se creen con la verdad absoluta, que hay mucho rechazo, mucho odio y me produce rechazo, es que creo que quieren imponer, de alguna manera. Me gustaría que se informaran, que abrieran la mente, que dejaran de estar tan cerradas, porque, al final, con esa actitud están manteniendo el mismo sistema en vez de ser agentes de cambios y de mejoras -como es el feminismo-, pues contribuyen a todo lo contrario. Como siempre, cuando hay cambios importantes en la sociedad, cuando hay evoluciones, siempre hay fuerzas que tiran para conservar, para mantener. Entonces, desde ahí, aunque el feminismo en un principio

fue una corriente y lo sigue siendo teóricamente una corriente de cambio, de igualdad, de derechos, pues hay determinados sectores que lo que quieren es todo lo contrario. Que sea más conservador en algunos aspecto y, claro, se asustan del cambio, no lo entienden, pero esto siempre pasa, es ineludible.

Yo les diría que estén abiertas, que no solo se guíe de lo que leo, que se abra, que veo que las mujeres intersex somos mujeres, que somos también mujeres, que sufrimos las mismas violencias que sufren ellas, incluso más. Que nos miren y que miren al resto, que todos somos humanos y que hagamos por tener tod*s más derechos, más libertades, para vivir mejor en un mundo en el que todos pueda ser más flexible, que nos humanicemos. Tampoco sería criticarlas, es que realmente es vernos con nuestros sufrimientos pero también con nuestros brillos. Nosotr*s no somos patologías, que somos mujeres, diversas, que la diversidad existe y está bien y que es parte de la vida.

LILITH MARTÍ

Los discursos de las TERF me interpelan porque yo no entro, entonces cuando hacen esa defensa de la biología, de que mujer solo es la que nace con determinados cromosomas, determinados genitales, determinado tipo de cuerpo, yo tampoco encajo ahí, claro que me siento interpelada y aludida porque no me incluyen en su lucha y es bastante triste y frustrante ver lo ignorantes que son. Creo que estos discursos se están volviendo a dar porque a determinados sectores les interesa que haya esta división dentro del feminismo, que se intenta fomentar esta división, que creo que es muy forzada, creo que en realidad muchísima mujeres no pensaban así hasta que se lo han metido en la cabeza. Se está fomentando que debatamos entre nosotras y se están difundiendo estos mensajes de odio de una manera muy forzada. Lo de las TERF, me duele muchísimo. Más incluso que si viene de otros sectores como puede ser la ultraderecha más rancia de este país, como pueden ser los típicos machirulos de toda la vida. Cuando viene de personas que tú consideras, o al menos, considerabas compañeras de lucha, que tendríamos que estar todas en el mismo lado de la batalla, que te nieguen que tú no eres mujer porque no entras en su prototipo de cuerpo de mujer, duele infinitamente más. A mí, si me hacen un comentario sobre que las personas intersex no existimos o que eso es una anomalía, viniendo de una persona que no te puedes esperar otra cosa porque sabes que es de VOX o es de el típico machista pues ya ni siquiera me duele pero cuando una persona con formación feminista, que ha sido tu compañera de lucha, de repente ves que niega tu realidad duele y afecta muchísimo. Y si pudiera debatir con una mujer TERF pues como mujer INTERSEX le explicaría mi realidad y todas las evidencias biológicas, científicas, sociales y desde una perspectiva de empatía y de derechos humanos, lo doloroso que es que nos excluyan de su lucha. Más que darle un argumento racional, le apelaría a la empatía, al dolor, de decir, joder, precisamente una de las luchas históricas del feminismo ha sido la lucha por la autodeterminación, que no nos digan desde fuera lo que tenemos que ser y lo que no, si nos tenemos que quedar en casa, si podemos salir a trabajar o no, si somos putas, si somos santas, si somos vírgenes... siempre hemos luchado por autodeterminarnos nosotras para que defendáis vosotras que nos determinen unas terceras personas, que sois vosotras, que son los médicos, la ciencia, que no es así. Les explicaría mi realidad, desde la empatía.

Una cosa que me marcaba mucho en el instituto, cuando yo empezaba con el tema del feminismo de una

forma muy light y poco a poco, muchos de mis compañeros me trataban de victimista, es que las feministas son muy victimistas, es que os mola ir de víctimas, yo eso a un hombre cis no se lo voy a aceptar en la vida porque nunca va a saber lo que implica ser mujer en la vida, no se lo voy a aceptar, pero sí que me doy cuenta, que dentro del feminismo sí que hay un tipo de feminismo que sí que se resguarda en ese tipo de victimismo, en enorgullecerse de ser el sujeto político el que sufre la máxima opresión: «es que aquí la oprimida soy yo, a mí me oprimen por ser mujer y porque ser mujer es tener estas características», «a mí no me interesa hablar de otras opresiones». Opresiones que, además, no son excluyentes sino que son acumulativas –raza, clase, género, actitud–; es que todo está interrelacionado. Me da la sensación, de que es una lucha por la posición de que aquí la primera soy yo, tú aquí no vengar a marear, ni a hablar de tu opresión porque no. Tú puedes sufrir un tipo de discriminaciones pero opresión no porque oprimidas somos las mujeres. Así, marca registrada, con la r pequeña. Me parece muy triste que tengamos que luchar contra eso. Todo lo contrario, tendrá que ser escuchar las críticas de otras compañeras –trans, intersex, racializadas– y entender que no es excluyente. Si tú como mujer cis y con un cuerpo normativo te sientes discriminada, imagínate ser trans, ser intersex, ser negra, ser de clase obrera, todo eso se acumula, no es contradictorio.

ANA BELÉN

¿Qué es ser mujer? Con los debates esencialistas, yo otra vez no vuelvo a entrar dentro de esa categoría. Veo ignorancia, según estas personas nosotras no entramos, nosotras no existimos. Me parece algo pasado de moda, sinceramente lo he sentido así. Son personas que no están informadas, por supuesto no reconocen nuestra existencia. ¿Entonces para ellas qué somos? Evidentemente mujeres no somos, no entramos en esa categoría para ellas. Si empiezas así, al final te acabas cargando todo, te acabas colocando en el mismo estanque. Te acabas... ¿a ver quien es más mujer, la que tiene las tetas más grandes, o el coño más bonito? no sé, ¿o una mujer sin útero no es una mujer?, ¿o qué? No sé. Tendría bastante difícil discutir o debatir con una mujer TERF, pero le preguntaría cómo me ve, si para ella soy una mujer o un hombre, le preguntaría qué es para ella ser un hombre o ser una mujer, le preguntaría si se ha hecho un estudio genético, si ha medido sus niveles hormonales, si ha medido su clítoris para estar segura de que es una mujer auténtica y bueno, le contaría que me han educado como mujer y a lo largo de mi vida he sufrido, seguramente, las mismas violencias que ha sufrido ella como tal y que, además, he tenido que soportar abusos en mi cuerpo para adaptarlo a la heteronormatividad y para poder tener relaciones sexuales coitocéntricas como dios manda. Y que yo, como mujer intersex, he sufrido más que nadie la violencia machista y que las personas que, por cualquier razón, nos situamos en las fronteras del binarismo, estamos mucho más expuestas a este tipo de violencia porque nuestra existencia cuestiona el sistema y por este motivo nos patologizan, nos humillan, nos esconden, nos invisibilizan o nos desprecian.

Y sí, todo eso, no es feminismo y es violencia. Y, bueno, le preguntaría que a favor de quién está. Es que, si lo piensas, precisamente a nosotras –como intersex– nos han atacado más que a nadie. A nosotras nos han agredido físicamente, nos han castrado, nos han operado, para que encajemos como podamos dentro de ese modelo, para ser mujeres como dios manda, o por lo menos que parezca. Qué más, ¿no? Que mayor ataque que este. Tener que manipular tu cuerpo para poder ser aceptada socialmente es terrible. Eso se tiene que acabar ya. Además, es que nos pasa a todas. ¿Que mujer no está manipulando su cuerpo para

querer ser aceptada totalmente, para encajar en lo que tiene que ser una mujer?

CAMINO BARÓ

Yo lo vivo con una gran frustración. Entiendo que haya una parte de estas personas que no se van a reconocer fácilmente en la categoría TERF pero entiendo que hay una parte importante de ellas que necesiten, como dicen, hacer justicia con la categoría femenina, porque ha estado silenciada, porque ha estado totalmente desaparecida. En discusiones que he tenido, se hablaba de cómo habíamos pasado a genérico masculino, a genérico neutro, que eso era una violencia contra las mujeres porque volvía a ocultar la realidad de las mujeres. Todo por ser inclusivas y meter a personas no binarias o personas que puedan tener cualquier tipo de realidad. Yo rebatía diciendo que el sistema binario, hombre/mujer, llamémoslo el genérico masculino o el genérico femenino no nos beneficia. Aunque pensemos que estamos haciendo justicia, estamos haciendo un flaco favor a las mujeres porque estamos recalcando las diferencias entre hombres y mujeres y de una manera muy debilitada.

Por supuesto que yo, con estas personas que no se reconocen pero que podemos denominar TERF, tengo un grave conflicto porque además he vivido diferentes debates. Me da rabia porque yo tengo contacto con muchas mujeres trans y sé de primera mano que desde que dan el primer paso, aunque sólo sea en su expresión de género, en ponerse unos tacones, pintarse los labios, salir a la calle, van a empezar a sufrir una violencia que no va a sufrir un hombre trans si se corta el pelo "a lo chico" y se pone camiseta ancha.

El sistema patriarcal sabe detectar en seguida con su policía misógina a las personas que se leen como mujeres y sobre ellas va a caer todo el peso del patriarcado y toda la exclusión posible a la hora de acceder a un trabajo digno, a la hora de tener determinada situación de normalidad -cuando digo normalidad me refiero en sentido de poder llevar una vida digna- y eso les pasa a muchas mujeres trans. Entonces, reconocer como sujeto del feminismo solo a la mujer que tiene útero y que es capaz de reproducir o de menstruar, me parece una aberración, me parece una falta de respeto. Me parece que es no entender de dónde vienen las bases del patriarcado, en lo que se sustenta, es alimentar algo que no nos interesa a las feministas, que es estar haciendo escisiones y dividiéndonos, para perder el tiempo y no centrarnos en lo que realmente es importante.

Creo que nos está haciendo mucho daño posicionarnos como TERF o no TERF, desde luego no he conocido en persona a ninguna mujer que se considere TERF y sí he hablado con muchas feministas que han defendido puntos de vista que me pueden hacer reflexionar, con los que a lo mejor yo no estaría de acuerdo pero que me pueden hacer cuestionarme determinadas creencias. Cuando he hablado con estas mujeres he percibido el miedo a la invisibilidad, a que por utilizar una categoría de género amplia que incluyera identidades plurales o cuerpos diversos, sentían que su categoría femenina quedaba en peligro de ser invisibilizada. Creo que si tuviera delante a una mujer que defiende este feminismo excluyente intentaría preguntarle por estos miedos que tiene, intentaría escuchar, y después le plantearía mi visión como mujer intersex, sobre el concepto sexo. Imagino que intentarían llevarlo a la patologización, diciendo que es que tú eres mujer enferma, no tienes la culpa... porque parece que su gran amenaza son las mujeres trans. Pues

eso, les contaría mi testimonio y le señalaría las similitudes de mi vivencia con la vivencia trans y le comentaría que no estamos aquí para invisibilizar el esfuerzo de nadie sino para sumar fuerzas.

ASMI MOLINA

La verdad es me importan un pimiento las opiniones de las TERF, que me discriminen, son absolutistas. Y lo que sí me gustaría sería hablar con ellas, sin más. Con el fin de ver hasta qué punto, dónde, son cerradas de mente o realmente no se han dado cuenta de que existen más cosas. De que mi intersexualidad no es un capricho de mi mente, no es debido a una orientación en mi crianza, mi intersexualidad es algo biológico, que se ha producido o se produce en la naturaleza y hay un montón de individuos que pueden tener esa variación, a nivel genital, a nivel cromosómico, a nivel hormonal. Eso no lo pueden negar y que me obliguen a estar dentro de su camino. Entonces yo que tengo un genotipo XY, que supuestamente tenía gónadas internas que eran testículos, que tengo micropene o un clítoris más grande, que tengo mamas, y no tengo vagina, y no he reglado, y no he gestado, ¿soy un hombre? Pero mi aspecto físico es mujer, qué es lo que interpretan, ¿soy un trans natural? Pues realmente me importa un pimiento lo que opinen, o sea, quiero decir que hablaría con ellas para hacerles ver de que están metidas en algo binario que es ficticio y que deben darle más vueltas a estas cosas. Le diría: mírame y ahora dime qué soy, y ahora te cuento mis emociones, y ahora dime qué soy, y ahora arguéntame porqué me dices lo que soy en base a lo que te estoy informando.

Lo que intento es romperle sus esquemas de mentalidad binaria para que se de cuenta de que su argumento hace aguas por todos los sitios. Nuevo orden mundial: si solo hay dos grupos de ovejas, es más fácil controlar el rebaño. Si ya juntamos churras, con merinas, con lachas... patatín patatán, necesitamos muchos pastores. Hacemos un argumento y rompemos todo el discurso de la ideología de género. Ya está, solución, un problema. Buscamos adeptos y eso lo vamos potenciando y luego buscamos a gente que lo transmita –siempre habrá alguien que disienta–, entonces volver a lo anterior, cada vez la gente nos radicalizamos más y al final tienes que elegir o arre o so.

Ese empoderamiento, me parece un pensamiento de coña, mujer es la que regla y gesta, pero dónde vais. ¿Y las personas cis que no pueden reglar por lo que fuere, o que no pueden gestar, o que no quieren gestar, dónde las colocan? ¿Quién eres tú para decir esto sí y esto no? Igual que yo, yo no soy nadie para decir que esto sí y esto no.

SUSANA LESTEIGA

El miedo que debe haber, por parte de estos grupos TERF, el miedo de saltar más allá es que se pierda el foco y de que, quizás, esas cosas concretas que piden, si se difuminan, quizás, parte del miedo, realmente no lo sé, me lo estoy inventando, pero que parte del miedo viene porque quieren ser muy estrictas en cómo definir ciertas cosas, y quieren ser muy estrictas porque quienes tienen delante, los hombres –si asumo que son mujeres cis– quizás consideran que contra lo que luchan no tiene tampoco esa apertura de categorías, luchar con eso, difuminando las líneas, a lo mejor no sirva para luchar. Quizás es esto lo que tienen en

mente, que se pierda fuelle en la lucha, cuando tu enemigo tampoco entiende eso. Se convierte en una lucha muy distinta y cambian las reglas del juego. Quizás es que, al no hablar de intersex, de trans, y demás, las reglas del juego son las mismas. No es poner en juego otras cosas, como nuestras vivencias, del sexo, del género, orientación sexual y demás, no entrar ahí, ni entrar en hablar de por qué eso afecta a cómo se ha organizado la sociedad en base a unas reglas más patriarcales.

Me da la impresión de que si la lucha está muy bien definida y el terreno de juego está muy bien definido, decidir incluir a otros sujetos trans o intersex, quizás lo ven como volver a empezar y perder el terreno ganado. Cuando, al final, lo que creo que pasa es que, entiendo que si pensamos que eso es positivo, incluir a todas las personas en la lucha feminista, es porque quizás hay que plantear que el juego al que estamos jugando no es el correcto, no es el que va a conseguir más cosas. Es un juego con unas miras muy cortas, que el juego de fondo que, en realidad, hay que jugar es otra liga distinta. Entonces, es muy importante cambiar el juego. Y entiendo que estas feministas no quieren cambiarlo porque si lo cambiamos ahora cambiaría todo lo que se ha conseguido. Es un juego distinto, no quieren que otra gente les re-defina el juego al que están jugando, quién está en frente, cuáles son las reglas. Es mi forma de pensarlo. Pasa un poco lo mismo que en la comunidad LGTB. Que sí es una orientación sexual porque vamos a hablar ahora de otras cosas, porque vamos a meter la i, hablar de biología, la i que habla del sexo y es una cosa que no tiene nada que ver, porque mezclar. Porque mezclarlo.

RAQUEL M.

Hay veces que he abierto *Tik Tok* y me ha aparecido un discurso: "cuando eres niña y eres machista porque no te identificas con el resto de las mujeres femeninas..." me hago un lío, ¿esto puede ser verdad? ¿podía a lo mejor yo ser de pequeña machista por no identificarme con una identidad femenina que yo veía imperativa? ¿podía eso hacerme pensar que yo quería estar más cerca de la masculinidad por tener el poder? Después, sigo escuchando, y me doy cuenta de... esta chica es TERF. Me doy cuenta de lo que hay detrás de los argumentos que está dando. Es que, además, te hacen un lío y no creo que las cosas sean como dicen.

Yo a una mujer que se identifique como TERF le diría lo mismo que al tío del autobús de "Hazte Oír": tú eres un cateto. Es que si tú estás diciendo a todo el mundo que las chicas tienen vulva y los chicos tienen pene, a lo mejor no te has dado cuenta de que -si es que creen en Dios y estas cosas-, ¿no se dan cuenta de que ni Dios, en su creación absoluta, ha hecho más movidas de lo que tú entiendes como un pene? Pues lo mismo pienso de las TERF. Cuando dan argumentos en base a qué no es una mujer, se les pasa por completo el hecho de que hay mujeres, que sin ser trans, no son como ellas creen. Yo les diría que la respuesta *is blowing in the wind*, que la tienen delante conmigo. O sea, ¿que le vas a decir a una chica intersex?, ¿qué ella no merece los mismos derechos que tú? Es que si yo hablase con una TERF, yo creo que le petaría un poco la cabeza.

1.3 Del sujeto mujer homogéneo a la interseccionalidad del transfeminismo

Aportar los testimonios de las HAC está siendo imprescindible para que nuestra voz esté presente en un debate que nos interpela directamente y sobre el que públicamente no nos habíamos pronunciado. Pero, en este apartado, lo que pretendo será buscar de qué formas los cuerpos no binarios, la aparición de un sujeto intersex, puede invitarnos a avanzar en este debate identitario.

Las corporalidades intersex, porque rompen con el binarismo corporal, son un jaque al patriarcado y al orden social judeo-cristiano. Confirman, de algún modo, que el binarismo es ficción y que aferrarse ahí implica seguir sometida a lógicas androcéntricas, etnocéntricas, y heteronormativas. Si el feminismo pretende transformar el poder y terminar con las opresiones, reproducir sus formas patriarcales no es la solución. Repensar los efectos del régimen heteronormativo y el sistema patriarcal pasa por distinguir sus efectos en los diferentes sujetos que existimos y analizar las distintas opresiones que se producen. Según esto, dirá Uría:

«[...] las diferencias fueron y siguen siendo notorias y tienen que ver, como hemos visto, con concepciones ideológicas muy arraigadas. [...] Si estas diferencias han pasado casi desapercibidas hasta tiempos recientes, se ha debido a la capacidad de manifestarse y hacerse oír ante la opinión pública de una determinada versión del feminismo –lo que sea dado en llamar feminismo hegemónico–, mientras que las voces disidentes, las organizaciones que han mantenido y mantienen otras posiciones hemos carecido de los medios materiales y el apoyo institucional, [...] para hacernos oír con la misma fuerza» (Uría, 2021: 39).

El feminismo después de décadas y décadas de lucha, ha llegado a la política y es vox populi. En todo ese tiempo, ha ido apareciendo una heterogeneidad de sujetos, una diversidad de voces, temáticas, corrientes o agendas. No siempre coincidentes, nunca lo fueron. Pero ese es uno de los motores de la lucha feminista y no por ello debería suponer una fractura o un conflicto sin solución. Más bien, todo lo contrario, tendría que impulsar nuevas alianzas con el objetivo común de combatir de raíz las condiciones estructurales que reconocemos como la fuente de todas las opresiones. Estar abiertas al diálogo y a la creación de redes entre corrientes, desde el compañerismo y la colectividad, poniendo el foco en la transformación social que queremos conseguir debería ser una máxima común. Como dice Sejo Carrascosa, hay que pensar la interseccionalidad como «relato político que sume y que no difumine [...] el enemigo a combatir» (2021: 166). En la misma línea, defenderá Laura Pérez que «si la interseccionalidad no se tiene en cuenta de manera consciente y activa, las de siempre quedarán invisibilizadas y marginadas» (2021: 94). Y si las de siempre siguen siendo marginadas, estaremos errando porque significará que hay opresiones creadas por la misma matriz de las que el enemigo se seguirá aprovechando para

mantenernos oprimidas.

Dice Miquel Missé que para la política trans, el feminismo es lo mejor que le puede pasar «porque está preocupado por sus excesos, sus límites y sus retos». Añado aquí, que también a la política intersex; a cualquier otro grupo. Y lo es porque, según Missé, nos recuerda que más allá de la estructura: «está también la agencia, la supervivencia, y la promesa de que la libertad es posible incluso en un mundo binario y cargado de imposiciones culturales de género» (2021: 152). Las violencias que hay arraigadas en las opresiones de género son las que generan las fobias: la transfobia, la interfobia, todas las fobias del colectivo.

Asimismo, re-pensar la esencialidad de los binarismos sexo-genéricos y ampliar los espectros sobre la variabilidad de corporalidades naturales que hay no implica dejar de utilizar y reivindicar categorías –como las de hombre o mujer– que son necesarias para denunciar ciertas violencias como las machistas. Las HAC también las sufrimos y somos discriminadas por ellas. De hecho, haber encontrado nuestro lugar de inteligibilidad en las corrientes transfeministas, queer, y en los feminismos interseccionales ha sido muy importante. Siguiendo a Robles (2021):

«Muchas feministas trabajamos no por algo tan ambiguo y bien sonante como la igualdad, sino por el fin de la opresión subordinación y discriminación. [...], el feminismo nunca ha creído en causas innatas que justifican nuestra subordinación y opresión. [...], no hay nada innato que justifique la situación subordinada de las mujeres al largo de la historia, nada que sea inevitable, esencial, permanente. Por eso, entre otros motivos, se empezó hablar de género en lugar de sexo» (Robles, 2021: 40-44)

Lo que pone sobre la mesa Robles ha sido una de las proclamas de activistas antirracistas, como bell hooks o Angela Davis. Como se ha expuesto, el transfeminismo nace a partir de un pensamiento interseccional, en el que tienen lugar todos los grupos atravesados por diversos ejes de opresión –no solamente de sexo-género– desde una perspectiva construccionista. Mientras hooks defendía el feminismo como un movimiento radical para transformar la sociedad y acabar con el patriarcado como sistema, las blancas y ricas americanas luchaban por un feminismo de la igualdad entre hombres y mujeres que obviaba las necesidades de otras mujeres con menos privilegios y atravesadas por otras intersecciones. Según hooks,

«Es un error pensar en ese reformismo como fin, pero no como un progreso hacia la transformación revolucionaria. [...], Hay que erradicar las políticas de dominación, las causas del sexismo y de otras formas de opresión grupal para plantar los cimientos de la futura lucha feminista» (hooks, 2004: 53).

A partir de aquí, sólo nos queda reflexionar colectivamente hacia qué futuro queremos avanzar. Sobre todo, qué retos tenemos que asumir, que diálogos deben producirse y qué tipo de sociedad queremos tejer para las próximas generaciones feministas. Pensar en un futuro más justo para todas las personas que lo habitamos, pasa también por reflexionar cuestiones sobre qué consumimos, qué relación tenemos con las instituciones, qué tipo de educación deberíamos defender o cuál son los pasos para prevenir las fobias y discriminaciones antes de que se produzcan.

La lucha feminista también es anti-capitalista. El capitalismo, además de influir y potenciar las confrontaciones entre nuestras comunidades, ha ido absorbiendo las luchas y discursos a la vez que se ha apropiado de ellos para la creación de su particular negocio. Deberíamos sentirnos libres en todos los contextos y territorios. No solo en barrios de grandes ciudades o en guetos concretos. Sobre esto, dirá Brot Bord: «la misma historia de stonewall debería ser un ejemplo de los peligros capitalistas a los que estamos permanentemente sometidxs» (2013: 155-156).

Pensar en esto último, abre el debate sobre los espacios específicos a los que estamos relegadas las disidencias y los lugares a los que no tenemos acceso. El espacio público ha sido diseñado, construido y ocupado por/para los hombres mientras que las mujeres y las identidades no normativas siempre han sido confinadas al espacio privado. Que el espacio público es jerárquico y desigual, y el discurso espacial siempre ha expulsado y señalado a las disidencias (Delgado, 2011), es un tema de actualidad. Las agresiones en los espacios públicos hacia las mujeres, las disidencias sexuales y las personas con identidades no normativas o atravesadas por diferentes ejes de opresión de raza o clase, abren titulares de medios de comunicación españoles e internacionales a diario. El miedo, la inseguridad, o la falta de libertad (Bauman, 2006) que experimentamos en el espacio público tiene también que ver también con la construcción binaria sexo-genérica, el sistema heteronormativo y etnocéntrico. Conquistar el espacio público, es también una asignatura pendiente del movimiento feminista.

Por lo tanto, apostemos por un feminismo libre para todas las realidades, por un movimiento diverso, abierto, que no deja de fluir y de de-construirse. Como indica Sejo Carrascosa (2021):

«Es importante que desde los feminismos se habrán nuevas sensibilidades que enriquezcan el sujeto político, es necesario seguir cuestionando el sistema de opresión a la vez que cuestionamos nuestras propias teorías. El feminismo no puede estancarse en un sujeto mujer, blanca, autóctona, capacitada y cisheterosexual. Es más, debe pensar si esas categorías no son

—que lo son— constructos occidentales y colonialistas» (Carrascosa, 2021: 165).

En este trabajo, me gustaría reivindicar la apuesta por un futuro feminista que atienda a una pluralidad de voces, de historias, de testimonios como los nuestros; soliloquios que piensen en colectivo, que tengan la finalidad de sumar y entendernos, que nos inviten a seguir pensándonos, que persigan un mundo en el que vivamos con libertades e igualdad de derechos.

«Sigamos apostando por un feminismo que va mucho más allá de la feminidad, y más allá de las mujeres, un feminismo del 99 % que pone el cuidado en el centro, que transforma los imaginarios sexuales y corporales, que promueve la diversidad. [...] Un feminismo que no se erige contra nadie, sino que pretende incluir a todo el mundo» (Pérez, 2021: 97).

Actualmente, como he ido analizando, el feminismo es un movimiento muy amplio, con una polifonía de voces, que está atravesado por variables y ejes diversos que se han ido introduciendo al observar las discriminaciones y a medida que colectividades marginalizadas han ido tomando la palabra. Un denominador común para todos los grupos, voces, e identidades feministas es la identificación de un mismo enemigo generador de las opresiones. En esto sí estamos de acuerdo, en nuestras manos está conseguir que un movimiento que ha nacido para combatir las desigualdades e injusticias y conseguir los mismos derechos para todas las personas, no cometa los mismos errores y acabe convirtiéndose en una alternativa igual de opresora que la que nos oprimía décadas atrás.

APARTADO II. SOBRE EL DERECHO DE LAS HERMAFRODITAS

En este apartado, mencionaré algunos de los avances en materia legislativa en cuestión de intersexualidades que han ido teniendo lugar a lo largo del siglo XXI a nivel internacional y, también, dentro del Estado español.

A comienzos de siglo había una representación mínima de organizaciones y asociaciones. La comunidad intersex empezó a salir de sus armarios a finales de los noventa y en Estados Unidos, pero en los últimos años estamos asistiendo a una importante proliferación de grupos, asociaciones y activistas con representación política en distintos países del mundo.

En el caso del Estado español, el asociacionismo intersex está muy atento y sigue de cerca los avances legales en otros países. Esto ha propiciado que, desde hace unos años, se haya empezado a

trabajar por la representación en el campo legislativo y que las personas intersex estén hoy participando en los procesos de redacción de leyes como agentes políticos, tanto a nivel autonómico como estatal.

Voy a tratar de analizar, por tanto, cuál es la situación actual del objeto de estudio intersexual en materia legislativa y qué cambios están produciéndose una vez que las HAC, la comunidad intersex en general, nos hemos convertido en agentes políticos.

2.1 Una aproximación a los avances internacionales

A continuación, enumeraré las referencias internacionales que existen en materia legislativa sobre las intersexualidades. A modo de genealogía, trataré de nombrar los informes, documentos y recomendaciones más importantes que han aparecido hasta hoy sobre los temas fundamentales que ocupan las agendas de la comunidad intersex en todo el mundo: la mutilación genital infantil, las prácticas invasivas y no consentidas por parte de profesionales de la salud, el consentimiento informado en los centros hospitalarios, o las intervenciones estéticas obligatorias por creencias socio-culturales binarias. En definitiva, todo el conjunto de violencias y violaciones a los derechos humanos que se han ejercido –que se ejercen– contra los cuerpos intersexuales.

La primera referencia que quiero citar es del año 2004. En este momento, la “Comisión de Derechos Humanos” de las Naciones Unidas escuchó por primera vez hablar de cuestiones intersex. Esa preocupación se registra en el trabajo de la “Oficina del Alto Comisionado para los Derechos Humanos” (OACDH), que incluyó las cuestiones intersex en su informe 14 y organizó, en el año 2015, una reunión de expertos en Ginebra (Suiza). El 24 de octubre de 2016, acabaría publicando el documento: “Poner fin a la violencia y a las prácticas nocivas en contra de los niños y los adultos intersex”, firmado por el “Comité contra la Tortura” o el “Comité de los Derechos del Niño”⁶².

Asimismo, en el año 2009, Anand Grover, relator especial de Naciones Unidas, publicó un informe centrado en la cuestión del consentimiento informado⁶³ sobre el derecho de toda persona al

62

Firmado por el Comité contra la Tortura, el Comité de los Derechos del Niño, el Comité sobre los derechos de las Personas con Discapacidad, el Subcomité para la prevención de la Tortura, los Relatores sobre Tortura, sobre Salud y sobre la Violencia contra la Mujer, la Representante Especial del Secretario General de las Naciones Unidas sobre Violencia contra los Niños, la Comisión Africana para los Derechos Humanos y de los Pueblos, el Consejo de Europa y la Comisión Interamericana de Derechos.

⁶³ Documento ONU A/64/272, 10 de Agosto de 2009. Dicho Informe afirmaba que “los proveedores de servicios de salud deben esforzarse en aplazar las intervenciones invasivas e irreversibles que no sean urgentes hasta que el niño tenga madurez suficiente para otorgar su consentimiento informado” (para. 49) y agregaba: “Lo cual resulta

disfrute del mayor nivel posible de salud física y mental. En 2013, Juan E. Méndez, relator especial sobre “Tortura y Otros Tratos y Penas Cruels, Inhumanos o Degradantes”, publicó el informe⁶⁴ centrado en violaciones a los derechos humanos en contextos sanitarios⁶⁵. Un año después, en el 2014, fue publicado un “Informe sobre Perspectivas de género de la Tortura”, en el que entre otras cuestiones, se expresaba que: «en muchos Estados, los niños que nacen con atributos genitales atípicos suelen ser sometidos a reasignaciones de sexo irreversibles, esterilizaciones involuntarias e intervenciones quirúrgicas de normalización genital practicadas sin su consentimiento informado ni el de sus padres, lo que causa su infertilidad permanente e irreversible, les produce un gran sufrimiento psíquico y contribuye a su estigmatización»⁶⁶.

Además, distintos órganos creados en virtud de Tratados de Derechos Humanos se han manifestado en contra de los procedimientos «normalizantes»⁶⁷. Entre ellos, el publicado en el año 2014 por la “Organización Mundial de la Salud” (OMS) que incluyó las cuestiones intersex en dos documentos clave: “El Consenso Inter-agencias contra la Esterilización Forzada, Coercitiva o de cualquier otro modo Involuntaria” y “el Informe sobre Salud Sexual, Derechos Humanos y Legislación”⁶⁸. Por su parte, “El Comité de Derechos Humanos” los ha calificado como «trato cruel, inhumano o degradante», «prácticas nocivas» y «experimentación médica o científica no consentida», de acuerdo a los artículos 7, 9, 17, 24 y 26 del “Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos”, en sus revisiones de Suiza y Australia (2017). También, “El Comité de Derechos del Niño” las ha catalogado como «prácticas dañinas», de acuerdo al artículo 24 (3) de “La Convención de Derechos del Niño”, tanto en la Observación General n° 18, como en sus revisiones de Suiza, Chile en 2015; Francia, Irlanda, Reino Unido, Nepal, Nueva Zelanda, Sudáfrica en el año 2016; Dinamarca (2017); España y Argentina en 2018; o Bélgica e Italia en 2019. Además de

especialmente problemático en el caso de la cirugía genital en niños intersexuales, que es un procedimiento doloroso y de elevado riesgo sin beneficios médicos demostrados”.

⁶⁴ Documento disponible (en inglés) en: http://antitorture.org/PDF_Torture_in_Healthcare_Publication.pdf (Consultado el 10/09/2022).

⁶⁵ “Los niños que nacen con atributos sexuales atípicos suelen ser objeto de intervenciones quirúrgicas irreversibles de reasignación de sexo, esterilizaciones involuntarias o cirugía reconstructiva urogenital involuntaria, practicadas sin su consentimiento informado previo ni de sus padres, "en un intento de fijar su sexo", que les provocan infertilidad permanente e irreversible y un gran sufrimiento psíquico. (para. 77) y recomendaba explícitamente derogar “cualquier ley que permita la realización de tratamientos irreversibles e intrusivos, como la cirugía reconstructiva urogenital obligatoria, la esterilización involuntaria, la experimentación contraria a la ética, las demostraciones médicas y las "terapias reparativas" o "terapias de conversión", si se aplican o administran sin el consentimiento libre e informado del paciente.”

⁶⁶ Documento disponible (en inglés) en: <https://www.wcl.american.edu/gender-perspectives-on-torture/> (Consultado el 10/09/2022).

⁶⁷ Informe detallado disponible (en inglés) en: <http://stop.genitalmutilation.org/UN-Reprimands-for-Intersex-Genital-Mutilations> (Consultado el 14/09/2022).

⁶⁸ Documento disponible (en inglés) en: <https://apps.who.int/iris/bitstream/handle/> (Consultado el 03/09/2022).

otros, como El Comité Contra la Tortura (CAT), El Comité sobre los Derechos de las Personas con Discapacidad, el Comité de Derechos del Niño, y el Comité sobre la Eliminación todas las formas de violencia contra la Mujer (CEDAW), entre otros. Este último, el CEDAW, ha puesto de manifiesto la discriminación que sufren, específicamente, las mujeres intersexuales analizando la situación de las mujeres intersexuales en países como Francia, Suiza, Países Bajos, Alemania, Irlanda, Chile, Luxemburgo, México, Australia, Nueva Zelanda, Nepal y Liechestein.

Por otra parte, en 2007, los “Principios de Yogyakarta” sobre la aplicación de la legislación internacional de derechos humanos a la orientación sexual y los derechos humanos incluyeron el “Principio 18”, centrado en el derecho a la protección contra abusos médicos⁶⁹. El Suplemento, conocido como “Principios de Yogyakarta + 10”, fue presentado en el año 2017 e introduce la definición de «características sexuales» y acoge la protección de los derechos humanos de las personas intersex al introducir el “Principio 32” sobre el derecho a la integridad corporal y mental.

Asimismo, las cuestiones intersex han recibido una atención creciente por parte del “Sistema Europeo de Derechos Humanos”. En 2014, el “Comisionado Europeo para los Derechos Humanos” publicó su Informe sobre cuestiones intersex⁷⁰. En el año 2015, la “Agencia de Derechos Fundamentales” (FRA) publicó el informe⁷¹ sobre los derechos fundamentales de las personas intersex en Europa, y el “Comisionado para los Derechos Humanos” publicó otro informe sobre la misma cuestión. En 2017, la “Asamblea Parlamentaria del Consejo de Europa” aprobó su “Resolución 2191” promoviendo los derechos humanos y eliminando la discriminación contra las personas intersex. La Resolución⁷² llama a «prohibir la cirugía, la esterilización y otros tratamientos médicamente innecesarios de normalización del sexo, practicados en niños intersex sin su consentimiento informado». Además, en el año 2019, el Parlamento Europeo aprobaría “la Resolución sobre Derechos de las Personas Intersex”⁷³, en la cual «condena enérgicamente los tratamientos y cirugías de normalización del sexo; ve con beneplácito las leyes que prohíben tales cirugías, como en Malta y Portugal, y anima a otros Estados Miembros a adoptar legislaciones similares tan pronto como sea posible».

⁶⁹ Datos disponible en: www.yogyakartaprinciples.org (Consultado el 16/09/2022).

⁷⁰ Artículo disponible (en inglés) en: <http://www.coe.int/en/web/commissioner/-/a-boy-or-a-girl-or-a-person-intersex-people> (Consultado el 06/08/2022).

⁷¹ Informe disponible (en inglés) en: <https://fra.europa.eu/en/publication/2015/fundamental-rights-situation-intersex-people> (Consultado el 15/10/2022).

⁷² Resolución disponible (en inglés) en: <http://assembly.coe.int/nw/xml/XRef/Xref-XML2HTML-en.asp?fileid=24232&> (Consultado el 13/10/2022).

⁷³ Resolución del Parlamento Europeo del 14 de febrero de 2019. Disponible (en inglés) en: <http://www.europarl.europa.eu/sides/> (Consultado el 16/10/2022).

A su vez, en el año 2020, la “Oficina de la Alta Comisionada para los Derechos Humanos” publicó el documento, “Background note on Human Rights Violations against Intersex People”, en el que se analizan las violaciones a los derechos humanos basadas en las características sexuales, y en el cual se exponen el conjunto de obligaciones que tienen todos los Estados para asegurar el pleno cumplimiento de los derechos humanos⁷⁴. En ese mismo año, 2020, la “European Union Agency for Fundamental Rights” publicaba el informe “A long way to go LGTBI equality”. De este informe, quiero destacar los siguientes datos:

- Casi 2 de cada 3 de las personas intersexuales encuestadas se habían sentido discriminadas en al menos un área de su vida por el hecho de ser intersex durante los 12 meses previos a la encuesta
- El 62% no había dado su consentimiento para someterse a intervenciones quirúrgicas para modificar sus características sexuales
- El 19% de los encuestados había encontrado dificultades a la hora de registrar su estado civil o su género en un documento público

Otros organismos no gubernamentales, como Amnistía Internacional, también trabajan por la eliminación de las violencias hacia las personas intersex. Esta organización, tras una serie de entrevistas realizadas a personas y familias intersex entre 2015 y 2017, publicó el siguiente informe: “*First do no harm. Ensuring the rights of children with variations of sex characteristics in Denmark and Germany*”. Las conclusiones extraídas fueron que en Dinamarca y Alemania los bebés intersex eran sometidos a operaciones quirúrgicas no urgentes, invasivas e irreversibles, y a tratamientos hormonales, que pueden causar daños a corto y largo plazo. Que, además, en algunos casos, estas prácticas habían sido ocultadas y no había acceso al historial médico. Explicaba, además, las dificultades psíquicas o mentales negativas a largo plazo como consecuencia de esas operaciones. También, que la información proporcionada a padres y madres no es la suficiente para poder tomar una decisión de manera consciente.

2.2 Textos legislativos aprobados

Algunos países y territorios que voy a nombrar seguidamente ya han logrado sacar adelante algunas leyes y textos en materia de intersexualidades. Aunque no todas han sido celebradas con el

⁷⁴ Documento disponible en: <https://www.ohchr.org/EN/Issues/Discrimination> (Consultado el 17/10/2022).

mismo entusiasmo por parte de la comunidad intersex ni han tenido el efecto que se esperaba.

El país que hasta hoy cuenta con el sistema más avanzado de protección de las características sexuales es Malta⁷⁵. Su “Ley sobre Identidad de Género, Expresión de Género y Características Sexuales” fue aprobada en 2015 e incluye la prohibición explícita de modificar las características sexuales de las personas sin su consentimiento informado por razones distintas a la necesidad médica (incluyendo, por ejemplo, razones “psicosociales”).

Australia, en el año 2010, gracias al caso de Norrie May-Welby, se conseguiría registrar una tercera opción de género en el certificado de nacimiento y en el pasaporte: sexo indeterminado o no especificado. Un hecho muy celebrado por la comunidad intersex australiana y la del resto de países. Gracias a las contribuciones de Nuria Gregori hemos conocido que en noviembre de 2011 y en la ciudad de Melbourne, se proclamó a Tony Briffa –abogado y firme activista por los derechos del colectivo de lesbianas, gais, transexuales, bisexuales e intersexuales– “como el primer alcalde intersexual de la historia del país” (2016: 90-92).

En 2013, Alemania⁷⁶ siguiendo a Australia, decidió salvaguardar la integridad corporal de las personas intersex a través de una solución registral: una categoría de sexo indeterminado. La comunidad intersex en Alemania y a nivel internacional fue muy crítica con esta ley ya que se basaba en los mismos presupuestos discriminatorios que trataba de denunciar. Por mencionar algunos: incluía la creación de un doble estándar, la violación de la confidencialidad, la imposición de un estatus legal diferenciado, seguía dando a la figura del experto la legitimidad para tomar decisiones, o la falta de protección para las personas intersex cuyas características sexuales no comprometen su asignación de sexo, aquellas que se manifiestan en la pubertad, o aquellas que han sufrido procedimientos no terapéuticos de modificación corporal. Respecto a estas cuestiones, algunos activistas intersex reconocidos no tardaron en pronunciarse. Según menciona Nuria Gregori (2015),

«Para Hida Vilorio (2013), activista *intersex* norteamericana, con esta nueva ley se ha creado una nueva clase de ciudadanos a quienes se les niega la igualdad de derechos, el acceso a servicios básicos y a quienes se les sigue dejando sin protección legal ante la violencia que se ejerce sobre sus cuerpos. Por su parte, Mauro Cabral, activista trans e *intersex* argentino, asegura que es importante distinguir entre Alemania y Australia: «La ley australiana permite

⁷⁵ Disponible (en inglés) en:

https://meae.gov.mt/en/Public_Consultations/MSDC/Pages/Consultations/GIGESC.aspx (Consultado el 10/09/2022).

⁷⁶ Disponible (en inglés) en: <https://oii.europa.org/new-draft-bill-in-germany-fails-to-protect-intersex-people/>

que personas adultas accedan a una X en su identificación mientras que la ley alemana permite registrar a niñ*s intersex recién nacidos como un sexo indeterminado. Entre una ley y otra existen dos concepciones radicalmente distintas —en un caso, el reconocimiento del derecho individual y, en el otro, la imposición de una diferencia legal, como un modo de visibilizar lo que de otro modo permanece invisible» (Gregori, 2015: 90-92).

En 2018, Portugal aprobó la ley 38/2018, de identidad de género que, aunque incompleta, avanza hacia la protección de las personas intersex.

En Islandia⁷⁷, la ley de identidad de género está en proceso de redacción. Esta incluye la creación de un comité con el fin de establecer la normativa necesaria para proteger la integridad corporal de niñes intersex.

El Senado del Estado de California⁷⁸, en los Estados Unidos, aprobó la Resolución Concurrente 110, la cual reconoce que “les niñes intersex deben ser libres de elegir si someterse a cirugías que alteraran sus vidas, que causan daño de manera irreversible y a veces de manera irreparable”.

Por último, Argentina (2020) presentó un Proyecto de Ley de Protección Integral de las Características Sexuales. Aunque finalmente el proyecto no salió adelante en el Parlamento, la elaboración del mismo implica un paso fundamental en la protección de los derechos humanos de las personas intersex en Argentina. Hay otros países como Colombia, Suiza, Australia, Chile o Mexico donde también se han producido avances significativos. Igualmente, las cuestiones intersex han recibido la atención de organizaciones dedicadas a la defensa y promoción de los derechos humanos a nivel nacional, regional e internacional.

En el caso del Estado español, como veremos ahora, aunque sí nos encontramos con algunos avances sobre todo a nivel de comunidades autónomas, todavía no hay una ley integral que proteja los derechos de la comunidad intersex. Lo único que se ha conseguido hasta hoy a nivel estatal, con la reciente Ley 4/2023⁷⁹, de 28 de febrero, para la igualdad real y efectiva de las personas trans y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI, ha sido prohibir las mutilaciones genitales en menores intersex.

⁷⁷ Disponible (en inglés) en: <https://grapevine.is/news/2019/02/12/iceland-set-to-make-major-changes-to-law-affecting-trans-intersex-and-non-binary-people/>. (Consultado el 11/10/2022).

⁷⁸ El texto de la norma puede consultarse (en inglés) en la página oficial del Poder Legislativo de California: https://leginfo.legislature.ca.gov/faces/billTextClient.xhtml?bill_id=201720180SCR110. (Consultado el 10/08/2022).

⁷⁹ Disponible en: <https://www.boe.es/LeyTransLGTBI>

2.3 El consentimiento informado

Uno de los elementos más controvertidos en el tratamiento de las personas intersex por parte de la biomedicina, como ya se ha mencionado en el primer bloque, es el consentimiento informado.

Para los profesionales de la salud, la intersexualidad es una urgencia psicosocial. Al estar definida como un trastorno grave que puede afectar física y psicológicamente a las personas que lo padecen, se activan una serie de protocolos que someten a ese menor, o a esa persona adulta, a diferentes intervenciones y/o tratamientos para corregir su cuerpo y adaptarlo a la norma estética binaria. Aquí entra en juego el concepto jurídico del consentimiento informado (Martí, 2018: 44-46).

El consentimiento informado es un requisito legal por el que ningún profesional puede intervenir un cuerpo sin que este consentimiento esté firmado. Para que sea informado, como bien indica su nombre, tiene diferentes requisitos. Algunos de ellos son los siguientes: voluntariedad, información en cantidad suficiente, validez y autenticidad (Simón y Concheiro, 2017: 659-663).

Voluntariedad: esto implica que el consentimiento debe estar libre de persuasión, de coacción y de manipulación. ¿Cómo puede influir un profesional para que estos requisitos se pasen por alto? Por ejemplo, sometiendo al paciente a una intervención sin ofrecerle la posibilidad de efectuar ningún tipo de decisión. También, si se ofreciese la posibilidad de tomar una decisión, puede estar influida por la amenaza, explícita o implícita, de que si no se lleva a cabo puede desencadenar consecuencias negativas. Una de ellas, cáncer. La palabra cáncer se repite en muchos protocolos de actuación. Además, la relación de verticalidad médico-paciente, ya tratada previamente, hace que ante la recomendación de cualquier profesional, por sus conocimientos e influencia psicológica, en estas situaciones, prevalezca por encima de todo y se imponga (Martí, 2018: 46).

Información en cantidad suficiente: el consentimiento no solo debe ser libre, sino también informado. El artículo 10.5 de la Ley General de Sanidad dice que se le debe de presentar al paciente la información en términos comprensibles, a él y a sus familiares, ofreciendo una información completa y continuada, verbal y escrita (Martí, 2018: 47).

Validez y autenticidad: la validez está relacionada con la intención de las decisiones, que está muy condicionada por el estado anímico de la persona. Alguien en estado de shock no puede tomar una decisión de manera válida. En el caso de la autenticidad, tiene que ver con la escala de valores (Martí, 2018: 48).

Por tanto, que la cuestión del consentimiento informado en el tratamiento de personas intersex sea incluida, de manera específica, dentro de las futuras leyes que se elaboren con el objetivo de proteger los derechos de las personas de esta comunidad, es de vital importancia para evitar que siga convirtiéndose en un arma de doble filo.

2.4 Una aproximación a la legislación española vigente sobre intersexualidades

Voy a comenzar por un tema importante sobre el que habría que poner el foco:

El sistema jurídico vigente en el Estado español obliga a las personas a vivir conforme a uno de los dos sexos. Serán solo estos dos sexos, con unas características determinadas, los que pueden gozar de los derechos fundamentales. Esta definición legal deja fuera de la legalidad a los cuerpos intersex. Y no porque sean otros terceros cuerpos con otras características muy concretas, que no lo son, sino por la inflexibilidad en la definición social de las dos categorías construidas: hombre y mujer.

Esto puede constatarse haciendo referencia al principio de no discriminación por razón de sexo, dentro en el artículo 14 de la Constitución de 1978, y que menciona la eliminación de las desigualdades entre hombres y mujeres pero que no se aplica con las personas con cuerpos que no encajan en esos parámetros binarios. ¿Qué ocurre, por tanto, cuando nace una criatura a la que no sabemos sexuar porque su genitalidad difiere de los arquetipos corporales estéticos marcados?

Ante este debate, Daniel J. García (2015), dirá que, en el caso de nacimiento de bebés intersexuales o con una genitalidad no normativa, lo que pasa es lo siguiente:

«Nos encontramos con menores de edad que se encuentran bajo tutela legal. Deben ser los tutores quienes tomen la decisión última sobre el recién nacido, es decir, la firma que debe aparecer consintiendo o rechazando la cirugía de asignación de sexo debe ser la de los tutores del menor de edad. No obstante, el interés del menor –que no los derechos del menor– se encuentra por encima de los deseos de los progenitores. Tanto es así que en caso de conflicto entre el interés del menor y el interés de los progenitores, debe ser una autoridad independiente quien haga prevalecer el principio del interés superior del menor. Dicha autoridad ha de ser un juez o tribunal, la autoridad administrativa o el Ministerio Fiscal (Sentencia del Tribunal Constitucional 141/2000). Sin embargo, al no existir regulación sobre la intersexualidad (laguna jurídica), el interés del intersexual será determinado en exclusiva por el equipo médico. No hay intervención de esa autoridad independiente. No la hay porque se entiende que no existe conflicto de intereses: el menor intersexual ha de ser corregido»

(García, 2015: 141).

Al entenderse, por tanto, que la intersexualidad provoca un grave riesgo para la salud, la práctica médica emplea el término urgencia, o emergencia psicosocial, para legitimar la cirugía del neonato excluyendo, en muchas situaciones, la obligación del consentimiento informado que ya se ha explicado. Es más, la Ley de Autonomía del Paciente no habla de “información completa” sino de “información adecuada”. Ello implica que es el equipo médico el que determina qué es lo adecuado (Pelayo, 2009: 98-100).

En este sentido, en vez de comunicar que se trata de una posibilidad corporal no binaria, que no afecta a la salud del bebé, se utilizan conceptos técnicos con una carga peyorativa. No se menciona la palabra intersexual sino que es sustituida por otras como: anomalía de los cromosomas sexuales, anomalía gonadal, anomalía de los órganos externos, malformación, patología o cáncer. Dada la pericia médica a la hora de descubrir el verdadero sexo, debe ser restituida a través de cirugía (Kessler, 1999: 22-24; Fausto-Sterling, 2000: 71), llegando incluso a sedarlos para firmar el consentimiento (Dreger, 1998: 192-197; Chase, 2005: 90 y Fausto-Sterling, 2000: 85-86).

Según Nuria Gregori (2006), gracias a la perspectiva biologicista sobre la identidad sexual durante el período intrauterino que asume el aparato médico, este puede eludir cualquier posible responsabilidad en el hipotético caso de ser denunciado por error médico en la asignación de sexo: «lo que no es demostrable no es denunciabile, y en este caso, los límites de la ciencia aparecen como justificación ante posibles errores» (2006: 116).

Por su parte, en el Código Civil español nos encontramos con el artículo 29 donde se señala que el nacimiento determina la personalidad. Hasta la reforma que hubo en el año 2011, el siguiente artículo, el 30, señalaba que «para los efectos civiles, sólo se reputará nacido el feto que tuviera figura humana y viviera veinticuatro horas enteramente desprendido del seno materno». Es decir, «para ser persona en términos jurídicos debían producirse tres hechos: a) nacer, b) vivir durante veinticuatro horas y c) poseer forma humana». Según García (2015), este último requisito excluiría de la personalidad a los seres que no encajan en el marco normativo de la condición humana:

«Podríamos pensar que la cirugía intersexual viene impuesta por este artículo 30 del Código Civil en lo que respecta al sexo que puede poseer la figura humana pues, además, el recién nacido debe ser inscrito inmediatamente en el Registro Civil –archivo de la verdad que goza de presunción de exactitud según el artículo 16 de la Ley 20/2011, de 21 de julio–. No obstante, el artículo 166 del Reglamento del Registro Civil, de forma excepcional, permite un

plazo de treinta días para la inscripción siempre que se acredite justa causa. Asimismo, el artículo 46 de este cuerpo legal obliga a la dirección de hospitales, clínicas y establecimientos sanitarios a comunicar el nacimiento a la Oficina del Registro Civil en el plazo de veinticuatro horas. Es en este momento cuando surge la identidad jurídica. La inscripción del nacimiento es un título declarativo del estado civil de la persona, por lo que declara la verdad oficial de los hechos y circunstancias» (2015: 133-135).

Actualmente, la ley de 1957 en el artículo 42 del Registro Civil, salvo excepciones como hemos mencionado, establece un plazo de 24 horas a ocho días para la inscripción. Asimismo, en los artículos 44.2 y 49 de esa misma ley, el formato deja claro que la inscripción debe ser acompañada del parte de un facultativo, si es varón o mujer, y el nombre. Por lo tanto, la autonomía de una criatura intersex se estaría violando (2015:139).

Es decir, lo más importante es utilizar todos los mecanismos necesarios para no quebrantar el binarismo sexo/género. Además, a la protección de la dualidad de sexos –acompañada como vemos de la violación de la autonomía y del consentimiento informado– se suma la objeción de conciencia del profesional sanitario. Un mecanismo que tienen los profesionales de la salud para no realizar un tratamiento porque viola su conciencia. Aún así, en el marco de los límites indirectos, la jurisprudencia entiende que, al no existir un derecho a la objeción de conciencia general, en caso de urgencia vital no es posible apelar a conflictos de conciencia, quedando la persona obligada a actuar en todo caso. Este se encuentra obligado a actuar aunque pueda entender que vulnera su conciencia.

Por otro lado, como ya he mencionado con anterioridad, la Unión Europea –desde diferentes organismos y comités– ha constatado en diversas ocasiones que las vulneraciones de derechos humanos contra las personas intersex son una realidad. España, de hecho, es el décimo Estado europeo en ser reprendido por mutilación genital infantil por un organismo de las Naciones Unidas (ONU).

En 2018, la ONU, a través del Comité de Derechos del Niño, reprendió a España por estar vulnerando los derechos de los menores intersexuales, donde se hablaba de torturas en hospitales públicos. Fue el 22 de enero de 2018 en Ginebra, cuando España fue sometida a revisión en la 77ª sesión del Comité de los Derechos del Niño (CRC) de la ONU⁸⁰. Algunas de las advertencias a

⁸⁰ La plataforma “STOP Intersex Genital Mutilation in Children's Clinics” se encargó de ir informando en directo de todos los acontecimientos del acto a través de su página web. Asimismo, toda la información ofrecida se encuentra recogida en el siguiente enlace: [Spain-to-be-questioned-over-Intersex-Genital-Mutilations](#) (Consultado el 12/10/2022).

España fueron las siguientes: a) incumplimiento de la obligación de impedir prácticas nocivas hacia menores intersex; b) las víctimas de mutilación genital infantil se encuentran con dificultades a la hora de ejercer su derecho de acceso a la reparación y a la justicia; c) los esfuerzos en formar a los profesionales de la salud están siendo insuficientes. Inevitablemente, por tanto, al Estado español a prohibir las intervenciones médicas y las operaciones quirúrgicas innecesarias, postergándolas hasta que esa persona decida por sí misma sobre su propio cuerpo, y siempre bajo un consejo y apoyo adecuados.

2.4.1 Sobre el derecho de las hermafroditas del siglo XXI

En el año 2022, momento de redacción de esta tesis, los avances a los que estamos asistiendo dentro del contexto español en materia de defensa de derechos LGTBI+ empiezan a ser, por primera vez, una realidad.

Tras la formación del gobierno actual, el 8 de enero de 2020 (gracias a la coalición entre el Partido Socialista Obrero Español (PSOE) y Unidas Podemos) se ha creado por primera vez una Dirección General específica dentro del Ministerio de Igualdad –liderado por Irene Montero– que tiene como objetivo la protección de la Diversidad Sexual y la defensa de los Derechos de las Personas LGTBI+. Entre sus principales funciones está el desarrollo de normas, la elaboración de informes y estudios en contra de la discriminación y violencias, además de la coordinación de políticas transversales de derechos LGTBI+ en los distintos departamentos dentro de los ministerios.

Desde la creación de esta Dirección, las asociaciones y colectivos intersex del Estado español se han reunido con sus representantes para hablar de la situación actual y hacer visibles las demandas principales. En este sentido, que la comunidad intersex española, como agente político, tenga la oportunidad de establecer relaciones y reuniones con el Gobierno Central es un acontecimiento a celebrar. Un fruto tangible de estas redes ha sido la celebración de las primeras “Jornadas sobre intersexualidad⁸¹” organizadas en el Ministerio de Igualdad el día 26 de octubre de 2022, día internacional de la visibilidad intersex, en Madrid. En este evento participaron representantes de asociaciones y colectivos del Estado español. Estaban también, en calidad de ponentes, cinco de las HAC: Camino, Raquel, Iolanda, Lilith y Mer. El objetivo era visibilizar la intersexualidad, dar voz a las personas intersex, mostrar los discursos y avances que se están dando desde los distintos campos en los que el sujeto intersex es interpelado –biomedicina, derecho, psicología, educación,

⁸¹ Ministerio de igualdad, *Jornadas sobre intersexualidad*, 26 de octubre de 2022 en: [Primeras Jornadas sobre Intersexualidad](#) (Consultado el 2/10/2022).

estudios feministas– y escuchar las demandas, en cuestión de derechos, de la comunidad.

Aunque se dan pasos notables, en materia legislativa se debe seguir avanzando. A día de hoy, no existen textos específicos sobre intersexualidades. Lo único que existe es, a partir del año 2012 y dentro del marco de las llamadas “leyes LGTBI” y “ley trans”, que la letra i ha empezado a ser nombrada por el ordenamiento jurídico español.

Con el objetivo de contextualizar estos acontecimientos, voy a enumerar algunos de los avances más importantes producidos en las dos últimas décadas:

En materia LGTBI+, uno de los hitos del siglo XXI tuvo lugar en el año 2005, cuando se publicaba la Ley 13/2005 que permitía el matrimonio homosexual, convirtiéndose en el tercer país del mundo que lo legalizaba. Dos años después, por primera vez en España, del 22 de junio al 1 de julio, se realizaba en Madrid el “Europride 2007”. Asimismo, el 24 de septiembre del 2007, era inscrito en el Ministerio del Interior el Partido de las Libertades Civiles, la primera agrupación política dedicada específicamente a la defensa de los derechos LGBT que participó en unas elecciones. Por otro lado, para citar algunas leyes autonómicas pioneras, el 8 de julio de 2014, se aprueba la Ley 2/2014, integral para la no discriminación por motivos de identidad de género y reconocimiento de los derechos de las personas transexuales de Andalucía. En 2015, se aprueba la Ley 12/2015, de igualdad social de lesbianas, gais, bisexuales, transexuales, transgénero e intersexuales y de políticas públicas contra la discriminación por orientación sexual e identidad de género en la Comunidad Autónoma de Extremadura.

En materia exclusiva de intersexualidades, a nivel autonómico, Sam Fernández (2021) ha realizado un exhaustivo análisis sobre esta cuestión y una enumeración en la que se recogen todas las leyes que incluyen la palabra intersexual (2021: 82-84). Atendiendo a los contenidos de este trabajo, puede decirse que la gran parte de las leyes autonómicas no entran a desarrollar un articulado sobre las personas intersex sino que nos continúan nombrando bajo el acrónimo LGTBI+. En cambio, las que sí lo hacen, aunque incluyen una mirada desde la no patología, «a la hora de definir en qué zonas corporales reside la variación o el desarrollo atípico, predomina la visión anatómica/reproductiva» en vez de incluir una visión de la intersexualidad como identidad política. Según Fernández (2021):

«Las leyes que proporcionan una definición de las intersexualidades arrojan una visión que reconoce la existencia de cuerpos no binarios fuera de la lógica médica de la patología y la

enfermedad. De este modo, las intersexualidades aparecen reflejadas como variaciones corporales respecto a la norma, siendo un “desarrollo sexual atípico” de las características sexuales, una variedad de “situaciones” que no responden a las “definiciones binarias de hombre y mujer”, que no cuadran dentro del concepto socialmente establecido de hombre o mujer³⁷ o que “ no parecen encajar en las definiciones típicas de masculino y femenino» (2021: 85).

Actualmente, son varias las comunidades autónomas que se encuentran en proceso de redacción de proyectos de ley junto a agentes políticos LGTBI+ y personas intersex (Andalucía, Catalunya, País Vasco, Valencia, Madrid). En una de esas comunidades, en el País Vasco, desde el “colectivo i de intersex” del que formo parte, hemos participado en ese proceso de redacción. También lo ha estado haciendo Asmi Molina, una de las HAC, que pertenece a la Asociación Kaleidos y que, además, el 24 de mayo de 2022, ha comparecido por primera vez ante el Parlamento Vasco. Lo ha hecho como representante de la Comunidad Intersex y del Observatorio Vasco LGTBI+ para defender la inclusión de derechos fundamentales y el fin de la mutilación genital intersex, en la proposición de ley de segunda modificación de la ley 14/2012, de 28 de junio, de no discriminación por motivos de identidad de género y de reconocimiento de los derechos de las personas transexuales.

Las leyes autonómicas existentes, que sí regulan aspectos específicos en materia de intersexualidades, tampoco lo hacen de una manera unificada sino que, si nos referimos (por ejemplo) exclusivamente a la terminología, utilizan conceptos distintos y heterogéneos. Como ha recogido Fernández (2021):

«En algunas, esa regulación específica se hace mediante referencias a la discriminación por características sexuales (Aragón 4/2018, Cantabria-Anteproyecto: 2018, Estatal-Anteproyecto: 2017, Madrid 2/2016, Madrid 3/2016, Murcia 2016), por desarrollo sexual (Comunitat Valenciana, 2018) o por interfobia (Aragón 18/2018, Estatal-Anteproyecto: 2017). En otras ocasiones, se trata de proteger la diversidad corporal (Castilla La Mancha, 2019; Aragón, 18/2018, Cantabria-Anteproyecto, 2018, Comunitat Valenciana, 2018; Andalucía, 2017; Estatal-Anteproyecto, 2017; Navarra, 2017; Illes Balears, 2016; Madrid 3/2016; Extremadura, 2015; Murcia 2015) y la integridad corporal (Aragón 4/2018, Comunitat Valenciana, 2018). La protección de la “integridad física” no se refiere explícitamente a los tratamientos médicos no relacionados con la salud (Aragón (18/2018) también reconoce el derecho a que “se respete su integridad física y psíquica así como sus opciones en relación a sus características sexuales y su vivencia de la identidad o expresión de género”(Art.3.4)). Sin embargo, en el preámbulo del Anteproyecto de Ley Estatal (2017), l*s proponentes se refieren a una resolución dictada pro el Consejo de Europa en el año 2013 que versaba “sobre el derecho a la integridad física de los menores intersexuales reivindicando la eliminación de los tratamientos médicos innecesarios”, remarcando que tal resolución se encuentra en línea con el informe de la ONU sobre tortura infantil (2013). Esto nos permite ver que el término “integridad” puede tener diferentes significados en el ámbito LGTBI y, en

ocasiones, incluye una interpretación de los tratamientos médicos como contrarios a la integridad corporal o física de la persona intersex» (2021: 86-87).

Asimismo, uno de los términos paraguas que está empezando a utilizarse dentro de los discursos jurídicos es el de «diversidad sexo/genérica». A pesar de que, en algunos territorios, también hace referencia a la diversidad corporal, generalmente se utiliza para definir aspectos relacionados con la comunidad de personas trans, mujeres y hombres transexuales, sin especificar o visibilizar la intersexualidad. En este sentido, en el artículo 15.1 de Andalucía (2017):

«La ley presenta los conceptos que son necesarios para acercar la diversidad sexo/genérica, incluyendo entre ellos el de intersexualidad, mientras regula la adecuación de los contenidos educativos para garantizar “el respeto y la protección del derecho a la diversidad sexogenérica y a la expresión de género, así como a una educación no binaria, que visibilice la diversidad corporal y sexual, y la diversidad familiar» (Fernández, 2021: 87).

Hasta el momento, las leyes autonómicas más reseñables para la comunidad intersex, precisamente por haber sido elaboradas junto a agentes políticos intersex, serían las siguientes: “la ley andaluza 8/2017”; “la ley valenciana 23/2018”, con un título completo dedicado a las intersexualidades; y “la ley trans e intersex canaria 2/2021”.

Esta última, la ley trans e intersex canaria⁸², 2/2021, de 7 de junio, “de igualdad social y no discriminación por razón de identidad de género, expresión de género y características sexuales” es un ejemplo a seguir en todas las comunidades y territorios del Estado español. Fue aprobada por unanimidad el 26 de mayo de 2021 en el parlamento canario. Es una ley pionera no solo por reconocer las identidades no binarias sino también por prohibir las cirugías estéticas genitales a bebés intersexuales. Además, recoge conceptos y definiciones sobre las intersexualidades que han sido consensuadas por las asociaciones de activistas y agentes políticos intersex. Actualmente, es una de las más completas en esta materia y la que, desde mi perspectiva, debería servir de referente a partir de ahora.

Aunque la aprobación de ley canaria es un acontecimiento a celebrar, si hablamos de qué sería lo ideal a nivel estatal, según defiende Lilith Martí (parte de las HAC y jurista de profesión) parece necesario contar con una ley orgánica que trate la violencia hacia las personas intersex desde un punto de vista interseccional y transversal, siguiendo como ejemplo el prólogo de la Ley Orgánica 1/2004 contra la violencia de género. Es decir, tratar el ámbito educativo, sanitario, jurídico, social,

⁸² Ley 2/2021, de 7 de junio, “de igualdad social y no discriminación por razón de identidad de género, expresión de género y características sexuales”. Ver en el siguiente enlace: <https://www.boe.es/diario> (Consultado el 10/09/2022).

y/o laboral. Debido a que existe un sistema de discriminación estructural hacia las personas intersexuales, es importante establecer los mecanismos necesarios para que se entiendan como discriminaciones por razón de sexo (Gómez, 2020⁸³).

Actualmente, en 2023, la ley de autodeterminación para las personas trans, mujeres y hombres transexuales ha salido adelante. Después de asistir a un proceso largo y complicado, debido a la falta de aceptación y las trabas impuestas por las mismas instituciones y grupos que en los años sesenta: la iglesia y la extrema derecha, ha salido adelante la “Ley 4/2023⁸⁴, de 28 de febrero, para la igualdad real y efectiva de las personas trans y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI”. En este sentido, España ha introducido –por primera vez– un artículo, dentro de una Ley integral, que prohíbe las mutilaciones genitales en menores intersex. Gracias a esos primeros encuentros que se han producido entre las asociaciones a las que pertenecemos y la dirección general LGTBI+ del Ministerio de Igualdad, la letra i está presente y representada. Aunque esto supone un paso importante para seguir conquistando los derechos del colectivo, en materia de intersexualidades aún queda un largo camino por hacer.

Para concluir este apartado, me gustaría hacer una enumeración de los deberes y obligaciones que, según mi punto de vista y en consonancia con el activismo intersex, deberían incluirse en futuros textos legislativos, tanto a nivel autonómico como estatal. Aunque la propuesta de escritura y redacción es propia, no lo son las ideas principales. La siguiente enumeración está inspirada en documentos e informes consensuados entre entidades intersex nacionales e internacionales. Además, es completamente abierta y está sujeta a cambios o modificaciones en futuros proyectos de investigación propios.

1. Prohibición de toda práctica de modificación de las características sexuales (hormonas, gónadas, genitales) por cuestiones estéticas y no de salud sin el consentimiento de la propia persona
2. Prohibición de toda práctica invasiva e innecesaria, como hormonaciones inducidas, con el objetivo de “normalizar” según dos arquetipos binarios estéticos sin el consentimiento de la propia persona. Dentro de estas prácticas también se incluye la prohibición de todo elemento o material audiovisual sin el consentimiento expreso e informado de la propia persona
3. Asegurar el acceso de todas las personas a su historial médico y a las historias clínicas

⁸³ Entrevista realizada por Mer Gómez el mes de octubre de 2020 en la revista Pikara Magazine. Ver en el siguiente enlace: <https://www.pikaramagazine.com/2020/10/un-brindis-por-la-i/> (Consultado el 10/10/2022).

⁸⁴ Disponible en: <https://www.boe.es/LeyTransLGTBI>

completas

4. Asegurar el acceso de todas las personas, independientemente de su clase/etnia/procedencia/idioma/diversidad-funcional/género, a la información. A una información completa, veraz, plural, consensuada dentro de equipos interdisciplinarios y comités de ética, comprensible y con todas las opciones disponibles. En la que no solo se hable de los procesos técnicos sino también de las consecuencias de los mismos
5. Asegurar que a las personas intersex adultas, si recurren a las instituciones de salud, no se les propongan ni cirugías estéticas, ni prácticas innecesarias, ni cirugías normalizadoras de ningún tipo, a no ser que sea la propia persona, como cualquier otra, la que lo solicite explícitamente ese tipo de información
6. Asegurar que existen equipos interdisciplinarios dentro de los centros hospitalarios, en los que haya representantes de las diferentes especialidades médicas (pediatría, ginecología, endocrinología, psicología, y cirugía en el caso de se requiriese), representantes del comité de ética inter-hospitalario, y una representación de personas intersex adultas que formen parte de las principales asociaciones.
7. Asegurar que los profesionales de la salud que van a atender a esa criatura, adolescente, o persona adulta, estén informados y tengan conocimiento sobre las intersexualidades. Es obligatorio que la información con la que cuenten venga desde una perspectiva de derechos humanos y de género, para poder ofrecer una atención libre de discriminación y más allá de la propia ideología del personal
8. Asegurar que, en todo momento y antes de tomar ninguna decisión, desde las instituciones de salud se facilite información sobre grupos, colectivos y organizaciones intersex locales o estatales donde puedan encontrar herramientas, referencias y referentes
9. Implementar campañas de visibilidad y sensibilización de las intersexualidades para poder ofrecer, desde cualquier ámbito o disciplina inter-hospitalaria, un servicio de calidad y libre de discriminación hacia las personas intersex que puedan acudir
10. Asegurar que todos los profesionales de la salud, ante cualquier duda que pueda surgir durante el proceso por falta de información o desconocimiento y antes de llevar a cabo prácticas irreversibles, tengan acceso y cuenten con las referencias adecuadas para dirigirse a las diferentes entidades y organizaciones locales de personas intersex

D. Soliloquios de las leyes: a la conquista de nuestros derechos

A continuación, aportaré las propuestas de las HAC en cuanto a la conquista de derechos: ¿cuáles crees, como activista (pertenezcas o no a alguna asociación) que serían los siguientes pasos a dar colectivamente como comunidad intersex desde el Estado español para luchar por nuestros derechos?, ¿qué crees que habría que hacer, a nivel legislativo, para defender los derechos de las personas intersex?, ¿hay ejemplos de leyes o proyectos de ley que puedan ser una inspiración?, ¿hacia dónde queremos dirigirnos las intersex como sujetos legales en la conquista de nuestros derechos?

MER GÓMEZ

¿Hacia donde nos dirigimos como sujetos políticos, como sujetos legales? Debería ser lo mismo. En cambio yo ya me siento un sujeto político, como intersex, pero legalmente todavía no hay nada que me proteja en tanto que intersex.

¿Cuándo vamos a ver una ley LGTBI+ que defienda los derechos de tantas personas, de toda la comunidad? ¿Cuándo vamos a ver una ley nacional que prohíba las mutilaciones genitales, las intervenciones (quirúrgicas, hormonales y revisiones) no consentidas y no necesarias en menores intersex? Sé que se está trabajando, que ya está en el candelero, que se ha puesto sobre la mesa y se está debatiendo. Estamos, como agentes políticos, participando en procesos de redacción de borradores de ley autonómicos, también estatales. Lo sé, es un logro. Es motivo de celebración porque la i ya es más que un pegote, tiene cuerpo y representación. Cada vez más. Pero no es suficiente, no basta. No tenemos que conformarnos. ¿Por qué no? Porque todas las personas deberíamos tener los mismos derechos, y hay personas que los tienen y personas que no los tenemos. Es una obligación, un deber, de los que hacen las leyes, incluir nuestras demandas. No tendríamos que pedir permiso por estar ahí, nos tendrían que pedir perdón por no haber llegado antes de que mutilasen a otra criatura más por motivos estéticos.

Los siguientes pasos son seguir haciendo lo que estamos haciendo. Ser visibles. Aparecer. Estar. Armarnos de fuerza, apoyarnos unas a las otras, y no dejar de defender a nuestros cuerpos. Hasta que todo el mundo se entere de que la variabilidad de cuerpos, de características sexuales en ellos, es inmensa. ¿Qué es ser intersex? Si hoy hablamos de que somos intersex, de que hay cuerpos intersex, es porque han excluido a un grupo de cuerpos de dos categorías muy fijas, con límites, estrictas. Contra eso debemos luchar. Porque los arquetipos de corporalidades binarias, heteronormativas, nos señalan a muchas más personas que a las que hoy denominamos como intersex. Un pene pequeño también se ridiculiza, un clítoris voluminoso impacta, el vello en la cara de una chica es motivo de risa, un tío con algo de pecho se señala. O sea que, entonces, ¿qué cuerpos son los que no hay que depilar, esconder, corregir, desear, o mutilar? Sobre estas cuestiones deberíamos seguir pensando colectivamente.

LAURA VILA KREMER

La propuesta de ley argentina me parece un referente, debemos seguir sus pasos pero teniendo en cuenta

que el contexto español es diferente. Creo que son un ejemplo. Además, nos dan una lección, nos pasan por delante y nos dan un bofetón a nuestra mirada racista y colonial que, a veces, asume que hay ciertos países más avanzados (los occidentales euroblancos) y no es así. No sé si se ha estudiado para este anteproyecto que se ha aprobado en el congreso, pero creo que nosotras, cuando tuvimos la oportunidad de reunirnos con el ministerio para una futura ley LGTBI, ya mencionamos que esta era la referencia a seguir.

Los siguientes pasos a dar son tantos. Ya que hablamos de leyes, creo que necesitamos una ley integral que defienda los derechos de las personas intersex en clave feminista. Creo que es urgente, vamos tarde. Es verdad que los derechos pueden escribirse y redactarse en leyes pero luego, ante la vida, todas sabemos que esos derechos no imperan ni están operando siempre de la misma forma para todas. Por eso, creo que debemos defender en la ley y fuera de ella, debemos seguir defendiendo nuestro derecho a la autonomía corporal, a la integridad física, de todas las personas, más aún de las personas menores. Y eso evidentemente conlleva acabar con las mutilaciones. Debemos tener en cuenta también qué circuitos derivados y paralelos se pueden empezar a poner en funcionamiento. El otro día, Daniel J. García, en una reunión colectiva reflexionó sobre eso. Qué circuitos se pueden poner en funcionamiento para seguir perpetuando ciertas intervenciones, intentar atacarlos y tenerlos en cuenta. Me refiero a intervenciones que se pueden llevar a cabo en otros contextos, en otros países, para poder esquivar la ley que entrase en vigor.

Debemos hacer una reflexión profunda en cuanto a la mención de sexo, en el registro y en el carnet de identidad, una reflexión profunda porque las casillas siguen siendo necesarias para seguir cuantificando las violencias pero si estamos pidiendo que se alargue el tiempo, o que desaparezca, para registrar el sexo de una criatura creo que es injusto que lo pensemos solamente para las personas intersex.

Debemos defender nuestro derecho a la representación, es urgente. Y debe estar bajo ley también y poderlo aplicar fuera de ella.

Debemos defender nuestro derecho al placer, y eso pasa por garantizar una educación sexual feminista obligatoria en todas partes. No solamente para peques, también para personas adultas, que son las que están formando a las criaturas.

Creo que también necesitamos una restauración, se habla poco del derecho a la restauración, nunca lo menciono, pero creo que tenemos que empezar también a restaurar el daño hecho. Hay quien tiene que dar pasos atrás, reconocer las violencias ejercidas, hacer un ejercicio de autocrítica, como todas lo hemos hecho a veces en otros contextos. Nos lo merecemos.

ALEKSANDRA K.

Lo primero que haría, lo que creo que es más efectivo, como estrategia intersex, pondría a una Irene Montero visibilizando su realidad: «yo soy intersex y voy a hacer un equipo de gobierno que me apoye, que apoye los derechos de mi gente». Eso daría una visibilidad increíble. Eso no va a eliminar todas nuestras discriminaciones de golpe, pero como hemos visto con otras personas como las trans, están ahí y visibiliza.

Incluso en programas como Sálvame. En los medios no estamos. Hay que ponerlo en la palestra mediática, con lo bueno y con lo malo que implica, estar a esos niveles. Porque no dejas de estar dentro de ese engranaje capitalista, vamos a vender ese cuerpo intersex, publicitario.

Después, todo lo que estáis haciendo, los manifiestos ante noticias discriminatorias, las reuniones que hay con el ministerio de igualdad-LGTBI+. Tiene que haber un proyecto de ley LGTBI+ ya, que incluya a las nuevas realidades. Como en la comunidad Canaria. Eso son grandes pasos, más concienciados. Hacemos un proyecto de ley, defendemos y demandamos esto, a lo mejor gracias a eso se pueden cambiar los protocolos médicos.

Vamos a hacer que los profesionales sanitarios se formen, que sepan cómo tienen que dar la información, cómo tienen que tratar a las personas intersex, a los menores, cómo hay que romper ese pensamiento dual. Que, aunque sean profesionales y tú los tengas en un pedestal, no tienen la única verdad. Esa reeducación, tanto a nivel sanitaria como a nivel académica.

También hicimos un máster de estudios feministas y de género, ¿cuánto hablamos de intersexualidades? No sé, habría que hacer una reeducación en todos los ámbitos. Es difícil, sí. Pero por eso hay que empezar por esas leyes, a nivel institucional, que protejan nuestros derechos, seguir con el activismo, más representación. Todo se basa en la representación de las realidades.

IOLANDA MELERO

Me alegro de que vayan sacándose leyes o proyectos de ley, en los que se incluya específicamente el ámbito intersex. Espero que no sea como lo que han ido sacando aquí hasta ahora, poner la i de pegote, o solo centrarlo en prohibir las cirugías correctoras y está, como si todo fuera eso. El primer paso que hay que dar es la visibilidad, que es lo que estamos haciendo, que la gente nos vea, que es lo que estamos empezando a hacer ahora, poco a poco, que haya películas, que haya series, que haya libros, programas de televisión, que se empiece a hablar y que sea algo que se normalice.

El tema del registro civil: o que no sea necesario o que se retrase muchísimo más.

El tema del consentimiento informado, o el tema de las revisiones: que no sean revisiones genitales sino son estrictamente necesarias y con los profesionales estrictamente necesarios y con un cuidado y respeto, que haya equipos con nociones de diversidad y que no sean liderados por cirujanos.

Por supuesto, a nivel de educación, deporte: que no haya una discriminación sobre todo en el caso de las mujeres, tema de fuerzas armadas; que ninguna condición intersex sea un obstáculo para poder ser o hacer lo que te de la gana; que se controle la información que se da en los medios de comunicación.

Necesitamos asociaciones fuertes, mi esperanza es que Kaleidos sea una asociación fuerte que pueda, con otras, que representen a una comunidad. Porque si cada uno vamos por nuestro lado, no es lo mismo.

Asociaciones fuertes y bien formadas, que realmente, que estemos bien informados, que sea gente con una trayectoria, que estemos luchando porque tengamos un futuro mejor todas las personas.

LILITH MARTÍ

Tenemos el ejemplo más cercano, el proyecto de ley argentina. Me parece que está muy bien pero se sigue teniendo la misma perspectiva que algunas leyes de España, que es hablar constantemente de derechos. Vivimos en una cultura de derechos, y aquí se está recalcando todo el rato que “las personas tendrán derecho a...”. Me gustaría que hubiese una parte más extensa sobre los deberes, deberes del equipo médico, deberes de que la institución médica se forme en concienciación de derechos de personas intersex, por ejemplo. Los derechos, si no van acompañados de deberes, se quedan en nada. Entonces, si seguimos cayendo en este paradigma de la cultura de los derechos sin el acompañamiento de deberes se queda un poco coja. El tema de la comisión de la verdad, que comenta esta ley, que formaran una comisión específica para tratar este tema de vulneraciones de derechos a las personas intersex, me parece un tema súper necesario y ojalá en España se hiciese lo mismo o algo parecido.

Como comunidad, como colectivo intersex, los siguientes pasos que deberíamos dar son seguir los pasos de la comunidad trans, especialmente de las mujeres trans. De cómo han luchado por tener una visibilidad, un espacio que se han ganado a pulso, tanto en la cultura popular, como en la literatura. Últimamente estamos teniendo un montón de referentes de mujeres trans que siguen siendo muy cuestionadas y muy atacadas pero, por lo menos, las tenemos en el imaginario colectivo. Yo creo que sería el siguiente paso a dar. También hacernos ver, dentro del movimiento feminista, dentro del movimiento LGTB, en la cultura popular, a nivel legislativo –como el tema de la ley LGTBI que están asociaciones como Kaleidos incluyendo nuestras demandas como intersex–.

En todos los aspectos, hacernos hueco, ganarnos nuestro espacio, que se nos vea, que se nos escuche, con nuestra voz propia. Que está genial que haya personas súper intersex *friendly* que investiguen sobre las intersexualidades, pero también el siguiente paso es que esos contenidos los hagamos nosotras y, por eso, es tan necesario que estemos personas como tú, como yo, cada una desde su ámbito, desde su especialización, creando contenido y hablando por nosotras mismas.

ANA BELÉN

Tenemos que ponernos las pilas y de la misma forma que se quiere poner en marcha la ley trans, igualmente que exista una ley que garantice nuestro derechos. Los pasos a dar desde aquí, desde el Estado español, es que exista una ley exclusivamente intersex que garantice nuestros derechos y que reconozca nuestra existencia y nuestras necesidades.

CAMINO BARÓ

Demandas como que tengamos un fácil acceso a nuestro historial médico, que se incluya la educación sexual, o el cese de mutilaciones... Son demandas que llevamos realizando en España desde hace tiempo pero que no pareciera que se cristalizaran en ninguna ley que nos toque directamente, específica, sino más bien por leyes autonómicas y de una manera un poco indirecta. No me parecería mal que tomáramos como ejemplo el proyecto de ley argentina.

¿Qué hacemos como comunidad intersex? seguir ampliando la visibilidad, en los últimos años me da la sensación de que se ha conseguido bastante. Hay que continuar, como estamos haciendo, teniendo relaciones con el ministerio, con la administración, para que nos sigan escuchando y que sigan entendiendo nuestras reivindicaciones y nuestra realidades.

También, en la línea de encontrar alianzas con centros de referencia que apoyen, desde lo más básico, que son los hospitales una mirada interdisciplinar o más multidisciplinar, que pueda caber más gente en las decisiones que se toman dentro del ámbito médico con personitas intersex. De ahí a la educación y a la sociedad en general.

ASMI MOLINA

Me parece importante prohibir expresamente que se haga cualquier tipo de cirugía que no sea por un problema de salud, y no solo aquí sino que tendría que estar extendido a todo el mundo. Me dan mucho miedo los comités éticos. En época de Franco se llamaban censores, eran los que velaban por la ética, ¿qué es ética? Yo pondría más demandas, el problema no es solo trabajar con las criaturas, también hay que trabajar con la familia, en las aulas, esas criaturas van a ir a guarderías, a colegios, a institutos... sería a nivel general, trabajar y dar información. Sobre todo, despatologizar. Aquí, pues veremos cuando salga la ley LGTBI, a ver que resultados tiene.

SUSANA LESTEIGA

Veo que hay cosas como lo de los documentos de identificación, que no sea obligatorio tener que pasar por cirugías de asignación de sexo. Cambiar lo de la identidad de género tiene que ser sin certificación médica. Estas cosas no se hacen por miedo, la probabilidad de que alguien abuse de una ley para hacer cosas raras con ella es ínfima, en realidad es mentira. Es gente que no quiere cambiar las cosas, que se agarra a eso. Esto se puede hacer sin pasar por intervenciones médicas. En el caso intersex es especialmente importante porque lo hemos vivido de muy cerca, el hecho de que gente a la que de pequeño había dudas, se ha tenido que poner una cosa para luego tener que cambiarla y ha sido un percal de documentos. Esto se tiene que poder hacer de forma más fácil.

En cuanto a la discriminación, tiene que haber leyes específicas, en las que aparezca la intersexualidad. Si no está escrito, no existe. Eso da un marco legal para poder defender cosas sobre las cuales luego haya

precedentes. Tiene que aparecer la autodeterminación, tiene que haber un comité ético que evalúe si la cirugía que se va a hacer, realmente hasta qué punto es necesaria, hasta qué punto está dedicada a la salud. Ahí está la clave, porque aquí hay una frase brutal que dice: «que se hace en beneficio psicológico para los padres». Es injusto. Luego está lo de la integridad física y la autonomía corporal, las cirugías... hay que tener cierto cuidado. O sea el binarismo es útil, en cuanto a leyes y procedimientos porque simplifica el modelo con el que trabajamos, es más fácil escribir leyes desde ahí, pero esto tiene que estar más flexibilizado, tienen que aparecer otras opciones en esa legislación binaria que protejan derechos. La categorización es útil, ¿pero las leyes no pueden cubrir ese uno, dos, cinco por ciento de la población? Vuelvo a insistir en la visibilidad, en que en el momento en que existe legalmente, también existen para los abogados, esa visibilidad hará que se pueda actuar. La cirugía es un tema muy especial y hay que tener mucho cuidado.

Luego hay un tema más, en el caso de que tú decidas poner intersex en algún registro: ¿quedará registrado ahí para siempre? Esto es el tema de acceso a la información, soy matemática. Aquí hay mucho de: ¿qué derecho tienen otras personas sobre la información que me pertenece? ¿qué derecho tiene el gobierno sobre la información que me pertenece? El caso más heavy es el de Estados Unidos donde nadie tiene derecho a su información, las empresas privadas tienen el derecho de hacer lo que les de la gana con tu información. Una vez se la das, es suya. La privacidad afecta mucho a estos temas. Creo que es importante pensar en este tema. Porque si tiene que quedar registrado, si alguien en el futuro va a mirar al registro si esa persona ha cambiado o no, yo creo que sí que tiene que quedar registrado en cuanto a que son cambios que ocurren en el sistema y está bien que se registren, pero lo importante es quién tiene acceso a esa información. Se nos olvida a veces que en cuanto a, hay que tener cuidado con procesos de optimización de cosas públicas, como por ejemplo cruzar bases de datos de hacienda, con la seguridad social, con cosas así, por el bien de optimizar estamos perdiendo libertades, al cruzar datos se pierden muchas libertades. Cruzar datos es dar acceso a más gente a la misma información que antes tenía mucha menos. Esto es un tema que está relacionado.

Creo que tanto Grapsia, como a nivel personal, nos hemos volcado mucho hacia el interior y no hacia el exterior. Mucho a dar apoyo, porque es un grupo de apoyo. No era tanto un grupo activista. Que la gente, en base a su madurez, ha ido evolucionando hacia tener más ganas de activismo. El apoyo se queda corto, el apoyo es importante pero no es lo que necesitamos nosotras como afectadas –que fea esa palabra, no me gusta nada lo de afectadas, pero bueno, da igual–. En Grapsia se había hablado de esto, de que es muy importante el trabajo hacia adentro pero que qué pasa con el trabajo hacia afuera. Y efectivamente, el trabajo hacia afuera si no se hace no estamos arreglando el problema de verdad. Al final, el apoyo es mitigar un daño que ya hace la sociedad tal como está, no vamos al problema de raíz. Si alguien viene con dolores, primero hay que tratar los dolores y luego hay que ver de dónde vienen.

Lo que se puede hacer desde la comunidad hacia afuera yo creo que es lo que ya estáis haciendo muchas de vosotras: visibilidad, normalizar. Como el colectivo “i de intersex” que trabajáis con las entidades públicas, con los ayuntamientos, en Catalunya. Es desde las administraciones públicas, en los ámbitos social y de salud que son autonómicos, a los ámbitos públicos que pertenezcan, autonómicos, locales, y luego llegar a nivel nacional y europeo.

También deberíamos buscar convertirnos en algo como una ONG, para tener fondos y trabajar de una forma más intensiva, que hay alguien que pueda dedicarse de manera profesional cobrando. Tenemos que colaborar, tenemos que incluirnos para dar fuerza a entidades supranacionales y europeas, nacionales, por eso estábamos en FEDER. Grapsia está bien pero quizás debería existir INTERSEX ESPAÑA, para dar esa visibilidad. Hay que hacer la fuerza, desde la comunidad LGTBI+. Creo que el activismo pasa por meterse dentro de estos grupos, además del apoyo que es. Para mí es súper importante porque es lo que más me llena con mucha diferencia y es lo que me ha movido siempre. Sin embargo, cuando te metes en el activismo, es ir al problema de raíz.

RAQUEL M.

Hay que reconocer la realidad intersex en la legislación, de alguna manera. Desde el marco legislativo, hay que entender la intersexualidad como una condición. Es que no existimos legalmente, de ninguna manera.

Hay que penalizar las cirugías a bebés. O sea, es que me parece una atrocidad. Reconocer las injusticias que existen y los atentados contra las personas intersex de normalización de un cuerpo sin estar enfermo. Me parece que eso debería estar recogido en la legislación, debería de protegerse dentro de las prácticas médicas a las personas intersex. Simplemente, reconocer la existencia, y reconociendo la existencia creo que sería el paso siguiente que hay que dar. Proteger, a nivel médico, cuando nace una persona intersex. Porque si tú entiendes que solamente, dentro de las condiciones intersex, hay algunas como la hiperplasia (por otras cuestiones) donde puede haber algún problema de salud pero es que el resto no. Hay que reconocer que cuando no hay enfermedad no te toquen el cuerpo. Que no haya las movidas médicas que hay ahora mismo. No entiendo como todavía está pasando eso, como ese paso no se ha dado, como se siguen haciendo cirugías a bebés que no están enfermos.

Reconocer la existencia de personas intersex, necesitamos un reconocimiento legal de personas que no son sexualmente ni hombres ni mujeres (prototípicamente). Y, por ende, derecho a su existencia. Sin cirugías y sin nada. Eso en primer lugar.

APARTADO III. LA INTERSEXUALIDAD EN RED

En la actualidad, el movimiento intersex está viviendo un momento de expansión. Uno de sus principales objetivos es el de reivindicar que, más allá de dos cuerpos con características sexuales fijas e invariables, existe una diversidad de posibilidades que pueden aparecer. Que no suelen suponer un problema en el desarrollo sexual, ni son una anomalía que corregir, ni un desorden que ordenar con una intervención clínica o farmacológica obligatoria. Para evidencia, la multiplicidad de seres vivos que existen en la naturaleza. Por tanto, conseguir que sean aceptables y deseables socialmente, es una de las máximas de la comunidad. Igual que lo es, paralelamente, denunciar las

violencias que se ejercen contra las personas con estas características.

El movimiento intersex está centrado en poner fin a las intervenciones médicamente innecesarias y no consentidas. Poniendo el foco en denunciarlas como violaciones a los derechos humanos. Además de asegurar la rehabilitación de sus víctimas, modificar la situación legal del colectivo, producir conocimiento crítico, o asegurar el derecho individual y social acerca de los tratamientos.

Las personas y grupos de activistas llevan más de tres décadas denunciando la ausencia de derechos que protejan las vidas de los sujetos intersex y que obliguen a la realización de un cambio en los protocolos asistenciales. Dado que son procesos lentos, la comunidad intersex ha iniciado un camino de visibilidad y sensibilización que cada vez tiene representación en más ciudades y países del mundo.

3.1 Pasos y logros del Activismo Intersex Internacional

Los inicios del activismo internacional, como acabo de mencionar, son recientes y se remontan unas décadas atrás. Según admiten Francisco Vázquez y Richard Cleminson (2012), la movilización política de la comunidad intersex comenzaría con exactitud en la década de los noventa,

«[...] comenzó en Estados Unidos a mediados de los años 90. Protestaban contra la cirugía de reasignación sexual incluida la clitoridectomía practicada a los niños y exigían cambiar el protocolo médico en este terreno. En 1993, Cheryl Chase –intersexual clitoridectomizada siendo una niña– a comienzos de los 90 fundó la ISNA (Intersexual Society Of North América). Este grupo llegó en su fecha a cambiar la práctica médica sobre los intersexuales en los Estados Unidos. A la campaña contra la cirugía de reasignación sexual dirigida a los niños, se han sumado otras iniciativas (despatologización de la intersexualidad, reivindicación de los derechos humanos de las personas intersexuales, crítica del modelo binario en la construcción de la identidad sexual, rechazo a que los intersexuales en desacuerdo con el sexo asignado sean etiquetados como pacientes con disforia de género, etc). (2012: 237-240)».

Cheryl Chase fue, sin duda, la protagonista del activismo intersex y un nombre que reconocemos todas las personas de la comunidad. Según Nuria Gregori (2015), en aquellos primeros años de búsqueda de iguales, Chase,

«[...] contactaba con mujeres africanas que habían pasado por experiencias de mutilación genital femenina (MGF), pensando que quizás ambas experiencias no estuvieran tan alejadas. Poner al mismo nivel las «cirugías de corrección genital» y la MGF, le permitió trascender su propia experiencia para detectar el «origen cultural» de ambas prácticas, [...] pero el mayor logro de Chase y la increíble fuerza de la ISNA consistiría en crear una plataforma de encuentro para aquellas personas que habían pasado por estas experiencias de manera

aislada, ocultando su condición y su sufrimiento a todos (2015: 20-81)».

Desde la recién fundada ISNA crearon una gran cantidad de iniciativas que iban desde la organización de protestas fuera de congresos clínicos, piquetes, cartas al editor en revistas médicas, propuestas de atención sanitaria y legislativas, la elaboración de una conocida revista llamada *Hermaphrodites with Attitude* en el año 1994, hasta el documental *Hermaphrodites speak!* que vio la luz en 1997, tras el primer encuentro celebrado por la organización.

En el año 1998 se crea la “*Organisation internationale d’intersexes*”, Organización internacional Intersex (OII), fundada por Curtis Hinkle e inicialmente dirigida a la comunidad francófona de Norteamérica. En la actualidad, la OII cuenta con grupos de personas colaboradoras emplazadas en muchos países del mundo, incluido España.

Después de estos primeros años de denuncias públicas contra la patologización que impulsaron la creación de nuevos grupos, a finales del siglo XX la ISNA inició un camino diferente centrado en la búsqueda de estrategias para conseguir potenciar las alianzas con la comunidad médica. Según Gregori (2015):

«Esto supuso un giro importante respecto a los planteamientos iniciales de la ISNA. El debate sobre las rigideces del dimorfismo sexual y sobre las estrecheces de los modelos de género se trasladaba al plano de una práctica clínica que buscaba mejorar la calidad asistencial de las personas con estados intersexuales (2015: 85)».

Asimismo, los conflictos entre las visiones de unos grupos de activistas y otros, no tardarían en llegar. Del mismo modo que la ISNA, al comienzo de su andadura, había manifestado su malestar hacia el aparato clínico, otros grupos y colectividades estaban convencidos de que, hasta que no se pusiera fin a la despatologización sobre sus cuerpos, no se podía abandonar esta vía de denuncia. El punto de inflexión más importante dentro de la comunidad, lo marcaría el “Consenso de Chicago” en el año 2006. Según Gregori (2015):

«Este consenso presumía de ser el primer documento formulado entre un grupo heterogéneo de actores, clínicos clave, científicos y representantes de asociaciones de defensa de pacientes (Lee *et al.*, 2006; Warne y Hewitt, 2012: 159). Sin embargo, muchos activistas que no estuvieron presentes en la redacción del Consenso de Chicago pronto denunciaron la gestión del evento, sus fisuras, desacuerdos, intereses y exclusiones» (2015: 98).

Entre las cincuenta personas que participaban, solo había dos intersex y, además, pertenecían a la misma asociación: Cheryl Chase y Barbra Thomas. Algunos temas que fueron objeto de

polémica fueron los siguientes: a) la ausencia de más voces y grupos internacionales; b) el término de «activismo *intersex*» se reduciría a “grupos de apoyo”; c) la terminología a utilizar. Este tercer punto ha sido el más controvertido que se recuerda hasta hoy. Alegando que se hacía con el objetivo de desestigmatizar, se asignó una nueva etiqueta para denominar a las personas intersex: “*Disorders of Sex Development*” (*DSD*). Es decir, desórdenes del desarrollo sexual. Siguiendo a Gregori (2015),

«lo cierto es que este nuevo término agradó especialmente a profesionales médicos y padres de pacientes, pero también a aquellas personas diagnosticadas de una condición intersexual que no se identificaban con lo que se estaba empezando a consolidar como “identidad intersex”» (2015: 100).

Aunque la nueva nomenclatura convencía a profesionales médicos, familiares y a algunas personas de la comunidad, para los grupos de activistas que habían luchado, durante más de una década, contra la patologización y defendiendo el concepto “intersex” como identidad política fue una traición. El término “*disorders*”, debido a su connotación, seguía estigmatizando a la comunidad. Mientras, la noción “*intersex*” implicaba un «logro identitario» a nivel de políticas de cambio del sistema sexo-género (García-Dauder y Romero, 2012). Esta situación provocó, incluso, que la ISNA se dividiera internamente. De ahí que surgiese “*Accord Alliance*”, un grupo que se posicionaba más cerca de una actuación en el campo de lo médico. Mientras, la ISNA continuó con su labor vinculada a acción social y política (Gregori, 2015: 100).

Asimismo, el movimiento intersex también ha estado acompañado desde sus inicios de personas aliadas. En su mayoría, investigadoras procedentes de diferentes campos de estudio y disciplinas. Es el caso de la bióloga Anne Fausto-Sterling, la historiadora Alice Dreger, las sociólogas Meira Weiss y Sharon E. Preves, o psicólogas como Suzanne Kessler, entre otras. Estas voces, han contribuido a, entre otras cosas, «desautorizar intelectual y terapéuticamente la cirugía de reasignación en recién nacidos» (Vázquez y Cleminson, 2012: 238).

Actualmente, la realidad difiere mucho de la de aquellos comienzos. La lista de organizaciones dirigidas por personas intersex y aliadas es muy extensa y está repartida por países de todo el mundo. De hecho, resulta complicado conocer a todos los grupos y asociaciones existentes⁸⁵. Incluso dentro de un único territorio como es el caso del Estado español, ámbito que analizaré más adelante. La mayoría de estas agrupaciones son accesibles a través de sus redes sociales y páginas webs. En la red social *instagram*, cada vez son más numerosas las cuentas de asociaciones. Esto facilita que podamos entrelazarnos, conectarnos, contagiarnos y, sobre todo, poner voz e imagen a

⁸⁵ Ver en la siguiente web: <https://intersexday.org/es/enlaces/> (Consultado el 04/11/2022).

las acciones que se llevan a cabo en las diferentes partes del mundo.

Existen dos fechas señaladas de celebración y visibilidad para toda la comunidad intersex internacional. Por un lado, el 26 de Octubre se celebra el “Día de la Visibilidad Intersex”. Esta fecha recuerda la primera demostración pública (1996) hecha por personas intersex en Boston, Massachusetts, a las puertas del lugar que acogía una conferencia de la “Academia Americana de Pediatría”. Morgan Holmes y Max Beck, de la ISNA, se unieron a los aliados de *Transsexual Menace* y otras organizaciones durante este acto. Por otro lado, el 8 de noviembre celebramos el “Día de la Solidaridad Intersex”. Esta es la fecha de nacimiento de Herculine Barbin (1838-1868), persona intersex francesa a quien ya se ha hecho referencia en otra parte de esta tesis y cuyas memorias fueron publicadas por el filósofo Michel Foucault. Barbin se suicidó con treinta años dejando por escrito su historia de vida⁸⁶.

En cuanto a los encuentros internacionales que se han llevado a cabo hasta la fecha, cabe señalar que desde el año 2011 se han realizado cuatro Foros Internacionales Intersex (Bruselas, Estocolmo, Malta y Ámsterdam) y dos foros latinoamericanos (San José de Costa Rica y Buenos Aires). Asimismo, en febrero del 2020 se realizó en Buenos Aires “la Segunda Conferencia Latinoamericana y del Caribe Hispanohablante de personas intersex”, con la participación de treinta activistas de toda la región.

Uno de los eventos más importantes fue precisamente la declaración pública del “Tercer Foro Intersex Internacional” que tuvo lugar entre el 29 de Noviembre y el 1 de Diciembre de 2013, respaldado por la ILGA e ILGA-Europe, y que fue celebrado en Valleta, Malta. En este evento se reunieron 34 activistas, representando a 30 organizaciones intersex de todos los continentes:

«Afirmamos que las personas intersex son reales, y que existen en todas las regiones y en todos los países del mundo. Por lo tanto, las personas intersex deben ser reconocidas como l*s agentes de los cambios sociales, políticos y legislativos que les conciernen. Reafirmamos los principios del Primer y Segundo Foro Intersex Internacional y extendemos las demandas con el fin de terminar con la discriminación contra las personas intersex y asegurar el derecho a la integridad corporal, la autonomía física y la auto-determinación»⁸⁷.

Asimismo, años después, se creó una declaración⁸⁸ conjunta, tras un encuentro celebrado en

⁸⁶ Las memorias de Herculine Barbin están publicadas en el libro *Herculine Barbin llamada Alexina B.*, editado por primera vez en 1985 por la Editorial Talasa (Madrid).

⁸⁷ Aquí se puede ver la declaración completa: <https://intersexday.org/es/declaracion-malta/>. Consultado el 25/05/2022).

⁸⁸ La declaración completa de consenso que tuvo lugar en 2017 en Darlington se puede leer aquí:

Darlington en marzo del año 2017. Algunas de las demandas más importantes fueron las siguientes:

«Que las personas intersex existen en todas las culturas y sociedades, a través de la historia, y que la existencia de personas intersex merece ser celebrada. b) La diversidad de nuestras características sexuales y cuerpos, de nuestras identidades, sexos, géneros, y experiencias de vida. También reconocemos las interseccionalidades con otras poblaciones, incluyendo a las personas que se sienten atraídas por su mismo sexo, a las personas trans y de género diverso, a las personas con discapacidad, a las mujeres, hombres y personas indígenas –Aborígenes e isleños del Estrecho de Torres, Tangata Whenua– y a la población racializada, migrante y refugiados. c) Que la palabra ‘intersex’, y el movimiento intersexual de derechos humanos, pertenece por igual a todas las personas que nacen con variaciones en las características sexuales, sin importar nuestras identidades de género, géneros, clasificaciones legales de sexo y orientaciones sexuales. d) Nuestros derechos a la integridad corporal, autonomía física y auto determinación. e) Nuestra oposición a la terminología patologizante, tal como “trastornos/desórdenes del desarrollo sexual”, no solo debido a que estas etiquetas son inherentemente patologizantes, sino también debido a que promueven la creencia de que las características intersexuales necesitan ser “corregidas”».

Desde que en los años noventa surgieran los primeros movimientos políticos y hasta ahora, el activismo de la comunidad intersex no ha hecho más que extenderse. Hoy, con un solo click en internet, cualquier persona puede encontrar –en muchos países del mundo– información, referencias, y colectivos de personas intersex.

3.2 Florecimiento del asociacionismo intersex español

En este apartado voy a realizar una enumeración de los principales grupos, asociaciones y colectivos que existen en el Estado español. Como ya ha ido nombrándose en los soliloquios corporales, algunas de las HAC pertenecen a estos grupos y asociaciones. Me centraré en aquellas organizaciones que se reconocen como intersex, se identifican con el concepto político y están trabajando colectivamente en la lucha por los derechos de la comunidad intersex española en consonancia con el activismo internacional. Asimismo, no serán incluidos otros grupos de apoyo⁸⁹ de pacientes que a pesar de estar atravesados por las intersexualidades, no se han autodenominado como agentes políticos hasta la fecha.

3.2.1 ¿Cuándo se nombró, por primera vez, a la letra i?

Comenzaré con una anécdota curiosa: la primera vez que se utilizó el concepto intersex en una acción política dentro del Estado español. Ocurría en el año 2007 gracias a la “Guerrilla Travolaka” (Barcelona, 2007-2010). Este grupo, formado por tres chicos trans y unas cuantas

<https://intersexday.org/wp-content/uploads/2017/03/Darlington-Statement.pdf>. Consultado el 25/05/2022.

⁸⁹ Asociación A.M.A.R (Asociación de apoyo a mujeres para la aceptación del Síndrome de Rokitansky), Asociación Española de Hiperplasia Suprarrenal Congénita, o Asociación Española del Síndrome de Klinefelter.

compañeras bolleras, que se unieron poco después, se mantuvo activo durante tres años y de él salieron nuevos proyectos y nuevas formas de entender la lucha trans que llegan hasta la actualidad.

En abril de 2007, con motivo de la Ley del 15 de marzo de 2007 en la que salió a la luz el concepto de “disforia de género”, llevaron a cabo una campaña donde a través de fotografías denunciaban la medicalización sistemática a los cuerpos no normativos y reivindicaban la “euforia de género” y la diversidad de corporalidades. En el texto que acompañaba a aquella iniciativa, como nos recuerda Miquel Missé (2019), se podía leer: «Nosotros creemos en –y vivimos con– cuerpos no hormonados, intersexuados, transgéneros. Vivimos lo que tanto miedo da: pechos con penes, vaginas y barbas». Asimismo, otro de los lemas que utilizaron fue el de: «¿Por qué tengo que pedirle permiso a la medicina? Según Missé:

«En junio de 2007 se celebró la primera concentración contra la patologización frente a la unidad de trastornos de identidad de género del Hospital Clínic de Barcelona. Éramos exactamente 40 personas, de las cuales casi la mitad venían de los países vecinos. No era nada popular a hacer esa denuncia, ni siquiera entre las personas trans. A la vez, celebrábamos decenas de kafetas travolakas, Debates, cenas, fiestas, donde celebrábamos que resistíamos, celebrábamos lo que éramos a pesar de las presiones para hacer otras cosas. Decorábamos camiones para salir a las manifestaciones (...) Preparamos jornadas, nos inventamos un festival de cine trans (...) Nos organizamos en coordinaciones estatales e internacionales De lucha trans simultáneas (...) Y finalmente, en el verano de 2009, impulsamos una campaña internacional que hoy en día sigue vigente llamada Stop trans pathologization» (2019: 78).

Mientras que en aquel momento, activistas trans como Teo Pardo y Miquel Missé, iniciaban la primera ola de activismo a favor de la diversidad corporal, muchas de las HAC estábamos recibiendo un diagnóstico sobre nuestros cuerpos. Gracias a Pardo y a Missé, he podido tener acceso a algunos vídeos⁹⁰ de aquellos años en los que se empezaban a integrar en los eslóganes, pancartas y discursos tanto la categoría intersex como las demandas de la comunidad intersex internacional. Todo ello gracias a las alianzas creadas por la “Guerrilla Travolaka” con activistas de otros países.

Aunque aquella guerrilla desapareció fueron muchos los proyectos, iniciativas y grupos surgidos posteriormente a raíz de su trabajo. Entre ellos, el “Cabaret Trans”. Fue precisamente Miquel Missé quien, en el año 2011, crearía este espectáculo dentro de la iniciativa “Cultura Trans” que tiene como objetivo promover la visibilidad de referentes trans desde una mirada crítica con la normatividad de género. Una vez más, fue en este contexto en el que se llevaría a cabo uno de los

⁹⁰ Vídeo de la manifestación contra la psiquiatrización Trans en Octubre 2008 en la que participaba la Guerrilla Travolaka: <https://www.youtube.com/watch?v=uURZr3iD7Ck> Consultado el 24/05/2022.

primeros proyectos escénicos sobre intersexualidades –pionero en la ciudad de Barcelona– interpretado por la activista intersex Laura Vila Kremer y titulado: “Qué no salga de aquí” (2018).

3.2.2 Asociaciones, organizaciones y grupos intersex

Ahora sí, es el momento de recoger los nombres y objetivos de los principales grupos, asociaciones y colectivos activos en el año 2022. Por orden de presentación: GrApSIA, Kaleidos, Adriano Antinoo. Krisol Pro Derechos Humanos Intersex, Colectivo “i de intersex”, y Caminar Intersex.

GrApSIA⁹¹

Asociación y Grupo de Apoyo de Personas con Insensibilidad a los Andrógenos y condiciones relacionadas. Fue la primera asociación creada en el Estado español y su origen viene de AISSG, un grupo de auto-ayuda del Reino Unido y con ramas en distintos países, creado en el año 1988 por la madre de una niña con diagnóstico de SIA (Síndrome de Insensibilidad a los Andrógenos). El primer encuentro tuvo lugar en 2001 dentro del Hospital “La Paz”, de Madrid, pero no sería hasta el año 2003 cuando se constituiría legalmente como asociación de ámbito estatal.

La principal forma de contacto con esta organización es a través de internet, en concreto, su página web. Entre los objetivos de GrApSIA destaca la divulgación de información relevante relacionada con el SIA, tanto entre las personas con SIA y condiciones relacionadas y familiares, como entre los profesionales médicos. Los propósitos de este grupo, expresados en la página web del mismo, son:

- a) La orientación, información y apoyo a personas jóvenes o adultas y padres de jóvenes con: Insensibilidad a los Andrógenos (SIA) en las formas completa (CAIS) y parcial (PAIS); y condiciones relacionadas⁹² con el SIA; b) Reducir el secretismo, estigma y tabú que han existido en torno al SIA y estas condiciones intersexuales animando a médicos, padres y sociedad a ser más abiertos. c) Poner en contacto a personas con SIA y a familiares de personas con SIA u otras condiciones relacionadas con otras personas y dar ánimo en la búsqueda de apoyo e información. d) Aumentar la disponibilidad de información sobre el SIA y otras condiciones tanto en forma verbal (desde los profesionales de la salud) como escrita (desde la Asociación y otras fuentes). e) Organizar reuniones que sirvan como punto de encuentro de los colectivos implicados (personas con insensibilidad a los andrógenos y

⁹¹ Ver enlace a la web: <https://grapsia.org>

⁹² Aquellas condiciones que produzcan alteraciones en la diferenciación de los genitales internos y/o externos y que por sus características genotípicas y fenotípicas ofrezcan grandes similitudes en el abordaje de su tratamiento. Son condiciones relacionadas, entre otras: Disgenesia gonadal XY (Síndrome de Swyer, Síndrome Denys Drash, Síndrome Smith Lemli-Opitz) y otras formas de disgenesia; Defectos en la biosíntesis de testosterona como: Hiperplasia lipoidea suprarrenal, Déficit de 3β-hidroxiesteroide deshidrogenasa, Déficit de la actividad 17 β-hidroxilasa y 17,20 desmolasa. Déficit de 17 β-hidroxiesteroide deshidrogenasa o 17 cetorreductasa; Déficit de 5 α- reductasa.

condiciones relacionadas, familiares, investigadores, médicos...) con el objeto de promover un mejor conocimiento de las características de estas condiciones y de las necesidades médicas y sociales de las personas con SIA y condiciones relacionadas y familiares, en las que se trate aspectos relacionados con el seguimiento médico óptimo, como de las alternativas terapéuticas que vayan surgiendo.

Actualmente, GrApSIA no solo está formada por personas con SIA, como dice el propio nombre del grupo, sino que cada vez hay más personas con intersexualidades plurales y con una gran diversidad de opiniones a la hora de pensar(nos) como intersex. Por otra parte, aunque no existe una sede física, todos los años se realizan dos actos importantes: un congreso y un encuentro lúdico. En palabras de Susana Lesteiga, que fue una de las primeras presidentas de la entidad:

«Lo que la gente busca en Grapsia es sentirse normal, acompañamiento, aceptación, tener una comunidad, estar juntos, hablar de tu trauma, de tu vivencia. En realidad, nadie viene por los médicos a pesar de que luego haya cuestiones de salud que puedan preocupar»⁹³.

Además del congreso que reúne a familias y personas aliadas, en el que se realizan ponencias y charlas de profesionales de diferentes áreas o disciplinas expertos en intersexualidades, también se organiza un encuentro más íntimo denominado “lúdico”. El objetivo del mismo es poder reunir, durante unos días, exclusivamente a la familia intersex.

«Los lúdicos son encuentros entre familias y personas intersex (menores y adultas). En ellos, se construye una relación de comunicación, una relación íntima con otras personas intersex y sus familias, una relación de confianza, es un espacio seguro, donde te pueden ver y donde podemos hablar con tranquilidad».

Sobre en qué momento se encuentra actualmente este grupo de apoyo y hacia dónde quiere dirigirse de cara al futuro, y teniendo en cuenta la situación actual de visibilidad sin precedentes en el Estado español, Lesteiga opina lo siguiente:

«En Grapsia, como nosotras, a nivel personal, nos hemos volcado mucho hacia el interior. Como grupo de apoyo, no activista, nos hemos dedicado durante años a hacer eso. Actualmente, se ha hablado de esto, que es muy importante el trabajo hacia adentro pero que qué pasa con el trabajo hacia afuera. Y, efectivamente, si no se hace no estamos arreglando el problema de raíz. Como comunidad deberíamos apostar por la visibilidad. Dar apoyo a iniciativas que se hagan, colaborar con entidades más grandes a nivel nacional, con otros grupos LGTBI+, con entidades internacionales. Deberíamos buscar convertirnos en algo como una ONG, para tener fondos y trabajar de una forma más intensiva y generar contenidos. Estar más visibles».

⁹³ Entrevista propia realizada para esta tesis doctoral durante el proceso de trabajo de campo con las HAC.

Kaleidos⁹⁴

Organización intersex por la diversidad de ámbito estatal. Kaleidos es una organización sin ánimo de lucro que nace de la necesidad de crear un espacio que integre a personas, familiares y profesionales con vivencias e intereses en el ámbito de las intersexualidades y el desarrollo sexual-desarrollo sexual diferente (DSD). Lo particular o específico de Kaleidos es que lo hace poniendo el acento en las necesidades psicosociales y en la diversidad corporal-sexual que tienen en común muchas personas diagnosticadas con condiciones o variaciones intersexuales. Su “mirada caleidoscópica”, como dice el nombre “Kaleidos”, apuesta por poner en valor la diversidad de cuerpos y de experiencias. Kaleidos no pretende suplantar la función de los diferentes grupos de apoyo o asociaciones de personas de diferentes variaciones intersexuales. Todo lo contrario, Kaleidos busca sumar fuerzas y crear sinergias, trabajando específicamente las cuestiones y necesidades que tienen en común muchas personas con diferentes intersexualidades, más allá de nombres o etiquetas diagnósticas, para que el apoyo y el trabajo en este sentido sea más eficiente. Una de sus fundadoras, Iolanda Melero (HAC), nos cuenta que fue lo que motivo la creación en 2018 de esta organización intersex:

«Surge desde la necesidad de hacer algo nuevo, de crear algo desde otra perspectiva, de seguir sumando sinergias con la comunidad intersex, sin suplantar ni a Grapsia ni a otras asociaciones que tienen una función insustituible. Nuria, Chantal y yo ya lo habíamos hablado, queríamos hacer algo que incluyese a profesionales, a aliad*s, a familias y adul*s intersex. Surgió en un momento de querer apostar, y lo hicimos. La sociedad está en otro lugar ahora, pidiendo más activismo político. En Kaleidos intentamos tener una visión más poliédrica, más amplia, más diversa. Somos gente que tenemos mucha confianza, con cierta trayectoria detrás. Nos atrevemos con más proyectos. Estamos haciendo cada vez más cosas interesantes, vamos cogiendo fuerza. Es importante que haya cada vez más asociaciones. En las distintas comunidades autónomas, como la canaria o la andaluza, y también a nivel estatal. Yo tengo mucha ilusión, es un proyecto que no deja de crecer, es mucho todo lo que podemos hacer desde ahí. Una persona sola puede hacer cosas, pero en colectivo mucho más. Contamos con el apoyo de profesionales desde la investigación, desde el derecho, desde todas las áreas donde hay personas con una gran trayectoria en el activismo. Con el tiempo, ojalá se profesionalice todo más. Estoy contenta porque gracias a las redes sociales cada vez estamos teniendo más contacto con las instituciones públicas»⁹⁵.

⁹⁴ Ver enlace a web: <https://kaleidosintersex.com>

⁹⁵ Entrevista propia incluida en el proyecto literario, “La rebelión de las hienas” (2022), de Mer Gómez.

Adriano Antinoo, Krisol Pro Derechos Humanos Intersex⁹⁶

Asociación LGBTI+ creada en el año 2012, que tiene como objetivo trabajar por la igualdad en la diversidad de la orientación, la identidad y la corporalidad. Es de ámbito autonómico y está registrada en la Junta de Andalucía. Mari Carmen Díaz⁹⁷ es la coordinadora de esta asociación y, además, mamá de una persona intersex y trans. Decidió empezar a formar parte de la misma, en 2018.

«Una vez que mi hija hace el cambio de identidad compruebo la inexistencia y el vacío legal que hay para las personas intersex: desde como se enfoca todo esto en el registro civil, en su instituto, etc.».

En aquel momento, Mari Carmen Díaz, decide empezar a buscar referencias y asociaciones de iguales para poder encontrar herramientas que ofrecerle a su criatura:

«[...] de todas las asociaciones LGTB es Adriano Antinoo a la que le interesa incluir a un grupo de apoyo tal como estamos ahora. Nuestro objetivo desde ahí es tener leyes para las personas intersex que, tanto a nivel estatal como autonómico, seamos nosotr*s el colectivo que informe de las necesidades, [...] El tema de visibilización lo hacemos por campañas en redes. También, damos charlas donde nos convoquen, así ha sido en puntos visibles de distintos ayuntamientos, IES, universidades, entrevistas, charlas por stream, etc. Se hizo una campaña de moción de censura de varios ayuntamientos y diputaciones provinciales en apoyo a la Proposición No de Ley (PNL); con ocasión del día en contra de la mutilación genital se hizo una campaña con el nombre: "stop mutilación genital intersex". En 2019, hicimos unas jornadas en la facultad de psicología y tenemos en proyecto retomar las próximas jornadas pero en la facultad de medicina. En el hospital Virgen del Rocío, también ofrecemos nuestra colaboración para las familias de menores intersex. En 2019, se aprobó una PNL y hemos acudido a varias comisiones de infancia en el Parlamento, incluso redactamos un capítulo entero para la "Ley de infancia y adolescencia" que finalmente no fue incluido en dicha propuesta de ley. También hemos redactado artículos para el anteproyecto de Ley LGTBI e, incluso, nos han convocado a la mesa redonda en el Ministerio de Igualdad sobre el reconocimiento legal de género. En mi caso, trabajar para hacer visible la existencia de las personas intersex y sus problemáticas, es continua».

Como menciona Díaz, desde Krisol Pro Derechos Humanos Intersex, también han participado como agentes políticos en la construcción y redacción de leyes en materia LGTBI+ no solo a nivel autonómico sino que a nivel estatal mantienen reuniones con el Ministerio de Igualdad. El objetivo de estas acciones es crear cada vez más jurisprudencia para que, finalmente, pueda llevarse a cabo una ley integral que defienda los derechos de las personas intersex:

«Creo que el resto de asociaciones intersex en España debemos trabajar en común para hacer todo esto a nivel estatal. En el mes de octubre (2021) en Sevilla se ha abierto un espacio público para atender al

⁹⁶ Ver enlace a la web del sitio: <http://adriano-antinoo.blogspot.com>

⁹⁷ Entrevista propia realizada en octubre de 2021.

colectivo LGTBI+ y Krisol tendrá su horario de atención al público. Además, nos han ofrecido también ser parte de un grupo de trabajo dentro del consejo andaluz y, desde ahí, confeccionar una ley integral intersex en Andalucía. En cuanto a la ley LGTBI+ andaluza actual, de 2017, menciona en un artículo el tema de las operaciones de bebés, pero no prohíbe las prácticas. El artículo 15, habla de planes en educación que podrían incluir a las personas intersex pero en la práctica hay mucho desconocimiento. Es ahora, en 2021, cuando la Consejería de Igualdad de la Junta de Andalucía nos está empezando a apoyar. Nos recibieron el pasado 26 de octubre y, también, se sumaron con una campaña de visibilidad desde la Consejería. El hecho de suprimir el capítulo de menores que redactamos en la ley de infancia y adolescencia fue, según los parlamentarios, para redactar una ley integral. Como los hemos criticado tanto, parece que nos escuchan un poco más, [...] la Consejería ha incluido en algunos documentos oficiales el marcador: "otros". Cuando nos enteramos que se referían a las personas intersex, en un primer momento redactamos un escrito informándoles sobre lo erróneo del concepto y rectificaron, [...] tal y como está redactado ahora en el anteproyecto sobre cómo debe ser la inscripción registral de bebés intersex es ineficaz, queremos introducir otras fórmulas más flexibles de marcadores de género para los bebés».

Colectivo "i de intersex"

El colectivo "i de intersex" nace con el objetivo de dar visibilidad a las voces de la comunidad intersex y a las acciones que estamos haciendo desde el activismo político en el Estado Español y las redes que se están tejiendo a nivel internacional. Está formado por las activistas intersex y feministas, Laura Vila Kremer y Mer Gómez (HAC). Su carta de presentación en la página de instagram @ideintersex dice así:

«Nos encanta hacer pedagogía y crear nuevos imaginarios: colectivos y culturales. Desde las artes, la investigación académica, la acción socioeducativa, o el activismo político. Por eso, nos formamos y formamos, nos informamos e informamos, a través de la sensibilización. Amamos y abrazamos las diferencias, los márgenes, las disidencias. El binarismo nos silencia y el sistema patriarcal nos ahoga. Nuestra misión es seguir flexibilizando(lo) todo: los cuerpos, las identidades, los deseos, la sexualidad. Mientras tanto, seguiremos fuertes y reflexivas. Luchando, desde lo colectivo, por los derechos humanos de las personas intersex y la comunidad LGTBIOA+»⁹⁸.

Por otra parte, Laura y Mer se dedican a impartir formaciones y talleres a públicos diversos. Además, también se involucran en otro tipo de proyectos como entrevistas en medios de comunicación feministas, proyectos artísticos y teatrales o la elaboración de guías y glosarios para diferentes instituciones y centros de referencia LGTBI+. A su vez, han participado como agentes políticos en el proceso de redacción de la Ley Vasca LGTBI+ y se han reunido con el Ministerio de Igualdad para aportar sus demandas de cara a la aprobación de una futura ley LGTBI+ nacional.

⁹⁸ Entrevista propia realizada en febrero de 2022.

Su último proyecto, que ha visto la luz en noviembre de 2021, ha sido la participación en un corto de docu-ficción, titulado “Se receta silencio”, y dirigido por el activista trans Miquel Missé. Por último, ambas nos han informado sobre los motivos por los que decidieron colectivizarse y sacar adelante el colectivo “i de intersex”:

«Necesitábamos, desde hacia tiempo, un espacio intersex en el que nosotras fuésemos las protagonistas. Sujetos más que objetos. Compartimos una manera de entender los cuerpos más allá de la medicalización y de la patologización. Compartimos reclamos por nuestra integridad intersex pero también nos entendemos mucho a la hora de pensar y de encontrar nuevas formas de explicar nuestros cuerpos, nos ayudan los feminismos y la teoría queer».

Caminar Intersex

Clara Montesdeoca es la fundadora de la asociación canaria: “Caminar Intersex”. Es, además, la mamá de Abián, una persona intersex, y el motivo de su incursión en el activismo. Clara me ha contado cómo ha nacido esta asociación y cuáles son sus objetivos principales:

«Caminar intersex nace con ese nombre en el año 2019, el 25 de octubre. Desde el año 2015 estuvimos primero con la Fundación Daniela (la actual Angela Ponce) y, a partir del 2016, empiezo la andadura con “Trans Boy”: asociación estatal de hombres trans y donde creamos un espacio en el que se hablaba solo de intersexualidad dentro de la propia asociación. No tenía nombre, simplemente le denominábamos como proyecto intersexual, proyecto de personas intersex, y ahí teníamos nuestro propio espacio para hablar. Al final, con el paso del tiempo, vimos que nuestro activismo necesitaba tener un nombre y, con el apoyo de Laura Inter de Brújula Intersexual México, Abián y yo sacamos la conclusión de que habíamos hecho un camino inmenso hasta llegar al lugar en el que estábamos y, entonces, de ahí sale el nombre: Caminar Intersex. El logotipo es una mamá elefante con su bebé, los elefantes nacen ciegos y son las madres durante el primer año de vida las que les indican el camino y las que toman las decisiones. Es uno de tantos motivos por el que elegimos los elefantes como logo. Además, lo crea Abián y lo retoca Carla Núñez, una artista mexicana»⁹⁹.

Asimismo, me ha hablado de cuáles son los objetivos principales por los que decidió crear este grupo en la comunidad canaria.

«Formar a la sociedad sobre las realidades de las corporalidades. El ámbito principal es la educación, que entre en los libros de texto y que forme parte de la educación desde los más bebés y hasta los más adultos. Una formación en cuanto a diversidad corporal. Otro de los objetivos, es intentar crear protocolos de actuación, aunque ya los hay, pero que sean más y mejores. Protocolos ante el nacimiento de bebés intersex, informar a las familias con la verdad, evitar esa obligatoriedad de tomar una decisión en muy poco

⁹⁹ Entrevista propia realizada en diciembre de 2021.

tiempo. Y formar, formar en todos los ámbitos. Nuestros objetivos es llegar a todos los ámbitos sociales y políticos posibles. Damos formaciones en centros educativos, en universidades, también al personal administrativo, en gimnasios donde van adolescentes, a policías, a cuerpos de bomberos... nuestra meta es formar todo lo que podamos, a todas las personas que podamos, para crear una sociedad muchísimo más diversa».

Desde Caminar Intersex se ha trabajado, en los últimos años, junto a las administraciones públicas y los agentes políticos de otros movimientos sociales de Tenerife. Esto ha ido generando redes que han hecho posible sacar adelante la primera ley en el Estado español en la que se recogen las demandas de la comunidad intersex, planteadas por personas intersex.

«Estamos en la mesa de trabajo LGTBI+ del cabildo insular de Tenerife, en la mesa de trabajo LGTBI+ y de igualdad del Ayuntamiento de La Laguna, y en la mesa LGTBI+ del gobierno de Canarias. Hacemos proyectos en común con los colectivos LGTBI+ donde cada vez se le está dando más conciencia políticamente a la intersexualidad. Desde el año 2018 se izan las banderas, tanto en el municipio de La laguna como en Santa Cruz. Los políticos han estado, han hablado, y han expresado lo que creen acerca de las realidades intersex una vez que las han conocido. Hemos creado un spot publicitario, yo he sido la persona que sale en el spot –está colgado en la página del gobierno de Canarias– y hemos dado a conocer la realidad de las personas intersex y de las familias. Además, en las fechas señaladas, dentro de cada uno de los municipios, los ayuntamientos suelen colgar siempre en sus redes sociales o hacer pequeños gestos cuando se acercan el 26 de octubre y el 8 de noviembre».

«En cuanto a la ley, fueron tres años complicados. Intentar que todos los políticos estuviesen de acuerdo con aquello que íbamos mandando, las correcciones que iban haciendo. Aún así, yo creo que hemos dado con un grupo de políticos bastante volcados, con el único grupo que tuvimos algo más de choque fue con el Partido Popular que hasta el último momento no sabíamos si iban a votar a favor. Es verdad que, en materia intersex, las veces que se me permitió acudir y hablar con los grupos políticos, yo intenté hacerles ver que estaban siendo cómplices de mutilaciones genitales pagadas por dinero público en hospitales públicos. Les había puesto en la mesa las denuncias que se habían hecho desde el Comité Europeo en el año 2017 y en el año 2019 a España por mutilaciones genitales. El Comité Europeo lo sabía y ellos no podían ignorarlo porque sino serían cómplices. Ese fue el diálogo que mantuve hasta el final, incluso hasta unas horas antes de esa votación unánime que hubo y que todavía no nos la creemos. Fue complicado pero llegamos a un acuerdo. Se creó una ley estupenda y que, poco a poco, ojalá todas las comunidades autónomas la consigan y pueda ser como enredada en una ley estatal que sería lo más grande. El siguiente paso es ese. Una ley estatal que ampare a esta ley canaria porque, está claro, que de nada nos vale que tengamos una comunidad, o tres, libres de este tipo de cosas y luego tengamos otras comunidades autónomas que no, teniendo la opción de poder en otro sitio hacerlo. Entonces, creo que para cerrar todo esto tendría que haber una ley estatal que ampare esta ley que tenemos aquí. Y, por supuesto, el siguiente paso, aquí en Canarias, es vigilar las prácticas de los hospitales (endocrinología, pediatría) y controlar que se está cumpliendo porque la ley porque, al final, es un mero papel escrito. Ahora hay que mantener esa conexión entre los médicos, los psicólogos, las personas intersex y sus familias para saber que todo se está cumpliendo».

Para concluir, he de añadir que desde el activismo intersex del Estado español mantenemos un vínculo muy cercano con otras organizaciones intersex internacionales del ámbito hispano, especialmente con México y Argentina. Esto hace que estemos compartiendo numerosos encuentros virtuales, participemos en proyectos de sensibilización y nos apoyemos a la hora de elaborar y firmar comunicados o escribir textos para denunciar las discriminaciones que se producen contra nuestras corporalidades. Algunas de esas organizaciones en México son: Brújula Intersexual, Vivir y Ser Intersex, o Intersex y Andrógino. Y en Argentina: Unión Trans Intersex, Orquídea Intersexual, Argentina Intersex, NOA intersex, o Potencia Intersex.

3.2.3 Activistas profesionales y proyectos por la visibilidad intersex

Además del asociacionismo, también gracias a personas aliadas, el activismo está consiguiendo hacerse hueco y configurarse en un lugar relevante a nivel socio-cultural y político. Fruto del trabajo de activistas profesionales que estamos incorporando una visión despatologizante desde diferentes áreas cada vez nos encontramos con más herramientas y recursos. Algunos de ellos, me propongo mencionarlos a continuación.

En el campo de la psicología, encontramos la guía “Buceando en la diversidad desconocida. Una Guía para Terapeutas de pacientes con Intersexualidades” creada por una de las HAC, Iolanda Melero, en el año 2017. Además, estaría el trabajo de visibilidad realizado por Gabriel J. Martín (Barcelona) –activista marica, trans e intersex– y experto en psicología afirmativa gay y escritor de: “Quiérete mucho, maricón: Manual de éxito psicoemocional para hombres homosexuales” y “Gay Sex: Manual sobre sexualidad y autoestima erótica para hombres homosexuales”.

Desde la literatura, existen ya tres publicaciones contemporáneas escritas en primera persona. Concretamente, dos libros publicados por la Editorial Bellaterra. El primero, un cuento infantil titulado “Un secreto Pelirrojo” (2021), de Camino Baró. El segundo, “La rebelión de las hienas” (2022), un proyecto escrito por Mer Gómez y elaborado a partir de entrevistas realizadas a diferentes activistas intersex. El tercero y último, “Corpore. Anecdótico afectivo sexual de una persona XXY” (2019), un manual biográfico y auto-editado por Bernar USK, artista (artista y activista) intersex de la asociación andaluza Krisol.

A su vez, desde el arte y la cultura, nos encontramos con proyectos escénicos y audiovisuales. Por un lado, los monólogos para micro-teatro: "Solo apto para bichas raras" (2019) y "La revolución de Lola" (2016), escritos e interpretados por Mer Gómez. Por otro lado, dos proyectos creados por el colectivo escénico "Que no salga de aquí" (@quenosalgadeaquí) que lo integran Laura Vila Kremer, Raquel Loscos y Víctor Ramírez: "Qué no salga de aquí" (2018) y "Hermafroditas a caballo o la rebelión del deseo" (2021). Asimismo, en el área audiovisual, el corto-documental "Se receta Silencio", interpretado por Laura Vila Kremer y Mer Gómez, dirigido junto al activista trans Miquel Missé.

Por último, en el mundo del deporte, contamos con la presencia de María José Martínez Patiño, que se ha convertido en un referente para la comunidad deportiva y para las atletas que han seguido sufriendo la vigilancia sobre sus cuerpos. Desde el año 2012, forma parte del "Comité de Expertos de la Comisión Médica y Científica del Comité Olímpico Internacional". Desde esa posición, realiza su labor en defensa de las intersexualidades y/o las corporalidades no binarias. Es la única española y la única que cuenta con una experiencia encarnada.

En el ámbito académico, como dice Fernández, a pesar de que todavía hay una ausencia de voces de investigadoras intersex dentro del Estado español, es importante mencionar los trabajos de investigación realizados por tres de las componentes de las HAC: Lilith, Camino y Mer. El trabajo final de grado (2019) de Lilith Martí, titulado "Las intervenciones médicas no consentidas hacia personas intersex como posibles crímenes de lesa humanidad", dentro de la Facultad de Derecho de la Universidad de Valencia; el trabajo final de master (2022) de Camino Baró, titulado "Construcción de la feminidad en mujeres con insensibilidad a los andrógenos y su impacto en la erótica", dentro del área de sexología IUNIVES, de la Universidad Camilo José Cela. Asimismo, el proyecto INIA¹⁰⁰: "Intersexualidad y Nuevas Aproximaciones Interdisciplinares" (2020) que ha incorporado la presencia de activistas intersex e investigadores de 21 organizaciones de 10 países que trabajan en red en la producción de conocimiento científico y prácticas políticas sobre la intersexualidad. Además, de los dos trabajos final de máster elaborados por mi, Mer Gómez. El primero, titulado "Intersexualidades: entender los cuerpos más allá de las categorías binarias desde los Estudios para la Paz", recogido en la Universitat Jaume I de Castelló (2016); El segundo, "Intersexualidades: conversaciones entre madres e hijas", producto del Máster en Estudios Feministas y de Género de la Universidad del País Vasco (2018).

¹⁰⁰ Proyecto INIA, más información sobre el proyecto en el siguiente enlace: <https://www.intersexnew.co.uk>

Por otro lado, en el ámbito de lo que podríamos denominar “Estudios intersex” se incluyen actualmente investigaciones desde distintos enfoques y disciplinas a los que ya se ha ido haciendo alusión a lo largo de la tesis. Por retomar algunos entre los ya citados: la tesis doctoral de Sam Fernández (2020); los trabajos de Richard Cleminson, Francisco Vázquez García, Rosa M. Medina Domènech (2018 [2009], 2011) en el campo de la medicina y la identidad sexual; las aportaciones de Daniel J. García (2015, 2016) que aborda las articulaciones contemporáneas entre los dispositivos médicos y legales; en el papel de la medicina contemporánea, Nuria Gregori Flor (2015) y el diagnóstico sobre realidades intersex promovido por el Ayuntamiento de Barcelona y elaborado también por la autora (2016). También están las investigaciones realizadas por personas investigadoras aliadas como Dau García Dauder y Carmen Romero Bachiller (2018) en el ámbito de la psicología y el deporte, así como la tesis doctoral de la doctora y cirujana, Nerea González Temprano (2021): “Estudio del proceso clínico-asistencial vivido por menores con un desarrollo sexual diferente y sus familias en Euskadi”, co-dirigido por mi directora de tesis, Jone Miren Hernández, en la Universidad del País Vasco (2021).

Para concluir, como dice Sam Fernández (2020), la emergencia de asociaciones y de voces activistas, «está proporcionando espacios que pasan a formar parte también de las experiencias significativas de quienes investigamos». Experiencias y procesos que, dirá, «constituyen parte de los lugares desde los que construimos preguntas e hipótesis de investigación y orientamos nuestros estudios académicos» (2020: 68). Uno de los principales objetivos de la presente tesis es, de hecho, generar nuevos enunciados, contenidos e hipótesis, sobre el objeto de estudio intersexual a partir de nuestras trayectorias personales e incorporarlos al conocimiento científico y a los debates académicos.

C. Soliloquios corporales: el compromiso con las otras

Por último, en consenso con el grupo de las HAC, hemos querido incluir algunas reflexiones y recomendaciones que nos gustaría plantear a otras personas que estén o que vayan a estar atravesadas por la intersexualidad. Este proyecto de investigación tiene un objetivo político, de compromiso social, que es el de contribuir a la construcción de una vida mejor para las personas intersex.

Para la comunidad intersex, como para todo grupo subalterno, es imprescindible el acompañamiento y las redes con grupos de iguales. Sobre todo para ayudar a empoderar a una persona que, ante el desconocimiento y la ausencia de herramientas, pueda sentirse sola e incomprendida. Pero, también, que todas las personas endosex acompañen en el proceso de visibilidad y lucha por los derechos.

Por eso, en aras de politizar la intersexualidad y empezando desde dentro del movimiento, hemos decidido incluir lo siguiente: ¿qué le dirías a una familia que acaba de enterarse de que su bebé es intersex?, ¿cuáles serían tus recomendaciones como adulta intersex?, ¿qué le dirías a una adolescente intersex a la que acaban de dar la noticia y quiere hablar contigo?, ¿después de tu experiencia intersex, qué te gustaría que otras personas recibieran durante el camino?

MER GÓMEZ

Cuando pienso en qué decir a otras personas, automáticamente me viene una imagen a la memoria. Soy yo, con quince años, llorando en un rincón de mi cuarto. Esa postura, con esa emoción, es bastante significativa en mi trayectoria durante los años de adolescencia. No sé la de veces que he llorado, en soledad, sintiéndome un bicho raro. Conversando conmigo misma, gritando de dolor en silencio, odiándome y maltratándome. Tratando, aún así, de ser fuerte para que mi familia me viera bien y no sufriera más por mi culpa.

Yo, a una familia, le diría que hablase de la intersexualidad. Con total naturalidad. Sin darle ni una mayor ni una menor importancia, la que requiera en cada momento. Insistiría en que su criatura tuviese toda la información porque es suya y le pertenece a ella. Que no le oculten nada, que no lo traten como un secreto. Que si necesitan ayuda porque no saben sostenerlo, que la pidan. Que se cuiden de no depositar sus propios traumas en sus criaturas. Esto es importante. Que se aseguren de que la información que va a recibir por parte de los profesionales de la salud, o de cualquier profesional al que recurran, sea desde el cuidado y desde la no patología. Que no consientan que nadie les diga a sus criaturas nada feo, ni malo, ni despectivo, sobre su cuerpo. Y que si pasa, lo denuncien. Su cuerpo es perfecto y está sano. No hay que arreglarlo, no está roto. No hay que modificarlo para que encaje en nada. No tiene que encajar en algo. Al menos, no en ese momento y por esas circunstancias. No sin conocer a otras personas, no sin antes escuchar que su cuerpo está bien y es bonito. Que la quieran, que la abracen, que la hagan sentirse orgullosa de ser como es. Que se aseguren de generar ambientes o espacios seguros y de confianza a su alrededor para que, si alguna vez cae, tenga un sostén. Y que me vean, que me miren a mí. Siempre se lo digo a las nuevas familias: "miradme, estoy bien, estoy feliz. Vuestra hija también lo será". No os preocupéis. Voy a estar.

Y a otra persona intersex le diría, como les digo cuando recurren a mí, que les voy a contar todo lo que quieran saber. Que estoy aquí y que no voy a irme. Este es mi número de teléfono, llámame. Dame tu instagram, sígueme y te sigo. Escríbeme, háblame si necesitas. Estar. Creo que lo único que hay que hacer es estar, que sientan que estás, para que tengan referentes y referencias.

LAURA VILA KREMER

A una familia le diría... primero, que su bebé está bien, que es un bebé precioso. Que para poder cuidarle y darle amor, que seguramente ahora mismo es lo único que necesita ese bebé, también debemos cuidarnos y trabajarnos nosotras. Y que, a veces, nuestra mirada como adultas no nos permite ver que hay muchos cuerpos en el mundo y hay muchas maneras de vivirlos y muchas maneras de estar en el mundo.

Seguramente, el trabajo más importante que podemos hacer como personas adultas, para poder llegar a transmitir eso a la criatura que llega a formar parte de sus vidas, es permitirle un espacio seguro en el que se pueda desarrollar de la forma que quiera, con el cuerpo que quiera, con la identidad que quiera y con los afectos que quiera. Para garantizar eso, que crezca en un espacio seguro y libre, debemos trabajarnos nosotras como adultas. Y que no se precipiten, que no hay ninguna decisión a tomar y que, si las hay, serán más adelante. Que hay tiempo, que se hará cuando esa criatura pueda expresarse y pueda decidir como adulta. Y sobre todo, que busque redes, asociaciones, grupos, gente con la que hablar. Eso es sanador.

A un adolescente le diría que yo he estado ahí. Cuando hablo con las adolescentes siempre me pasa que siento mucha identificación. Siento todos los miedos y todos los pensamientos y reflexiones por los que yo he pasado. Los veo replicados en ellas. A la vez, siento que ha cambiado la percepción de algunas de las cosas que yo veía como adolescente. Y siempre me gusta poderlas compartir, escuchar lo que ellas tienen que decir como adolescentes, poderles decir lo que yo tengo que decir como persona de treinta y seis años. Y ver qué puentes se pueden crear, qué alianzas se pueden tejer, porque seguramente hay mucho que aprender en varias direcciones. Que su cuerpo es hermoso, que cualquier pensamiento es válido, que yo también he estado ahí y que se tome su tiempo antes de tomar cualquier decisión importante. Intentaría pasarle referentes que a mí me han podido ayudar y escuchar los suyos.

ALEKSANDRA K.

A las familias les recomendaría que no vivieran su intersexualidad como un tabú porque eso va a condicionar claramente la adolescencia y adultez de esa niña. Se tiene que vivir con normalidad, sabiendo que es una diversidad más. Apoyarla en las decisiones. En los procesos que vaya pasando. Empoderando a esa niña para que tome las decisiones por sí misma.

A una adolescente le diría que viviera su intersexualidad con normalidad, planteándolo como una opción más de la naturaleza y no como algo que tenga que esconder, que ocultar, por miedo o por rechazo. Que tendrá que ser fuerte, evidentemente, en un mundo mayoritariamente cisgénero pero que no se puede regir por las normas educacionales de ese predominio del sexo y género imperante en la sociedad. Que tiene que establecer otros lazos con colectivos, si son intersex mucho mejor. Para que pueda ver más realidades.

IOLANDA MELERO

¿Qué le dirías a una familia? Pues depende del bebé, claro. Pero, en general, que no se preocupen. O que si quieren, que se preocupen. Pero que lo que tienen es una variedad, que hay muchísima gente igual, que hacemos vidas perfectamente normales y felices, que disfruten de su hija/hijo/hije. Que si no tiene un sexo o un género claro que no se preocupen por ello, que ya vendrá, que hoy en día estamos en una sociedad que cada vez es más abierta en estos sentidos. Que vayan al sistema médico, únicamente, lo imprescindible, que cuanto menos vayan pues mejor, lo necesario. Que intenten evitar cualquier revisión y cualquier mirada médica porque eso puede traumatizar más a la persona, a su bebé. Que la quieren o lo quieran, que lo

amen, que es un bebé como cualquier otro. Que estamos aquí para cualquier cosa y que es mejor que tengan alguna referencia, que nos conozcan.

¿A una adolescente? Depende de las circunstancias, lo que le pase, la condición o en qué momento esté. Pero hablar, que hablemos. Qué dudas tiene, qué inseguridades tiene. Que las comprendo, que he pasado por muchas de ellas, dependerá de muchas cosas y de sus vivencias. Que disfrute de su cuerpo y que esté con gente que pueda querer a su cuerpo y quererle a él. Y que, aunque sea en momentos duros, aunque sea con un cuerpo diverso, que lo disfrute y que se rodee de la gente que la quiera.

LILITH MARTÍ

A una familia, que intentasen informarse al máximo, todo lo posible, porque la información que a veces nos llega por parte de la institución médica es una información sesgada, incompleta, que no es del todo clara, que nos oculta mucha parte de datos fundamentales. Que no se queden con lo que les diga el primer médico de turno sino que intenten ponerse en contacto con los colectivos, asociaciones, personas, que les puedan ayudar en este sentido.

Que averigüen si realmente esa intervención que el médico le quiere hacer a su criatura porque probablemente lo primero que quiera el médico es intervenir para corregir ese cuerpo; que diferencien si es por un motivo de salud –como puede ser una pérdida de sal increíble– que haga que a ese recién nacido haya que intervenirle de urgencia o si es simplemente porque tiene unos genitales diversos y al médico le parece que eso se tiene que corregir y punto. O sea, que marquen esa diferencia si es por motivos de salud o si es una intervención estética, algo tan frívolo y tan horrendo como una operación por motivos estéticos, por prejuicios y estereotipos de sexo-género. Y, una vez, con toda esa información sobre la mesa, que tomen la decisión. Y que, siempre, intenten respetar al máximo posible los derechos de esa persona hasta que tenga edad suficiente y conocimientos suficientes para ver como se identifica, como se siente respecto a su cuerpo, si cree que necesita cualquier tipo de operación o tratamiento hormonal o no, o está perfectamente conforme con su cuerpo. Entonces, si existe la posibilidad de esperar porque no hay una urgencia médica real y no estética, que sea la propia persona la que decida por ella misma, siempre, al cien por cien.

A una adolescente intersex, lo primero que le diría es que nada es tan importante. Es decir, en la adolescencia lo magnificamos todo, todo lo vemos con una importancia brutal. Especialmente, todo lo que tiene que ver con el tema sexual y el tema corporal. Es una época en la que empiezas a querer gustar a la gente de tu edad, a conocer tu cuerpo, a conocer tu sexualidad, pueden ser noticias dolorosas. Que te digan que, a lo mejor, tu cuerpo no se está desarrollando como debería según lo socialmente establecido. Que, a lo mejor, no puedes tener las mismas prácticas sexuales que otras chicas de tu edad pueden tener. Pueden ser noticias dolorosas porque partimos de unos patrones muy claros que nos establece la sociedad.

A esta persona le diría que nada de eso tiene tanta importancia, que merece ser amada, empezando por amarse a sí misma y que su cuerpo, ya sea endosex o intersex, eso no va a interferir en que alguien se pueda enamorar de ella, la pueda querer, la pueda desear. Y que si se topa a lo largo de la vida con personas que

van a rechazarla o que no van a quererla o no van a desearla, por el simple hecho de ser intersex, es que no merecen estar en su vida. Es algo como muy sencillo de decir pero es que es así rotundamente. Puede utilizarlo como una vara de medir de qué gente merece estar en su vida y qué gente no, puede ser como un filtro que puede tener a su favor en su vida. Que nada es tan importante, que todo se solucionará, que llegará un momento que será feliz y aprenderá a querer a su cuerpo tal y como es, que todo estará bien.

ANA BELÉN

A una familia, que no están solos, que hay muchas personas que han pasado y que están pasando por lo mismo. Les diría que se pongan en contacto con asociaciones, que hablen, que se informen muchísimo, que a través de estas asociaciones les podrán facilitar mucha información y que no tomen ninguna decisión precipitada, que la salud de se bebé no corre ningún riesgo, que tienen todo el tiempo del mundo para actuar. Que antes de hacer nada, de cortar o de operar, que tengan toda la información disponible y que hablen con mucha gente, que busquen muchas opiniones diferentes.

Les diría que su bebé ya existe, que ya es, que es perfecto así, tal cual. Que ellos seguramente ya ven la perfección y la belleza que tienen delante y que no dejen que ninguna otra persona cuestione esa belleza. Les diría que no se asusten, que su bebé puede ser feliz siendo como es, que lo único que necesita es que lo quieran sin condiciones. Que no se asusten de sus sentimientos, de la culpabilidad que probablemente surja, de los miedos, de sus prejuicios... que son lógicos porque no disponen de información. Que todo esto pasará si son capaces de dejarse sentir, de compartir experiencias, de crecer junto a su bebé y sin quererlo sin necesidad de cambiarlo.

A una adolescente, primero la escucharía, dejaría que exprese todas las dudas, miedos, vergüenzas, enfados, todo lo que tenga por ahí explotando y después le diría que una de las cosas más importantes es estar muy bien informada, que cuanto mejor sepa cómo funciona realmente su cuerpo mejor se va a sentir en él. Creo que es vital entender por qué es intersexual y cuáles son las repercusiones reales de su intersexualidad, le diría que busque mucha información y que la contraste, que yo estoy dispuesta a comunicarle todo lo que sé. Que no está sola. Que somos muchas las imperfectas, las plurales, las diversas, como dices tú en el monólogo BICHAS RARAS. Le diría que es perfecta tal y como es, que no hay nada que corregir, que no hay nada que cambiar ni a lo que llegar, que ella es digna de todo el amor del mundo.

Que cuando lo sienta, comparte lo que siente con alguien que la quiera mucho. Le contaría mi experiencia cuando lo he contado, que siempre me he acabado sintiendo más acogida, más querida, más acompañada, más unida. Que cuando esté preparada, si lo siente, es maravilloso y liberador conocer a personas que están en su misma situación y que los grupos de apoyo le pueden ayudar. Que si todavía no está preparada, o no le apetece, viene muy bien leer o ver testimonios de otras personas intersex. Que antes de tomar cualquier decisión respecto a su cuerpo que lo piense bien, que busque otras alternativas, que no se fie de ningún médico, que nadie va a conocer su cuerpo mejor que ella misma, que busque segundas, terceras, décimas, opiniones.

Le diría que no tenga miedo a su cuerpo, que se acerque y se haga amiga de él, que lo toque, que lo acaricie, y que lo sienta. Que, en el caso de que quiera hacer dilataciones, que se olvide de esos aparatos monstruosos de la inquisición y que recurra a sus preciosos dedos y vaya descubriendo y sintiendo como su cuerpo reacciona, siempre desde el placer y nunca desde la presión de tener que conseguir unos centímetros. Que descubra el placer que su cuerpo le puede proporcionar, que disfrute de su sexualidad, que es suya, que es solo suyo y es incomparable con ninguna otra.

CAMINO BARÓ

Primero, a una familia, validaría todas las emociones que estén experimentando: miedo, culpa, frustración... pueden estar experimentando muchas emociones que incluso se puedan estar negando porque el nacimiento de una personita debe traer emociones positivas pero también aparecen emociones que no son tan positivas. Cómo luchar contra esa ambivalencia, contra ese choque de trenes, llevamos tanto tiempo esperando este momento y, de repente, nos dicen que esta personita viene con esta condición. Pues validar mucho esta situación de ambivalencia emocional, darles el mayor sosiego posible con respecto a la urgencia en la toma de decisiones a nivel sanitario clínico de la personita, en el contexto sanitario en el que se encuentre.

Le hablaría de las diferentes asociaciones relacionadas con la condición intersex con la que haya nacido su personita y, sobre todo, trabajaría la comunicación en la pareja desde los miedos para que no se empiece a generar ese tema del silencio que se gesta en las familias. Intentar que la comunicación sea fluida, que sea siempre desde las emociones: «esto me está generando esta emoción, por eso me comporto así, por eso hablo así, por eso reacciono así». Y que haya mucha comunicación y apoyo, que no se mantenga secreto como algo oculto que no podemos hablar con más gente. Que se apoye en la familia extensa, en las personas de confianza, en amistades, porque no están incumpliendo un mandato de lealtad hacia esa personita. Según mi punto de vista, todo lo contrario, agradecer que la gente lo viva con naturalidad y que no sea una cosa que tenga que ir poco a poco abriendo camino ella. Esa, por lo menos, sería mi recomendación.

A una adolescente, más que le diría le haría muchas preguntas. Creo que sería importante explorar en qué momento se encuentra, cómo lo ha interpretado, cómo lo está viviendo ella, cómo es su red de apoyo, cómo está reaccionando su entorno, qué tipo de educación sexual tiene, qué tipo de proyección vital tiene. Le haría muchas preguntas para hacer una especie de mapeo, de escáner, de su vivencia, de cómo está interpretando, cómo la está integrando, en función de eso tiraría hacia un lado o hacia otro. Le diría como puede ser la realidad de una persona intersex, que puede ser difícil en algunos aspectos en los que sienta que no encaja pero sí que intentaría apelar constantemente al sentido positivo, es muy importante ofrecer referencias desde lo positivo, no desde lo negativo o lo patologizante o lo victimizante que te pueda estancar en una posición de: «yo no puedo porque...», «yo soy inferior», «yo soy una persona menos válida». Intentaría ofrecer herramientas para encontrar recursos, referencias, que le den ese valor positivo a la condición que posee.

ASMI MOLINA

Empezaría por no diferenciar. De pronto, dos personas forman una familia, desean gestar y aparece la criatura: máximo respeto hacia ella ya sea endosex, intersex o lo que sea. Es un regalo que viene con obligaciones, con obligaciones de enseñar a esa persona que funcione desde el libre albedrío, de que sea capaz de discernir, de no tragarse todas las verdades impuestas porque lo digo yo y porque sí y porque amén o porque lo dice la ciencia de ahora pero igual la de ayer, o la de mañana, no.

Las recomendaciones desde mi historia es esperar, no tener prisa, dejar que haya una crianza lo más neutra posible. Eso no quiero decir que no se hable en masculino o en femenino, es decir: «esto es lo que nosotros conocemos pero te damos permiso para que nos enseñes otras opciones, tienes libertad para poder expresarte como quieras y, a partir, de cómo te expreses respetaremos tu expresión, y si lo cambias te seguiremos respetando». Una familia, al final, es aprender los pequeños de los adultos y los adultos de los pequeños, desde el respeto. Yo no haría ninguna diferencia especial con respecto a: «yo no le compraría el azul o el rosa en exclusividad, yo le compraría el arcoíris y que decida que se pone».

Lo primero que le diría a un adolescente es que el sexo es piel e imaginación, que las historias del coitocentrismo solo son historias tendentes a llevarnos hacia la procreación y la gestación. Que cuando vives para trabajar, para estudiar, para relacionarte, ser intersex no es un condicionante. Quiero decir, no más que cualquier otra persona endosex. Y que todos los patrones aprendidos de: «hay que tener polla», «hay que tener vagina», «hay que tener pecho», «hay que ser hetero». Todo eso no es ley natural. Todo eso es sociología aplicada en política y religión.

Casi todo el mundo va a opinar que no es así pero, a veces, una caricia puede darte más placer que un orgasmo, puede darte más sensaciones y llevarte a paraísos que no consigues con penetración. Y que leñera, que escribiera. Las personas que hemos pasado por esa etapa en situaciones, tiempos o contextos diferentes, incluso ahí también nos hemos equivocado y que equivocarse es humano, que la prueba/error a veces te hace conseguir opciones buenas. Ver que lo que es irreversible, lo que se hace y no se puede volver atrás, es una decisión que tiene que esta meditada desde muchas perspectivas, comentada con todas las personas que creas que tienen capacidad para aportarte algo y después de eso dejar el *rumiajo*, no dejarse llevar por el impulso. Las decisiones que van a ser irreversibles hay que dejar que maduren, no pasa nada. Que esperen a la aparición del desarrollo hormonal, que decidan cómo se quieren colocar, porque eso sí es reversible, tomar hormonas o no, que la naturaleza sigue su proceso. Por lo mismo, porque cualquier persona intersex en un momento dado también puede sentirte trans, o no. Hay hormonaciones muy drásticas que pueden dar problemas, sino ahora, en el futuro.

Y que, por supuesto, tiene mi teléfono para poder charlar cuando quiera y como quiera. Respetaré lo que sean capaces de decir, de decidir y simplemente daré mi opinión. Y me tendrán para poder charlar cuando quieran, nunca juzgaré lo que hagan.

SUSANA LESTEIGA

Creo que lo que ha funcionado cuando yo he hablado con padres es, sobre todo, quedar en persona. Parte de lo que he visto que pasa es que tienen un miedo atroz a que no saben si a su hijo tendrán que enviarlo a un circo, o es un *freak*. Y no lo es. De las primeras cosas que hay que decir, es explicar de la forma más sencilla posible cuán natural y normal es esto y cuánto ha ocurrido toda la vida. Y cuán poco importante es cuanto a salud. Insistir en el hecho de que su hijo no es un monstruo. De que sí, que hay un problema, pero que el problema no somos nosotros, el problema es la sociedad. La sociedad está mal y hay unas reglas que son antinaturales, que están puestas sin tener en cuenta a otras cosas igual de naturales, normales, y reales. Hablar de cosas como de que hay categorías (mujer/hombre) que no son realistas. Y no asustarles, decirles que es una cosa muy normal, que no pasa nada.

También creo que es importante reconocer la realidad de su ansiedad, de su dolor, de que hay que hablar de la vivencia propia. Para una familia que llega, normalmente con un bebé o con una persona intersex que no suele ser mayor de edad, hay que hablar de tu vivencia y no ocultar la realidad. Algo importante que hay que decirles es que este tema no me ocupa el cien por cien de mi día ni de mi cabeza. Es una parte de lo que soy pero soy mil cosas más. Soy hija de mi madre, soy mandona, me dedico a la informática, tengo juanetes en los pies, y soy intersex. Es otra cosa más.

A mí me gusta mucho hacer reuniones, encuentros con familias como los lúdicos que hacemos en Grapsia. Dejar claro que estamos aquí para ayudar, que somos parte de una familia, que estoy disponible, que no pongan barreras conmigo, que si me quieren preguntar cualquier cosa, que si no es conmigo que busquen con quien, aunque sea algo que les parece más fuerte o más íntimo. Insistirles en que es importante que me lo pregunten, ¿sino a quién? Que si me afecta, también se lo diré. Y construir una relación de comunicación, una relación íntima, de confianza y un espacio seguro.

Y decirles que esto se tarda un tiempo en digerir pero que está cambiando, que cada vez se normaliza más. Esto me remueve mucho. Lo que es muy importante para los padres es verte, ver a una adulta. Coño, no tiene cuernos, no es el anticristo, no es un bicho raro. Yo nunca hubiese dicho que es intersex. Creo que, cuando llega gente nueva, lo importante es normalizar. Yo soy normal. Tengo los mismos problemas que todo el mundo, no tiene nada especial, quitarle el grado de que es algo especial.

Las adolescentes me dan más miedo que los padres, porque si se acaban de enterar tienen una vorágine mental que flipas. Para una adolescente es importante encajar y ahí es complicado. Yo le diría que, primero en persona, que se sienta acompañada y que no sienta sola. También en grupo, que se sienta acompañada y que vea que hay mucha gente.

Que sí, que es un shock y una sorpresa. Tiraría hacia mi vivencia personal. Entraría en detalles muy rápido, en cuanto quiera, de mi vida sexual porque es importante que se lo puedo explicar, porque es lo que más les preocupa, con mucha diferencia. Lo de la infertilidad ya viene después pero el sexo es lo más importante y seguramente es sobre lo que más preguntas tienen. Hablarles de qué quiere decir el sexo para mí, mis experiencias, la experiencia de otras personas de forma anónima también. Explicar hasta qué punto la gente

no lo sabía o qué pasa con los dilatadores o qué pasa con tu primera experiencia sexual, si es con penetración, qué miedos hay, el miedo del cuerpo. Una cosa que entre nosotras es importante, es desnudarse, desnudarnos. Que aunque no quiera yo me desnudaría delante de ella si quiere para normalizar y reírse. A mí me gusta mucho hablar en tono de broma o utilizar metáforas, reírnos de las cosas para intentar quitarle hierro.

Explicar hasta qué punto la gente no lo sabía, qué pasa con los dilatadores, qué pasa con tu primera experiencia sexual, si es con penetración, qué miedos hay, el miedo del cuerpo. Una cosa que entre nosotras es importante, es desnudarse, desnudarnos. Que aunque no quiera, yo me desnudaría delante de ella si quiere para normalizar. Hablar de la gente que lo ha llevado peor, de por qué esto es una lucha importante. Hay gente que es activista, gente que no. Un adolescente no querrá ser activista, un adolescente quiere pasar desapercibido y le interesará el sexo. Estar presente, estar ahí, que sepan que estamos, me sorprende hasta qué punto los adolescentes de Grapsia no nos han llamado jamás, quiero pensar que el motivo es porque al ponerlas en contacto lo que hacen es que hablan entre ellas.

Crear una relación muy íntima, darle el teléfono, llámame cuando quieras, pregúntame lo que quieras y ya pondré yo la barrera. Y reírse. Me gusta mucho hablar en tono de broma o utilizar metáforas, reírnos de las cosas para intentar quitarle hierro. Y empoderar, normalizar, hablar de que el binarismo es más que dos categorías. Es como el ornitorrinco, que se considera un animal muy raro pero no lo es. Nosotros hemos puesto unas categorías y ese animal, que es la mar de normal, no encaja pero no es raro ni es especial, es un bicho normal que no cuadra en esas categorías creadas. Pues lo mismo.

Tanto con los familiares como con adolescentes también es importante dejarles hablar y que te expliquen cuáles son sus miedos y decirles que lo entiendes. Simplemente estar. También cuando la gente tiene miedo pues quieren que les escuches y que les dejes hablar y que les digas que reconoces que tengan ese miedo, que lo entiendes.

RAQUEL M.

A una familia le diría que me miren lo guapa que soy, já já. Qué va. Diría que tranquilidad. Que no le va a pasar nada. Que aquí no hay nada que temer. Que no hay ningún tipo de drama ni de problema sin solución. Que es algo que, probablemente, no les suene de nada. Que yo se lo explico. Que su hijo/a probablemente sea muy feliz y será una persona muy especial. Y que estamos en un mundo que está cambiando por momentos y que hoy las cosas son de una manera pero que cuando su hijo vaya creciendo van a ser mejores. Tranquilidad.

Y a una persona como yo le diría que no está solo/a, que aunque en realidad pueden parecer pocas personas pero que cada vez hay más personas fuera del armario intersex y que es algo que va a tender a la normalización aunque ahora mismo nadie lo conoce. Que la gente intersex es feliz. Que se han vivido muchos dramas en el pasado pero que no tiene que ser de esa manera ahora, ni mucho menos. Que hay gente luchando por sus derechos. Y que elle puede, incluso, en algún momento ser una parte activa de esa

conquista de derechos. Y que poco a poco. Que le doy números de teléfono de más gente, si lo necesita.

Todo va a salir bien. Crear una red es muy positivo, con personas que hayan vivido cosas como ella, porque le va a permitir tomar el mejor camino a nivel personal. Que se dé su tiempo para crear esa red y poder tener ellas la oportunidad de tomar sus propias decisiones.

A modo de conclusión. Bloque III

Las personas intersex, como otras “disidencias sexuales”, hemos encontrado discursos, marcos, espacios en los que refugiarnos y de los que sentirnos parte. Estos espacios han sido, como hemos visto, el feminismo y la comunidad intersex y LGTBI+. Desde ellos, el propósito era hacer incidencia política, luchar por la consecución de derechos.

Apartado I

El feminismo es nuestra casa porque también hemos ido colocando ladrillos. Por eso, ni tendríamos que justificarnos ni deberíamos, tampoco, denominarnos disidencias sexuales. Los movimientos políticos, la investigación feminista, los estudios feministas y de género, o la teoría queer, nos han dado herramientas y nos han permitido salir de la patologización para reconocernos hoy como sujetos políticos. ¿Cómo acabamos con las violencias médicas, jurídicas y culturales que se ejercen contra los cuerpos intersex si no es nombrándolos? Las corporalidades intersex suponen un jaque al sistema patriarcal y heteronormativo. Como ha dicho una de las HAC en los soliloquios: si eliminamos el binarismo en la sociedad, ¿dónde se va la sociedad? [...], romperías con el mundo en sí. Eso no se va a permitir. No interesa aceptar que unos cuerpos con vulva y testículos existen. Mucho menos que siempre han estado aquí. Por eso, nuestra pretensión es reivindicar a un sujeto político transitorio que sume al movimiento, que enriquezca los debates, que nos invite a transformar el pensamiento social imperante y a combatir un sistema basado en una ficción binaria generadora de discriminaciones y desigualdades. Este marco, el feminista, es el único lugar que nos ha enseñado que podemos hacerlo, el único lugar en el que las corporalidades intersex son inteligibles.

El movimiento feminista o el feminismo como movimiento, durante años, ha sido un no lugar para la mayoría de las HAC. Haber recibido un diagnóstico de “menos mujeres” ha provocado sentimientos de distancia o rechazo hacia el feminismo. También hacia la idea de feminidad como arquetipo cultural. Precisamente por las recomendaciones y protocolos médicos que han ido transformando nuestros cuerpos hacia esa dirección. Mientras crecíamos, la mayoría de información que nos llegaba, sobre los movimientos políticos de mujeres ha estado relacionada con

la defensa de un tipo de mujer (menstruante y reproductiva). Un tipo de mujer que a nosotras nos habían dicho que no eramos por nuestras anomalías corporales pero a la que teníamos que parecernos a toda costa para ser aceptadas y tener un desarrollo psico-sexual saludable.

La creencia, por tanto, de que no eramos lo suficientemente mujeres para poder identificarnos como feministas ha estado ahí en la mayoría de las vivencias de las HAC: «debo decir que, por mis complejos, por las diferencias que he sentido entre mi cuerpo y el cuerpo de otras mujeres, me han hecho alejarme de todos los grupos de mujeres, incluidos los feministas»; «el feminismo nunca me ha llamado especialmente porque, quizás, también había una parte de que yo no me sentía suficientemente mujer»; «antes (me) sentía mujer pero con dudas, con lagunas, con más sombras que luces, más sensación de fraude, de no corresponder al concepto o no encajar en el sujeto mujer»; «aunque me sintiera mujer, tampoco sería plenamente feminista en todos los conceptos del feminismo»; «sentía que había personas que llevaban años en la lucha y yo me había incorporado tarde... no sabía si era merecedora de pertenecer a este movimiento».

Aún así, en la actualidad y tras pasar por un proceso de despatologización y desarmarización, todas nos auto-afirmamos feministas, nos consideramos parte del movimiento o nos hemos relacionado en algún momento de nuestras trayectorias con el feminismo. Resulta curioso que cuando hemos definido, a través de los soliloquios, qué es el feminismo, la mayoría hemos comenzado la reflexión de una forma muy similar. Me considero feminista porque... «soy consciente de esa opresión a la mujer que se ejerce desde siglos atrás»; «la igualdad de derechos para todas las personas y en que hace falta luchar para combatir la desigualdad»; «ha habido una desigualdad muy fuerte y muy potente entre los hombres y las mujeres»; «nos han inculcado la supremacía del macho y de los valores asociados a lo masculino y esto no es real»; «ha habido un trabajo muy importante de siglos en los que se ha denigrado y se ha colocado en un lugar muy secundario a la mujer, a lo femenino»; «defender, amplificar o cambiar el rol de la mujer en la sociedad. Inicialmente era lo que yo pensaba que era el feminismo»; «el feminismo como algo de las mujeres, de tener un rol mejor en la sociedad»; «empecé como empezamos todas, a ser feminista de la igualdad. Yo pensaba que el feminismo era la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres».

Esta última frase define a la perfección lo que quería destacar de nuestras intervenciones. El conjunto de las HAC hemos interiorizado en nuestros imaginarios un significado de lo que

históricamente se entendía por feminismo que ha salido a relucir de forma automática al pensar en su significado. A pesar de ello, hemos reconocido a medida que avanzaban los soliloquios que lo que entendemos en la actualidad como feminismo tiene que ver con un movimiento muy diverso que ha ido ampliando tanto las proclamas como los sujetos demandantes de las mismas: «no debemos luchar por una supuesta igualdad entre hombres y mujeres sino que tenemos que luchar por dinamitar el sistema»; «el feminismo es... establecer lazos y reivindicar derechos junto a otras mujeres que sufran la misma opresión, o personas que se identifican como mujeres, u otros colectivos oprimidos que estén en los márgenes o en las periferias del patriarcado»; «el feminismo es una lucha en contra de toda discriminación, de toda injusticia; «es antiracista, es anticapitalista, es anti lgtbifóbico»; «dentro de feminismos que incluyen a las intersex, a las trans, que defienden otras formas de ser mujer, me he sentido representada y escuchada»; «una revolución... más allá de lo íntimo... una revolución política... en la que cabemos todo tipo de personas. También las intersex, las trans, las maricas, las queer, las no binarias, las nuevas masculinidades»; «deseo que la sociedad avance y consigamos que estas desigualdades desaparezcan y que el patriarcado... se difumine».

Asimismo, aunque sabemos que la categoría mujer es representativa del movimiento feminista también reconocemos que esas mismas categorías ontológicas han surgido dentro de una matriz heterosexual y un orden social patriarcal-etnocéntrico. Aferrarnos a ella con uñas y dientes, aunque pueda parecer necesaria para denunciar las violencias que se ejercen por el hecho de ser socializada en la femineidad, no quiere decir que no debamos seguir deconstruyéndola. De hecho, esa misma matriz es también fuente generadora de privilegios o exclusiones que provocan tensiones entre los grupos y colectividades dentro del propio movimiento.

Igual que existe un sujeto privilegiado en la sociedad, también existe dentro del feminismo. Es un ciclo sin fin. Tanto las intersex, como la mayoría de colectividades que hemos ido nombrando por sentirse excluidas del discurso universal y hegemónico en diferentes momentos históricos, lo sabemos. Las HAC, aquí, hemos identificado al siguiente sujeto privilegiado –o, al menos, más que otros sujetos–: «la mujer blanca, heterosexual, cis, endosex, de clase media-alta, con un trabajo remunerado, de buena familia [...], con cuerpos normativos... [...], puede ser que se haya sistematizado que el sujeto de los feminismos es una mujer menstruante, con genitales típicamente femeninos, ignorando a otras mujeres que no cumplen con estas normas y que reciben o recibimos una discriminación aún mayor por parte de la sociedad patriarcal».

A pesar de identificar a un sujeto con más privilegios, dentro del movimiento, consideramos que estas cuestiones de quién es más privilegiado y quién no lo es, nos sumergen en el debate de quién tiene más derecho a ser feminista y quién no tanto. Un debate al que nos hemos enfrentado, que escuchamos, a diario las activistas intersex en jornadas, espacios políticos, o redes sociales. Por ese motivo, parece que el conjunto de las HAC, una vez más, está de acuerdo en que además de las violencias o discriminaciones que puede sufrir una mujer cis, se suman otras intersecciones añadidas. Pero, en ningún caso, menos. Concretamente, a las intersex, por tener corporalidades que no encajan estéticamente en el prototipo de corporalidad femenina: «hemos sido socializadas como mujeres, tratadas como mujeres, devaluadas como mujeres, con todas las violencias y discriminaciones»; «si nos identificamos como mujeres, si nos vivimos como mujeres, ¿por qué no vamos a estar expuestas a sufrir violencias? En todo caso, podría decir que más»; «las mujeres intersex hemos sufrido las mismas violencias que puede sufrir cualquier otra mujer y, además, las violencias específicas por ser intersex»; «al ser leída como mujer y al ser leída, además, como mujer intersex. Son dos exclusiones diferentes»; «por cómo han sido mirados nuestros cuerpos, o las mujeres negras, o mujeres lesbianas, trans, que cuando vamos a cogernos de la mano también sufrimos otras discriminaciones añadidas»; «no solo diría que hemos estado expuestas a sufrir la misma violencia sino que probablemente nos hayamos enfrentado a más violencias por esta intersección añadida»; «si en el patriarcado las mujeres están situadas en una categoría inferior, las mujeres no penetrables, estériles, con genitales o características físicas que no se adaptan a la norma, sufrimos una discriminación aún mayor»; «siempre tenemos que revisarnos, asegurarnos de qué discurso tejemos para seguir reclamando derechos de todas».

En cuanto al conflicto que existe con un tipo de movimiento que reclama discursos desde el esencialismo y que se autodenomina en la escena pública como «feministas radicales trans excluyentes», lo que hemos considerado, también por unanimidad, es lo siguiente: «según ese tipo de feminismo, hay personas que no se pueden categorizar como mujeres porque no van a sentir esa opresión, aunque sean personas leídas como mujeres o aunque son personas transexuales»; «el feminismo, el que yo entiendo y en el que yo me inspiro y del que yo cojo herramientas, no reclama unos derechos a costa de otros porque dejaría de ser feminismo»; «porque aparezcan nuevos sujetos, nadie esté perdiendo derechos»; «cuándo hay algo que cuestiona mi esencia, lo aparto»; «si has basado tu forma de luchar por conseguir la igualdad excluyendo de manera consciente a otras diversidades... ¿eso se te hace más difícil, más cuesta arriba, crees que entorpece el

feminismo? ¿Acaso no es lo necesario? ¿Acaso no es lo justo? Digo»; «yo no quiero a nadie, que desde un movimiento que es casa y que nos acoge, pretenda estar por encima de otras personas que han estado en todo momento siendo un colchón en el que sustentarse para llegar a sentirse con ese poder».

Otra de las propuestas que he extraído, de nuestros soliloquios corporales, ha sido que para las HAC es importante seguir flexibilizando la categoría mujer para ampliar el abanico de sujetos que, desde sus intersecciones, pueden sentirse feministas. A pesar de que en algunas reflexiones ha aparecido la idea radical de destruirlo todo y empezar de cero, todo el grupo aceptamos que acabar con el binarismo es un trabajo arduo y mientras tanto es necesario abogar por la flexibilidad: «flexibilizar y ampliar las categorías no tiene porqué contradecirse o no tiene porqué borrar la categoría mujer como reivindicación política»; «es importante flexibilizar y ampliar, dentro de facilitar la vida a todo el mundo»; «la evidencia me dice que existen personas intersex, personas trans, personas no binarias... tengo que cuestionarme muchas cositas y eso pica, da miedo»; «no creo que nadie pierda derechos porque aparezcan nuevos sujetos»; «se trata de que se reconozca el daño que el patriarcado ha hecho a toda la sociedad en general, hombres o mujeres, a las personas más vulnerables o que se salen de la norma, en particular»; «cuanta más gente se meta en esto pues mejor, es lo contrario justamente, es ampliar el discurso más allá de cosas muy concretas que también están dentro del feminismo pero yo creo que no se pierde nada, se gana»; «enriquecer el sujeto del feminismo con nuevas identidades y nuevos cuerpos lo único que puede hacer es hacernos más fuertes, porque estas personas van a aportar nuevas intersecciones que van a completar lo que denominamos el concepto mujer en el feminismo».

Hemos ido viendo a través de los soliloquios corporales de las HAC que ni todas nos hemos relacionado con el feminismo de las mismas formas ni nos hemos auto-proclamado como feministas a lo largo de nuestras trayectorias. En algunos casos, se afirma no haber encontrado herramientas en el movimiento ni haberse sentido identificadas con el sujeto homogéneo y hegemónico que ha tendido a ser la cara visible del feminismo en el Estado español. Asimismo, que todas nos hemos sentido excluidas de la categoría mujer, menos mujeres o mujeres menos válidas, es una obviedad. Lo hemos afirmado una y otra vez. La invisibilidad y el silenciamiento impuesto al que hemos estado sometidas nos ha relegado a un espacio privado del que era muy difícil salir. En este sentido, debemos reconocer: por un lado, que esta situación de vulnerabilidad nos alejaba de los discursos feministas; por otro, el feminismo –en tanto que movimiento integrador– tendría que hacer auto-crítica sobre qué discursos acerca del sujeto político estaba mandando y a quiénes no estaba acogiendo.

Aún así, un denominador común en todas las historias es la reivindicación de un futuro feminista integrador y no excluyente del que somos y vamos a ser parte. Al menos, esa es la conclusión a la que hemos llegado tras analizar los conflictos actuales que nos han traído aquí. Por ello, para concluir, me gustaría recoger algunas reflexiones de las HAC sobre el tipo de feminismo que, desde nuestras perspectivas, deseamos construir en colectividad para aspirar a una sociedad mejor.

«Estoy feminista. Soy transfeminista. Abogo por la interseccionalidad dentro de los feminismos. ¿Soy mujer? ¿Soy intersex? ¿Soy una mujer intersex? Soy todo eso y nada de eso. Porque de las ficciones fabricamos la(s) realidad(es). Yo quiero un feminismo que me siga enseñando a crecer, a cuestionarme, a construirme una y mil veces. Quiero un feminismo que me nutra y del que pueda nutrirme, en colectividad. Quiero un feminismo en el que quepamos todas las personas, que incluya todos los pronombres. Yo quiero un feminismo que ponga fin, de una vez por todas, a las muchas opresiones que nos han traído aquí» (Mer Gómez)

«Los feminismos a mí me han ofrecido y tienen que seguir ofreciendo herramientas para entender la complejidad tanto del género como de los cuerpos y de las opresiones que nos atraviesan y que se cruzan entre ellas. Y eso va ligado a identificarme con la palabra mujer desde otro punto. Desde la bella complejidad, la belleza compleja y heterogénea y también como intersex desde lo celebrable y no lo estigmatizante. También para identificar las violencias que recibimos y que nos hacen arrastrar etiquetas y para proponernos cambiar ese arrastre de etiquetas por un empoderamiento» (Laura Vila Kremer)

«En el feminismo hay muchos miedos, no solo por algunos sectores del movimiento sino por el sistema. Es un miedo de las mujeres, de los hombres, de las instituciones, de las empresas. Es un tema identitario nacional. Si eliminamos el binarismo en la sociedad, ¿dónde se va la sociedad? El sistema pierde sus bases ideológicas, éticas, morales, familiares, todo. Romperías con el mundo en sí. Eso no se va a permitir. Pero, las feministas, tenemos que seguir ahí, intentándolo» (Aleksandra K.)

«El feminismo se trata de tener más libertad de acción, de poder ser una misma. Cansa muchísimo, que todo es hombre o mujer... a veces el feminismo es muy binario y entonces, tiemblan algunos de sus argumentos, todo se hace más complejo, no es todo blanco o negro. Al final el feminismo no es: "yo soy mujer y tengo que reivindicarlo". Todas somos personas, todas tenemos derechos y obligaciones, un lugar en el mundo... no merecemos violencias nadie, ni hombres, ni mujeres, ni binario, ni no binario, ni trans, ni inter, ni endosex. Al final, tenemos que ser vistos como personas» (Iolanda Melero)

«Me gustaría que el feminismo dejase de verse solamente como la lucha en contra de la opresión hacia las mujeres ejercida por los hombres, en esos términos tan binarios y tan estancos, y se empezase a ver como una lucha transversal, interseccional, teniendo en cuenta todas las opresiones. Que sea una lucha en contra de cualquier forma de opresión» (Lilith Martí)

«Yo entiendo que el objetivo del feminismo es dar fin al patriarcado. Concienciar y proteger a las personas

que hemos sido víctimas de él. Y no solo han sufrido los abusos del patriarcado las mujeres endosex y cis, lo hemos sufrido todas. Reconocer los abusos que han padecido unas, no implica desatender o ignorar las violencias que han sufrido otras. Todas estamos en el mismo barco» (Ana Belén)

«No tolero o no me parece que sea admisible un determinado debate sobre determinadas consideraciones de si las mujeres trans deben formar parte del feminismo. Ahí no hay debate, por supuesto que deben formar parte. De hecho, ellas nos hablan desde una perspectiva con muchísimas intersecciones y con violencias que probablemente una mujer cis no haya padecido nunca. El feminismo no es ver quién ha sufrido más, no va sobre eso el debate. Va de sumar fuerzas, generar reflexiones, intentar no polarizar todo en blancos o negros» (Camino Baró)

«A mí me parece que el feminismo debería ser integrador, conciliador, darse cuenta de que se están dando los mismos errores políticos y sociales que suceden cuando alguien accede a un poder y a un estatus y elige tapar, acallar las voces disidentes. Hay que escucharlas y rebatirlas desde la razón, desde el conocimiento, desde la información personal» (Asmi Molina)

«Yo, como mujer intersex, lo que pienso es que los discursos excluyentes se basan en el binarismo sexo-género. Y precisamente esto es lo que hay que cuestionar. Hay que aliarse, entre todas las personas, porque esas líneas no son tan claras. Yo me he acercado al feminismo cuando he empezado a escuchar a activistas transfeministas. Igual es que esas feministas que defienden posturas más esencialistas, no saben todavía que existimos las intersex. Si lo supieras, igual se les desmontaría todo» (Susana)

Apartado II

Tanto en la literatura científica expuesta como en los soliloquios corporales de las HAC, se ha evidenciado cómo los poderes jurídicos y biomédicos, en cuestión de demandas y reivindicaciones de la comunidad intersex, van de la mano. La prioridad es sacar adelante textos legislativos que protejan los derechos que, a menudo, se están violando en hospitales y centros de salud de referencia. Derechos que, principalmente, tienen que ver con la autonomía, la integridad corporal y la autodeterminación sobre los cuerpos.

En materia legislativa, las conclusiones extraídas de los soliloquios corporales de las HAC van en consonancia con las propuestas que se están desarrollando actualmente desde la política nacional dentro del Ministerio de Igualdad.

Aunque, en principio, la cuestión intersexual parece estar lejos de ser reflejada en una ley integral, los siguientes pasos, a conseguir en un futuro próximo, son seguir insistiendo en la incorporación de todas las reivindicaciones principales en el “Anteproyecto de ley para la igualdad real y efectiva de las personas trans y para la garantía de los derechos de las personas LGTBI”, que

está sobre la mesa.

Asimismo, el principal ejemplo a seguir, es la ley autonómica “trans e intersex canaria 2/2021, de 7 de junio”. Hay consenso en este campo: «tenemos que seguir los pasos de la comunidad trans»; «es importante una parte más extensa sobre los deberes, deberes del equipo médico»; «los derechos, si no van acompañados de deberes, se quedan en nada»; «hay que seguir con las relaciones con el ministerio, con la administración, las alianzas con centros de referencia»; «debemos defender en la ley y fuera de ella nuestro derecho a la autonomía corporal, a la integridad física, de todas las personas, más aún de las menores».

Otro de los temas fundamentales y prioritarios a legislar, que ya está siendo debatido dentro de algunos textos legislativos, es la inscripción del sexo de un recién nacido en el registro civil. En la actualidad, lo que se ha logrado es acordar con las entidades de personas intersex, dentro del anteproyecto de ley LGTBI+ mencionado, que esa temporalidad se alargue de 48 horas a 24 meses, en casos de intersexualidades. Pero hay que insistir en que esta opción es un parche, no es la solución definitiva que se espera por parte de la comunidad.

La conclusión de los soliloquios corporales de las HAC, con respecto a esto, ha sido la siguiente: «hay que hacer una reflexión profunda en cuanto a la mención de sexo, en el registro y en el carnet de identidad, las casillas siguen siendo necesarias para seguir cuantificando las violencias pero si estamos pidiendo que se alargue el tiempo, o que desaparezca, para registrar el sexo de una criatura creo que es injusto que lo pensemos solamente para las personas intersex»; «o que no sea necesaria esta casilla o que se retrase muchísimo más»; «Y, por supuesto, que no sea obligatorio tener que pasar por cirugías antes de la asignación de sexo». Esto último, como ya se ha expuesto, es lo que ha venido ocurriendo hasta el año 2022.

Finalmente, para que se produzcan transformaciones dentro de los marcos y las prácticas clínico-jurídicas, el primer paso, como sociedad, sería sensibilizar sobre la existencia de corporalidades más allá del binarismo. Hablar de las intersexualidades. También, incluir a las personas intersex en los discursos (políticos y científicos), ceder y generar espacios en los que la intersexualidad tenga presencia y representación.

Apartado III

En la actualidad, el movimiento intersex es una realidad global y cada vez tiene representación en más lugares del mundo. Desde que tomaron la iniciativa los primeros grupos en los años 90 con figuras como Cheryl Chase a la cabeza, en 2022 la lista de organizaciones dirigidas por personas intersex es muy larga. También es una realidad que a nivel de derechos, después de tres décadas, los avances han sido escasos. ¿Cuáles son los motivos?

Que la sociedad occidental es binaria y heteronormativa, es una de las principales razones. Y cambiar el pensamiento cultural, es un trabajo arduo y lento. Por eso, tener un objetivo común desde el activismo es fundamental.

Parecería que algunas de las diferencias internas que todavía existen, entre apostar por una visión patológica de la intersexualidad o entenderla como una identidad política, y que nacieron con el “Consenso de Chicago”(2006), estén conteniendo a un movimiento que debería ser imparable y una oportunidad para que se produzca un cambio social que mejore y haga más libre la vida de todas las personas.

En el Estado español, hay grupos de apoyo de pacientes a la vez que entidades políticas pero trabajan de la mano. Aún con diferencias internas, a la hora de apostar por la visibilidad, parece haber un consenso en caminar hacia adelante para conseguir más derechos y poner fin a las violencias.

También es importante el aumento de voces expertas de personas aliadas que se ha dado en diferentes ámbitos educativos, sociales, científicos o culturales. Incluido, en la investigación académica y la generación de conocimiento científico sobre el objeto de estudio intersexual. Algunas HAC, de hecho, además de formar parte de asociaciones y grupos de apoyo, también nos hemos ido convirtiendo en voces expertas profesionales dentro de distintos campos y espacios. El objetivo es continuar caminando, como miembros de una misma comunidad aún con diferentes visiones, unidas y con demandas comunes de cara a poner fin a las violaciones de derechos expuestas.

A MODO DE CIERRE

Este no es el típico apartado de conclusiones. Las conclusiones, en la tesis, son parciales y están en cada uno de los cuatro bloques anteriores. Podría decirse que es más parecido a un cierre. Que implica, de momento, poner punto y final. A una investigación. A un proceso colectivo y colaborativo. A un proyecto personal. A una etapa. Sea lo que sea, lo voy a construir sin presión, buscando momentos en los que no esté presente la ansiedad con la que he (con)vivido durante el proceso. Y, sobre todo, voy a disfrutarlo porque será lo último que incluya.

Esta tesis comienza presentando el objeto de estudio: la intersexualidad. También, a unas personas participantes: los sujetos de estudio. La intención es que los sujetos, atravesadas por el objeto de estudio, incorporen al conocimiento científico la experiencia corporal vivida. Su verdad. Una experiencia situada, que no es neutra ni es universal. Pero que no ha estado presente hasta ahora. Además, es importante que se evidencie el proceso que están atravesando al constituirse como subjetividad política y en la creación de una identidad intersex colectiva.

¿Se han cumplido, por tanto, los objetivos propuestos?

Desde mi punto de vista, se han ido consiguiendo, poco a poco, los objetivos inicialmente propuestos.

En primer lugar, porque fruto de una situación de crisis sanitaria que impedía la presencialidad en el trabajo de campo, nace una propuesta metodológica espontánea, los “soliloquios corporales”, inspirada en metodologías cualitativas utilizadas en la investigación feminista, que ha resultado atractiva para las participantes. Propuesta que no tendría sentido sin la vía de transmisión elegida, los audios o mensajes de voz de Whats App. Gracias a ello, los enunciados de un sujeto intersex han sido incluidos como un aporte teórico más. Por tanto, al menos la propuesta metodológica ha servido como herramienta para enunciar, ha dado resultado.

Posteriormente, la creación de un primer bloque o apartado en el que se ha llevado a cabo un ejercicio de presentación de los hitos, ha contribuido a situar los procesos personales previos de los sujetos de estudio que han propiciado esta investigación. Primero, porque ha narrado los pasos dados, en las trayectorias individuales, antes de iniciar un proceso colectivo de construcción de un

sujeto político y su identidad colectiva. Segundo, porque, además, ha sido clave para en la identificación de los marcos teóricos o de los discursos científicos con los que había que dialogar. Porque han sido esos, y no otros, los que han creado el objeto del discurso intersexual a lo largo de la historia. O, al menos, los que las HAC han detectado y por los que se han sentido interpeladas. Por tanto, el hecho de generar un espacio teórico para identificar estos acontecimientos ha posibilitado dar una estructura a la tesis. Asimismo, pensar los procesos de despatologización, desarmarización y acuerpamiento al comienzo del trabajo de campo, ha facilitado que las HAC hayan estado familiarizadas con los temas a reflexionar y hayan tenido la oportunidad de incidir sobre los mismos temas. Esto último ha nutrido los enunciados definitivos.

En los tres bloques siguientes, se ha realizado el ejercicio de análisis de los discursos teórico-conceptuales sobre el objeto de estudio intersexual, a modo de diálogo si se quiere, incorporando los soliloquios. Ha servido, sobre todo, para entender por qué hay un sujeto emergente que siente la responsabilidad de enunciar. También para contextualizar cómo ha ido evolucionando la lectura sobre los cuerpos hermafroditas o intersexuales, incidir en la necesidad de cambios dentro de la biomedicina, dialogar con los discursos sobre la construcción del sistema sexo-género y de las categorías sexuales binarias, mostrar la incipiente llegada de una identidad intersex dentro de los movimientos políticos. Hacerlo, no ha servido solo como denuncia, enumerando todas las situaciones de violencia y discriminación vividas, sino que se ha logrado transformar el enfado en ofrecer herramientas, prácticas, acciones e ideas concretas que inviten a una reflexión colectiva – sobre el objeto de estudio intersexual– por parte de los agentes de los distintos campos interpelados.

En definitiva, podría decirse que se ha cumplido el objetivo previsto. La tesis ha servido como una herramienta, otra más, de exposición y visibilidad de un proceso de subjetivación política que, por primera vez, ha tenido lugar en el Estado español desde los movimientos de personas intersex. Además, se han generado nuevos (porque no existían) enunciados encarnados sobre la intersexualidad a la vez que se ha ido revisando con una mirada crítica los discursos históricos y científicos de la biomedicina, los estudios feministas, el campo legislativo y los movimiento políticos. También, agregando las prácticas, discursos y protocolos que se están (re)generando en estos campos gracias al nacimiento de un sujeto intersex que hace incidencia política.

¿Cuál es la originalidad de la tesis?

Visibilizar un proceso colectivo de de-construcción y re-elaboración del objeto de estudio intersexual a través de soliloquios corporales individuales de un sujeto que está construyendo(se) con

sus prácticas de enunciación, una identidad política.

¿Qué valor tiene este trabajo para el resto de personas que no están atravesadas por la intersexualidad?

Lo principal es que, como sociedad, seamos intersex o endosex, hagamos el ejercicio de parar. Parar para observar a nuestros cuerpos y sentir que, independientemente de las diferencias que tengan con respecto a dos arquetipos que son ficción, son válidos y pueden ser objeto de deseo. Tal cual son.

Las intersexualidades nos ofrecen una oportunidad para re-configurar ideas estáticas y estéticas sobre dos tipos de cuerpos, femenino y masculino. Todas las personas, en mayor o menos grado, sentimos presión por cuestiones que tienen que ver con las características sexuales. Nos da pudor desnudarnos en público a pesar de que cuando lo hacemos, observamos que ningún cuerpo es igual a otro: *Tú tienes vello en el pubis, yo no tengo nada. Tu pene es más largo que el mío. Mi clitoris tiene una forma distinta al tuyo. Tú tienes los pezones hacia afuera y los míos no sobresalen. A ti no te crece vello en las axilas y yo me depilo constantemente. A ti no te sale bigote y yo tengo mucha barba. Yo no menstrúo y tú lo haces cada tres meses. Tú no tienes útero y yo solo tengo un ovario. Yo tengo cromosomas XY y vulva, tú cromosomas XX y no tienes mamas.* ¿Por qué tanta presión por encajar dentro de dos arquetipos? Si son eso, prototipos ideales.

La cuestión intersexual es una responsabilidad social. Nadie está exento de nacer con características sexuales (hormonas, gónadas, genitales) que no encajan en la norma sexual binaria. Ni tus criaturas. Ni las criaturas de tus familiares o de tus amistades. Ni siquiera, las de aquellas personas que apuestan por la selección genética para evitarlo. Ningún cuerpo, nunca, es igual a otro en las cuestiones que tienen que ver con la anatomía y el desarrollo sexual. Las variaciones anatómicas que se dan y el conjunto de posibilidades que la biología imprime sobre los cuerpos, son infinitas.

Nuestras historias, las de las HAC, están llenas de discriminaciones y violencias. Estamos aquí porque sentimos la responsabilidad de evitar que vuelva a ocurrir. Hablar desde un cuerpo intersex y reivindicarlo, implica quebrantar los cimientos de toda lógica corporal binaria y sexual. Supone un jaque al sistema en el que hemos sido socializadas. Eso tiene un coste. Por eso, las personas intersex hemos estado relegadas a los márgenes y nos está costado tanto esfuerzo salir de la patologización ejercida sobre nuestros cuerpos.

Aún así, la intersexualidad como identidad política tiene que ser transitoria. Buscamos flexibilizar las categorías sexuales que se inscriben desde que nacemos. Ampliarlas. Regenerarlas. Y sí, para eso, previamente es necesario construir un sujeto político con una identidad colectiva. Pero con la aspiración de crear un orden social más diverso, justo e igualitario para todas las personas. No es nuestro propósito seguir contribuyendo a la creación de categorías herméticas y excluyentes.

Esta tesis pretende ser una herramienta más de incidencia política. Porque, por encima de todo, lo que se pretende es contribuir a un cambio dentro del orden social. Donde el sujeto intersex, cualquier grupo dominado, deje de ser un grupo subalterno y se convierta en sujeto de derechos. Pero para que el sistema binario, el régimen heteronormativo, la moral judeo-cristiana, dejen de ser la estructura de dominación y se propicie un cambio epistemológico, tenemos que aliarnos todas las personas y hacer la revolución.

¿Qué futuras líneas de investigación me propongo realizar?

Las líneas de investigación en las que me gustaría seguir indagando de cara al futuro tienen que ver con el análisis de metodologías participativas de investigación, como la metodología militante o las etnografías feministas, que tienen un compromiso de transformación social y están orientadas hacia la acción.

Me gustaría tener experiencias teóricas y metodológicas centradas en prácticas colaborativas, co-participando con nuevos sujetos intersex: ampliando el perfil de la muestra y buscando diferentes espacios de enunciación.

Asimismo, también me resultaría interesante hacer un seguimiento de las HAC: estudiar la evolución en sus discursos, en las prácticas de incidencia política, en sus actos de subjetivación. Poder estar cerca para seguir narrando y analizando el proceso de construcción de una identidad política intersex que se ha ido creando, casi en paralelo, durante la tesis.

¿Qué falta?

Cerrar el círculo. Es miércoles, 19 de octubre de 2022. La tesis está lista. Estoy situada en el mismo sitio donde comencé el proceso de autobiografía. En el pueblo donde crecí, Macotera. Escribo desde mi cuarto propio. Hoy menos luminoso que de costumbre pero tranquilo. Sigue siendo lo suficientemente espacioso. Apoyada en la mesa de escritorio, junto a toda mi recopilación de libros y cuadernos posados sobre la estantería que está encima; ahora revueltos y subrayados. Mi

perro, Kron, me mira. Esta vez desde mi cama, la prefiere a la suya. Siento cansancio y necesito cosechar, como los agricultores que me cruzo cada día al pasear por los campos de espigas castellanos. Pero estoy muy agradecida, con las otras. Satisfecha, por el trabajo realizado. Orgullosa, de mí misma.

Los últimos soliloquios corporales

Para cerrar el bloque de soliloquios corporales, también para poner fin a la tesis, me gustaría añadir algunas valoraciones personales con respecto a las hermafroditas a caballo. Admiro su gran generosidad, por hacer este ejercicio desde las entrañas para ser leído y analizado por públicos diversos. Admiro la paciencia, por elaborar cuidadosamente –parar, pensar, resumir, grabar, escuchar, seleccionar, transmitir– los soliloquios corporales que se han ido exponiendo a lo largo de la tesis. Y, por supuesto, admiro el compromiso que tienen con un cambio social en el que haya una revolución corporal. Sois (somos) muy valientes.

Hoy, en el año 2023, no hay marcha atrás. Somos activistas por la visibilidad intersex. Compartimos una identidad. Estamos construyendo un sujeto político. Hagamos una última reflexión: ¿por qué trabajamos por la visibilidad intersex? ¿Nos consideramos activistas? ¿Cómo nos influye exponernos, desarmarizarnos, desnudarnos ante las otras personas? ¿Qué pretendemos conseguir? ¿Hacia dónde nos dirigimos?.

MER GÓMEZ [1991, Salamanca, Autora]

En el momento en el que me enteré de que mi cuerpo intersex podía ser una posibilidad tan sana y tan válida como cualquier otra, no hice otra cosa que buscar respuestas. En el año 2015 empieza mi aventura, empiezo a visibilizarme, conozco a otras y me convierto en activista sin ser consciente de que lo estaba siendo. Hoy, en esta segunda década del 2000, soy activista consciente. Y estoy orgullosa. También tengo miedos. Han sido años de ansiedad. También de depresión. He experimentado una revolución, en cada paso que daba y con cada persona a la que conocía. Pero tengo esperanzas, en que el trabajo que hacemos dará sus frutos. He conseguido aceptarme y querer a mi cuerpo. A pesar de vivir en este mundo binario y excluyente, que daña y me duele. Hago camino, intento hacerlo. Me dejo la piel, la energía, el tiempo.

¿Por qué lo soy? Empecé para descubrir qué era eso de ser intersex. Seguí para reconocer e identificar todo el daño que me habían hecho. Continué para encontrar y descubrir a un montón de gente con experiencias como la mía. Sigo aquí porque tengo una responsabilidad con las personas intersex que están naciendo en este momento.

Todo el trabajo de visibilidad que pueda ir haciendo, lo haré. Invertiré mis ganas y toda mi fuerza en esta lucha. También estoy aprendiendo a cuidarme, a decir que no. Siento miedos y presión. Y un orgullo enorme a partes iguales. Todas las veces que me desnudo ante diferentes públicos, cuando formo a profesionales de la salud o agentes de igualdad/LGTBI+, a estudiantes, a amigas y compañeras. Todo ese

curro diario, en mi caso, lo hago para que cada vez más gente sepa que hay personas que tienen cuerpos que están siendo modificados, mutilados y corregidos por no encajar en una norma estética binaria. Que eso, es una violación de unos cuantos derechos. Que las personas que hacen las leyes, lo están permitiendo. Ahora ya lo sabéis. Trabajemos para impedir, con nuestro activismo y vuestro compromiso, que siga ocurriendo. Y que la revolución intersex, sirva para cambiar el mundo.

LAURA VILA KREMER [1985, Barcelona, Actriz]

Soy activista porque lo necesito, porque no quiero que nadie sufra más. Porque lo intersex me identifica, porque ya no me basta la etiqueta mujer, porque yo casi que me reivindico con el género intersex. Esto está creciendo cada vez más fuerte dentro de mí. Porque creo que solo desde ahí, desde mostrarnos o sin dar la cara, cada una a su manera, podemos compartir vulnerabilidades. Solamente cuando tú explicas lo que has sufrido –y eso lo noto haciendo talleres que no solo hablan de lo intersex– es ahí cuando interpelas al otro y se empieza a abrir un debate y un espacio seguro en el que el otro siente que puede también hablar de sus vulnerabilidades. Y, a mí, eso me parece muy bonito.

Nuestro trabajo sirve para generar esos espacios de seguridad, que ayuden a sanar. Y esa sanación nos ayuda a empoderarnos para seguir denunciando las violencias que sufrimos y, a la vez, generar espacios más vivibles, más deseables para nuestros cuerpos y más transformadores para todes. Esta lucha no solamente es para las personas intersex, es para cambiar la vida de todas las personas.

ALEKSANDRA K. [1989, Tarragona, Trabajadora Social]

Mi activismo intersex es cero. No soy activista y no me considero activista intersex. Yo vivo en un armario intersex. El trabajo de militancia sirve para visibilizarse, no vivir en un armario continuo. Yo no lo estoy haciendo y es un reflejo de que estoy promulgando algo que igual no lo hago en toda mi vida. No sé porqué pero lo estoy viviendo así. A lo mejor debería empezar a ser activista, reclamar mis derechos, salir del armario, no realizar una batalla tan individual. Igual que ha ocurrido con el colectivo trans. Seguir ese camino, de visibilización, de lucha colectiva, de representación. Serían los pasos a seguir.

¿Qué puedo aportar? No lo sé, poco. Mi vivencia, mi subjetividad, sea más o menos nutrida. Creo que, incluso las vivencias no públicas como la mía, también son una parte representativa de la comunidad. Por eso lo hago. Por eso estoy aquí, tiene que estar mi historia. Cuando yo lo he contado ha sido a mis mejores amigas. Que lo conozca mi familia me ha ayudado a debatir, a reflexionar con ellos. Me ayudó a normalizar que hay otras realidades dentro de los feminismos, a escucharlas, a tener interés por saber y conocer sus demandas.

A veces, me he sentido como un fraude. Me normalizo como feminista, me normalizo como lesbiana, y no me normalizo como intersex. Siento algún tipo de vergüenza, porque a lo mejor es una vergüenza que atribuyo más a mis atributos sexuales, en vez de a los identitarios. Eso todavía está. Entonces, bueno, yo apporto poco a la comunidad. En mi círculo más privado, concienciación. Ayudándote a ti, en todos los

proyectos que me propones. Tú eres mi *glovo* del activismo.

IOLANDA MELERO [1980, Valencia, Psicóloga]

Soy activista porque creo que es importante abrir un camino en el que no hay referentes. Es básico que haya referentes porque sino no va a haber cambios, porque sino vamos a seguir sumergidas en la oscuridad y no vamos a evolucionar. Las implicaciones hay que verlas como una responsabilidad, como hacerse cargo de un proceso, tenemos esa responsabilidad de estar como en la cabeza del cambio.

También hay que visibilizarse, hablar con el que haga falta, hasta con el demonio si es menester. Serlo, sirve para un cambio, para que haya gente que empiece a identificarse, que nos conozca, que se hable de eso. Yo veo a la gente que va haciendo cambios, que quiere visibilizarse, la gente empieza a conocerme, a ver las intersexualidades de otra manera, desde otro punto de vista. Si no hay militancia, si no hay activismo, no hay nada. Podemos seguir muchos años así y eso deja a muchas familias, a muchas personas intersex, sin referentes, sin nada.

También, de alguna manera, yo lo hago por mí y por gente de mi alrededor. Por sanar, por poner voz a cosas que no había puesto, por denunciar cosas que no había denunciado, por hacer las paces con cosas con las que seguía peleada. Es como un proceso interno pero, sobre todo, con una disposición de cambio de la sociedad.

LILITH MARTÍ [1996, El Cabanyal, Jurista]

Soy activista intersex porque yo crecí sin saber lo que eran las intersexualidades. Hasta los veintiuno o veintidós años no sabía lo que eran, no había hablado con otra persona intersex, no había estado en contacto con ningún colectivo, con nadie que me pudiese decir que lo que me pasaba, no me pasaba solo a mí.

Yo he nacido con las gónadas sin desarrollar, esto es algo que me ha pasado como podría haber nacido con cualquier otro defecto, viví todo desde una perspectiva súper patologizante. Sin dar con un colectivo, o dar con personas que vivieran mi misma realidad y darle un contenido político, de decir, ostia no es que haya nacido con ninguna patología, no es que haya nacido con ningún defecto, es que mi cuerpo es perfectamente válido y soy intersex.

Por eso, no quiero que a nadie le pase lo mismo que a mí, que nazca con estas características y que hasta los veintidós años no sepa darle un nombre, un significado, hablar con otras personas como ella. Yo lo que intento es educar a personas endosex, en general, para que les suene esta realidad y no sea tan desconocida pero, sobre todo, para que cualquier persona intersex que navegando por la red o informándose pueda dar con algún vídeo mío, con alguna entrevista, que se pueda sentir acompañada y diga: «ostia, no me pasa esto solo a mí, esta persona ha vivido algo muy parecido a mi realidad». Eso es lo que yo intento con mi activismo y espero conseguirlo.

ANA BELÉN [1973, Logroño, Administrativa]

El otro día, una amiga me dijo que el 2020 había sido un año de reivindicación de mí misma. Y esto es lo que me ha llegado cuando pienso en el activismo. Creo que el motivo principal por el que soy activista intersex es este.

Durante la mayor parte de mi vida me he acostumbrado a callar, a mantenerme al margen, a sentirme ajena o fuera del grupo. He integrado tanto el ocultarme, he ignorado las violencias que he recibido, las discriminaciones, que ni siquiera me he dado cuenta de esta actitud que estaba tomando. Cada vez voy necesitando más tener voz, decir quién soy, exigir respeto. Decido visibilizarme para compartirme con los demás, para mostrarme, aunque esto no implica que vaya a ser más feliz. Me siento muy cómoda en mi armario pero siento que me lo debo, siento que os lo debo.

Soy activista por vosotras. Esta razón me parece muy importante porque sola no tendría sentido nada de esto. Me siento tan orgullosa de vosotras, tan feliz de haberos encontrado, que siento que esta lucha no es mía, es nuestra. Os veo tan maravillosas que me transmitís que yo también lo soy y no dejáis espacio para mis complejos, para mis dudas, para mi inercia. Juntas podemos gritar al mundo que existimos y que somos dignas de amor porque ya nos amamos, porque ya no estamos solas, porque existimos y nos sentimos orgullosas de ser quiénes somos. Siento el activismo como si os estuviera cogiendo muy fuerte de las manos. Al final es por todos, todas y todes los que hemos sufrido rechazo, por los que nos hemos sentido aislades por ser intersex, soles. Definitivamente, no estamos solas y ya es hora de poder gritarlo.

Identificarme, mostrarme intersex, implica dejar de ocultarme, implica que cuando hablan de la regla que tienen todas las mujeres pues yo voy a decir que no todas las mujeres la tienen; implica compartirme, decir quién soy, qué busco, qué quiero, cómo me siento; implica tener un espacio en la sociedad y exigir ese espacio. Yo he vivido mucho tiempo en silencio y espero que mi voz, por muy humilde que sea, pues ayude de alguna manera a otra persona que está viviendo en el silencio ahora.

Soy ambiciosa y quiero cambiar el mundo. Creo que el reconocimiento de las intersexualidades puede transformar mucho esta sociedad, nos puede hacer mucho más libres, por reconocer que lo masculino y lo femenino no se diferencian tanto como pensamos. Me parece liberador, nos puede hacer mucho más libres, disfrutar de lo que somos realmente, al margen de los condicionamientos sociales. Disfrutar del cuerpo que tenemos, disfrutar de nuestra verdad, de lo que somos.

CAMINO BARÓ [1983, Madrid, Psicóloga y Sexóloga]

Soy activista porque necesitaba creer que con lo que yo pudiera hacer –lo sigo creyendo un poco– podía ahorrarle un mal trago a una personita que tuviera una condición similar a la mía y poner mi granito de arena para cambiar la mirada hacia la diversidad corporal.

Implica mucho agotamiento psicológico, momentos de verdadero estrés, de mucha exposición, de una

altísima autoexigencia... probablemente, en ninguna otra parcela de mi vida sufra tanta autoexigencia como cuando realizo activismo. Autoexigencia por no querer hacer daño, por hablar siempre desde la no maleficencia, desde el intentar aportar cosas positivas que ayuden a otras personas y siempre con el miedo de: «la estás cagando, la vas a cagar». Muchos miedos me ha traído el activismo, mucha autocrítica, que no considero que sea malo del todo porque creo que es positivo revisarse los discursos y confrontar con los discursos de otras personas que militen y hagan activismo. Pero, también eso, desarrollar una capacidad, que aún a día de hoy me cuesta, de poder entender que hay otras maneras de pensar y dejarte influir por ellas dejando a un lado tus prejuicios y tus discursos automatizados e intentar incorporar nuevos argumentos, nuevas visiones, a ese discurso. Eso me lo ha dado sobre todo el activismo, el intentar escuchar con una actitud de apertura, no de juicio, no defensiva.

Ser activista sirve para que una futura personita, cuando esté en el recreo, cuando esté en el entorno escolar, cuando esté con su grupo de amistades o con su familia nuclear extensa, pueda decir tranquilamente que su cuerpo es de x manera y no sentirse avergonzada por ello. No sentir que tiene que ocultar nada. Eso yo creo que es mi meta y, por supuesto, para ello es necesario que la sociedad y especialmente la comunidad médica, respete esa diversidad corporal y se lo trasladen así a la personita.

ASMI MOLINA [1960, Bizkaia, Masajista]

Soy activista por rabia, por ira, por intentar manejar eso desde algo positivo. Estoy convencido de que no sé si padezco pero he padecido toda mi vida una disforia de género y, sobre todo, la incomprensión de mi expresión, no tanto por ser intersex sino por lo asociado a mi género en deconstrucción. Entonces, creo que lo único que puedo hacer es desnudarme a nivel físico, emocional, explicar como lo he vivido yo y si alguien se siente identificado con lo que yo cuento pues que sepa que no está solo. Que hay más personas que hemos pasado por eso y que se puede salir y que cuando encuentras a alguien, una mano, un abrazo, o un pecho que te acoge y te entiende pues todo tiende a normalizarse.

Identificarme como activista ha hecho que haya un distanciamiento con la familia. A mi familia lo de publicar cosas no le ha parecido bien. Creen que ya no, que para qué, si yo ya lo tengo todo hecho. Y, por otra parte, pues gente de mi entorno con la que socializo a diario: aceptación, sorpresa, interés, también desidia. Se ha hecho algo común hablar de ello. También me ha tocado alguna pregunta con mala intención que me han hecho y entonces pues lo corto y lo hago con elegancia sin sacar la ira y la mala ostia.

Entonces, me parece que le he dado un sentido a mi vida que me hace sentirme mejor. ¿Para qué sirve el trabajo que estamos haciendo? Pues para abrir conciencias, para que la gente se haga preguntas, para que vea que no es blanco o negro, que hay muchos matices y que lo que damos por sentado, en el sexo, en el género, en la orientación, en la expresión, no dejar de ser formalismos que nos han metido a cucharadas pero sin respirar: pim pam pum. Pocas veces se ha abierto un debate sobre que hay otras opciones, que más posibilidades de ver las cosas.

Hay que pasar a formar parte de los medios de comunicación, buscar referentes que sean capaces de hacer

activismo desde ahí, referentes para el resto de personas intersex. Igual de importante que eso es el día a día, en tu comunidad, en tu entorno, en intentar explicar, en hacer bandera de que tú estás ahí, que puedes ser activista. También hay personas que no se atreven, que sufren, que lo llevan mal y que pueden correr peligro. Hay que tener referentes públicos porque las imágenes explican muchas cosas.

SUSANA LESTEIGA [1980, Catalana, Ingeniera]

No me considero activista para nada. Activista es otra cosa, poner tu nombre ahí y salir públicamente del armario y hacer cosas activamente. En cualquier caso, seas público o no, sí que me considero activista ya que hago cosas con Grapsia y me muevo e intento ayudar.

Ser activista es enviar un mensaje, es empoderarse, es decidir que a tu alrededor se sepa. Activismo es el empoderamiento de decidir: "mira, yo quiero cambiar las cosas". Creo que es decidir que quiero hacer más por querer cambiar las cosas. Algo he hecho pero quiero hacer más y quiero ir al problema de raíz. Para mí, eso es lo que significa ser activista, lo que estáis haciendo, esta visibilidad que hacéis, de los vídeos, de las formaciones, de las obras de teatro... Ir al problema de raíz, reconocer que más allá de mi experiencia aunque tengo que hablar desde ahí, voy a: atacar el problema de raíz y haciendo eso, de paso, voy a intentar ayudar a más gente de la que soy capaz de ayudar en conversaciones personales. Porque también está la parte de educar, también es hablar de tu testimonio, desde tu propia experiencia, hacer sentir que la gente no se sienta sola, dar visibilidad, que no se sientan raros, normalizar... todo lo que decimos en una conversación personal, por teléfono, con alguien nuevo.

Exponerse como activista es llegar a más gente, de forma menos personal pero llegar a más, con los mismos motivos exactos, con el objetivo de normalizar. Se consigue ayudar y apoyar más y, al mismo tiempo, trabajar en cambiar el problema de raíz, que es el sistema binario, la invisibilidad...

¿Para qué sirve la militancia? Es que lo cambia todo, es que sirve muchísimo, para que la gente lo vea normal, tenga más acceso a la información si no lo tiene, para ver más testimonios personales... La visibilidad está ahí para que la gente no se sienta un monstruo. Todo esto se consigue con esta militancia. Y se consigue otra cosa más, cuando hablamos de esos imaginarios que no existen, es proveer a la gente de eso, que en parte es lo que haces en contacto en Grapsia, a nivel personal y pequeño, pero esto es mucho más potente. Cuanta más gente lo haga pues más imaginarios hay. Y cuanto más gente, de todo tipo, haya con más visibilidad, pues alimentamos los imaginarios. Aquel video que salía PIDGEON, con otros activistas, era gente muy diversa, de todo el mundo, en todos los idiomas. Hay de todo, eso también normaliza y ayuda a eso.

Salir ahí y estar presente, el mensaje que envía a todo el mundo, también a la comunidad intersex. es el mensaje de que algo está mal y que hay que arreglarlo y quiero que se explicita como militancia, que hay algo que está y que hay que arreglar, y vengo aquí a explicar por qué creo que está mal y por qué creo que hay que arreglarlo.

Y es cierto también que hay que mirar hacia afuera. Si miras hacia adentro de la comunidad está la gente que decide exponerse y decide hablar pero ahora voy a hacer trabajo hacia afuera, para toda la gente que no es intersex, para la que estoy haciendo un trabajo de educación. De educación en la diferencia, de educación en la diversidad, de querer a tu propio cuerpo, y que les ayudará en la vida en general conozcan a gente intersex o no, para sí mismos y para la gente de alrededor. Al final por eso pertenecemos a todas las luchas LGBTQ, sobre todo la T. Temas corporales, quererse, y la vivencia de la diferencia.

RAQUEL M. [1998, Murcia, Estudiante de Relaciones Internacionales]

¿Por qué soy activista intersex? Pues porque si no lo soy yo, ¿quién lo va a ser?, ¿mi padre? Pues no. Pues lo soy yo. Que soy intersex. Yo tengo esa responsabilidad personal. O sea, me hace sentir bien, me hace sentir que da sentido a mi vida. Implicarme, de alguna manera, en conquistar derechos a nivel colectivo.

A nivel personal, creo que todos buscamos cosas que nos hacen sentir que estamos aquí por algo, que dejamos un mundo mejor. Pero hay otra parte de responsabilidad personal, porque creo que las cosas deberían ser de una manera y no me hace sentir a gusto pensar que yo no apporto. Creo que, en cada momento, cada uno aporta un poco lo que el cuerpo le deja. Yo estoy un poco en ese punto. Puedo verme, a veces, un poco saturada por la vida pero en el momento en el que las cosas están, a lo mejor, más fluyendo, me doy la oportunidad de seguir creciendo a nivel activista. Que es, básicamente, lo que me está pasando ahora.

Desde el año 2021, poco a poco, he ido haciendo cosas que podían pensarse como activismo, a nivel colectivo, dando la cara delante de gente. Yo creo que es algo que suple las miserias personales porque –y esto lo he compartido con alguna chica más mayor– es curioso como tú vas abanderando la causa intersex y luego, a nivel personal, sigues odiándote. Yo creo que también existe una especie de deuda o de necesidad de paliar ese rechazo. Yo siento rechazo por mí misma, a veces, culpa. Y de cara a la galería, estoy orgullosa y soy la primera en decir que soy intersex. Entonces, esta es otra cuestión. Yo creo que ayuda a sentirse mejor con una misma. Creo que lo intersex es algo que tiene una cara complicada, a veces. Pero yo creo que sentir que, durante un minuto, puedes ser una especie de micro-héroe pues es algo que, por lo menos, te hace sentir mejor, te hace tratarte menos mal, tratarte un poquito mejor.

AGRADECIMIENTOS

Gracias.

A mamá y a papá. Por atreveros a re-aprender conmigo. Por respetar mis ritmos. Por la paciencia y por sostenerme. Gracias por darme la posibilidad de volver, siempre, a mi cuarto propio.

A Rico. Por recordarme quién soy. Por impulsarme e inspirarme.

A mi Noa y a nuestro Kron.

A mi abuela Bárbara, porque yo sé lo orgullosa que está de mí.

A Isabel: gracias, prima. A Estefanía, por ser mi primera vez. A Noelia, por no dejarme ir. A Camino, porque sabe que es familia. A Belén, por obligarme a abrazarla. A Ana, por ser casa. A Marta, por llorar conmigo. A Irene, por ser mi estrella fugaz. A Laura, por haber estado esperándome durante tanto tiempo al otro lado del espejo. A Jess, por tantas miradas cómplices. A Anna, por seguir acuerpada a mí. A Ainhi, la ahizpa que ya estaba ahí. A Maider, por entenderme. A Alicia, por aceptar mis ritmos. A Víctor, por darle alas a mis ángeles. A Júlia, por convertirme en su Mari. A Sira y a Mónica, por nuestras tardes de vino y trenes.

A Andrea, por atreverse conmigo.

A Jone, por estar en el lugar preciso y en el momento indicado.

A Cristina, por empoderarme y acercarme a María.

A María José, Dau, Carmen, Daniel, Lucas, Mari Luz y Marta, por adentraros en la i.

Gracias a las familias de Grapsia, Kaleidos, Caminar Intersex, Adriano Antinoo.

A Nuria, a Sam. Y a todas las personas aliadas que habéis ido abriendo camino.

A las Hermafroditas A Caballo: Laura, Aleksandra, Iolanda, Lilith, Ana Belén, Camino, Asmi, Susana y Raquel. Gracias por poner el cuerpo, por desnudaros así. Por tanta generosidad. Por ser mi manada de hienas. Como lo son otras muchas que, a pesar de no aparecer aquí, trabajan por la visibilidad intersex de otros modos. Hoy, todas somos un poco más libres.

Y gracias a mí. Por haber conseguido llegar hasta aquí.

ÁLEX. ¿Qué haces?
PADRE DE ÁLEX. Te cuido
ÁLEX. No me vas a poder cuidar siempre
PADRE. Hasta que puedas elegir
ÁLEX. ¿Qué?
PADRE. Lo que quieras
ÁLEX. ¿Y si no hay nada que elegir?
PADRE. ¿Te lastimaron?
ÁLEX. No.
ÁLEX. ¿Hiciste la denuncia?
PADRE. No.
PADRE. Es una decisión tuya. Si quieres la hacemos. Es tu decisión.
PADRE. Se va a enterar todo el mundo.
ÁLEX. ¡Qué se enteren!

Diálogo de la película XXY, de Lucía Puenzo (2007)

BIBLIOGRAFÍA

- Abiétar, Daniel G. (2019), *¿Sólo dos?: la medicina ante la ficción política del binarismo sexo-género*, Combalache Libros, Oviedo.
- Ahmed, Sarah (2017), «Conclusión 1. Un kit de supervivencia aguafiestas» y «Conclusión 2. Un manifiesto aguafiestas», *Living a Feminist Life*, Durham, Duke University Press, pp. 223-252.
- Alonso, María (2015), *Relaciones de género en las parejas de lesbianas: una autoetnografía feminista*, Tesis doctoral, Universidad de Granada.
- Álvarez, Aurora y Luca Sebastiani (2020), «Habitar la investigación en la universidad neoliberal y eurocentrada: La etnografía colaborativa como apuesta por lo común y la subjetivación política», en *Revista de Antropología Iberoamericana*, nº 2, vol. 15, pp. 247-271.
- Anzaldúa, Gloria (2004), «Los movimientos de rebeldía y las culturas que traicionan» en hooks, bell; Avtar Brah, Chela Sandoval, Aurora Levins, Kum-Kum Bhavnani, Margaret Coulson, M. Jacqui Alexander, Chandra Talpade, *Otras inapropiables*, Traficantes de sueños, Madrid, pp. 71-80.
- (2016), *Borderlands/La Frontera: la nueva mestiza*, Capitan Swing, Barcelona.
- Arbaiza, Mercedes (2018), «Sentir el cuerpo: subjetividad y política en la sociedad de masas en España (1890-1936)», *Política y Sociedad*, 55 (1), pp. 71-92, Consultado el 5 de enero de 2022, disponible en <https://revistas.ucm.es/index.php/POSO/article/view/56798>.
- Aresti, Nerea (2000), «El ángel del hogar y sus demonios. Ciencia, religión y género en la España del siglo XIX», *Historia contemporánea*, nº 21, pp. 363-394.
- (2006), «Género e identidad en la sociedad del siglo xvii», *Vasconia*, 35, pp. 49-62.
- Bauman, Zygmunt (2006), *Confianza y temor en la ciudad*, Arcadia, Barcelona.
- Behar, Ruth (1996), *The Vulnerable Observer: Anthropology that Breaks your Heart*, Beacon Press, Boston.
- Biglia, Barbara (2014), «Avances, dilemas y retos de las epistemologías feministas en la investigación social», en Mendía Irantzu; Marta Luxán, Matxalen Legarreta, Gloria Guzman, Iker Cirión, Jokin Azpiazu, *Otras formas de reconocer. Reflexiones, Herramientas, y aplicaciones desde la investigación feminista*, Athenea Digital, pp. 21-44.
- Bloch, Raymond (1978), *Los prodigios de la antigüedad clásica*, Paidós, Barcelona.
- Bord, Brot (2013), «Somewhere under de rainbow: mercantilización y asimilación de la disidencia sexual», en Solá Miriam y Elena Urko (eds.), *Transfeminismos, epistemes, fricciones y flujos*, Txalaparta, Tafalla Nafarroa, pp. 155-166.
- Bordieu, Pierre (1998), *La distinción, criterio y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid.
- Bullen, Margaret (2017), «La antropología feminista: Aportaciones conceptuales para una

epistemología participativa», en Jone Martínez Palacios (ed.), *Participar desde los feminismos: Ausencias, expulsiones y resistencias*, Icaria, Barcelona, pp. 29-63.

Butler, Judith (2002), *Cuerpos que importan. Sobre los límites materiales y discursivos del “sexo”*, Paidós, Buenos Aires-Barcelona.

— (2006) (2015), *Deshacer el género*, Paidós, Barcelona.

— (2007) (2015), *El género en disputa*, Paidós, Barcelona.

— (2009), *Marcos de guerra. Las vidas lloradas*, Paidós, Madrid.

— (2015) (2017), *Cuerpos aliados y luchas políticas*, Paidós, Barcelona.

Butler, Judith (1994), «Against proper objects: introduction», *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 6, n° 2, p. 3.

Cano, Mónica (2017), «Agencia crítica y desposesión. La actualidad de la pregunta por la libertad» en Judith, Butler, *ISEGORiA. Revista de Filosofía Moral y Política*, n° 56, pp. 263-277.

Cano, Virginia (2015), *Ética Tortillera. Ensayos en torno al éthos y la lengua de las amantes*, Madreselva, Buenos Aires.

Carrascosa, Sejo (2021), «Dime cómo te identificas y te diré cómo me chirría», en Serra, Clara; Garaizábal Cristina; y Laura Macaya (coords.), *Alianzas rebeldes, un feminismo más allá de la identidad*, Bellaterra Edicions, Barcelona, pp. 158-166.

Chase, Cheryl (1998), «Hermaphrodites with Attitude: Mapping the Emergence of Intersex Political Activism», *A Journal of Lesbian and Gay Studies*, vol. 4, n°2, pp. 189–211 (traducción propia).

Chase, Cheryl y Hegarty, Peter (2000), «Intersex Activism, Feminism, and Psychology: Opening a Dialogue on Theory, Research, and Clinical Practice», *Feminism & Psychology*, n° 10, pp. 117-132.

Cleminson, Richard y Rosa María Medina (2004), «¿Mujer u hombre? Hermafroditismo, tecnologías médicas e identificación del sexo en España, 1860-1925», *Dynamis: Acta Hisp. Med. Sci. Hist. Illus*, n° 24, pp. 53-91.

Cleminson, Richard y Francisco Vázquez (2011), «El destierro de lo maravilloso. Hermafroditas y mutantes sexuales en la España de la Ilustración», *Asclepio. Revista de historia de la medicina y de la ciencia*, vol. 53, n°1, pp. 7-38.

Csordas, Thomas (1990), «Embodiment as a Paradigm for Anthropology», *ETHOS*, 18 (1), pp. 5-47. Disponible en: <http://citeseerx.ist.psu.edu/pdf>

Dalkey, Norman y Elaf Helmer (1963), «An experimental application of the Delphi method to the use of experts», *Management Science*, vol. 9, n°3, pp. 458- 467.

Córdoba, David; Sáez, Javier; y Paco Vidarte (coords.) (2009), *Teoría queer políticas bolleras, maricas, trans, mestizas*, Egales, Madrid.

Delgado Manuel (2011), *El espacio público como ideología*, Los libros de la Catarata, Madrid.

- De Beauvoir, Simone (2005) (2014), *El segundo sexo*, Ediciones Cátedra, Madrid.
- De La Pascua, María José; García-Doncel, María del Rosario; y Espigado, G. (eds.) (2003), *Mujer y Deseo*, Universidad de Cádiz, pp. 431-444.
- De Lauretis, Teresa (1991), «Queer Theory. Lesbian and Gay Sexualities: An Introduction», en *Differences: A Journal of Feminist Cultural Studies*, vol. 3, n° 2, p. 11.
- Del Valle, Teresa (1981), «Visión general de la antropología vasca», *Ethnica*, 17, pp. 123-147.
- (1995), «Metodología para la elaboración de la autobiografía. Invisibilidad y presencia», en: *Seminario Internacional «Género y trayectoria profesional del profesorado universitario»*, Madrid, Instituto de Investigaciones Feministas.
- Dreguer, Alice (1998), *A history of intersexuality: From the Age of gonads to the Age of consents*, *Journal of Clinical Ethics*, pp. 345-355.
- Duval, Elizabeth (2021), *Después de lo trans. Sexo y género entre la izquierda y lo identitario*, La Caja Books, Valencia.
- Esteban, Mari Luz (2004), *Antropología del Cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- (2011), *Crítica del pensamiento amoroso*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- (2013), *Antropología del cuerpo. Género, itinerarios corporales, identidad y cambio*, Bellaterra, Barcelona.
- (2016), «Antropología del cuerpo. Itinerarios corporales y relaciones de género», *Perifèria. Cristianisme, postmodernitat, globalització*, vol. 3, n° 3, pp. 134-147.
- Esteban, Mari Luz y Jone M. Hernández (2018), *Etnografías feministas. Una mirada al siglo XXI desde la antropología vasca*, Edicions Bellaterra, Barcelona.
- Eugenides, Jeffrey (2003), *Middlesex*, Anagrama, Barcelona.
- Fernández-Camacho, Marcela (2021), «Una metodología militante: parar para pensar», *LiminaR. Estudios Sociales y Humanísticos*, vol. XIX, n°1, pp. 17-29.
- Fernández, Sam (2021), *La clínica intersexual como "zona de contacto". Binarismo sexual, saberes expertos y otras Artesanías Biológicas en la clínica española contemporánea*, Tesis Doctoral, Universidad de Granada.
- Foucault, Michel (1992), *Genealogía del racismo. De la guerra de las razas al racismo de estado*, La piqueta, Madrid.
- (2012), *Vigilar y Castigar. Nacimiento de la prisión*, Siglo XXI, España.
- Garaizabal, Cristina (2021), «El sexo en disputa. Relatos feministas sobre sexualidad», en Serra, Clara; Garaizabal Cristina; y Laura Macaya (coords.), *Alianzas rebeldes, un feminismo más allá de la identidad*, Bellaterra Edicions, Barcelona, pp. 122-136.
- García-Dauder, Dau y Romero, Carmen (2012), «Los desplazamientos políticos de las categorías

médicas: Actores, discursos, y relaciones en la controversia ‘Disorders of sex development’ versus ‘Intersex’», en Eulalia Pérez y Rebeca Ibáñez (eds.), *Cuerpos y diferencias*, Plaza y Valdés, Madrid-México, pp. 213-240.

Gómez, Mer (2017), «Soy Lola y soy Intersexual», *Pikara Magazine*, en <https://www.pikaramagazine.com/2017/03/soy-lola-y-soy-intersexual/>, (Consultado 15/10/2022).

——— (2018), *Intersexualidades: conversaciones entre madres e hijas. Un acercamiento teórico-metodológico a los cuerpos no binarios*, Trabajo Final de Master, Euskal Herriko Unibertsitatea, País Vasco.

——— (2018), «La i está empezando a salir del armario», *Pikara Magazine*, en <http://www.pikaramagazine.com/dialogo-intersexualidad/>, (Consultado 15/10/2022).

——— (2020), «Un brindis por la i», *Pikara Magazine*, en [Un brindis por la i](#) (Consultado 16/10/2022).

Graille, Patrick (2001), *Les hermaphrodites aux XVII et XVIII siècles*, Les Belles Lettres, Paris.

Gregori, Nuria (2006), «Los cuerpos ficticios de la biomedicina. El proceso de construcción del género en los protocolos médicos de asignación de sexo en bebés intersexuales». *AIBR. Revista de Antropología Iberoamericana*, vol. 1, n° 1, pp. 103-124.

——— (2015) «Encuentros y des-encuentros en torno a las intersexualidades/DSD: Narrativas, Procesos y Emergencias», Tesis Doctoral, Universitat, de València, Valencia.

Gregorio, Carmen (2014), «Traspassando las fronteras dentro-fuera: Reflexiones desde una etnografía feminista», *AIBR. Revista de antropología iberoamericana*, vol. 3, n° 3, pp. 297-322.

Guillo, Miren (2013), «La in-corporación de la investigación: políticas de la menstruación y cuerpos (re)productivos*», en *Nuevos nómadas*, Colombia, n° 39, pp. 223-245.

Halberstam, Jack (2018), *El arte queer del fracaso*, Egales, Barcelona-Madrid.

Haraway Donna (1991) (2014), *Manifiesto Cyborg. Ciencia, tecnología y feminismo socialista finales del S. XX*, Puente aéreo ediciones, Barcelona.

——— (1995), *Ciencia, cyborgs y mujeres. La reinención de la Naturaleza*, Cátedra, Madrid.

——— (1999) (2019), *Las promesas de los monstruos. Ensayos sobre ciencia, naturaleza y otros inadaptables*, Holobionte ediciones, Salamanca.

Hernández, Jone M. (1999), «Auto/biografía. Auto/etnografía. Auto/retrato» *Ankulegi, Revista de Antropología Social*, pp. 53-62.

hooks, bell (2004), «Mujeres negras. Dar forma a la teoría feminista» en Avtar Brah; Chela Sandoval, Gloria Anzaldúa, Aurora Levins, Kum-Kum Bhavnani, Margaret Coulson, M. Jacqui Alexander, Chandra Talpade, *Otras inapropiables*, Traficantes de sueños, Madrid, pp. 71-80.

Jaramillo, Alicia (2020), «El diseño flexible en la investigación militante», *EMPIRIA. Revista de*

Metodología de Ciencias Sociales, n° 48, pp. 39-66.

Kristeva, Julia (1980), *Pouvoirs de l'horreur*, Seuil, Paris.

López-Gómez, Ernesto (2018), «El método Delphi en la investigación actual en educación: una revisión teórica y metodológica», *Educación XXI*, 21 (1), pp. 17-40.

Lorde, Audre (2003), *La hermana, la extranjera*, Horas y horas, Madrid.

Marañón, Gregorio (1928), «Nuevas ideas sobre el problema de la intersexualidad y sobre la cronología de los sexos», *Revista de Occidente*, 6 (66), pp. 257-294.

Marañón, Gregorio (1930), *La evolución de la sexualidad y los estados intersexuales*, Morata, Madrid.

Martí, Mireia (2018), *Les intevencions no consentides en persones intersexuals: un crim contra la humanitat*, Trabajo Final de Grado, Universitat de València, València.

Mateos, Cristina (2017), «Binarismo», en Platero, Lucas; Rosón María; y Esther Ortega (eds.), *Barbarismos Queer y otras esdrújulas*, Bellaterra, Barcelona, pp. 46-64.

Mendia Irantzu; Marta Luxán, Matxalen Legarreta, Gloria Guzman, Iker Cirión, Jokin Azpiazu (2014), «Otras formas de reconocer. Reflexiones, Herramientas, y aplicaciones desde la investigación feminista», *Athenea Digital: Revista de Pensamiento e investigación social*, vol. 14, n°4.

Missé, Miquel (2018) (2019), *A la conqusita del cuerpo equivocado*, Egales, Barcelona-Madrid.

——— (2021), «No necesitamos aliados», en Serra, Clara; Garaizábal Cristina; y Laura Macaya (coords.), *Alianzas rebeldes, un feminismo más allá de la identidad*, Bellaterra Edicions, Barcelona, pp. 147-158.

Oakley, Ann (1972), *Sex, Gender and Society*, Temple Smith, Londres.

Ortega, Javier (2020), «Revisión y limitaciones de la Investigación Militante en el estudio de los movimientos sociales», en: *Tendencias Sociales. Revista de Sociología*, 6, pp. 133-158.

Ortner, Sherry Beth (1979), «¿Es la mujer con respecto al hombre lo que la naturaleza con respecto a la cultura?», en Harris, Olivia y Kate Young, *Antropología y feminismo*, Anagrama, Barcelona, pp. 109-131.

Osborne, Raquel y Molina, Cristina (2008), «La evolución del concepto de género: selección de textos de S. de Beauvoir, K. Millet, G. Rubin y J. Butler», *Empiria: Revista de metodología de ciencias sociales*, n° 15, pp. 147-182.

Pardo, Teo (2020), «Un tío sin polla hablando de follar», en Platero, Lucas (coord.) *(h)amor 6_trans*, Contintameties, Madrid, pp. 13-172.

Pelayo, Ángel (2009), *El derecho a la autonomía del paciente en la relación médica. El tratamiento jurisprudencial del consentimiento informado*, Comares, Granada.

Pérez, Laura (2021), «Una institución feminista», en Serra, Clara; Garaizábal Cristina; y Laura Macaya (coords.), *Alianzas rebeldes, un feminismo más allá de la identidad*, Bellaterra Edicions, Barcelona,

pp. 90-98.

Platero, Lucas (2014), «¿Es el análisis interseccional una metodología feminista y queer?», en Mendi Irantzu; Marta Luxán, Matxalen Legarreta, Gloria Guzman, Iker Cirión, Jokin Azpiazu (coord.), *Otras formas de reconocer. Reflexiones, Herramientas, y aplicaciones desde la investigación feminista*, Donostia, pp. 79-95.

Platero, Lucas; Rosón María; y Esther Ortega (eds.) (2017), *Barbarismos Queer y otras esdrújulas*, Bellaterra, Barcelona.

Pueyo, Víctor (2016), *Cuerpos plegables: Anatomías de la excepción en España y en América Latina (Siglos XVI-XVIII)*, Boydell & Brewer, Tamesis.

Rapaport, Joanne (2018), «Más allá de la observación participante: la etnografía colaborativa como innovación teórica», en *Prácticas otras de conocimiento(s): Entre crisis, entre guerras*, CLACSO, pp. 323-352.

Rich, Adrienne (1986) (2019), *Nacemos de mujer. La maternidad como experiencia e institución*, Traficantes de Sueños, Madrid.

Robles, Lola (2021), *Identidades confinadas. La construcción de un conflicto entre feminismo, activismo trans y teoría queer*, Ediciones Útero, Castellón.

Rovira, Adela (2003), «Los estados intersexuales», en Becerra-Fernández, Aurora, *Transsexualidad. La búsqueda de una identidad*, Díaz de Santos, Madrid.

Rubin, Gayle (1986), «El tráfico de mujeres: notas sobre la "economía política" del sexo», *Nueva Antropología*, vol. 8, n° 30, pp. 95-145, en <http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=15903007> (Consultado 16/10/2022).

Serra, Clara; Garaizábal Cristina; y Laura Macaya (coords.) (2021), *Alianzas rebeldes, un feminismo más allá de la identidad*, Bellaterra Edicions, Barcelona.

Simón, Pablo y Luis Concheiro (1993), "El consentimiento informado: teoría y práctica", Barcelona, en [El-consentimiento-informado-Teoria-y-practica-I.pdf](#) (Consultado: 17/10/2022).

Solá, Miriam y Elena Urko (2013), *Transfeminismos. Epistemes, fricciones y flujos*, Txalaparta, Tafalla Nafarroa.

Thuren, Britt-Marie (1992), «Del sexo al género. Un desarrollo teórico 1970-1990», *Antropología*, vol. 2, pp. 31-55.

Trujillo, Gracia (2009), «Del sujeto político *la Mujer* a la agencia de *las (otras) mujeres*: el impacto de la crítica *queer* en el feminismo del Estado español», *Política y Sociedad*, vol. 46, n°1 y 2, pp. 161-172.

Trujillo, Gracia (2014), «De la necesidad y urgencia de seguir queerizando y transformando el feminismo. Unas notas para el debate desde el contexto español», *Ex æquo*, vol. 29, pp. 55-67, en

<http://www.scielo.mec.pt/pdf/aeq/n29/n29a05.pdf> (Consultado 20/09/2022).

Turner, Bryan (1994), «Avances recientes en la teoría del cuerpo», *Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, vol. 68, pp. 11-40.

Vazquez Francisco y Richard Cleminson (2011), «El destierro de lo maravilloso. Hermafroditas y mutantes sexuales en la España de la Ilustración», *Asclepio. Revista de Historia de la Medicina y de la Ciencia*, vol. 63, n°1, pp. 7-38.

——— (2012), *Los hermafroditas. Medicina e identidad sexual en España (1850-1960)*, Comares Historia, Granada.

Wittig, Monique (1992) (2016), *El pensamiento heterosexual y otros ensayos*, Egales, Barcelona-Madrid.

